

LAS TRES LUNAS

The book cover features a central image of a hand holding a sword. The hand is positioned at the bottom, gripping the ornate, dark metal hilt of the sword. The sword's blade is long and slender, with intricate patterns etched into it. The background is a deep blue night sky filled with numerous small, bright stars. Three distinct moons are visible: a large, full moon in the upper center, a smaller crescent moon to the right, and another crescent moon to the left. The overall atmosphere is mystical and dramatic.

ELSPETH COOPER

Lectulandia

Sangre y muerte... ése es el futuro que vislumbra Teia y teme no poder hacer nada por evitarlo. Tras cientos de años de paz, su clan se prepara para la batalla, pero las visiones de Teia le han mostrado que su gente cabalga hacia su destrucción. Si no puede convencerlos de que no vayan a la guerra, su única esperanza de salvarlos es traicionarlos...

La guerra acaba de empezar y Gair ya ha sufrido la mayor de las pérdidas... pero no tiene tiempo para lamentarse o llevar a cabo su venganza. Mientras las tensiones religiosas estallan en sangrientas revueltas por todo el país, el joven mago deberá hacer una elección imposible: salvar vidas inocentes, o sacrificarlas con la esperanza de que miles de vidas puedan ser salvadas después. Y mientras tanto, empieza a perder el control sobre su única arma: la magia.

Lectulandia

Elspeth Cooper

Las tres lunas

Wilt Hunt 1

ePub r1.0

epublector 06.11.13

Título original: *Trinity Rising*
Elspeth Cooper, 2012
Traducción: Miguel Antón, 2012

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Rob. Él sabe por qué

Agradecimientos

He recorrido un largo y solitario camino. El primer libro surgió como una llamada, fruto de una mezcla de tiempo y creatividad. El segundo lo ha hecho un poco del mismo modo, pero durante su creación he tenido que enfrentarme a la enfermedad, a las expectativas poco realistas, a la duda sobre mi propia capacidad y los demás demonios que asaltan al escritor novel que afronta la tarea de hacer de nuevo lo que ha hecho, sólo que mejor y, además, cumpliendo con una fecha límite.

Y como en todos los viajes, son las amistades las que ayudan a soportar la carga, sobre todo Greta, Jenny, Mags y Jo, cuya fe en mí nunca ha dejado de inspirarme y ponerme en mi lugar. Agradecer también su entrega y amor a mi madre y mi padre, a mi hermano Ian y mi sobrina Mia. Un agradecimiento especial para mi incansable agente, Ian Drury, mi editora Gillian Redfearn y todo el equipo de Gollancz, sin el cual...

Pero sobre todo quiero dar las gracias a mi marido, Rob, quien no sólo se las ingenia para convivir con ese monstruo gruñón en que se convierte su mujer cuando le asalta la vena creativa, sino que, además, la levanta del suelo cuando tropieza, la hace reír cuando le da por llorar y le sirve taza tras taza de té. Todas las escritoras tendríamos que tener a alguien así a nuestro lado.



El reino aguarda

Las motas de luz flotaban en el ambiente como una nube de mariposas de alas claras. Savin, copa de plata en mano, las atravesó y, con un ademán de la zurda, cerró tras de sí el Velo como quien corre la cortina de un ventanal que mira al jardín de una terraza iluminada por el sol. El hormigueo en los dedos anunció la unión de los extremos, un escalofrío le recorrió ese trecho de piel, y el flujo recuperó su integridad como si jamás se hubiese visto alterada.

Era un truco muy útil. Además de impresionar a los crédulos, le permitía moverse a sus anchas entre lugares donde no era adecuado llamar demasiado la atención. Como bien sabían los buhoneros y los vendedores ambulantes que poblaban las ferias, a veces cierta dosis de teatralidad vale su peso en oro.

Una tras otra las motas se desvanecieron en la penumbra reinante. Savin arrugó el entrecejo. La estancia de la torre de la fortaleza de Renngald no debería estar a oscuras, y menos aún debería reinar un ambiente tan frío como para hacerle exhalar vaho, a pesar del calor que había a finales de verano en Mesarilda. Rara vez sentía el frío, aunque había tenido que aprender el truco para ignorarlo, porque no estaba acostumbrado desde pequeño como sus anfitriones, pero la humedad que lo acompañaba en los climas septentrionales arruinaba cualquier biblioteca, razón por la que había dejado encendido el fuego de la chimenea. Ahora el fuego estaba apagado y no había ni rastro de la joven sirvienta a quien había confiado la labor de alimentarlo.

¿Dónde andaría la muy inútil? Envió un pensamiento en su busca a través de los fregadores y las alcobas del castillo, hasta que al final la encontró al calor fétido de la pocilga, inclinada sobre un fardo, con los ojos cerrados y la falda remangada a la cintura, mientras un joven de pelo grasiento la araba con denuedo.

Chascó la lengua, molesto. Estaba claro que en ese caso el oro no había sido suficiente. Tendría que reemplazarla. Adquirir los libros le había llevado mucho tiempo y le había supuesto no menos problemas, demasiados para permitir que el moho los echara a perder, todo porque a la muy cochina parecía interesarle menos

atender sus obligaciones que dejar que el porquerizo la rellenara hasta chillar como una puerca.

Bastó con chascar los dedos para prender la leña de la chimenea. Otro pensamiento encendió las lámparas que colgaban de las paredes, empujando a las sombras a retirarse a los extremos de la estancia. A pesar del pulcro mobiliario tylano y las gruesas alfombras arkadianas, era imposible disimular el hecho de que se trataba de una estancia situada en el interior de una fortaleza. Los salientes de granito asomaban en la pared entre los elegantes tapices, y por mucho terciopelo que utilizaran, no había forma de ocultar el hecho de que se trataba de aspilleras. No había ni asomo de las mamparas de madera y las sedas perfumadas que decoraban sus estancias en Aqqad, pero habría sido un lugar bastante cómodo para trabajar de no haber tenido que viajar tan lejos para encontrar una botella de vino decente.

Levantó la copa e hizo girar el contenido, aspirando el aroma que desprendía. Tinto tylano, oscuro, con buen cuerpo y sabor. No era una añada excepcional, pero sí bastante buena: mucho mejor que cualquier licor que pudiesen ofrecerle sus anfitriones, hidromiel o la amarga cerveza propia del lugar, los cuales tan sólo servían para estómagos poco exigentes, cuyos dueños se caracterizaban por tener la cabeza hueca. A esa altura del septentrión, el buen vino era una de las ventajas del mundo civilizado que más echaba de menos.

Un cambio en la textura del silencio le alertó de que ya no se encontraba a solas. El crepitar de la chimenea se vio enmudecido por una repentina quietud que bostezaba como una tumba a la espera de ser llenada.

Se volvió con la copa a medio camino de los labios. El anteojo se encontraba en mitad de la mesa, cubierto por una tela de terciopelo. Era imposible que un mero objeto pudiese mirar con fijeza, pero de algún modo ése lo hacía, llamando su atención, deseoso de apartarse y, al mismo tiempo, de acercarse. Era como si lo estuviera mirando desde lo alto de un acantilado monstruosamente alto.

Tomó un sorbo de vino y después apartó la tela. El espejo no era mayor que el que adornaba el tocador de una dama, si a ésta no le hubiese importado el perturbador marco de plata que parecía cambiar ante la mirada, retorcerse a través de más dimensiones que las tres habituales. Dentro del marco había una negrura vacía, absoluta. No tenía superficie capaz de reflejar la luz o el color, a pesar de lo cual borboteaba.

—Hemos estado esperando —susurró una voz fría e hiriente como escarcha—. ¿Lo has encontrado?

—Aún no.

—Otro retraso. —La oscuridad rebulló de nuevo como ondas de tinta—. Nuestro amo se impacienta.

Para tratarse de una criatura que moraba fuera del tiempo, su amo parecía ser

muy consciente del paso del mismo.

—El guardián tiene un nuevo aprendiz.

—Eso es irrelevante.

—Puede. —Tomó un nuevo sorbo de vino—. Y puede que no.

—Nos dijiste que los guardianes son una vela gastada, que ya no tienen ningún peso.

—Es posible que... me apresurase al juzgarlos —dijo, odiando tener que admitirlo.

Hubo un largo silencio.

—El aprendiz te preocupa.

—No me ha dejado leerle —explicó Savin—, y me gusta saber a qué me enfrento. No soy muy amigo de las sorpresas. —Hizo girar en la copa el último sorbo de tinto tylano, mirando ceñudo la densa textura de rubí. Alderan volvía a la carga. Sin duda el viejo metomentodo planeaba algo, pero ¿de qué se trataba? Ése era el rompecabezas, y los rompecabezas están para resolverlos.

—El aprendiz estaba al corriente.

Eso no era muy probable. No era propio del anciano ofrecer respuestas a preguntas que no habían sido formuladas, y a veces ni siquiera entonces. Además, no podía saber que su última mascota sería auscultada tan pronto. ¿Qué estaría tramando?

—No había motivo para que estuviese preparado para nuestro encuentro. Fue pura casualidad. Yo estaba en Mesarilda y percibí que el guardián tejía algo. Quise saber de qué se trataba.

El anciano solía mostrarse más cuidadoso con sus colores, así que Savin había abreviado su visita al mercader de vinos para seguirlos hasta una casa del montón, situada junto a la sede del gremio de sastres, y de ahí a una fonda del casco antiguo, lugar donde había descubierto algo que le había dejado... intrigado.

El azar gobernaba a menudo las vidas de los hombres. Bastaba con jugar una carta concreta, o con que la moneda cayera de un lado en lugar de hacerlo del otro, para que los imperios se tambalearan. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Ésa era una imagen apropiada.

—Hay algo que te divierte.

—Siente curiosidad por éste. Se mostró cauteloso. Lo único que dijo sobre él fue que había escapado de un malentendido con la Iglesia, y llevaba la mano izquierda vendada. O mucho me equivoco, o es consciente de lo que es. —Vestido como un don nadie, pero con los modales y aires de alguien que no se plegaba ante nadie. Fuera quien fuese, había que tenerlo vigilado.

—Una amenaza.

—Es más probable que no sea más que otra pieza del rompecabezas. El guardián

no se habría adentrado tanto en las islas sólo para proteger a alguien que posea un talento menor: fue a Mesarilda por un motivo. —Empezó a dar forma a una idea. Quizá el talento fuera ese motivo... Aún se sintió más intrigado.

La idea cobró forma. Creció. Cualquier cosa especial era preciosa, y cualquier cosa preciosa constituía un punto débil. Una debilidad. Puede sacarse provecho a las debilidades. Era como abrir una ostra: todo dependía del hecho de saber dónde introducir el cuchillo.

—Tendrías que habérselo traído. Dejar que respondiera a nuestras preguntas.

—Vuestras preguntas tienden a ser de esa clase de cosas de las que no hay vuelta atrás, excepto para servir de comida a los cerdos —dijo, cortante, molesto por la interrupción—. Es muy posible que aún encuentre un papel que asignarle. —Averiguar el modo de burlar las jodidas protecciones, por ejemplo.

—Prevaricación. —La oscuridad osciló en el espejo de mano—. Hicimos un trato contigo. Te enseñamos aquello que deseabas aprender. Contábamos con que hubiera progresos.

—He hecho progresos. Estoy cerca de encontrar aquello que buscáis.

El marco de plata se retorció más y más, las formas cambiantes se volvieron más inquietas. Entre ellas relucieron los colmillos y se oyó el chasquido de las mandíbulas.

—Pues progresa más. Afina más. La paciencia de nuestro amo tiene sus límites.

Savin apuró la copa de vino, que tragó ruidosamente.

—No he olvidado las condiciones de nuestro acuerdo.

—Bien. Si lo hubieses hecho, las consecuencias habrían sido... desagradables. —La negrura del espejo experimentó un temblor, ya no ocupada por el vacío, sino asfixiada, atestada de sombras que se enroscaban en un movimiento perpetuo, furibundo como un cielo que amenaza tormenta—. No te entretengas, humano. El Reino aguarda.



Portavoz de los Crainnh

Al atardecer, Drwyn aplicó la antorcha a la tienda de su padre, de acorde con la tradición. Las llamas cubrieron cautelosas el cuero pintado, como disfrutando de un sabor nuevo, desconocido, antes de ver renovado el apetito y devorarlo. En cuestión de minutos, la pira había prendido con ganas, y el fuego oscilaba a merced del entablado viento del este. Arrojó la antorcha al fuego, y retrocedió para apartarse del intenso calor. Cuando fuese de día todo habría terminado.

Un suspiro escapó de labios de los miembros del clan allí reunidos. Con el rabillo del ojo vio recular a las figuras sombrías, que a los pocos instantes se fundieron con la negrura que reinaba entre el racimo de tiendas mientras otras asomaban. Veinte guerreros velarían junto a él, uno por cada año que había durado la regencia de su padre. Formaron un círculo desigual en torno a la pira. A la luz anaranjada sus rostros carecían de identidad y las sombras les afilaban los rasgos. Empuñaban las lanzas ante sí, y harían guardia con él hasta que el fuego se apagara y asomase el sol.

La tienda se derrumbó lanzando una llamarada, y el cadáver del anciano así como las posesiones apiladas a su alrededor se convirtieron en un fardo irreconocible al calor del fuego. Al amanecer no quedaría nada, excepto ceniza y algunos restos de metal calcinado y de cerámica rota. Poco quedaría del hombre que había liderado a su pueblo durante dos décadas de prosperidad y crecimiento.

Los últimos años habían sonreído a los Crainnh. Abundó el venado, el ganado aumentó hasta alcanzar un número de cabezas superior al de años pasados, y los ríos se volvieron plateados de la cantidad de peces que hubo. Incluso los inviernos fueron menos fríos, llegaron más tarde y duraron menos tiempo, por mucho que las llanuras siguieran cubiertas de nieve medio año más.

La prosperidad había dificultado especialmente la espera para Drwyn. Su padre conservó con tozudez la buena salud, más fuerte, en lugar de menos, a medida que transcurrieron los inviernos. Pero Ytha le había aconsejado tener paciencia, dejar que pasara el tiempo, esperar. Aunque Drwyn se pasó otros tres años inclinando la cerviz

y mordiéndose la lengua, finalmente obtuvo su deseo: el viejo buitre había exhalado su último suspiro entre los muslos de una joven de quince años. Maegern se había llevado su alma al Salón de los héroes, donde lo sentaría a su derecha y bebería *uisca* de una copa de plata. Por fin Drwyn era el jefe.

«Todo a su tiempo, jovencito —dijo una voz en su cabeza—. Todo a su tiempo».

Ytha le observó a través del fuego. Repasó con la mirada su rostro, igual que lo hubiese barrido un viento helado, disipando la cortina de calor que mediaba entre ambos hasta que el rostro de ella se dibujó con la misma claridad que si lo tuviera delante.

Drwyn pestañeó, sobresaltado, antes de apretar con fuerza la mandíbula, molesto por dejarse engañar por uno de sus trucos. La piel bronceada por el sol se arrugó al enarcar una ceja, y ella frunció burlona los labios como si supiera sus secretos y el hecho de saberlos la divirtiera. Apretó con mayor fuerza aún los dientes. No apartaría la mirada.

Ytha frunció de nuevo los labios. Maldita fuera, se estaba burlando de él. ¡Por los dioses ancestrales que no estaba dispuesto a tolerarlo!

Unos ojos verdes que la oscuridad agrisaba se clavaron en los suyos. Ya no había en ellos ni asomo de diversión. Eran duros como el ágata, cortantes como la helada.

«Recuerda quién es aquí el hacedor de reyes, Drwyn. El torque de los Crainnh aún no te pertenece».

Tragó saliva. Una capa de sudor le cubrió las palmas de las manos, pero no pudo moverlas para secárselas en la pernera del pantalón de tela tosca. La presencia de Ytha en su mente era un peso que le aplastaba el cerebro. No podía desobedecerla, igual que no podía echar a volar.

«Mejor —dijo ella—. Debes ser paciente, jovencito mío. Todo llega a su tiempo. Mañana serás jefe, y con el tiempo serás jefe de jefes. Pero aún no es hora. Tienes que esperar a que madure el fruto antes de hincarle el diente, o te sabrá amargo y la fruta se echará a perder».

El pelo le ondeaba en el rostro, más blanco que rojizo. Levantó la mano para apartárselo, y la piedra de semilla estelar engarzada en el anillo resplandeció a la luz del fuego, brillante como una estrella en el firmamento invernal. Entonces parpadeó la luz, se extinguió, y al mismo tiempo lo hizo la presencia de ella en sus pensamientos.

Drwyn exhaló lentamente. Ahí estaba él, hombre, guerrero, a punto de ser nombrado cabecilla del clan Lobo en cuestión de pocas horas. No tendría que temer a una mujer. Pero todos en el clan, incluido su padre, caminaban de puntillas y hablaban en voz baja alrededor de la portavoz. Él no se comportaría de forma distinta. Los poderes que ella poseía le congelaban el tuétano de los huesos.

Y necesitaba de esos poderes, tanto como de su consejo. De eso no había ninguna

duda; sin ella nunca sería jefe de jefes. Con ella cualquier cosa era posible, y por la mañana todo daría comienzo.

Los Crainnh celebraron la sucesión de Drwyn con un festín. Se sirvieron veinte venados, los cuales se rellenaron antes de poner a asar al fuego, además de cestos de pescado y liebres atrapadas por los cazadores. Todas las mujeres del clan hornearon, destilaron o aportaron su propia contribución a las celebraciones. Encendieron una hoguera enorme sobre las ascuas de la pira, en torno a la cual el nuevo jefe, el consejo de la guerra y los ancianos del clan alzaron sus copas para brindar por el ausente espíritu de Drw, antes de hacerlo por las glorias venideras de su hijo.

Ytha, no obstante, arrugaba el entrecejo. Tenía en el cuenco piezas escogidas de la carne, y se sentaba en un cojín con las piernas cruzadas, mientras observaba a las mujeres del clan servir pan y cerveza a los hombres. Observaba con atención a una joven en particular. De vez en cuando daba un sorbo a su copa, pero la mayor parte del tiempo la dedicó a observar.

Después de que Drw y su falta de ambición hubiesen acabado por fin convertidos en cenizas, tendría que estar de mejor humor para celebrar, pero no era así. Sólo se había librado de un obstáculo; eso no garantizaba que no surgieran otros, que no hubiera más pozos, más baches que echasen a perder sus calculados planes. Siempre, siempre tenía que mostrarse cautelosa ante lo que podía ocultar la hierba alta.

Drwyn arrojó un hueso al fuego y se limpió los dedos grasientos en el pantalón.

—¿Qué te preocupa, Ytha?

—Esa muchacha de ahí. —Cabeceó en dirección a la figura borrosa que cruzaba por detrás de la hoguera, con un cesto a la cadera—. ¿La ves?

Había poco que ver, aparte de una melena de pelo castaño y un vestido de color claro.

—La veo —gruñó Drwyn, tomando la copa—. Estaba en la cama de mi padre la noche que murió.

—Fue encamarse con ella lo que lo mató.

—¿Y qué? Mi padre se acostó con una docena de mozas como ella a la muerte de mi madre. Alguna tenía que ser la última.

También hubo montones de mujeres antes de que su madre muriera; tropiezos ocasionales, camas calientes en noches frías, pero ninguna como ella, puesta a la venta y comprada, nadie a quien mantuviese tanto tiempo.

—En el futuro podría constituir una amenaza para nosotros —dijo Ytha—. Tiene un aura que no puedo discernir.

—¿Eso es peligroso? —Rió—. Te asustan las sombras.

—Tal vez. —Ytha se acarició la barbilla con el borde de la copa y dio voz a la duda que llevaba todo el día incordiándola como una púa en el calzado—. ¿Y si tu padre

tuviera otro hijo?

—Drw ha muerto. Todos sus hijos, a excepción de mí, han muerto también.

—¿Y se pasó dos estaciones enteras mojando el *daigh* en ella! ¿Y si la ha dejado preñada? —Ytha señaló con un gesto a la joven, que servía hogazas de pan—. ¿Y si está embarazada?

—Mi padre era demasiado mayor para tener hijos bastardos —se burló Drwyn—. Además, ¿qué amenaza supondría un cachorro? Podría estrangularlo con una mano.

—Eso no lo dudo, siempre y cuando ella te permitiese acercarte. Sólo es joven, Drwyn, no estúpida. —Ese hombre era un constante quebradero de cabeza, siempre actuando en lugar de pensar.

Al ver que él arrugaba el entrecejo ante su muestra de rechazo, Ytha decidió moderar el tono.

—La edad sólo debilita el rabo, no la simiente —dijo—. Esa moza se ha mantenido apartada de mí desde que empezó a calentar la cama de tu padre. Si está embarazada, y un número suficiente de capitanes piensa que es de Drw, el clan podría verse dividido.

Los capitanes del consejo de la guerra tenían que mostrarse unánimes a la hora de aclamar al nuevo jefe, igual que los jefes de clan tenían que hacerlo llegado el momento de escoger al jefe de jefes. Si eso no sucedía, la planificación de Ytha habría sido en balde.

—Sí, recuerdo qué dice la ley del clan —dijo, acompañando sus palabras con un gesto de impaciencia, visiblemente molesto ante el hecho de que se lo recordara—. ¿Puedes saber si dará a luz?

Era posible, pero para estar segura tendría que examinar a la joven, y ésa no iba a permitir que cualquiera le pusiese la mano encima, si pensaba que podía estar embarazada del hijo del fallecido jefe del clan. ¡Si al menos pudiese leer su aura!

—Poder puedo, pero tengo una idea mejor. Si es una amenaza, preferiría tenerla donde pueda vigilarla. Te la enviaré esta noche. Si te acuestas con ella unas cuantas veces, podríamos fingir que ese hijo es tuyo, y no de tu padre. Os parecéis lo bastante para que eso sea creíble.

Drwyn desnudó los dientes.

—Es bonita, si mal no recuerdo.

Ninguna joven tenía que considerarse más que aceptable para endurecerle el *daigh*. Al menos en ese aspecto se parecía a su padre.

—Ah, sí, es muy bonita, Drwyn. Tiene los ojos del color de la campanilla y labios que son como frambuesas maduras, esperando a que alguien las arranque. Creo que la disfrutarás. —Ytha dio un largo sorbo de cerveza—. Ha llegado el momento de que les dirijas unas palabras. Recuerda lo que te he dicho.

—Lo recuerdo perfectamente —gruñó al tiempo que se levantaba. La amargura le

arrugó los labios cuando apuró de un trago la cerveza.

Ella le miró ceñuda. A Drwyn no le gustaba que le dirigieran, tal como había tenido ocasión de comprobar. Pero parecía incapaz de soportarlo incluso cuando era por su propio bien.

—Ten cuidado, mi jefe —dijo con voz baja, apostando.

Se la quedó mirando, hosco como cualquier joven al que le dicen lo que tiene que hacer. Tenía los ojos negros a la luz del fuego, negros pero ardientes como ascuas. Arrojó la copa al suelo, y se inclinó, burlón, ante ella.

—Sí, portavoz.

Ytha respondió, aferrándole la mente. Las ondas de aire sólido se le apretaron en torno al pecho. Abrió la boca para hablar, pero ella le dejó sin aliento.

—No te burles de mí, Drwyn. Sabes que puedo hacer de ti lo que quieras ser, pero nunca olvides que puedo deshacerlo con la misma facilidad. ¿Me has oído?

Sus ojos oscuros conservaron la beligerancia. Ytha aumentó la presión. Él se esforzó por encontrar una pizca de aire, mientras la presión que ella ejercía le clavaba las manos a los costados. Su rostro había adquirido la tonalidad de un hígado castigado, cuando finalmente el pánico pudo con la tozudez y lo llevó a inclinar la cabeza.

Ella le soltó y tuvo la satisfacción de verlo tambalearse un poco.

—¿Me has oído?

—Te he oído, portavoz —dijo, llenando los pulmones de aire. Ytha escogió un trozo de carne del cuenco y le dio un mordisco, basculando el peso del recipiente en un brazo mientras Drwyn recuperaba su color habitual.

—Me alegra que nos entendamos —dijo. Su expresión era inflexible, no sentía el menor remordimiento. Había fuego en sus ojos. Dio otro mordisco a la carne—. Odiaría que todo se echara a perder por culpa de un malentendido.

—Nada se echará a perder, portavoz. Puedes confiar en mí.

—¿Puedo?

Drwyn se puso tenso como una anguila de roca asustada.

—Puedes —dijo, furibundo.

—¿No habrá más malentendidos entre nosotros?

—No.

—Estupendo.

Ella terminó la carne, sin dejar de mirarle. A pesar de cómo flexionaba él las manos, la mirada era firme y sostuvo la suya sin pestañear. No había mucha gente entre los Crainnh capaz de hacer tal cosa, y menos aún que hubiesen tomado ese camino después de disgustarla. Drwyn poseía todo el ardor de su padre a su edad. Era de sangre caliente, más que dispuesto a ponerse a prueba, demasiado impaciente para dejar que nadie le enseñara, pero si bien el paso del tiempo había afilado la ambición

de ella, también había engordado y avejentado a Drw, a quien le satisfacía dejar las cosas como estaban, siempre y cuando fueran de su agrado. Ahora todos sus planes precisaban que el hijo hiciera lo que su padre no había hecho, pero todo dependía de que aprendiera a controlar su temperamento.

Ytha se limpió la boca y apartó el cuenco. La irritación cruzó el rostro de Drwyn cuando ella cogió la copa y se tomó su tiempo para dar un sorbo, sin apartar los ojos de él. Uno de los primeros pasos de la sabiduría consistía en tener paciencia, y por los dioses ancestrales que al menos, como mínimo, le enseñaría eso.

Cuando hubo vaciado la copa, la dejó con cuidado junto al cuenco y se levantó, ajustándose la túnica.

—El consejo de la guerra aguarda, portavoz —dijo él, al cabo, con una hosca inseguridad—. ¿Puedo retirarme?

Ytha asintió.

—Puedes. Ya sabes qué debes decirles.

Extendió su mano, en cuyo dedo relucía el anillo a la luz del fuego. Drwyn titubeó un instante, no transcurrió más que medio latido de corazón antes de hincar una rodilla en tierra para presionarlo en su frente. Ella contuvo la sonrisa. Después de todo, a veces el muchacho era capaz de reprimirse; lástima que no lo hubiese demostrado en más ocasiones a lo largo de aquellos últimos tres años.

Ytha le vio caminar hasta el círculo que dibujaba la luz de la hoguera. Sus guerreros se pusieron en pie nada más verle, aunque algunos se mostraron menos estables y tuvieron que buscar el apoyo de los compañeros. El futuro jefe del Crainnh se perdió entre los gritos, el gentío que le dio palmadas, además de las alabanzas que se alzaron al firmamento nocturno.

No se quedó para escuchar el discurso; lo había oído lo bastante a menudo durante la semana pasada, ya que hizo que Drwyn lo recitase una y otra vez, para asegurarse de sabérselo de memoria. Además, no haría falta gran cosa para que los Crainnh se decantaran. Conservaban fresco en el recuerdo el rostro de Drw. Unas palabras hermosas y la familiaridad haría el resto.

No, la auténtica prueba tendría lugar durante la reunión, cuando se renovara la luna de plata. Entonces tendría que hablar en presencia de otros jefes de clan, y ahí no bastaría con el parecido que guardaba con su padre para ponerlos de acuerdo.

Pero aún faltaba para que llegase ese momento. La luna de plata, aquella a la que llamaban peregrina, apenas había empezado a adelgazarse; tenían tiempo de sobras. De momento tenía que proporcionarle una mujer. Mientras se ajustaba la piel sobre los hombros, Ytha se adentró en la oscuridad.

3

Teia

Teia apartó el cazo del fuego, sirviéndose de un tenedor grande, y vació el contenido en el cubo, cuidando de no salpicarse, antes de rellenarlo con el otro cubo y devolverlo al fuego.

Dividió mentalmente en dos la pila de cuencos grasientos que había a su lado. Un cubo más y terminaría de limpiarlo todo, con la ayuda de los dioses ancestrales. El calor le había enrojecido la piel de las manos, y tenía las puntas de los dedos casi insensibles de tanto rascar la salsa y el jugo secos.

Después de sumergir una pila de cuencos en el cubo de agua caliente, se puso con la arena. Había perdido la cuenta de cuántos había lavado ya, y ni siquiera había empezado a cenar. El resto de las jóvenes solteras lo hicieron antes de marcharse, una tras otra, a ver cómo luchaban los guerreros jóvenes, dejándola a ella, la más cumplidora, para que no sólo terminara sus propias tareas domésticas, sino también las de las demás. Lanzó un suspiro e inclinó el cuenco hacia la luz para comprobar si se habían quedado restos, antes de dejarlo a un lado. Quejarse de la holgazanería de las demás no fregaría los platos antes, aunque a la mañana siguiente se aseguraría de que las madres se enterasen de lo sucedido.

Cuando el agua estuvo tan sucia que dejó de servirle, hundió un dedo en el cazo. Apenas estaba caliente. Tenía tiempo de sobra para ir en busca de agua. Salió con un cubo en cada mano del círculo que formaban las tiendas, en dirección al arroyo.

Poco a poco, el rugido del fuego y la estruendosa risa del consejo de la guerra desaparecieron en los sonidos nocturnos que poblaban la llanura. La luna peregrina tendía a menguar, bañando con su luz plateada la hierba alta con tal intensidad que casi podía ver como si fuera de día. La costumbre la llevó unos pasos corriente abajo para vaciar los cubos, luego, para llenarlos, desanduvo sus pasos corriente arriba hasta donde fluía el agua a poca profundidad.

La agradable frescura del agua le alivió las manos maltratadas. Miró a su alrededor por si alguien veía cómo se saltaba sus obligaciones, se arrodilló y hundió los brazos

en el arroyo hasta los codos. Maravilloso. La tierra del fondo era suave como el tacto de la lana. Su cabello cayó hacia delante sobre su rostro, tapándolo todo excepto la luz de luna, prisionera como una luciérnaga en los pliegues del agua.

Permaneció así mientras pudieron soportarlo sus hombros doloridos, y después se sentó en la orilla y se secó las manos en el borde del vestido. Nadie la echaría de menos unos minutos más. Después del humo y el mal olor del campamento, era un alivio disfrutar del aroma de la llanura; llevaba dos días oliendo a ceniza y grasa de venado.

Teia miró en dirección a la hoguera. Pobre Drw, ido al Salón de los héroes, donde cenaría con sus antepasados. No había tenido una gloriosa muerte en batalla, lo que no impedía que su sombra tuviera una historia que contar. Llevado junto a Maegern con un suspiro de mujer.

«Estoy cansado, Teia. Creo que voy a dormir».

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que quiso evitar a fuerza de pestañear.

«Adiós, mi jefe».

Incluso con el viento a su espalda oyó la barahúnda de las gaitas y el estruendo de los tambores. Vio una hilera de personas recortada contra el fuego, hombres y mujeres con los brazos sobre los hombros, riendo y tropezando a medida que ejecutaban, ebrios, la danza. Esa noche se intercambiarían promesas y, sin duda, más de una perdería la virginidad mucho antes de que se formularan los votos matrimoniales.

Matrimonio. Pensar en ello le supuso un dolor en el vientre más intenso que la pena que sentía por Drw. Su madre, Ana, había hablado otra vez con su tía acerca del asunto de la boda, aunque no había caído en la cuenta de que Teia podía escucharlas a ella y a su hermana comentando el precio que podían obtener por ella cuando se celebrase la reunión. Después, Teia se había quedado dormida mientras lloraba. A la mañana siguiente, había leído el futuro en el agua, pero tan sólo había visto nubarrones.

Teia miró a su alrededor, mordiéndose el labio. Estaba sola en la hierba, entre el borbotillo del arroyo. No había nadie cerca capaz de verla, aunque hubiesen reparado en su ausencia. Faltaban dos semanas para que tuviese lugar la reunión, y tenía que saber qué le deparaba el futuro inmediato.

Se puso un cubo entre las rodillas. Cuando el agua se calmó y el disco plateado de la luna peregrina flotó imperturbable en el centro, puso ambas manos en el borde y cerró los ojos. Luego buscó la música en su interior.

La respuesta fue lenta al principio, pero de pronto le asaltó la mente; logró domarla rápidamente, estrechó el flujo hasta que no fue más que mero goteo, y finalmente lo expulsó. Unas chispas azuladas le recorrieron los dedos y agonizaron sobre la superficie del agua. El reflejo de la luz tembló. Poco faltaba para que no

pudiese considerarse ni cuarto creciente, por tanto no poseía el mismo poder que la luna llena, aunque aún era válida para la adivinación. La luz blanca llenó el círculo inscrito en el borde del cubo, se quedó totalmente quieta, un espejo perfecto en el que se reflejaba su rostro.

«Muéstramelo».

Tembló la imagen antes de aclararse. Ahí estaba su rostro aún, rodeado, no obstante, por un cielo cubierto de nubarrones. La sangre le salpicaba la mejilla y el pelo era una maraña de húmedos rizos oscuros. Tenía los ojos apagados, como los de un ave muerta.

Por muchas veces que la viera, aquella visión siempre la hacía desfallecer, puesto que apuntaba a un futuro que ninguna mujer querría. Aferrada al borde del cubo, aspiró aire con fuerza para prepararse de cara a la siguiente adivinación, por si acaso volvía a ver al guerrero negro.

«Muéstrame».

La imagen cambió al muchacho. De cabello oscuro, ojos azules, la miraba con aire solemne desde el agua, con unas manos de mujer sobre los hombros. ¿Un gesto de protección o de orgullo? No estaba segura. Sus facciones toscas, la mandíbula pronunciada y la complexión robusta no arrojaban dudas al respecto de cuál era su procedencia, sin importar la promesa del oro en el cuello de la camisa.

«Muéstrame».

Esa vez contempló un paisaje visto desde una posición elevada. Primero una ladera montañosa, luego una llanura beige plata, surcada por ríos de aguas brillantes. El paisaje remitía a las llanuras que se extendían al sur del campamento, cerca de An-Archen, pero no era un paisaje que ella hubiese contemplado durante los inviernos que llevaba allí. Además, parecía ser verano, primavera al menos, porque brillaba el sol y las flores asomaban entre la hierba. En la distancia, cerca del límite de su campo de visión, figuras pequeñas como hormigas se alejaban caminando.

—¿Qué haces, niña?

¡Ytha! La portavoz estaba justo detrás de ella, avanzando por la hierba silenciosa como una cazadora. Soltó la música y sacudió la superficie del agua con los dedos para desdibujar la imagen que se había formado, antes de ponerse en pie para encararla.

—¡Na... Nada, portavoz! He venido a por agua... —Reparó en que tartamudeaba, llenó de aire los pulmones y se llevó la mano al pecho, como si bastara con aquel gesto para contener el ritmo desbocado adoptado por su corazón—. Soñaba despierta.

—Ah, siento haberte asustado —dijo Ytha, toda simpatía—. Por un instante pensé que había percibido que alguien llevaba a cabo una adivinación.

—¿Adivinación? —A Teia el corazón se le salía del pecho, parecía un pajarillo atrapado. ¿La habría visto la portavoz?—. No, no, de ningún modo. No sabría cómo

hacerlo.

—Pues claro que no. Porque si tuvieras el don, habrías acudido a mí, ¿verdad?

Ytha dio un paso más hacia ella e hizo un gesto en el aire con la mano. Se materializó una esfera de fría luz azulada, flotando sobre el hombro de Teia. Aunque había visto en otras ocasiones las luces de la portavoz, la perturbó la aparición brusca de aquélla, tan cerca de su rostro. No despedía calor, pero sintió que lo que irradiaba le causaba un escozor leve que parecía pedirle que se rascara, o quizá eso se debía al hecho de que era objeto del escrutinio de la portavoz. Después de medio año de rehuir su mirada, Teia necesitaba hacer acopio de todo su coraje para permanecer inmóvil en su presencia.

—Pero qué cosa más bonita eres. —Ytha tocó la mejilla de Teia, e inclinó su barbilla de tal modo que la luz de la luna le bañara el rostro—. Tienes suerte de tener una piel tan bonita, querida. Por no mencionar unos ojos tan hermosos. —Acarició la melena enmarañada que colgaba de los hombros de Teia—. Lástima lo de tu pelo, aunque eso tiene arreglo. Muéstrame las manos.

Teia obedeció. Ytha tomó una de las manos y le dio la vuelta para comprobar la palma, acariciando con la yema del pulgar la piel maltratada, chascando la lengua como si lo sintiera por ella.

—Vamos, niña. Algo podremos hacer al respecto.

—Pero los platos... —protestó Teia—. ¡Se supone que tendría que estar fregándolos!

—Ya he hablado con tu madre y tus hermanas —le aseguró Ytha con una sonrisa—. Ellas se encargarán de todo. Lleva el agua, y ven después a mi tienda. No te distraigas por ahí. Te estaré esperando.

La portavoz se alejó, caminando a buen paso por la hierba alta de vuelta al campamento. Aturdida, Teia la siguió, con ambos cubos a cuestas.

No había ni rastro de su madre en el lugar que tenía asignado su familia junto a la hoguera, y encontró la tienda vacía. Dejó los cubos junto al fuego, retiró el cazo con el agua hirviendo, y lo puso en una roca para evitar que se evaporase, antes de atravesar el campamento.

La tienda de Ytha, como la del jefe, se hallaba ligeramente apartada del resto. Las antorchas, clavadas en altos puntales de bronce, flanqueaban la entrada. Había luz en el interior. Teia aspiró aire varias veces para tranquilizarse y apartó la lona que hacía las veces de entrada.

—Adelante —dijo Ytha.

Teia inclinó la cabeza y entró.

Entre las más jóvenes circulaban toda clase de especulaciones acerca de cómo era el interior de la tienda de la portavoz. La mayoría de los rumores eran erróneos. No había seres familiares enjaulados, apestosos calderos humeantes o extraños tótems de

plumas y hueso. Los tapices oscurecían las paredes de piel y servían de mampara al rincón donde dormía. Las alfombras cubrían el suelo, y sobre ellas había cojines y arcones ornamentados. Teia experimentó cierto grado de decepción: era como la tienda de su familia.

Sólo cuando se adentró más vio que las escenas de los tapices mostraban aves y bestias que no reconoció, todo ello en un tejido con tintes de colores vivos como jamás los había visto, incluso en la tienda de Drw. También la luz procedía de una lámpara peculiar que colgaba del poste central de la tienda. En lugar de un plato de arcilla con aceite y la mecha flotante, o las lámparas de tres brazos de Drw, la llama estaba encerrada en una caja hecha de un lustroso metal amarillo y sencillos paneles como la capa de hielo que cubre la parte superior de un estanque.

Se dio la vuelta lentamente, los ojos muy abiertos. De pronto la tienda ya no le pareció tan ordinaria.

Ytha apartó la lona y abandonó su dormitorio. Teia dio un respingo. La portavoz se había quitado la capa de pieles y llevaba un sencillo vestido de color rojizo con un elaborado cinto de escamas. Se había recogido la abundante mata de cabello con una correa y estaba sonriendo.

—Creo que he vuelto a asustarte. —Mantuvo la tela apartada—. Adelante, entra.

La parte que hacía las veces de dormitorio era similar al exterior en cuanto a la decoración, aparte de la cama hecha de pieles esparcidas, y una amplia palangana llena de agua humeante en el suelo. Teia la miró, dudosa.

—¿Portavoz?

Ytha se medio volvió, con una toalla doblada colgándole del brazo.

—¿Sí, niña?

—¿Qué hago aquí?

—El jefe ha expresado su interés por ti. Ha pedido que cenes con él. Yo misma te prepararé.

El corazón de Teia recuperó su compás frenético. Dos estaciones atrás no sucedieron así las cosas cuando Drw la convocó. El anciano jefe se había dirigido a ella personalmente; se sintió tan honrada de que supiera cómo se llamaba que el orgullo la embargó. Incluso su padre había sonreído. Ytha le tomó una mano, y eso la perturbó.

—Vamos, niña, que no tenemos toda la noche. —Ytha le tendió la toalla y la pastilla de jabón—. Lávate mientras busco algo que ponerte.

Si el jefe había preguntado por ella y la portavoz lo aprobaba, Teia no podía negarse. Así que mientras Ytha se dispuso a registrar la tienda de un modo que casi se le antojó maternal, se desnudó, doblando la ropa con cuidado, y se arrodilló junto a la palangana.

El jabón era mucho más suave que la grasa de ciervo que solía utilizar, y en

seguida espumó. Con el agua jabonosa entre los dedos, llevó la mano a la nariz para inhalar el dulce aroma de alguna flor que no identificó. ¿Provenía ese jabón de más allá de las montañas meridionales? A veces, los buhoneros atravesaban el an-Archen con destino a las ferias importantes, transportando especias y abalorios procedentes de lugares lejanos, pero ni siquiera entre sus mercancías había encontrado jamás nada parecido.

Como si hubiese escuchado los pensamientos de Teia, Ytha asomó de nuevo la cabeza en su dormitorio.

—No seas tímida con el jabón. Hay más.

Así que Teia se enjabonó y frotó, asombrada cuando Ytha le llevó más agua para enjuagarse, antes de secarla con la toalla. La portavoz la sentó en un taburete y le dio un tarro de arcilla con instrucciones para aplicarse un pellizco de lo que contenía en las manos, pies, rodillas y codos. Mientras Teia lo hacía, Ytha le desenredó el cabello con un cepillo de marfil de ballena, y la vistió con una enagua y un vestido de lana azul. Teia tocó el vestido. El tejido de lana era casi tan suave y flexible como la enagua, y brillante como una pluma de gavián. Al igual que los tapices de Ytha, semejante mercancía tan sólo podía provenir de tierras lejanas. De pronto supo para qué se estaba vistiendo.

La portavoz le acercó el espejo de bronce para que Teia pudiera mirarse. Había experimentado una transformación. El vestido le sentaba perfectamente, le resaltaba las caderas y los pechos. Aunque el cabello no tenía arreglo y seguía enmarañado, al menos ya no parecía que llevase un nido sobre la cabeza. La densa sustancia del tarro había aliviado buena parte de la irritación de las manos y suavizado la piel, de modo que costaba creer que hubiera pasado buena parte de la velada con los brazos hundidos hasta los codos en agua caliente, fregando platos.

—Diría que estás a la altura de un jefe —dijo Ytha, apartando el espejo—. ¿Preparada?

¿Lo estaba?

—No lo sé. Eso creo.

La expresión de la portavoz se tiñó de un enfado tan fugaz que Teia no habría tenido la certeza de haberlo intuido de no ser por el temor que anidaba en sus entrañas.

—El jefe ha pedido que cenes con él. Le harás compañía todo el tiempo que él lo requiera. Podría pedirte que bailes para él, o que cantes si tienes una voz agradable. Él te dirá lo que quiere de ti. —Ytha clavó en ella la mirada—. Recuerda, niña, que se trata de un gran honor para ti y para tu familia. Podría ser una maravillosa oportunidad para mejorar tu situación. Si le complaces tal vez seas recompensada. Si no lo haces, podría costarte caro.

Cogida de manos, Teia asintió.

—Entiendo, portavoz.

—Estoy segura de que así es. Después de todo, fuiste escogida compañera de Drw, ¿no?

De nuevo asintió Teia. Ytha le puso una mano en el hombro.

—Yérguete, niña. Andar encorvada no te favorece. Así, bien. ¿Preparada?

Después de hacer el esfuerzo de poner bien rectos los hombros, Teia decidió que lo estaba. Después de todo, no serviría de nada pensar lo contrario. Por mucho que no fuera como su padre, el jefe era el jefe.

—Preparada.

—Entonces acompáñame.

Ytha salió de la tienda y cruzó el campamento hasta la tienda del jefe. El nuevo vestido tuvo el efecto deseado: todos los hombres que no estaban ebrios miraron a Teia al pasar. Algunos hicieron comentarios o insinuaciones que sonrojaron a la joven. Con una sonrisa distante, los labios prietos, la portavoz ignoró a todo aquel que encontró a su paso.

Ya en la tienda del jefe, Ytha entró, dejando a Teia esperando entre la pareja de guardias apostada en la entrada. Los guerreros no hicieron el menor esfuerzo por disimular el interés que les despertaba la joven, y recorrieron con ojos hambrientos su cuerpo, adivinando las curvas ocultas bajo el vestido. Con las mejillas encendidas, Teia clavó la vista en la lona que hacía las veces de puerta. Por Macha, ¿por qué no le tocaban ya el culo, y acababan con aquello de una vez por todas?

Al cabo de unos instantes, reapareció Ytha, que le dirigió un gesto con la cabeza.

—No lo olvides —dijo después de poner una mano en su hombro—: Haz lo que te ordenen y todo irá bien para ti y para tu familia. Si complaces al jefe, tu padre podría convertirse en un hombre muy rico, capaz de ofrecer a tu prometido una dote que compense con creces la virginidad perdida. Es una opción preferible a pasar por la feria de las bodas, ¿no te parece?

Teia encajó la humillación sin rechistar y asintió.

—Sí, niña, ya sé cómo duele, pero una mujer que no alcanza inocente el lecho matrimonial tiene que pasar por la feria de las bodas. Así proceden los clanes, y así ha sido siempre. —Dio un suave apretón al hombro de Teia—. Piensa en lo que podrías ganar si aprovechas esta oportunidad.

—Lo haré. Gracias, portavoz.

Ytha sonrió, inclinó una vez la cabeza y le abrió la lona para invitarla a entrar. Teia penetró en el interior de la tienda del jefe.

Éste compartía pocos gustos con su padre fallecido. No había ni asomo de las alfombras toscas, tejidas con los motivos del clan; el suelo estaba cubierto de pieles, y sobre ellas había un considerable número de cojines casi tan opulentos como los de la portavoz. Colgados de las paredes había tapices en oscuras tonalidades rojas y marrón

púrpura. El único vestigio que quedaba de Drw eran las lámparas de plata que colgaban de los postes de la tienda, cuyas llamas amarillas parpadeaban reflejadas en las superficies de bronce y cuero de la impedimenta apilada en la entrada. La espada del jefe permanecía apoyada en ella, por si alguien concebía dudas acerca de quién era el amo del lugar.

Drwyn se había acomodado en un cojín en el centro, con la camisa desabotonada y sus fuertes piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Tenía más o menos la altura de Drw, y compartía la tez morena, las facciones toscas y los ojos prácticamente negros, así como la barba cerrada que le cubría el mentón. Un solitario pendiente de oro relucía en contraste con el cabello negro.

—Bienvenida seas, Teia. —Señaló con un gesto los cojines que había a su lado—. Por favor, únete a mí.

—Mi jefe.

Teia agachó la vista como muestra de acatamiento, y se sentó en el cojín contiguo, antes de aceptar la copa de vino que le ofrecieron. Dio un sorbo, buscando coraje, y estuvo a punto de atragantarse con el fuerte caldo.

—¿Quieres comer algo? —Drwyn señaló una bandeja cercana donde se amontonaba una selección de alimentos.

El olor que despedía la bandeja bastó para que se le revolviera el estómago, pero no se atrevió a rechazar la invitación.

—Eres muy amable.

Él le llenó un plato, manejando con torpeza el tenedor, que le ofreció a continuación. Ella lo aceptó, consternada al ver lo abundante del plato; procuró probarlo todo, pero tenía la boca tan seca que tuvo que tomar más vino para acompañar el pan y la carne. Drwyn no dejó de mirarla. Mesuró con la vista las curvas de su cuerpo, se demoró en los pechos y los muslos, tan flagrante la mirada como el tacto.

Teia logró dar otro bocado al pan, antes de dejar a un lado el plato.

—¿No te agrada? —preguntó Drwyn.

—No tengo mucha hambre.

—Ah.

Siguió mirándola mientras ella tomaba otro sorbo de vino. Teia se sentía algo indispuesta. Tenía mucho calor y, a pesar de la enagua, el tejido de lana que Ytha le había dado le picaba al contacto con la parte posterior de las piernas.

Para distraerse de la intensidad de su mirada, paseó la vista alrededor de la tienda, fingiendo admirar la decoración, pero el malestar no desapareció. Los colores de los gruesos tapices, propios de un matadero, y las pieles extendidas a sus pies, hacían que la tienda pareciese la guarida de un felino devorador de hombres.

Un destello de luz llamó su atención, y se quedó mirándolo, espantada al ver su

propio reflejo devolviéndole la mirada desde un objeto colgado del poste de la tienda.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalándolo.

Drwyn se levantó, solícito, y lo alcanzó para ofrecérselo.

—Es un espejo.

—Nunca había visto nada parecido.

Era pequeño, no mucho mayor que la palma de su mano, y estaba rodeado por un marco con adornos. Miró su reflejo. Era mucho más nítido que el espejo de bronce de Ytha. Se vio las pecas que le salpicaban la piel, el color de sus ojos, que era violeta azulado, como el ala de un cuervo a la luz del sol. Su tez era mucho más clara de lo que era habitual en el clan, eso siempre lo había sabido, pero nunca había tenido ocasión de ver hasta qué punto. Su reflejo en la superficie del agua, incluso en una visión, no podía compararse con eso.

—¿De dónde viene?

—Del sur de las montañas, creo. Lo encontré entre las pertenencias de mi padre.

¿Te gusta? —preguntó.

Ella asintió.

—Entonces quédatelo. Es tuyo.

Teia se volvió para darle las gracias, y cayó en la cuenta de que se encontraba sentada mucho más cerca de Drwyn que antes. El brazo en que él se apoyaba estaba detrás de su espalda, y la mano libre descansaba sobre el muslo, a escasa distancia de ella. Aunque apenas le sacaba una mano de altura, su complexión ancha, la proximidad, la intimidaron. Juguetó con el espejo en las manos, intentó fingir fascinación por la elaboración y complejidad de los motivos que adornaban el marco, pero supo lo que iba a suceder, lo había sabido desde que Ytha la había vestido con aquel hermoso vestido, igual que se viste a una muñeca. ¿Por qué un nuevo jefe enviaría a buscar a la compañera de cama del antiguo jefe, si no era para asegurarse de que podía reclamar como propia una posible descendencia? Además sabía que Drwyn era consciente de que ella lo sabía. No obstante, le dio un vuelco el corazón cuando él le quitó el espejo de las manos y lo dejó a un lado.

—Teia. —Le tomó la mano.

Sentía su aliento ardiente en la mejilla, así como el olor a vino que desprendía.

—Puedo ver por qué mi padre te escogió. Eres preciosa.

Intentó besarle la mejilla, pero se extravió en el cabello, así que le soltó la mano para volver su rostro hacia él. Los ojos oscuros del nuevo jefe parecían más despiertos, más atentos. Antes de que pudiera recuperar el aliento, la había atraído hacia sí y exploraba su boca con la lengua. Al principio Teia intentó echar la cabeza hacia atrás, pero era un hombre fuerte. Cerró los ojos y abrió la boca, cediendo ante la presión de su lengua.

En cuanto él reparó en que ella se plegaba a sus deseos, empezó a explorar su

cuerpo con la mano libre. Teia permaneció sentada, inmóvil, mientras él le recorría las extremidades, como si acariciase un caballo que estuviera pensando en adquirir, antes de pellizcarle y magrearle los pechos. No hubo suavidad en los besos. Si acaso creció el anhelo en ellos, mientras intentaba quitarle el vestido. La falda era tan ajustada que él, frustrado, gruñó.

—Quítatela —ordenó, tirando con impaciencia de su propia camisa—. Quítatela, ¡ahora!

Teia se mordió el labio, se arrodilló y se sacó el vestido por la cabeza, seguido por la enagua. No había otra opción. No podía correr ni pelear: físicamente, Drwyn era demasiado fuerte. Su musculatura se dibujaba claramente definida, a pesar del vello que le cubría el pecho y la barriga. Podía partirla en dos si quería.

Su pelo cayó hacia delante, ocultándole los pechos, pero él lo apartó y los tomó en sus manos, chupándole con ansia los pezones. Teia cerró con fuerza los ojos. La barba de él le arañaba la piel suave como las cerdas de un animal.

Cuando la soltó, Teia abrió los ojos de nuevo para verle desabotonarse el pantalón. Liberó su erección y la rodeó con la mano, como un guerrero que sopesa su lanza. Su rostro compuso una expresión a medio camino entre la sonrisa burlona y la mueca desafiante. Con la otra mano la aferró del pelo para obligar a Teia a inclinar la cabeza.

El sabor y el volumen de su sexo, moviéndose en el interior de su boca, produjeron arcadas a la joven, al borde del ahogo. Drwyn gruñó, complacido, sin reparar por lo visto en las convulsiones de ella ante cada embestida. Las lágrimas le resbalaron por el rostro, y echó con fuerza la cabeza atrás, a pesar de que el intenso dolor que experimentó debido al tirón del pelo no hizo sino avivar su llanto.

Drwyn se quedó mirándola fijamente, y entonces, sin advertencia previa, le dio una bofetada con el dorso de la mano.

—¡Zorra!

La fuerza del golpe la tumbó encima de los cojines. Los labios le sabían a sal; cuando se llevó los dedos a la boca, los retiró manchados de sangre.

Drwyn se arrojó sobre ella, inmovilizándole los brazos y forzándola a ponerse a cuatro patas. Se puso detrás, postrado entre sus piernas. Le aferró con una mano la melena, que retorció para convertirla en una cuerda en torno a su puño. Ella gritó de nuevo, lo que le valió otro golpe, en esa ocasión en el trasero. El intenso dolor la dejó sin aliento, lo cual pareció excitar a Drwyn porque volvió a golpearla dos veces, un cachete en la nalga izquierda, otro en la derecha. Ella dio sendos respingos, pero optó por ahogar el llanto, consciente de que dar muestras de dolor no haría sino granjearle más golpes.

A los dedos que exploraron entre sus muslos siguió el grueso miembro. El jefe la asió de las caderas y tiró de ella hacia sí. Teia lanzó un grito, pero al menos le había

soltado el pelo. Se vio con la cara aplastada por su peso en las almohadas, y el voluminoso cuerpo de él inmovilizándola. Cada embestida de la pelvis reverberaba en sus entrañas.

Cerrados los ojos, Teia apretó con fuerza la mandíbula. Pronto habría acabado todo, Macha mediante. Los jadeos y forcejeos terminarían, siempre y cuando fuese capaz de soportarlos. Él aceleró sus movimientos. Dio un mordisco en su hombro, y ella mordió la almohada para evitar gritar. No podía tardar. No podía tardar. Respiración agitada, lengua sucia que se transformó en un grito triunfal cuando empujó por última vez el trasero de ella. Tuvo su resuello en la oreja durante un largo minuto, hasta que por fin se apartó a un lado.

Teia flexionó lentamente las piernas, manteniendo el rostro oculto en el cabello, mientras se volvía hacia el lado opuesto. Era lo único que podía hacer para evitar llorar en voz alta. Le dolía horrores el hombro. Le vio a través de los mechones, jadeante, boquiabierto y con una amplia sonrisa de satisfacción. Olía a sudor, a vino rancio, y comprendió con amargura que, a pesar de que físicamente había un eco a Drw, ahí acababa todo parecido.

Drwyn volvió a poseerla cerca del alba; lo hizo con la misma falta de ternura, antes de quedarse dormido una vez saciado. Teia contempló el techo de la tienda, tan cansada que era incapaz de llorar. Al cabo de un rato también ella se quedó adormilada, aunque los sonoros ronquidos de él no tardaron en despertarla. Fuera canturreaban los pájaros, y un dedo de luz clara se extendió por la alfombra, al pie de la lona que tapaba la entrada.

Se incorporó, apartándose el cabello de la cara. Experimentaba un fuerte dolor entre las piernas, pero cuando se palpó no encontró restos de sangre, sólo el residuo pegajoso que había dejado Drwyn. Se volvió hacia él, que estaba despatarrado, boquiabierto. Seguía dormido, alabada fuera Macha.

Teia se deslizó poco a poco fuera de las pieles, para luego levantarse. Al principio las rodillas se negaron a sostenerla y estuvo a punto de caerse. Dio algunos pasos cortos en dirección a donde estaba la ropa. Se vistió, enrolló la enagua y luego se calzó. Después de pensarlo un instante, introdujo el espejito en la enagua enrollada y asomó la cabeza por la lona.

No se movía una hoja en el campamento, exceptuando los pocos perros que roían los huesos tirados en la hierba. Incluso los guardias del jefe habían desaparecido. El sol era un disco pálido en un cielo gris oscuro, había poca luz, y el cielo que se alzaba del montón de ceniza era el único vestigio del fuego festivo construido en las ascuas de la pira del anterior jefe. Pensó en Drw, y en lo distinta que había sido su vida entonces; sintió un nudo en la garganta, pero no hubo manera de desahogarse llorando.

Teia salió de la tienda. Por lo general a esa hora habría mayor actividad en el

campamento; las mujeres estarían haciendo fuegos, amasando pan, mientras los hombres comprobarían el equipo antes de salir de caza. Sin duda todo el mundo había celebrado con tal entusiasmo el nombramiento del nuevo jefe que la gente estaba demasiado ebria para levantar siquiera la cabeza.

Con la enagua alrededor del espejo, se apresuró entre las tiendas hasta el arroyo adonde había ido en busca de agua la noche anterior, y siguió un poco corriente abajo hasta el siguiente trecho de aguas poco profundas. Desde allí apenas era visible el campamento; no se distinguían más que la parte superior de las tiendas entre la hierba alta. Eso serviría para ocultarla mejor. Se puso de cuclillas en la orilla terrosa y sacó el espejo.

Un rostro fantasmagórico le devolvió la mirada, unos ojos rojos de tanto llorar rodeados por un círculo de negrura que sigue a la falta de sueño. La costra de sangre seca en la comisura de la boca y del labio inferior era lo más visible del moretón que tenía en la mejilla. Palpó con cuidado la zona, separando luego el labio para ver dónde se había mordido.

Creó ver otra contusión en el reflejo, lo que la llevó a aflojar el cuello del vestido y bajárselo por debajo de los hombros. Impresa en la piel estaba la huella de la dentadura de Drwyn. La contusión llenaba la imagen del espejo. Nuevas lágrimas afloraron a sus ojos.

Que Macha la amparara.

Dejó el espejo, se quitó el vestido y también el calzado. El arroyo descendía helado, pero no podía esperar a hervir agua. Tenía que librarse de él, librarse de la sustancia coagulada en su interior.

En cuclillas en la parte más honda del arroyo, se frotó con toda la fuerza que su piel delicada pudo soportar. Frotó la piel para librarla del sudor de él, del recuerdo de su tacto, restregó hasta que su cuerpo se estremeció de frío y perdió el tacto en pies y manos. Después se postró de rodillas en el arroyo y rompió a llorar.

Regresó al campamento cuando la gente despertaba. Vio encendidos algunos fuegos para cocinar, y de nuevo había apostados dos guardias a la entrada de la tienda del jefe, cenicientos y legañosos. No regresó allí. En lugar de ello, volvió a la tienda de sus padres para cambiarse el vestido y ponerse uno propio. No veía el momento de librarse de las prendas que Ytha le había dado.

Encontró a su padre en la entrada, sentado en un taburete mientras arreglaba una brida. Era un hombre flaco, magro, duro como el cuero, con el cabello salpicado de canas atado en una coleta y largos bigotes que caían a ambos lados de sus labios delgados.

Cuando su sombra cayó sobre la labor de él, su padre dejó de trabajar pero no levantó la vista.

—¿Padre?

—Teia —dijo él. Su tono de voz carecía de inflexiones. Giró en el taburete para encarar la luz y seguir trabajando, las manos bronceadas, callosas, ágiles al manejar el cuero tieso.

Ella aguardó a que le dijese algo más, algo que le diera a entender que aún la consideraba su hija, pero nada siguió. La ley del clan se alzaba entre ambos como una pared de hielo; imposible escalarla. A partir de ese momento y hasta que llevase el tatuaje de su boda, había dejado de existir a sus ojos.

Drw nunca había sido tan formal. Había hecho a un lado la ley, había dado una palmada en el hombro a Teir y luego había pedido otra jarra de *uisca* para su viejo amigo. Pero es que Drw la había pedido a la vieja usanza, sobre una copa de agua; Teir y él habían cerrado el acuerdo con un apretón de manos antes de que se vaciara, todo ello sin que la portavoz tuviese voz ni voto. La situación había cambiado completamente.

De modo que así serían las cosas. Los sollozos se agolparon en su pecho como nubarrones más y más cargados de una tormenta que no llegaba a romper, pasó de largo junto a su padre y entró en la tienda. Para su alivio, la encontró vacía. Se desnudó, y arrojó el odiado vestido de lana azul y la enagua a las sombras que cubrían un rincón, donde no tendría que verlos. Se disponía a hacer lo mismo con el espejo, cuando titubeó, acariciando el marco con la yema del dedo. Aunque Drwyn se lo había obsequiado, en realidad no era su dueño. Había pertenecido a Drw, y tener algo que fue suyo resultaba... reconfortante. Sacó una enagua limpia y uno de sus vestidos del arcón donde guardaba la ropa, y a continuación escondió el espejo en el fondo, bajo las medias de invierno.

Acababa de ponerse el vestido cuando oyó a alguien a su espalda que había entrado en la tienda. Tras volverse vio a su madre en la entrada.

—¡Teia! —exclamó Ana, en cuyo rostro sonrosado se dibujó una sonrisa. Extendió ambos brazos, y Teia se le acercó a regañadientes. Cuando la luz procedente de la entrada le bañó el rostro, la expresión alegre de su madre se agrió como lo hace con el tiempo la manteca.

—Por Macha, niña, pero ¿qué te ha pasado?

—¿No te contó la portavoz dónde iba a estar la noche pasada? —La voz sonó como ahogada, como si un gran peso le aplastara el pecho.

—Pues claro, pero...

—Me hizo daño, mamá. —Teia tragó saliva y se bajó el vestido por debajo de los hombros.

Su madre lanzó un grito, llevándose ambas manos a la boca, muy abiertos los ojos negros, brillantes.

—Ay, Teisha —dijo tras exhalar un suspiro. Se apresuró hacia la entrada de la

tienda, apartó la lona y llamó—: ¡Teir! ¡Teir! ¡Ven, corre!

El padre de Teia entró, cojo, con la brida en la mano, a medio recomponer.

—¡Mírala, tú sólo mírala! —Ana tomó a su hija del brazo y la acercó a la luz—. ¡Mira qué le ha hecho!

Su padre permaneció inexpresivo.

—Es el jefe, Ana.

—¡Eso no le da derecho a maltratar a nuestra hija como si fuera un animal!

—¿Y cómo se supone que debo impedirselo? —preguntó Teir, bronco—. ¿Debo acercarme y desafiarle a un duelo? ¡Es el jefe! ¡Hará que me claven a una estaca para que sirva de alimento a los lobos, mujer!

—¿Tan poco significa ella para ti? —insistió Ana—. Te dije que no quería que fuera con él, ¡sabía que pasaría algo así! Ese hombre no es como su padre, Teir, ¡ni por asomo!

—Mamá, por favor. —Teia intentó apartarse de ella y taparse de nuevo, esconderse de aquel torrente de voces alzadas.

—Drw era amigo mío. Confiaba en él, y le serví de buena gana hasta que no pude seguir haciéndolo. —Teir apretó con fuerza la mandíbula y apartó la mirada—. En recuerdo suyo debo servir también a su hijo.

—¿A pesar de esto? No es una manta para la silla de montar con la que puedas comerciar...

—¡Silencio! —ordenó Teir. Arrojó la brida al suelo y señaló a Ana con el dedo índice. Ella reuló, arrastrando a Teia, igual que si acabaran de amenazarla con una lanza—. Ya he oído bastante, mujer. He dado mi palabra a la portavoz de que en este asunto acataré los deseos del jefe. Y tú no olvides cuál es tu lugar.

Les dio la espalda y se alejó caminando, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar le tensión del paso que le había caracterizado desde que Teia era capaz de recordar, herencia de la llamada Revuelta de Río Pétreo. Ana le vio alejarse, suspiró y cerró la lona de la entrada.

—Lo siento —dijo, mirándole las manos—. Anoche intenté convencerle, pero no quiso prestar atención. Cree hacer lo que más te conviene. —Alzó los hombros, sin fuerzas—. Tu padre es un hombre orgulloso. Le duele más de lo que estaría dispuesto a admitir haber renunciado al estandarte de capitán para volver a ser un mero vasallo. No se lo puede quitar de la cabeza.

—¿Debo lamentarlo por él? —preguntó, acre, Teia—. ¿Y yo qué, mamá?

Ana exhaló un nuevo suspiro.

—Un cojo no puede ser capitán del consejo de la guerra, Teisha. Drw nunca olvidó lo que hizo Teir para aplacar la revuelta, pero ahora que Drw ha fallecido tu padre se ha quedado sin nada. Si ve que te comprometes con un nuevo jefe, su nombre se pronunciará de nuevo con respeto entre los Crainnh.

Incrédula, Teia abrió los ojos como platos.

—Pero ¿antes tengo que prostituirme para él?

—¡Teia! —No fue un reproche. Ana seguía siendo incapaz de mirarla a los ojos—. Es un hombre decente que intenta hacer lo correcto. No hay lugar en el clan para un Crainnh deshonrado, como bien sabes. Tan sólo pretende garantizar tu futuro. Nuestro futuro.

Teia levantó ambas manos.

—¿Y si el jefe no me quiere tomar como esposa? ¿Ha pensado en ello? ¿O se limitará a subastarme en la reunión y comprar de nuevo su honor?

Rompieron las nubes, anegándola en lágrimas. Tiró del borde del vestido para alisarlo, pasó junto a su madre y asomó a la tímida luz del sol, sin que le importara ya quién la veía o la señalaba mientras se alejaba a paso vivo. Tampoco se molestó en marcarse un lugar de destino, y así, en ese estado, fue como topó con la portavoz.

Unas manos fuertes la asieron, llevándola a un lado.

—¡Aguarda! ¡Aguarda, niña!

Teia levantó la mirada, reconociendo la voz.

Ytha, ceñuda, le levantó la barbilla.

—¿Qué le ha pasado a tu cara? ¿Esto te lo ha hecho Drwyn?

Teia asintió, muda, llorando de nuevo con tal intensidad que no pudo secarse las lágrimas.

Ytha la soltó después de resoplar.

—Creía que a estas alturas habrías aprendido a complacer a los hombres. Pasaste bastante tiempo con Drw. —La portavoz habló con un tono seco, frío, mientras sus ojos miraban con la misma dureza.

Horrorizada, Teia buscó un atisbo de compasión en los ojos de Ytha, incluso de la amable brusquedad que le había dedicado la noche anterior. No encontró nada. Se le cayó el alma a los pies, fue incapaz de articular nada que fuese más allá de un gimoteo.

—¡Deja ya de lloriquear, niña! Ya te lo dije ayer: cumple con tu deber y todo irá bien. Ahora lávate la cara, ponte el vestido que te di y atiende al jefe. Esperará encontrarte a su lado cuando despierte. —Dicho eso, Ytha se ajustó las pieles y se alejó.

Teia se quedó mirando su imagen borrosa a través de las lágrimas. Después de todo, quizá la feria de las bodas habría sido mejor opción.

4

Savin

Realmente, la casa situada cerca de la sede del gremio de sastres, en Mesarilda, adonde Savin había seguido la pista de los colores de Alderan, no podía ser menos interesante: planta cuadrada, granito elethrainiano, sonrosada como un hidalgo de provincias, rodeada por un muro bajo levantado más para definir los límites del césped recortado limpiamente tras los cuales se alzaba la casa, que para que proporcionase seguridad. Tenía el aspecto de la casa de un mercader; alguien lo bastante próspero para permitirse un jardín modesto en la capital del imperio, donde todas las calles se precipitaban en una pendiente desde la Ciudadela, y el suelo llano suponía un lujo. No era ostentosa, sino que poseía un aura de pulcritud muy propio de la temible clase media.

Observando en las sombras desde la puerta con forma de arco, Savin se preguntó qué había motivado a Alderan a acudir a semejante lugar. Visitar a un amigo sería la respuesta más evidente, aunque los amigos de Alderan solían ser taberneros, capitanes de barco y demás, gente de baja estofa que recababa rumores o se movía a su aire por todo el imperio y, por tanto, podía serle de utilidad. Un comerciante de encajes o el molinero que parecía sugerir aquel lugar no encajaban con la pauta habitual del anciano.

Otro misterio. Otro rompecabezas a resolver.

Se encendió una luz tras las cortinas que cubrían una de las ventanas de la planta baja, pero el piso superior seguía a oscuras. Así que la familia estaba en casa, a esa hora, probablemente cenando. Bien; estarían todos en un mismo lugar. Eso le facilitaría las cosas.

Se disponía a salir de las sombras y cruzar la calle, cuando se abrió la puerta principal y apareció una mujer, llevando una lámpara de latón. A juzgar por la simpleza del atuendo y el delantal blanco debía de ser una doncella. Colgó la lámpara de un gancho que había junto a la puerta para iluminar el paso a las visitas, y regresó al interior. La puerta se cerró tras ella con un ruido seco.

Savin arrugó el entrecejo. ¿Cuántos sirvientes más habría, teniendo en cuenta las dimensiones de la casa? Una doncella y un cocinero, ¿tal vez un ama de llaves? Extendió con cuidado la mente hacia la casa. Cinco prietos nudos de color se arracimaban en la habitación iluminada tras las cortinas, y al fondo de la propiedad había un manchón más bien borroso que probablemente respondía a la sirvienta, bien en la cocina, bien en el fregadero. Un repaso a las demás estancias reveló que estaban vacías; tal vez el propietario no era tan adinerado como pretendía.

Algo se arrastró para cubrir sus sentidos, débil y etéreo como una telaraña en una habitación a oscuras. Era una especie de protección, tan sutilmente pergeñada como pudiera encontrarse fuera de las islas Occidentales. Envolvía toda la casa, desde las madrigueras de ratón hasta el hueco de la chimenea, con tal delicadeza que el menor contacto la habría rasgado.

Impresionante.

Savin miró de nuevo los colores que había localizado, estudiándolos. Tres correspondían a niños, su naciente don tan enmarañado, tan despreocupado como un terreno cubierto de flores silvestres; los otros dos, después de mirarlos con más atención, estaban cuidadosamente modulados para no parecer nada en concreto. La disciplina que exigía ocultar un don de forma tan eficaz requería años de práctica.

Casi se le escapó la risa. La visita de Alderan tenía sentido, y el tejido detectado probablemente se debía a que había abierto un paso a través de la protección. Eso suponía, y comprenderlo le llenó de alegría, que aquella autosuficiente mansioncilla era con toda probabilidad la casa franca, en la capital, de la orden del Velo.

Por tanto, primero iría a la cocina para encargarse de la sirvienta; después, en cuanto no corriese riesgo de que nadie lo importunara, averiguaría qué podían contarle los demás del anciano.

Ante sus sentidos, el Velo era un tejido ondulante y multicolor, que se hinchaba como la ropa que colgaba de un tendedero. Alzó ambas manos, con las palmas hacia afuera y los dedos extendidos, y lo aquietó antes de deslizar su voluntad a través de los espacios que median entre los hilos. Con un simple gesto, abrió la noche y se adentró en el Reino Oculto, antes de salir de nuevo a la somnolienta calidez que reinaba en la cocina de la residencia.

La sirvienta le daba la espalda, ocupada en la mesa ante una fuente con fruta y natillas que servía en platos de buen cristal. Una sacudida en el aire alrededor de su cuello le dio un tirón. La cuchara de servir golpeó la mesa, esparciendo la fruta escarlata sobre el delantal blanco de la doncella. Se llevó la mano a la garganta, pero no encontró nada allí y empezó a forcejear contra la presión que sentía en la tráquea. Se arañó el cuello, llagando su propia piel. Savin aumentó la presión. La doncella pataleó, una, dos veces, y se golpeó con la mesa lo bastante fuerte para que los platos hiciesen ruido. Había llegado la hora de ponerle fin; no podía permitirse más ruidos.

Otro tirón y el baile de la sirvienta terminó con el ruido seco del hueso hioides al quebrarse en la garganta.

La depositó en silencio en el suelo, y esperó unos instantes para asegurarse de que nadie hubiera oído lo sucedido. No oyó voces ni pasos que se acercaran. Estupendo.

En la mesa había postres para cuatro, y en un quinto cuenco, manzana hervida. Hundió un dedo en el postre, decidido a probarlo: frambuesa y un chorro de brandy en la crema. Delicioso. Tomó uno de los platos y una cuchara, y salió al pasillo. El suave campanileo de los platos y cubiertos, y el murmullo de una conversación, puntuados por las agudas interrupciones de un niño que claramente era demasiado pequeño para tomar postre con crema de brandy, lo llevaron hasta la estancia situada en la parte frontal de la vivienda, donde el señor y la señora de la casa disfrutaban, efectivamente, de la cena.

Cesó la conversación cuando abrió la puerta. La mujer, de cabello castaño y tirando a guapa, dejó de limpiar los labios del niño pequeño, mientras los dos hijos mayores se le quedaron mirando. A la cabecera de la mesa, un tipo robusto con chaleco de punto cortaba a filetes un fragante cerdo asado. Levantó la vista al oír que se abría la puerta, el cuchillo inmóvil en la mano.

—Pero qué...

—Buenas noches —saludó Savin, interrumpiéndole con una amplia sonrisa.

El hombre pestañeó, descolocado momentáneamente por aquella muestra de buenos modales, para poco después recuperar su enfado con fuerzas renovadas. Aunque el tenedor de trinchar cayó con ruido metálico en la bandeja, mantuvo el cuchillo asido con fuerza.

—Explícate, señor, o llamaré a la guardia. —Arrastraba las erres como se hacía en las marcas, y moduló la voz baja y firme, sin duda decidido a evitar alarmar a su familia.

«Espléndido», pensó Savin. Ya sabía exactamente dónde aplicar la presión.

—Confío que puedas ayudarme —siguió diciendo, como si nada. Apartó con la mente una silla ajustada en la mesa, y tomó asiento, hundiendo la cucharilla en el postre—. Tengo algunas preguntas relativas a una visita a quien recibisteis hace unos días. Me gustaría saber cuál fue el motivo de su estancia aquí.

Aquella insignificante muestra de su don ni siquiera hizo pestañear al hombre, lo cual le confirmó que el tipo estaba muy familiarizado con el canto.

—¡Mis visitas no son de tu incumbencia! No puedes...

Savin se recostó en la silla, y se cruzó de piernas con el cuenco del postre en el regazo.

—De hecho —dijo, tomando otra cucharada—, descubrirás que sí puedo.

El otro movió los labios sin hablar mientras se recomponía, y cruzó una mirada con su mujer.

—Creo que será mejor que lleves arriba a los niños, querida.

—Hum. —Tragando, Savin hizo un gesto con la cuchara—. Por favor, no permitáis que mi visita os interrumpa la cena. Esto no nos llevará mucho rato.

Miró en torno a la sala, fingiendo interés. Tal como sospechaba, el mobiliario era demasiado grande y oscuro para las proporciones del lugar, por no mencionar los adornos florales de la mesa, así como los candelabros y la plata.

—Qué encanto de lugar.

Con el rabillo del ojo, vio que la mujer dejaba la servilleta y levantaba en brazos al pequeño. Rebulló en su asiento y se delató al lanzar una mirada de pánico al suelo. Bastó con un pensamiento para cerrar la puerta de un portazo, tan fuerte que hasta tintineó la porcelana que descansaba en el interior de un feo armario. La mujer dio un respingo, y el niño que llevaba en brazos empezó a lloriquear.

—Me temo que debo insistir en que os quedéis.

Presa del miedo, la mujer le miró con los ojos muy abiertos, igual que un animal atrapado. La tensión del ambiente podía cortarse con un cuchillo, hubo tal quietud que Savin pudo oír el siseo de las mechas de las velas.

—¿Dónde está Cally? —A pesar del temor que la embargaba, la voz de la mujer le pareció inesperadamente agradable.

—¿La sirvienta? Está en la cocina. —Hundió la cuchara en el postre—. ¿Lo ha preparado ella? Porque es realmente bueno.

—Por favor, dime que no le has hecho daño.

Savin le dedicó una sonrisa encantadora, la que solía empujar a las damas de la buena sociedad a abanicarse con brío.

—No sufre, te lo aseguro. En fin, querría que me explicarais qué hacía aquí Alderan, y adónde se dirigía.

—¿Quién? —El hombre estaba asustado, a juzgar por la teatral firmeza de su tono de voz y los nudillos blancos de la mano con que empuñaba el cuchillo de trinchar. El movimiento del pecho delataba el ritmo acelerado de su respiración—. No conozco a nadie que se llame así.

—Pero sí conoces su rostro. —Pellizcó el canto del fuego para esculpir un retrato de Alderan, ceñudo, el pelo alborotado, sirviéndose de la llama de una de las velas.

—Te equivocas —insistió el tipo—. Nunca he visto a ese hombre.

—Mamá, ¿quién es este hombre? —preguntó uno de los niños, un muchacho a juzgar por la ropa, aunque a esa edad todos tenían la misma voz aguda. Su madre atrajo al joven y buscó a tientas la mano del otro niño.

—Un... amigo —logró decir, temblorosa la voz como la primera helada.

Savin guiñó el ojo teatralmente para tranquilizar al niño.

—Eso, un amigo de tu padre.

—¿Has venido a cenar?

Rió, indulgente.

—En cierto modo. ¿Por qué? ¿Te gustaría que me quedara?

De pronto se le erizó el pelo de la nuca, cuando alguien en la estancia alcanzó el canto. Recorrió la mesa con la vista cuando los colores de la pareja, cuidadosamente enmudecidos, experimentaron un estallido de luz, abandonando todo subterfugio.

—No hay necesidad de ello —dijo.

El hombre retiró el cuchillo del cerdo, con las manos crispadas en puños.

—Sal de mi casa —aulló.

Savin chascó la lengua.

—Eso sería una pena. Justo cuando empezábamos a conocernos.

Envuelto en el canto, sintió que ambos empezaban a tejer. La mujer pegó a sus hijos a su falda, bajo un escudo, mientras el marido proyectaba descargas de aire en dirección a Savin. Un atisbo de su propio poder bastó para hacer a un lado los golpes; otro empujó hacia atrás al hombre, que se precipitó sobre el armario e hizo añicos el cristal. La vajilla se hizo pedazos a medida que las diversas piezas se precipitaban al suelo.

—¡Egan! —gritó la mujer el nombre de su marido.

El hombre se recuperó rápidamente, sacudiéndose las esquirlas de cristal del pelo, y se arrojó hacia la mesa, empuñando el cuchillo de trinchar.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Savin en voz baja, mientras el poder fluía a través de él.

Lanzó un tajo con el cuchillo, el filo cubierto por una capa de grasa, y Savin resopló, irritado. La gente no escucha.

Un pensamiento atrapó el cuchillo en su voluntad. El tipo maldijo entre dientes y empeñó el peso del cuerpo en el ataque, pero el arma no se movió un ápice. Se aferró su propia muñeca para intentar retirar el cuchillo, pero el esfuerzo resultó inútil. Sus dedos se enroscaban en torno a la empuñadura como si formase parte de él.

—¿Qué haces? —El tipo movía el hombro, mientras intentaba liberar la mano mediante la fuerza bruta. Entonces el canto aumentó un tono y la voluntad de Savin encajó golpe tras golpe. El sudor perló la frente del hombre. Los dos niños pequeños rompieron a llorar, demasiado jóvenes para comprender las fuerzas que se enfrentaban en su presencia, y se taparon las orejas para amortiguar el estruendo del poder.

—Callad ahora, queridos —pidió su madre, acercándoselos. Bajo la burbuja de jabón que era su escudo, tenía los ojos empañados en lágrimas—. No pasa nada, no tiene importancia. Shhh.

—¡Maldito seas, suéltame!

Con la cabeza inclinada a un lado, Savin reparó en que los esfuerzos del hombre eran cada vez más frenéticos.

—No —dijo—. No creo que deba.

Lentamente su voluntad doblegó el brazo del hombre, levantándolo por encima de la cabeza. El tipo, consciente de lo que iba a suceder, intentó echar la cabeza hacia atrás, pero otro hilo del canto del aire lo mantuvo inmovilizado.

—¡Suéltale, por el amor de la Diosa! —pidió la mujer—. Te lo contaremos todo, por favor. ¡Egan!

Sin mirar, Savin lanzó una protección de silencio en torno a la mujer y sus hijos. Ella descargó una lluvia de golpes sobre él y sobre lo que había tejido, pero no poseía la fuerza de su marido; fue fácil desecharlos e ignorarlos. Savin observó cómo el hombre miraba la hoja en alto. No le quitaba ojo mientras se deslizaba lentamente hacia su cuello.

Cuando al caer desapareció de su campo de visión, cerró los ojos.

—Por favor... —susurró tras lanzar un bufido.

El cuchillo se detuvo en un lado del grueso cuello del tipo, que sintió la presión. Un delgado hilo de sangre goteó bajo su nuez, manchándole la camisa blanca.

Recostado en la silla, Savin dirigió una sonrisa radiante a los niños boquiabiertos, espantados, mientras la madre adquiría la palidez de la leche. Sus labios vocalizaron unas palabras mudas que tal vez obedecieran a una plegaria.

—Bueno —dijo, hundiendo de nuevo la cuchara en el postre—. ¿Empezamos otra vez?

S

La huida

Drwyn había regalado a Teia un caballo nuevo para cabalgar a la reunión. Después de que *Finn*, el castrado pardo, descargase una coz sobre él, lo habían destinado al transporte de equipajes, sustituido por una yegua gris. Al quinto día de viaje, Teia la odiaba. Era demasiado dócil para su gusto.

«Dudo que vayas a darle una coz en el culo al jefe, ¿eh?»

Se sintió culpable y dio unas palmadas en el cuello de la montura. La yegua no tenía la culpa de no ser *Finn*.

Miró de reojo a Drwyn. Como muestra de su posición elevada, cabalgaba junto al jefe, mientras que su familia lo hacía con el resto del clan. Él montaba el magro corcel negro con arrogancia, envuelto en una gruesa capa de cuadros que le protegía del viento helado. Cuando la sorprendió mirándole, tiró de las riendas del corcel para arrimarlo a ella y, después de inclinarse, besarle los labios.

—Hermosa —murmuró, acariciándole la mejilla con el pulgar. Volvió a besarla, sin tanta delicadeza, abriéndose paso con la lengua en su boca.

El ardor de sus ojos le hizo comprender que esa noche la querría. Ella logró esbozar una sonrisa, luego clavó los ojos en las delicadas orejas de la yegua, e intentó contener las náuseas.

Ocho días y tenía la impresión de que había pasado un año. Vivía en la tienda de Drwyn, le servía las comidas y le calentaba la cama. Tenía que acudir a su llamada, y marcharse cuando él se lo ordenara, y entretanto hacer cuanto le pidiera. A cambio él evitaba tratarla con violencia, a menos que tuviera que darle una lección. No había dejado de morder y darle cachetes cuando se acostaban, pero ella había aprendido a no dar muestras de dolor. La única vez que lo hizo, él le azotó el trasero con el cinto hasta que la hizo sangrar, así que fingía disfrutar de sus atenciones. No era un gran sacrificio si a cambio evitaba otra paliza. El viaje a la reunión ya era lo bastante largo sin tener que hacerlo con el trasero despellejado.

Teia hundió la barbilla en el cuello de piel del abrigo. El invierno no se había

hecho de rogar. La llanura estaba seca, endurecida por la helada; el viento soplaba procedente del norte, y por las mañanas sabía a nieve. El cielo gris presionaba sobre la tierra como grueso vellón. No recordaba un verano tan corto, ni un invierno que prometiera ser tan largo.

Anhelaba efectuar una adivinación de su futuro, pero Ytha la vigilaba de cerca. Desde aquella noche junto al río, la portavoz se mostraba suspicaz y no le quitaba ojo, pendiente además del resultado del emparejamiento. Cada vez que la miraba con sus verdes ojos felinos, Teia quería gritar.

Aún tenía mucho que aprender; no conseguía controlar la adivinación para obtener respuestas concretas; tan sólo veía lo que las aguas escogían mostrarle. A veces, las visiones la aterraban, incluso las más simples, como aquella del muchacho con torque de jefe, porque no comprender la importancia de la imagen más inocua era lo que más la asustaba.

Las últimas cosas que había visto fueron la visión a vista de pájaro de llanuras veraniegas y su propio rostro ensangrentado. Durante las largas noches en la tienda de Drwyn, había intentado desentrañar su significado, había buscado en su recuerdo cada retal de conocimiento que Ytha había pronunciado sobre interpretar sueños y visiones, pero no debía de estar más cerca de la verdad. La sangre podía significar una discusión, una decisión difícil, perjuicio a las aspiraciones propias o, las más de las veces, simplemente sangre: alguien saldría herido. Eso la frustró; no era una visión abstracta de sangre, sino concreta. Su sangre, en su rostro. Iba a sucederle algo y no sabía de qué se trataba.

Los nubarrones se deslizaron en el cielo. La lluvia empapó la camisa de Savin, y el viento gimió en torno a las torres de la fortaleza de Renngald y le sacudió el pelo sobre el rostro. Se lo apartó para mirar, aguzando la vista, la imagen representada en miniatura que cubría la palangana apoyada ante él sobre un trípode de hierro: un diminuto barco en un mar azotado por la tormenta, balanceándose bajo la lluvia en aguas poco profundas. El palo macho era como un palillo, y ya se había roto; los demás no tardarían en hacerlo, a pesar de lo cual el barco hacía avance: se encaramaba sobre la cresta de la imponente ola y superaba la caída hasta alcanzar el seno de la siguiente. Sin tumbar. Extendido a su alrededor, igual que una capa fabulosa, había un complejo tapiz tejido con el canto, hinchado, inflado con la fuerza de la tormenta que lo golpeaba sin piedad.

El guardián era el arquitecto de la resplandeciente telaraña. Savin sentía cómo su voluntad le daba forma. Después de tantos años, conocía el trabajo de Alderan igual que se reconoce la autoría de un maestro escultor. Sin embargo, el poder que daba a cada hilo la fuerza de una cadena de ancla correspondía al muchacho. No estaba adiestrado, estaba más verde que una hoja en primavera, pero entre su fuerza y la

destreza del anciano rechazaban la tormenta que a esas alturas debería haber reducido la nave a un montón de astillas.

Se llamaba Gair, tal como le había revelado antes de morir aquel tipo de Mesarilda. Era un huérfano expulsado por la Iglesia; un don nadie, si no fuera por su habilidad. «Se dirigen a las islas, eso es todo lo que sé, lo juro, por favor. Por la diosa, cómo duele...».

Poca información, y había tenido que arrancarle un ojo a la mujer para averiguar eso, a pesar de asegurarle que iban a contárselo todo. Alderan, por lo visto, era tan hermético con sus subordinados como él lo era con todo el mundo. Pero al menos le permitió tomar una dirección; averiguar el resto fue tan sencillo como repartir un poco de plata en las manos adecuadas. Ahora tenía la oportunidad de librarse de una vez por todas de ese viejo metomentodo.

Aferró con tal fuerza el borde de la palangana que el frío metal le mordió las yemas de los dedos, y empeñó más poder en su obra. Cantó sobre él, a través de él, y él lo canalizó hacia la tormenta que había creado.

Los vientos se alzaron de nuevo y golpearon el tejido del anciano. El barco cabeceó, y los cabos de la única gavia que conservaba se tensaron. Cuarta a cuarta se alteró el rumbo hacia el sur, cerca de los bancos cubiertos de espuma que apenas se dibujaban en el borde de la imagen. A su alrededor aullaron cómplices los vientos del norte y sacudieron el mar de Kaldsmirgen contra las rocas que había al pie del castillo.

A pesar del azote de la tormenta en su rostro, sus labios esbozaron una sonrisa burlona. Ese chico, Gair, era fuerte, pero Savin conocía a la perfección los trucos del guardián: llevaba años sufriendolos en sus propias carnes.

«¡Tendrás que esforzarte más para vencerme, anciano!»

La hinchada cortina del canto que escudaba el barco lejano empezó a ceder ante el embate del viento y el agua. No aguantaría mucho más. Los bajíos destrozarían la embarcación. El cachorrillo no era una amenaza: sin adiestramiento, sin más disciplina que la exigida para llamar y manipular el poder, toda la fuerza del mundo no supone nada. Si sobrevivía a la tormenta, lo cual no era probable, sin duda su propio don remataría el trabajo antes de que el año tocara a su fin. Sin la debida vigilancia, las llamas que ardían con tanta fuerza tendían a provocar incendios.

Había llegado el momento de poner punto y final; Savin tenía otros asuntos que atender. Tejió más estrechamente los hilos de su poder, alzando una mano al cielo. Los gestos físicos no eran necesarios cuando se trabajaba con el canto, pero era tarde y estaba aburrido, así que incluso resultaba cómodo dejarse llevar por los hábitos de la niñez.

Vistas en la palangana, las nubes que cubrían el Mar Interior convulsionaron, puntuadas por el restallido y el estruendo del trueno. Imaginó que el aullido del viento subía de nuevo un tono y el vaivén del mar se volvía más violento. Al

golpearse, las olas se convertían en nubes de espuma, ocultándole la visión, aunque ya no necesitara seguir mirando. Sentía la tormenta en todas las terminaciones nerviosas, en todos los músculos. Eran uno y lo mismo, y la tormenta estaba bajo su mando.

Savin bajó con fuerza la mano cerrada en un puño.

El escudo cedió un poco, pero no se resquebrajó. Pestañeó sorprendido. ¿Cómo era posible? Alderan era artero, y tenía capacidad de sobra para sacar el mayor partido posible del don que poseía. ¿De qué otro modo, si no, habría enseñado a sus estudiantes que, en las manos adecuadas, puede una daga superar a una espada de doble hoja? Pero en una riña de fuerza pura, el anciano debería haberse visto superado. Es más, el golpe que acababa de dar tendría que haberle aplastado, a pesar de lo cual su tejido permanecía intacto, cada vez más brillante, más vivo. Las hebras de colores nuevos resplandecían a través de él: esmeralda, oro puro, colores brillantes, nuevos, como recién lustrados.

Tenía que ser el cachorro de la Iglesia. De algún modo, a pesar de su falta de entrenamiento, el chico había ido más allá, había profundizado más en el canto, había desatado su fuerza para reforzar el tejido más allá de cualquier cosa que Alderan hubiese sido capaz de lograr por sus propios medios. El escudo formaba ahora un arco elevado sobre el barco, como si de una coraza de acero se tratase, un escudo capaz de rechazar por completo los efectos de la tormenta. No era tanto que la detuviera, sino que la mantenía aparte, hacía girar los vientos para que soplaran de nuevo en dirección este. Debajo del escudo, figuras diminutas recorrían como un enjambre las cubiertas empapadas y el tenso aparejo. Aventaron la solitaria vela para que se hinchara de pronto al viento, y el barco ganó en andadura. En cosa de unos instantes, corría la tormenta con rumbo noroeste, lejos de los arrecifes. Los vientos que él había enviado para destruirle ponían a su viejo enemigo a salvo.

«¿Qué estás haciendo aquí, Savin?», flotó, calma, la voz de Alderan sobre el rugido de la tormenta.

«A mí también me complace verte. —Savin recurrió a su poder, retorciendo gruesos cabos de aire hasta que el viento gritó de dolor—. No tienes control sobre mí, anciano. Voy y vengo como me place».

«Una auténtica lástima».

«Bueno, bueno. No es necesario utilizar ese tono, teniendo en cuenta la de tiempo que hace que nos conocemos. ¿No podemos comportarnos con educación?»

«Dejamos atrás la educación cuando asesinaste a Aileann».

«¿Aún me echas eso en cara? —Savin chascó la lengua, impaciente—. Quizá ella seguiría con vida si no hubiese intentado decirme lo que tenía que hacer».

«¡Era tu madre!», reprendió Alderan. Sus colores sufrieron la sacudida de la emoción contenida, o tal vez se debía al esfuerzo de comunicarse a través de una

distancia tan inmensa. Savin no supo a cuál de ambos motivos respondía, pero tampoco le importó. Se había encendido de nuevo la llama de aquel antiguo resentimiento.

«Aileann tendría que haber pensado antes de actuar», replicó.

Pero Alderan había desaparecido, y la tormenta de Savin se alejaba por falta de atención, llevada hacia el norte por el cálido aliento del desierto. Domeñarla supondría tanto esfuerzo como crear una nueva. Y para cuando lograrse hacerlo el barco se habría alejado del alcance efectivo de su poder, pues se movía a tal velocidad que ya no habría forma de alcanzarlo con la tormenta.

Mientras el barco se alejaba, los rayos de sol atravesaron la capa de nubes reflejada en el aguamanil. El sol hacía brillar las vergas y la lona húmeda. El barco se encontraba más allá de su alcance, con su rival a bordo.

—¡Hjussvoten! —exclamó.

Derribó la palangana de un manotazo. El agua formó una cascada en el aire, perdida rápidamente en la lluvia, y la palangana, vacía, golpeó la piedra con ruido metálico. Antes de que dejase de girar sobre sí le dio una patada para arrojarla al vacío desde la torre; cayó al pie del parapeto con el ruido que habría hecho una campana rota. Bastó con otra patada para que el trípode sufriese el mismo destino.

«¡Maldito sea!»

Cuando la furia hizo que le hirviera la sangre, Savin miró a su alrededor, en busca de otra cosa con que pagar su frustración, pero la parte superior de la torre, azotada por los elementos, estaba pelada.

«¡Condenados sean al más profundo de los pozos del infierno ese astuto viejo cabrón y su nuevo aprendiz!»

El relámpago iluminó el cielo de horizonte a horizonte, llenando sus fosas nasales con el olor acre, seco, del cielo quemado. Las nubes afrontaron furiosas su ira y, al pie de las murallas del castillo, el Kaldsmirgen rompió con fuerza en las rocas, proyectando nubes de espuma sobre las derruidas almenas. Saboreó la sal en la lluvia, sintió su azote en los ojos y gritó, y la tormenta lo hizo dos veces más alto que él.

Desde todos los rincones de la torre los escaldin miraban con malicia. Savin los observó, desafiante, con las manos crispadas en puños, jadeando. Horribles seres. Los norteños, supersticiosos, los habían esculpido tanto para que sirvieran de vigilantes como de advertencia, y sus rostros taimados, cómplices, estaban por toda la isla: encima de todas las puertas, en todas las chimeneas, al acecho en todos los hastiales. Se hurgaban la nariz y se susurraban al oído. Como si la vida en las islas del Norte no careciese ya del menor atractivo, tenía que verse rodeado por toda esa fealdad.

El canto se alzó en su interior y señaló la estatua más próxima. Con el crujido del trueno la cabeza cornuda se hizo añicos en una lluvia de restos de piedra. Otro restallido le cortó las alas, y el tercero dispersó lo que quedaba de ella en un mar de

fragmentos.

No era suficiente, pero se sentía mejor. Savin se apartó el pelo de la cara, y tomó la escalera que descendía en espiral. Los hombres de la sala de guardias apartaron la vista de los cubiletes de dados cuando lo vieron pasar, pero le dejaron en paz. Hicieron lo que más les convino, porque probablemente habrían corrido la misma suerte que los escaldin. Abajo, en el corredor que llevaba a sus dependencias, estaba demasiado furioso para mantener su protección contra el frío o sentir siquiera su total ausencia, a pesar de que la baja temperatura le había puesto la piel de gallina bajo la camisa húmeda. Cerró la puerta dando un fuerte portazo e invocó una protección para mantenerla así, antes de encender las lámparas sirviéndose del canto.

«Conque ese cachorro de la Iglesia posee, después de todo, el don. —Un pensamiento avivó el fuego—. Y es poderoso, menuda agradable sorpresa habrá sido para ti, Alderan». Bastó con otro pensamiento para levantar del cesto situado junto al hogar de la chimenea unos leños que fue echando al fuego, uno tras otro.

«Cabrón artero. Así que has jugado la mano como si no tuvieras más que doses, ¡y ahora me sales con esto!»

El fuego crepitó al principio, para alzarse después en un rugido.

Sin reparar en los goterones que dejaba en las hermosas alfombras, Savin anduvo en dirección a la biblioteca y buscó en sus estantes los restos deshilachados de lo que en tiempos fue un ejemplar con hermosa encuadernación de *Crónicas de la fe verdadera: Historia de las Guerras de la Fundación*, escrito por San Saren Amicus, que arrojó sobre la mesa, junto a las lentes, donde aterrizó abierto por la mitad como las alas de un pájaro muerto.

Al oír el golpe del cuero sobre la madera, alguien ahogó una exclamación de sorpresa. Savin levantó la mirada. La joven seguía en su cama. Era una de las innumerables sobrinas de Renngald, o tal vez la hija gordita, pero guapa, de algún castellano; era tedioso tener que acordarse de esos detalles. No había reparado en su presencia entre la capa de pieles que la cubrían. Se incorporó en el lecho, mirándole fijamente con los ojos color azul mejillón. La mata de pelo rubio claro caía sobre sus hombros desnudos, sin cubrirle del todo los grandes pechos.

—¿Mi señor?

No hablaba mucho la lengua común, pero conocía las palabras necesarias para complacerle. La observó, tamborileando en el libro con aire ausente. En fin, ahí tenía un modo de descargar su frustración. Cerró el libro.

—Arriba —ordenó.

Ella apartó las pieles con los pies, y se puso a cuatro patas, con la espalda arqueada y el trasero blanco y redondo levantado hacia él. Menudo culo; compensaba con creces la ausencia de un cerebro. No era que la tuviera allí por su capacidad para dar conversación; con la boca hacía cosas mucho más interesantes que hablar.

Se quitó la empapada camisa de lino; con la lluvia que caía no había querido arriesgar la seda. Se acercó a la cama. A pesar del tacto frío del pantalón húmedo, la erección iba en aumento, consciente de lo que prometía la ardiente vagina de la moza.

Ella volvió la vista, sacudiendo el trasero, seductora.

Savin se arrodilló en la cama, tras ella, desabotonándose el pantalón.

—Te dije que te rasuraras —dijo al tiempo que la penetraba.

Ella gruñó ante lo abrupto de la intrusión, pero no tardó en acompasar el ritmo de sus movimientos y responder a ellos con lujuria. Apoyó el peso de su cuerpo en una mano, mientras que utilizaba la otra para estimularse. Las paredes del coño se amoldaron a Savin.

Buena chica. No era ninguna *najii*, adiestrada desde pequeña para dar placer, pero había aprendido la lección antes que las demás, lo cual le convenía, ya que Savin odiaba repetirse. Había desarrollado una especie de habilidad propia, pues los músculos de la pelvis le trabajaban el pene como manos cubiertas por guantes de terciopelo. Pronto el temblor rítmico le había pegado las pelotas al cuerpo, y el nudo que tenía en la parte baja del vientre se tensó. Sí. Se postró sobre su espalda, apretándola sobre las pieles, y aumentó el ritmo de los empujones. Ella gimió, no muy alto. Desde luego había aprendido mucho.

Él separó las rodillas, y tiró hacia sí con el brazo de las caderas de ella, montando el carnoso trasero hasta que la tensión que tenía en el interior encontró el alivio deseado y se vació rápidamente dentro de ella. Sentado sin aliento sobre los talones, observó cómo la joven se daba la vuelta para meterse a continuación en la boca la polla, tiesa aún, y limpiarla, murmurando palabras de agradecimiento.

Aquella cabeza rubia en su regazo era prueba suficiente de que incluso el alumno más torpe puede aprender algo, si se le motiva de la forma adecuada. Quienes poseen cierta habilidad pueden, incluso, llegado el día, superar a su maestro. Sonrió burlón. Después de todo, ¿no era eso lo que había hecho él?

«¿Lo quieres para eso, Alderan? ¿Para que se convierta en el pequeño guardián que yo no llegué a ser?»

La joven le rozó la piel con los dientes, y él gruñó.

—Basta.

Ella le miró con los ojos de mejillón azul a través del pelo que le caía sobre el rostro, pero siguió dándole que te pego a la lengua. En cualquier otro momento esa lengua ardiente y hábil podría haberle excitado de nuevo, pero, una vez desahogada su furia, la joven había cumplido con su cometido.

—¡He dicho que basta! —Y la apartó de una bofetada.

Ella se refugió en el extremo opuesto de la cama después de lanzar un grito; allí se ocultó bajo las pieles, asomando los ojos por el borde como un perro que teme los golpes de su amo. Consciente de su poder, Savin hizo como que se abalanzaba sobre

ella y rió al verla esconderse.

Estúpida criatura, pero ¿para qué otra cosa servían las mascotas, si no?

«¿Para qué sirve tu mascota, Alderan? ¿Acudirá a tu lado, caminará sobre los cuartos traseros, cantará cuando tú se lo ordenes? Ten cuidado, no vaya a morderte. ¡Incluso los perros domésticos tienen colmillos!»

Un pensamiento se precipitó en su mente, frío y limpio como una gota de aguanieve. Sus manos se quedaron inmóviles en los botones del pantalón.

«¿Perro guardián o mascota?»

El joven a quien había conocido en el jardín que adornaba la terraza de la taberna no era uno de tantos a quienes había rechazado la Iglesia, no con ese espadón a la espalda, y con los hombros que se adivinaban bajo la camisa, los cuales sugerían que poseía la fuerza necesaria para blandirlo. Un caballero, entonces, o puede que un novicio. Era lo bastante joven. Y con el potencial que había visto en el mar...

Ah, la ironía era más deliciosa de lo que tenía derecho a esperar. Savin se apartó el pelo, húmedo aún, del rostro, y pensó en el libro que descansaba en la mesa, y también en un barco en mitad de un mar verdiazul. El barco estaba fuera de su alcance, pero no todo estaba perdido. Al fin y al cabo, a veces un obstáculo no es más que una oportunidad encubierta.

Se preguntó hasta qué punto estaba al corriente el joven de lo sucedido al tesoro de Azote de los Caídos cuando concluyó la batalla. Eso le hizo sonreír.

Doce días después de que los Crainnh aclamaran a su nuevo jefe, llegaron al lugar donde se celebraría la reunión. Era una espaciosa hondonada en forma de cuenco, rodeada por un risco de roca negra. Había dentro un lago con forma de luna creciente, cuyos extremos abrazaban un amplio trecho de césped. El humo se alzaba de la docena de fuegos repartidos en los diversos campamentos de clanes que ocupaban el perímetro de la hondonada. Corrales con animales y las monturas se extendían en un extremo del terreno llano que había junto al lago, y en el otro se levantaba un pabellón abierto, de cuyo techo ondeaban cintas de colores, que era el lugar donde se celebraba la feria de las bodas. Las voces de los buhoneros llenaban el ambiente, anunciando las mercancías expuestas en las mantas. Olía a humo de leña, a hierba aplastada y a excrementos de animal, todo ello arrastrado por la gélida mordedura del viento del norte.

Mientras las mujeres levantaban las tiendas y preparaban la comida, Drwyn y una docena de guerreros escogidos de su consejo de la guerra fueron a saludar a los demás jefes. Ytha los acompañó, vestida con pieles de zorro blanco, llevando el blanco cayado de píce.

Teia los vio alejarse desde la entrada de la tienda. ¿Encontraría un rato para ausentarse antes de que regresaran? Echó un vistazo a su alrededor, poco deseosa de

resolver las labores domésticas que le aguardaban. Dos de los guerreros de Drwyn habían levantado la tienda para ella, pero aún tenía que decorarla y ponerse a cocinar.

Tuvo una idea. Entró apresuradamente y, dejándose llevar por un frenesí de actividad, extendió las pieles que cubrían el suelo y desenrolló las alfombras antes de repartir los cojines. Luego se cambió el vestido para ponerse los pantalones de piel de alce y un jubón grueso, y sacó el arco y la aljaba del equipaje. A Drwyn no le gustaba que lo llevara, pero ella había logrado distraerle a fuerza de darle besos para hacer que se olvidara.

Acarició las cuentas que adornaban el cuello de la aljaba, recordando que su padre se la había regalado con motivo de su décimo cumpleaños. Cada miembro de los Crainnh tenía que aprender a cazar, le había dicho, y le enseñó a tirar con arco y a cuidar de las palas y el culatín de cuerno de alce. Una intensa punzada en el estómago hizo que las cuentas verdes y azules se volvieran borrosas. Si Macha así lo deseaba, pronto volvería junto a su familia.

Se ató el cabello a la espalda, recomponiéndose después de aquel instante de debilidad. Tenía que ser fuerte. Salió de la tienda con la aljaba al hombro y el corazón latiéndole con tal fuerza que estaba segura que podían oírlo en todo el valle.

Al verla salir, los dos guardias se volvieron hacia ella. Uno de ellos, un tipo fibroso con la piel estropeada, miró de arriba abajo las curvas que le dibujaba el pantalón ajustado.

—Traed mi caballo —les ordenó, asombrada de que no le temblase la voz.

Los guardias se miraron el uno al otro.

—¿Y adónde se supone que vas? —preguntó uno de ellos.

—A por la cena del jefe. Un par de ánades, si se tercia.

El lascivo, Harl, creía recordar que se llamaba, la miró con malicia.

—Bueno, le gustan las pajaritas, sobre todo cuando tienen una buena pechuga. — Y miró sin disimulo el cuello abierto del jubón.

Teia tomó una flechas de la aljaba, y en un abrir y cerrar de ojos la puso en culatín y apuntó al ojo del guardia.

—Ten cuidado con los ojos —le amenazó—. Sería una pena verte tuerto.

Harl parpadeó mientras una expresión de sorpresa sustituía la de lascivia. El otro guardia contuvo la risa.

—He dicho que me traigas el caballo. —Tiró un poco más de la cuerda, lo bastante para arrancar un crujido al arco. El hombre reculó un paso—. Así me gusta. Vamos, Harl, por favor. A este paso se me va a ir la tarde.

Harl inclinó la cabeza.

—Sí, mi señora.

Cuando se hubo marchado, Teia devolvió la flecha a la aljaba, y tomó el arco con ambas manos para que el otro guardia no reparara en que estaba temblando. No tenía

por qué preocuparse. Por mucho que le hubiese divertido lo que acababa de sucederle a Harl, el tipo estaba en su puesto, pendiente de sus propios asuntos.

Harl regresó con la yegua ensillada y dispuesta. Teia le dio las gracias con frialdad, montó y se alejó a caballo del campamento. Sólo cuando se hubo distanciado bastante de las tiendas se permitió el lujo de relajarse. Su suspiro de alivio se transformó en risa, asombrada como estaba por aquella muestra de audacia.

¡Mira que tratar a los hombres de Drwyn como si fueran sus sirvientes! Pero había funcionado. No se atrevió a aventurar si lo haría una segunda vez, pero de momento le había proporcionado una hora a solas, sin nadie que la vigilara, y estaba decidida a sacarle todo el provecho posible.

A una legua, más o menos, al norte de la sede de la reunión, había una cadena formada por pequeños lagos guardados como joyas en una argéntea telaraña de arroyuelos. Con poco terreno sólido propiamente dicho, Teia tuvo que dejar el caballo atado a unas matas y recorrer a pie el lecho formado por cañas, pero allí disfrutaba de buena cobertura, y el rumor de los juncos al viento disimulaba el ruido que hacía.

Al cabo de un cuarto de hora, Teia había cazado un par de ánades en el mayor de los lagos, recuperado y limpiado las flechas y atado las aves por las patas, además de llenar un pequeño cuenco de bronce que había sacado a escondidas de la tienda de Drwyn, lo bastante pequeño para ocultarlo en la bolsa que le colgaba del cinto. La mantuvo recta en las rodillas e invocó un poco de su poder.

Al principio, la imagen surgió borrosa y se reveló inestable. Era de nuevo su rostro, esa vez con un corte feo en la sien, que era el causante de la sangre que le cubría la mejilla. Mientras observaba se convirtió en una cicatriz blanca; el punto en que se encontraba con el cuero cabelludo estaba cubierto por pelo blanco como la nieve. La mirada vacía de sus ojos también cambió, para adquirir en su lugar la mirada propia de un animal acorralado, como si llevara auestas un terrible secreto, enterrado muy hondo en el corazón, como un gusano en una ruboresa.

Entonces la imagen se reformaba, estirándose y llenando el cuenco entre sus manos hasta que se vio de nuevo a sí misma, con exquisito detalle, cubierta en pieles blancas de zorro y llevando el cayado de portavoz.

Teia contuvo un grito y dejó caer el cuenco. El agua fría del lago le empapó las rodillas. ¿Estaba destinada a convertirse en portavoz? ¿Cómo era eso posible? Si Ytha descubría lo de su talento, sabría que la había engañado, de lo cual sólo resultaría el exilio. Teia tendría que unirse a los Perdidos o morir sola en la despiadada llanura. Pero si Ytha no lo averiguaba, podría continuar con la vida que llevaba.

Cerró los ojos y hundió la cara en las manos. Por lo visto, después de todo la feria de las bodas habría sido la mejor de las opciones posibles. Aún cabía la posibilidad de que Drwyn se desprendiera de ella, pero era cada vez menor. Cuanto más fingía ser la

perfecta concubina, más la toleraba. Con el tiempo podía llegar a convertirla en su siguiente esposa, y entonces Teir obtendría el recompensa que la muerte de Drw le había privado.

Pobre Drw. Había sido amable con ella; vigoroso pero suave, lo bastante para que compartir su cama no fuese un suplicio. A veces, cuando sólo quería que le cantara o le hiciera compañía en silencio, le había dicho que le recordaba a su hija. Entonces el anciano jefe lloraba por los hijos que había perdido, los hijos que se habían reunido con su esposa en la otra vida.

«Macha te guarde, Drw».

Se secó las lágrimas de los ojos, recogió el cuenco y se puso en pie. La tarde se apagaba rápidamente, el lago, una capa de acero bajo el cielo nublado, estaba en calma. Si no se apresuraba, el sol se pondría para cuando alcanzase las tiendas. Aclaró el cuenco de bronce lo mejor que pudo y volvió a guardarlo, luego recuperó el arco y la aljaba, y montó a lomos de la yegua.

Cuando regresó al campamento, el cielo había adquirido una tonalidad púrpura, y los hombres procedían a encender las antorchas en toda la hondonada. Los altos braseros de hierro ardían a ambos lados de la entrada de la tienda de Drwyn, donde permanecían apostados los dos guardias, tensos, inquietos.

Cuando Teia desmontó, se abrió con violencia la lona que daba a la entrada de la tienda, e Ytha salió del interior con expresión dura a la luz temblorosa.

—¿Dónde has estado? —exigió saber.

Con el corazón en un puño, Teia mostró en alto las piezas que había cazado.

—De caza en los lagos.

—¿Has visto a alguien más?

—No, portavoz. ¿Pasa algo?

—Alguien ejercía el poder fuera del valle. —Las palabras fueron pronunciadas con la brusquedad con que salta una trampa para cazar. Teia dio un respingo, fue lo único que se le ocurrió hacer para afrontar la mirada de Ytha—. ¿Has sido tú? ¿Tienes el talento? ¡Respóndeme, niña!

—No he visto a nadie, portavoz.

—¡Respóndeme! ¿Posees el talento? Ya sabes cuál es el precio del engaño.

Teia se encogió de hombros, indefensa. Ytha tomó su cabeza entre las manos y proyectó su conciencia sobre la mente de Teia como un viento helado.

La joven se retiró, encogió los pensamientos en lo más hondo de su ser, ocultándolos de la tormenta bajo el manto de su temor.

—Portavoz —dijo, gimoteando—. ¡Por favor!

—¿Qué está pasando aquí? —atronó la voz grave de Drwyn. Asomó tras los hombros de Ytha, gigantesco en las sombras—. Déjala en paz. No es más que una simple moza.

Ytha no aflojó la presión que ejercía sobre su cráneo.

—¡Podría tener el poder!

—¿Y qué?

—Es la ley del clan. Una joven con el poder se entrega a su portavoz. Si no lo hace, debe exiliarse. Violar la ley del clan supone verse privado de honor durante generaciones. Esto es lo que dice la ley, Drwyn, e incluso tú debes respetarla.

El jefe puso una mano en el hombro de Ytha, y la mantuvo ahí. Nadie excepto el jefe se habría atrevido a poner la mano encima a la portavoz, y la ira que cruzó la expresión de la mujer dio a entender que lamentaba incluso eso.

—Déjala en paz, Ytha. Si insistes en ponerla a prueba te la entregaré, pero por ahora, déjala en paz. Mañana llegará el resto de los clanes: tengo demasiadas cosas en las que pensar como para tener que volver a una tienda cuyo fuego está apagado y un lecho vacío cada noche mientras dure la reunión. Además, mi cena se desangra sobre tu túnica —añadió.

Ytha retrocedió con una exclamación de disgusto, al reparar en la sangre oscura que le manchaba las pieles. Miró a Teia como si ella tuviera la culpa de todo, y volvió el rostro gélido hacia el jefe.

—No veo que llegue el momento, jefe. Tendrías que habérmela enviado hace tiempo. —Y con una tensa inclinación de cabeza, Ytha se alejó.

Cuando Drwyn accedió a la luz, a Teia le temblaron las rodillas. Sollozó, aliviada, y se lanzó a sus brazos, agradecida, pensando en que él ni siquiera sospecharía el porqué.

—¿Te ha asustado? —preguntó él, pretendiendo con torpeza aliviarla. Cuando vio a Teia inclinar la cabeza y secarse las lágrimas con el dorso de la mano, añadió—: Pues no hay por qué. La portavoz no te quiere mal.

«Tampoco un felino quiere mal a un bebé», pensó la joven.

—Estaba dentro de mi cabeza. Me dolía.

—Comprobaba si posees el poder —explicó Drwyn—. Quizá tendrías que alegrarte de no tenerlo. Bueno, ¿qué me dices de esa cena?

Hasta ahí llegaba el consuelo.

Resignada a sus labores mundanas, Teia desplumó y limpió las piezas que había cazado, untó con miel sus pieles y sal, antes de ponerlas a asar. Mientras trabajaba, meditó en lo que había visto en el agua. No había servido para aclarar su anterior adivinación, simplemente había dado pie a más preguntas que era incapaz de responder.

Si hubiera tenido más tiempo... Estaba segura de que practicar más la adivinación le habría proporcionado otras imágenes, pistas que la ayudaran a interpretar su futuro. Si las visiones hubiesen acudido a ella mediante sueños, podría haber ido a la portavoz en busca de una interpretación, excepto que no podía estar segura de que

Ytha no lo considerara una prueba de que ella poseía el talento. Una vez descubierto eso, Teia no habría tenido otra opción que mostrarle todo lo que había visto. El joven con el adorno de oro correspondiente al jefe alrededor del cuello. Todo.

Esa noche, cuando Drwyn, quedó satisfecho en lo concerniente a la comida y el sexo, se planteó la posibilidad de huir. Le intimidaba la idea: abandonar a su familia, todo lo que había conocido, para afrontar un destino incierto. No tenía la menor idea de adónde ir o cómo sobrevivir por sí sola al invierno, pero también tenía la terrible certeza de que no sería capaz de seguir mucho tiempo donde estaba.

6

La reunión

Después de pasar una noche poblada por sueños agitados, Teia despertó el primer día de la reunión agarrotada como la carne de alce puesta a secar al sol. Drwyn tenía mejor aspecto. Engulló una hogaza de pan para desayunar y luego anduvo por la tienda con una jarra de cerveza, mientras ella calentaba el agua para lavarse.

Después, se vistió con más cuidado del que era habitual en él, con su mejor pantalón y su mejor capa, la cual se abrochó al hombro con un alfiler de oro. Llevaba el pelo cepillado, apartado del rostro; incluso habían sacado brillo a la lanza, que era su símbolo de poder. Casi parecía atractivo, de no ser por el modo en que se mordisqueaba, nervioso, el bigote, mientras iba de un lado a otro como un perro al que su amo ha atado en corto.

Teia reparó en que necesitaría la menor provocación para pagar los nervios con ella, así que tomó un montón de ropa limpia y se metió en el apartado que hacía las veces de dormitorio para guardarla. La ponía a resguardo, doblada en el baúl, cuando oyó entrar a alguien en la tienda.

—Excelente —dijo Ytha—. Eso los impresionará. Buen trabajo.

Teia, arrodillada y con una prenda doblada en las manos, se quedó paralizada.

—¿Los demás están preparados? —preguntó Drwyn.

—Casi. Todos los clanes están aquí. Se reunirán en menos de una hora. ¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

—Sí, Ytha. No insistas.

—Soy la portavoz de los Crainnh. Mi trabajo consiste en insistir —repuso Ytha, fría—. Tienes que causar la impresión adecuada en los demás jefes. Si pretendemos que te tomen en serio, tienes que ser el hijo de tu padre, e incluso ir más allá.

Teia dejó la camisa, se levantó la falda y arrastró las rodillas por el suelo, haciendo el menor ruido posible, en dirección a la lona. Sin siquiera atreverse a respirar, echó un vistazo por un agujero de polilla que había en el tejido. Ytha vestía túnica de lana teñida de azul marino bajo un manto de pieles, atado a la cintura con un cinto de oro

hecho de lunas crecientes unidas entre sí. Otra luna creciente le ataba la melena para apartarle el cabello de la frente.

—Es un día importante, Drwyn. Si hoy te desempeñas bien, nada se interpondrá en tu camino. Serás jefe de jefes en cuestión de un año, y todo el sur te pertenecerá.

—No veo que llegue el momento.

Teia reconoció el ansia en su tono de voz. Era el mismo tono gutural que oía a oscuras, cuando le decía que deseaba que le diera placer. A pesar de que le daba la espalda, pudo imaginar su expresión. Sintió un escalofrío.

¡Jefe de jefes! Esa situación no se daba desde hacía un millar de años, desde que los clanes fueron empujados al norte. Dio caóticas vueltas a la idea, convertida en una hoja que volaba a merced de las posibilidades. ¿Y el sur? ¿Se había propuesto Drwyn desafiar al mismísimo Imperio? Era increíble. No, era ridículo. Acabarían despedazados. Los hombres de hierro los estarían esperando. ¿En qué estaba pensando?

—Ay, Drwyn, paso a paso —advirtió Ytha—. Si apresuramos la caza, la pieza huirá y no estaremos en posición de tender la trampa otra vez.

—¡No me vengas con acertijos, Ytha! Di lo que sea sin tapujos.

La portavoz chascó la lengua, su tono se volvió más hiriente.

—Me refiero a que nuestro objetivo está más cerca ahora de lo que ha estado nunca, lo cual no quita que debemos ser pacientes. Si nos esforzamos demasiado, podríamos echar a perder todo lo que hemos planeado. Vamos, los jefes nos estarán esperando.

Mucho después de abandonar la tienda, Teia siguió ahí sentada, con la falda sobre las rodillas. No podía creer todo lo que había escuchado, pese a lo cual no creía que Drwyn hubiera perdido la razón. No planearía algo así, a menos que tuviera una buena posibilidad de salirse con la suya. En las últimas semanas había llegado a conocerle, al menos hasta estar segura de ese aspecto. ¿Qué dirían los demás jefes? Después de todo, Drwyn no llegaría lejos sin contar con su apoyo. Eso le dio una idea. Solucionó rápidamente sus obligaciones.

Entre las rocas del borde del valle, disfrutó de una buena panorámica de la feria que se extendía a sus pies. Apenas distinguió un palmo de hierba vacía. Las tiendas atestaban el lugar, incluso los clanes rivales compartían el espacio, haciendo a un lado las viejas enemistades. Eso era una norma de la ley de los clanes aceptada universalmente: durante los cuatro días que duraba la reunión, y durante los tres días antes y después de ésta, las diferencias quedaban en suspenso, incluso se suspendían temporalmente las reyertas familiares. La reunión era la última feria importante antes de la llegada del invierno, la última ocasión que los clanes tenían de comerciar, de intercambiar noticias, de encontrar esposa antes de que el hielo y la tormenta provenientes del mar

del Norte los acorralaran en las montañas en sus cuarteles de invierno.

El humo espesó la atmósfera. En todo el valle se oyeron el llanto de los niños, los ladridos de los perros, los mugidos del ganado y el rumor de la conversación. Si aguzaba la vista, podía distinguir las insignias de todos los clanes, puesto que los estandartes ondeaban a la entrada de la tienda de los jefes respectivos. No muy lejos de cada poste había otra tienda, tal vez algo más pequeña pero no menos modesta, que podía servir de residencia a la portavoz del clan. En lugar del estandarte, había una representación de bronce del animal que representara al clan, un tótem, adornado con plumas y pieles y amuletos con cuentas que tintineaban a merced de la brisa.

Los contó. En efecto, todas las portavoces parecían estar presentes. Incluidas las aprendices, lo que suponía que al menos había en ese valle veinticinco, puede que treinta mujeres, o más, con el poder. Potencialmente muchas más, si incluía a las jóvenes cuyos talentos aún estaban por descubrirse. Nadie repararía en una más que obrara en mitad de todo ese parloteo.

Descendió por la ladera, en busca de un arroyo concreto que pudiera utilizar. Tardó casi una hora de despellejarse las rodillas y darse golpes en los dedos de los pies, antes de encontrar uno, e incluso una vez localizado le costó llegar. Tuvo que estirarse sobre una roca cortante para llenar el cuenco de agua y llevarlo luego de vuelta a un lugar donde pudiera sentarse cómodamente.

Ver era un truco con el que había topado accidentalmente. Había estado intentando adivinar, pero había perdido la concentración. Pensó entonces en su madre, y el agua se llenó con la imagen del rostro de Ana, y la cabeza de Teia lo hizo con el sonido de la voz de su madre. Después de eso, se había entretenido en más de una ocasión, escuchando a escondidas las conversaciones de sus hermanas y, de vez en cuando, las orejas se le pusieron coloradas cuando oyó algo que no iba dirigido a ella, como las charlas mantenidas durante la feria de las bodas.

Si se concentraba en Ytha como centro de su visión, temía que la portavoz percibiera su presencia de inmediato y supiera que la había engañado. Incluso pensar en lo que podría suceder bastaba para helarle la sangre en las venas, así que tendría que escoger a alguien más, aunque no conocía lo bastante de vista a los demás jefes para escoger con seguridad. Al final, optó por Eirdubh, jefe de los Amhain, un tipo de piel curtida, duro, a quien recordaba de la última diáspora que tuvo lugar en primavera. Había ofrecido a Drw jugarse a Teia a los dados, y el viejo jefe se había reído como si por fin hubiese entendido el chiste eterno del más ancestral de los dioses.

En cuestión de unos instantes, la imagen de un guerrero Amhain llenó la superficie del cuenco. Arrugaba el entrecejo, pellizcándose la barbilla con el pulgar y el índice. Mientras se concentraba, oyó una voz que poco a poco se volvió más

inteligible. Drwyn estaba hablando, y el resto de la concurrencia prestaba atención en silencio.

—... Más tiempo de la cuenta. Ha llegado la hora de devolver nuestro honor al lugar que merece.

—Fuimos derrotados en una batalla campal, Drwyn —dijo uno de los jefes—. Los vencidos deben acatar la victoria. Eso reza la ley de la batalla, la ley del clan.

—Vinieron aquí en sus barcos y ocuparon nuestras tierras —replicó Drwyn—. Persiguieron a nuestras piezas de caza, hollaron nuestros lugares de culto, pisotearon nuestras tradiciones. Para proteger nuestro honor luchamos y morimos como auténticos guerreros de clan, pero ellos nos derrotaron. Eso no está en duda. El acuerdo, la paz que nos hicieron jurar, lo está. Fue un engaño y yo no me siento obligado a respetarlo.

—Dimos nuestra palabra de honor —intervino otro jefe. Teia no le reconoció, pero tampoco había reconocido al anterior. No era habitual que en la llanura hubiera gente de pelo claro y rostro con facciones aguileñas y piel bronceada al sol. Ambos compartían esas peculiaridades, tanto era así que podrían ser hermanos.

—La palabra de honor sólo es vinculante mientras viva la estirpe. ¿Dónde está ahora el clan Agua Negra? —preguntó Drwyn a los presentes—. Su honor se perdió hace setecientos años. Ya no hay lugar para él en esta concurrencia.

El círculo de jefes prorrumpió en protestas, y las portavoces asintieron con sabiduría. Recordaban las historias de los clanes, recordaban cómo Gwlach de los Agua Negra fue escogido jefe de jefes, para liderarlos en la batalla y, por último, en la derrota.

—Ningún descendiente de Gwlach vive hoy en día. Su palabra ya no es vinculante. —Drwyn extendió los brazos, como si les implorara considerar su propuesta—. Los hombres de hierro nos robaron las tierras, luego las repartieron entre nosotros, a cambio de nuestro eterno agradecimiento. Agradecidos por que nos devolvieran parte de lo que nos había sido injustamente arrebatado.

»Ese día los infieles sacrificaron su honor. Lo vendieron para comprar la paz y quebrar a un pueblo que había recorrido estas tierras durante siglos antes de que llegaran los colonos. Depende de nosotros, hermanos míos, enmendar esa injusticia, o afrontar el desprecio de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos por siempre jamás. Somos el doble de lo que fuimos; los rebaños no pueden sustentarnos. Nuestras familias pasarán hambre, nosotros pasaremos hambre y moriremos. Puede que eso no suceda este invierno, ni el siguiente, pero sucederá pronto. La portavoz de los Crainnh ha visto portentos. Sin terreno para cazar, sin nuestro honor y nuestra libertad, pereceremos. Ha llegado la hora de recuperar lo que fue nuestro.

Bonito discurso. Pero no era cosa de Drwyn. No le cabía duda de que había sido cosa de Ytha. ¿Y quién le había inculcado aquella ansia repentina de tierras donde

cazar? Desde luego Drw no había sentido la menor necesidad de ir a la guerra por ese motivo, a pesar de su población, el rebaño aún no les había fallado, y se había contentado con llevar a su gente por la llanura hasta el fin de sus días. ¿También esa idea se la había inculcado la portavoz, junto a las palabras cuidadosamente escogidas? Esa conclusión hizo que Teia se estremeciera.

Los jefes y sus portavoces digirieron lo que había dicho Drwyn. Los hubo que asintieron y murmuraron entre ellos; otros se quedaron mirando el suelo, o la lejanía, en dirección al lago. Uno o dos, como por ejemplo Eirdubh, miraron a los ojos a Drwyn, desafiándole a sostenerles la mirada.

Drwyn no los decepcionó. Mantuvo la cabeza bien alta, los hombros rectos, engallado. La inclinación de la mandíbula, su postura, era como ella había imaginado que Drw debió de ser en su juventud, lo que le provocó experimentar un sentimiento de pérdida y la consiguiente punzada en el estómago. Obviamente los demás jefes pensaron lo mismo. Pudo verlo en sus ojos, en cómo le mesuraron, encontrando poco que reprocharle. Eso dijo mucho en su favor.

Recordó lo que Ytha había dicho, todo aquello de que debía ser el hijo de su padre e ir incluso más allá, y empezó a comprender cómo la portavoz no sólo manipulaba a los Crainnh, sino también al resto de los clanes. Teia siguió mentalmente el camino y vio que al final del mismo aguardaba la lanza del jefe de jefes.

Devolvió su atención al presente, reafirmando la visión, que había empezado a temblar tras distraerse. Hablaba Eirdubh. El jefe de los Amhain se había puesto en pie: era un hombre nervudo, cubierto de cuero y pieles, con el rostro tan arrugado y curtido a la intemperie como una roca en lo alto de una colina. El silencio se extendió a su alrededor cuando los demás jefes se dispusieron a escuchar sus palabras.

—Un plan sólido, Drwyn —dijo con su voz grave, sosegada—. Sólido de verdad. Pero ¿cómo te has propuesto ejecutarlo? El Imperio y sus caballeros no habrán desaparecido. Seguirán allí, en sus fuertes de piedra erigidos en las montañas, esperándonos.

—Los fuertes están vacíos —aseguró Drwyn. El resto de la concurrencia contuvo una exclamación de sorpresa—. Mi portavoz me los ha mostrado y, para asegurarme, he enviado exploradores a verlos. No hay hombres de hierro en las montañas.

—¿Puedes demostrarlo, Drwyn? —preguntó Eirdubh—. ¿Puede tu portavoz mostrárnoslo también a nosotros? No dudamos de su palabra, porque una portavoz no puede mentir, pero nosotros no somos más que hombres y necesitamos que nos muestren las cosas.

—Puedo mostrártelo —dijo Ytha, fría, segura de sí—. También vuestras propias portavoces, si así se lo pedís. Aquí está el lago, usad sus aguas.

Tres de las otras portavoces se miraron unas a otras mientras conferenciaban. Teia reconoció a dos de ellas: las de los clanes de Lago Blanco y Cuervo Pétreo, cuyas

tierras colindaban e invernanaban en las montañas, no lejos de los Crainnh. Ambas asintieron al mismo tiempo.

Una de ellas dio un paso al frente, con el cayado ante sí.

—Conocemos los lugares de los que habla el jefe Drwyn —aseguró—. Efectuaremos la adivinación.

Teia sintió que concentraban el poder. Fue como si de pronto el cielo hubiese llenado de aire los pulmones. Las aguas del lago borbollearon antes de amansarse por completo, pero el agua de su cuenco tembló cuando la adivinación de las portavoces se superpuso un instante a su visión. Entonces volvió a formarse la imagen en la superficie del agua. Teia inclinó la cabeza, para ver con mayor claridad la adivinación.

Las portavoces habían conjurado la imagen de an-Archen, blanca y azul, perfectamente perfilada, con sus picos, imponentes ante la mirada. La imagen se cerró sobre ellos, como vista desde lo alto por un pájaro, y se concentró en un paso de montaña con una fortaleza que bloqueaba el punto más angosto. Enormes murallas se alzaban entre torres fuertemente fortificadas, en las que unas ventanas vacías miraban como las cuencas de cráneos descarnados. Los cuervos sobrevolaban las alturas y parloteaban en las almenas. El eco de sus gritos reverberaba en el paso. No había ni rastro de presencia humana. No se alzaban humos desde el interior del fuerte; el paso era la viva imagen del abandono. Si allí había hombres armados, permanecían tan inmóviles y callados como estatuas de piedra.

—Es verdad —dijo una de las portavoces—. Está vacío.

—¿Podéis acercaros? ¿Mirar dentro? —preguntó su jefe.

La imagen enfocó la más próxima de las dos atalayas, acercándose a ella. Surgió una ventana, que se abrió y se abrió hasta engullir la imagen, momento en que la negrura llenó el cuenco. Se encendió gradualmente, revelando una sala circular con una entrada con forma de arco que llevaba a una escalera de piedra que ascendía en espiral a través del centro de la torre. Llevaba hacia arriba, hasta lo alto de la muralla, proporcionando a los presentes la visión del vacío centro de la fortaleza; hacia abajo pasó por diversas estancias hasta depositarlos en una sala situada frente al patio de armas. Los techos derruidos y el eco de los corredores transmitía la sensación de que el lugar había sido abandonado hacía tiempo, el líquen cubría la piedra rota y en el hogar de las chimeneas no había siquiera restos de ceniza. La fortaleza estaba totalmente abandonada.

Las portavoces retrocedieron, dejando que la imagen se disolviera. Una brisa onduló el agua del lago, y de la adivinación no quedó ni rastro.

Teia se apartó el cabello de los ojos. Perdía la concentración. Las portavoces casi la habían arrastrado a su tejido, y mantener la visión de ellas al margen de la suya exigía de una gran concentración. Le dolían las sienes; no sería capaz de mantener mucho tiempo más la visión.

—Estoy satisfecho —declaró el jefe de Lago Blanco, inclinando la cabeza levemente ante su portavoz, que volvió a situarse a su lado—. Conozco ese lugar. Si está vacío, probablemente los hombres de hierro también hayan abandonado el resto. ¿Qué propones? No es la mejor época del año para iniciar una campaña.

—Propongo que dejemos pasar el invierno, que pertrechemos a nuestras partidas de guerra y que nos preparemos, porque en primavera reuniremos nuestras fuerzas para la batalla.

Drwyn habló con expresión decidida, pero Eirdubh negó con la cabeza.

—Es peligroso, Drwyn, mucho —dijo—. Reanudar una contienda que nos costó tantos guerreros valientes, y después de tanto tiempo. Ni siquiera una reyerta familiar dura tantas generaciones. ¿No ha llegado ya el momento de olvidarlo? Confieso que me siento intranquilo.

—Los dioses ancestrales nos guiarán —dijo Ytha—. Eso he visto en una adivinación.

Los murmullos de sorpresa y expectación se extendieron por la concurrencia, y Teia se inclinó aún más sobre el cuenco, a pesar de que no iba a distinguir mejor lo que se veía en su superficie. Los signos y portentos eran bastante frecuentes y guiaban a los clanes en la rutina diaria: cuándo cazar, dónde acampar, qué destino le aguardaba a alguien, pero una auténtica adivinación era muy rara. No era de extrañar que las demás portavoces estuviesen tan interesadas.

—Durante tres noches soñé con un gran lobo que caminaba por las llanuras, hambriento, en busca de presas —empezó Ytha, extendiendo los brazos a ambos lados—. Durante tres días un lobo aulló al alba, y al atardecer nuestro tótem lloró sangre por nuestra prisión. La cuarta noche, un cuervo me habló en sueños. Me dijo que Maegern cabalgaría de nuevo, que se abatirá sobre nuestros enemigos como una tormenta y los expulsará lejos de nuestras antiguas tierras para que volvamos a ser libres.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Teia, cuyo instinto la empujó a trazarse un signo de protección en el pecho. Maegern, diosa de los muertos. Diosa de la guerra, de los cuervos y de la discordia, la deidad más tenebrosa y sanguinaria que figuraba en el panteón del clan, con su escudo, en cuya superficie figuraba pintado un ojo que todo lo veía, y sus mastines para la caza. No era un nombre que se invocase a la ligera, ni siquiera por una portavoz.

Devolvió la atención al cuenco que tenía entre manos. El jefe Amhain asentía, mordiéndose los labios como si, siendo un hombre razonable, estuviese dispuesto a permitir la posibilidad.

—Eso podría ser —dijo Eirdubh—, pero me gustaría ver personalmente tal signo. Nuestros dioses llevan muchos años en silencio. Imploramos su ayuda cuando acudió la plaga, pero no vimos nada. Yo propongo que esperemos, y que el último día de la

reunión volvamos a reunirnos y pidamos al Cuervo que nos dé su bendición. Si ella responde, yo seré el primero en ofrecerte mi lanza, Drwyn. Si no lo hace, no tomaré parte en esta guerra. Valoro demasiado la supervivencia del clan Cuervo Pétreo para verlo seguir el mismo camino que el clan Agua Negra.

—Nadie valora su clan más que yo, Eirdubh. No lo pondría en peligro innecesariamente —aseguró Drwyn—. Pero la venganza es lo primero. Me he propuesto extraer una gota de sangre de nuestros enemigos por cada gota derramada por nuestro pueblo cuando lo expulsaron de sus tierras. Una vida por cada vida. Recuperaré nuestro honor a cambio de las almas de los sureños, y lo haré por mi cuenta si no tengo otro remedio.

Un tenso silencio se adueñó de la concurrencia. Ytha lo interrumpió, dando un paso al frente para poner la mano en el brazo de Drwyn.

—La sugerencia del de Amhain es astuta, mi jefe —dijo—. Necesitamos tiempo para pensar, para asegurarnos de que una decisión tomada en el calor del momento no sea una decisión que vivamos para lamentar. Aplaudo, en esto, su sabiduría.

Drwyn asintió, entusiasta.

—Por supuesto, por supuesto. La sabiduría de Eirdubh tiene renombre y está en lo cierto al aconsejarnos precaución. Tres días, pues, hermanos míos, hasta que volvamos a reunirnos para pedir a Maegern su ayuda. Que ella nos sonría con bondad.

Teia dejó desvanecerse la imagen del cuenco; un dolor de cabeza le aplastaba el cráneo como la coxa de un caballo recio, y tuvo que quedarse sentada con los ojos cerrados uno o dos minutos, antes de ser capaz de pensar de nuevo con claridad.

Tres días. ¿Acudiría el Cuervo? No lo sabía. Como hacían todas las mujeres del clan, Teia apartaba un pellizco de algo en cada comida para arrojarlo al fuego como ofrenda para Macha la Proveedora. Le habían inculcado ese ritual desde la infancia, pero a menudo se olvidaba, y hasta el momento no le había caído ningún rayo encima, y tampoco se la había llevado ningún cuervo gigantesco. Hacía tiempo que ya no temía que eso sucediera, y la ofrenda ritual había dejado de ser una creencia para convertirse en una costumbre. De todos modos, tembló como si alguien le hubiera introducido nieve en la espalda. La costumbre inculcada de hacer sacrificios a los dioses que podían o no existir era una cosa, pero las deidades que un día podían sentarse en torno al fuego y exigir que les dieran de comer era otra muy distinta.

Vació rápidamente el agua y secó el cuenco con los dedos antes de devolverlo a la bolsa. A esas alturas, la concurrencia se estaría dispersando, y si Drwyn, o, aún peor, Ytha, acudían en su busca, no la encontrarían donde debía estar.

Anocheceía antes de que Drwyn regresara a la tienda. Dos de sus guerreros lo seguían, llevando las compras que había hecho en la feria. Eran malos portadores, puesto que

amontonaron las compras con torpeza en mitad de la tienda. Pero no pareció reparar en ello. Los despidió con un gesto de la mano y se dispuso a revolver los hatillos como un cachorrillo con ganas de jugar.

Teia, que cosía una túnica de invierno a la luz de las velas, le observó con el rabillo del ojo. El tacto de la prenda era suave, pero coser piel era una labor muy ardua. Aunque siguiera los agujeros de la antigua costura, costaba introducir la aguja de hueso. Le dolía el pulgar y lo único en lo que podía concentrarse era en acabar la labor y olvidarse de ella. Tan sólo era vagamente consciente de que Drwyn revolvía las compras, mientras le contaba qué había intercambiado por una manta para el caballo, una manta por una capa, un cuchillo nuevo de acero, hasta que le golpeó la mejilla con la mano abierta. Cayó hacia atrás, lejos del cojín, con la mitad del rostro dolorido.

Drwyn dio una patada a la labor y se alzó sobre ella, empuñando el cuchillo nuevo.

—Presta atención —ordenó con desprecio. La aferró del brazo y la puso de rodillas—. ¡Mírame cuando te hablo!

Otro golpe en la boca con el dorso de la mano, sólo para asegurarse de que había entendido lo que decía. El labio había empezado a sangrarle. El rostro de Drwyn era una mueca, los dientes al descubierto, asomándole por la barba como los colmillos de un oso, y el aliento acre en su cara. Lentamente levantó el cuchillo para situar la hoja en su mejilla. Sintió el acero frío como el hielo; no pudo contener un respingo.

Drwyn rió.

—No voy a marcarte, niña. Al menos esta vez. —Le soltó el brazo y guardó el cuchillo en el cinto—. Limpia este lugar. Parece una pocilga.

Salió de la tienda y se adentró en la noche.

A su vuelta estaba borracho. No inconsciente, pero lo bastante bebido para pagarlo con ella cuando Teia quiso ahorrarse su lujuria y el hediondo aliento a *uisca*. Lo bastante para seguir golpeándola incluso cuando ya se hubo plegado a sus deseos, subrayando las lecciones de obediencia con una dura letanía sobre el respeto que ella le debería cuando se convirtiese en jefe de jefes y rey de las llanuras. Lo bastante para agredirla más tarde, cuando después de los gemidos y los empujones fue incapaz de rematar lo que había empezado.

—*Cuinh* inútil. —Introdujo el órgano flácido en ella, arañándola con las uñas—. ¡Tómala!

Teia hundió el rostro en las pieles para ahogar un grito. Le escocía más la zona íntima con cada embestida. Apretó con fuerza los dientes, y rezó.

«Te lo ruego, Macha, haz que acabe pronto. Trae la lluvia y haz que duerma».

Después de unos cuantos empujones inútiles, salió de ella.

—¡Zorra! —rugió, apartándola de sí.

Al caer, Teia se golpeó con un arcón con remaches de bronce, y sintió un intenso

dolor en un costado. Por unos instantes fue incapaz de respirar, se limitó a quedarse ahí tumbada, a sollozar con los ojos cerrados con fuerza. Se había roto algo, estaba segura. Sólo un hueso roto podía doler de esa forma.

—Levántate.

Si no lo hacía volvería a golpearla. Entre jadeos, con la respiración acelerada, intentó ponerse de rodillas. En cuanto se movió volvió a sentir el dolor, intenso, cegador, súbito. Cayó hacia atrás, con las manos en las costillas del costado derecho.

—No puedo —dijo entre sollozos.

«Duele demasiado, tanto que no puedo moverme. Ay, Macha, protégame. Cómo duele».

Hecha una pelota de resultas del dolor, Teia esperó la llegada del siguiente golpe.

—¡Vamos, *cuinh!*

Se encogió aún más ante el tono de su voz. Pero el golpe no llegó, y se atrevió a mirarle a través del cabello enmarañado. Estaba acuclillado, empapado en sudor, hosco, con la gruesa *daigh* colgándole en la mata oscura que tenía entre los muslos. La miró a los ojos, burlón.

—Mírate. —Su mirada recaló en ella como si fuera la pila de excrementos que había dejado su perro en la cama—. Ni siquiera se la puedes poner dura a un hombre, ¿eh?

Ella reculó ante la desabrida luz de sus ojos. La *uisca* le había desarmado a él, no a ella, pero la bebida también le había ofuscado lo necesario para no ser consciente de ello.

—¡Respóndeme!

—No, mi jefe —logró decir. El labio partido había empezado a hincharse. Dar forma a las palabras le dejó un rastro de sangre en la lengua.

—Ven aquí.

Mantuvo la vista en las pieles, y gateó hacia él. Le dolía hasta el último músculo del costado. Él se manoseaba el miembro con la derecha para darle la apariencia de una erección, y la punta roja la miraba como un ojo inyectado en sangre. El temor la sobrecogió.

—Así, mejor. —En cuanto la tuvo lo bastante cerca, la aferró del cabello con la zurda y la obligó a inclinar la cabeza—. Ahora muestra a tu jefe el respeto que merece.

7

La invocación

A la fría y perlada luz del alba, Teia cayó de rodillas en la hierba, tras la tienda del jefe, donde vomitó. Cada espasmo del vientre le supuso un tremendo dolor de costillas, tanto como los golpes que habían desembocado en ese dolor. El vómito hizo que le escociera el corte del labio. Más y más arcadas, hasta que no quedó nada más que la amarga bilis. Con una cascada de hilos de saliva en la boca, se apoyó en las manos hasta que los espasmos cesaron, y permaneció allí, demasiado cansada y dolorida para moverse. Estaba llorando.

No había pie a confusión. Estaba embarazada. Lentamente se limpió la boca con el dorso de la mano y se puso de cuclillas. No había sangrado en aquella pasada luna en cuarto creciente, pero tuvo confianza en que no sería nada. La repentina muerte de Drw, la confusión que siguió... Cualquier mujer sabía que esa clase de sucesos podían alterar las mareas lunares. Pero devolver el pan y la leche que había hecho el esfuerzo de desayunar era suficiente para asegurarse.

Se secó las lágrimas, y miró a su alrededor para comprobar si alguien la observaba, pero apenas se movía una hoja en el campamento. Los ronquidos de Drwyn, procedentes del interior de la tienda, anunciaban que no despertaría precisamente pronto, pero que cuando lo hiciera esperaría que le dieran de comer, o que le acercaran un cubo. Ambas perspectivas le provocaron más náuseas, pero se concentró para contenerse. Tenía demasiado doloridos el estómago y el costado para vomitar otra vez.

Tarde o temprano tenía que pasar. Las fórmulas simples que había aprendido de su madre no incluían un preventivo que fuese efectivo más de tres veces de cada siete, y Drwyn tenía un apetito que exigía saciarse a menudo. Quedarse embarazada era tan inevitable como el paso de las estaciones.

Él se enteraría, por supuesto. Con el tiempo. Lo imaginó dentro de la tienda, despatarrado boca abajo, apestando a la *uisca* de la noche anterior, roncando como el trueno. Luego se acordó de él, aferrándole la cabeza hasta que estuvo a punto de

ahogarse cuando se corría. Se estremeció.

Tal vez el hecho de estar esperando un hijo frenaría las agresiones. Puede incluso que se casara con ella. Siendo su esposa aseguraría por fin su posición, cuya importancia iría en aumento con cada hijo que le diera, y en ciertos aspectos disfrutaría de mayor libertad... Pero en otros tendría menos. Costaba decidir cuál era el mal menor, si el concubinato o la jaula con las paredes forradas de piel de los deberes conyugales.

Torció el gesto, se puso en pie y regresó a la tienda. Se alzaba humo de algunos de los fuegos de los Crainnh, y en la hondonada donde había acampado el resto de los clanes, azul contra el cielo de color hierro. La helada cubría la hierba con un manto de plata, y había dejado una capa de hielo en el cubo de agua situado junto a la entrada. Teia lo arrancó del agua y lo sostuvo a contraluz, recorriendo con la mirada el trazado de hojas y musgo que dibujaron los surcos de agua antes de fundirse en sus manos.

Sabía que únicamente retrasaba lo inevitable, pero quería una oportunidad de recuperar el control de su estómago antes de tener que preparar y servir la comida de Drwyn. Pensar en comida le devolvió las náuseas, pero no se atrevió a vomitar en presencia del jefe. Él lo sabría con certeza entonces, y no estaba preparada para afrontarlo. Aún no.

Transcurrieron dos días, dolorosamente lentos. Los moretones cubrieron los hombros y el abdomen de Teia como las alas de una mariquita, y la costilla rota le dificultó inclinarse y ponerse derecha sin dolor. La terrible resaca de Drwyn aquella mañana le supuso un placer amargo, y después pasó el rato más o menos sobrio en compañía de Ytha, o de los demás jefes, mientras se renovaban las antiguas alianzas hechas a su padre, y empezaban a forjarse otras que asegurarían su posición como jefe de jefes. Volvió a su tienda sólo para dormir o cambiarse de camisa; para alivio de Teia, la dejó en paz. Un pequeño gesto con ella que, sin embargo, agradeció. Supuso también que iría en busca de la planta de sientaestómagos; un trocito de la raíz en el carrillo le ayudaría a mantener a raya la náusea, aunque temía que no tardase en descubrirse todo.

Pero hasta el momento Drwyn no se había dado cuenta, ocupado como estaba en hacer política. Teia había llegado a la conclusión de que para empezar no era una persona muy observadora, tanto que a la cuarta mañana de la feria estaba tan nervioso que ni siquiera reparó en que ella había vomitado en sus botas. Ese día concluiría la reunión y los clanes pedirían la bendición de Maegern. Drwyn estaba pendiente de eso con una intensidad que ella nunca había visto en él.

Teia le vio recorrer la tienda mientras mordisqueaba un poco de pan seco. Era la única comida que podía retener a primera hora de la mañana. Él había vuelto a ponerse sus mejores prendas, se había ungido y cepillado el pelo, y alrededor de su

cuello de toro llevaba el torque de oro propio de un jefe. No dejaba de toquetearlo, acariciaba los extremos con forma de cabeza de lobo, cuyos ojos de esmeralda se miraban a través de la nuez.

A ella no le gustaba el torque. Las cabezas de lobo eran demasiado realistas para su serenidad. Se miraban, las fauces al descubierto dispuestas a morder, y a veces creía ver una luz en las joyas de los ojos que no obedecía a un reflejo. No recordaba que ese torque le pareciese tan amenazador cuando era Drw quien lo llevaba al cuello. De hecho, tampoco recordaba las joyas engarzadas, no antes del día que Ytha lo alzó sobre la cabeza inclinada de Drwyn, mientras la pira con los restos de su padre humeaba a su espalda.

Dio un último tirón del oro recio y exhaló un suspiro. Paseó la vista por la tienda, hasta recalar en Teia. Ella seguía pellizcando el pan, y levantó la mirada.

—Te veo pálida —dijo de pronto—. ¿Estás enferma?

—No. —Ella negó con la cabeza, limpiándose las migas de los labios—. Estoy cansada.

—¿Te ha dado Ytha el bebedizo para ayudarte a dormir?

—Estoy bien.

Tenía una mirada inquietante. Había algo perturbador en ella, un ardor, un ansia que hacía que Teia sintiese un nudo en la garganta y se le secara la boca. Apenas podía tragar. Dejó el pan en el plato, que hizo a un lado, y se puso con cuidado en pie. La mirada de Drwyn la siguió mientras caminaba hacia la entrada de la tienda. Apartó la lona y encontró a Ytha justo delante. Antes de poder contenerse, Teia lanzó un grito de sorpresa.

La portavoz había enarcado una ceja, el rostro impasible. Estaba lívida después de pasar tres días ayunando, pero mantenía la misma pose rígida, envuelta en el mantón de piel de zorro. Llevaba de nuevo el cabello recogido con un broche de luna creciente de oro que hacía destacar sus facciones marcadas, cadavéricas, y las bolsas negras que tenía bajo los ojos. Como un cráneo de caballo, tendido sobre la hierba.

—Teia —saludó con un tono neutral.

—Portavoz. —Teia inclinó la cabeza y la mantuvo gacha, mirando la hierba que había a los pies de la mujer, hasta recuperar el control de los nervios.

Drwyn salió de la tienda.

—¿Está todo listo? —preguntó.

—Lo está. —La voz de Ytha era tan fría como la nieve reciente—. Los demás jefes nos esperan en el lugar destinado a la concurrencia.

—Allá vamos.

Teia levantó la vista, a tiempo de ver a Drwyn ofrecer el brazo a Ytha. La portavoz titubeó, antes de aceptarlo con una elegante inclinación de cabeza. Teia se mordió el labio. Drwyn era audaz, mucho más que su padre. La mayoría de los hombres del clan

habrían corrido descalzos por los campos de ceniza de Muiragh Mhor antes que rozar siquiera a una portavoz, y de todas ellas, Ytha era como una osa blanca entre zorros.

Ambos hacían una impactante pareja. Casi tenían la misma altura, de considerable complexión para su sexo, pero mientras Ytha tenía la piel blanca y su temperamento era gélido, Drwyn estaba moreno y era ardiente. A Teia le llamó la atención el contraste, pero también la forma extraña que tenían de encajar, luz y sombra, hielo y fuego, diametralmente distintos pero dependientes, como el día y la noche. Juntos hacían un todo que lideraba a los Crainnh, pero cualquiera de los dos habría acabado con ella de un plumazo.

Los vio alejarse hasta fundirse en el ajeteo que reinaba en el campamento, y cuando los perdió de vista sintió un extraño escalofrío en el cuerpo, como una corriente helada que atraviesa una tienda donde hasta ese momento ha reinado la calidez. Su madre lo llamaba el toque del pájaro de mal agüero: según la superstición, un cuervo acababa de posarse en el lugar donde uno iba a morir. Teia intentó olvidarlo, pero por si acaso se hizo el signo de protección en la frente y el corazón.

Mientras llevaba a cabo sus tareas, no pudo evitar pensar en el ritual que la portavoz se disponía a efectuar. Sólo había presenciado una vez una invocación, seis inviernos atrás, cuando la plaga acabó con cuatro clanes en un mes. Las portavoces habían formado un círculo alrededor de un fuego, y se unieron en una plegaria desesperada a la diosa de la muerte, a quien pidieron que no se llevase más almas. Maegern no había respondido a sus súplicas, y la plaga siguió segando vidas durante tres semanas más, tiempo en el que se llevó a la madre de Drwyn, a su segunda esposa y a su hijo pequeño en rápida sucesión. Después, tan abruptamente como había llegado, cesó por completo. Quienes ya la habían contraído empezaron a recuperarse, cuando no se murieron, y las piras emborronaron los cielos de negro hasta que llegó la luna nueva.

¿Había intervenido el Cuervo? Teia lo ignoraba. Mucha gente del clan decía que lo había hecho, y daban gracias y hacían sacrificios en su nombre. Otros aseguraban que no, que la plaga sencillamente se había consumido. Ahora las portavoces se disponían a importunarla de nuevo, no sólo en beneficio de cuatro clanes en esa ocasión, sino en beneficio de los diecisiete, y el desenlace decidiría el futuro de todos ellos.

Teia las dibujó mentalmente. Diecisiete mujeres, todas vestidas con los mantos blancos, llevando los cayados, dispuestas en círculo alrededor de un brasero colocado en un monumento de piedras. Las vio con claridad mientras sacudía los cojines y los recolocaba en el suelo de la tienda. Diecisiete rostros impávidos, todos distintos, todos intemporales, intensos.

Una de ellas lideraría el tejido y efectuaría el sacrificio. Teia imaginó que se trataba de Ytha, y la vio dar un paso al frente y desenfundar el cuchillo que llevaba al cinto. La reluciente hoja era tan larga como su antebrazo. La levantó después de

depositarla en las palmas de sus manos, al tiempo que entonaba un canto. Las demás portavoces levantaron los cayados y repitieron el canto. De fondo se oía el llanto del bebé que en breve ofrendarían a la diosa.

Teia reparó en que estaba quieta, inclinada sobre los últimos cojines. Se masajeó la parte baja de la espalda, se puso en pie y estiró la columna hasta donde alcanzó el umbral del dolor provocado por los golpes. Sentía un gran cansancio, a pesar de que tan sólo llevaba poco más de una hora trabajando. Tomar un poco el aire le sentaría bien. Salió de la tienda y se detuvo, paralizada por el asombro. Todo el campamento había desaparecido.

Teia ahogó una exclamación de sorpresa. Podía ver hasta donde se perfilaban las orillas del lago, al otro lado de un mar de hierba que mecía el perpetuo viento. No había tiendas, ni fuegos ni animales. Olía la tierra y el agua, pero ni rastro de presencia humana. Era como si la reunión no se hubiese celebrado allí.

Las únicas personas que tenía a la vista eran las portavoces y sus jefes, que formaban dos círculos alrededor del monumento de piedras. Uno de los jefes tenía en el regazo a un niño pequeño que forcejeaba. Le levantó la cabeza cuando Ytha se le acercó empuñando el cuchillo cuya larga hoja resplandeció. Teia apartó la mirada.

Los niños gritaban mientras jugaban al escondite entre las hileras de tiendas. Los fuegos humeaban. Las mujeres murmuraban y miraban temerosas al cielo cubierto; los hombres arreglaban los arneses o se confeccionaban flechas. El ruido llenaba el ambiente. Teia miró en torno, pero no pudo ver el terreno destinado a la concurrencia a través de la capa de humo. Se volvió hacia los guardias apostados a la entrada de la tienda, pero ambos se mostraron tan indiferentes como era posible en un hombre que no estuviese dormido. Uno se apoyaba en la lanza y se hurgaba la nariz, mientras que el compañero, a su regreso de la letrina, se abotonaba el pantalón.

La confusión obnubiló los pensamientos de Teia. ¿A qué obedecía lo que acababa de contemplar? Por unos instantes, el campamento no había estado allí, o ella no había estado en el campamento. Luego oyó de nuevo el cántico y reparó en que esa vez no era fruto de su imaginación.

No pudo distinguir las palabras, sólo la sensación que transmitían. Rítmicas e insistentes, reverberaron en su cabeza al compás de la sangre que circulaba por su cerebro. Seis años atrás únicamente era consciente de la invocación como una inquietud vaga, como el día en que el viento cambia de dirección y hace que los niños griten y salten como liebres. Esa vez había cierta urgencia, ya que la fuerza de la vida y su tirón resultaban irresistibles. Sin ninguna ayuda, sus pies dieron los primeros pasos titubeantes hacia el lugar de la concurrencia.

Teia sintió un súbito temor, y buscó a tientas la música en su interior con la esperanza de ser capaz de liberarse. En su lugar se vio arrastrada por una corriente que nunca había experimentado antes, una corriente que se la llevó consigo.

Las imágenes le llenaron la mente. Ytha, con sangre hasta los codos, arrojando el corazón de un niño al brasero donde se quemó hasta chamuscarse. Ytha hundiendo los dedos en el cuenco, marcando después con sangre la frente de todas las portavoces y de su jefe. El canto cobró intensidad, una repetición rítmica de una única frase, la invocación, declamada por Ytha. El humo del brasero empezó a ascender en espiral, adoptando formas extrañas, sin dejarse influenciar por el calor o el viento. Las chispas danzaron a través de él, primero blancas, luego amarillas, finalmente de un rojo intenso, formando una nube que paulatinamente se hizo más y más densa.

En lo alto, el cielo empujaba hacia abajo con una tonalidad tan gris que casi parecía azul. De pronto el viento cesó por completo. Los niños que había cerca de Teia se quedaron mudos, las madres miraron nerviosas a su alrededor, antes de llevarlos al interior de las tiendas. Los hombres cruzaron miradas incómodas, luego dejaron lo que estaban haciendo y fueron a reunirse con sus familias. En los rediles, los animales pisaron con fuerza entre quejidos, como si el peso de la invocación se hubiese posado sobre todo el campamento.

Teia tragó saliva con fuerza. El nudo que tenía en la garganta era grande como un puño, le costaba respirar a través de él. Su aliento surgía entrecortado, y tenía la impresión de que su estómago iba a convertirse en agua. Pero sus pies no dejaron de llevarla hacia el terreno de la concurrencia, y por mucho que combatiera la atracción que ejercía sobre ella la invocación se sintió indefensa como un pez que hubiera mordido el anzuelo.

La nube de chispas ardió con ganas, con más fuerza, más brillante que el carbón que ardía en el brasero. Lo único que quedaba del corazón del niño eran las cenizas. Ytha extraía el hígado del cadáver, haciendo los cortes con precisión. Las portavoces tenían apoyado el cayado en el suelo, ante sí, mientras se oía el canto. Al acercarse, Teia comprendió por qué necesitaban apoyarse: la tierra temblaba a sus pies. Con cada pieza que Ytha arrojaba al fuego, la nube de chispas se volvía más intensa y el dolor de cabeza de Teia iba en aumento.

El tejido de las portavoces la había atrapado y la atraía hacia la invocación. Vio con el rabillo del ojo un puñado de jóvenes más. Una de ellas no debía de superar los seis o siete años, y también caminaban con paso inseguro hacia el ritual. También ellas debían de poseer el talento. El ritual había absorbido hasta el último retal de talento que había encontrado cerca, con tal de fortalecerse. ¿Esa niña no era muy pequeña para soportarlo? Teia apenas podía pensar debido a las sacudidas que sufría su mente. ¿Cómo debía de ser para alguien tan pequeño, mucho más joven que ella cuando experimentó una invocación por primera vez? Pero no había nada que ella pudiera hacer. La niña se encontraba a veinte pasos, y Teia no podía abandonar la dirección que seguían sus pies.

Ytha ofreció el resto del hígado con una exclamación triunfal. La nube de chispas

ascendió en una llamarada, y una fractura negra se dibujó en el humo. Las demás portavoces redoblaron sus esfuerzos, elevando el cántico a un tono mayor, a pesar del modo en que les vacilaba la voz. Con una cuchillada de revés, Ytha abrió el cráneo del pequeño y arrojó su cerebro al brasero.

El ruido que siguió fue el de una montaña que se derrumba, el de un millar de voces que rugen al unísono. La tierra sufrió una fuerte sacudida, derribando a Teia, y la fisura que se había dibujado en la nube de humo vomitó una sombra.

Una figura, hecha un ovillo como un recién nacido. Se abrió lentamente, estirándose e irguiéndose como si despertara de un largo, largo sueño. Su perfil era borroso e indistinto, parecía hecho de denso humo negro, pero tenía brazos y piernas, una larga capa, una lanza en una mano y un escudo en el brazo. Se llevó la mano del escudo a la cabeza para quitarse un yelmo adornado con grotescos cuernos, y luego sacudió al viento la melena de cabello oscuro. En el escudo, un signo mágico pintado emitía un fulgor apagado.

El cántico titubeó. Una oleada de poder barrió a Teia, dejándola vacía al tiempo que el canto recobraba intensidad. La voz de Ytha siguió imponiéndose por encima de todo, concluyendo la invocación con voz firme. Extendió los brazos a ambos lados, con el cuenco en una mano y el cuchillo ensangrentado en la otra. Se hizo el silencio.

Teia se puso en pie, con una mano en el costado. El silencio era propio del que sigue a un ruido ensordecedor, tenso y reverberante. El ambiente estaba cargado de silencio. Sentía los ojos demasiado grandes para las cuencas.

La criatura del fuego tomó aire una, dos veces, saboreándolo.

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca.

Con un quejido, Teia se tapó las orejas, pero era demasiado tarde. Ya tenía la voz en la cabeza. Era como si unas garras ensangrentadas le rascaran el interior del cráneo.

—Soy Ytha, portavoz de los Crainnh, el clan Lobo de las gentes de la Tierra Rota. —Ytha se inclinó por la cintura, los brazos extendidos aún—. Te doy la bienvenida entre nosotros.

La criatura apoyó el yelmo en la cadera y se echó atrás el cabello, mostrando mejor un rostro en el que, a pesar de todo, no podía distinguirse ningún rasgo. Daba la impresión de tener ojos, boca y dientes. Teia no tenía dudas de que se trataba de Maegern. Lo sabía como era consciente de su propia existencia, de una forma tan honda e íntima como se sabía mujer. Sintió un creciente temor en las entrañas, que le subió a la garganta.

—Ha pasado mucho tiempo.

Maegern miró a su alrededor, al anillo formado por las portavoces, y arrugó el entrecejo, momento en que todas a una cayeron postradas de rodillas. Tras ellas, los jefes ya se habían arrodillado, aunque Drwyn hacía el audaz esfuerzo de mirar a los

ojos a la diosa.

—Ha pasado mucho tiempo, grande seas. Más de un millar de años desde que nos separaron de ti —dijo Ytha.

Maegern hizo un gesto displicente con la mano cubierta con guantelete.

—Ni sé ni me importa cómo contáis el paso del tiempo. Sólo que me habéis despertado. Liberadme y seréis recompensadas.

—¿No eres libre? Creía que la invocación... —Ytha se quedó sin voz.

La diosa rió con crudeza, la risa reverberó sobre el horizonte como el rumor del trueno.

—¿Esto? ¿Creías que bastaría con esta magia burda? ¡Ni por asomo, mujercitas! ¡Ni por asomo! No tenéis una fracción de la fracción del poder de quienes me encerraron, pero a pesar de eso os habéis desempeñado bien. Si podéis superaros tendréis vuestra recompensa.

—¿Qué debemos hacer? Queremos que camines de nuevo entre nosotros. Necesitamos tu ayuda.

—¿Con qué fin?

Ytha irguió la espalda, con la cabeza bien alta. Tendría que estar arrodillada, pero no estaba dispuesta a postrarse, ni siquiera en presencia de una diosa.

—Para devolvernos a nuestro hogar —respondió—. Para purgarlo de los usurpadores que nos los arrebataron.

—No tengo interés en vuestra riña por la tierra. Si no podéis tomar lo que queréis por la fuerza de las armas, no sois dignos de mi ayuda —dijo Maegern con tono burlón, antes de hacer ademán de darse la vuelta.

—Grande seas, por favor, ¡no nos abandones como tus fieles te abandonaron a ti! —Enardecida, Ytha extendió los brazos más aún, e imbuyó de emoción todas sus palabras—. Ellos dieron la espalda a las antiguas creencias. Abandonaron su libertad y se entregaron a una vida servil bajo el yugo de los mismos poderes que te exiliaron.

La diosa se volvió de nuevo hacia ella con una mueca burlona.

—Los portentos son favorables para que vuelvas a nosotros —continuó la portavoz—. Si cabalgas con nosotros, recuperaremos nuestras viejas tierras. Cabalga, pues, con nosotros, y te cobrarás tu venganza.

Se hizo el silencio en el círculo mientras la diosa meditaba la respuesta. Era el silencio que media entre la aceptación y el rechazo, y la posibilidad de una cosa u otra se mantenía en equilibrio sobre el filo de una navaja, dispuesta a inclinarse hacia un lado y convertirse en realidad.

Maegern inclinó lentamente la cabeza a un lado. Cambió la postura cuando equilibró sutilmente el peso y la tensión, como el incesante serpentear de una cobra dispuesta a morder.

—Venganza —siseó.

—Sí, grande seas. —Ytha moduló el tono grave, anhelante. A su espalda, una de las portavoces soltó un gemido bajo que ahogó en seguida.

—Largo tiempo he aguardado. —La diosa enroscó los dedos en torno al asta de la lanza, lentamente, casi con sensualidad, como si tomase la mano de un amante—. Largo tiempo he soñado con ello.

—Ayúdanos a devolver a esos usurpadores de vuelta al mar del que surgieron, y tuyo será.

El silencio se estiró aún más, forzando la espera.

Algo parecido a un suspiro recorrió a las portavoces y a sus jefes. Nadie se movió, nadie habló, pero hubo una relajación palpable de la tensión, como una lenta exhalación tras contener largo rato el aliento.

—Habla —dijo Ytha, exultante, con los ojos resplandecientes como las llamas del brasero—. Estamos bajo tus órdenes.

—Encontrad la llave que se utilizó para cerrar mi prisión. Lo que está cerrado, puede abrirse. Demostradme vuestra lealtad y podremos llegar a un acuerdo.

—Pondremos fin a tu exilio, grande seas, pero ¿qué debemos buscar? ¿Dónde lo encontraremos?

—La encontraréis en la ciudad de las siete torres, custodiada por siete guerreros. Ha ardido en mis sueños todo este tiempo, pero eso es todo cuanto percibo de ella. No se ha movido desde que se selló mi prisión. —Señaló con la lanza las montañas lejanas, donde las lunas se ponían—. Hacia allí. Enviaré a mis mastines para que os guíen, pero el resto dependerá de vosotros.

Levantó la mano, se la llevó a los labios y lanzó un fuerte silbido que puso los nervios de punta a Teia, la hizo sollozar en voz alta y presionar las manos con más fuerza en las orejas. En los rincones más hondos de su mente, percibió que un lugar donde reinaba una negrura absoluta experimentaba un temblor de aliento cálido y pelo hediondo.

—Vuestro poder mengua, mujercitas —les dijo Maegern, con desprecio—. Sois débiles.

Con las mejillas sonrosadas, Ytha miró a los ojos a la diosa.

—Somos lo bastante fuertes para encontrar tu llave, grande seas. Lo juro.

Maegern frunció los labios.

—Eso ya lo veremos.

Con un movimiento del brazo, se encasquetó el yelmo en la cabeza y se dio la vuelta. De pronto se disolvió en una llamarada. El brasero se extinguió, y los pensamientos de Teia se extinguieron con él.

8

La zarpa del felino

Cacofonía es cuando doscientos hombres del norte celebran un festín. Los cuernos golpean las mesas, y los hombres enormes y barbudos, vestidos con pieles, se rugen los unos a los otros, discutiendo o contándose chistes, porque con su lengua gutural cuesta distinguirlo. Las tres hogueras que ardían empeoraban el fuerte olor y el calor que reinaba en el salón, y de las cocinas salían batallones de sirvientes con bandejas rebosantes de carne asada que depositaban en las mesas sin preocuparse de lo que pudieran derramar, salpicar o echar a perder en el proceso.

Todo lo cual daba un fuerte dolor de cabeza a Savin.

Se sacudió un poco la mancha que tenía en la manga de seda, arrugando el entrecejo. Pensar que había abandonado la sofisticación de una corte del desierto por... eso.

—No bebas —rugió Renngald desde el trono, una monstruosidad de roble infestada de duendes, apenas capaz de contener la corpulencia de ese hombre.

—No tengo sed —dijo Savin, que cogió un poco de pan. Hacía una hora que había cenado, pero el apetito de los hombres del norte en cuanto a comida y bebida, como en todo lo demás, parecía insaciable.

Su anfitrión arrugó el entrecejo y se ajustó la corona de hierro en la frente, apartándola de las pobladas cejas donde había estado hasta el momento.

—Es un festín. Tendrías que beber, hombre. ¡Cerveza! —gritó, levantando el cuerno lleno de ella—. ¡Cerveza para nuestro invitado!

Como si acabara de proponer un brindis, varias docenas de hombres sentados a otras mesas levantaron sus copas y las voces atronaron tanto como para hundir el techo. Probablemente la mayoría estaban demasiado borrachos o no sabían para qué gritaban.

En el tiempo que había pasado entre ellos, había llegado a la conclusión de que los hombres del norte compensaban su vida oscura y falta de alegrías aprovechando la menor ocasión que se les presentaba para organizar festines. Una buena cosecha

equivalía a un festín. ¿Que la cerda premiada de Renngald se quedaba preñada? Otra comilona. Que el sol asomaba después de llover... Sí, otro festín. Los evitaba en la medida de lo posible, pero mientras disfrutara de la hospitalidad del castillo lo más correcto era acudir a uno de vez en cuando.

Aquellos hombres enormes de barbas prodigiosas repantigados en el salón eran los *thane* de Renngald, algo así como sus nobles, sus señores. Todos eran buenos guerreros, al menos eso decía él, e iban armados con hachas y escudos mellados, aunque en opinión de Savin eran una pandilla de borrachines, unos crápulas. Cualquiera sirvienta que se les acercase un poco corría el riesgo de verse arrastrada hasta una polla enhiesta a la vista de todos los presentes, mientras los demás hombres coreaban las embestidas o llevaban el compás golpeando en las mesas.

Y además eran muy fecundos: el castillo estaba lleno de sus mocosos chillones, peleones y llorones, que iban y venían a sus anchas en pandillas. Al cabo, sus incesantes gritos sacaban de quicio a Savin. Entonces se retiraba a su torre, un lugar que por suerte Renngald había decretado que se encontraba fuera del alcance de todo el servicio, y allí escudaba todas las paredes para procurarse el anhelado silencio. No tenía nada en contra de los placeres de la carne, todo lo contrario, puesto que era otra de las cosas para las que era útil escudar una habitación, pero al menos tenía la educación necesaria para hacer sus cosas en privado.

Un sirviente depositó ante él en la mesa una espumosa jarra de cerveza, y desapareció. El fuerte olor floral hizo que sintiera náuseas un instante. El ruido era en ese momento tan intenso, tan enmarañado, que apenas podía pensar con claridad, pero aún circulaban el pan y la cerveza. A juzgar por el movimiento que había debajo de la mesa, incluso los perros del castillo devoraban los restos que encontraban tirados en el suelo. ¿Cuánto faltaba para que terminase todo aquello?

Renngald se inclinó sobre el brazo de la silla y entonces le miró con ojos bizcos.

—¿Sigues sin beber? —Un brillo de astucia apareció en sus ojos, lo que dio a pensar a Savin que tal vez no estaba tan cocido como aparentaba. Acto seguido, esbozó una sonrisa burlona—: Quizá preferirías algo más dulce que la cerveza, ¿eh?

El señor de los hombres del norte dio un golpe en la mesa hasta que impuso su voz al estruendo reinante.

—Traed a las mozas —aulló—. ¡Ha llegado la hora del pudín!

La noticia fue celebrada con vítores entusiastas y sonrisas de oreja a oreja que hicieron asomar dentaduras a través de las pobladas barbas. Levantaron los cuernos de cerveza en alto, derramando la espuma sobre los brazos musculosos. Savin rebulló en el asiento, preguntándose qué depravación presenciaría a continuación.

Las puertas situadas en el extremo opuesto del salón se abrieron para dar paso a un conjunto de músicos. Los señores de Renngald se calmaron, más o menos, y pronto el sonido de las flautas flotó en el ambiente por encima de un toque de

tambor. Poco después, una banda compuesta por una docena de acróbatas entró dando volteretas ante los gritos de apreciación de la nobleza del lugar.

Todas eran mujeres, delgadas y flexibles como armiños, todas desnudas excepto por las pinturas que les cubrían la piel. Savin pestañeó. Cubiertas por hojas verdes, aguas burbujeantes y vivas llamaradas amarillas y naranja, giraron sobre sí y recorrieron las atestadas mesas como espíritus elementales. Las jóvenes llevaban el cabello recogido en multitud de diminutas coletas prietas, adornadas con cuentas o plumas, y en las manos lucían largas uñas pintadas que hacían que sus dedos tuviesen el aspecto de las garras de un pájaro.

—Extraordinario —dijo Savin, sin aliento.

Renngald se inclinó de nuevo sobre el brazo de la silla, con la corona otra vez torcida en la cabeza.

—¿Lo ves? —preguntó, mirando a Savin con complicidad—. ¡Verás que no somos tan incivilizados, amigo mío!

—¿Quiénes son? —preguntó Savin, hipnotizado por las misteriosas criaturas. Incluso sus movimientos eran propios de un ave, pues pasaban en un abrir y cerrar de ojos del movimiento a la inmovilidad, observando a su audiencia con la cabeza inclinada y los ojos oscuros y febriles.

—*Inikuri*. Bailarinas del espíritu procedentes de las islas que hay más allá de Aarish. No hablan, y menos aún una lengua que nosotros podamos comprender. Viven para bailar. —Su anfitrión se acomodó en la silla antes de añadir—: Entre otras cosas.

A lo largo y ancho del salón, las bailarinas del espíritu daban tumbos y volteretas. Cuando pasaron junto a los fuegos escupieron algo a las llamas, que ardieron con un aroma acre, resinoso. Un humo azul se alzó en espiral hasta las vigas del techo, y el toque del tambor se volvió lento, adoptando una cadencia sensual. El griterío de los señores de Renngald cedió al instante, a medida que la música se adueñaba de ellos. El ambiente se volvió aún más cargado, la atmósfera densa.

Las bailarinas giraron alrededor de las mesas, incitando a los señores de Renngald con posturas provocadoras y movimientos ondulantes. Tenían cuerpos asombrosamente flexibles, efectuando figuras y piruetas que habrían asombrado a la corte de cualquier príncipe del desierto, y eran tan livianas al pisar que apenas hacían ruido.

Era casi hipnótico. Savin recostó la espalda en la silla y las miró con atención. Le recorrió el cuerpo un calor y un hormigueo que fueron en aumento, y reparó en que esbozaba una sonrisa. Tal vez la velada no fuese una pérdida de tiempo, después de todo.

A su lado, Renngald se inclinó para introducir el brazo bajo la mesa y acariciar, supuso Savin, a uno de sus mastines.

—Eso es. Buena chica —murmuró, cariñoso.

Un humo aromático alcanzó las fosas nasales de Savin, que sólo entonces lo asoció con el ardor que sentía. Era una especie de narcótico, uno muy sutil; tendría que marcharse antes de que lo aturciera. Ya había ejercido ese efecto en los señores de Renngald, que se habían subido a las mesas como osos ebrios de fruta madura. Algunos se tocaban las partes con abandono, sin quitar ojo a las bailarinas.

Dos de las acróbatas, pintadas como pájaros de fuego, llevaban máscaras de plumas escarlata, y se subieron a la mesa del trono. Bailaron entre los cuernos llenos de cerveza y las bandejas de comida, desplazándose con paso marcial, levantando mucho las piernas, como aves, con los ágiles cuerpos relucientes.

Una de ellas se acuclilló delante de él con la cabeza inclinada a un lado. Trazos de brillante pintura púrpura y bronce le perfilaban los ojos, y llevaba pegadas a las pestañas diminutas cuentas de oro. El pico de la máscara estaba adornado con tiras de seda que flameaban como llamas cuando exhalaba. Parecía esperar algo.

—Adelante —dijo Renngald, con la corona caída sobre una ceja. Se aferró con la mano libre al brazo de la silla—: Para eso ha venido. —Rió con estruendo, acariciando al perro debajo de la mesa, antes de ponerse a canturrear.

Savin contempló a la joven, quien le observó sin tapujos. Sendos aros de oro le colgaban de los pezones, ambos con ámbar engarzados. Qué intrigante. El calor le había alcanzado la entrepierna. La joven reparó en ello, o lo supo; irguió la espalda, aún en cuclillas, y sacó la pelvis hacia delante. En la perfección rosácea de su sexo había un tercer aro, con su correspondiente ámbar.

En una de las otras mesas, un hada del agua se contoneaba al compás del tambor, mientras uno de los nobles, semidesnudo, le lamía la raja como quien se muere de sed. Alrededor de ella, los lúbricos compañeros del noble tenían sus respectivas herramientas en la mano. A su lado, en la mesa situada en una posición más preferencial, Renngald se recostó en la silla, con la corona colgada peligrosamente de la oreja, mientras gemía, cuando Savin cayó en la cuenta de que lo que había supuesto que era el perro debajo de la mesa, era en realidad su mujer, postrada de rodillas y con el marido hundido en la boca hasta la empuñadura. Imponiéndose a los olores del humo, el sudor y la cerveza, el ambiente hedía a lujuria.

Savin empujó la silla hacia atrás para levantarse. Había llegado el momento de marcharse. A ambos lados de la máscara, las mejillas pintadas del pájaro de fuego se abultaron cuando esbozó una sonrisa. Sí, era tentadora, allí acuclillada con las manos en las rodillas y su tesoro delante de él, para que lo tomara a su antojo. Pestañeó con las pestañas adornadas, la cabeza inclinada, expectante. Llevó la mano a su sexo y acarició el ámbar con la yema del dedo índice.

—¿Puedes hablar? —susurró él.

Ella emitió un sonido con la garganta, algo a medio camino entre el trino y el

ronroneo, y él gruñó, picada la curiosidad.

«Me pregunto si podría hacerte gritar».

Tomó el ámbar entre el pulgar y el índice y le dio un suave tirón. La joven dio un respingo. Hum. Muy tentador, pero en otro momento: tenía cosas que hacer.

Alguien le tocó el hombro, y Savin se dio la vuelta. Un tipo, vestido con sobriedad; tenía esa edad indefinida, el rostro amable y falto de rasgos destacables, que hacen que todos lo olviden de inmediato. Su altura y complexión eran normales, su piel tenía un tono apagado, e incluso sus ojos estaban extrañamente faltos de color, o, más bien, nadie le recordaba el tiempo suficiente para conservar en la memoria de qué color eran. Se trataba de una de las principales ventajas de Tully, y el motivo de que hiciera casi una década que era el agente de Savin.

Enarcó una ceja al reparar en los excesos que se producían en el salón, pero no hizo comentario alguno.

—Ha llegado la hora —anunció.

—Muy bien.

Tully desapareció por la puerta trasera del salón con la misma discreción con la que había llegado, y Savin se volvió hacia la joven, hacia quien se inclinó para susurrarle dónde podría encontrarle al cabo de una hora, y también lo que le daría. El pájaro de fuego lanzó un suspiro, y las llamas de seda acariciaron el cuello de Savin. Tomó su mano por la muñeca y la hundió entre las piernas para restregarse en ella.

—Más tarde. —Savin rió y le dio palmaditas en la vagina rasurada—. Más tarde.

Se llevó los dedos a la nariz y aspiró su aroma. Dulce y especiado. Encantador. Luego siguió a su agente fuera del salón.

El ambiente frío que reinaba en el castillo le golpeó como un jarro de agua fría. El aturdimiento fruto del humo narcotizante desapareció casi de inmediato, cuando la fría temperatura del océano septentrional le despejó las sinapsis. Llenó de aire los pulmones dos veces y se sintió totalmente despierto, una vez abandonada la opresiva atmósfera que reinaba en el salón.

Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la oscuridad; la luz de la luna en cuarto creciente se reflejaba en la nieve que cubría las murallas. Reparó en que Tully le aguardaba a la sombra del postigo, con un caballo ensillado cerca, y anduvo por la nieve para reunirse con él.

—¿Entiendo que has encontrado un barco adecuado? —preguntó Savin.

Tully asintió, desatando una gruesa capa doblada sobre la parte posterior de la silla, para ponérsela sobre los hombros.

—Un mercante veloz que proviene de Puertos Blancos y que carga con el ámbar de Renngald de vuelta al sur, vía Pencruik. El capitán mira con buenos ojos cualquier moneda adicional que pueda obtener transportando prisioneros, y no hará preguntas.

Eso encajaría bien con sus planes. La paciencia siempre obtenía su recompensa.

—Estupendo. ¿Tienes la piedra?

—Por supuesto. —El agente sacó del bolsillo una bolsita de las que suelen llevar los joyeros, y la sostuvo en la palma de la mano.

Savin la tomó y vació el contenido en su mano. El joyero había hecho un gran trabajo. La talla, las facetas, eran perfectas; al ser cristal tan sólo poseía una fracción del fuego que necesitaba, pero eso podría arreglarse.

Se abrió al canto, llamó al tejido del aire para que sustentara la piedra, y luego más aire, más fuego y un poco de tierra en una compleja pauta entretejida que se anudó y tejió junta como el mejor encaje tylano. Lo dejó bien prieto, comprobando luego las imperfecciones antes de soltarlo.

El tejido cubrió entonces el cristal y se desvaneció. Un diamante con un corte perfecto colgaba del aire ante él, recibiendo la luz plateada de Lumiel, reflejándola después en forma de agujas de azul y oro.

—Impresionante —murmuró Tully.

Savin recurrió al canto del aire para devolver la piedra al interior de la bolsita de terciopelo, cuyas cuerdas ató. Ni siquiera él sería inmune.

—No lo olvides —dijo—, no permitas que te toquen la piel o nunca querrás separarte de ellas.

Su agente compuso una expresión resignada.

—¿Cuánto hace que trabajo para ti? Claro que me acuerdo. —Tomó la bolsita y la guardó en el bolsillo—. El barco parte dentro de cuatro horas, con la marea. Habré introducido la piedra en la casa capitular hacia finales de mes. —Cobró las riendas del caballo, y añadió—: ¿Importa cuál de ellos escoja?

Si se tratase del joven leahno, la ironía habría sido sublime, pero éste había demostrado ya ser reticente a ceder al encanto de Savin. Y después de escapar a la tormenta enviada para destruir a Alderan, sin duda se mostraría aún más desconfiado, sobre todo con extraños que fueran generosos.

—Mientras sea uno de los estudiantes... No necesito gran cosa para poder trabajar —respondió—. Cualquiera joven. —Un maestro reconocería el encantamiento en cuanto lo tocara, pero alguien sin su experiencia, alguien que se sintiese atraído por la joya, no tendría ni idea, y su ignorancia permitiría a Savin abrir una grieta en la armadura del guardián, cuya existencia Alderan ni siquiera sospecharía hasta que fuese demasiado tarde.

Tully inclinó la cabeza antes de montar en el caballo.

—Enviaré una señal cuando esté listo —dijo, poniéndose unos guantes que sacó del cinto. Un silbido agudo bastó para que un legañoso soldado saliera de la caseta de guardia para abrir el postigo. El jinete y su caballo se adentraron en la fría noche, dejando tras de sí una nube de vaho.

«Y así empieza todo».

Savin imaginó las piezas del juego desplegadas sobre el tablero, y jugó mentalmente el gambito de apertura. Pronto tendría su zarpa del felino, y un pie tras los sofisticados escudos que Alderan había tejido alrededor de Pencruik y las islas colindantes. Entonces, pensó adelantando otro peón, establecería el control. Con algo de ayuda de sus aliados del Reino Oculto, la casa capitular caería.

En ese punto se iniciaría la fase final del juego. El tesoro de Corlainn. Estaba en la casa capitular, de eso estaba convencido. Los caballeros que habían sobrevivido a la purga suvaeana habían huido allí; se lo habrían llevado consigo, o al menos la información de cuál era su paradero. A Alderan le apasionaba recabar conocimientos, cuidaba de los retales de información de que disponía como cuida un pordiosero de la última moneda que tiene en la bolsa, la cuenta, la mira y la remira como si tuviera un valor propio que trascendiera el real.

Al otro lado del patio de armas, el soldado apostado de guardia devolvió la barra que cruzaba la puerta y anduvo en dirección a la caseta, calentándose las manos con el aliento. El movimiento atrajo la atención de Savin unos segundos antes de ignorarlo y recuperar el hilo de sus pensamientos.

No, había algo oculto allí, en la casa capitular. Un pordiosero no montaría guardia si la cripta estaba vacía. Cuanto más valioso el contenido, más redoblaría la guardia, más sutiles y astutos los escudos. Los que había instalados allí lo eran, y mucho, pues habían impedido a Savin poner un pie en su tierra natal desde que cumplió los quince años. Esbozó una sonrisa imperceptible, amarga. Eran muestra de la mejor labor de Alderan.

¿Y qué decir de ese otro recurso tan valioso, el cachorro leahno? Había escapado de las garras de la Iglesia para viajar a poniente, con nada menos que el guardián en persona: eso no podía deberse a una coincidencia. ¿Un nuevo Corlainn *Azote de los Caídos*, tal vez? ¿Era ése el papel que Alderan le había destinado? Su don era lo bastante fuerte para que el aumento ofrecido por la semilla estelar le potenciara lo suficiente para convertirse en un... problema. Si hubiese tenido más tiempo en Mesarilda para interrogarle, habría podido arrancarle la verdad de la cabeza como se arranca la cáscara de un huevo duro, estuviese dispuesto a revelarla o no.

Pese a todo, cuando cayera la casa capitular, y los guardianes estuviesen muertos o dispersados, tendría tiempo suficiente. Una vez tuviese la piedra estelar en sus manos, todo lo demás carecería de importancia.

Savin contempló el tablero en su mente, vio converger las piezas en una casilla que había titulado «casa capitular». Se entretuvo imaginando la cara de Alderan bajo la corona de marfil del rey, y la del leahno como uno de los caballos, ejecutando sus respectivos movimientos. Siempre había poseído la capacidad de interpretar el tablero, la capacidad de seguir las sutiles corrientes de la partida y predecir el final con una antelación de diez o veinte movimientos. Se trataba de comprender al adversario:

su actitud a la hora de arriesgar cuando está en juego una recompensa, su disposición a hacer sacrificios a corto plazo para asegurarse el éxito eventual.

La sonrisa adquirió la curva de la alegría sincera cuando repasó mentalmente los últimos movimientos de la partida.

«Caballo de reina a sabio, peón por sabio; torre por peón. El caballo retrocede para defender, y la torre... —Rió para sí—. Torre por caballo».

Jaque mate en tres movimientos.

¶

Sin salida

Los perros ganaban terreno detrás de ella. No tenían forma ni color; eran únicamente un gruñido, un resplandor de colmillos en la oscuridad, pero le ganaban terreno. No importaba lo rápido que Teia corriese a través del asfixiante complejo de cuevas. Los oía detrás, y el ruido la espoleaba.

Sus jadeos resonaban en los angostos túneles, puntuados por el ladrido de los canes. Cada vez que los oía, sonaban más y más cerca. Por cada paso que daba, los perros daban dos, corriendo en pos de ella con aterradora velocidad.

No había salida. Cada giro que daba llevaba a otro. Colina arriba llevaba a colina abajo, colina abajo llevaba a colina arriba, giros y recodos tan abruptos que se topaba con las paredes de roca y se apartaba de ellas con rasguños y heridas. Cada vez que tropezaba, oía a los perros ganar más terreno. Corrió y corrió hasta que tuvo los pulmones a punto de estallar y la garganta seca, manteniendo, a pesar de todo, su ventaja en aquella negrura infinita.

Alguien gritó su nombre. La voz provenía, débil, del interior de su propia cabeza, casi inaudible bajo el peso del miedo que la atenazaba. Volvió a llamarla y Teia se detuvo dispuesta a escucharla. Silencio, seguido por los ladridos de los perros, que habían olfateado la proximidad de la presa. Con un gemido de terror, echó a correr de nuevo, pero oyó por tercera vez la voz. Si bien no era amistosa, era firme y le resultaba familiar y no daba pie a muestras de desobediencia.

Abrió los ojos. El rostro de Ytha asomó a la superficie del fulgor de la lámpara. Teia lanzó un grito. Sintió un lacerante dolor en el costado, pero contuvo la exclamación para convertirla en un grito ahogado, seguido por un sollozo intermitente.

—Calma, niña —dijo la portavoz, cuya sonrisa no era precisamente reconfortante, sino fría, expectante—. Aquí nadie te hará daño.

—Los perros... —dijo Teia, pronunciando las palabras con torpeza, la lengua demasiado grande para la boca seca.

Una sombra cruzó la expresión de la portavoz, que en seguida recuperó la calma.

—No hay perros. Tenías una pesadilla.

—Yo... Los he oído. Me perseguían.

—Ya te he dicho que estabas soñando. No hay perros. Te has visto atrapada en nuestro tejido, eso es todo. —Ytha se la quedó mirando—. Debes de poseer el talento.

—¿El talento? ¿Yo? —«Que Macha me proteja, lo sabe». Teia se tapó hasta el cuello con la manta. «¡Ytha lo sabe!» Tuvo que cerrar los ojos unos instantes antes de librarse de la sensación de estar cayendo en espiral por un pozo.

—Todo va bien, niña —dijo la portavoz con cierta impaciencia—. Podemos hablar de ello más tarde, cuando hayas descansado. La idea podría incomodar a mucha gente. —Puso la mano, fría, en la frente de Teia—. Al menos no tienes fiebre, como algunas de las otras.

—¿Las otras?

—Seis en total. Niñas, la mayoría. A algunas jóvenes les afecta de ese modo: fiebre, escalofríos. Pesadillas. Pero esas cosas se superan, con el tiempo. —Una sonrisa sincera frunció los labios de la portavoz, aliviando la severidad de sus facciones—. Descubrir que había tantos de vosotros fue extraño para el clan.

Teia se mordió el labio, deseando que desapareciera el dolor del costado. Llevaba años temiendo que Ytha sospechase que tenía el don. Ahora la portavoz lo sabía, pero tenía otras seis personas con dones de las que preocuparse. Puede que entre tantas pasase desapercibida.

—¿Qué ha pasado, portavoz? —preguntó con aire de inocencia. Si cambiaba de tema, quizá averiguase algo—. Me duele la cabeza y no recuerdo gran cosa.

—Era un tejido poderoso. Invocamos a uno de los dioses ancestrales para guiarnos. Debiste de verte atraída a la red, como las demás, hasta el mismísimo centro. Te encontraron inconsciente en el suelo, justo en la periferia del círculo. —Hizo una pausa—. ¿Qué recuerdas?

Teia arrugó el entrecejo, intentando mostrarse vacilante.

—Había una voz terrible. Era como si me arañara por dentro de la cabeza, y un escudo... Me miraba.

—¿Escuchaste algo de lo que se decía?

—No recuerdo nada. Estaba tan asustada. —Levantó la vista hacia Ytha, los ojos muy abiertos, con la esperanza de que la portavoz mordiera el anzuelo.

Ytha le devolvió la mirada y cabeceó en sentido afirmativo.

—Tienes que descansar —dijo—. Te prepararé un bebedizo que te ayudará a descansar. Mañana cabalgaremos al sur, pero los hombres de Drwyn cuidarán de ti hasta que puedas montar a caballo.

Así las cosas, se levantó y salió de la tienda entre un remolino de pieles de zorro. Teia se permitió exhalar un suspiro de alivio. Levantó la vista al techo y los tapices, y

cayó en la cuenta de que se encontraba en la tienda de Drwyn. En su tienda. Le alcanzaron los olores de la leña quemada y los guisos, y oyó jugar a unos niños. No era precisamente primera hora. Debía de haber estado inconsciente un buen rato.

Ytha regresó al cabo de unos minutos, llevando una taza de té con leche caliente y miel, que ofreció a Teia.

—Esto te ayudará a conciliar el sueño —dijo.

Teia se incorporó sobre un codo y se llevó la taza a los labios. Había tomado antes uno de los bebedizos de Ytha, y sabía que la portavoz ponía zumo de amapola blanca. La miel disimulaba el sabor. Sin duda la aliviaría, pero también le facilitaría un sueño profundo. Cuán profundo y por cuánto tiempo dependerían de la fuerza del bebedizo.

Se disponía a beber, pero titubeó. Si se dormía podía volver a tener la pesadilla, podía verse de vuelta en aquella carrera desesperada. Teia sintió miedo y dirigió una mirada fugaz a la portavoz. Ytha la observaba con una ceja enarcada, interrogadora, y se forzó a dar un sorbo. Era muy posible que la portavoz se hubiera propuesto quedarse hasta que apurase el contenido de la taza. Para ganar tiempo sopló la leche para enfriarla, con la esperanza de que la mujer perdiese la paciencia.

Drwyn se convirtió en un inesperado benefactor, pues escogió ese momento para asomar la cabeza. Ytha le miró, irritada, y levantó la mano, indicando que debía esperar.

—Asegúrate de beberlo todo —recomendó a Teia—. Te hará bien.

Teia inclinó la cabeza, cumplidora.

—Sí, portavoz.

Ytha se mordió los labios momentáneamente, luego se cubrió con las pieles y se dirigió a la otra mitad de la tienda.

—¿Está bien? —preguntó Drwyn.

—Se ha llevado un buen susto y ha tenido algunas pesadillas. Nada que no arreglen unas horas de descanso —respondió Ytha—. Veamos, ¿qué noticias me traes de los jefes?

Sus voces y sus pasos se perdieron al salir de la tienda entre el bullicio que reinaba en el campamento. Por todas partes la gente gritaba y los animales se quejaban. Finalizada la reunión, había llegado el momento de que los clanes se dirigieran a sus cuarteles de invierno en las cuevas y los valles abrigados que había al pie de las montañas, hasta que las nieves dieran paso a la primavera.

Teia dejó la taza, llena, en el suelo. De modo que Ytha estaba al corriente de su don. Era increíble que hubiese podido ocultárselo tanto tiempo, desde aquel día en que miró por primera vez en el agua y vio algo aparte de su propio reflejo. Entonces Drw la había pedido y empezó a ver al muchacho con el torque de jefe, pero en lugar de complacerla, aquella visión la había alarmado tanto que había hecho lo posible para evitar llamar la atención de Ytha. La portavoz tenía modos de desenterrar

secretos, maneras de saber lo que un hombre sólo había compartido con el viento.

También era cuestión de tiempo que Ytha descubriese lo del bebé. Se acarició el vientre, liso aún. Si tenía suerte, se casaría con el jefe y viviría en esa tienda, le calentaría la cama y encajaría los golpes que le diera.

Por la piedad de Macha que eso no se parecía en nada a tener suerte. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se abrazó las piernas, a pesar del dolor que sentía en el costado, y enterró el rostro en sus brazos.

Pero ¿y si Drwyn no se casaba con ella, o la hacía a un lado como había hecho cuando su primera esposa le dio una niña y luego resultó ser incapaz de darle un hijo? Entonces ¿qué? Tal vez Ytha la aceptase como aprendiz, y todo lo que había visto en las aguas surgiría como niños nonatos, con los ojos abiertos, feos. El niño jefe, el guerrero oscuro, el centenar de otras imágenes que había visto y era incapaz de explicarse.

Teia se puso a temblar, a pesar de las pieles gruesas que la cubrían. Se encontraba en una encrucijada del camino, no había marcha atrás y ninguno de los caminos que podía tomar la llevaban a un lugar donde quisiera estar. Escogiera el que escogiese, nubes cargadas de tormenta se cernían en el horizonte.

O podía forjarse su propio camino. Correr. Huir de los Crainnh y convertirse en una Menardh, una de los Perdidos. Los clanes nunca volverían a darle la bienvenida en torno a sus hogueras, pero al menos sería libre.

Cerró con fuerza los ojos. Libre para estar sola, libre para morir de hambre, para congelarse. Daría lo mismo que se arrodillara junto a la roca de la viuda para partirse el cráneo. El breve otoño en las llanuras había terminado, y el invierno le pisaba con fuerza los talones; las montañas al sur estaban cubiertas por un manto blanco, como las portavoces. Y huir supondría abandonar a la madre que la había criado, al padre que la había enseñado a tirar con arco, a usar el cuchillo; eso sin mencionar al resto de su familia.

La congoja le hizo un nudo en la garganta.

«Ay, Macha, no».

Junto a su cama se alzó un último penacho de humo. El bebedizo de Ytha la aguardaba. El olor dulzón prometía unas horas de descanso, un lugar donde esconderse. De los perros, o eso esperaba; de Drwyn. De tanto pensar.

No, carecía de alternativas reales. Tomó la taza y, dando tres largos sorbos, apuró su contenido.

Teia despertó con la sensación de quien se mece en una cuna. Abrió los ojos, vio el extremo de una manta y, más allá, el techo de una tienda. No, no era una tienda; era demasiado gris y oscuro para que fuese cuero. ¿El cielo? El frío le hirió las mejillas, las caderas, como alfilerazos. Arrugó el entrecejo. Demasiado frío. Cerró de nuevo los

ojos, se dejó envolver por la calidez que la cubría y soñó con caballos. Largas hileras de caballos, andando, andando, y en la distancia los dientes blancos que la tierra hundía en el vientre de las nubes.

Cuando abrió de nuevo los ojos, vio el brazo de un hombre y un hombro por encima de la manta, y más allá de la helada llanura, la hierba inclinaba la cerviz ante el viento incesante. Las montañas asomaban en el horizonte, más cerca, recortándose blancas contra un cielo color plomo. El vaivén tenía sentido: el clan se había puesto en marcha bajo la nieve, y la transportaban a caballo.

El bebedizo de Ytha era potente, puesto que la había llevado de un día para el otro. Pestañeó, intentando librarse de la neblina que le obnubilaba el pensamiento, y levantó la vista hacia el hombre que la rodeaba con el brazo. Olía a pieles grasientas, a sudor, y el bigote se le antojó familiar. Era uno de los guerreros de Drwyn. El que se hurgaba la nariz cuando hacía guardia y encontraba la menor excusa para pasar por su lado cuando ella estaba ocupada en sus labores. Harl, recordó que se llamaba. Cerró de nuevo los ojos. Quizá el guardia no reparase en que se había despertado.

No tardó en volver a quedarse dormida, hasta que la despertó el tamborileo a su lado de los cascos de otro caballo.

—Voy a adelantarme —oyó que decía la voz de Drwyn—. La portavoz ha solicitado mi presencia. Si no vuelvo al anochecer, encargaos de ella cuando acampemos.

—Por supuesto, mi jefe —respondió Harl.

Drwyn silbó al caballo, que se alejó al galope corto.

Teia intentó conciliar de nuevo el sueño, pero no pudo. Habían empezado a ascender al pie de las montañas, y el camino de piedra hizo que todo se moviera, lo cual hizo que le doliera la costilla. Pese a todo mantuvo los ojos cerrados. No estaba de humor para aguantar los flirteos de Harl.

Una mano fría se introdujo por las pieles hasta alcanzar uno de sus senos, que magreó. A continuación empezó a desanudar el peto.

—Drwyn te arrancará las huevos y los utilizará como cebo para pescar —dijo ella en voz baja, sin despegar los párpados.

La mano se contuvo.

—Sólo si tú se lo cuentas.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Harl siguió desanudando el peto.

—Eres una puta. A vosotras no os va de un *daigh* más o menos. —Utilizó la manera vulgar de referirse a los genitales masculinos, quizá con ánimo de ver si eso la conmocionaba—. También te abriste de piernas para el antiguo jefe, ¿no?

—¿Y qué si lo hice? —Teia liberó el brazo izquierdo de las pieles y le aferró la muñeca—. Ahora soy la mujer de Drwyn. ¿Qué crees que hará cuando sepa que me

has puesto tus sucias zarpas encima?

Pero eso no le hizo vacilar.

—No se casará contigo. Ningún jefe se casaría con una mujer que no fuera virgen, para convertirla en la madre de sus hijos. Pronto se cansará de ti. Quizá entonces me deje hacer contigo lo que quiera.

—¿Quién ha dicho eso? Fue la portavoz quien me envió a él, idiota. —Teia hundió los dedos en los huesos de la base del pulgar de Harl hasta que a él le tembló la mano y la retiró, torciendo el gesto de dolor—. ¡Piensa en ello antes de meter la mano en el plato de otro hombre! Ahora bájame. Quiero mi propio caballo.

Harl tiró de las riendas, frenando súbitamente la montura. A continuación la soltó sin mediar advertencia alguna, de modo que Teia se precipitó indefensa al suelo. Incapaz de prepararse para el golpe o evitar la caída, apoyó el peso del cuerpo en uno de los tobillos y luego cayó al suelo con un grito de dolor.

La yegua gris estaba atada a la silla, y Harl se deshizo de la rienda.

—Mi señora —dijo él, burlón, antes de espolear el caballo y dejarla tirada.

Teia se levantó lentamente. Sintió un intenso dolor en el costado cuando anduvo coja hacia la yegua, mientras el resto del clan pasaba por su lado al pie de las montañas. La mayoría de ellos, al pasar, lo hicieron con indiferencia, pero algunos la miraron sin tapujos, con curiosidad, y se preguntó cuánto habrían visto u oído. Sin duda, más de lo necesario para desencadenar las murmuraciones alrededor de los fuegos.

Se arregló el vestido, montó el caballo y, con un gesto de dolor debido al tobillo, esperó hasta que su familia se acercó. Animó a la montura a unirse a ellos, pero su padre apartó el caballo del camino para bloquearle el paso.

—¡Papá! —protestó ella, mirando más allá. Sus hermanas tenían la cabeza alta a pesar del viento. Sólo Ana se volvió para lanzarle una breve mirada llena de pesar.

—Ya no hay lugar para ti entre nosotros —dijo Teir, que se negó a mirarla a los ojos—. Ya no somos tu familia.

—¡Pero soy tu hija! —Las lágrimas le empañaron los ojos. Intentó pasar por su lado, pero el caballo de su padre era un corcel de guerra y le bloqueó el paso después de que su jinete tirase levemente de las riendas.

—Lo fuiste. Pero ya no. Es la ley del clan. La portavoz... —Se le quebró la voz y frunció los labios, como si las palabras le supieran a rayos. La miró un instante y ella reparó en el dolor que había en sus ojos—. Las cosas no son como con Drw. Dale un hijo, Teia. Haz que se case contigo. Limpia tu honor, y el mío.

Volvió grupas y se alejó al paso corto, dispuesto a reunirse con el resto de su familia. No volvió la vista atrás. Teia lo vio alejarse, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas y el viento cruel le revolvía el cabello en torno a la cara. La congoja que sentía en el pecho le atenazaba los pulmones.

—Pero es que estoy embarazada, papá —susurró—. Vuelve, por favor.

Teia frenó la montura en lo alto del camino pedregoso que llevaba hasta las cuevas. Estaba cansada y tenía frío después de la semana que había pasado durmiendo, o, mejor dicho, no durmiendo, en el suelo. El terreno al pie de las colinas era demasiado inclinado para montar las tiendas, e incluso envuelta en las mantas del jefe, con su cuerpo en la espalda, había sido incapaz de descansar mucho rato antes de que la despertase el frío o el dolor en el costado.

Entre los oscuros sueños a medio recordar había yacido tumbada, observando las lunas y las estrellas que cruzaban el firmamento, hasta que una a una las constelaciones se perdían de vista tras la pared formada por las montañas meridionales. Entonces, en la tercera noche, el cielo se cubrió y ni siquiera pudo disfrutar de eso.

Volvía a nevar. En su mayor parte nieve en polvo que parecía ceniza suspendida del firmamento, o las plumas de una paloma atrapada por un halcón. Flotaba, recogida por ráfagas de viento que la hacían girar en remolinos de modo que nunca llegaba a posarse. Por mucho que se ajustara el cuello de piel o la capucha, la nieve encontraba el modo de introducirse por su cuello, como gélidos besos en la piel. Estaba demasiado cansada y dolorida para seguir peleando contra los elementos.

A través de la nieve llegaron los últimos miembros de su clan, protegidos contra el frío, tirando de ponis o llevando bultos a la espalda. Fueron desapareciendo solos o por parejas en la amplia boca de la montaña. Teia los observó desde el extremo opuesto del risco, a la salida de la cueva. Su propia familia había entrado ya, precedidos por la portavoz, todos sin volver la vista hacia ella, aunque hacía tiempo que había abandonado la esperanza de que alguien la mirase a los ojos y reconociera su existencia.

Tendría que haber entrado hacía rato, preparar la estancia de su jefe para que lo encontrase todo listo a su regreso de la caza, porque después de meses en desuso necesitaría trabajo para hacerla habitable: extender las alfombras y colgar los tapices que contendrían un poco el frío de la piedra. Pero no podía adentrarse en la montaña y renunciar a la luz del día, que era el último recordatorio que le quedaba de su libertad.

La oscuridad de las cuevas nunca la había intimidado. Ahora la temía: la sola idea de introducirse en la tierra le hacía sentir como si se adentrara en el inframundo, donde los relatos contaban que Noam había ido a rescatar a la princesa. Aunque ella no era una princesa, y nadie iba a partir en su busca. Siguió sentada, bajo el cielo plomizo, atenta al modo en que los copos de nieve danzaban a su alrededor, deseando estar lejos, muy lejos de allí.

El invierno era el momento menos adecuado para huir. En las llanuras cada

estación tiene sus peligros: las crecidas en primavera, las cuales impedían cruzar los ríos de aguas turbulentas; los vendavales propios del calor veraniego, capaces de barrer hasta la última hoja de la faz de la tierra. Pero en invierno, cuando los días se volvían cortos y oscuros, y el frío blanco, inmenso, descendía desde las cimas de las montañas, cuando uno salía al exterior lo hacía con ánimo de morir.

La caza del gran alce blanco, lo llamaban una vez se habían cansado de ello. Principalmente eran ancianos que temían la enfermedad o perder las facultades, pero a veces también era cosa de jóvenes que se cansaban antes de que les llegase la hora. Empuñaban la lanza y se adentraban en la negrura para emprender una última caza de la que jamás regresaban. A veces los suyos los encontraban cuando llegaba la primavera, levantaban un monumento de piedras sobre los restos y confiaban sus almas al inframundo, aunque sucedía más a menudo que la llanura sencillamente se los tragaba sin dejar siquiera los huesos.

El viento sopló con fuerza renovada, y Teia sintió un escalofrío a pesar de la gruesa capa de piel que llevaba hasta la barbilla. Probablemente la mayor parte de los desaparecidos habían muerto, pero no todo el mundo que emprendía la caza del alce blanco estaba preparado para morir. Algunos de ellos sobrevivieron, puede que se hubiesen unido a los Perdidos. Sobrevivir tenía que ser posible. Tenía que serlo, si uno era lo bastante fuerte.

Echó un último vistazo a su alrededor a los pinos oscuros que salpicaban la parte baja de las laderas, y las llanuras más allá, que asomaban y desaparecían a través del velo níveo, antes de desmontar y conducir el caballo al interior de la cueva.

Duncan

—Duncan.

Era la voz de Kael. Duncan abrió los ojos, entornándolos para protegerlos de la linterna. Las sombras saltarinas y el vaho del aliento de Kael proyectaron en su rostro una luz demoníaca.

—¿Qué pasa?

—Tenemos compañía. —Kael dejó la linterna y volvió a su puesto de guardia.

Duncan apartó las mantas y, entre temblores, se puso la capa que había mantenido caliente al dormir sobre ella, antes de salir de la cueva y seguir los pasos de Kael bajo la intensa nevada. Las ventiscas se habían sucedido en los días cortos y amargos que preceden al fin de año, una tras otra, ralentizando su avance hasta inmovilizarlos en aquella pequeña cueva para pasar la noche cuando las condiciones se volvieron demasiado peligrosas para proseguir hasta la fortaleza. La nevada había cedido un poco con la llegada del alba, pero las nubes no mostraban indicios de vaciarse. Se amontonaron sobre las montañas que envolvían la fortaleza de Saardost, asfixiando el cielo bajo sus faldas.

Apenas había un destello de luz que le ayudase a caminar por el risco que miraba al valle. Un bulto oscuro recortado contra la blanca ladera le hizo un gesto para que se le acercara, y se introdujo entre las rocas junto a Kael. Debajo de ellos, al otro lado del valle, la fortaleza se dibujaba como un borrón en la nieve.

—Dime dónde tengo que mirar —dijo.

Kael señaló la confusa silueta de la torre más oriental de la fortaleza. Duncan aguzó la vista, pero no vio más que nieve.

—No veo nada. Esto está más blanco que los muslos de una virgen.

—Espera.

Allí. La nieve se levantó como una cortina sobre una ventana abierta y vio una mancha de luz anaranjada, antes de que la cortina cayese de nuevo. La luz de un fuego. O bien alguien había bajado la guardia o pecaba de exceso de confianza.

—¿Cuántos?

—Dos como mínimo —dijo Kael—. Dentro de la caseta hay un par de caballos ensillados y un poni.

—Pero ¿te has acercado? ¡Por los huevos de Slaine, Kael! —Duncan se mordió la lengua. No tenía sentido recordar a Kael que se había puesto en peligro, o lo que podría haber sucedido si llegan a descubrirle. El explorador de rostro cetrino hacía lo que le daba la gana, y siempre lo había hecho. Pretender cambiarle sería tan útil como intentar cambiar la dirección en la que sopla el viento.

—Teníamos que averiguarlo —se disculpó Kael, encogiéndose de hombros—. A juzgar por los escudos de las sillas son nimrothianos.

Hacía un millar de años que los nimrothianos no cruzaban las montañas, al menos con cierta fuerza, ni siquiera para comerciar. Duncan le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

No lo dudaba. Kael conocía bien su oficio para equivocarse con algo así. El descubrimiento no podía significar nada bueno. Duncan, con un suspiro, se sacudió la nieve que le cubría el rostro.

—Será mejor que vayas a buscar a Sor.

El contorno de Kael se perdió en la tormenta. Al cabo de unos minutos, se oyó rumor de pasos en la nieve cuando regresó acompañado por el hermano de Duncan. Ambos se introdujeron entre las rocas a su lado.

—¿Dos exploradores? —preguntó Sor. Contempló a través de las temblorosas cortinas de nieve la imponente silueta de la fortaleza—. No hay donde ponerse a cubierto. Basta con que estén medio despiertos para verte antes de que alcances ese puente, Kael.

—Bajé por otro camino. Hay un punto ciego donde la muralla occidental se encuentra con la montaña.

Sor lanzó un gruñido.

—Y no tenían ningún motivo para esperar que alguien se les acercaría por el lado contrario.

—Probablemente estén a resguardo del tiempo, como nosotros —dijo Duncan—. No veo pisadas, no parece que hayan salido recientemente.

—Hay caza de sobras por aquí, incluso en invierno. Si llevan alimentos en el poni, podrían llevar meses aquí. —Sor juró en voz baja, parpadeó para librarse de la nieve que tenía en las pestañas, y observó la fortaleza mientras aparecía y desaparecía de la vista.

—Están esperando algo. —Duncan miró a su hermano, consciente de que ambos estaban pensando en lo mismo. El cancerbero cuyo rastro habían estado siguiendo.

Cuando Kael le perdió la pista dos días al norte de Brindling Fall, llevaba dirección este. Allí se encontraron con el guardián. Atravesaron el paso y luego viajaron hacia el este a lo largo de las faldas de las colinas de an-Archen hacia casa, pero los sentidos de Kael se dispararon cuando percibió el mal y tuvieron que volver al norte hacia la fortaleza de Saardost. Podía tratarse del mismo cancerbero, de otro o de algo peor aún; sólo Kael podría saberlo, y sólo en el momento en que se acercaran.

—¿Aún puedes percibirlo, Kael? —preguntó Duncan.

—No se ha movido desde que empezó la nevada —dijo el hombre cubierto de cicatrices, cerrando la mano en torno a la empuñadura del cuchillo—. Probablemente esté descansando.

—Si es otro mastín y los clanes lo han invocado... —Los ojos azules de Sor eran duros como piedras.

—No serían tan insensatos, ¿no? —Al mismo tiempo que pronunciaba las palabras, Duncan sintió que la certeza le atenazaba las entrañas. «No. No pueden haberlo olvidado».

—Tenemos que averiguar lo que saben —dijo Sor, enérgico.

—Me acercaré a preguntárselo. No creo que sea una charla muy larga. —Kael destrabó en la vaina la larga hoja, en un gesto cargado de significado.

Sor irguió la espalda para sacudirse la nieve de los hombros.

—No. Si vamos iremos juntos. Di a Cara que se asegure de poner a los caballos a buen recaudo, y que luego se reúna aquí con nosotros. ¿Dónde está esa ruta alternativa que desciende?

—No muy lejos. Por ahí, donde se pierde el risco. —Duncan siguió el gesto de Kael, pero lo único que alcanzó a ver fue nieve y roca negra.

Su hermano asintió, tomada la decisión.

—Entonces guíanos.

El risco se estrechaba y se empinaba progresivamente a medida que recorría el flanco de la montaña en dirección a la fortaleza. Las huellas que Kael había dejado en la nieve no eran más que surcos, cubiertos casi por completo por la nevada. Duncan mantuvo la capucha echada hacia adelante para protegerse el rostro y los ojos clavados en el terreno. Si perdía pie, la caída sería considerable.

Cuando el risco se fundió finalmente con unos pinos pelados, torcidos por la acción del viento, Karl detuvo sus pasos y señaló hacia abajo, al barranco.

—Allí.

Sor echó un vistazo.

—¿Una cascada? —gruñó—. ¿Descendiste por una cascada helada? ¿De noche? ¿En plena tormenta de nieve?

Kael se encogió de hombros.

—Até una cuerda. No hay mucha distancia.

—¡Por los huevos de Slaine!

Duncan se asomó por el borde y localizó la cuerda de Kael, con nudos atados a intervalos para aferrarse a ella con mayor seguridad. Le sacudió la nieve y dio un fuerte tirón.

—Parece segura —dijo—. ¿Yo primero?

—No, déjame a mí —pidió Sor, colgándose el arco al hombro para tener ambas manos libres—. Así si caigo los demás tendréis un colchón por si os pasa lo mismo.

Duncan contuvo una sonrisa.

—¿Siguen sin gustarte las alturas?

Mascullando, su hermano se pegó a la roca y, mano sobre mano, descendió por la pared helada del barranco. A su alrededor la nieve suelta y los fragmentos de hielo se precipitaron al vacío, y al cabo de unos instantes le perdieron de vista. Unos minutos después, la cuerda colgó de nuevo floja.

—Ha llegado abajo —anunció Duncan con un suspiro de alivio—. Ahora tú, Cara. Yo te seguiré y después lo hará Kael.

La joven del clan tan sólo tardó una fracción del tiempo que Sor había necesitado, después de descender por la roca y descolgarse por la cuerda con la agilidad de una cabra montesa. Cuando la cuerda se libró de su peso, Duncan la asió con fuerza y, con los pies plantados en la roca, se impulsó para descender por ella, aferrándola tan fuerte como se lo pudo permitir teniendo las manos congeladas. A su lado, la cascada gruñía como quien tiene el sueño agitado. Cuidando de asentar los pies en la pared helada del barranco, se dispuso a descender como si caminase por ella.

La roca estaba cubierta de hielo, pero a medida que asentaba los pies con mayor confianza, las botas parecieron resbalar menos. En cuestión de pocos minutos sintió una mano en el hombro. Cara, acucillada en una roca al pie de la cascada, le ayudó a hacer pie. Cuando soltó la cuerda le dolían los hombros y los brazos, y el corazón latía con fuerza en su pecho.

—Qué locura —dijo, cayendo con un salto sobre un ventisquero. Miró a través de la cortina de nieve en busca de Sor, a quien vio agazapado junto a la muralla de la fortaleza, con la capa y el pelo oscuros cubiertos casi por completo por un manto blanco.

Duncan anadeó entre la crujiente nieve para reunirse con su hermano, que le hizo un gesto con la mano.

—¡Ten cuidado con el hielo! —susurró—. Caminas sobre el río.

Duncan detuvo el paso. Sintió a través de las botas la leve vibración e imaginó las negras aguas que fluían bajo sus pies. Hizo el resto del camino con mayor cautela, y al llegar se acucilló junto a Sor mientras la nieve susurraba alrededor de ambos.

—Kael tenía razón —dijo su hermano con un hilo de voz—. A menos que tengas apostados centinelas ahí arriba, en la muralla, este punto pasa desapercibido.

Tenemos paso franco hasta la próxima atalaya. —Los otros dos se reunieron con ellos y Sor empujó a Kael hacia delante—. Ve tú en punta, puesto que no es la primera vez que recorres el terreno.

Uno tras otro, en fila, siguieron al hombre del rostro cubierto de cicatrices a lo largo de la muralla. La nieve se arremolinaba a su alrededor, a veces más densa y otras despejando para revelar la pálida osamenta del puente que cubría el río y trasladaba el camino de un lado del valle al otro, y después arriba a la fortaleza. El camino era invisible, apenas una promesa en la densa capa de nieve que cubría el fondo del valle.

Al pie de los impresionantes contrafuertes de la atalaya, Kael levantó la mano y detuvieron la marcha. Hizo un gesto a los demás para que mantuvieran la posición y se deslizó hasta doblar el contrafuerte, con paso casi totalmente silencioso.

Duncan asomó por la piedra cubierta de nieve para verle, pero el cuerpo oscuro de Kael se fundía en la negrura. Cualquiera de los exploradores nimrothianos que mirase desde las ventanas de la torre, antes de que se pusiera a cubierto de la torre de guardia, a unas cuatrocientas yardas junto a la muralla, lo vería. Duncan se esforzó para distinguir la luz de la ventana, pero con el ángulo que tenía le quedaba oculta. Además, entre que era de noche, y la nevada, apenas podía distinguir la torre. Confiaba en que eso le ocultase tanto como ocultaba el fuego de los exploradores.

—¿Lo ha logrado? —susurró Sor.

—No le veo.

Su hermano juró entre dientes.

—¿Le seguimos? —quiso saber Cara.

—Nos hará una señal cuando esté a salvo —dijo Sor—. ¿Duncan?

Duncan asomó de nuevo por el contrafuerte, a tiempo de ver una bola de nieve salida de la oscuridad que le alcanzó el hombro derecho y le salpicó el rostro de diminutos cristales.

—Ésa debe de ser la señal —dijo, escupiendo.

Rápidamente y en silencio doblaron el contrafuerte y siguieron el pie de la muralla. La nieve crujía bajo sus botas con un volumen considerable en el ambiente frío de la montaña. Cuando lo lograron, se situaron junto a Kael al abrigo de la atalaya.

El explorador se llevó el índice a los labios para imponer silencio, y los llevó con celeridad bajo el arco imponente de la entrada. La puerta era alta y estaba carcomida, pero habían colocado unos cuantos sacos desde dentro. Kael la entornó un poco y desapareció en las sombras. Se oyeron pasos en la piedra, luego silencio. Uno tras otro entraron los restantes miembros del clan.

En el interior de la atalaya reinaba una absoluta oscuridad. Duncan esperó a que sus ojos se acostumbraran antes de atreverse a moverse. Olió a caballo y excrementos, percibió bultos grandes en un espacio pequeño. Gradualmente sus ojos localizaron el

fulgor que se filtraba por la escalera, procedente del fuego que ardía en la planta superior. A medida que la vista se le acostumbró a la penumbra, distinguió el contorno curvo de los peldaños, la silueta de las orejas en punta de un caballo.

El sonido del acero sobre el cuero le hizo reaccionar. Alguien le tocó el brazo, luego Kael, cuchillo en mano, subió los primeros peldaños, silencioso en las botas blandas. Duncan hizo ademán de seguirle, pero resbaló en un excremento reciente de caballo. Trastabilló sobre el flanco del animal más próximo, que relinchó al tiempo que se apartaba. Kael se quedó paralizado en la escalera, los dientes desnudos, el cuchillo emitiendo un fulgor anaranjado. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho a Kael, que acarició el cuello del animal para calmarlo. No hubo ruido procedente de la parte superior de la torre, excepto el crepitar del fuego. Kael subió otro escalón, y Duncan pudo volver a respirar.

Pero el alivio no duró. Antes de que sus pies encontrasen el siguiente escalón, Cara le aferró el brazo. Detuvo el paso y se volvió hacia ella, que acopó una mano en torno a su oreja e inclinó la cabeza hacia la puerta de la atalaya, donde Sor miraba a través de un resquicio que había en un extremo de los sacos apilados. Habían oído algo.

Escuchó con atención y captó el crujido rítmico del arnés de una silla de montar. La nieve amortiguaba tanto el ruido de los cascos que era imposible contar con seguridad de cuántos jinetes se trataba, pero al menos había otros dos hombres montados en el exterior. Mientras escuchaba, aguzando el oído por encima del rumor que hacía su propia sangre al circular por las venas, el ruido de los cascos cesó.

Más exploradores, pero ¿cuántos? ¿Cuántos? Puso la mano en el hombro de Cara, señaló a Sor e hizo un gesto para que se acercara, pero su hermano ya cruzaba el espacio que los separaba, silencioso como un ladrón, y ambos subieron la escalera para reunirse con Kael, que estaba a punto de doblar y perderse de vista respecto a la planta baja. Había una antorcha de brea encajada entre dos piedras. Sor miró a su alrededor, asegurándose de contar con la atención del resto, y levantó una mano con tres dedos extendidos.

Duncan apretó con fuerza la mandíbula. Si la cuenta era correcta, otros tres sumaban cinco: uno por cabeza y uno de propina. Desfundó el cuchillo y se echó la capa hacia atrás sobre los hombros para evitar que le estorbase, luego Sor señaló con el dedo en dirección a la primera planta. Kael subió la escalera de dos en dos peldaños, seguido de cerca por Cara.

Desde abajo alguien saludó a gritos con un acento tan nimrothiano que fue imposible distinguir las palabras exactas. Arriba respondió uno de los dos exploradores. Las botas rascaron la piedra y la luz se volvió más intensa. Un grito de alarma se convirtió en gorgojeo, luego Duncan corrió escalera arriba tan rápido como pudo.

Abrió la puerta con un fuerte empujón e irrumpió en la habitación a tiempo de ver a Kael depositando en el suelo a un guerrero nimrothiano que pataleaba, mientras Cara recuperaba los cuchillos del cadáver que yacía al otro lado de la chimenea. Sor pasó por su lado y los cuatro se volvieron para encarar la puerta mientras los pasos se oían más y más cerca escaleras arriba.

Dos nimrothianos irrumpieron por la puerta con los arcos cortos en la mano, flanqueando a un tercero que llevaba un cuchillo en cada una de las manos. Durante un latido de corazón nadie hizo un solo movimiento, luego los nimrothianos alzaron los arcos.

—¡No cedáis terreno! —gritó Sor mientras los arcos seguían alzándose para apuntarles.

Uno de los cuchillos de Cara resplandeció a través de la estancia hasta clavarse en el hombro de uno de los arqueros, que cayó hacia atrás sobre la pared. La flecha cayó en el suelo de piedra. Kael cargó sobre el otro, que erró el tiro; la flecha se clavó en la pared opuesta. El tercer hombre se arrojó sobre Sor, que le puso la zancadilla y se alejó de él mientras rodaba por el suelo y recuperaba la posición, rápido como un felino.

Duncan, por la espalda, rodeó con el brazo el cuello del tipo, a quien apoyó la punta del cuchillo en la mejilla.

—Ni se te ocurra —dijo a la oreja del nimrothiano. El guerrero olía a sudor y aire de montaña. Forcejeó, pero Duncan tenía la ventaja de altura y apretó con más fuerza el brazo alrededor de su garganta—. Haya calma.

El nimrothiano escupió una sarta de palabras obscenas, pero bajó ambos cuchillos. Cara se los quitó de las manos y los hundió en su propio cinto.

Kael limpió su daga en el jubón del arquero contra quien había arremetido, antes de envainarla. Al otro lado de la entrada, el hombre al que Cara había derribado deslizó la espalda por la pared. Sangraba por la boca.

—Apenas respira —dijo Kael—. No durará. —Con la eficacia que era habitual en él le rompió el cuello.

Sor chascó la lengua.

—Ya no podré hacerle preguntas.

—Estaba a punto de morir. Tenemos uno vivo, ¿cuántos necesitas? Voy a ocuparme de sus caballos. —Kael descendió la escalera sin volver la vista atrás.

—Cómo es —murmuró Sor—. A veces, te juro que... —Se pasó la mano por el cabello, y se volvió para encarar a Duncan y al prisionero—. Bueno, ya puedes soltarle. Cara, tú vigílate.

La mujer sonrió con desprecio, jugueteando con un cuchillo para que el nimrothiano fuese consciente de su habilidad. El tipo tragó saliva, paseando una cautelosa mirada entre Sor y ella, mientras Duncan le soltaba el cuello y retrocedía.

Cara arrugó entonces el entrecejo, vuelta hacia los dos primeros muertos.

—Es Amhain —dijo, señalando el pajarillo tatuado en la mejilla del hombre—. Esos dos son Crainnh.

—Dos clanes —dijo Sor—. Interesante. —Miró en torno de la habitación, y localizó un taburete tosco que habían volcado durante la riña. Lo enderezó y tomó asiento, doblando los brazos a la altura del pecho—. Dime cómo es posible que algo así pueda suceder y te dejaré vivir.

El nimrothiano no dio muestras de haber entendido lo que le decía, a pesar de que las palabras fueron pronunciadas en una lengua que ambos pueblos habían compartido en el pasado. Un malentendido deliberado, entonces. Sor arrugó el entrecejo y repitió su pregunta.

En esa ocasión el prisionero los miró, burlón.

—No pienso decir nada.

Se mordió los labios para después escupir, y Duncan le dio un puñetazo en un riñón. El tipo se dobló de dolor, mirándole. Duncan levantó la daga.

—Alégrate de que no la utilice ahora. Vamos, responde a la pregunta.

Pero el nimrothiano siguió sin hablar.

Sor lanzó un suspiro.

—Podría ser una noche larga, hermano.

—Al menos la pasaremos a resguardo del frío.

—Eso es cierto. —Sor extendió los pies hacia el fuego, con las piernas cruzadas por los tobillos—. ¿Has visto la cara del tipo que mató a tus amigos? —preguntó—. Responde a mis preguntas o te entregaré a él, a ver si puede aflojarte la lengua. Tú escoges.

La mirada del nimrothiano perdió fuerzas.

—El jefe nos ha enviado a explorar el paso.

Duncan se inclinó hacia delante, y hundió los dedos congelados en el magullado riñón del prisionero.

—Dinos algo que no sepamos ya o te pasarás una semana meando sangre.

El hombre se lamentó, retorcida la expresión por el odio y el dolor.

—¡Cabrón pagano!

Sor chascó la lengua.

—Responde a la pregunta.

—Quería saber si los pasos estaban despejados, demostrar que no había hombres de hierro en las montañas. —Miró a Duncan con odio, y añadió—: Se ha propuesto dirigir una hueste de guerra hacia el sur.

La cosa se ponía interesante.

—¿De qué jefe hablas? —quiso saber Duncan—. ¿Del tuyo?

—Drwyn de los Crainnh. Le nombrarán jefe de jefes en la diáspora.

—Si lo intenta seguirá el camino de Gwlach —sentenció, burlona, Cara.

—¿Y tú harás lo que ordene un Lobo, siendo un Cuervo Pétreo? —Sor descruzó las piernas y contempló al tipo con los azules ojos astutos como los de un vendedor de caballos.

—Si eso supone recuperar lo que nos fue robado por gente como vosotros, sí, lo haré ¡y sin titubear!

Por encima del hombro del Amhain, Duncan miró a su hermano, intentando captar su atención. Tenía esa comezón, el hormigueo en la base de la columna vertebral que suponía que las cosas estaban a punto de ponerse más que interesantes. Flexionó los dedos en torno al puño del cuchillo, por si acaso.

El nimrothiano había recuperado parte de su confianza perdida, lo cual transmitía su tono de voz, lleno de venenoso desprecio.

—Habéis vendido vuestro honor a cambio de seguridad, ¿no es así? —preguntó, burlón—. Perdisteis las pelotas y la libertad, cuando el Imperio os puso la correa al cuello. ¿Dónde están ahora vuestros hombres de hierro? Esas fortalezas están vacías y llevan así generaciones enteras: ¡la Hueste Feérica destripará vuestro amado Imperio y lo convertirá en comida para perros!

A Duncan se le congeló la sangre en las venas. Al otro lado de la estancia, vio que su hermano se había quedado muy quieto.

—¿La Hueste Feérica? —repitió.

—Las portavoces invocaron a la sombra del Cuervo, a quien pidieron ayuda. Sus mastines ya recorren la tierra, y esta vez no encontraréis faldas tras las que esconderos. —El tipo escupió en el suelo—. ¡Recuperaremos nuestro territorio!

De modo que Kael tenía razón. El cancerbero cuyo rastro llevaban siguiendo las últimas semanas pertenecía a Maegern, quien lo había soltado aposta.

«Por los huevos de Slaine».

Durante un largo instante no hubo en la mente de los presentes ningún otro sonido, aparte del crepitar del fuego y el peso muerto de las palabras del miembro del clan Amhain. Entonces Sor se puso en pie y volvió a doblar los brazos a la altura del pecho.

—Menuda historia, amigo mío —dijo, templado—. ¿Estás seguro de esto?

—Totalmente.

—¿Presenciaste la invocación con tus propios ojos?

—No. Sólo las portavoces y los jefes estuvieron presentes. Después nos lo contaron. —El orgullo hizo erguirse al nimrothiano, que dejó de encorvarse por el dolor que sentía en el riñón—. El propio Eirdubh me dio la orden de venir, y cuando Eirdubh cabalga junto a Drwyn, el clan Cuervo Pétreo cabalga a su lado.

La inquietud de Duncan iba en aumento. No había tiempo que perder. Había que avisar al caudillo.

—Sor —empezó, incapaz de permanecer en silencio.

Su hermano le silenció mediante un gesto.

—¿Y los demás clanes? ¿También ellos jurarán fidelidad a ese tal Drwyn?

—Lo harán.

—¿Cuántos?

—Los diecisiete.

—¿Y cuántos hombres armados?

El miembro del clan Amhain rió.

—¡Más de los que has visto jamás, pagano! Daos por muertos. Consideraos todos hombres muertos.

Duncan se encaramó a la silla y asió las riendas para detener al inquieto caballo, para que Sor pudiera asegurarse de cerrar bien las atiborradas alforjas con las provisiones.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Sor, introduciendo la tira de cuero a través de la hebilla. Un penacho de vaho flotó en el ambiente helado.

—Seguro. Aradhrim me conoce a mí tan bien como a ti.

Con las manos en las caderas, Sor le miró ceñudo a la luz del alba. La ventisca de nieve se había desplazado a lo largo de la noche; el cielo despejado se reflejaba en las montañas nevadas, tan deslumbrante que nadie podía mirarlo mucho rato. Incluso el cielo parecía pulido, tan azul que casi era de plata.

—Es mi deber. Soy del clan de los Morennadh.

—Y yo soy tu hermano. —Duncan esbozó una sonrisa burlona—. El caudillo no conoce a Cara, y tú necesitas quedarte con Kael para tenerlo controlado cuando averigüe adónde se dirige ese cancerbero. Él presta atención a lo que dices.

—A veces —masculló Sor, torciendo el gesto.

—De cualquier modo eso es más de lo que me escucha a mí. —Duncan se inclinó en la silla y puso la mano en el hombro de su hermano—. No pongas esa cara. ¿Quién mejor que yo para ir? Eso es todo.

Sor le aferró la muñeca.

—Cuídate. Si algo te sucediera, madre me mataría.

—En ese caso iré con cuidado.

—Cabalga directamente a Flota. Si lo que ese Amhain nos ha contado es cierto, tendremos que hablar con Aradhrim en cuanto sea posible. Los clanes echarán de menos a sus exploradores y enviarán más.

—Es la peor época del año para empezar una guerra.

—O puede que la más adecuada si planeas sorprender a tus enemigos. —Sor retrocedió un paso, muy serio—. Adelante. Deja unas cuantas leguas atrás.

Con un chasquido de la lengua, Duncan hincó los talones y el caballo echó a galopar en la nieve, proyectando en el aire cristales de hielo que centellearon en el

ambiente. Había más de setecientas leguas hasta Flota, y cerraba el invierno. Confío en que el antiguo dicho fuese cierto y que fuera verdad que las malas nuevas viajan de prisa.



Adivinación de sangre

Treinta y un días. Teia los había contado. Un ciclo lunar completo, y algo más desde que los Crainnh habían alcanzado sus cuarteles de invierno, y aún Ytha no había ido a por ella. Había limpiado la cueva del jefe, que decoró para convertirla en el lugar más cómodo posible, tanto como la tienda, y trabajó con denuedo a pesar del dolor de costillas. También había cumplido con su parte del trabajo que se repartían entre todas las mujeres Crainnh: atender el ahumadero, y distribuir la reserva de alimentos y leña para la estación que se avecinaba. Y aguardó hasta agotar la reserva de raíz de sientaestómagos para disimular las náuseas y temer cada nuevo día, en caso de que fuese el día en que la portavoz acudiese a interesarse por su don.

Pero Ytha seguía sin acudir.

No sería capaz de ocultar el embarazo mucho más tiempo, no en el angosto espacio de que disfrutaban en la caverna. Para la primera luna, su vientre empezaría a hincharse; un mes después, tendría dificultades para ocultarlo, a pesar de las capas de ropa y pieles que llevaba puestas. Sin duda alguna de las mujeres repararía en ello, y poco después lo sabrían todos. Era muy difícil mantener secretos así en el clan.

Drwyn era un asunto distinto. Prestaba poca atención a su cuerpo, excepto cuando quería utilizarlo, y cuando lo hacía le gustaba montarla por detrás, como los caballos montan a las yeguas, empleando apenas esfuerzo en nada que no fuese su propio placer, así que ella dudaba que reparase siquiera en sus curvas, por mucho que ya estuviese de seis lunas.

Además, la mayor parte del tiempo la pasaba fuera, acompañando a los cazadores, tanto que veía más a los dos guerreros apostados en la cueva que a él. Harl siempre era uno de ellos. Había empezado a preguntarse si cambiaba sus responsabilidades con los demás, porque era quien la vigilaba con mayor frecuencia. La miraba con atención cuando sacudía el polvo de las alfombras, cuando se inclinaba sobre el fuego para cocinar. Incluso cuando iba a vaciar el orinal por la mañana, lo cual la molestaba especialmente puesto que era la ocasión que aprovechaba para vomitar, cuando la raíz

de sientaestómagos no hacía efecto, sin que nadie la incordiara. No creía que Harl la hubiese visto vomitar, pero no podía estar segura, lo cual únicamente la ponía más nerviosa.

Treinta y un largos días. Tareas domésticas que la mantenían ocupada, pero que hacían poco por estimularle la mente, con la que cubrió una y otra vez el mismo terreno, hasta que hubo allanado un sendero a través de sus pensamientos como los caballos que se dirigen al río dejan un sendero en la hierba. Nada nuevo crecería allí, antes de que los mismos cascos lo hubiesen pisoteado. Ytha acudiría pronto, y entonces la verdad saldría a la luz.

Un roce en la parte baja de la espalda la apartó de sus temores para devolverla a la realidad. Una hilera de mujeres del clan, con el pelo recogido con un pañuelo y el rostro manchado de hollín, habían formado detrás de ella y Sorya, la vieja arrugada que ese día estaba a cargo del ahumadero, la miró con los ojos muy abiertos por encima de un cesto lleno de tiras de carne de alce dispuestas para ser almacenadas.

—Ay, disculpadme, tenía la cabeza en las nubes. —Levantó el cesto, que apoyó en la cadera. La costilla, de cuya fractura se recuperaba lentamente, protestó.

Alguien resopló a su espalda.

—Más bien dirás que tenías la cabeza en el jefe.

—Claro, pero ¿cuál de ellos? —preguntó otra. El comentario hizo que todas ellas rompieran a reír.

Con las mejillas sonrojadas, Teia apretó con fuerza los dientes e intentó alejarse de ellas, pero el cesto pesaba y por mucha fuerza con que lo aferrase, el sudor de las manos hacía que le resbalaran las asas. Las risas la siguieron a lo largo del pasadizo, y el eco se propagó dando saltos entre las paredes para mortificarla como si de un hada traviesa se tratara.

Así eran las cosas desde que los Crainnh habían regresado a las montañas. El tiempo había mantenido unos márgenes razonables, lo que permitió a los hombres salir a cazar continuamente. A diario se marchaban antes del alba, y a su vuelta, al anochecer, gritaban y se jactaban como si hubieran vencido en una batalla a todos sus enemigos declarados, pero aún tenían pendiente encargarse de las piezas que habían cazado. Después de descuartizar, para lo que se necesitaba la fuerza de un hombre a la hora de cortar, las mujeres Crainnh se hacían cargo de todo. Había que cortar las pieles para sumergirlas en las ollas de curtir, verter la grasa, recabar sangre y vísceras para el preparado de las salchichas.

Ser la compañera de cama del jefe no garantizaba a Teia ningún privilegio especial en estos trabajos, pero al parecer proporcionaba a las demás el derecho de mirarla con descaro y susurrar, de ignorarla abiertamente y luego hacer comentarios a su espalda. Arrugó el entrecejo, cargando con el cesto hasta la cueva que destinaban como almacén. Era injusto. Ella se esforzaba tanto como las demás, rascando el pozo de la

ceniza del ahumadero, extendiendo las pieles hasta que le dolían las manos de tirar de las correas. Puede que más. Entonces ¿por qué se sentían con derecho a tratarla con ese desprecio?

Dejó caer el cesto con los demás junto a la pared, y lo encajó con el pie antes de darle una última y gratuita patada. Después de pasar días así, le dolía la espalda y su temperamento no lo llevaba mucho mejor. Al menos en los almacenes reinaba un ambiente fresco, lo que agradecía después de pasar tanto rato en el ahumadero: habían apilado hielo nuevo en la fresquera donde guardaban la carne fresca hasta que podían ahumarla. Teia se limpió la cara con la manga, luego aventó el vestido para hacer que entrase un poco de aire fresco en la piel pegajosa.

Otras dos mujeres con cestos aparecieron en la entrada de la cueva que servía de almacén, dándose codazos cómplices mientras avanzaron hacia ella. No parecía que lo que llevaban les pesara demasiado, y a medida que se acercaron comprendió por qué: sus cestos ni siquiera estaban medio vacíos. Teia exhaló un suspiro. Era la envidia lo que las empujaba a comportarse de ese modo, incluso en el caso de Sorya, que era lo bastante mayor para haber tenido a Drwyn en brazos.

Tomó el camino más largo para evitar cruzarse con ellas, luego anduvo por el pasadizo, masajeándose la espalda dolorida. Cerca del ahumadero, las mujeres parlanchinas cabeceaban como polluelos alrededor de una pila de cereal. Alguien reparó en su presencia y esbozó una sonrisa torcida, luego dio un codazo a la mujer que tenía al lado, y todo el grupo la miró en silencio.

Teia pasó entre ellas con la cabeza bien alta.

—¡Eh! —gritó Sorya, asiéndole la manga—. ¿Adónde vas? ¡Aún hay que llevar esto al almacén! —Señaló los diversos cestos llenos amontonados junto a las tiras de cuero que hacían las veces de puerta al ahumadero.

Teia retiró la mano.

—Tengo otros asuntos que atender —dijo, señalando a las demás mujeres presentes—. Que lo hagan ellas. No parece que tengan nada mejor que hacer que darle a la lengua.

Las caras burlonas se fruncieron.

—Que calientes la cama del jefe no te hace mejor que nosotras —la reprendió una de ellas—. ¡Aquí todas tenemos el mismo trabajo!

—Pero yo tengo que trabajar más, ¿verdad? —Eso las silenció lo suficiente para que Teia esbozase una sonrisa dulce y añadiera—: Me aseguraré de que el jefe sepa por qué no está lista la cena.

Se dio la vuelta y se alejó.

En la cueva del jefe, la camisa sobre la cama y el hecho de encontrar abierto el arcón de la ropa, le informaron de que Drwyn había regresado y vuelto a marcharse, sin duda para celebrar una exitosa jornada de caza en compañía de sus hombres. Oyó

risotadas procedentes de la zona común donde se reunían. La *uisca* fluía a destajo, a juzgar por el ruido que provenía del lugar; quizá Drwyn tomase la suficiente para apagar su ardor. Después de largas horas de llevar cestos al almacén, no tenía fuerzas para fingir que se lo pasaba bien y evitar, así, una paliza.

Miró la cama. Toda a su disposición, cómoda, caliente. Echar una cabezada le sentaría bien, aunque sólo fuera para compensar el sueño que estaba segura que perdería después. Después de todo, Drwyn era un hombre adulto con dos brazos fuertes. Si volvía y quería cualquier cosa, podía conseguirla por sus propios medios.

Dolorida, Teia se quitó la ropa. Aún sin ir cubierta de pieles, saltaba a la vista que su cuerpo experimentaba cambios. Su vientre revelaba el inicio de un bulto sólido, y la ropa interior tenía poco margen. Cuando Drwyn la utilizaba para darse placer, se sentía más incómoda aún por el modo en que le colgaban los pechos, como una cabra a la que no hubieran ordeñado, a menos que se hiciera con un cojín para apoyarse en él. Las faldas gruesas y los mantones no podrían disimular su estado mucho más tiempo.

En su sueño, Teia era un pez que había mordido un anzuelo que la arrastraba a través de un río de aguas oscuras. El anzuelo le dolía en la mejilla, y cuanto más forcejeaba más intenso era el dolor. No servía de nada luchar; el invisible pescador tiraba de ella trecho a trecho. Una voluntad tan implacable como el paso del tiempo la arrastraba hacia la superficie, y todos sus esfuerzos eran en vano.

Exhausta, permaneció inmóvil y se dejó llevar hacia su destino. Cedió el asfixiante temor que la había consumido, para convertirse en resignación. Se impuso una especie de calma, y el dolor cesó. A través del agua vio el fulgor de una lámpara en lo alto. No, era la luna, de un azul claro, llena en un cielo vacío de estrellas. A lo lejos oyó una voz que la llamaba por su nombre.

Teia abrió los ojos y ahogó un grito de temor. Una bola de luz azul claro del tamaño de su puño flotaba sobre su rostro. Se arrastró de espaldas sobre las manos y los talones para alejarse de la luz, mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho, antes de caer en la cuenta de que no era más que una de las luces de Ytha. El globo no se movió. Era liso, perfectamente esférico, y proyectaba una luz fría, sin sombras, aunque había algo en su interior que giraba incesantemente.

«Ven a mí», decía la voz en su cabeza. Era Ytha.

Buscó a Drwyn a su alrededor. Había vuelto de beber con el resto de sus hombres y estaba despatarrado boca abajo, roncando y ebrio de *uisca*. Confió en que el orbe no entrañara peligro, porque no podía contar con que él le prestase la menor ayuda.

La voz habló de nuevo.

«Ven a mí. Abrígate».

El tono era más insistente. Teia salió de la cama y el globo de luz flotó a cierta

distancia de ella, suspendido junto a la cortina de la entrada. A su luz se vistió y se calzó las botas, y también se puso el jubón y un abrigo grueso, antes de apartar la cortina. El globo salió disparado al frente, y se detuvo en el pasadizo, esperando a que lo alcanzara. Luego la guió por el pasadizo en dirección a la sala común.

No encontró a nadie circulando por las cuevas. Habían dado permiso a los guardias de Drwyn para retirarse, y con lo tarde que era todo el clan descansaba. Al otro lado de las cortinas junto a las cuales pasó oyó los ronquidos, algún que otro bebé llorando, o los ruidos suaves de la copulación. La luz azulada del globo la guió alrededor de las ascuas de los fuegos y las pilas de equipajes, llevándola escaleras abajo hasta la vacía zona común y, después, al otro lado. Pasó de largo por más cuevas ocupadas, zonas de almacenaje, y, finalmente, dobló por un lateral hasta acceder a las cuevas más antiguas.

Ese trecho de las montañas albergaba más cuevas que las cavidades que hay en los huesos de un ave para permitirle la ligereza de emprender el vuelo, y durante miles de años, generaciones de gentes del clan habían horadado y cavado para abrirse paso a través de la piedra con tal de ampliar el espacio del que disponían, a pesar de lo cual no había señales de obras allí, no había piedras fracturadas de manera artificial. El agua fluyó por allí hacía mucho tiempo y esculpió aquellos pasajes; las paredes y los suelos se ondulaban, curvos y elegantes como las cámaras que había en el centro mismo. Sólo las huellas que discurrían en una y otra dirección en la tierra blanda daban a entender que los humanos habían llegado tan lejos.

Teia tragó saliva, nerviosa. Reinaba un silencio espectral en el pasadizo, no había un solo ruido aparte del que hacían sus propios pasos en la tierra mientras seguía a la luz, que a su vez seguía el trazado de las huellas. Perteneían a Ytha, supuso. Tenían aspecto de ser de mujer, en lugar de pertenecer a un hombre. Algunas de las huellas eran lo bastante pequeñas para pertenecer a un niño, y pensó brevemente en las demás jóvenes que se habían sentido atrapadas en la invocación, como ella. Sobre todo la más joven de todas; si se vio atraída hasta el lago de ese modo, debió de sentirse aterrada.

De vez en cuando otros túneles desembocaban en el que recorría ella con su orbe, dando pie a corrientes de aire frío y la sugerencia de un inmenso vacío más allá, o de aire caliente que arrastraba olores extraños procedentes de las profundidades. Cuando se detenía, también lo hacía la esfera, aunque no tardara en arrancar de nuevo de modo que Teia tuviera que seguir moviéndose para mantenerse en el círculo de luz que proyectaba.

Al cabo, el túnel empezó a ascender. Al principio lentamente, luego cada vez más y más hasta que tuvo que servirse de la pared para evitar caerse. Resbaló en la tierra que cubría el suelo en más de dos ocasiones, y los muslos le dolían del esfuerzo. También el ambiente se volvió más frío, lo que le hizo exhalar vaho. Entonces, al

doblar un recodo, le alcanzó con claridad el olor limpio de la nieve. El túnel se niveló a unos pasos de distancia, y de pronto se abrió de nuevo al mundo.

Teia asomó a un saliente que daba a un lago situado al otro lado de un paso. El valle estaba rodeado por riscos, roca negra y nieve blanca, desnuda bajo el firmamento nocturno. Una brisa irregular rizaba las aguas.

La portavoz la esperaba cerca del borde del saliente. Iba envuelta en el manto de piel de zorro, con la luna creciente de oro en la cabeza, manteniendo el pelo apartado de su rostro. Tenía un aspecto imponente, tal como Teia imaginaba que tenía la reina Etheldren de los cuentos: una monarca de piedra y luna y agua que no tenía rival.

A pesar del grueso abrigo, tembló, incómoda de pronto, y la esfera de luz que flotaba sobre su hombro parpadeó hasta apagarse.

—Reúnete conmigo, niña —dijo Ytha sin darse la vuelta.

Teia, con cautela, cruzó el saliente hasta donde se encontraba ella, pisando la nieve que crujió bajo las botas. El viento le revolvió el pelo y la ropa.

—He estado esperando que llegase esta noche, cuando la luna vagabunda vuelve a llenarse —continuó la portavoz. Antes de que el viento lo dispersara, su aliento adquiría una tonalidad blanca al exhalar—. En noches como ésta podemos atisbar nuestro futuro.

Tomó el brazo de Teia para atraerla, y ambas, abrazadas, contemplaron sus reflejos hasta el extremo opuesto del paso, donde la segunda luna vagabunda, blanca, argéntea, coronaba con serenidad los picos de las montañas.

—El talento siente atracción por los portales. Busca puertas, fronteras, lugares donde dos mundos se rozan. Se siente atraído por el agua, porque el agua puede pasar a través del lugar más hermético, así como extender el mundo a través de ríos y continentes. El agua da la vida, y también la alienta. Alimenta las raíces a través de la roca, sustenta al árbol fuerte, corre por nuestras venas, en nuestra sangre. Está en todas partes y es todopoderosa. Puede mostrarnos todo aquello que de otra forma no veríamos. —Apretó un poco más la mano con la que asía a Teia—. Aunque creo que tú ya estás al corriente de todo esto.

Un temor gélido le recorrió la columna vertebral. Así que Ytha lo sospechaba. Pero ¿hasta qué punto tenía la certeza?

Ytha se volvió para clavar en ella sus fríos ojos verdes.

—Porque ha llegado la hora de decidir qué debo hacer contigo. —Desenvainó el cuchillo que llevaba en el cinto—. Y porque tienes algo que necesito.

Teia vio el brillo de la hoja. Retrocedió un paso. Intentó librarse de la mano de Ytha, pero la portavoz la atenazaba como el hierro y la hoja del cuchillo estaba cada vez más alta. El pánico se adueñó de Teia, que lanzó un grito.

—¡Silencio, niña! —ordenó Ytha—. Sólo necesito una gota.

—¿Qué? —Las rodillas de Teia se convirtieron en agua y estuvo a punto de caer

desmayada—. Pero...

—Extiende la mano. —Al ver que no respondía, Ytha tomó su mano izquierda, le dio la vuelta y efectuó un corte en la palma, no muy profundo, lo bastante para que fluyera la sangre. Luego cerró los dedos de Teia sobre la herida para evitar que se derramara la sangre—. Y ahora, espera.

La portavoz hundió de nuevo el cuchillo en el cinto, y se volvió hacia el lago con las manos extendidas. Cerró los ojos. Teia observó, asustada aún, mientras el agua del lago se quedaba quieta y la superficie se volvía llana como un espejo, a pesar del viento que no había dejado de soplar en los alrededores.

No sabía qué podía estar tejiendo, pero dio un tirón a la música que llevaba dentro, incluyéndola en la obra. Se resistió en la medida de lo posible, temerosa de verse arrastrada hacia otro horror, tal como le había pasado en la reunión. Cuanto más tiempo obraba Ytha, mayor era el esfuerzo necesario para resistirse; a Teia le silbaban los oídos y tenía la sensación de que alguien le arrancaba la columna del cuerpo tirando de ella por la parte superior.

Finalmente aquellos terribles tirones cesaron. Se impuso un zumbido en el ambiente, como el que produce la cuerda de un arco, y la luna plateada se perfiló con tal dureza, tan brillante, que Teia tuvo la impresión de que quebraría el firmamento. Ytha respiró lentamente y bajó los brazos.

—Derrama tu sangre en el agua.

Teia dio un paso hacia el borde del saliente rocoso y extendió la mano herida sobre el lago. Unas pocas gotas derramadas, negras a la luz de la luna como las lágrimas de Maegern. Las aguas se las tragaron sin ondularse un ápice, dejando incólume el reflejo de la luna y las montañas.

Un extraño temblor alcanzó las plantas de los pies de Teia y penetró en la música que había en su interior hasta hacer que la joven tuviese que contener un grito. Hubo una pausa, y después regresó. La siguiente pausa fue más breve, el temblor más fuerte, arremetiendo una y otra vez hasta que adquirió un ritmo tan constante como su propio latido de corazón.

Aquello no se parecía a ninguna adivinación que hubiese presenciado. Era una adivinación de sangre, la más poderosa de todas. En la sangre residía la verdad, pero sólo otro talento podía desatarla. Sintió el latido del poder de Ytha hasta en la última fibra de su ser. El aire en sus pulmones vibró con él, también el aire en sus oídos, y siguió aumentando de volumen.

Entonces Ytha habló dentro de la mente de Teia.

«Muéstrame».

Las aguas del lago resplandecieron y se aclararon. Flotando en ellas, mayor que cualquier simple reflejo, había la imagen de la cara de Teia. Del de Ytha no había ni rastro.

«Y así empieza —dijo la portavoz—. Muéstrame».

La imagen cambió. La sangre que cubría el rostro de Teia se debía a un corte profundo que tenía en la sien, y miraba con los ojos muy abiertos desde el lago, unos ojos apagados, como idos. Pestañeó, asustada. Era la imagen que había contemplado en su propia adivinación. ¡De modo que había visto un futuro auténtico!

«Muéstrame».

No había sangre en esa ocasión, sólo una fea cicatriz y un mechón de su pelo que había encanecido. Alrededor de los hombros llevaba el mantón blanco de piel de zorro de la portavoz, y empuñaba en las manos un cayado de píceas, pero los ojos aún miraban en los pozos del infierno.

Era una visión familiar. Teia temía mirar de reojo a Ytha. La portavoz arrugo el entrecejo, pero mantuvo toda su concentración volcada en las imágenes que se sucedían en el agua.

«Muéstrame».

La indumentaria de portavoz desapareció, al contrario que la cicatriz, blanca ya debido al paso de los años. En el lago, una Teia mayor se encontraba de pie con las manos apoyadas, con un gesto de protección, sobre los hombros de un muchacho de unos doce veranos, el mismo que ella había visto antes. Su hijo, parecía. Como en sus anteriores visiones, el joven llevaba el torque propio de un jefe, en cuyos extremos se encaraban las brillantes cabezas de sendos lobos, aunque esa vez el torque estaba bañado en sangre. Contuvo la respiración. Así que el joven sería jefe, pero el torque sería arrebatado en batalla. ¿Una batalla contra quién?

«Muéstrame».

La imagen del niño se desdibujó hasta desaparecer, dejando a solas a Teia, que llevaba el torque en su propio cuello. Ytha abrió mucho los ojos y volvió hacia ella la mirada, pero Teia no pudo hacer más que sostenerla indefensa, sin saber qué decir. Nunca antes había visto aquello. ¿Jefa? ¿Ella? ¡Eso era imposible!

El temblor de su sangre aumentó. Ytha volvía a concentrarse, tomando de su poder. Sintió un fuerte dolor en el corte de la mano, que se llevó al pecho.

«Muéstrame».

En esa ocasión, el resplandor tardó más tiempo en aclarar. Cuando lo hizo, la imagen tan sólo duró unos pocos segundos para alivio de Teia. Mostraba el transcurso de una batalla. La gente arremetía lanza en ristre, las hachas se alzaban para luego caer. Los caballos reculaban entre los gritos y la muerte de los hombres. La imagen se confundió hasta pasar al momento posterior de la contienda, cuando no se movía una sola alma. Los cadáveres descuartizados, cubiertos de sangre, alfombraban la hierba empapada, y los cuervos daban saltos de uno a otro. La carne putrefacta se fundía con las esquirlas de hueso; las armaduras se oxidaban donde yacían.

Cambió de nuevo, las imágenes pasaron más y más rápido. Una mano

ensangrentada que aferraba un torque. La luz del sol en una lanza rota. Una máscara de lobo, las fauces al descubierto... No, era una loca, sentada junto a su propia camada de hambrientos lobatos. Una llanura herbosa donde asomaban las flores veraniegas. Un desconocido, con la cabeza coronada por alas extendidas. Una negrura total. Fuego. El rostro de una mujer, retorcido, gimiendo. La nieve virgen bajo las estrellas, frías, recortadas en el cielo.

Las imágenes empezaron a cambiar y a recomponerse tan rápido que fue imposible ver qué eran, y el temblor en la cabeza se había vuelto tan alto que parecía sacudir las montañas que las rodeaban. Teia cayó de rodillas y se llevó las manos a la cabeza.

Cesó. Jadeando, con un zumbido en los oídos, se atrevió a levantar la vista. Ytha tenía los ojos cerrados, y se tambaleó antes de apoyarse en el cayado. Luego la portavoz llenó de aire los pulmones e irguió la espalda, apartándose el cabello de los hombros.

—Notable —dijo finalmente. Un leve temblor le traicionaba la voz. Se volvió hacia Teia y la miró largo rato—. La adivinación no muestra lo que será, sino lo que es más probable que sea. Cuando dos futuros están tan equilibrados que ninguno de ellos tiene mayores posibilidades de imponerse, la adivinación mostrará ambos. Nunca antes había visto tantas imágenes. Tu futuro depende de los mismísimos dioses, niña. —Hizo una pausa y se le endureció la mirada—: Tendrías que haberme contado lo del bebé.

Las lágrimas pugnaron por abandonar los ojos de Teia. Ytha lo sabía. Ya no había motivo para fingir, para ocultarse. La portavoz lo sabía. ¿Cómo había podido llegar a pensar que podría mantenerlo en secreto?

Sacudió los hombros y gimió de dolor cuando toda la rabia y la pena de los últimos dos meses rebulló en su interior como el principio de una tormenta.

—¡Estaba asustada! —protestó. Jadeaba y los gimoteos eran tan incontrolados que distorsionaron las palabras—. ¡Mu... muerta de miedo!

Ytha puso la mano en su hombro. Con suavidad.

—Shhh, Teia —dijo—. No temas. No hay mayor honor para una mujer que dar un hijo a su hombre. El primero será duro, pero existen hierbas para aliviar el dolor.

Poco a poco, Teia se quedó sin lágrimas, aunque siguió sacudiendo los hombros. Las palabras de Ytha surtieron efecto. ¿Era posible que la portavoz hubiese malinterpretado la razón de su temor? ¿Que no eran los dolores del parto lo que temía, sino la revelación de los futuros que había atisbado? Sintió en su interior un asomo de esperanza.

—Lo siento, portavoz —dijo, al cabo.

Ytha le dio palmadas en el hombro.

—No te preocupes, lo hecho hecho está. Dime, ¿cuándo sangraste por última vez?

Teia meditó la respuesta. Costaba recordarlo; pensar que podía evitar la ira de Ytha era una sensación tan embriagadora como un licor fuerte.

—Hace tres lunas. Un poco más. No mucho después de la muerte de Drw.

—Un hijo antes de que termine el verano. —Ytha sonrió, tensa, satisfecha de sí misma—. Eso supone un buen augurio para el clan. Ven, abandonemos esta piedra fría. Tenemos que contárselo a tu marido.

El miedo atenazó el estómago de Teia. ¿Había sido ése el plan de Ytha desde el principio, no sólo meterla en la cama de Drwyn, sino que acabaran casándose? Se secó las lágrimas de los ojos y siguió a la mujer mayor de vuelta por el laberinto de pasadizos que conducían a las cuevas habitadas. Con cada paso que dio su inquietud fue en aumento.

Cuando llegaron a la cueva del jefe, encontraron furibundo a Drwyn, vestido sólo con el pantalón, ordenando a sus guerreros que formaran grupos de búsqueda. Guardó silencio al ver acercarse a Teia, acompañada por la portavoz, que mantenía la mano apoyada en el hombro de la joven. Los guerreros, buena parte de ellos en el pasadizo, muchos adormilados y a medio vestir también, se apartaron para cederles paso.

—¿Dónde coño has estado? —preguntó, tomando a Teia del brazo mientras echaba hacia atrás la otra mano.

—Alto, Drwyn —advirtió Ytha—. Aquí no, delante de toda su gente.

Él bajó la mano, pero conservó la mirada asesina en sus ojos inyectados en sangre. Inclino la cabeza hacia la entrada de la cueva, cubierta por una cortina.

—Entrad.

Teia se apresuró a obedecer, seguida por Ytha, que lo hizo con paso medido. Drwyn entró el último y corrió con ira la cortina.

—Voy a enseñarte lo que supone huir de mí, mujerzuela —dijo, avanzando sobre Teia, que retrocedió hasta pegar la espalda contra la pared.

Ytha puso los ojos en blanco.

—¡Por los oídos de Macha, niño! La necesitaba para llevar a cabo una invocación de sangre.

Eso le contuvo. Se volvió hacia atrás para mirar a la portavoz.

—¿De veras? ¿Y cuál ha sido la predicción?

—Creo que eso le toca decírtelo a tu esposa —respondió Ytha con una sonrisa en los labios.

Teia tragó saliva. Tenía húmedas las palmas de las manos, y el sudor hacía que le escociera el corte que Ytha le había hecho con el cuchillo, pero a pesar del abrigo y la temperatura cálida que reinaba en la cueva, estaba temblando. Incluso con la portavoz allí, tenía miedo de lo que delataban los ojos de Drwyn.

—Estoy embarazada —dijo con un hilo de voz. Fue incapaz de mirarle a la cara,

que ya acusaba aquella revelación.

Se quedó inmóvil, boquiabierto, aturdido.

—Un hijo, Drwyn —aclaró Ytha—. Un heredero del jefe.

—¿Un hijo? —repitió él, como un eco. Una sonrisa de oreja a oreja le partió la barba al tiempo que extendía los brazos—. ¡Un hijo!

Abrazó a Teia, la zarandó un poco y le estampó sendos besos en las mejillas. Incluso se permitió el lujo de intentar dar un besito a Ytha, que dio un paso atrás.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo nacerá?

—Hacia mediados de verano —dijo la portavoz—, pero si dejas de zarandear a la joven podré asegurarme. Túmbate, niña, y levanta las rodillas.

Teia hizo lo que le ordenaron. Ante la ansiosa mirada de Drwyn, Ytha se arrodilló y separó los muslos de Teia, para después introducir dos dedos fríos en su interior. Se sirvió de la otra mano para presionarle la parte baja del vientre.

Al cabo de unos instantes, Ytha cabeceó, satisfecha, y se levantó, limpiándose los dedos en una camisa sucia de Drwyn.

—El nacimiento tendrá lugar en verano. Dentro de seis lunas.

—Bajo la trinidad —dijo Drwyn, sonriendo—. ¿Estás segura de que será niño?

—Es demasiado pronto para tener la certeza de ello —respondió Ytha—, pero confío que sí. Puede que dentro de poco lo averigüemos con seguridad. Habrá tiempo de sobra entonces para preparar la boda.

Teia se incorporó, ajustándose la falda. Una boda, siempre y cuando fuese a dar a luz un niño. Un niño de ojos oscuros, con la herencia de su padre y de su abuelo en su corpachón y sus duras facciones bien cinceladas. Ese futuro, al menos, sucedería tal como ella había visto. Los pensamientos circularon por su cabeza a gran velocidad, se tocó la mejilla donde dentro de poco luciría el tatuaje de la cabeza de lobo, y comprendió, acusando un súbito escalofrío, que no había visto la marca en ninguna de las visiones que le habían sido reveladas de sí misma. Eso hizo que sus pensamientos circularan a una velocidad más endiablada aún.

—Hum. ¿Portavoz? —preguntó con timidez—. Tengo el talento. ¿Qué supondrá eso?

Ytha arrugó el entrecejo.

—Según la ley del clan, como esposa del jefe no puedes ser también portavoz de los Crainnh, pero no arriesgaré al niño del jefe quemando tu don. Quizá puedas tomar algunas lecciones de momento, y luego, cuando sepamos si la visión que tuve corresponde al niño que llevas dentro, tomaré una decisión. Ahora os dejaré a ambos en paz.

Con una inclinación de cabeza que dirigió primero a uno, y luego al otro, salió de la cueva. Drwyn no tardó en seguirla, después de dar un abrazo apresurado a Teia, ansioso como estaba por compartir las noticias con sus hombres.

Observó cómo la cortina volvía a su sitio después de que él saliera. De modo que todo estaba decidido. Ya no era simplemente la compañera de cama del jefe, sino su futura mujer. Supuso que la perspectiva debía de complacerla; con toda seguridad complacería a su padre. Como abuelo del siguiente jefe, su posición en el clan estaría asegurada. En lo que a ella respectaba, en fin, si había que creer a Ytha, le había correspondido un gran honor, aunque la perspectiva de dar a luz y perder su talento no le parecía que fuese ningún honor.

Se acarició el vientre, alisándose con la palma de la mano el vestido y el conjunto. ¿Sería niño? Al día siguiente haría una ofrenda a Macha la Madre, con la esperanza de alumbrar un varón, aunque sólo fuese por la sonrisa que deseaba ver en el rostro de su padre.

Cuando apagó algunas velas, las sombras se extendieron en la cueva, ocultando la ropa extendida de Drwyn. Más tarde habría tiempo suficiente para encargarse de sus labores. Seguía estando muy cansada, y aún tenía el estómago revuelto, como un trapo escurrido y tendido al sol. Lo único que quería hacer era tumbarse en la cama y cubrirse hasta la cabeza con las mantas.

Pero ni siquiera el calor que había dejado el cuerpo de Drwyn bastó para ayudarla a conciliar el sueño. Su mente era incapaz de descansar, porque habían sido revelados demasiados secretos: que tenía el don de ver el futuro, que estaba embarazada del jefe. Las reacciones de Ytha hasta el momento distaban mucho de lo que ella había temido que fueran, de modo que no podía evitar sentir temor ante la posibilidad de que lo peor estuviese por llegar. Había visto el relámpago, y después yacía despierta, temiendo el trueno que estaba a punto de retumbar.

Además estaba el asunto del contenido de las visiones: el torque ensangrentado que auguraba guerra, las demás imágenes fragmentarias que se alejaban en espiral, lejos del alcance de su memoria, como hojas en una tormenta de otoño. Con el tiempo, la portavoz querría repararlos, desentrañar las verdades que escondían, pero todo quedaría en nada si se producía primero el apocalipsis que tantas veces había contemplado en las aguas.

Si tuviera un modo de determinar el orden en que se producirían los eventos; un modo de aprehender el significado de esos atisbos de lo que estaba por venir. A menudo las cosas se entienden a posteriori, cuando ya es demasiado tarde para hacer algo que no sea llorar.

Tumbada de lado, cuidó de la mano cortada con la otra mano. Le dolía un poco, aunque Ytha no había efectuado un corte profundo. En uno o dos días se le habría cerrado. En una semana apenas sería visible, aunque lo que había desencadenado la acompañaría hasta el final de sus días.

Una adivinación de sangre se utilizaba cuando había preguntas acuciantes necesitadas de respuestas. Sólo otra mujer con el talento era capaz de desentrañar los

secretos sirviéndose de la sangre ajena; ¿suponía eso que, en cierto modo, la propia Teia constituía una duda acuciante para Ytha? ¿Por qué, si no, la portavoz se tomaría tantas molestias, cuando seguramente tenía mucho en lo que pensar, de resultados de la ambición de Drwyn de hacer la guerra al Imperio?

Se sucedieron más pensamientos escalofriantes: ¿Ytha la consideraba una amenaza para ese propósito? ¿Y el niño que llevaba dentro la convertía en alguien más peligroso para ellos? ¿O menos? ¿Y qué había de la adivinación de sangre, y de las imágenes que habían mostrado las aguas?

Teia, temblando, se rodeó las piernas con los brazos bajo las pieles. Había intentado no pensar en lo que había visto en el lago, pero debió de saber que no pensar en algo era la mejor manera de asegurarse de que sería lo único que le consumiera los pensamientos. A la luz tenue, sin ninguna otra cosa que ocupase su atención, las imágenes asomaron de nuevo a la superficie y la inundaron.

Los horrores circularon ante su visión, no menos vívidos por ser contemplados por segunda vez. Los paisajes arrasados, los rostros exangües. Las batallas libradas y perdidas, las libradas y ganadas, aunque ella tuvo dificultades para distinguirlos. Todo era una matanza por igual, una matanza que sólo satisfacía a los cuervos. Teia cerró con fuerza los ojos, aunque no logró nada. La sangre y la muerte y la oscuridad acudieron de nuevo, la Hueste Feérica asolaba las llanuras. Sintió un nudo en la garganta, un sollozo que pugnaba por salir. Luego otro. Los mastines, en cuyos ojos ardía el fuego, ladraron en tonos capaces de helarle el alma, tejidos por un oscuro cazador. Tras ellos no había nada a excepción de la ruina, y el paso torpe de quienes están destinados a morir.

Las sacudieron más sollozos, pero no hubo manera de llorar, no derramó ni una lágrima, tan sólo sintió el escozor en los ojos. Se llevó la parte inferior de las manos a los ojos, con ánimo de impedir que fluyeran las visiones, pero no hubo manera. Pesadilla tras pesadilla, una tras otra. Teia sollozó, sollozó, sollozó.

Al cabo, exhausta, siguió tumbada, atenta a la lámpara que ardía con luz escasa en el hueco de la pared. La llama diminuta se movía ante la menor corriente, valiente entre las sombras que la acechaban. La Hueste Feérica. Sus visiones tenían sentido. Los mastines de sus sueños, el cazador oscuro... Ay, que Macha la guardara, por fin reconocía quién era el cazador. O, mejor dicho, quién era la cazadora: Maegern el Cuervo, Custodia de los Muertos, a quien había invocado Ytha.

Si Teia hubiese estado de pie, habría caído de rodillas. Sus huesos no habrían aguantado el peso que supuso comprender todo aquello. Ytha y las demás portavoces habían invocado al Cuervo para que las ayudara, pero Teia había visto a sus mastines recorrer las llanuras como una tormenta de fuego. La diosa extendía su mano ensangrentada desde el exilio. Sus poderes no harían sino aumentar, y no se sentiría satisfecha con las llanuras. La devastación seguiría por todo el mundo el rastro de sus

cancerberos.

Teia apretó los dedos con que se cogía la mano herida. El temor le atenazaba el estómago.

«Ay, portavoz, pero ¿qué has hecho?»

Invierno

A medida que avanzaba el año, el invierno cerraba con más fuerza su mano en torno a las montañas. En las cuevas, bajo tierra, la gente del clan no acusaba el mortífero frío de las tormentas que aullaban sobre ellos. La caza había sido favorable y las despensas estaban llenas, con abundante comida de sobra para los animales. Siempre y cuando el encierro no hiciese enloquecer a la gente, era un modo lo bastante cómodo de esperar a que pasasen las nevadas.

Pero para Teia, también el invierno reinaba en el interior. La Hueste Feérica andaría desbocada. Por mucho que se esforzase no podía olvidar ese hecho. Le había dejado en herencia un nudo de hielo en el estómago que no podía disolver por mucho caldo que tomara. A medida que los días se volvieron semanas, los dedos helados de la premonición acariciaron su columna en momentos inesperados mientras cumplía con sus obligaciones, cuando no caminaban de puntillas sobre sus pensamientos mientras yacía tumbada, temblorosa, en la cama del jefe. Cuando lograba quedarse dormida, oía en sueños a los mastines, que iban acompañados por un cazador que llevaba un escudo que miraba y un yelmo envuelto por el humo de la batalla.

La Hueste Feérica cabalgaría desbocada, y por medio del fuego dejaría yermo el mundo.

Para su sorpresa, Drwyn se volvió más atento con ella desde que su embarazo se había vuelto visible, y había refrenado su deseo en la cama, del que se libraba con el pretexto de que le dolía la espalda. En una ocasión memorable, Drwyn incluso envió a Harl, en lugar de enviarla a ella, a por leña y nieve para fundirla en agua, lo que bastó para que el guerrero rubio se limitase a hacer sólo sus guardias a partir de ese momento.

También empezó a recibir regalos. Rollos de lana y piezas de suave piel de foca aparecieron ante su puerta. Algunas de las mujeres le sonreían cuando iba de aquí para allá en las cuevas. Otras aún fruncían los labios, o hablaban tapándose la boca cuando la veían pasar cerca, pero a esa altura ya no le molestaba tanto. Su mayor

alivio lo obtuvo cuando su madre aventuró un tímido saludo, mientras que Teir la miró, hosco aún, pero con cierta ternura en los ojos.

Pero eso no podía compensar el temor constante que sentía. Los cancerberos campaban a sus anchas. A veces la perseguían por las cuevas, cerrando las fauces en sus talones; otras no eran más que un aullido en la distancia que se entrometía en el paisaje de algún otro sueño y la hacían temblar dormida. Cada vez que los oía sonaban más cerca.

Si los mastines andaban sueltos, la Hueste los seguía. Cada día que pasaba esa certeza cobraba fuerza, como ver los nubarrones que se amontonaban sobre las montañas, sabiendo que, inevitablemente, se abatiría la tormenta.

Cada día, como hacían todas las mujeres que esperaban un hijo, Teia hacía una sencilla ofrenda a Macha, para pedir a la Madre que se mostrase bondadosa en el parto. Después de comer, cuando Drwyn no miraba, también imploraba a lord Aedon que cobijara a su familia cuando estallara la tormenta.

Una adivinación podría haber arrojado más luz sobre su futuro, pero no se atrevió a recurrir a su poder estando Ytha tan cerca. No había un solo rincón en las cuevas adonde pudiera ir sin ser vista, ni siquiera el lago que las coronaba arriba, entre los picos; no había un solo lugar donde pudiera estar segura de que la portavoz no la encontraría. Además, recordaba perfectamente lo que había pasado la última vez que acudió al lago. Temía que las aguas recordaran, y que hablaran más de la cuenta.

A medida que avanzaba el invierno, Teia confeccionó algunas prendas para el niño. A Drwyn parecía divertirse verla cada vez más redonda. Ponía la mano en el vientre y reía mientras lo palpaba, hablaba e incluso cantaba al hijo que imaginaba dentro. Finalmente reparó en que a Teia se le habían agrandado los pechos, lo cual pareció gustarle aún más.

Pasó otra luna llena, y en el punto más oscuro del año Ytha acudió para examinarla de nuevo. En esa ocasión no inspeccionó su interior, simplemente puso ambas manos en su redondeado abdomen y cerró los ojos. Algo tiró de la música que llevaba dentro, y Teia confió con todo su corazón que el bebé fuese niño. Eso complacería al jefe, y si el jefe era feliz, todo en el clan prosperaría. Ella, entre otras cosas.

El hormigueo, la sensación de que tiraban de ella, desapareció cuando Ytha abrió los ojos y contempló a Teia durante un largo, largo instante. El corazón de Teia latía con fuerza. Experimentó un temor repentino de que por mucho que la adivinación le hubiera mostrado un niño, el bebé que llevaba dentro fuera niña.

Drwyn, que caminaba de un lado a otro de la cueva muerto de impaciencia, se situó de pronto entre ambas.

—Bueno, ¿qué? —quiso saber.

Ytha se puso en pie, mordiéndose los labios.

—Es demasiado pronto aún. Dentro de un mes volveré para asegurarme.

Se volvió para marcharse. Drwyn la siguió hasta la puerta.

—Dijiste que a estas alturas lo sabrías —susurró, airado.

Ytha miró fugazmente a Teia.

—Aquí no —dijo, llevándolo afuera.

Teia no oía más que un murmullo de la conversación. Era imposible distinguir las palabras, pero supo que hablaban de ella. Discutían su destino, lo que sucedería si el bebé era niña. Se levantó y se puso el abrigo. Fuera lo que fuese, no podía ser peor de lo que había visto.

Cuando salió al pasadizo, la portavoz susurró una advertencia a Drwyn, que guardó silencio. Teia sintió el peso de su mirada en la espalda mientras se alejaba de ellos, pendiente arriba hacia el exterior. No hicieron el menor esfuerzo para detenerla.

Hacía cada vez más frío a medida que ascendía, igual que aumentaba la luz que se filtraba del exterior. La nieve cubría la roca bajo sus pies, y anduvo con cuidado hasta alcanzar el punto en que el pasadizo se volvía más espacioso como una boca grande en pleno bostezo. Había más nieve ahí, esculpida por el viento en forma de hoyos y cojines, y que reflejaba la poca luz que había, de tal modo que la cueva parecía casi iluminada después de la penumbra que reinaba en el pasadizo.

En el saliente situado en la entrada de la cueva, Teia contempló la blanca llanura desde lo alto. Las tormentas de nieve, que habían mantenido durante cuatro días en el interior a los cazadores, habían cambiado a su paso el paisaje. Era imposible reconocer los lugares conocidos, los árboles de las laderas estaban tan encorvados por la nieve que parecían un tropel de ancianas cubiertas por mantos para protegerse del frío. El cielo, del color del hierro, escupía motas de nieve, pero saltaba a la vista que había pasado lo peor de la tormenta.

Se cubrió con el cuello del abrigo y paseó la mirada por el terreno que se extendía al pie de las colinas. En realidad no sentía el frío, ni el tacto de los copos de nieve en la piel. Estaba entumecida. Tanto por dentro como por fuera, fría como la piedra.

Un rato después, no supo calcular cuánto, oyó tras ella pasos que se le acercaban por la nieve. Sólo se dio la vuelta cuando una mano le tocó el brazo.

Su padre se encontraba detrás de ella, con la inquietud en los ojos oscuros.

—Tendrías que volver adentro —dijo.

—Aún no, papá. —Hacía años que no le llamaba así, desde que era pequeña—. Quería volver a ver el exterior.

Los nubarrones ocultaron el sol, la única luz provenía de la nieve, el fulgor espectral de la nieve pura, recién caída. Algunos copos giraron arrastrados por la brisa. Bajo el manto blanco dormían las llanuras, esperando a renacer.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo su padre, situándose a su lado—. Hermoso pero frío.

No confesó que se sentía complacido por el hecho de que pronto se casara con el

jefe, por el hecho de que llegaría el día en que se convertiría en abuelo del nuevo jefe de los Crainnh. No tuvo que hacerlo. Su sola presencia decía mucho más de lo que habría podido expresar con palabras.

Le pasó con cautela el brazo alrededor de la cintura. Teia apoyó la cabeza en su hombro, y él la abrazó.

—Ven adentro, cariño. Este frío no te conviene.

—Lo sé. Es que ahora los días son tan cortos, y en las cuevas... —Dejó colgada la frase y se encogió de hombros, indefensa—. Querría que pasara el invierno.

—Pronto, Teisha, te lo prometo. —La besó en la frente y Teia sonrió.

—Me llamabas así cuando era una niña.

—Sigues siendo mi niña. No importa lo alta que seas, siempre serás mi Teisha.

Las lágrimas amenazaron con cegarla, pero estaba demasiado cansada para contenerlas. Se derramaron sobre sus pestañas, hasta convertirse en una inundación.

—Te he echado tanto de menos, papá.

Teir la abrazó de nuevo, sin soltarla. Ella enterró el rostro en la pechera del jubón, y lloró sin trabas, envuelta en la calidez y los latidos fuertes, constantes, de su corazón.

Siempre había sido su padre, no su madre, quien se encargó de despejar sus temores infantiles. Si hubiera despertado de una pesadilla para encontrarse a Ana allí, habría llorado aún más fuerte hasta que Teir acudiera para dotar de nuevo de seguridad a su mundo. Deseaba que Teir pudiera salvarla.

—Ytha ha hecho algo terrible. —Las palabras escaparon de sus labios antes siquiera de tomar forma, y en cuanto escaparon no pudo contenerlas, ni a las palabras que las siguieron—. Ha cometido un terrible error, y ni siquiera lo sabe.

—¿A qué te refieres?

—En la reunión, cuando invocó a Maegern, me vi atraída al tejido. Vi a Ytha efectuar el sacrificio y también la oí hacer un pacto con el Cuervo, a quien ofrecieron poner en libertad a cambio de que les prestara su ayuda. —Teia aspiró aire entre sollozos y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Va a desatar a la Hueste Feérica, papá, pero lo que no comprende es que nunca será capaz de controlarla.

Teir juró entre dientes.

—¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto en mis sueños, una y otra vez. Cuando duermo oigo a los mastines.

—¿Eres capaz de adivinar el futuro? —preguntó.

Ella extendió las manos, indefensa.

—No lo sé. Lo único que sé es que a veces veo cosas y que algunas de ellas se hacen realidad.

—¿Y el resto?

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—No creo que hayan sucedido aún.

Las arrugas le cubrieron la frente, imitando las curvas que le dibujaba el bigote. Tenía una expresión similar cuando combatía a los duendes y a los kobolds que la acechaban de pequeña. Sabía que esos nuevos demonios no desaparecerían con un simple grito de batalla. Sería necesario más que la tapa de una olla para defenderla, por mucho que cubriera el brazo fuerte de Teir. Pero no sabía a quién recurrir.

—Cuando Ytha me dijo que tenías el don, apenas pude creerlo —confesó—. No ha habido portavoces en nuestra familia desde hace casi trescientos años. ¿Estás segura de lo que viste?

—Estoy segura. —De eso no le cabía la menor duda—. La vi cuando las portavoces la invocaron. La oí hablar. Las llamó mujercitas, se burló de su debilidad.

Esa voz terrible le rascó de nuevo el interior del cráneo, y dio un respingo al recordarlo.

—La portavoz tiene poderes que escapan a nuestra comprensión, Teisha —dijo, receloso, Teir.

—¿Tanto como para superar a uno de los dioses ancestrales? Yo también tengo poderes, papá, y ver aparecer a Maegern en el círculo cercano a mí bastó para orinarme encima. —Teia medio rió, incrédula ante la audacia de Ytha, su arrogancia, el terror que le causaban las consecuencias que podía tener para su pueblo. La histeria caminaba por esa cuerda floja que era su mente—. ¿Qué la habrá empujado a creerse capacitada para doblegar la voluntad del Cuervo? Es lo mismo que convencer al viento para que sople hacia poniente.

—Entonces tienes que advertirle de ello.

—Ya lo sabe. Presenció la adivinación de sangre. Las imágenes estaban en el agua, tan nítidas como la realidad, pero creo que ella las interpretó como un signo de victoria. Sólo después comprendí que lo que había visto era la Hueste arrasando a nuestra propia gente. A toda la gente, incluso al Imperio.

Su padre arrugó el entrecejo.

—El Imperio nos envió a este lugar, Teisha. Dudo que muchos miembros del clan lamenten su desaparición.

—Eso no significa nada para la Hueste. Una venganza, la historia... No tienen la menor importancia. Todos somos presas para la Hueste.

Arrancaba el alba, pero el día era tan oscuro como si anoheciera. No se oía el canto de los pájaros, o ningún sonido, excepto el grave aullido del viento. Cristales de nieve se hundían en la piel de Teia, y de pronto el frío la alcanzó con tal fuerza que le dolió. Cuando volviese adentro, quería hacerse un ovillo y entregarse al llanto.

—¿Sabe alguien más lo que has visto? —preguntó finalmente su padre.

Ella negó con la cabeza.

—¿A quién iba a contárselo? ¿Quién iba a creerme si lo contaba?

Teir dejó al descubierto los dientes, blancos en la penumbra.

—Yo te creo.

—Es mi palabra contra la suya, papá. ¿Qué valor tiene mi palabra contra la de la portavoz de los Crainnh?

—Más de lo que tú crees, hija mía. Al menos, a mis ojos. —Presionó el hombro—. Y mi palabra aún tiene cierto peso para los hombres. Para algunos, al menos. Si el tiempo aguanta saldremos a cazar en breve. Hablaré entonces con ellos; seré discreto. —Y soplando el bigote, Teir se pasó la mano por el pelo—. No creo que pueda hacer gran cosa más, pero yo te creo.

—Ytha no puede enterarse de lo que sé. Ni tampoco que ha salido de mí. Al menos, de momento. —No se atrevió a dar voz a sus temores de lo que le sucedería si eso pasara.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

—Gracias.

Se subió de nuevo el cuello del abrigo. El frío se le había metido en los huesos y de pronto se sentía muy cansada.

—Volvamos adentro —insistió Teir, abrazándola—. Ven a visitarnos por Primeraluna, quédate a cenar. Ana te echa de menos.

—Pero la ley del clan... —Calló. Según la ley del clan, su padre ni siquiera debería estar de pie ahí, y ahí estaba, rodeándole los hombros con el brazo. La intensa oleada de afecto que la inundó fue tan cálida como un cuenco de sopa. Ser la prometida del jefe tenía que servir de algo, o eso creía

Se dejó abrazar.

—Yo también la añoro. Iré si puedo.

Con la cabeza en el hombro de su padre, anduvo de vuelta al corazón de la montaña.

Esa noche, Teia tuvo un nuevo sueño. En él Ytha, cubierta con su manto de zorro blanco, cayado en mano, acariciaba el lomo del enorme cancerbero que se sentaba a su lado. Había otro que descansaba tumbado a sus pies. Eran mayores que los lobos de la llanura, mayores incluso que los lobos que poblaban las laderas de las montañas; tenían el pecho abultado, la cola cubierta de pelo y las fauces de un mastín. Mientras observaba, el que estaba a los pies de Ytha lanzó un bostezo, dejando al descubierto los colmillos afilados como carámbanos de hielo y una lengua tan roja que casi era púrpura. Seguidamente miró a Teia con los ojos encendidos y una mueca feroz.

Despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole con fuerza. A su lado, Drwyn se movió para preguntar con voz dormida qué pasaba.

—He tenido una pesadilla —dijo ella—. Vuelve a dormir.

Se apartó el cabello empapado en sudor de los ojos, se levantó y se sirvió un poco de agua. Tenía sabor a estancada por el tiempo que llevaba en la jarra, pero al menos

le humedeció la boca seca y relajó un poco la tensión que le atenazaba el pecho.

En los ojos de la bestia anidaba una conciencia aterradora. Una inteligencia mayor que la suya había mirado a través de ellos y se había reído de ella. Sintió un escalofrío. Terminó de beber, volvió a la cama y se cubrió con las pieles.

En la reunión, Maegern dijo que enviaría a los mastines para que la guiaran. Teia imaginó aquellas dos enormes bestias corriendo por la nieve, directas como flechas, hacia su destino. Según las leyendas, correrían para siempre, de día y de noche, ya hiciera buen o mal tiempo, y jamás se detendrían. Jamás. Una vez derribadas sus presas, las devorarían.

Torció el gesto, indispuesta por la premonición. Fuera lo que fuera que devorasen, verlo no le haría ningún bien.

Tres noches después de confesar sus temores a su padre, Teia vio más mastines en sueños. A veces era un solo animal, otras una jauría entera que se extendía por las llanuras como una ingente oleada amarilla, siempre por delante de la figura hecha de humo y sombra de Maegern, que la alentaba.

Cada mañana despertaba con un temor creciente por los días venideros. El peso de las montañas se volvía más opresivo, y se sentía incluso más pequeña y más indefensa comparada con ellas. Mientras la luna vagabunda se desplazaba hacia Primeraluna, el apetito la abandonó e incluso el cielo despejado, que resplandecía con la promesa de la proximidad de la primavera, no bastaba para alegrarla.

El final de las tormentas había hecho que los Crainnh salieran de nuevo de caza, todos los hombres capaces de empuñar una lanza, incluido su padre. El ahumadero estaba lleno hasta rebosar, el fuego recién encendido, todo listo para preservar la caza. Aunque cada vez sentía menos náuseas, Teia alegaba estar delicada del estómago para ahorrárselo: había hervido suficiente grasa de ciervo para toda una vida. Pero no había nada que le permitiera librarse del fuerte olor, ni siquiera arriba, en el acceso a las cuevas. Se le pegaba en la ropa y el cabello como humo, y ni siquiera el viento fresco que soplaba en la montaña lo hacía desaparecer.

Al cuarto día, Ytha apartó la cortina para asomarse al interior de la cueva, en un gesto de deferencia.

—Ha llegado la hora de iniciar tu instrucción —dijo cuando Teia la hubo saludado. Luego la portavoz la miró de arriba abajo, reparando en las bolsas que tenía debajo de los ojos, y frunció los labios en una mueca de insatisfacción.

»Quizá sea mejor que venga en otro momento.

—No, en absoluto, portavoz. Pasa, entra. —Teia se hizo a un lado para que la mujer mayor pudiese entrar.

—¿Estás enferma?

—No he dormido muy bien, eso es todo.

—¿Más pesadillas?

Los ojos verde ágata de Ytha eran fríos, incisivos, pero Teia le sostuvo la mirada sin más. Ahora era capaz de mentirle; se sabía capaz de hacerlo. Tenía que hacerlo. No podía poner al corriente a Ytha de la verdad de sus visiones, al menos hasta decidir qué hacer al respecto. La portavoz se había metido en su cabeza en más de una ocasión, pero ella le había ocultado su talento. En comparación, no decirle la verdad a la cara tenía, por fuerza, que ser más sencillo.

—Algo que he comido, creo.

Ytha husmeó el ambiente.

—Tienes que cuidar tu alimentación, niña. Recuerda que no sólo te alimentas a ti misma, sino también al heredero del jefe.

—Tenía acidez de estómago, pero de ahora en adelante iré con más cuidado, lo prometo. —Agachó la mirada e inclinó la cabeza, haciéndose la regañada ante la portavoz del clan. Tuvo la impresión de que funcionaba.

—Bueno. ¿Estás preparada para recibir tu primera lección?

Entre las cenizas de su mente se alzó una hoja verde de esperanza. Si aprendía a dar forma y controlar sus adivinaciones, tal vez pudiera comprenderlas mejor, aprender qué debía hacer, aunque sólo fuera para encontrar el modo de advertir a Ytha de los peligros de tratar con Maegern. Pero tenía que andarse con cuidado y mostrar la deferencia adecuada, o la portavoz sospecharía que sabía más de lo que debería.

Controló su expresión, sin embargo no pudo impedir cierto temblor en la voz.

—Creo que sí.

—¡Tienes que estar segura! —El tono de Ytha restalló como el asta rota de una lanza—. Tienes el talento, eso no es común, y menos aún si se manifiesta con fuerza. No estoy dispuesta a ver cómo lo desperdicias por culpa de la inseguridad o la duda. Cuando nazca tu hijo es posible que requiera el uso de tus habilidades, si las demás candidatas con el talento resultan no ser lo bastante fuertes para adiestrarlas como aprendizas.

Por un instante, Teia temió más esa frase en particular que la posibilidad de que Ytha le hubiese prometido quemarla viva al día siguiente. Después de lo que había visto en sueños, y de la adivinación de sangre, no se atrevía a dejar que su imaginación se cebara en lo que la mujer podía exigir de ella. Pero tenía que aprender a controlar su don, a utilizarlo en lugar de dejar que el talento la utilizara como si fuera un juguete en manos de un niño malcriado. Si quería tener oportunidad de comprender lo que la deparaba el futuro, y la mejor manera de vadearlo, tenía que aprender. La portavoz era la única persona capaz de enseñarla.

«Respira hondo, Teia. Recuerda los modales que te enseñó tu madre». Señaló con un gesto los cojines bordados que se repartían en el suelo.

—¿No quieres sentarte, portavoz?

La mirada que le dirigió Ytha fue inescrutable, pero la mujer mayor se sentó, arreglando la falda a su alrededor. Teia se sentó delante de ella, con las manos en las rodillas.

De inmediato, un globo azulado se formó en el aire entre ambas mujeres a la altura de los ojos. Cuando cobró forma, Teia sintió un tirón en su interior, en el mismo lugar donde lo sentía cuando quería efectuar una adivinación. Ajá. O sea, que era eso lo que se sentía cuando se era consciente de que otra mujer obraba el poder. Había sentido ese tirón antes, pero nunca supo a qué se debía. Ahora lo tenía claro.

—¿Puedes oírlo? —preguntó Ytha.

Teia prestó atención, pero no oyó nada. Entonces se abrió a la música y la encontró vibrando en respuesta al tejido que obraba la portavoz.

—Oigo algo.

La esfera cambió de color, pasando de azul a violeta. Y cuando lo hizo, las notas musicales variaron de tonalidad, se volvieron más melodiosas, más redondas de algún modo. La música también se había impregnado de textura, casi trama y urdimbre. Teia distinguió perfectamente el tejido, asombrada por el hecho de no haber pensado jamás en observarlo con atención. Después de todo, las luces de Ytha no eran algo nuevo para ella.

Debajo del suave zumbido del poder de la portavoz, Teia oyó el eco de su propio talento reverberar en las sombras y la inflexión, como animándola a copiar el tejido. Casi podía decirse que la bola de luz le enseñaba de qué estaba hecha.

Aquello era excitante. ¿Tan sencillo era manejar el poder? ¿Podía aprender estudiando lo que otra mujer hacía, dejando que la música se formara como la grasa introducida en el molde para acabar convertida en jabón? ¿Era magia esa música?

—¿Puedo intentarlo?

Ytha enarcó un poco ambas cejas.

—Apenas hemos empezado, niña. ¿Crees que estás preparada?

—Ahora lo veo, me refiero a cómo se teje. Sé que soy capaz de hacerlo.

El globo tenía una tonalidad a medio camino entre el cobre y el rosa, cada vez más clara, como un amanecer.

—De acuerdo —dijo Ytha, reticente.

«Da por sentado que fracasaré. Pero no será así».

Teia extendió la mano y se concentró. El poder surgió en seguida, cantando a través de sus nervios mientras ella lo manipulaba para dar forma a una esfera perfecta que flotó sobre la palma de su mano. Tuvo el tiempo necesario para reparar en que la expresión de Ytha pasaba de la duda al asombro, hasta adoptar la de quien está impresionada y satisfecha, momento en que una negra cripta abrió las puertas de su mente y un mastín salió por ella de un salto. El susto bastó para hacerle perder el

control del poder, y el globo se extinguió. Teia ahogó un grito, pero el mastín desapareció con la misma celeridad con que se había manifestado. Fue como si nunca hubiera estado allí.

Sus pensamientos se tambalearon. ¿Había tenido una visión? Nunca había experimentado una sin estar dormida. Tan sólo había visto cosas cuando dormía o llevaba a cabo una adivinación.

Teia se concentró en la portavoz, a quien vio desconcertada. No duró mucho. Un latido de corazón e Ytha volvió a ser la misma de siempre, fría y profunda como un lago de montaña.

—Notable. —Una sonrisa fina como el corte de un cuchillo se dibujó en sus labios—. Te felicito. Es raro que una aprendiz logre tanto con tan poca instrucción. ¿Podrías repetir lo que acabas de hacer?

El poder surgió en el instante en que Teia pensó en alcanzarlo, a pesar de su cautela. De nuevo el globo se materializó de la nada sobre la palma extendida de su mano; arrugó el entrecejo, esperando la reaparición del mastín, pero no sucedió nada. El globo siguió allí, girando sobre sí al ritmo del canto que había en el interior de ella. Se relajó, incluso se atrevió a esbozar una sonrisa de satisfacción.

—Notable —aplaudió, de nuevo, Ytha. Examinó con cuidado la esfera de Teia, y después, con un gesto de la mano, la hizo desaparecer.

Perder el contacto con el poder dolió a Teia como un latigazo. Lanzó un grito, más de sorpresa que de dolor.

—Otra vez.

«Se trata de una prueba. Muy bien, de acuerdo». Otra esfera, más rápida y firme que las demás. De nuevo Ytha la tocó y la extinguió. Esa vez el dolor fue más intenso, pero ni siquiera pestañeó.

—¡Otra vez!

Era capaz de hacer girar la esfera casi sin pensar. Había percibido que la portavoz tejía algo antes de quebrar el encantamiento; lo vio con claridad, y cuando la otra mujer levantó los dedos ella erigió un puño de poder.

El tejido de Ytha golpeó y saltó hecho pedazos.

—¿Cómo lo has hecho?

Los ojos abiertos, verde ágata, exigían una explicación. ¿Cómo lo había hecho? Teia no estaba segura; simplemente lo había hecho, como si supiera hacerlo. Movida por el instinto.

—He visto la forma del tejido y lo he copiado. Pero he hecho un escudo en lugar de un cuchillo.

—Impresionante.

Algo en el tono de la portavoz la puso en guardia. Era la mirada que tiene el felino antes de saltar sobre su presa, o la hierba alta, pisoteada, que parece advertir que

conviene caminar con cuidado. ¿Se había excedido? Tal vez. Pero ya no era una niña y estaba cansada de que la regañaran como si lo fuera.

—Perdóname, portavoz. ¿He hecho algo malo?

—No, malo no. Quizá te metes de cabeza donde apenas tendrías que andar de puntillas, pero no, eso no es malo. —La mujer mayor se levantó, cubriéndose con el manto. La esfera ascendió en el aire hasta flotar sobre su hombro—. Pero creo que ya es suficiente por hoy. No querrás cansarte más de lo debido.

—Claro. —Teia se levantó, con las manos entrelazadas sobre el vientre—. Gracias por tus consejos, portavoz. Estoy segura de que aprenderé mucho bajo tu guía.

Ytha le dedicó una larga mirada. Teia la había visto anteriormente, sabía que la portavoz la utilizaba para crear esa clase de silencio que exigía una forma de llenarlo, y que por lo general resultaba en palabras dichas sin pensar. Lo afrontó con una cara de circunstancias que extrajo por completo el veneno del aguijón. Eso se lo había enseñado el temperamento de Drwyn, habilidad que no había adquirido sin pagar un precio. La mirada se extendió unos instantes más, hizo una leve inclinación y la portavoz se marchó.

A solas, Teia se preguntó si había cometido un error permitiendo que Ytha viera la aptitud que tenía como alumna. ¿Eso haría que confiase más en ella? ¿O menos? ¿Más lecciones, o menos? Incluso se preguntó qué consecuencias tendría, si sería más peligroso o más seguro, sentarse a la derecha de la portavoz, en calidad de aprendiz.

Se acarició la curva firme del vientre. Mientras estuviese embarazada del hijo de Drwyn estaría a salvo. Eso incluso le daba poder, en cierto modo. Ni siquiera Ytha se arriesgaría a hacerle daño hasta después del nacimiento, a menos que la provocara. Así que al menos disponía de un tiempo para aprender todo lo que pudiera.

Con extremada suavidad proyectó un pellizco de tejido mágico sobre las capas de piel y músculo que tenía en la mano, dejó que se introdujera en la cálida oscuridad de su vientre para que cuidara de su hijo. La mente infantil estaba envuelta en una atmósfera somnolienta en la que los colores cambiaban lentamente, un cielo repleto de esas nubes que se ven al atardecer.

Teia lo tocó, era liviano como un aliento. Los colores oscilaban, vivos, suaves. Un azul marino, el ámbar lleno, otros colores para los que no tenía nombre, opulentos como joyas. Asombrada, se retiró porque no se atrevía a seguir ahí, porque si había algo que sabía acerca de su talento era lo poco que sabía. Pasaron al mortecino segundo plano de la luz de una lámpara vista a través de una cortina gruesa, momento en que los colores se apagaron. Pero Teia siguió percibiéndolos, mucho después de dejar que la música recuperase la quietud.

Fue consciente por primera vez de que su hijo era más que la causa del dolor de espalda y la indigestión. ¿Suponía eso que su hijo también poseía el don?

Esa reflexión despertó en ella una inesperada sensación de temor. Nunca había

oído mencionar la existencia de un varón que tuviese el talento. Las mujeres de la familia la heredaban, aunque no siempre arraigaba con la misma fuerza, y a veces se extinguía o aparecía en familias que nunca habían aportado una aprendiz desde tiempos inmemoriales. Pero siempre eran mujeres jóvenes las que acudían a la tienda de la portavoz un mes o dos después de la primera menstruación, a veces, en el caso de las que daban muestras de un don mayor, incluso antes, mientras los muchachos aún decidían si serían pastores o guerreros. Si su bebé poseía el don, ¿no quería decir eso que alumbraría una niña?

Teia se mordió el labio inferior, antes de tomar la decisión de no seguir pensando en ello. Si tenía una hija, si tenía una hija; las cosas no cambiarían por más vueltas que le diera. No disfrutaría de la misma posición si daba a luz una niña, pero demostraría que era lo bastante fértil para tener más hijos en el futuro, al contrario que la primera esposa de Drwyn, y él no pareció sentirse insatisfecho con ella, así que tal vez las cosas no cambiarían mucho.

Su posición con Ytha, sin embargo... Eso era arena de otro costal. ¿Consideraría la portavoz esa fuente de niños poseedores del don un recurso importante para sus planes, o se sentiría amenazada por él, por Teia? Era una pregunta para la que no había una respuesta fácil.

¿Y el cancerbero? ¿Qué había desatado esa fugaz y asombrosa visión? Por una fracción de segundo, su mente se llenó de hediondo pelaje, aliento fétido y una... presencia, que de pronto desapareció. Falto de detalle, pero extraordinariamente vívido, similar al efecto que tienen unos cuantos trazos de carbón y unas cuantas manchas de ocre en la pared de una cueva para representar un alce atravesado por lanzas. No tanto un cancerbero como la esencia de uno, la esencia, la idea, el cazador en comparación con el cual el resto no es más que un mero reflejo en un espejo de bronce, neblinoso, oscuro. La había consumido por completo.

Así debía de sentirse la liebre cuando se enfrentaba al zorro, o el gorrión bajo las garras del halcón. Nada que ver u oír o sentir aparte del depredador, eso y la certeza de que ella no era más que una mera presa.

Primeraluna

Después de la primera lección, Ytha acudió a verla a diario. Durante una hora, más o menos, adiestraba a Teia para que creara luces e invocara el viento. Alababa sus dotes a regañadientes, y no veía el momento de regañarla, pero Teia aceptaba el juego como el precio que tenía que pagar a cambio del conocimiento.

Por primera vez sintió que tenía el control del poder que anidaba en su interior. Sólo en cierto modo, por supuesto, pero podía controlarlo a voluntad, con seguridad, repetidamente. Después de diez lecciones así era capaz de invocar tres esferas a la vez y, como el juglar de una feria, hacer que danzaran entre sus manos.

Ytha enarcó ambas cejas ante semejante muestra de frivolidad, pero la dejó jugar un minuto más o menos, antes de carraspear. Teia hizo formar a las esferas en línea y bajó los ojos.

—Discúlpame. Me he dejado llevar por el entusiasmo.

—A pesar de que no tiene nada de divertido. El talento no sirve para jugar —la regañó Ytha, muy seria—. Si pierdes la concentración, podría volverse peligroso. Recuérdalo.

—Sí, portavoz. —Se mordió el labio—. Me preguntaba si se me permite practicar entre lecciones.

—No, de ninguna manera.

—Pensaba que podría ayudarme a mejorar la concentración...

—¡No! —Ytha hizo un gesto brusco con la mano, y la corriente bastó para que las esferas de Teia dieran volteretas en el aire—. Eres demasiado impaciente. Te falta disciplina. A estas alturas, ni siquiera tendrías que tejer capas simultáneas; siempre quieres más y más. —Miró a los ojos a Teia, chascó los dedos y, una tras otra, las esferas se fueron apagando—. Tu don es fuerte, pero si te extralimitas, el poder por sí mismo no podrá salvarte.

Si no podía recurrir al poder sin supervisión, no podría efectuar adivinaciones. Si no podía llevar a cabo adivinaciones, no podría revelar su futuro. Antes de morderse

la lengua, Teia protestó.

—Pero...

—¡Pro-hi-bi-do!

La esperanza de Teia se apagó como la luz de las esferas. Intentando disimular la decepción que estaba segura que delataba su rostro, inclinó la cabeza.

—Sí, portavoz.

En las siguientes lecciones Ytha se mostró más estricta que nunca, repitiendo ejercicios sencillos, sin permitir a Teia un ápice de libertad para extender su creciente control. La alumna hizo un esfuerzo por mostrarse obediente, y al cabo de una semana obtuvo por fin una recompensa cuando tuvo oportunidad de practicar con tejidos múltiples. No volvió a pedir permiso para practicar sin supervisión, aunque el deseo de hacerlo bastaba a veces para mantenerla en vela de noche. Era demasiado pronto para poner de nuevo a prueba la indulgencia de Ytha.

A tres semanas de año nuevo se alzó de nuevo la plateada luna llena, y Teia celebró la Primeraluna en compañía de sus padres en la cueva asignada a su familia, al otro extremo de la zona comunitaria. Ana había horneado pasteles de luna para la comida, e insistió tanto en que Teia estuviera cómoda que Teir acabó protestando, diciendo que sólo era su hija, no la reina Etheldren en persona recién salida de la leyenda. Al oír eso, Ana resopló, como diciendo que no se tomaría tantas molestias si se tratara de la reina y de toda su corte, antes de embutir otro cojín en la espalda de Teia.

Al principio la conversación fue tensa; habían olvidado cómo sentirse a gusto y disfrutar de la mutua compañía. Sus hermanas mayores no parecían saber cómo tratarla. Ya no era una joven, pero tampoco era la mujer de nadie; no era doncella, pero tampoco madre; tenía el talento, pero no era portavoz. Era la inclasificable Teia, lo cual hizo que adoptaran una cautelosa formalidad que le rompió el corazón.

Pero Teir se mostró generoso con su reserva de licor, lo que siempre desataba las lenguas y relajaba a todo el mundo. Ailis compartió algunos rumores, luego Tevira contó una historia tan salaz que su padre se tapó las orejas con las manos para no escucharla, mientras las mujeres daban taconazos en el suelo al tiempo que rompían a reír.

Durante ese rato, Teia hizo a un lado todo lo que la preocupaba y se dejó arropar por el calor de la familia, pero con el paso de las horas la velada llegó a su fin. Tevira tenía que llevarse a sus dos hijos, somnolientos, y Ailis tenía que reunirse con su joven esposo. Ana se dispuso a limpiar cuencos y copas, y Teir tomó una antorcha y la acompañó de vuelta a Drwyn.

—No necesito la luz, papá —dijo Teia, cubriéndose los hombros con el abrigo—. Ahora puedo crearla.

Un hilo de poder fue todo lo que necesitó para hacer girar una esfera de luz

amarilla que situó flotando sobre su propio hombro. Sin duda, al día siguiente, Ytha tendría algo que decir al respecto, pero en un arranque de desafío decidió que ya se preocuparía al día siguiente de eso. El brillo suave hizo que Teir pusiera cara de preocupación.

—Por las orejas de Macha, niña, ¡ponme en guardia antes de hacer esas cosas!

Teia ahogó una risilla.

—Lo siento. Ya te dije que tenía poderes.

—Sí, lo hiciste. —Teir se sopló el bigote, devolviendo la antorcha al lugar del que colgaba en la pared—. No esperaba verlo en mi propia casa.

Extendió con cautela un dedo para acariciar la superficie de la esfera, que giró sobre sí al contacto, juguetona como una pompa de jabón, resbaladiza como un pez. La luz que despedía se reflejó en sus ojos oscuros como un sol en miniatura.

—Mi propia hija —murmuró—. Nunca había imaginado que el destino te deparase esto, Teisha. Un hogar, un marido, hijos que te alegrarán el corazón, sí, pero esto... Tener poderes que ni siquiera puedo entender. —Restregó las palmas de las manos en las perneras del pantalón—. Pica.

Teia recogió el resto de sus cosas. Tevira le había dado bastante ropa de abrigo para niño que ya no le servía a sus hijos, y era un bulto grande, y además llevaba algunos de los pasteles de luna de Ana envueltos en un paquetito.

Con los brazos llenos, observó a su padre mientras contemplaba la esfera amarilla que había entre ambos. La luz no se mostró generosa con las arrugas de su rostro, y reparó en que tenía más canas en el pelo. ¿Cuándo había sucedido eso? En el transcurso de aquella estación, su padre se había convertido en un anciano cuyo pelo tenía el color de hueso quemado.

La premonición abrió sus oscuras fauces sobre su mente, amenazándola con devorarla por completo. Se aferró al hilo de poder para salvarse de precipitarse al abismo. El orbe amarillo resplandeció un instante con dolorosa intensidad, antes de recuperar su fulgor de costumbre. En su mente, el vacío se cerró de nuevo.

Teia jadeó. Hundidas bajo los hatillos de ropa, abrió las manos que había crispado con fuerza. El alivio la inundó como la sangre que fluía de nuevo por sus dedos. Por un instante había imaginado que a su familia le aguardaba un futuro terrible, y no pudo soportar mirarlo. No esa noche. Lo haría con el tiempo, de eso no había duda, pero por favor, por todos los astros, esa noche no.

—¿Te duele, Teisha?

—No, papá.

No la miró.

—Nunca se lo perdonaré. Es el jefe y yo le sirvo, igual que hizo mi padre, pero no puedo perdonarle.

—Él es así —dijo ella en voz baja—. Cuando tienes que dormir en la misma cueva

que un oso blanco, tienes que aprender a hacerlo sin despertarle.

Su madre había utilizado ese viejo proverbio muchas veces para referirse a su padre. Teir, consciente de ello, frunció los labios con la promesa de una sonrisa, lo cual hizo que los extremos del bigote se levantaran.

—Qué sabia eres, pequeña Teisha.

Finalmente, apartó los ojos de la esfera, para clavarlos en el rostro de su hija. Bajó el tono de su voz, aunque aparte de Ana no había nadie que pudiera oírles, y de hecho la madre de Teia estaba ocupada fregando.

—Tuve ocasión de hablar con algunos de los hombres cuando fuimos de caza. Las ambiciones de Drwyn les inquietan, por los mismos motivos que a ti. Pero creen que están en minoría, y que Ytha le ha llenado la cabeza de promesas de gloria y se ha vuelto sordo a todo lo que tengan que decirle, aunque estuviera dispuesto a prestarles atención. No me atrevo a unirlos para reforzar sus voces. —Teir le puso las manos en los hombros, y le hizo un masaje—. Lo intenté, cariño, pero temen demasiado a la portavoz para llevarle la contraria.

Ella inclinó la cabeza para rozar con su mejilla la mano de él. Supo en cuanto vio la expresión de su rostro que no tenía buenas noticias. Tampoco había concebido muchas esperanzas, así que no supuso una gran decepción verlas marchitarse y morir. Siempre había sospechado que al final todo dependería de ella. Simplemente deseaba saber qué se suponía que tenía que hacer. Hacía más de una semana que sus sueños no le mostraban nada más, aunque el cancerbero se había abalanzado en silencio sobre sus pensamientos dos veces más desde la primera lección de Ytha. Cada vez que lo veía, se convencía más de que las bestias ganaban terreno.

—Algo se me ocurrirá, papá. No te preocupes.

—Pero, bueno, ¿no me dirás que te has propuesto medir tus poderes con los dioses ancestrales? —rió y le dio un pellizco en la barbilla que la hizo sonreír, tal como hacía cuando era pequeña.

—Creo que aún tengo mucho que aprender para eso.

—¿Te está dando lecciones?

—A diario. Cosas simples, como esas esferas de luz. No comparte sus secretos tan fácilmente, pero estoy aprendiendo todo lo que me enseña.

—¿Es difícil? Hacer esto. —Señaló la esfera.

—No, en cuanto me enseña a hacer algo, es como si siempre hubiese conocido el truco y sólo tuviera que practicarlo un poco. La parte más difícil es impedir que ella sepa lo poco que me cuesta.

Teir se inclinó para darle un beso en la frente. Tenía el porte serio, las arrugas de su bronceado rostro se hicieron más pronunciadas, o tal vez fuese cosa de la luz.

—Ten cuidado, Teisha. No confío en lo que tiene planeado para ti.

—Yo tampoco.

Besó la mejilla de su padre y se despidió de su madre. Ana se le acercó para abrazarla con las manos húmedas, disculpándose por ello, a pesar de lo cual volvió a abrazarla. Tras sonreír y prometer repetidas veces que volvería a visitarlos en cuanto pudiera, Teia se despidió de sus padres y se adentró en la oscuridad.

El halcón aleteó y el joven Leahno recuperó su forma humana, jadeando en la nieve. La sangre de la herida le había empapado el cuello de la camisa; el olor metálico, dulzón, alcanzó las fosas nasales del leopardo. Savin sintió cómo el olor despertaba el hambre del felino, que hundió las garras en el suelo, sin necesidad de que él estimulase ese impulso en el animal.

Cualquier otro día se relajaría y manipularía la voluntad del imponente felino cuando atacara a su presa, pero había ido allí en busca de respuestas, no para saciar el apetito. Tenía que averiguar lo que sabía el tembloroso cachorro, y ninguno de ellos tenía tiempo que perder con preguntas. El felino desnudó las fauces, arrugando los labios, resentido por el hecho de que le controlaran, puesto que con los depredadores siempre constituía un gran riesgo perder la concentración y dejar todo lo demás en manos del instinto. El joven, sacudido por las náuseas, intentó apartar la cabeza para evitar el hediondo aliento de la bestia.

Savin levantó una pezuña plateada y la colocó con cuidado bajo la garganta de Gair, inclinándose un poco para darle a entender que el felino era lo bastante fuerte y veloz para superar a un humano herido. A través de las almohadillas sintió el ritmo endiablado al que latía el corazón del muchacho.

—¿Qué quieres, Savin? —preguntó Gair, jadeando.

Qué feliz coincidencia encontrarse ahí con él, tan lejos del alcance de las salvaguardas de las islas Occidentales, solo y desprevenido. Casi resultaba demasiado fácil.

«A ti».

Alcanzó los pensamientos del Leahno. Vio las formas que se agitaban bajo los colores cambiantes, y no encontró resistencia. Aún estaba a medio adiestrar. Se preguntó qué estarían enseñando últimamente los guardianes a sus aprendices.

«Esto».

El muchacho recurrió al canto para oponer resistencia, pero Savin lo burló con la misma facilidad que se atraviesa una de esas mamparas de papel de Arkadia. El jadeo del aliento contenido. Los ojos que miraron descolocados ante la fría conmoción de verse hollado: ojos grises, percibió Savin, con esas pestañas extravagantes que tenían algunos jóvenes y que las mujeres se pasaban horas intentando alcanzar con la ayuda de cosméticos.

Los colores le envolvieron, un centenar de tonalidades cambiantes y enmarañadas. Los pensamientos fluían a través de ellos y resplandecían a la luz como peces que

huyen de un tiburón. Rió para sí, complacido por la comparación, y con la fuerza de su voluntad en forma de garra se abrió paso en los recuerdos de Gair.

El joven gritó.

Una variación del escudo de silencio enmudeció el ruido antes de que pudiera atacar los nervios de Savin. No prestó atención a la boca abierta, al cuello; su atención se dirigió hacia el interior, hacia la mirada de curiosidades que había dejado al descubierto.

Primero, un punto de partida. Retorció la garra en los recuerdos y tiró de ellos. Acabaron esparcidos, hechos un desastre de colores en el que cada uno, por separado, brillaba y centelleaba como la luz del sol cuando se refleja en la densa capa de escarcha, como el polvo que cubre una mariposa disecada. Millares de diminutos instantes de color y sonido y gusto, que giraban constantemente; el conjunto era bastante hermoso, en realidad, desde un punto de vista caótico, caleidoscópico. Rebuscando entre ellos encontró el centro del tapiz, y lo tocó.

Un niño de unos nueve o diez veranos yacía tumbado en una roca llana, al calor del sol de verano. El zumbido de las abejas iba y venía, arrastrado por el viento. Se había llevado la mano a la cara para protegerla del sol mientras observaba algo situado a lo lejos.

Savin recorrió la trayectoria del estampado. Un águila en pleno vuelo colgaba inmóvil, recortada contra el cielo azul del norte; el ocioso murmullo de la música se convertía en un grito a voz en cuello; otra águila se posó en la roca, batiendo las alas doradas y rojas como una cría que pone a prueba su fuerza al borde de un nido.

Interesante.

La tierra se precipitó en el vacío, y el entramado se desgajó en una serie de otros entramados, agrupados como las flores de una rosa canina. Savin los pasó más rápido, prescindiendo de los fracasos, las formas que no se aguantaban, hasta alcanzar otra eflorescencia, cada espira brillante con una tonalidad levemente distinta. Nuevas formas. Águila. Lechuza. Pinzón. Lobo. Otra vez águila. Vuelta al lobo, y había algunas que se entrelazaban, trabadas, tejidas alrededor de un punto concreto.

Al tocarlo sintió la cálida explosión de un beso que era una tormenta de verano. Una confusión repentina, una descarga de placer: un primer beso, pues. Qué dulce. Un algo en la mirada de ramas de que constaba el tapiz le trajo la imagen del rostro de una mujer. Ojos de un asombroso azul, pelo sedoso, corto, la piel color canela. Bonita, con la hermosura y el aire confiado de un felino. Más interesante, incluso.

Presa de una repentina lascivia adolescente, Savin se demoró en los recuerdos del joven. Quiso saber adónde había llevado ese beso, levantar el velo de los febriles sueños del muchacho y conocer sus secretos más íntimos. Llevó a otro beso, uno marcado por el intenso ardor del deseo almacenado que estalló en llamas. Aturdido. El vértigo. El vértigo. Savin tembló al recordar la sensación que le inundó. La piel y la

curva y la seda húmeda que se desplegaba, el forcejeo, el ascenso y el descenso a la paz, y entonces, sólo entonces...

Torcedura de tobillos, rodillas peladas. La huella confusa, parda y amarilla, de los antiguos cardenales. El apremio en espiral de su propio vientre quieto.

¿De veras? Hizo a un lado la salvaguarda; tenía que saberlo.

«¿Albergas sentimientos hacia ella? ¿Hacia una tullida?»

—Por favor... —El muchacho encontró la voz, un deshecho ronco, y forcejeó sin fuerzas bajo la zarpa del leopardo, salpicando de gotas rojas la nieve pisoteada que había a su alrededor.

Por lo visto albergaba sentimientos hacia ella. Qué cosa más rara.

Adelante. Debía descartar por el momento a la mujer, regresar al principio de esa rama particular del tejido. Lecciones. Maestros, algunos conocidos, otros no. Buscar en sus palabras algún significado, pistas. Nada. Alderan, pues; una nueva pauta. Volver al principio. Retales de conversaciones que encontraron eco en esa cripta en que se había convertido la mente del muchacho.

«... Tienes un tremendo potencial, Gair, pero habrá que trabajar duro para desbloquearlo...»

¿No tenía suficiente? Claro que su don era tosco como madera basta.

«... Es lo único que preserva el Velo que separa ambos mundos...»

Sí, sí, otra vez la misma cantinela.

«... Después de lo que demostraste a bordo de la *Kittiwake*, no me cabe la menor duda de que estás a la altura de lo exigido...»

¿De qué se trataba? Savin siguió los hilos, rápido como el pensamiento; intentó juntar los diversos fragmentos, pero no encontró nada. Su concentración, forzada, empezó a acusar el cansancio.

«¿Qué fue lo que te contó? —preguntó con tono exigente—. ¿Qué?»

Pero no hubo respuesta. El rostro del muchacho se había visto privado de todo color, puede que debido a la impresión, quizá al frío. Parpadeó, los labios esbozaron un rictus de dolor. Savin arrugó el entrecejo y el felino siseó, perplejo ante aquella muestra de emociones ajenas. Sería mejor que terminase, mientras aún tenía tiempo para hacerlo.

Hacia lo más profundo de los entramados, pues. Buscar aquello que estaba sepultado. Quizá Alderan tenía algún truco nuevo, o una habilidad que había mantenido en secreto todo ese tiempo; algo que le permitiese ocultar a saber qué en los pliegues de una mente viva. Savin lo conocía bien, mejor que a nadie, pero eso no suponía que el viejo cabrón no hubiese podido ocultarle algo.

Las viejas rencillas volvieron a aflorar. La furia renovada se enroscó en torno a su mente como un mar de llamas. Sería típico. El guardián siempre había intentado socavarle, controlarle; los primeros recuerdos de Savin eran un no, y un no puedo y

un no puedes. De sus padres, de sus profesores, siempre intentando hacer de él alguien que no era, empeñados siempre en impedirle ser quien era.

Rastreó la memoria del joven, trazando los giros y las vueltas hasta el mismísimo centro de la telaraña. Allí las imágenes eran menos complejas, y estaban rodeadas por emociones más simples. El placer de aprender a navegar una falucha junto a la costa rocosa. La somnolienta satisfacción después de pasar un largo día al sol y a la brisa marina. Pero seguía sin encontrar nada. Más atrás, repasando las alegrías infantiles: una pluma de águila, una piedra con un agujero en medio, todo cada vez más simple a medida que la espiral se angostaba, directo hacia abajo hasta el primer aliento, el primer sueño y la época en que toda era una bendita oscuridad y tan sólo se oía el rítmico pulso de los latidos del corazón de su madre.

Nada en absoluto.

Ni una palabra, ni la menor migaja de conocimiento relativo a la semilla estelar. Era imposible.

Tras lanzar un juramento, Savin ascendió a través de las neblinosas capas de la niñez, hacia la cristalina agudeza del presente.

«¿Dónde está la clave? ¡A mí no puedes ocultármela, chico!»

Arañó la mente que tenía inmovilizada bajo su voluntad, imprimiendo visibles moretones de dolor en su superficie.

«¿Dónde está?»

Otro barrido de las garras, y otro. Los colores lanzaron destellos antes de apagarse. El muchacho sabía algo, tenía que saberlo. La Iglesia, su don, ahí había una conexión, ¡tenía que haberla! Toda esa cuidadosa planificación...

«¡Tienes que saberlo! ¡Cuéntamelo! ¡Cuéntamelo! —rugió frustrado—. ¡Cuéntamelo!»

Pero no hubo respuesta. Tan sólo un sollozo indefenso. Patético. ¿Y ésa era la mayor esperanza que tenía Alderan para preservar la orden del Velo?

«¿De verdad has escogido a este triste aprendiz, anciano?»

La ira relampagueó, blanca tras los ojos de Savin, la amargura en la boca del estómago. Por los Siete Reinos que no permitiría que lo dejaran en ridículo de esa manera. Recurrió a su poder, el oscuro y tortuoso sótano del canto que el Reino Oculto le había enseñado a desatar, y tejió juntos los hilos correosos.

Se llevaría una terrible decepción si Alderan había creído de verdad que el patizambo y joven norteño era el futuro de esa triste pandilla que llamaba orden.

La semilla del demonio tomó forma bajo su voluntad. Las instrucciones para su factura se posaron en su mente como la escarcha sobre las hojas muertas; las misteriosas y agudas sílabas eran más frías que una noche de invierno. «Bien, bien. Casi he acabado».

En derredor convulsionó la forma de leopardo. Perdía el sostén, pero no le

importó. Había servido a su propósito, así que abandonó el canto y sintió el desagradable tirón de músculos y nervios y tendones y hueso hasta adoptar de nuevo su aspecto humano.

Había plantado la semilla. Aun durmiente exudaba una maligna consciencia de sí misma, como si ese caparazón negro como la brea fuera a quebrarse en cualquier momento y sus dos mitades se separasen como los párpados de un ojo. Lo cual, en cierto modo, sucedería. En cuanto el demonio hubiese crecido del todo, Savin sería capaz de observar todo lo que viera su anfitrión.

Con el mismo gesto con que se arroja una flor a una tumba, dejó caer al demonio en la mente desgarrada del joven.

«Y cuando tu querida orden se derrumbe devorada por las llamas, Alderan, yo estaré presenciándolo. Riendo».

La fría mirada de las estrellas estaba al paio, proa al viento, en aguas profundas frente a la isla más septentrional de Cinco Hermanas. La lona flameaba furibunda, y el mascarón con forma de dragón cabeceaba a merced del oleaje, como frustrado. Los guerreros, vestidos con pieles, se encontraban de pie a popa, la mitad de ellos atentos a los marineros que cumplían con sus labores e iban de un lado para otro, mientras la otra mitad miraba al sur a través de las olas, hacia las islas habitadas, jugueteando con las hachas.

Sin duda anhelaban el inicio de la incursión, claro que tratándose de gente del norte eso era lo normal. De hecho, luchar, fornicar y celebrar festines era lo único para lo que servían. No poseían aspiraciones culturales: su música se limitaba a las canciones que cantaban cuando bebían, la poesía estaba hecha de plumizas sagas épicas relacionadas con la lucha, y en cuanto al teatro no tenían nada que fuese digno de tal nombre, a menos que se considerasen como tal los entretenimientos que las cuidadoras ofrecían a las camadas de niños cuando se celebraban los festines.

Mientras volaba, la mente de Savin se remontó a la ciudad jardín, bañada por el sol, de Aqqad con sus fuentes en los patios, los discursos en plena vía pública sobre filosofía y civismo, sin olvidar el atletismo *kohl-lined de los najjir*, que hacían que las mujeres del norte pareciesen tan blancas y vulgares como el sebo. Contuvo un estremecimiento. No tenía sentido ahondar en ello. En cuanto encontrase la semilla estelar y uniera los reinos, podría retirarse a Aqqad y pasar el resto de su vida en una nube de humo *mezzin*, pero hasta entonces tendría que seguir ahí, donde el Velo era permeable, y cultivar su relación con los pueblos primitivos que controlaban la región, por desagradable que fuera esa labor.

Sobrevoló en círculos el palo macho, y gritó hasta que alguien a popa levantó la vista y le señaló. Otros rostros miraron en esa dirección, incluyendo ese acantilado con forma humana llamado Jaldur, cabecilla de la hueste. El enorme norteño aulló

algunas palabras guturales e hizo un gesto a los hombres para que hicieran sitio. Savin plegó las alas del peregrino y cayó como una piedra, extendiéndolas en el último instante para contener el descenso. A continuación soltó el canto y pasó del aire borroso a la tablonería con el aire de quien regresa después de dar un corto paseo.

Jaldur inclinó la maraña de melenas que tenía por cabeza.

—Mi señor.

Los ojos azul claro mantuvieron una mirada impasible, mientras que a su espalda un par de los hombres más supersticiosos se hacían signos de protección. Savin se limitó a mirarlos lo suficiente para que ellos supieran que los había visto. No le perjudicaría avivar en ellos el temor que les causaba.

—Tienes que abandonar estas aguas —dijo en la lengua común—. Que el capitán ponga rumbo para reunirse con los demás.

—¿Nos vamos? —preguntó, con expresión confundida—. Pero desembarcaremos, ¿verdad?

Savin asintió.

—Pronto.

—¡Ah! —Jaldur sonrió antes de pronunciar un torrente de palabras a sus hombres en su propia lengua. Un bosque compuesto por las astas de las armas se alzó entre los vítores. El jefe sonrió de nuevo, agitando los puños en el aire. Luego arrugó el entrecejo y sacudió con su peluda zarpa el brazo de Savin.

—Estás sangrando.

Savin bajó la vista. Tenía las mangas de la camisa manchadas de sangre. La había echado a perder.

—Las manos, ¿lo ves? —insistió Jaldur, pero Savin apenas le oyó, e incluso prestó menos atención a los arañazos y cortes que tenía en manos y muñecas, negras por la sangre congelada. Una de sus camisas favoritas echada a perder.

Se alejó de las torpes muestras de preocupación del norteño, en dirección a la escala que llevaba a la cubierta inferior. Se dirigió a popa, a la cabina de popa que sólo poseían los barcos del norte del tamaño y prestigio de *La fría mirada de las estrellas*. Cerró con un portazo la puerta y encendió las luces que colgaban de los baos.

Intolerable.

Savin apretó la mandíbula con fuerza. La mejor mugatina sarduki, que costaba más oro de lo que ese inútil rufián leahno podía llegar a imaginar, y había quedado totalmente arruinada. Gruñó en voz alta.

Intolerable, absolutamente intolerable. Se sacó la camisa sin desabotonarla, incapaz de soportar la idea de llevarla puesta más tiempo.

—Por los Siete Reinos que me haré una camisa nueva con su piel —prometió, haciendo una pelota con la prenda. La arrojó por la cabina, pero en lugar de dar contra el costado del barco flotó hasta caer en cubierta, liviana como un pájaro.

Desde donde se encontraba las marcas eran invisibles, pero sabía que estaban allí. Aunque hubiese un modo de limpiar la tela y restaurarle el lustre, para él esa camisa estaría manchada para siempre. Arruinada. Imperfecta. La señaló con el dedo índice y llamó al fuego. La seda ardió con una llamarada rápida, prácticamente sin producir humo, y en menos de un minuto quedó reducida a un puñado de botones renegridos y una pila de ceniza en la tablonería. Otro pensamiento aplastó el marfil en polvo, que dispersó con un sople de viento.

Los rasguños de las manos y de las muñecas empezaron a escocerle, y decidió acercarlas a la luz. No tenía ningún corte lo bastante profundo para dejarle una cicatriz: el joven fue presa del pánico, y si le atacó fue más con ánimo de huir que de herirle. Chascó la lengua y, después de tomar un paño húmedo que había junto al aguamanil asegurado al casco, procedió a limpiar la sangre seca.

Y para rematarlo, lo cierto era que no había averiguado nada. Ah, sí, algunas anécdotas, como la de la mujer tullida, pero ninguna información útil que tuviera relación con el tesoro de Corlann, o dónde podía estar oculto. O bien Alderan no había contado nada al muchacho, o bien...

De pronto, Savin dejó de limpiarse las heridas. Arrugó el entrecejo, mientras el agua le resbalaba entre los dedos.

O bien el cachorro sabía algo y se lo había ocultado.

Por un instante consideró esa posibilidad, pero desechó la idea con un gesto de negación. Era imposible. La disciplina que exigía simplemente el hecho de soportar una exploración requería años de estudio para perfeccionarla, y no podía decirse del chico Leahno que fuese alguien instruido: era todo fuerza, sin ningún control. Era impresionantemente fuerte, eso seguro, pero tenía menos habilidad de la que Savin poseía a los cinco años. No era un auténtico desafío, y desde luego no constituía una amenaza.

Pensó en el cuerpo desmadejado, ensangrentado, que había abandonado en la nieve de la isla, y terminó de limpiarse las manos, esbozando una sonrisa.

«Al menos nunca lo será».

No, las respuestas le esperaban en la casa capitular. Dejó la toalla en el aguamanil, arrastró el baúl de la ropa de debajo del camastro, y buscó en su interior una camisa limpia. A lo largo de toda su búsqueda en lo largo y ancho del Imperio, no había encontrado ninguna pista que apuntase a otro lugar.

Bueno. Eso no era del todo cierto, pero el otro rastro, comparado con el de la casa capitular, era muy tenue y era menos probable que rindiese frutos, así que tenía que volcar sus esfuerzos en ese lugar. Arrancar primero la fruta madura.

Mientras se abotonaba la camisa, miró la mesa asegurada a la tablonería, situada en la parte opuesta de la cabina. En mitad de la mesa descansaba el óvalo envuelto por una tela de terciopelo del espejo. Desde que se había hecho a la mar permanecía en

silencio. Mucho mejor. Era irritante tener que llevarlo a cuevas allá donde iba, pero no tanto como el hecho de que se dirigieran a él como un colegial, después de no haberlo encontrado ahí cuando les daba por comunicarse con él.

La ayuda de los Ocultos le había resultado muy útil hasta el momento, pero ellos le necesitaban más de lo que él lo hacía, y su manera de entrometerse, sus preguntas constantes y advertencias arrogantes eran... cansinas. Pero no tendría que seguir soportándolos mucho más tiempo. En torno a las tres lunas se habría granjeado su confianza, momento a partir del cual nadie volvería a decirle lo que tenía que hacer.

Duncan se recostó en la silla e intentó impedir que la calidez del fuego le arrastrase al sueño. Después de pasar tantas semanas subido a la silla de montar, aquella sencilla silla de cuero le pareció tan cómoda como un colchón de plumas, pero tenía que mantenerse despierto para entregar el mensaje. Únicamente podía esperar que el mayordomo del jefe no hubiese decidido volver a la cama y dejarle ahí sentado. Había intentado transmitirle el apremio, pero no estaba convencido de haberlo logrado. Era la madrugada de una fría noche de invierno, y nadie desearía despertar al jefe después de un festín, a menos que el castillo estuviese envuelto en llamas.

Bostezó. Por los huevos de Slaine que era estupendo disfrutar de nuevo del calor. Cabalgar por las llanuras en invierno formaba parte de las responsabilidades que tenía como capitán, así que no podía quejarse, pero no había nada como un buen fuego al final de un largo viaje, nada como el calor que te envolvía el pecho como una manta suave y gruesa. Volvió a bostezar y sacudió la cabeza para despejarse. Intentó erguir la postura, porque no estaría bien que el jefe le encontrara adormilado junto al fuego, como si fuera un anciano. Bostezó otra vez, un bostezo incluso más largo que el anterior, y pestañeó cuando sintió los párpados pesados como la lona de una tienda. Acabó apoyando el codo en la mesa cuando la espalda, cansada, decidió que no iba a sostenerle recto por más tiempo.

Se le cerraron los ojos, y despertó de nuevo cuando la barbilla resbaló por su mano. Fuera se oyeron pasos, y la puerta doble situada al final del recibidor se abrió de par en par. Entró un hombre alto que llevaba puesta lo que parecía la misma camisa del día anterior, que le asomaba por fuera del pantalón. Iba descalzo. El pelo enmarañado confería al jefe de los Durannadh, señor de las llanuras, el aspecto de un león recién levantado.

—Duncan —dijo a modo de saludo.

Duncan se puso en pie.

—Discúlpame por molestarte de este modo, mi señor.

—Si es tan importante como ha dicho mi mayordomo no te lo tendré en cuenta, sea o no Primeraluna. —Aradhrim se acercó hasta la luz del fuego—. ¡Por los huevos de Slaine! Siéntate. ¿Cuándo dormiste por última vez?

Rebuscó entre los restos del festín esparcidos en las mesas alargadas, hasta que encontró una jarra con algo de *uisca* y dos copas, y sirvió a Duncan un generoso trago. El licor le quemó la garganta y prendió fuego a su estómago.

—¿Mejor? —preguntó Aradhrim. Duncan asintió. El jefe avivó el fuego y se sentó delante de él—. A juzgar por tu cara me traes malas noticias. Escúpelo.

—Es mala cosa, mi señor. Creo que los nimrothianos se han propuesto atravesar de nuevo los pasos, y con fuerza.

La copa se quedó a medio camino de los labios de Aradhrim.

—No deberías decir algo así a la ligera.

—No, mi señor. Sor y yo explorábamos cerca de los fuertes situados en la frontera, cuando sorprendimos a unos guerreros nimrothianos en la fortaleza de Saardost. Estaban vigilando el paso. Persuadimos a uno de ellos para que hablara, y confirmó los rumores que oímos el año pasado después de la reunión. El nuevo jefe de los Crainnh será nombrado jefe de jefes, y se ha propuesto traer una hueste compuesta por tropas de varios clanes para recuperar los territorios perdidos en la Fundación.

El jefe apuró la *uisca* de un solo trago.

—Preguntaría si estás bromeando, si no pensara que no es así. —Desvió la mirada hacia las ascuas del fuego—. ¿De cuántos clanes estamos hablando?

—Encontramos miembros de dos clanes, pero el nimrothiano que interrogamos estaba seguro de que serían los diecisiete al completo, y que jurarían fidelidad a la lanza del tal Drwyn durante la diáspora. No han tenido caudillo en un millar de años, mi señor. Esto no puede acabar bien.

—Otro Gwlach. —Aradhrim negó con la cabeza—. ¿Estás seguro?

—No veo cómo podría estar más seguro —respondió Duncan.

—¿Y qué hacíais tan a poniente a esta altura del año?

—¿Has oído hablar de los exploradores de Eldannar?

El jefe asintió.

—Seguíamos el rastro de la bestia que atacó los rebaños. Casi mató a uno de mis hombres, pero sobrevivió y la siguió hasta el paso del Silbador. Se dirigía al noroeste cuando Kael perdió su rastro. Regresábamos a Flota cuando encontró otro rastro cerca de Saardost. —Duncan apuró de un trago el licor, para armarse de valor—. Kael es un buscador, mi señor. Dice que las bestias son los mastines de Maegern. Dos de ellos se dirigen al norte, a la Tierra Rota.

Aradhrim arrugó el entrecejo, jugueteando con la copa vacía.

—¿A Brindling Fall?

—Encontramos vacía la fortaleza las dos veces que pasamos por ella. No es probable que descendan por el paso del Silbador, al menos por propia voluntad. Hay demasiados fantasmas para ellos.

—¿Y la Puerta del Rey?

—Cubierta de nieve. No podríamos haberlo comprobado aunque hubiéramos querido. Allí es donde la nieve tarda más en fundirse.

El jefe contuvo el aliento.

—No tenemos muchas pruebas —explicó—, pero las que hay son relevantes.

—No creo que podamos ignorarlo, mi señor. —Duncan se inclinó en la silla—. Si vuelven a invocar a la Hueste...

—Estoy de acuerdo. Tendré que guarnicionar de nuevo las tres fortalezas, hasta que sepamos por dónde penetrarán los nimrothianos. Aquí en Flota hay una legión entera, suficiente para empezar. Enviaré un correo al sur para pedir refuerzos, pero es invierno y les espera una dura marcha.

—¿Accederá el emperador?

Aradhrim se encogió de hombros.

—Theodegrance me nombró caudillo para ahorrarse este tipo de decisiones. No tiene por qué estar realmente de acuerdo, aunque eso ayudaría. —Se levantó y tendió a Duncan la jarra medio llena—. Ten, te la has ganado. Ordenaré a mi mayordomo que te busque cama.

—Hay otra cosa —dijo Duncan—. Al principio del invierno conocimos en Brindling Fall a un guardián llamado Masen. Dijo que era el guardián del portal de la orden del Velo.

—He oído hablar de él.

—Nos dijo que el Velo se debilita. Si sumamos eso a lo de los mastines y lo que nos contaron los nimrothianos... —Duncan extendió las manos y vio que la expresión del rostro del jefe se endurecía, que las sombras le volvían las facciones más angulosas hasta que se pareció a uno de los guerreros de piedra que flanqueaban la Puerta de Endirion.

—Hace que estas noticias sean mucho más preocupantes. —Aradhrim apoyó los puños en las caderas y miró el tramo de suelo que había a sus pies—. Tengo que hablar con Maera —murmuró, antes de pasarse la mano por la cara; la palma le rascó la barba de días—. Este asunto es muy feo, Duncan. Hace mil años, la Fundación dividió a los clanes. Hicimos las paces con el nuevo Imperio, en lugar de seguir luchando. Los nimrothianos nunca nos lo perdonaron.

—Si vienen al sur, Arennor será la primera en sufrir las consecuencias.

—Exacto. Y no tenemos pasos donde podamos embotellar sus fuerzas, ni fortalezas ni puntos donde bloquearles el acceso, únicamente leguas de llanuras vacías entre las montañas de Mesarilda.

Con los brazos doblados a la altura del pecho, el jefe empezó a caminar arriba y abajo junto al fuego. Duncan le observó; había sustituido su cansancio por una tensión creciente. El pie de la copa de plata cedió de pronto, y cuando miró hacia abajo vio que se había quedado con la parte superior.

El jefe se volvió de pronto para mirarle.

—Despierta a mi mayordomo, primo. Tenemos que reunir a los clanes para ir a la guerra.

Planes

Como muchos otros hombres, Drwyn no tenía piedad con la ropa. La montaña de ropa por coser de Teia nunca parecía menguar; siempre había botones por poner, rotos por remendar. Cuando superaron la resaca de las celebraciones de Primeraluna, y salieron de nuevo a cazar al cabo de unos días, con Drwyn a la cabeza, puesto que el jefe disfrutaba de la caza demasiado para aguardar a que le llegara el turno de salir, a ella le alegró la oportunidad de ponerse al día con la labor.

Labor que esa semana consistía en un par de camisas, un jubón con forro de piel apolillado durante el verano, y un par de pantalones que aún tendrían años de uso si no fuera por el largo corte a la altura de la rodilla. Teia, incrédula, introdujo la mano por el corte. No pudo explicarse cómo era posible que se hubiesen roto de ese modo.

Fue fácil arreglar las camisas, pues sólo hubo que coserles algún que otro botón suelto. Cuando terminó, una vez devueltas las prendas al baúl de Drwyn, tomó de nuevo el pantalón para encargarse del corte.

Por mucho que lo cosiera, teniendo en cuenta que estaba a la altura de la rodilla, no tardaría en abrirse de nuevo, pero la lana era demasiado buena para deshacerse de ella. Tal vez más tarde podía aprovecharla para hacer algo para el bebé, cuando terminase con el resto de sus obligaciones. Sacudió en el aire la prenda y se la pegó al cuerpo para doblarla, momento en que recordó que ella era un poco más baja que Drwyn.

El corazón le latió con fuerza. ¿Podría...?

Con sumo cuidado, se llevó la cintura del pantalón a donde ella tenía la cadera y dejó caer la tela. Casi perfecto. Además, si se los ajustaba, no tendría más que cortar tela para coser el corte, y con la talla de cintura le sería más fácil acomodar la barriga... ¿Y el jubón? Se trataba, por supuesto, de una prenda masculina, y era muy ancha de hombros, pero también era muy cálida y tendría espacio más que suficiente para acomodar la barriga.

La sacudió un sentimiento compuesto por dos partes de temor y una de

excitación. Se le enfrió la piel, y el estómago se precipitó hasta sus pies sin que el corazón dejase de retumbarle en el pecho. Era posible. Podía hacer que funcionara. La despensa estaba llena; podía sacar provisiones, esconder en algún lugar seguro ropa de invierno, prendas como éstas, las que Drwyn dejaba de ponerse y en cuya desaparición no repararía. Si lograba convencer a Ytha de la locura de su pacto con Maegern, todo iría a mejor, pero si no lo hacía... podía marcharse.

Por Macha que la sola idea era increíble. Intentó no pensar en que eso supondría abandonar a su familia, ni en la posibilidad de que la angustia la dejase paralizada, tan asustada que no podría encararse con Ytha, y luego, también, en lo que sufriría todo el clan. Y en los demás clanes, puede que todos ellos, cuando la Hueste cabalgase desatada. Las imágenes de las llanuras arrasadas le llenaron los pensamientos. Se estremeció.

No. Tampoco tenía tiempo para darle muchas vueltas.

Se concentró en la tela de lana que tenía en las manos. Alfileres. Necesitaba alfileres. Rápidamente buscó en la bolsa de costura el alfiletero donde guardaba los alfileres de acero que había obtenido mediante un trueque en la diáspora del año anterior. Luego se levantó la falda, se puso los pantalones de Drwyn y procedió a hacer las marcas por donde cosería la tela.

Pasó el resto del día cortando y cosiendo, trabajando incansablemente para asegurarse de terminar al regreso de los cazadores, y de su jefe. Al terminar tenía los dedos insensibles, pero lo había logrado. Hundió los últimos alfileres en el alfiletero, que guardó en la bolsa de costura. Luego, con las manos temblorosas debido al esfuerzo, se los probó.

Le sentaban bien. Había espacio en las rodillas y el trasero por si tenía que montar, y dos manos de margen en la cintura para acomodar la barriga.

«Sí. Puedo hacerlo».

La enormidad de lo que planeaba la inundó de nuevo, y tuvo que sentarse antes de que las rodillas cedieran bajo su peso. Sus pensamientos discurrían en todas direcciones como liebres asustadas. Que la buena Macha cuidara de ella. Si abandonaba el clan, si abandonaba a su familia, en mitad del crudo invierno... tenía que ser porque había perdido la razón. Cerró con fuerza los ojos y presionó suavemente los párpados. Daría lo mismo que empuñase una lanza y fuese a la caza del alce blanco, porque tendría las mismas posibilidades de salir airoso en la empresa.

Teia se pasó la mano por el cabello, y se masajeó la nuca, como si pretendiera mediante el gesto poner en orden sus pensamientos. No tenía mucho tiempo, menos aún para dudar. Si había que hacerlo, sería mejor entregarse de lleno a la labor.

Ebria a partes iguales de inquietud y emoción, se quitó el pantalón y lo escondió junto al jubón en el fondo de la cesta, cubriendo ambas prendas con un saco. Si lo

llevaba a la despensa y volvía con provisiones, nadie que la viera sospecharía. Mientras ocultara las cosas con cuidado, y no se llevara nada cuya ausencia pudiera echarse de menos...

«Puedo hacerlo. Sé que soy capaz».

Antes de que el coraje la abandonara, se llevó el cesto a la cadera y se dirigió a la despensa. De camino allí tuvo que pasar por el ahumadero, donde el puñado de mujeres encargadas de limpiar y prepararlo para cuando regresaran los hombres con la caza, callaron al pasar ella y se inclinaron sobre las escobas, los rostros sudorosos cubiertos de ceniza. La temblorosa luz de las lámparas no les hacía ningún favor, pues confundía sus facciones al tiempo que les resaltaba las arrugas, de modo que aquellas mujeres, que a plena luz del día podían ser atractivas, tenían el retorcido aspecto de los kobolds, con los ojos incoloros pero relucientes como cristal.

Teia sintió el peso de sus miradas a pesar de la distancia relativa que la separaba de ellas, y le tembló un poco el paso. Cuando había circulado la noticia en las cuevas de que estaba embarazada del hijo del jefe, muchas de las mujeres cambiaron su actitud hacia ella, pero las hubo que incluso la endurecieron: jóvenes, en su mayoría, las que habían anhelado ser quienes llamaran la atención del jefe, o las que habían compartido su cama antes que ella.

Teia tenía la garganta seca, y basculó el peso del cesto al otro lado de la cadera para apartarlo de la mirada de las mujeres. No tenía más remedio que pasar por su lado, porque no había otro camino para ir a la despensa. Llenó de aire los pulmones y levantó la barbilla. Por ella como si la miraban todo el día.

«Puedo hacerlo».

Anduvo a buen paso, pero no lo bastante rápido para hacerles creer que estaba nerviosa, hasta pasar de largo el ahumadero. Dos de las mujeres no le quitaron la vista de encima, la miraron con tal intensidad que la magia de ella se puso en guardia. Cuando un recodo del pasadizo le permitió por fin apartarse de su línea de visión, exhaló un suspiro de alivio. Sólo entonces cayó en la cuenta de que le temblaban las manos.

Rara vez la despensa estaba vacía, ni siquiera cuando la reaprovisionaban, así que Teia se tomó su tiempo para escoger esto y aquello, y ponerlo todo en el cesto, hasta que las demás mujeres se hubieron marchado. En la penumbra que reinaba al fondo de la caverna, detrás de las montañas de cajas, abundaban los escondites donde el agua había practicado cavidades en la piedra. Aguzó el oído por si se acercaba alguien, e introdujo alimentos y un poco de carne y frutos secos en el saco que cubría el jubón y los pantalones, y lo ocultó todo en una de las cavidades que encontró.

Ahí. Quedaba fuera de la vista, y aunque se vaciara la despensa durante el invierno, y la cavidad quedase al descubierto, era imposible distinguir aquel saco de los demás. Para cuando eso sucediera, su destino estaría decidido. O bien habría

abandonado el clan, y la perspectiva de abandonar a su familia le hizo torcer el gesto, o bien habría pasado el punto en que a nadie le importaría una bolsa que estaba llena de alimentos robados.

Apoyó de nuevo el cesto en la cadera y se dio la vuelta para marcharse. Apenas había caminado diez pasos pasadizo arriba, de regreso al ahumadero, cuando oyó voces que susurraban al frente, un ruido que distorsionaban las paredes erosionadas por el agua. Teia apretó el paso, aguzando el oído para distinguir lo que decían, más allá del rumor de la confusión de la que eran presa.

Las mujeres se habían marchado de la entrada del ahumadero, donde quedaban las escobas tiradas en el suelo. Un cesto lleno de ceniza estaba volcado en el pasadizo, entre las escobas y demás útiles de limpieza. Fuera lo que fuese que habían oído, eso las había empujado a emprender la carrera.

Los cazadores. Tenían que ser los cazadores. Se apresuró. El timbre de las voces era de alarma; al frente las mujeres recorrían el pasadizo hacia la caverna que hacía las veces de sala común, todo ello entre gritos y ruegos para saber qué había pasado. Teia oyó a un hombre gemir de dolor.

Soltó el cesto y corrió. A pesar del calor que reinaba dentro, una capa de sudor frío le cubrió la piel. El corazón le golpeaba el pecho; se abrió paso entre la multitud de mujeres que se amontonaban en la embocadura del pasadizo, sin hacer caso alguno de las protestas. Tenía que saber quién había resultado herido. Tropezó con las prisas con el pie de alguien, lo que le supuso un fuerte empujón, aparte de una protesta airada, a pesar de lo cual logró atravesar la barrera hasta situarse al frente del grupo.

Las antorchas iluminaban la caverna, introducidas en las grietas, cuando no las sostenían en alto los cazadores, cuyas pieles estaban cubiertas de nieve. Dos de ellos llevaban una camilla improvisada en la que yacía tumbado un joven. A Teia le costó reconocerle. Era Joren, el miembro más joven del consejo de la guerra de Drwyn. Sus ojos eran sendos pozos de dolor en ese lienzo blanco que era su rostro, y las manos ensangrentadas relucían húmedas a la luz tenue mientras se apretaba el estómago.

—¡Por favor! —sollozó—. ¡Duele!

Movía la cabeza de un lado a otro. A ella se le revolvió el estómago cuando vio el hueso que asomaba por el pelo del cuerpo. Incluso Ytha tendría dificultades para salvarlo.

En el extremo opuesto de la caverna se alzó un clamor que le hizo apartar la mirada.

—¡Dejad paso! —gritó una voz—. ¡Dejad paso a la portavoz!

Ytha surgió de las sombras con el manto de piel de zorro ondeando a su paso.

Los demás cazadores dieron un paso atrás, mirándose con inquietud. La portavoz chascó los dedos para invocar una de sus luces perladas, que acercó al rostro del joven, y después a la herida.

—¿Un lobo? —preguntó Ytha.

Uno de los cazadores que sostenían la camilla asintió.

Ytha apartó las manos del joven de la terrible herida que tenía en el abdomen y chascó la lengua. Desde donde se encontraba, Teia no alcanzó a ver la gravedad del daño, pero el cambio que se produjo en la expresión de la portavoz dio a entender a Joren que tendría suerte si volvía a salir de caza.

—Traedlo —ordenó Ytha, que se alejó a buen paso con la esfera de luz flotando sobre el hombro. Los dos hombres la siguieron con la camilla, seguidos por una mujer de rostro ceniciento que tenía los ojos anegados en lágrimas.

Los miembros del clan hicieron un corro cuando la portavoz se alejó, olvidados Joren y su madre mientras todos buscaban a sus seres queridos entre los cazadores que habían regresado, desesperados por asegurarse de que los suyos hubieran resultado indemnes. Teia repasó con la vista el mar de rostros en busca de Teir, pero había mucha gente en aquel lugar, y en ese aspecto la luz de las antorchas no ayudaba.

—¿Papá? —llamó. Una o dos miradas se volvieron hacia ella, pero ninguna perseveró. El pánico le agudizó el tono de voz—: ¡Papá!

Hubo más conmoción en la entrada, junto al saliente que prácticamente circundaba la caverna. Más antorchas, más sombras danzarinas en el túnel que se alzaron en el aire, y voces, aunque en esa ocasión los gritos fueron jubilosos. El resto de los miembros de la partida de caza habían regresado, y coreaban el nombre de Drwyn.

Teia volvió a abrirse paso a través de la multitud, en dirección al tumulto.

—¡Papá!

Tenía que dar con él, tenía que asegurarse de que estaba bien. A esa altura de la estación no era habitual que los lobos atacaran, pues aún abundaban las presas y no pasaban el hambre que solía llevar a la manada fuera del bosque. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué ahí?

—¡Papá!

Los rostros fueron desfilando por su lado, pero ninguno de ellos pertenecía a Teir. Avanzó en busca de su padre, tirando de las mangas y los hombros de los cazadores que habían regresado, hasta que topó con algo tan sólido que estuvo a punto de caerse.

Al levantar la vista se encontró cara a cara con un imponente lobo con las fauces abiertas. Lanzó un grito de terror. Instantes después, comprobó que el lobo estaba muerto, que colgaba del hombro de uno de los cazadores y tenía la punta de una lanza clavada aún en el pecho. No era el animal que poblaba sus pesadillas. Se llevó la mano al corazón, levantó la vista y vio que Drwyn era el cazador.

Tenía las pieles cubiertas de sangre y una capa de nieve que empezaba a fundirse y le goteaba en torno a las botas. Rodeaba con el brazo el cadáver del lobo para evitar

que se cayera; el otro brazo le colgaba del costado.

—Teia —dijo, sonriendo, claramente complacido consigo mismo y con el hecho de que ella hubiese ido a recibirle—. Te traigo un regalo. —Dio una palmada en el lomo del animal, y el abrigo se abrió para dejar al descubierto el brazo izquierdo y las vendas con que habían intentado vendarlo y que estaban cubiertas de sangre.

—Estás sangrando —dijo.

Se miró el brazo.

—No es más que un rasguño. Esta bestia me ha mordido.

Si la herida se infectaba, el dolor le agriaría tanto el humor que se comportaría como un oso con un diente roto. Teia sabía con quién acabaría pagándolo.

—Hay que tener cuidado con las mordeduras porque suelen infectarse —dijo, extendiendo la mano hacia el brazo herido—. Deja al menos que la limpie.

—¡He dicho que no es más que un rasguño! ¡Deja ya de preocuparte, mujer!

Dos de sus hombres de confianza se situaron detrás de él y le dieron palmadas en la espalda.

—¡Menuda pieza, mi jefe! —aplaudió uno de ellos, que tiró de la cola del lobo, haciendo que sacudiera la cabeza.

—Sí, y si no llegas a hundir la lanza en esta bestia, Joren ahora estaría muerto. Eres un héroe. Estoy seguro de que le pondrá tu nombre a su primogénito.

De pronto Teia perdió los nervios. No tenía ni idea de si su padre estaba a salvo, estaba cansada y asustada, y había agotado la paciencia necesaria para soportar las bobadas de aquellos hombres.

—Cuando dejes de hacerte pasar por un héroe te vendaré la herida —dijo ella, cruzada, antes de darle la espalda.

—Mira quién fue a hablar —dijo uno de los hombres.

—Aún no llevas la marca, ¡y ya te comportas como la esposa del jefe!

La risotada de los hombres no hizo más que empeorar su temperamento. Zopencos. Les estaría bien empleado que el brazo de su jefe se pudriese hasta el hueso por falta de atención.

—¡Basta! —gritó Drwyn.

Teia oyó el golpe seco que debía de corresponder al cuerpo del lobo al caer al suelo.

—Quitadle la piel.

Pasos a espaldas de Teia. Ella se apresuró a través de la multitud que raleaba, pero antes de alcanzar el extremo opuesto de la caverna una mano se cerró sobre su hombro y le hizo darse la vuelta.

Drwyn la encaraba, ceñudo.

—No vuelvas a darme la espalda, furcia —gruñó, levantando la mano con gesto amenazador.

Hasta ahí estaba dispuesta a llegar.

Aferró el brazo herido del jefe y pellizcó con fuerza. La sangre manó de la herida a través de la ropa raída. Drwyn maldijo.

Teia le soltó, reculando.

—¡Te está bien empleado! ¡Si no estás dispuesto a escuchar a alguien más sabio, me ocuparé de que se te cubra de pus para darte una lección!

Se hizo el silencio entre ambos, tenso y expectante, como el instante que separa la bofetada del dolor. De pronto cayó en la cuenta de que probablemente nunca había oído a una mujer hablarle de ese modo desde la muerte de su madre. A nadie, a excepción de la portavoz, y, que Macha la protegiera, ella no poseía un ápice de la autoridad de Ytha.

«En cualquier momento —pensó, consciente del martilleo de su corazón—. En cualquier momento».

Drwyn la miró boquiabierto, no supo si debido a la sorpresa o la ira. Hizo un gesto con la cabeza hacia la cortina de la entrada que daba a su cueva.

—Métete dentro.

Teia estaba a punto de llorar, pero no quiso mostrar signos de debilidad. Subió los escalones de roca en dirección a la cortina. Sintió la presencia de Drwyn a su espalda todo el camino, y fue incapaz de no encoger los hombros ante la inminencia del golpe. Por desafiarle de aquella manera estaba segura de que la azotaría con el cinto, o la montaría como un animal para recordarle cuál era su lugar, a pesar del hecho de estar embarazada. Cualquiera de ambas perspectivas bastó para pegarle la lengua a la parte superior del paladar de puro temor.

Drwyn cerró la cortina después de entrar ambos, sumiendo la estancia en sombras, excepto por los brillantes ojos de las lámparas repartidos a lo largo de las paredes. Teia esperó en la oscuridad, atenta a los sonidos que hacía él mientras se quitaba la ropa, esperando a que la obligara a ponerse a cuatro patas.

—Enciende otra luz, mujer.

Ella cerró los ojos, las manos a los costados.

—¿Por qué? ¿Para que puedas ver mejor para pegarme?

Algo pasó volando por su lado, en dirección a la cama. Era el abrigo de él.

—¿Es que puedes vendarme la herida a oscuras?

«Alabada sea Macha». Se sintió tan aliviada que le temblaron las piernas. Se acercó hasta la lámpara más próxima, que se dispuso a encender. Le temblaban tanto los dedos que la llama tardó en prender, pero después hizo lo propio con las demás hasta que toda la estancia quedó bañada por una luz dorada.

—Bueno, ¿qué? Uno se puede desangrar esperando —protestó.

Teia se volvió hacia él. Lo vio sentado en mitad de la estancia, tendiéndole el ensangrentado brazo izquierdo.

—Conque sólo era un rasguño, ¿eh? —preguntó ella, que se mordió el labio cuando él la miró furibundo.

Sin mediar otra palabra, fue en busca de una palangana llena de agua y algunos trapos limpios, y la bolsa de cuero con los ungüentos que su madre le había enseñado a preparar. Un generoso pellizco de mentamarga hervida para limpiar las heridas; mientras infusionaba, se arrodilló a los pies de Drwyn para desatar el vendaje que habían improvisado sus compañeros de la partida de caza, pero el nudo era demasiado grueso y estaba muy prieto para desatarlo. Tendría que cortarlo.

Se dispuso a hacerlo con el cuchillo que ceñía a la cintura, desenvolvió la tela ensangrentada y la arrojó a un lado para quemarla más tarde. El lobo había hundido las fauces en la carne blanda del antebrazo de Drwyn, y percibió algunos desgarros, como si el forcejeo hubiese desplazado los colmillos del animal. Era muy difícil destrabarse de un lobo, así que podía considerarse afortunado de no haberse roto el brazo.

Con sumo cuidado bañó las heridas con la infusión de mentamarga. Él soportó el proceso sin pestañear, aunque debía de haberle escocado, atento a lo que ella hacía con las manos.

Su escrutinio la puso nervioso; Drwyn nunca había mostrado mucha curiosidad por lo que hacía, y por alguna razón aquello resultaba más desconcertante que otra cosa. No le proporcionaba ninguna pauta que le permitiera saber qué podía suceder a continuación.

—El lobo se presentó mientras dormíamos —dijo de pronto él—. Arrastró a Joren después de morderle la cabeza, y el joven nos despertó a todos con sus gritos. Pensamos que toda la manada se nos había echado encima.

Procedió a secarle el brazo con un paño limpio. Teia levantó la vista, preguntándose si debía decir algo.

—La luna se había puesto y el fuego estaba apagado, así que tropezamos los unos con los otros a oscuras. Joren debió de liberarse antes de tropezar. Lo encontramos aferrado a una rama rota.

Ella dio un respingo. Rara vez una herida profunda con astillas tenía buen pronóstico. En seguida se infectaba, y en el estómago... Hizo un esfuerzo para imbuir cierto optimismo en su tono de voz cuando dijo:

—Si alguien puede salvarlo es Ytha.

Él gruñó.

—Era la primera estación que salía de caza. No nos servía de nada, era como una flecha rota, a pesar de lo cual dejamos que nos acompañara.

Al reparar en la bolsa de los ungüentos, Drwyn se inclinó para revolver con la mano libre entre los botellines y las bolsitas.

—Sabes cómo curar —dijo. Casi sonó como una acusación.

A ella le temblaron las manos.

—Lo que me enseñó mi madre: remedios caseros y cosas así.

El jefe de los Crainnh levantó una bolsa con una hoja bordada y la husmeó con cautela.

—¿Qué es esto?

—Ortiga blanca.

—¿Para qué sirve?

—Problemas de vejiga. Con ella se prepara un té.

Charlar con ella, mostrar interés en las habilidades que trascendían el ámbito sexual y culinario, no era propio de él. Teia empezó a concebir un temor creciente.

Drwyn devolvió la bolsita al lugar que le correspondía, escogió otra y echó un vistazo al bordado que había hecho en la tela.

—¿Y ésta?

—Espino de fuego, para tratar los furúnculos.

Devolvió la bolsita.

—¿Y qué vas a usar conmigo?

—No voy a coserla. Es mejor dejar que las mordeduras de lobo, o de perro, se cierren solas, así que usaré ese unguento que hay en el tarro rojo. —Señaló el recipiente con unguento de centella, preparado según la receta de la abuela de Ana.

Drwyn se lo tendió en silencio, y luego observó cómo se lo aplicaba, antes de ponerle un vendaje limpio.

—Quedará cicatriz —le advirtió ella cuando ataba los extremos—, pero se curará bien. Si te escuece mucho o notas que desprende mal olor, avísame.

Examinó el vendaje como quien busca un fallo, aunque ella estaba segura de que no encontraría ninguno; había hecho un buen trabajo, gracias a las enseñanzas de Ana. Una vez cerrado el tarro, lo devolvió a la bolsa y se dispuso a recoger.

—Tienes ciertas habilidades —dijo.

Ella levantó la vista. Drwyn se había quitado la camisa destrozada y se ponía una nueva.

—Sí —continuó—. Pero no pienses nunca que eso te da derecho a tratarme de esa manera en presencia de mis hombres.

La miró con los ojos negros, duros como piedras. Ella agachó la vista.

—Sí, mi jefe. —Teia no esperaba muestras de gratitud; no era propio de la naturaleza de él. Al menos había sabido cómo encajar la regañina—. Perdóname, hablé de más. Con toda la conmoción... Estaba preocupada. —En el último momento, evitó mencionar quién era el motivo de su preocupación.

Él lanzó un gruñido, aparentemente satisfecho con la explicación.

—¿Y mi padre? —preguntó ella, que mantuvo un tono de voz dócil—. ¿Resultó herido?

—Teir está bien. Se encarga de traer los caballos. Procura recordar cuál es tu lugar. Así las cosas, salió de la cueva.

Teia observó la cortina, el leve sonido metálico de los aros en la barra, y lanzó un largo suspiro de alivio. Si no vigilaba su lengua, la próxima vez no tendría tanta suerte. Conocía de sobra su temperamento para saberlo.

Recaló la mirada en la palangana que tenía en las manos. El agua teñida de rojo casi había adoptado el color del vino de bayarroja. Que los lobos atacasen al hombre no era algo habitual. Por lo general se mantenían alejados; los cazadores no solían ver más de un puñado de rastros en la nieve, un par de ojos que brillaban en la oscuridad. Para que uno se acercase así al campamento...

El invierno no era momento para que ella emprendiese la huida. De noche las nevadas podían sepultar una tienda y los lobos merodeaban por las colinas. Podía quedarse, y encarar el resto de sus días como la mascota de la portavoz, o del jefe.

Su anterior decisión se diluyó como el agua que se precipita desde una botella agujereada. El invierno era la estación menos adecuada para huir, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Si traes más malas noticias, Aradhrim, preferiría no enterarme. Ya tengo suficiente con éstas hasta el próximo día de San Simeon.

Theodegrance dejó con un golpe seco en el escritorio una pila de documentos, y se sentó en un sillón de cuero, que chirrió a modo de protesta. Sus facciones generosas, la piel curtida por el tiempo que había pasado a la intemperie, se frunció cuando arrugó el entrecejo.

El caudillo se desabrochó la capa, y esperó a hablar a que el mayordomo del emperador hubiera cerrado las puertas al salir.

—Me temo que son malas —admitió.

—Ya me lo esperaba —gruñó Theodegrance—. Siempre vienes acompañado por un temporal. Siéntate junto al fuego y entra en calor. Tú también, joven. No os retendré mucho rato.

Duncan siguió a su señor hasta uno de los sillones que flanqueaban una chimenea de mármol. Se sentó en el borde del sillón, consciente de que sus botas de nieve goteaban en la gruesa alfombra de *qilim*, sobre la cual hubiera podido dormir toda su familia. Aradhrim no pareció preocuparse por ello, y se acomodó con los pies extendidos hacia el fuego.

Por supuesto, era caudillo y sin duda estaba acostumbrado a presentarse en el palacio imperial, en el despacho privado del mismísimo emperador, mientras éste se sentaba a su escritorio en mangas de camisa, mirando ceñudo el papeleo que se acumulaba. Para Duncan, que nunca había cruzado las fronteras de Arennor antes de efectuar ese viaje, la situación era tan informal que le parecía imperdonable.

Aventuró una mirada a su alrededor. La estancia, al igual que su ocupante, tenía proporciones generosas y era abiertamente masculina en la tosquedad de la decoración. Los muebles recios, amplios, estaban tapizados con colores tierra que hacían juego con la tonalidad de piel de su propietario. Cada superficie mostraba el desgaste del uso diario; era un lugar de trabajo, no un sitio apto para cortesías diplomáticas. Una estancia donde se resolvían los asuntos que acuciaban al Imperio.

Sentado al escritorio, el emperador repasó los documentos, deteniéndose a veces, escribiendo un comentario otras. Terminó al cabo de unos minutos y dejó la pluma.

—Bueno —dijo, poniéndose en pie y tomando asiento en el sillón opuesto—. Veamos qué tienes que contarme.

—Tengo motivos para creer que los clanes nimrothianos atravesarán las montañas antes de que termine la primavera —dijo Aradhrim sin preámbulos.

Si había esperado que el emperador hiciera aspavientos, Duncan se llevó una decepción. Theodegrance se limitó a morderse el labio y recostarse en el sillón.

—Continúa.

Duncan escuchó al caudillo exponer la situación. Cada noche durante el viaje de una semana desde Flota, su jefe le había interrogado y preguntado, dispuesto a separar los hechos constatados de las conclusiones especulativas que le dictara el estómago. Expuso todo de forma ordenada, igual que muestra un vendedor ambulante sus mercancías.

El emperador escuchó impasible, con las manos entrelazadas sobre la barriga, y apenas pestañeó ante la mención de la Hueste Féérica. Sólo cuando el caudillo expuso su intención de guarnicionar de nuevo los fuertes de an-Archen mudó la expresión de Theodegrance.

—Ni hablar de eso —dijo. Su boca ancha cortó las palabras como las fauces de una trampa—. No puedo comprometer dos mil hombres o más por esas pruebas.

Aradhrim extendió las manos y se encogió de hombros.

—¿Qué más necesitas? Atrapamos a guerreros Crainnh y Amhain juntos en la fortaleza de Saardost, y tuvimos ocasión de interrogar largo y tendido a uno de ellos. A menos que Drwyn esté engañando a sus propios hombres, sus intenciones son evidentes.

Theodegrance negó con la cabeza.

—No lo suficiente. ¿Dónde situar las tropas? ¿Cómo sabemos que el tal Drwyn será nombrado jefe de jefes? Basta con que un clan lo rechace para que su posición se vea seriamente comprometida.

—Pero aún podría mandar una fuerza considerable sobre Arennor, más de lo que podría contener con sus propios guerreros. Los nimrothianos no han perdonado a nuestros antepasados por romper sus lanzas y unirse al Imperio, Theo.

«¿Theo?» Duncan tragó saliva, impresionado.

—No es suficiente —insistió el emperador—. No puedo comprometer a miles de hombres en el norte por una corazonada, no cuando Gimrael tiembla como un cazo lleno de agua a punto de hervir. El preceptor suvaeano me envió un informe que corrobora la información, confirmada por mis propios agentes, de que el Culto está causando problemas. De momento no son más que altercados aislados, pero me atrevería a decir que no tardarán mucho en armarla de verdad.

Su tono adquirió cierta aspereza.

—Sé que crees que no hago caso de tus preocupaciones, Aradhrim, pero confía en mí si te digo que el resto del consejo no se mostrará tan comprensivo. Para ellos, vosotros las gentes del clan sois un tanto peculiares. No conocen vuestra historia con los nimrothianos y considerarán que los mastines de Maegern y lo del Velo no son más que cuentos para niños.

—Creía que eran legiones imperiales, no levas feudales —replicó Aradhrim, molesto—. Los soldados responden ante ti, Theo. Siguen tu estandarte y responden a tus órdenes, no las de Belistha, Syfria, Leah o Tylos.

Theodegrance esbozó una sonrisa torcida que le dibujó arrugas en las comisuras de los ojos castaños, a pesar de lo cual carecían de humor, eran fieros.

—Sí, lo hacen. Pero yo a quién respondo, ¿eh? Al consejo. Necesito algo más sólido que esto para convencerlos. Las guerras de la Fundación se libraron hace un millar de años. Pocos recuerdan ya lo que sucedió en realidad.

—No debieron olvidarlo. Nosotros no lo hemos hecho.

El tono de Aradhrim era peligrosamente suave. Duncan rebulló en el sillón, incómodo ante la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Los recuerdos se esfuman, amigo mío —dijo el emperador—. La mayoría de la gente vive su vida desde que nace hasta que muere sin preguntarse qué hay más allá del Velo. Sólo se preocupan de si habrá suficiente lluvia para las cosechas, o de si habrá demasiada y tendrán que buscar otro modo de ganarse la vida. Ahí empieza y acaba todo para ellos. —Extendió los brazos a los lados—. Lo siento, Aradhrim, pero así están las cosas.

Incluso Duncan, que no le conocía, reparó en que no habría forma de hacer que Theodegrance cambiase de opinión. Aunque saltaba a la vista que el emperador era un hombre cordial, un alma afable, la clase de persona que puede uno imaginar con los nietos en el regazo, o jugando en el suelo con sus cachorros preferidos, había en su mirada un fulgor de acero, la sensación de que tras la camisa desabotonada y los calzones con manchas de vino, había músculo.

Aradhrim también era consciente de ello. Se puso en pie.

—Entonces no creo que haya nada más que debemos discutir —dijo—. Arennor debe asegurar sus fronteras como crea más conveniente.

—Por supuesto. —El emperador se puso en pie con la misma rapidez. Para

tratarse de un hombre de su complexión, se movía como un felino. Tendió su mano—. Sé que harás lo correcto por tu pueblo, Aradhrim. Confío en tu buen juicio, igual que sé que tú respetarás el mío.

«No va a ayudarnos». Duncan se puso en pie.

—¡Pero tú lo recuerdas! —soltó, incapaz de detener el torrente de palabras—. Tú lo entiendes. Si los clanes franquean los pasos recaerá en Arennor rechazarlos. Sire, el nuestro es un pueblo valiente y lucharemos hasta la muerte, pero no podemos defender solos al Imperio. Sobre todo teniendo en cuenta que también debemos enfrentarnos a la Hueste.

—Duncan —le advirtió Aradhrim.

Theodegrance levantó la mano.

—No, deja que el muchacho hable. Cuentas con mi atención, joven. Di lo que tengas que decir.

Pero en ese momento, con la atención del emperador clavada en él y el silencio que reinaba en la estancia, a excepción del crepitar del fuego, Duncan fue incapaz de encontrar las palabras. Aquel vacío expectante era demasiado imponente para que lo llenara una sola voz. Agachó la vista, avergonzado.

—Discúlpame, sire. He hablado sin pensar.

—¿Cómo te llamas?

—Duncan, sire. Del clan Morennadh.

—Es mi primo —intervino Aradhrim. Un parentesco que en ese momento, a juzgar por la expresión mortificada del caudillo, no era lo bastante lejano.

—Comprendo. —El emperador extendió las piernas y dobló los brazos a la altura del pecho—. Tú estuviste presente en la fortaleza de Saardost cuando capturaron a esos exploradores.

—Así es, sire. Colaboré en el interrogatorio de uno de ellos.

—Por tanto crees, igual que tu primo, que esta amenaza de los clanes nimrothianos es real. Que esos mastines son de verdad.

Duncan aspiró con fuerza y le miró de nuevo a los ojos.

—Sí, lo creo.

—¿No podrían ser lobos, o, pongamos, gatos monteses?

—Llevo cabalgando por las llanuras toda la vida, sire. He visto qué son capaces de hacer lobos y gatos monteses a los rebaños, y no matan como estos mastines, sólo por el placer de matar. Si Kael estuviera aquí, él podría confirmártelo.

—¿Y quién es Kael?

—Uno de mis hombres. Ha visto un cancerbero de cerca. Le mató el caballo y le hirió el rostro.

Theodegrance meditó aquellas palabras unos instantes.

—Son bestias mitológicas, salidas de los cuentos para niños. Gentes del clan. Eso

es todo lo que verá el consejo. Aunque tu amigo Kael estuviera aquí, y pudiera llevarlo en presencia del consejo... —Sacudió la cabeza en un gesto de negación—. Mantengo mi decisión.

—Mi señor... —empezó a decir Duncan, que guardó silencio cuando Aradhrim puso la mano en su brazo.

—Siento echar por tierra tus ilusiones, Duncan del clan Morennadh, pero este Imperio funciona, y lleva ochocientos años haciéndolo, porque mis predecesores y yo no actuamos como si nosotros fuéramos los únicos responsables. Consenso —rugió el emperador—. Compromiso. El carro circula con mayor soltura cuando todos los bueyes tiran en la misma dirección.

Acompañó sus palabras con un guiño. El silencioso mayordomo se materializó, salido de las sombras, para abrir la puerta y dar la audiencia por concluida.

Cuando la puerta de las estancias privadas de Theodegrance se cerraron, dos guardias con el uniforme verde, propio de la guardia imperial, se pusieron firmes en presencia del caudillo. Éste apenas les dedicó una mirada cuando echó a caminar a paso vivo por el corredor. Duncan tuvo que apresurarse para mantenerse a su altura.

—Discúlpame si te he avergonzado, primo —dijo cuando los guardias se hubieron alejado—. He hablado sin permiso. Hemos hecho este largo viaje y nos vamos con las manos vacías...

—No te preocupes por eso. —Aradhrim habló con brusquedad, pero no se volvió hacia Duncan.

«Está más enfadado de lo que quiere mostrar. Por los huevos de Slaine, tendría que haberme mordido la lengua».

Su primo anduvo más rápido, y, al final del corredor, bajó la escalera de dos en dos, taconeando en los peldaños de mármol. Los sirvientes y subordinados se apartaron a su paso.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Duncan.

—Duerme un poco. Aquí tengo unas habitaciones que podrás utilizar. Por la mañana volverás a Flota. Los jefes se reunirán dentro de uno o dos días. Ya sabes lo que debes contarles.

—¿Y tú?

—Yo te seguiré con otra legión en cuanto me sea posible.

—¿Vas a llevarte de todos modos a las tropas? Pero...

Aradhrim se le encaró con una expresión tan dura que habría sido capaz de resquebrajar las piedras, el cabello canoso sobre las orejas.

—¡No me vengas con peros, Duncan! Theodegrance me pidió que protegiera Arennor, y por los huevos peludos de Slaine que eso es lo que pretendo hacer. No pondré en riesgo la seguridad de mi patria por ningún comité.

—¡Pero se trata del consejo imperial!

—¡No me importa!

Una doncella cargada con ropa de cama ahogó un grito y pegó la espalda a la pared cuando el hombre del clan pasó por su lado, caminando a grandes trancos.

—Mañana enviaré un jinete a Yelda, y traeré una de las legiones de Syfria en la reserva. Llevará su tiempo reunir los pertrechos y equipajes, sobre todo en invierno, así que hasta que llegemos tendréis que apañáoslas como buenamente podáis. El comandante de la guarnición de Flota, Brandt, sabe lo que se hace... Que se preocupe él por las tropas mientras tú te ocupas de los clanes. Aposta exploradores en todos los pasos, en todos los caminos de cabras que hay en las montañas Archen. ¡Quiero saber dónde orina Drwyn antes de que la primera gota alcance el suelo!

IS

Ido

Aysha se arrodilló sobre Gair en la cama deshecha. Montó a horcajadas sobre sus muslos, con la piel rojiza como un tigre a la luz del bril. Él observó cómo se acariciaba los pechos, jugando con ellos, atenta a su mirada de deseo. Los pezones oscuros se erizaron como picos al tacto de los dedos, pero cuando él extendió la mano ella se apartó.

«Aún no. No hasta que yo lo diga».

«Te deseo».

«Lo sé».

«¿Aun así vas a hacerme esperar?»

«Me gusta verte así, tan... subyugado».

«Siempre lo he estado. Ya lo sabes».

Con los ojos centelleantes, se precipitó sobre él para besarle, luego se retiró antes de que pudiera abrazarla. Le acarició el pecho con las yemas de los dedos, luego el vientre, hasta alcanzar la parte de él que más anhelaban sus caricias. Movía las caderas.

«¡Bruja!»

La risa sacudió sus pensamientos.

«¿Eso crees que soy?»

Trazó otro circuito por el vientre de él, lo bastante cerca esa vez para rozársela con el dorso de la mano, atenta a la reacción que alentaba su deseo. Él estrujó las sábanas con las manos para mantener su promesa de no tocarla.

«¡Me estás matando, por la diosa!»

Ella sonrió con la sensualidad de los últimos días de verano. Sus ojos nunca se apartaron de los de él, y alcanzó la sombra que tenía entre las piernas. El corazón de él martilleaba con fuerza. Tendrían que ser sus dedos los que se deslizaran por los pliegues sedosos, antes de hundirse en la humedad de ella. Su tacto hizo que se le acelerase el pulso. Ella movió rítmicamente la pelvis, presionándose el sexo sobre los

dedos que movía en círculos. El tamborileo de su pulso sanguíneo continuó aumentando.

La erección de él le supuso un dolor físico. Se la cogió con la mano. Bastaría con masturbarse un poco para acabar con todo, pero el alivio no era suficiente. Ella era lo que él anhelaba. Estar dentro de ella, muy dentro, cuando alcanzara el orgasmo y su canto se plegara sobre él para elevarlos a ambos, para alzar el vuelo.

Rodeó su cintura con el brazo para atraerla hacia él.

«No puedo esperar más».

Ella estaba lista; la penetró sin más, pues la necesitaba tanto que tuvo que hacer a un lado la paciencia. Sí, por los santos. ¡Sí! La sacó, volvió a penetrarla. Ella ahogó un grito.

«No pares».

Sus pensamientos se apilaron sobre los de él, alegres, y él supo que ella quería aquello, le quería a él tanto como él a ella. Los colores danzaron a su alrededor, blancos, azules y rojos vino tinto, dulces como el dulce sabor de sus pechos, sólo que mucho más embriagadores.

Ella le aferró de los hombros; las uñas se hundieron en su piel, pero él recibió el dolor con los brazos abiertos: suponía que ella estaba tan cerca como era posible. Quizá esa vez lo encontraría. Puede que en esa ocasión ella se dejara abrazar y, después, todo fuera distinto.

Pero el sueño terminó como siempre lo hacía, con el chasquido metálico de una puerta que se cerraba. Sudoroso, sin aliento, Gair levantó la vista hacia las cortinas vaporosas, pálidas como fantasmas apiñados en torno a los postes de la cama. La había perdido. Cerró los ojos con fuerza. Por la diosa, la había perdido. Presionó sobre su rostro la almohada que tenía en los brazos, e intentó conjurar el aroma de su piel, pero lo único que percibió fue el olor a rancio de las sábanas y las plumas polvorientas que le hacían cosquillas en la nariz. No quedaba ni rastro de su perfume.

Abrió de nuevo los ojos y dejó la almohada sobre su pecho. Tendría que recordarla tal como había sido. Después del tiempo que habían pasado juntos, primero como alumno y profesor, después como amantes, ella se había convertido casi en una parte de él, algo que había tocado, que había palpado, pero ahora lo único que podía recordar era cómo había sido al final, cómo había acabado rota, ensangrentada, en sus brazos.

Un sollozo se abrió paso en su pecho. Todo colmillos y garras, se aferró en sus pulmones, le desgarró la garganta en un empeño por alcanzar el exterior. Apretó los dientes con fuerza. Le temblaron los hombros, pero no estuvo dispuesto, no quiso, permitirle aspirar aire. En lugar de ello lo ahogó con la almohada que estrujaba entre las manos, hasta que cesaron las sacudidas y el sollozo murió.

Sólo cuando se hubo asegurado de que había desaparecido, apartó la almohada y

permaneció tumbado, contemplando la oscuridad. Estaba exhausto. Le dolía todo el cuerpo, pero no pudo dormir más que un par de horas. Llevaba casi un mes sin ser capaz de dormir una noche entera. Había demasiados sueños, la noche le deparaba muchos recuerdos. Aquello que debió ser dulce se tornó amargo, aquello que debió sobrevivir se volvió frío, vacío y gris.

Una imagen, desatada, se alzó desde la cripta subterránea que había bajo la capilla, iluminada por las cadenas de diáfanos brils, y las comadres de Pencruik, remangadas y con el cabello cubierto por pañuelos, lavaban a los muertos.

«¡Déjame pasar, Saaron!»

«No, muchacho. Deja la labor en manos de quienes están acostumbrados a realizarla».

«Yo tendría que cuidar de ella, no unas extrañas».

«Entiendo. Sé que duele, pero si lo haces nunca volverás a verla como era, y nunca serás capaz de olvidarlo. Confía en mí, así es mejor».

¿Mejor? La amargura frunció los labios de Gair hasta convertir su expresión en una mueca. ¿Acaso se sentía mejor? No podía imaginar nada peor.

De pronto, una ira lacerante prendió en su interior. Se incorporó y arrojó la almohada al extremo opuesto del cuarto. Fue a caer en las puertas del armario con tal fuerza que abrió una de ellas lentamente.

Savin. Bastó con pensar en ese nombre para crispas en puños las manos de Gair. Savin, con sus trucos y sus pantomimas, o el modo que tenía de jugar con las vidas ajenas. Como le sucedió al pobre Darin, un peón sacrificado para arrinconar al rey en un jaque mate, como si no fuera nada. Como si no importara.

—Tendría que haberle matado —murmuró.

«Hiciste lo posible en Cinco Hermanas».

Ella estaba de pie en las sombras, observándole, apoyada en la puerta abierta del armario. El corazón de Gair latía desbocado.

«No bastó con hacer lo posible». Ni siquiera se había acercado. Tenía que ser más rápido, más fuerte, y haría pagar caro a Savin las bajas que había causado en el ataque a la casa capitular, hasta la última mísera moneda.

«No seas tan duro contigo mismo, leahno. También podrías culpar a Alderan, o a Godril, o a los demás que estuvieron presentes la última vez».

«Pero tendría que haberlo detenido cuando tuve ocasión. Si lo hubiese hecho, tú seguirías aquí. ¡Te he fallado, Aysha!»

Ella se esfumó al pestañear, dejando en su lugar la luz de la luna reflejada en su vestido preferido, que colgaba aún de la parte interior de la puerta. Un pliegue del tejido, las sombras y la pérdida habían hecho el resto. Enterró el rostro en las manos.

Por todos los santos, qué cansado estaba. Le escocían los ojos y sentía un dolor tras ellos que nunca cesaba hiciera lo que hiciese. Estaba tan cansado que hablaba con

un fantasma.

Cerró con fuerza los ojos, y apretó la cabeza en las manos.

—Te echo de menos, *carianh*.

Pero Aysha no respondió. Ahí sólo estaba él, pero el viento tardío que soplaba en el exterior hizo temblar los cristales de las ventanas que daban al balcón, las encontró cerradas y siguió su camino.

Aysha había muerto.

Casi eran las nueve cuando Sorchal anduvo por el paso cubierto en un lateral del patio de prácticas, con el abrigo al hombro y la camisa desabotonada. Gair abandonó la primera posición y hundió la punta de la espada en el polvo, delante de él, para apoyarse a continuación en el puño. Era la tercera vez que el elethrainiano le plantaba en lo que iba de semana.

—Buenas tardes —saludó, seco.

Con una sonrisa torcida, Sorchal le dirigió un elaborado saludo.

—¡Buenas, señor caballero! Que la diosa te bendiga en esta hermosa mañana. — Trastabilló al levantarse, lo que echó a perder el efecto deseado.

—¿Aún estás borracho?

—Eso es más que probable.

Gair exhaló un suspiro.

—Creía que hoy habíamos quedado a media mañana para practicar.

—Ahí, sí, respecto a eso. —En esa ocasión, Sorchal se mostró sinceramente contrito, agachó la cabeza y se rascó el pelo enmarañado. La barba de días en el mentón le dio a entender que llevaba toda la noche fuera. Los ojos verdes relampaguearon y la sonrisa torcida volvió, luego se encogió de hombros, como si con ese gesto pudiera enderezarlo todo.

—Tuve que... desviarme.

—Comprendo. —Gair sopesó de nuevo la espada y cerró un ojo para seguir el trazado de la hoja hasta la punta, intentando contener el enfado—. ¿Cómo se llama?

—Molly, creo. O tal vez Maisie. Ojos azules, pecas, tan redonda que quería comérmela. Y eso fue lo que hice. —Sorchal dejó el abrigo sobre el pasamano y se recostó en él—. Si quieres saber mi opinión, eso es precisamente lo que tú necesitas.

—¿Qué?

—Necesitas una mujer.

—¿Perdona? —Gair se le quedó mirando.

—Una mujer que te absorba parte de esa intensidad.

Hubo un tiempo en que una frase así le habría sonrojado. Pero en ese momento se sintió algo insultado por el hecho de que alguien, por mucho que se tratase de Sorchal, pudiera suponer que había superado el dolor tan rápidamente.

—Es demasiado pronto.

El elethrainiano chascó la lengua.

—Mira, sé que sólo ha pasado un mes...

—Menos.

—... Pero hay una casa en Patio de Tresmonedas. Es un lugar muy discreto, con camas de pluma y un desayuno estupendo después. —Sacó un imperial de oro del bolsillo y lo lanzó al aire—. Ten. Un regalo de amigo a amigo.

En el punto más elevado de la trayectoria, la moneda reflejó la luz y centelleó, brillante como la coronilla de un águila de fuego. Gair entornó los ojos para mirar al cielo y siguió su trayectoria hacia él.

Veinticuatro días, diecinueve horas, y treinta y tantos minutos. No era preciso, no tenía que serlo. Ya no los consideraba días perdidos, éstos tenía el resto de su vida para contarlos, sino los días que faltaban para vengarse. Ninguna otra medida del paso del tiempo tenía sentido para él.

Levantó la hoja de la espada. Siguió el entrechocar del metal, y Sorchal tuvo que agacharse cuando la moneda pasó girando sobre su cabeza hasta rebotar en la pared que había detrás de él.

—Qué coño, Gair, no estamos hablando de furcias portuarias, ¿sabes? —gruñó mientras recorrió los tablones polvorientos hasta el lugar adonde había ido a caer la moneda. Pasó la yema del dedo por el borde donde el acero de la espada de hoja larga había mordido la superficie del oro—. Son buenas chicas, muy limpias, y puedo dar fe de sus talentos. Hay una pelirroja que podría levantársela a un muerto...

—¡Por todos los santos, Sorchal! —Gair le miró boquiabierto. La calidad de las jóvenes no estaba en entredicho—. ¡No!

—¿Porque se trata de un intercambio comercial?

—Ése es un buen motivo.

Un tratante de esclavos había dejado su marca en el cogote de Aysha: el tatuaje de una luna creciente con estrellas entre los extremos. «No es más que tinta», había dicho ella, pero para él era como la marca que hacen al ganado, y odiaba la idea de que alguien pudiera haberla marcado para dar fe de que era de su propiedad. De ahí a que alguien tuviera un establo lleno de mujeres y alquilara sus servicios por horas o noches había un paso.

—Es una simple cuestión económica, amigo mío. Proporcionan un servicio esencial y cobran por ello. ¿Qué problema hay en eso? —Sorchal le dirigió una sonrisa desganada, forzada—. Yo digo que viva el espíritu emprendedor.

Una mujer no era lo que necesitaba. Ni de lejos. Gair flexionó las manos en torno al puño de la espada de hoja larga, oscuro debido al sudor de dos horas practicando las rutinas, y se imaginó lanzándose al tajo sobre la camisa de seda de color llamativo.

—No, gracias, Sorchal.

—Otra vez a vueltas con esos caballerescos principios tuyos —dijo el elethrainiano, cruzado—. ¿Sabes una cosa? Serías mejor compañía si te mostraras más flexible de vez en cuando.

Gair apretó con fuerza los dientes.

—No entiendes nada.

—¿No? ¿Y quién tiene la culpa de eso? Soy tu amigo, Gair, o creía serlo, pero no hablas conmigo. Ni siquiera puedo convencerte para que echemos un trago. —Las palabras surgieron como las aguas de una inundación que supera las paredes de una presa—. Acudo a diario y practico con la espada contigo hasta que eres capaz de empuñar ese espadón y cortar la mecha de una vela, pero no vas más allá. No hablas, ni siquiera ríes. Sólo quieres matar.

Bajó la punta del arma y clavó de nuevo la espada en el suelo.

—Y tú crees que el modo más rápido de superar la pérdida de una mujer es acostarse con otra. Yo no soy como tú, y ella no significaba tan poco para mí.

Sorchal nunca lo entendería. Cambiaba de chica como quien se cambia de camisa, y lo más raro era que a ellas parecía gustarles. Comían de su mano como pajarillos enjaulados, y suspiraban y revoloteaban a su alrededor cuando las abandonaba sin pronunciar una palabra más alta que la otra. Él se comportaba como un animal, y ellas le amaban por ello.

Mordiéndose los labios, Sorchal le observó un largo instante.

—Eso parece —dijo finalmente, antes de exhalar un suspiro—. De acuerdo. Deja que me tome media hora para desayunar y enjuagar el vino, y nos vemos de nuevo aquí.

Gair negó con la cabeza.

—Si no estás en plena forma no vale la pena. Duerme un poco.

—Entonces ¿mañana?

—Mañana. —Arrancó la espada del suelo, y limpió la hoja en la pernera del pantalón—. A media mañana, si puedes.

El elethrainiano devolvió el abrigo al hombro y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Necesitas otro pasatiempo, amigo mío.

Se alejó. Antes de abandonar el patio se puso a silbar una tonadilla, algo con un ritmo vivaz que dio a entender que la velada no se había limitado a la bebida y el alterne. Por un instante, Gair se preguntó si le costaría tanto pasar una hora metido en el Dragón Rojo. Puede que no. Tal vez visitaría el lugar la semana siguiente, o la otra. Pero no ese día.

Se quedó frío tras permanecer inmóvil ese rato; movió los hombros para flexionarlos, y se cambió el arma de mano mientras caminaba hacia la mitad del patio, donde se dispuso a ejecutar de nuevo las rutinas de espada.

Una figura surgió de las sombras del camino oriental. Ni siquiera tras hacerse visera con la mano distinguió de quién se trataba, debido a la intensidad con que brillaba el sol, pero tenía la altura y los andares de un hombre.

—Y ahora ¿qué? —murmuró, bajando la espada, antes de añadir, levantando el tono de voz—. ¿Sí?

—Sorchal sólo pretendía ayudar. —Era Alderan.

Aquellas últimas semanas no había visto mucho al guardián. Habían cruzado algunas palabras en un corredor, o un saludo en el refectorio. Poner algo de distancia le había ayudado, y aún lo hacía. Era una distracción menos que tener en cuenta en la labor en que se había volcado.

Gair escarbó el suelo con la punta del calzado, concentrado en la respiración, levantando lentamente la hoja de la espada a modo de saludo marcial.

—Sorchal nunca ha amado a una mujer más tiempo del que le haya llevado deshacer los nudos de su corsé —dijo, dirigiendo las palabras tanto al acero que tenía en las manos como al hombre situado en el extremo opuesto del patio—. No lo entiende.

—Pero eso no es motivo para comportarse así con él. —Alderan alcanzó la escalera que llevaba al patio, y se sentó en el último peldaño, apoyando los antebrazos en las rodillas—. ¿Qué te estás haciendo a ti mismo, Gair?

—¿No es evidente?

—Ya has vencido en tres ocasiones de cinco enfrentamientos a Haral. Arlin no practicará más contigo. Sólo Sorchal está dispuesto a hacerlo, y me sorprendería que siga haciéndolo mucho más tiempo. Te estás quedando sin amigos.

«Equilibrio. Respira. Siente cómo la tensión abandona tus músculos, relajados pero alerta».

—Arlin nunca ha sido mi amigo. —«Y empieza».

Paso a paso, la finta se transformó en un embate a fondo, una guardia alta se convirtió en un barrido de acero como el descenso de un halcón sobre la presa, luego rompió, se dio la vuelta: bloqueo, parada, y danza, pasando de una a otra rutina, enfrenteado a un oponente invisible con el aliento mínimo y el sonido del acero que rasgaba el aire. Sintió la mirada de Alderan, que recorría todas sus evoluciones a lo largo del patio, pero dentro de su perfecta esfera de concentración el escrutinio del anciano se estampaba como la lluvia en la contraventana. Como el sudor que le recorría la columna mientras el sol calentaba el día y la espada de hoja larga volaba.

De un lado a otro del patio, y vuelta a empezar, sus pies removían la tierra. Más rápido, más fluido; no sintió el tejido de los pantalones blancos, el sudor que se formaba en la cintura. Se acercaba a ese punto en que el tiempo se volvía elástico, el punto en que su mano, la muñeca y el brazo se movían con mayor rapidez que una serpiente, más veloces que el pensamiento... Entonces Alderan habló de nuevo y lo

quebró.

—Acompáñame al sur.

Gair calculó mal el siguiente movimiento y la punta de la espada dibujó una línea peligrosamente próxima a la punta de sus pies.

—¿Qué?

—Que vengas conmigo a Gimrael. Creo saber dónde podríamos averiguar el paradero de la semilla estelar de Corlainn, y no me vendría mal tu ayuda.

Gair se irguió, jadeando. En Leah, la nieve apenas habría asomado en los ventisqueros, pero en las islas Occidentales, la primavera estaba muy avanzada y reinaba un ambiente cálido como un verano septentrional.

—Tengo trabajo, Alderan.

—No creo que por la facultad te hayan visto el pelo en lo que va de mes —señaló el anciano—. O bien andas por aquí, o bien sabe la diosa dónde, tras adoptar otra forma.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, y eso es lo que me preocupa. Te esfuerzas tanto para convertirte en el arma perfecta que no dedicas el tiempo necesario para curarte. —Alderan se levantó y bajó tres crujiertes peldaños hacia el patio—. ¿Sigues teniendo pesadillas?

Roto el ritmo, Gair bajó la espada y dejó de nuevo apoyada la punta en la tierra.

—A veces —respondió sin concretar. Hundió repetidas veces el extremo del arma, haciendo agujeros en el terreno compacto—. La mayoría no son más que recuerdos confusos, mezclados entre sí. Tanith me dijo que llevaría tiempo poner las cosas en su lugar.

—Necesitas poner distancia, respirar aire fresco.

Gair vio cómo la punta hacía más agujeros en sus sueños; apenas era consciente de cómo se contraía y relajaba la mano, y tampoco acusaba el peso del acero. Los demás sueños eran los que más dolían, los que le dejaban anegado en lágrimas, con una presión en el pecho como si sus pulmones estuvieran hechos de hierro frío y oscuro.

—Sabes que no puedo volver al continente. La Iglesia se ocupó de ello.

—Entonces acompáñame. Es verdad que el desierto no está exento de peligros, pero al menos está lejos de aquí. —Alderan adoptó un tono de voz más suave—. Hay recuerdos a los que no debemos aferrarnos, muchacho.

—¿Y tú crees que Gimrael me ayudará a olvidar? —preguntó Gair con amargura—. ¿Un lugar donde cada rostro que vea me la recordará? —Otro pinchazo en la tierra, más hondo que los demás; se apoyó en el puño de la espada, hundiéndola más, sin levantar la vista.

—No.

La idea de dejar atrás a Aysha, por mucho que se hubiera convertido en ceniza, le

llenó de una sensación rayana en el pánico. No estar entre los objetos que ella había tocado, no existir en el espacio que ambos habían compartido... No. No podía, no iba a hacer algo así.

Mientras hundía más hondo el arma, el polvo cubrió la hoja, que perdió su brillo. También había cubierto el filo, pero eso tenía solución si dedicaba unos minutos a afilarla con la piedra. Agujerear el suelo le resultó extrañamente satisfactorio; le recordaba a hundir un palo en la arena húmeda que había al pie del promontorio de Drumcarrick en las tardes veraniegas, con la esperanza de encontrar navajas que poner a hervir al fuego que encenderían en la playa.

—Haral me contó algo que había aprendido en las guerras del desierto, en Samarak —dijo Alderan con aire ausente—. Me dijo que escoger el mejor terreno supone media batalla.

»Se trata de una de las cosas que nos enseñaron en la casa materna. —Finalmente Gair puso la punta de la espada entre sus pies, y apoyó en el puño ambas manos, mirando a Alderan a los ojos—. También nos enseñaron que a veces no tenemos elección. A veces tenemos que llevar la batalla al lugar donde esté nuestro enemigo.

El anciano no pestañeó.

—No permitiré que vayas al norte tras él, Gair.

Gair arrugó el entrecejo.

—No puedes detenerme.

—De hecho, puedo —aseguró Alderan, rascándose la barba—, pero preferiría que actuaras con sensatez. Cuando no puedes derrotar a alguien mediante la fuerza bruta, tienes que recurrir a la astucia. No es algo que deba avergonzarte. Ten paciencia.

Se le aceleró el pulso considerablemente, consciente de cómo la sangre le fluía por las venas. Gair miró al guardián del Velo.

—Has dicho «cuando», no «si». Tú no crees que sea capaz de vencerle.

—¿En este momento? —El anciano frunció los labios como quien medita algo—. No, no lo creo. En un combate justo, tal vez, pero a Savin nunca le han interesado esa clase de enfrentamientos. En Gimrael podríamos encontrar el modo de cortarle las alas sin que se entere siquiera. —Mostró los dientes—. No es una táctica tan directa como la tuya, pero podría resultar más efectiva, al menos hasta que te hayas recuperado del todo.

Herido, Gair se dispuso a protestar.

—No necesito que nadie cuide de mí, Alderan. Estoy bien...

—¿De veras? ¿De verdad lo estás? —El joven clavó en él sus ojos azules, fríos como el hielo glacial bajo las cejas pobladas, y tuvo que apartar la vista antes de ver demasiado en ellos—. ¿Te acuerdas de que el año pasado me diste tu palabra de que, llegado el momento, te pediría que hicieras algo por mí y tú lo harías?

La posada de Dremen. Gair sintió una ansiedad creciente que le aplastó las

costillas. Miró el terreno. Si el anciano apelaba a esa promesa, no tendría más remedio que acompañarle.

Alderan lanzó un gruñido, satisfecho.

—Veo que sí te acuerdas. Pues ha llegado el momento, y aquí me tienes, recordándotelo. Acompáñame a El Maqqam, y tal vez podamos acabar de una vez con este condenado asunto.

Todo rostro un reflejo de Aysha, toda voz un eco de la suya. «No me pidas que lo haga», pensó.

—No puedo.

El rostro decidido del anciano no mudó la expresión. Si acaso la endureció.

—Tú y tu voluntad, Gair —protestó con despecho—. Por tu honor: haz esto que te pido y estaremos en paz.

—Ah, pero es que ya lo estamos. —Gair giró sobre los talones y anduvo hacia el lugar donde había dejado la vaina. Envainó el arma, y volvió la vista hacia el anciano—. Haré que pague. Pongo a la diosa por testigo que haré que Savin muerda el polvo.

—Y una vez lo hayas logrado, ¿qué? —exigió saber Alderan—. Cuando llenes con odio el agujero que hay en tu corazón, de modo que no quede espacio para nada más, ¿cómo te irán las cosas cuando ya no tengas ninguna otra cosa que odiar?

—¡No lo sé! —Gair arrojó la espada al suelo—. ¡No lo sé, Alderan! ¡Soy incapaz de ver más allá de lo que tengo que hacer a continuación! Ya me ocuparé de eso cuando llegue el momento.

Cuando pensaba en el futuro, el futuro era la muerte de Savin. El camino se extendía hasta un cadáver; no había nada más allá, aparte de la negrura, como si su importancia fuese tan enorme que emborronara toda la luz del mundo que había más allá de ese punto.

Alderan se le acercó con intención de ponerle la mano en el hombro, seguramente para consolarle, pero el joven se apartó como si aborreciera la perspectiva de establecer contacto.

—Tengo cosas que hacer —dijo, recogiendo la espada y colgándose la correa del hombro.

La mirada del anciano le siguió a lo largo del patio, pesada en el cogote debido a las palabras que habían quedado pendientes de pronunciarse. Cuando alcanzó la escalera opuesta y se dispuso a subirla, Alderan dijo a su espalda:

—Voy a exigirte que cumplas con lo prometido, Gair: Dentro de tres días embarcaremos rumbo a Gimrael.

«Tres días. Luego nos embarcaremos en una colosal pérdida de tiempo». Pero había dado su palabra, maldita fuera, y era tarde para retirarla.

La ira del joven revoloteaba en la mente de Savin como una abeja que topa con una

ventana, dándose cabezazos con el cristal una y otra vez, como si bastara con la persistencia para atravesarla. Casi era divertido. Y pensar que había depositado tantas esperanzas en el muchacho, y en su potencial.

—Fuerte, pero, ay, tan estúpido —murmuró Savin. «¿Es que no comprendes que puedo oírte?»

Por supuesto, «oír» era una palabra demasiado fuerte; no podía distinguir las palabras concretas, pero cuando las emociones eran tan exacerbadas y, sobre todo, cuando apuntaban hacia él, era capaz de percibir las como cuando se percibe el peso de una mirada. Esas emociones en concreto eran muy intensas. Odio. Miedo. Una mezcla pantanosa de dolor, muerte y venganza que bebía de él como lame el cieno la bota que lo pisa.

—Vaya, vaya, vaya, menudo infeliz estás hecho, ¿eh? —dijo al aire, sirviéndose más vino—. Si no te andas con ojo acabarás haciendo un estropicio.

Había esperado contar con un dominio mayor de los pensamientos de Gair, pero aquella sanadora había hecho bien su trabajo, muy bien, además de ser rápida como un cuchillo. Había reconocido lo que había hecho y protegido al joven con un escudo, para después utilizar la propia fuerza del leahno como arma con la que arrancar el ascendiente que tenía sobre él antes de que arraigara del todo. En lugar de una ventana a la mente de Gair, tan sólo tenía un amarre, una sombra de lo que tendría que haber sido, pendiente de la capa superior del escudo: todo impresiones, ningún detalle. Por divertido que fuera percibirlo, hasta el momento había resultado completamente improductivo.

Se recostó en la silla, con los pies extendidos hacia el fuego. Por mucho que ese fracaso le decepcionara, no podía evitar sentirse impresionado por la destreza de la joven. Sorbió el vino, ocioso, preguntándose si era tan guapa en la vida real como la había visto en la mente de Gair.

El pájaro de fuego le miraba sin pestañear desde la jaula de hierro que había en un rincón. Tenía las plumas difuminadas, manchadas, pero incluso a esa distancia fue capaz de olerla: la nota acre de sudor, el fuerte olor de su coño saqueado. El olor del animal resultaba tan repelente como excitante. Hacía un llamamiento directo a su cerebro, al punto donde anidaban los deseos que aún no podía desatar. No por el momento. Tendría que dejar para más adelante lo de encontrar el modo de hacerle gritar.

Los usos del poder

En el agua, otra Teia aprendía a trabajar con fuego.

Se vio a sí misma sentada con las piernas cruzadas, igual que lo estaba en ese momento, envuelta por la cálida luz dorada de la lámpara de arcilla que descansaba en el suelo. A su alrededor se dibujaba la promesa formada por alfombras y cojines, suficiente para saber que se encontraba en la cueva del jefe, igual que lo estaba ahora.

Al principio la imagen se mostró borrosa, como su reflejo en la superficie. Cuando empezó a aclararse surgieron los detalles: los pliegues de las prendas de Teia, que eran otras, el brillo, el fulgor de un collar de cuentas. La llama se reflejaba en los ojos de la otra Teia, y mientras miraba, se extendía tan larga como larga era su mano, para luego apagarse y adoptar un fulgor azulado cerca de la mecha, antes de recuperar su forma normal. Casi alcanzó a oír el susurro de la llama mientras estaba danzando.

«Cuidado», se advirtió Teia, recordando los consejos de Ytha. Efectuar la adivinación consistía en observar; era peligroso dejarse arrastrar a la imagen del agua, o intentar alterarla, tal como le había advertido la portavoz. Tan sólo podía observar, viera lo que viese.

No obstante, sintió en la boca del estómago la emoción del triunfo. Por fin había aprendido a controlar su don: el agua le mostraba un atisbo del futuro que ella había escogido, en lugar de fragmentos inconexos que era incapaz de situar en el tiempo.

Justo cuando sintió cómo se le curvaban los labios en una sonrisa, vio los colmillos blancos del cancerbero cerrar sobre la imagen y arrebatarla.

Teia se apartó. Tenía los ojos abiertos como platos y el corazón le latía con fuerza en el pecho, pero delante de ella no había ningún cancerbero, sólo Ytha, con las piernas cruzadas sobre un cojín, igual que había estado a diario desde hacía un mes ya, desde antes de Primeraluna. Entre ambas, el agua en la amplia palangana de bronce tembló y la imagen desapareció.

—Casi lo tenías, niña —dijo Ytha—. Vamos, vuelve a intentarlo. —Se inclinó para alcanzar las manos de Teia y colocarlas de nuevo en el borde de la palangana.

—He visto un cancerbero. —Las palabras surgieron tímidas, pequeñas, como pronunciadas por un timorato—. En cuanto vi la imagen con claridad, un cancerbero la mordió.

—¿Te mordió?

—No, mordió a la adivinación. El cancerbero dio un mordisco y la imagen desapareció.

Se esforzó para recordar los detalles; el cancerbero había saltado a través de sus pensamientos en un latido de corazón. Siempre sucedía lo mismo: la criatura tan sólo permanecía lo suficiente para que ella pudiera reconocerla, antes de desaparecer de nuevo, sin dejar nada excepto una gélida aprensión en la boca del estómago.

Se acarició la frente y se frotó los ojos, pero no había nada más que contar. Además, aprender a guiar la adivinación era un don demasiado valioso para desperdiciarlo.

—Lo siento, portavoz. ¿Podemos volver a intentarlo?

—Por supuesto.

Teia tomó las manos que le tendía la portavoz, y apoyó las muñecas en el borde de la palangana de bronce, antes de cerrar de nuevo los ojos. En cuanto hubo alcanzado una hebra de esa gloriosa melodía para iniciar la adivinación, las enormes pezuñas le golpearon el pecho.

Sintió que el golpe la empujaba hacia atrás sobre los cojines. La gigantesca bestia se situó sobre ella, aplastándole el pecho, momento en que se quedó sin aire. El cancerbero acercó sus fauces, dispuesto a aplastarle la cabeza como si fuera una cáscara de huevo, para luego detenerse a escasos dedos de su rostro. Vio los ojos rojos que la miraron enajenados. Los labios se plegaron para dejar al descubierto los colmillos, y la bestia soltó un gruñido que sonó perturbador en cuanto al parecido que guardaba con la risa, todo ello mientras su hediondo aliento le daba en la cara. Teia se esforzó por respirar, pero el peso la aplastaba. Sintió que le ardían los pulmones, intentó forcejear, escurrirse, librarse de la descomunal bestia, cuyo rostro hizo una mueca de advertencia, goteando saliva sobre el vestido de la joven. Podía matarla en un abrir y cerrar de ojos, y quería que lo supiera.

Un grito desgarró la garganta de Teia, pero no tenía aliento para darle voz, así que no fue más que un gemido. Luego el peso desapareció, y con él lo hizo el cancerbero.

Abrió los ojos y aspiró aire con fuerza, como si acabara de asomar a la superficie del agua. Exhaló, aspiró de nuevo, y el ardor de los pulmones empezó a disiparse. Sólo entonces asumió que seguía sentada, derecha, y que la sensación de que la derribaban y asfixiaban no había sido más que una mera ilusión.

La portavoz la miraba ceñuda.

—¿Qué has visto?

Esa vez Teia tendría que contárselo todo. Ese día, Ytha había escogido enseñarle

adivinación, y no tenía manera de saber hasta qué punto su visión se había trasladado al agua.

—Me he concentrado en el día de mañana, tal como me has pedido, y nos he visto con una lámpara. Tú me enseñabas a trabajar con fuego. En cuanto la imagen se ha completado, un cancerbero ha saltado sobre mí. Cuando he vuelto a intentarlo, el cancerbero me ha derribado y se ha situado sobre mí, dispuesto a arrancarme la garganta a dentelladas.

—¿Un cancerbero?

—Uno de los mastines de Maegern —dijo, odiando el regusto que dejaron aquellas palabras.

La expresión de Ytha se enfrió.

—¿Qué sabes al respecto?

—En la reunión, Maegern prometió que enviaría a sus mastines, ¿no? Creo... Sé que he visto a uno de ellos. —Oyó de nuevo la voz del Cuervo, arañando la parte interna del cráneo como con garras, y se estremeció—. Me ha amenazado.

La portavoz sorbió.

—Creo que es posible que tengas demasiados cuentos en la cabeza —dijo—. Los mastines no te desean ningún mal.

Entonces ¿por qué había tenido la sensación de que la bestia le hacía una advertencia? Una demostración de su poder, de lo que sucedería si se interponía en su camino.

—Tan sólo recuerdo fragmentos de la invocación, pero veo continuamente imágenes de Maegern en mis sueños. Sus mastines me persiguen, y allá dondequiera que mire veo desolación.

—Has visto nuestra victoria, eso es todo —repuso Ytha, furibunda—. Has visto a nuestros enemigos huyendo ante nosotros, tal como ella prometió que sucedería. Tu imaginación te lleva a ver monstruos en las sombras, niña.

«No. Sé que no es así». Teia llenó de aire los pulmones para darse coraje.

—Tengo miedo, portavoz. Temo lo que ella pueda hacer cuando esté liberada.

Ytha irguió la espalda. Teia la vio envolverse con la autoridad propia de la portavoz del clan igual que una mujer se habría cubierto con un abrigo.

—Ella nos ayudará, a cambio de que la correspondamos.

—¿Qué ayuda podría necesitar de nosotros uno de los dioses ancestrales?

Una arruga se dibujó entre las cejas de Ytha.

—Haces demasiadas preguntas.

Teia bajó la barbilla, intentando contenerse.

—Perdóname, portavoz, pero estos sueños me inquietan. Tengo... dudas.

La portavoz tomó su mandíbula con la mano huesuda para obligarle a mirarla. Los ojos verdes, llameantes, miraron a los suyos, gélidos y distantes como el

estandarte de Finndail que ondeaba en el cielo a medianoche.

—¿Dudas de la palabra de la diosa, niña? Nos prometió ayudarnos. ¿Estás dispuesta a tacharla de mentirosa?

—No —respondió Teia tras titubear. Un pánico creciente le tiñó el tono de voz, pero estaba dispuesta a insistir porque tenía que lograr que Ytha entrase en razón por el bien de todos—. No sé qué te dijo, pero creo que oíste lo que ella quiso que oyeras. Una vez libre ya no te necesitará. Hará lo que siempre ha hecho y dejará que la Hueste corra desbocada.

No habría dejado tan aturdida a la portavoz ni después de abofetearla en plena boca. Enarcó ambas cejas; por un instante se le cayó la máscara y Teia vio el rostro de la mujer que ocultaba, una mujer que en tiempos debió de poseer una belleza considerable, antes de que el viento que sopla en las llanuras le arrebatara la tersura de la piel y surgieran las arrugas en el curtido que había dejado a su paso. En un abrir y cerrar de ojos las arrugas dieron pie a una mueca de desprecio.

—¡Blasfema!

El poder de Teia la alertó. Abrió la boca para hablar, pero la magia de Ytha relampagueaba en sus dedos mientras ordenaba las palabras que iba a pronunciar.

—¿Cómo te atreves a hablar así de uno de los dioses ancestrales? ¿Cómo osas hablar así de mí? Soy la portavoz de los Crainnh —siseó como una víbora—. Fui yo quien invocó a Maegern, quien negoció con ella en beneficio de los clanes. Nadie más podría haberlo hecho, nadie se atrevió a hacerlo antes de que yo les mostrara el camino. Nuestra victoria contra los usurpadores servirá de inspiración a las canciones de nuestros sucesores, y todo prosigue de acuerdo a mis planes. ¡No lo olvides!

Entrecerró los ojos. Teia vio su propio rostro reflejado en ellos, exangües de puro miedo, y por un instante aterrador pensó que Ytha iba a quemarla viva sin más.

—¿Y qué me dices de ti, Teia? No dabas muestras de poseer el talento hasta que te viste atrapada en mi tejido, y ahora aprendes de prisa. ¡Mucho! Para ser novata demuestras poseer una fuerza poco común. El poder es como un músculo, necesitas trabajarlo para que crezca. ¿Cuánto hace que llevas practicando en secreto? ¿Desde cuándo eres consciente de tu poder? —Pellizcó con fuerza la mandíbula de Teia, hundiendo las yemas de los dedos en sus mejillas—. ¡Respóndeme, niña!

El impulso anegó la mente de Teia. Se apoderó de ella, la sacudió, la dobló a su voluntad. Respondería; tenía que hacerlo. Era consciente de su don desde que Macha la hizo sangrar por primera vez; ¿cómo había podido pensar que podría mantenerlo en secreto? No había nada que Ytha no supiera, nada que no pudiera averiguar. Sería preferible sincerarse a esperar a que la portavoz se introdujera en su mente y tomara lo que fuera por la fuerza. La rendición era la única alternativa posible.

—¡Respóndeme!

Oleada tras oleada, Ytha proyectó su voluntad sobre Teia hasta que la joven pensó

que cedería bajo su peso. Sus labios se dispusieron a pronunciar las palabras y, en su desesperación, se abrió a la música que había en su interior.

—No.

Ytha retrocedió cuando el impulso cedió.

—¿Qué haces? ¿No irás a desafiarme?

Esa vez surgió como un deslizamiento de rocas, impactando contra Teia golpe a golpe. Recurrió a su poder y erigió un escudo. Ytha proyectó su voluntad sobre la superficie del escudo, pero no alcanzó a mellarlo.

Asombrada, Teia intentó comprender lo que había hecho. Si cerraba los ojos, podía ver las hebras de su magia tejidas a su alrededor, en torno a un lugar inmóvil en cuyo centro se encontraba. Paredes de música potente, dulce, la rodeaban, trenzadas con colores centelleantes; tras ellas, la furia de la portavoz se deshacía en la discordia. Podía asentar los pies ahí, en esa calma. Nada podía moverla de ese lugar.

—No —dijo de nuevo. Con una mano asió la muñeca de Ytha, que apretó. Los dedos de la portavoz temblaron, y Teia apartó la mano de su rostro.

»Lo he visto, portavoz —insistió, poniéndose en pie—. Si cumples con tu parte del trato, Maegern soltará a la Hueste en la llanura, y entonces descubrirás que no puedes detenerla. Ella acabará con todos nosotros.

—¡Mentirosa! ¡Qué sabrás tú!

—Lo sé. Lo que veo en sueños es la verdad. Puede que no siempre los comprenda hasta que los sueños se hagan realidad, pero nunca he errado.

—¡No eres más que una aprendiz advenediza! —la acusó Ytha—. ¡Qué sabrás sobre la adivinación!

—Más de lo que tú crees.

Ytha quiso levantarse entre maldiciones. Teia soltó su muñeca y dio medio paso atrás de vuelta a su cuarto. De pronto la otra mujer levantó el puño, dispuesta a golpearla. Con un gesto sin importancia, Teia atrapó el puño en un nudo de aire que lo contuvo. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, simplemente se había limitado a recurrir al poder.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Dónde lo has aprendido? —Ytha le tiró del brazo—. ¡Suéltame!

—No hasta que me escuches. ¡Intento advertirte! —La magia cantaba cuando el poder de Ytha arremetió sobre el tejido y se vio rechazado repetidas veces. Aunque el tejido aguantó, no pudo evitar dar un respingo—. Por favor, por el bien de nuestro pueblo, no sigas adelante con este plan. A Maegern no le importas nada, y tampoco siente el menor aprecio por las demás portavoces. No sois más que un medio por el cual alcanzar sus propósitos. Lo único que quiere es su libertad. En cuanto hayáis servido a sus propósitos os abandonará.

Con los dientes al desnudo, la mujer mayor arañó con su poder la nada que la

aprisionaba. Crispó en un puño la mano libre, y la semilla estelar del anillo resplandeció.

—¡Tú no sabes nada acerca de nuestros planes! ¡Ahora suéltame!

—Por favor, Ytha, escucha...

—¡Suéltame! —aulló la portavoz, echando la cabeza hacia atrás. La furia le marcaba las venas del cuello.

Fuera, Teia oyó pasos, voces inquietas. Rápidamente deshizo el nudo y dejó de aferrarse al poder.

Enfrentada a algo que de pronto no estaba allí, Ytha cayó hacia atrás, se le trabó un tacón en el cojín y se sentó como una piedra. A un grito ahogado siguió una sarta de improperios pronunciada en el lenguaje más vulgar que Teia hubiera escuchado. Después, la portavoz se puso lentamente en pie con mirada asesina.

—Debí privarte del talento hace meses —dijo con voz grave—. ¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima? ¡Recuerda cuál es tu lugar, zorra!

Teia tragó saliva ruidosamente. Nunca había visto tan furiosa a la portavoz. Pero ya había movido pieza, por tanto no había vuelta atrás.

—Mi lugar es aquel donde tú me pusiste, portavoz. Soy la prometida de Drwyn y la madre de su heredero.

—¿Te atreves a darme lecciones? ¡Tú no eres nadie!

—Soy quien soy. He visto lo que será y, Macha es mi testigo, he dicho la verdad. Ytha, te lo ruego, escúchame.

Varios guerreros armados con cuchillos atravesaron la cortina de la entrada. Al no ver dentro a ningún enemigo, se quedaron mirando confundidos a ambas mujeres, hasta que Drwyn se abrió paso entre ellos.

—Por los huevos de Aedon, ¿es que no puedo estar en paz ni en mi propia casa? —rugió, con los brazos en jarras—. ¿Qué está pasando aquí? Con tanto grito creía que una víbora se había colado en mi cueva.

Paseó la mirada de una mujer a otra. En el tiempo que tardó en mirar la estancia, Ytha había recuperado su altura y peinado tras las orejas el cabello revuelto. Su rostro parecía tallado en hielo, pero, a pesar de su falta de expresividad, Teia percibió la ira que anidaba en ella.

—Tenemos que hablar en privado, Drwyn. —Incluso el tono de voz de la portavoz era gélido—. Tengo terribles noticias.

—¿Noticias de qué? —Drwyn arrugó el entrecejo—. Dime qué pasa.

—En privado. —Una mirada clavó a Teia en el lugar donde se encontraba. Ytha, regia como una reina, salió a paso vivo de la cueva, acompañada por el jefe. Los guerreros de Drwyn envainaron las armas y los siguieron.

Cuando la cortina cayó tras salir el último hombre, a Teia le flaquearon las rodillas y tuvo que sentarse en los cojines. Temblaba de arriba abajo. El corazón latía

desbocado, como si acabara de superar en una carrera al lobo de las rocas y los pulmones le pidieran bocanadas y bocanadas de aire.

Que Macha la amparara. Se había encarado a la portavoz para decirle que estaba equivocada.

Se llevó la mano al pecho. En tiempos habría cruzado descalza Muiragh Mhor antes de ponerse en contra a Ytha, pero el miedo de lo que sucedería si la Hueste era liberada había enardecido su audacia hasta un punto que jamás había soñado con alcanzar. Intentó no imaginar lo que podría haber pasado si Ytha llegara a liberarse del tejido antes de irrumpir Drwyn en la cueva.

Palpó zonas húmedas en el vestido y bajó la mirada. Manchas oscuras le salpicaban el cuerpo como si le hubieran echado un líquido.

«El cancerbero».

Sólo había sido una visión, no llegó a estar físicamente presente allí, a pesar de lo cual había logrado salpicarle con saliva.

Con un temor creciente, se desabrochó el cuello del vestido. El dolor del pecho se debía a algo que iba más allá de la inquietud. Sobre los pechos tenía marcas rojas del tamaño de las pezuñas, y en mitad de ellas destacaban las que habían hecho las zarpas al hundirse en la piel.

El estómago se le cayó a los pies. El cancerbero de Maegern había poblado sus sueños. Ahora había logrado salir del otro mundo hasta hacerle esas marcas.

Las leyendas decían que cuando la Hueste emprendía la persecución de una presa nunca cejaba en su empeño. No había barrera que se le interpusiera, ni montañas ni ríos ni golfos ni océanos. Los mastines no soltaban a su presa. En los antiguos relatos, Finndail se había mantenido un paso por delante de ellos durante cuarenta años, y una noche se había ido a la cama pensando que estaba a salvo, para encontrarse sobre la almohada al despertar a un cancerbero.

Teia se preguntó si los mastines la perseguían. ¿Era ésa la razón de que soñara con ellos tan a menudo? Que Macha se apiadara de ella, ¿qué era lo que había desatado Ytha?

Cuando alguien apartó tímidamente la cortina, temió lo peor. Su corazón volvió a latir con fuerza; se puso en pie de un respingo, abrochándose el cuello del vestido. Entonces reparó en que nadie que apartase la cortina de ese modo lo haría con intención de hacerle daño. No obstante, cuando lo invitó a entrar lo hizo con tono cauteloso.

El rostro de Ana apareció tras la cortina, los ojos abiertos como platos.

—La portavoz parece un gato con la cola ardiendo —exclamó con un tono de voz elevado—. Teisha, ¿qué le has dicho?

—La verdad. Y no le ha gustado. —Teia dio una patada al cojín con el que había tropezado Ytha. El cojín dio algunos trompicones por la alfombra—. Creo que ha

cometido un error, mamá.

—Teir me contó lo que habías visto. —Ana se le acercó y le puso una mano en el brazo—. ¿De verdad corre peligro el clan?

Teia cabeceó en sentido afirmativo.

—La última vez que Maegern anduvo por la tierra, nuestro pueblo acabó arruinado y cuatro clanes fueron erradicados antes de que los hombres de hierro lograsen encerrarla en su destierro. Ha tenido un millar de años para urdir su venganza. Ha disfrutado de tiempo de sobra.

Las arrugas de preocupación frunció el entrecejo de Ana.

—Pero estoy segura de que la portavoz sabe...

—¡Se equivoca! —El bebé de Teia se movió en su vientre. Instintivamente se puso la mano y percibió de nuevo los colores—. He intentado avisarla, pero no me cree, o prefiere no hacerlo porque echaría al traste sus planes. La ley del clan dice que no puede ser el jefe, así que creo que ha decidido meterse en el bolsillo al jefe de jefes. Drwyn puede llevarnos de vuelta a las tierras de nuestros antepasados con el Cuervo a su lado, pero en realidad sería Ytha quien tendría las riendas.

—¡Por la piedad de Macha! —Ana hizo el signo para persignarse del mal.

—Ahora ha ido a decirle todo lo que le he contado y cómo lo sé. Hace más de dos años que mantengo oculto mi talento a los demás, mamá. Podía ver cosas de mi futuro mucho antes de que ella me enseñara cómo hacerlo. —La desesperación se extendía por su alma—. Prométeme que os marcharéis. En cuanto el clan se dirija a la diáspora, reúne a Ailis, a Tevira y a los niños, y marchaos tan lejos como podáis. No sé si habrá un lugar donde podáis estar a salvo, pero puede que tengáis una oportunidad.

—Ay, Teisha...

—Por favor, mamá. Prométeme que os marcharéis. En cuanto todo empiece, no habrá nada más que sangre para los Crainnh.

Ana la abrazó con fuerza.

—¿Y tú qué? Creo que te has granjeado una peligrosa enemiga.

Teia se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto de indefensión.

—He intentado razonar con ella y he fracasado, así que tendré que detenerla de algún modo. Si no lo hago nos arruinará a todos.

—Pero ¿cómo? ¡Ella es la portavoz y tú no eres más que una simple aprendiz!

—No lo sé, mamá. Tal vez pueda ir en busca de los hombres de hierro. Después de todo, ya derrotaron a la Hueste en una ocasión.

—Pero la portavoz dijo que sus fuertes están vacíos. ¿Cómo pretendes dar con ellos?

No había pensado en ello. Se frotó el rostro con una mano.

—Tendré que ir a donde estén. Al sur.

—¿Al Imperio? —Su madre estaba horrorizada—. Esa gente nunca nos ayudará. ¡Por favor, Teisha, piensa en lo que estás sugiriendo!

—Puede que lo hagan si son conscientes de que la Hueste también supone una amenaza para ellos.

Pero su madre sacudía la cabeza en un gesto de negación.

—No. Tiene que haber otro modo... ¿Drwyn no estaría dispuesto a defenderte?

—Es el títere de Ytha, y siempre lo ha sido. Le gusta tirar de la correa de vez en cuando, pero sabe quién es el amo. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Teia se las secó antes de que su madre reparase en ellas—. Estaré bien, mamá. No te preocupes.

—Estás embarazada. ¿Es que eso no cuenta? —Ana, regordeta, con su cuerpo de gorrión y esos ojos que eran como sendos botones brillantes, intentaba no mostrarse acongojada. A Teia le dolía el corazón.

«Voy a echarte de menos, mamá», pensó.

—Contaría si yo tuviera un hijo —dijo, adoptando un tono de voz con el que quiso restar importancia a sus palabras—, pero creo que es niña.

—¿Por qué dices eso?

—Soy la menor de tres hermanas. Tú eres la mediana de cinco. —Se puso la mano en el vientre—. Y creo que también posee el talento, como yo.

Su madre adoptó una expresión incrédula.

—¿Puedes decirlo con certeza antes de que nazca? ¡Ni siquiera la portavoz tiene la seguridad de si una mujer va a dar a luz un niño o una niña!

—Cuando dirijo el poder hacia ella, me responde. Veo los colores que hay en su mente. —Teia se acarició con ambas manos el vientre, palpando la solidez, el peso, a través del vestido de lana, aunque aún tenía cuatro lunas por delante.

—Teisha, en cien generaciones no ha habido una portavoz en nuestra familia —dijo su madre—, y tampoco en la familia de Teir durante al menos ese período de tiempo. Entre nuestras dos familias apenas habremos dado un puñado de aprendices. Tu talento es el primero que se manifiesta desde los tiempos de mi bisabuela.

—¿Y qué? —Por lo dioses, qué cansancio. Una vez pasada la emoción del careo con Ytha, estaba agotada. Lo único que quería hacer era dormir. Pero no podía: tenía preparativos que hacer, más ropa y provisiones que reunir, por si la situación empeoraba, tal como empezaba a pensar que sucedería. No había muchas posibilidades de que Ytha siguiera compartiendo con ella sus conocimientos relativos a la adivinación. Tendría suerte si lograba que la portavoz no la quemara viva por las buenas, sin importarle que estuviese embarazada del jefe.

—Entonces ¿no se trata de una señal? —Ana extendió las manos a los lados—. ¿No estáis destinadas a hacer grandes cosas, tú y la niña?

Teia pensó en la visión de sí misma, junto al hijo que se suponía que tendría en el futuro. Apoyaba las manos sobre sus hombros en un gesto protector, y el joven

llevaba el torque del clan alrededor del cuello barbilampiño. Y los ojos de ella estaban deslucidos como Muiragh Mhor. Las cosas capaces de desolar la mirada de una mujer de ese modo debían de ser tremendas.

—Si lo estoy o lo estamos, no las he visto, mamá. Por favor, prométeme que os marcharéis en cuanto llegue la primavera. Viajad lo más lejos de Ytha que podáis. Si os pasara algo a papá y a ti, no podría soportarlo.

—¿Y dejar que viajes sola al sur?

Teia se mordió el labio. Su madre lo había intuido. Debió de comprender que Ana era lo bastante inteligente para deducir que Teia no acompañaría al resto de su familia cuando llegase la primavera.

—Para entonces no creo que siga aquí. —Muerta o exiliada, tanto daba una cosa como otra porque la palabra de la portavoz era ley. En pleno invierno, no había mucha diferencia entre ambas.

—Hum. —Ana se mordió el labio.

—Es por vuestro bien —insistió Teia de nuevo.

—Hablaré con tu padre. Después de todo, él será quien tome la decisión.

—Mamá...

—Teir es el cabeza de familia, hija —la regañó su madre con suavidad—. Sé que, al igual que yo, él cree en ti. Él sabrá qué es lo mejor que puede hacerse cuando llegue el momento de actuar.

No lograría arrancar de Ana mayor promesa que ésa, de modo que asintió e intentó sonreír. Fruncir la comisura de los labios le costó tanto como le hubiera costado levantar las mismísimas montañas Archen.

—Será mejor que te vayas —dijo—. Debo preparar la cena de mi jefe y no le complacerá no encontrarla lista a su vuelta.

Su madre recurrió a una de las miradas largas de la portavoz que, sin embargo, no fue tan severa como en el caso de la mujer del manto blanco. Ana tenía demasiadas pecas y la piel tan rosada que a duras penas podía mirar a nadie con reproche, aunque Teia leyó en ella la duda.

—No te preocupes, no me levantará la mano. Creo que incluso siente cariño por mí, ahora que cree que voy a darle un heredero.

Ana sorbió, algo que fue más elocuente que un millar de palabras; después se despidió de su hija con un beso y se dirigió hacia la puerta. Hizo una pausa, con una mano en la cortina.

—Cuídate mucho, Teisha. Aunque puedas burlar a Ytha con tus poderes, no te bastarán para burlar la ley del clan.

—Lo sé. Pero tengo que intentarlo. No hacerlo sería una irresponsabilidad.

Su madre agachó la mirada, exhaló un suspiro y asintió. Lo entendía perfectamente. Después apartó la cortina y se marchó.

Ytha se dio la vuelta, arrastrando el bordillo de la falda en la nieve, al oír pasos tras ella. Drwyn asomó al saliente que miraba al lago, y, antes de que pudiera dar tres pasos, le señaló con el dedo.

—¡Podría haberlo echado todo a perder, Drwyn!

—No es más que una niña. —Apoyó el hombro en la roca, con un pie en alto, como si fuera incapaz de ver cómo se venían abajo los planes de la portavoz—. ¿Qué te pone tan nerviosa?

Ella levantó ambas manos. ¿Cómo hacerle entender? Contó los crímenes de la despreciable joven con los dedos.

—Tiene un talento que me ha ocultado desde hace años. Lleva un bebé en su interior con un aura que no puedo leer, ni siquiera puedo ver si es niño o niña. Posee el poder de la adivinación, de la verdadera adivinación, como las banfaít de antaño. Hace más de cuatrocientos años que no se sabe de nadie con ese poder.

—¿Es eso lo que te ha agriado el caldo? ¿Que sea capaz de ver lo que va a suceder? Eso de saber lo que va a pasar antes de que lo haga no supone sino una ventaja para nosotros.

«¡Insensato! —pensó Ytha—. Por las estrellas, ¿qué me llevaría a mí a pensar que podía convertir a este zote en jefe de jefes, en alguien capaz de grabar su nombre en las leyendas?»

Ytha se controló mediante un esfuerzo de voluntad, antes de acercarse a él.

—¿Y si los demás jefes se enteran de lo que ha visto? ¿Y si la creen? No puedes convertirte en jefe de jefes sin la aclamación del resto de los clanes. Ahora te han declarado su lealtad, pero si uno de ellos te retira su apoyo tendremos que esforzarnos mucho para arrastrarlo de vuelta a la diáspora. Si más de uno cambia de parecer... En fin, ¡lo mismo dará que volvamos a nuestras tiendas y nos contentemos con el exilio!

Ese último grito reverberó en las montañas que los rodeaban, agudo, distorsionado. Con el rabillo del ojo, alcanzó a ver que temblaban las aguas. Drwyn se limitó a doblar los brazos a la altura del pecho y a mirarla cauteloso.

«¡Pero qué insolencia!»

—¿Qué ha visto para que te hayas puesto así? —preguntó.

—Ve que nuestro plan se vuelve en nuestra contra y supone un desastre para los clanes. Ve que la Hueste Féérica nos destruye. Cuestiona incluso la palabra de Maegern. —Ytha pronunció aquellas palabras como si estuvieran recubiertas de bilis—. ¡Y cuando quise regañarla, volvió su poder en mi contra!

Él enarcó una ceja. La barba le ocultó el asomo de una sonrisa.

La portavoz apretó con fuerza la mandíbula, esforzándose por mantenerse impávida.

—Ella supone una incógnita, Drwyn. No puedo enfrentarme a lo que no puedo

ver. Y aquello a lo que no puedo enfrentarme podría constituir una amenaza para nuestros planes.

—¿Qué propones?

—Hay que silenciarla. De inmediato.

—Es la madre de mi hijo, Ytha.

La firmeza de su tono de voz debería haberle servido de advertencia, pero la ira había perjudicado sus instintos más sutiles.

—A saber de quién será el bebé. ¡Ya te he dicho que no puedo verlo! O ella ha recurrido al poder para ocultármelo, en cuyo caso me pregunto qué otros poderes tendrá, o el bebé posee también el poder, uno incluso mayor que el de esa furcia.

Él se llevó el pulgar al labio inferior, pensativo.

—Pues esperemos a que nazca el niño. Entonces podrás ver en su interior y averiguar la verdad.

—¡Pero para entonces será demasiado tarde!

Se dio la vuelta para acercarse al borde del saliente rocoso. ¡Por la diosa! Primero la joven le tomaba el pelo y ponía en peligro sus planes cuidadosamente trazados, y ahora Drwyn se reía de ella, el hombre a quien había moldeado para llegar a donde su padre no había sido capaz de llegar. Pero ¿cómo se atrevían? ¡Ella era la portavoz! Empujó con el pie al vacío parte de la nieve acumulada.

—Hace mucho que debió confiarse a mí. La ley dicta que una joven con el don debe confesarlo a la portavoz de su clan sin excepción.

—Su familia tampoco estaba al corriente. Tú misma has dicho que había ocultado su talento.

Era insufrible. Drwyn intentaba calmar los ánimos cuando se suponía que era ella la encargada de pensar antes de actuar. ¿Acaso había olvidado quién tenía la voz cantante?

Pronunció las siguientes palabras lentamente, transparentes como una esquirla de hielo.

—Hay que silenciarla.

—¿No puedes ordenárselo? ¿No está sometida a tu voluntad, siendo como es una de tus aprendices?

—Lo está, pero sospecho que no siempre me obedece. Al contrario que las otras, Teia no me teme. Desde que manifestó su don, y qué don, ya no tengo autoridad sobre ella.

Era más sencillo admitirlo mirando el valle, en lugar de mirarle a él y ver cómo disfrutaba de su fracaso, por nimio que fuera, tal como estaba segura que hacía, que los dioses le pudrieran las entrañas. Pero ¡menudo poder tenía la joven! ¿Cómo había podido un don tan fuerte manifestarse sin su conocimiento? ¿Cómo?

—O sus poderes trascienden mi saber, o esa chica tiene más arrestos de lo que

había podido imaginar. No puedo permitir que ponga en peligro nuestros planes. —«Recuperaré las llanuras, ¡y esa niña no se interpondrá en mi camino!», pensó.

Oyó los pasos de él cuando se le acercó en la nieve.

—Habla sin tapujos, Ytha. ¿Qué pretendes?

«Un sacrificio a Maegern que me asegure la victoria». No llegó a pronunciar ese pensamiento, que se guardó para sí misma. Si lo sugería, Drwyn nunca lo aprobaría, pero tal vez podría plantar la semilla en su mente, arreglar las cosas para que su temperamento hiciese el resto del trabajo.

Pero no iba a ser fácil; la perspectiva de tener un heredero le había amansado desde hacía unos meses, y desde que el vientre de la joven se había hinchado ni siquiera había buscado solaz en otra parte. Semejante moderación no era propia de él. Ytha frunció los labios. ¿No se habría encariñado de esa joven?

Compuso la expresión y se volvió hacia él.

—Esta situación exige mucho tacto. Hay que privarla de su honor, robarle toda credibilidad para que el resto de los jefes no presten oídos a sus palabras, si es que llega a dirigírselas. No debe quedarles ningún motivo para confiar en ella. Luego, cuando nazca el bebé, acabaré con la moza.

Drwyn abrió los ojos desmesuradamente y dio medio paso hacia ella, pero se detuvo cuando ella levantó la mano.

—Haya paz, Drwyn. Aún la tendrás bajo tus sábanas y te dará muchos hijos sanos, estoy segura, pero me he propuesto lograr que ni siquiera pueda encender una vela con sus poderes. La pérdida de la adivinación será muy dolorosa, claro está, pero cuando trazamos nuestros planes no éramos conscientes de su poder, así que la ausencia del mismo no los perjudicará.

Las manos de él colgaban a los costados. Las crispaba y aflojaba en torno a la gruesa tela de la capa, al tiempo que flexionaba la mandíbula.

—No puedo decir que me guste este plan, Ytha —dijo, ronco—. Ella no ha hecho nada que nos perjudique.

—¿Cómo lo sabes? Estoy segura de que nos espío durante la reunión. Quién sabe lo que habrá oído a escondidas y qué pretende hacer con ese conocimiento. Es una hebra suelta del tapiz que tú y yo tejemos, y debemos arrancarla si aspiramos a que sea perfecto.

—No.

¿La habían engañado sus oídos? Después de todo lo que esa joven había hecho, era increíble comprobar que hasta él la desafiaba. Le miró sin pestañear, incrédula.

—¿Qué has dicho?

—Creo que no ves más que sombras. —Drwyn dobló de nuevo los brazos a la altura del amplio pecho, mirándola con fijeza bajo las cejas pobladas—. No hagas nada. Esperemos a que nazca el bebé. A veces, las mujeres en su estado dicen o actúan

de forma insensata, así que siempre podemos achacarlo a eso y no habrá un solo jefe dispuesto a dar crédito a sus palabras. Pero no permitiré que hagas nada que ponga en peligro a mi hijo. —Cuando ella se dispuso a protestar, él levantó la mano—. No hay peros que valgan, Ytha. Yo soy el jefe.

«¡Y yo la portavoz de los Crainnh! ¡Tú ni siquiera llevarías puesto ese torque si no fuese por mí, cachorro ingrato!»

Le costó mucho morderse la lengua, pero tuvo que hacerlo. Tenía que hacerlo. No podía arriesgarse a perder su complicidad, no después de tantos años, después de todos los planes que habían hecho. Pero la joven la había asustado, más de lo que quería admitir, en público o a sí misma. Una novata la había inmovilizado con aire, se había librado de ella como el cuero encerado rechaza la lluvia. ¿Cómo había aprendido ese truco? ¿Cómo se había vuelto tan fuerte?

—De acuerdo —concedió Ytha, cuya falda besó la nieve tras una levísima reverencia—. Se hará como tú dices, mi jefe. Pero en cuanto dé a luz, me la entregarás.

Una inclinación de cabeza. A Drwyn no le hacía muy feliz la idea, pero por el momento ella tenía cosas más importantes en las que pensar, como por ejemplo el bebé.

Días extraños

Después de pasar once días en el mar, el sol del desierto cayó a plomo sobre el cráneo de Gair como un martillazo cuando abandonó el amparo de las sombras del alcázar del *Skimmer*. El cielo azul acero era ardiente como el fuego de una forja, y arrancaba chispas blancas del oleaje que rompía más allá de la embocadura del puerto. Soldados descalzos salieron a cubierta, pasando por su lado como flechas mientras caminaba hacia el pasamano y observaba, con los ojos entornados para protegerse del sol, la aproximación al puerto de Zhiman-dar.

No era el lugar más imponente del mundo. Los edificios del color de la arena se repartían por la bahía con forma de media luna, chatos y de planta cuadrada como los juguetes de construcción de un niño. Detrás de la ciudad, resplandeciente en la niebla, se extendía una cadena de colinas bajas del mismo ocre quemado por el sol. No había una brizna de verde, nada que creciera de la tierra que él pudiera ver. Incluso los barcos del puerto tenían aspecto de estar cubiertos de polvo, secos bajo el bosque que formaban los palos y mástiles desnudos.

¡Y qué calor! Ni siquiera era media mañana y ya le había causado dolor de cabeza. No ayudaba el hecho de que hubiera dormido menos de lo habitual; el aire que había bajo cubierta estaba demasiado estancado y resultaba irrespirable durante más tiempo del que se tardaba en hacer la siesta, por no mencionar la clase de sueños que le despertaron enredado con las sábanas. Se protegió los ojos haciéndose visera con la mano y observó la ciudad que cada vez tenía más cerca. Dudó que la cosa mejorara una vez hubiese desembarcado, más bien todo lo contrario.

Si hubiera tenido la boca cerrada... El juicio le había dejado tan perplejo, y se había sentido tan aliviado por el hecho de que se le ofreciera una salida de la ciudad sagrada, que ni siquiera se había planteado las consecuencias de lo que Alderan le había pedido. De haberlo hecho no se vería en esas circunstancias, tener que pasar a saber cuánto tiempo en ese lugar olvidado de la mano de la diosa, disolviéndose en su propio sudor.

Gair se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa, pero deseó no haber cedido al impulso porque el menor movimiento bastaba para pegarle la tela a la espalda. Se apartó la camisa de la piel y la aventó, pero allí de pie en el pasamano comprobó que apenas soplaba viento suficiente para llenar las velas. Por los santos que el calor era descomunal.

A medida que el *Skimmer* se acercó al puerto, las formas indistintas empezaron a perfilarse con mayor detalle. Largos muelles de piedra que se extendían sobre las aguas, ante altos almacenes y pañoles varios. Las gaviotas caían sobre un ala entre chillidos a través del bosque de palos. Las embarcaciones auxiliares surcaban los estrechos que se formaban entre las hileras de muelles, pasando con buena andadura entre los pesados mercantes como zapateros de agua.

—Bienvenido a Gimrael —dijo Alderan, situándose a su lado en el pasamano—. Hogar del sol, la arena y el fundamentalismo.

—La imaginaba mayor.

—Desde aquí no parece gran cosa, pero es una de las ciudades más antiguas del desierto. Sólo Abu Nidar la supera en esa categoría.

Gair no estaba de humor para recibir lecciones de historia.

—¿Cuánto tiempo pasaremos aquí?

—No más de uno o dos días. Lo bastante para ver de dónde sopla el viento y procurarnos algunas provisiones.

—¿Y después?

—Después ya veremos.

No hizo más preguntas. A los dos días de partir de las islas, había llegado a la conclusión de que Alderan no le contaría más de lo que ya sabía, que era muy poco. Al sur de Gimrael, eso era todo lo que el anciano iba a decirle.

«Maldito sea el sur. ¡Dime al menos a qué me estás arrastrando!»

Alderan le miró de reojo, como si le hubiera oído.

—Todo en su debido momento, muchacho. Lo sabrás cuando debas hacerlo.

Su rostro debía de haber delatado sus pensamientos, o tal vez el anciano le conocía muy bien.

—Iré a recoger mis cosas —dijo antes de encaminarse a popa.

Tal como había predicho, el calor empeoró en cuanto desembarcaron del esquife que los acercó a tierra y subieron los peldaños de piedra que conducían al muelle. Si soplaba el terral, quedaba bloqueado por los edificios. Al abrigo de los almacenes portuarios, la piedra clara que adoquinaba el suelo reflejaba el sol de la tarde como un espejo. En cuestión de segundos, el dolor de cabeza de Gair había empeorado, fue como si un carpintero le diese de mazazos en el cráneo, y eso sólo en los muelles. Sólo los santos sabían cuánto calor debía de hacer en el centro de la ciudad. Cambió de hombro el equipaje, maldijo al sol y el ajeteo, y, sobre todo, a Alderan, y siguió al

anciano por el puerto.

Zhiman-dar no se parecía a ninguna otra ciudad que hubiese visitado. En lugar de la ecléctica arquitectura de Mesarilda o Yelda, todos los edificios tenían el mismo aspecto: planta cuadrada, apenas tres o cuatro pisos, cubiertos por una gruesa y mugrienta capa de yeso del color de la arena blanca. Se amontaban unos juntos a otros de forma caótica, recorridos por angostos callejones. Las puertas eran de madera pintada, y la pintura estaba descascarillada, deslucida por el sol hasta adoptar indefinidas tonalidades pardas o grises. Había pocas ventanas, ninguna a la altura de la calle, y todas eran muy pequeñas y cerradas con contraventanas. No parecía un lugar muy acogedor.

Incluso la gente que recorría las calles presentaba un aspecto similar. No eran altos, y todos los hombres vestían holgada túnica blanca o negra sobre pantalones bombachos. Las joyas de oro en los dedos y los pendientes en la oreja contrastaban con sus pieles oscuras como cuero, y los ojos negros en rostros cubiertos observaban impasibles el paso de aquellos hombres del norte.

Alguna que otra mirada hizo que a Gair se le erizase el vello de la nuca. Todos los gimraelianos que lo miraban, o que chocaban al pasar, parecían más y más amenazadores, aunque en ningún momento nadie le levantó la mano o le dirigió una mirada ceñuda. Quienes chapurreaban una o dos palabras en lengua común se mostraban muy correctos, pero costaba entenderlos debido a su fuerte acento. Apretó el paso para mantenerse a la altura de Alderan, quien se movía por el lugar con la seguridad de un nativo. No era un buen lugar para verse arrinconado en un callejón sin salida.

Al doblar una esquina, Gair se topó con el gentío. Los toldos improvisados con sábanas gastadas y una telaraña de cuerdas que colgaban entre las fachadas de los edificios proporcionaban algo de sombra, a pesar de no ofrecer escapatoria al calor, y bajo ellos los puestos se alineaban a ambos lados de la calle formando un mosaico de color. Entre las hileras de puestos había más gente reunida en un mismo lugar de la que había visto nunca, tanta que apenas quedaba espacio. Las cabezas negras, las túnicas blancas, los velos de colores, todo el mundo entregado al griterío de lo que se suponía era el comercio, pero que más bien parecía teatro: estaba rodeado de gestos exagerados, teatrales, de ira o decepción. Era el caos, y Alderan se sumergió en él sin apenas ajustar el paso.

Gair se apresuró tras él. Si perdía al anciano en el zoco tal vez no volvería a verlo. Los toldos parecían atrapar el calor y el ruido de la multitud, lo que supuso una nueva vuelta de tuerca para su dolor de cabeza. Imposible escapar del olor de las especias y los perfumes. Los niños que sacudían los espantamoscas sobre las bandejas de dulces le miraron al pasar, antes de que su jefe les diera un coscorrón para que se concentrasen en la labor. Cuando Alderan encontraba un hueco tras inclinar la

cabeza y sonreír, Gair se topaba cada tres o cuatro pasos con rollos de seda o complejos objetos hechos con cuero. No bastaba con mostrarse indiferente, pues a menudo tenía que empujar físicamente al importuno vendedor ambulante, y cada pequeño retraso permitía que Alderan ampliase la ventaja. Sólo la camisa azul del anciano le distinguía de la multitud.

Cuando un mercader y su cliente se peleaban a gritos, señalándose con dedo acusador, todo el mundo se detenía para mirar, lo que obligaba a Gair a escurrirse entre ellos. Pero no podía: la calle estaba atestada de ciudadanos que disfrutaban del espectáculo que ofrecían ambos, encarados y tan cerca que casi se daban con la nariz, sobre un puesto de fruta, dispuestos a comprobar quién gritaba más alto.

Se coló entre el gentío, gracias a un hueco que quedaba entre dos puestos. Casi vio de inmediato su camino bloqueado por una mercader de anchas caderas, cubierta por un velo de colores chillones. Soltó una retahíla de palabras en gimraeliano, y para apartarlo dio palmadas como quien espanta a las gallinas. «Nada de pasar por aquí». Por encima de su hombro vio que Alderan se detenía en la siguiente esquina, y miraba a su alrededor para localizarle. Gair se dio la vuelta para volverse por donde había llegado, intentando no perder de vista al anciano, pero tropezó con algo y dio un empujón a un tipo barbudo de la multitud.

—Lo siento... —Gair buscó las palabras adecuadas en gimraeliano—: Perdóname, *sayyar*.

El hombre le miró con fijeza y gruñó algo que no entendió, antes de pasar por su lado con un empujón. Otra persona con túnica le seguía, una mujer, a juzgar por cómo iba cubierta y el tejido de seda de color naranja apagado que asomaba bajo la túnica blanca.

—*Sayyan*. —Dio un paso atrás para dejarla pasar, y cuando ella pasó por su lado levantó la vista para mirarle. Quizá lo hizo para responder a la cortesía, o quizá le había oído hablar a su acompañante y sentía curiosidad por aquel hombre del norte que caminaba por su ciudad. Todo lo que Gair alcanzó a ver fue el color de sus ojos.

No era Aysha. No podía serlo. Tenía la nariz demasiado estrecha, las cejas perfectamente delineadas, pero ese apunte de ojos azules recortados en la suave piel canela bastó para hacerle creer por un instante que lo era. Pero pasó de largo, convertida de nuevo en una extraña, y Gair se quedó mirándola hasta que la túnica blanca se fundió en un mar de idénticas túnicas blancas, anónima como un solitario copo de nieve en mitad de un ventisca.

Aysha había muerto.

Un fuerte dolor en la cadera le devolvió al presente. Se dio la vuelta, dispuesto a responder, pero se trataba de nuevo de la mujer que daba palmadas como para espantar gallinas, que en ese momento le gritaba palabras que parecían flechas.

—Lo siento, no hablo bien... —Gair arrugó el entrecejo, intentando concentrarse

en lo que ella decía, a pesar de su limitado vocabulario gimraeliano, del cual se había olvidado prácticamente tras ver a la joven de los ojos azules. Finalmente, la mujer lanzó un suspiro impaciente, y le tiró de la manga para indicarle que debía moverse.

—¡De acuerdo, lo siento! —Levantó las manos para apaciguarla y se hizo a un lado para dejarla pasar. Con un gimraeliano más rápido y una serie de fuertes empujones para que se moviera, ella pasó junto a él y se sumó al gentío del zoco.

Gair miró una vez más por la calle atestada en busca de la joven, pero hacía rato que la había perdido de vista. En parte quería seguirla, pero ¿qué iba a decirle si la alcanzaba? ¿Qué podía hacer? No se parecía mucho a Aysha, y además, probablemente el tipo de la barba era su marido, o su padre, y lo más probable era que acabara clavando un cuchillo en el vientre a un hombre del norte incapaz de hablar bien que se les acercaba con esa decisión. Era una idea absurda, pero ay, diosa, no podía quitársela de la cabeza.

Se pasó la mano por el cabello. Ese viaje, ir a Gimrael, era un tremendo error. Nunca debió haber aceptado. Si Alderan no le hubiese... ¡Sangre y piedras!

Maldijo, frustrado, y buscó de nuevo con la vista al anciano, a quien no vio en la esquina siguiente. Sólo se había distraído uno o dos minutos, tiempo suficiente para perder de vista a Alderan. Ahora se había perdido.

Gair se abrió paso a través de la multitud, caminando hacia el lugar donde había visto por última vez a su compañero, murmurando disculpas cada vez que empujaba o daba un codazo a alguien. El sudor le empapaba el pecho y la espalda, y debajo del bulto que llevaba sobre el hombro la camisa se le había pegado a la piel. Cuanto más se adentraba en el zoco, más lento avanzaba: los gimraelianos, todo sonrisas e inclinaciones de cabeza, simplemente no se apartaban de su camino.

Al cabo de un rato alcanzó la encrucijada y tuvo que hacer un alto. El zoco se extendía en todas direcciones, todos los callejones estaban atestados, todo era un clamor. Le dolía horrores la cabeza. ¿Por dónde había ido Alderan?, ¿recto o había tomado el camino de la izquierda? Gair era lo bastante alto para ver por encima de las cabezas de casi todo el mundo, incluso sin ponerse de puntillas, pero entre los toldos y las sombras que proyectaban no veía mucho más allá.

«Maldición, maldición, maldición».

Se mordió el labio, mirando de nuevo a ambos lados, y luego se adentró de nuevo en la muchedumbre para recorrer la calle. Fue lo único que se le ocurrió, puesto que no se atrevía a recurrir al canto, ya que en Gimrael, a pesar de que no sentían mucho aprecio por la Iglesia, podía haber un cazabrujos, y ya tenía suficientes problemas para enfrentarse a uno de ellos.

Al frente, en la entrada de otro callejón, vio una melena de cabello gris y se dirigió hacia ella, pero tras dar un par de pasos la perdió de nuevo de vista. Siguió avanzando hacia allí, esperando a que el paso se le despejara un poco, pero cuando se abrió

camino hasta la esquina, Alderan, si es que se trataba de él, había desaparecido.

Cuatro calles convergían allí, y el mercadillo se extendía en todas direcciones. Gair se dio la vuelta lentamente, repasando con la vista las cabezas inclinadas. Cabezas oscuras, túnicas blancas, ni rastro de la camisa azul. Se dio la vuelta de nuevo, en esa ocasión puesto de puntillas, pero no sirvió de nada. Reparó en un destello de color que desapareció entre dos puestos a su izquierda. Serpenteando a través de quienes acudían al mercadillo, pisando algún que otro pie en el proceso, siguió aquel huidizo retal de color azul hasta otro callejón.

Allí el gentío estaba menos apretujado, también había menos puestos y por fin pudo apretar el paso. Otro giro, a la izquierda y luego a la derecha, y esquivó un carro de mano del cual un par de hombres descargaban rollos de tela. No había nada más allá. En esa calle terminaban los puestos, y apenas vio a media docena de personas al frente, circulando a través de las sombrías franjas que proyectaban los toldos desperdigados, y de las cuales tan sólo distinguía la túnica blanca. Aparte de ellos no se movía nada más.

Gair maldijo de nuevo, esa vez con un tono más elevado. Uno de los tipos del carro de mano se volvió hacia él y dijo algo a su compañero, después ambos se le quedaron mirando con el último rollo de tela a hombros. Uno o dos segundos más tarde, lo entraron en una casa cercana. Uno de ellos cerró la puerta de un golpe y el otro asió el carro y se alejó tirando de él.

De pronto reinaba un intenso silencio en la calle. Gair podía oír los sonidos del zoco, pero muy apagados, como si provinieran de varias calles más allá, en lugar de estar al doblar la esquina. El sol caía a plomo sobre su cabeza y los hombros. Tenía un fuerte dolor tras los ojos, los pies le dolían en las botas y sentía náuseas. No se encontraba bien.

Volvió a apartar la tela pegajosa de la piel, y masculló una maldición dirigida a su propia insensatez. Luego cargó el peso del equipaje en el otro hombro y se dio la vuelta para volver al mercadillo e intentar ver si daba con el paradero de Alderan. Tal vez pudiera encontrar al dueño de un puesto que hablase suficiente común para preguntar si lo había visto. No se le ocurrió un plan mejor.

Antes de dar tres pasos, oyó un ruido a su espalda que le provocó un escalofrío: era el desapacible sonido que hacen varias espadas al salir de la vaina. Gair detuvo su paso. Desde luego no era buena señal. Se dio la vuelta lentamente.

Había tres gimraelianos con él en el callejón. Llevaban las habituales túnicas blancas, pero también se cubrían con un turbante e iban cubiertos con el velo propio de los hombres que se adentran en el desierto. Dos de ellos habían desenfundado el *qatan*; el del medio doblaba los brazos a la altura del pecho y aún conservaba la espada hundida en el fajín, pero a juzgar por su postura no tardaría más de un latido de corazón en desnudar el arma.

A Gair se le contrajo el pecho. Tenía su espada en el hatillo que llevaba sobre el hombro por sugerencia de Alderan, empeñado en evitar llamar la atención de los lugareños. Estaba visto que ya era tarde para eso: peor aún, porque necesitaba un arma y no podía desenvainarla rápidamente.

—Estás muy lejos de casa, amigo mío —dijo el gimraeliano situado en medio, que habló en lengua común y con acento moderado—. Zhimandar no es lugar para *ammanai*.

La traducción con connotaciones menos despectivas era «forasteros», le había dicho Alderan, lo que las gentes del desierto, sobre todo quienes se adentraban en lo más profundo de los mismos, denominaban ciudadanos imperiales de piel clara. Se había negado a dar otras acepciones, pero bastaba con decir que no se trataba de un cumplido.

—Sólo estoy de paso —dijo Gair—. Me marcharé dentro de uno o dos días.

—Da lo mismo.

—¿Qué queréis?

—Que te marches. —En esa ocasión fue otro de los hombres quien habló, el gimraeliano de la izquierda, que dio un paso al frente. La hoja desnuda de su *qatan* resplandeció con luz azulada, reflejando el cielo en lo alto.

Gair despegó las manos del cuerpo, con las palmas hacia abajo.

—Me marchó —dijo, reculando.

—No lo creo.

Se quedó congelado. Había perdido de vista al tercer gimraeliano, que apoyaba la hoja del *qatan* sobre su brazo derecho, una hoja fría como el hielo a pesar del calor reinante. La luz del sol discurría por el filo como azogue. Algo más de presión, un giro de muñeca y le cortaría la mano.

Lentamente bajó ambos brazos. Menudo despiste. Si hubiera prestado atención podría haberlo evitado. Ahora no había manera de hacerlo sin derramar sangre. La suya, la de ellos. Qué importaba. La sangre es sangre y todo se acaba.

«Llena de aire los pulmones, lenta, lentamente. Bascula el peso del cuerpo en las almohadillas de los pies. Ha llegado el momento de bailar».

—Yo me encargaré del de tu derecha —dijo a su espalda una voz desconocida.

Gair resistió el impulso de volver la vista atrás. No necesitaba saber de quién se trataba. Cuando el gimraeliano situado delante se arrojó sobre él, se libró del bulto que llevaba al tiempo que efectuaba una voltereta. Un dolor lacerante le quemó el hombro cuando rodó sobre él, le atacaron con un *qatan* y estuvieron a punto de fallar, pero a pesar del rasguño logró introducir la mano en el bulto, cerrar la mano en torno al puño de la espada y ponerse en pie. Al tirar de él, proyectó el resto del equipaje en dirección al espadachín que acababa de herirle.

El hombre del desierto apartó las pertenencias con la mano libre, mientras trazaba

un arco con el *qatan*, cuya hoja topó con la espada larga de Gair, de la que se separó con una lluvia de chispas. Al otro lado de la calle, su aliado inesperado bailaba entre dos hojas temblorosas con un canto propio que se oía a través del espacio que los separaba a medida que bloqueaba y lanzaba ataques diversos.

Gair tan sólo dispuso de un segundo para aferrar bien el arma, antes de que el hombre del desierto volviese a atacar. Detuvo el ataque rápidamente y casi se vio perdido cuando el gimraeliano giró ambas muñecas para lanzarse al tajo sobre su vientre. Retrocedió con un salto, se agachó para evitar el contragolpe y luego tuvo que agacharse de nuevo cuando su adversario giró sobre sí, dispuesto tras la finta a decapitarle.

Se puso en pie a tiempo de detener el siguiente tajo con su propia arma. El *qatan* chirrió a lo largo de la mitad de su hoja y topó con un estruendo metálico con la pesada cruz. Unos ojos negros le miraron; Gair empeñó su propio peso, golpeando con el hombro derecho el rostro del hombre del desierto. Hubo un crujido de huesos, y cuando el gimraeliano cayó hacia atrás con el velo ensangrentado, Gair lanzó su ataque. Un gruñido y el *qatan* cayó al suelo con ruido de metal.

Aunque el baile continuó, él ya se había adaptado a su ritmo. Estaba en su mente, circulaba por su sangre; la espada hendió el aire para dibujar una telaraña plateada a su alrededor. Gotas carmesí centellearon como cuentas de vidrio, dando pie a formas diversas antes de caer en espiral, antes de descansar para siempre con elegancia.

Gair pestañeó y la ilusión se quebró. El polvo y el calor llenaban el callejón, y el ambiente arrastraba el olor dulzón que impera en una carnicería. Por encima de los latidos de su corazón alcanzó a oír el rumor del zoco a una calle de distancia, pero se había esfumado la música al son de cuyo compás había bailado. Incluso su dolor de cabeza se había amortiguado, al menos por el momento.

Lentamente irguió la postura. Se puso en guardia, por si acaso la amenaza no había concluido, pero nada se movía en el callejón excepto su inesperado aliado, que limpiaba la hoja de su *qatan* en la camisa del cadáver tendido a sus pies. Otros dos cuerpos ensangrentados que correspondían a dos de sus atacantes yacían cerca, en el suelo, inertes sobre manchas oscuras y líquidas. La primera vez que había esgrimido la espada con intención de causar daño había sentido náuseas después. Pero en esa ocasión no sintió nada en absoluto.

Cuando el hombre de la túnica hubo terminado, envainó el arma y se levantó, quitándose el velo.

—Buen trabajo —dijo—. Una hoja recta rara vez se enfrenta con tanto éxito a una hoja del alma. Soy N’ril al-Feqqin.

Gair bajó su propia arma. N’ril tenía pocos años más que él, vivaces ojos negros y una cicatriz con forma de luna creciente en la mejilla derecha. Se retiró el turbante para dejar al descubierto el cabello negro y brillante como ala de cuervo que llevaba

recogido en una coleta con un *zirin* esmaltado en verde y oro.

Gair inclinó la cabeza y se presentó.

—El sol sonrío el día de nuestro encuentro.

N'ril esbozó una sonrisa, visiblemente complacido.

—Conoces la respuesta al saludo.

—Una amiga me habló un poco sobre Gimrael. Te debo mi agradecimiento.

—Me debes la vida, diría, pero más tarde podemos discutir el precio.

N'ril se agachó para desabrochar las camisas de los dos hombres del desierto. Ambos tenían un tatuaje en el corazón con la forma de un sol de muchos rayos.

—Son cultistas, como el otro —dijo—. No pensé encontrarlos tan lejos del desierto profundo. A Alderan le interesará saberlo.

—¿Conoces a Alderan? —preguntó Gair, limpiando su propia espada.

N'ril le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Por supuesto. Fue él quién me pidió que saliera a buscarte.

Lo cual explicaba su presencia allí. Gair deslizó el arma en la vaina, y reunió sus pertenencias para cargar con el bulto sobre un hombro.

—Vaya día, más raro imposible.

—Pues te lo parecerá más antes de que se ponga el sol, creo —le advirtió N'ril—. Eso suele pasar con los días extraños. ¿Vamos?

—¿Y qué me dices de ellos? —Gair inclinó la cabeza en dirección a los cadáveres que yacían en el suelo.

—No te preocupes, probablemente mañana acaben sirviendo de alimento a los peces limón del puerto. —El hombre del desierto desnudó los dientes—. Pero tendríamos que movernos, para evitar cruzarnos con sus amigos.

N'ril abrió el camino, de modo que apenas tardaron unos minutos en alcanzar su destino. La casa no era distinta a cualquiera de las que se alzaban en esa calle: una puerta de madera hundida en la pared de un recio edificio de cuatro pisos y planta cuadrada, situado en la esquina de un estrecho callejón. Los pisos inferiores no tenían ventanas, y los ventanucos de los pisos superiores tenían las contraventanas cerradas. La pintura descascarillada había sido, en tiempos, verde.

—Protección contra el calor, y las tormentas —explicó N'ril, atento a la dirección en que miraba Gair—. Como una mujer, la auténtica belleza de un hogar la encuentras dentro.

Abrió la puerta de par en par, revelando un pasillo tan oscuro que Gair se quedó cegado por el contraste con la intensidad del sol que reinaba en la calle. El pasillo conducía a un patio cuadrado donde fragantes hierbas y flores hermosas cubrían los tiestos de terracota y una fuente borbulleaba en una pila decorada con mosaico, lo que proporcionaba cierta ilusión de frescura. A lo largo de los laterales había corredores que recordaban a los de un claustro, y las arcadas destacaban decoradas con vidrio, de

colores distintos en cada una de las plantas de la vivienda. Las golondrinas sobrevolaban el cielo azul.

A la frescura del paso en sombras había una alargada mesa con la comida servida. Alderan descansaba tranquilo, sentado a un banco con la espalda recostada en la pared y una taza en la mano. Cuando los vio entrar levantó la vista.

—¿El paquete llega sano y salvo, N'ril?

—Hubo algunos problemas —respondió el gimraeliano—. Tres cultistas.

—¿Estás seguro?

N'ril asintió.

—Llevaban la marca.

Alderan torció el gesto antes de dar un sorbo de la taza.

—Algo me dice que no se desabotonaron la camisa para mostrártelas sólo porque se lo pediste con buenos modales.

—¡Pues claro que no! De hecho nos comportamos de malas maneras, aunque en eso ellos se nos adelantaron.

N'ril hizo un gesto para indicar a Gair que se sentara, y con el brazo abarcó los cuencos y los platos cubiertos que se repartían sobre la mesa.

—Por favor, Gair, estás en tu casa.

—¿Nadie lo ha visto? ¿Hay algo que pueda relacionaros con ellos? —Alderan alcanzó una jarra que había en la mesa y se dispuso a servir otras dos tazas.

—El callejón estaba vacío, aparte de nosotros y ellos —respondió N'ril—. Habían acorralado a Gair. No hubo manera de resolver el asunto sin derramar sangre.

—Pero podríamos habérselo ahorrado. Confiaba en poder entrar y salir de Zhiman-dar sin llamar la atención.

N'ril se sentó en una silla y se quitó el turbante, que arrojó sobre la mesa.

—Aquí no se ve al Culto con buenos ojos. Últimamente la ciudad ha prosperado gracias a su comercio con el Imperio, y los mercaderes de Zhiman-dar rezan ante el altar del comercio. No ven con buenos ojos a quien perturbe su devoción. Nadie llorará mucho a esos tres, a excepción, tal vez, de sus hermanos de armas.

Después del rato que llevaba a la sombra, Gair ya no tenía tanto dolor de cabeza; de hecho reparó en que tenía un poco de hambre. Inspeccionó los platos dispuestos en la mesa, y encontró en uno arroz hervido, y en otro un aromático estofado con pasas. Un tercer plato contenía verduras con una salsa dulzona de color amarillo. En un cesto había pan de pita cubierto por una tela. Su estómago protestó ruidosamente.

N'ril sonrió mientras le llenaba el cuenco.

—Tirar de espada te aviva el hambre, ¿verdad? Sacia tu apetito, amigo mío.

Para el paladar de Gair, acostumbrado a la comida del norte, aquellos platos tenían un fuerte gusto especiado, pero por lo que a él respectaba podían saber a ceniza porque había perdido el gusto por comer. De todos modos necesitaba llenar el

estómago, de modo que masticó y tragó mecánicamente, regándolo todo con vino, hasta que tuvo el estómago lleno.

Después apartó la silla de la mesa y estiró las piernas, intentando relajarse. Pero sus músculos estaban tensos, se mostraban dispuestos a levantarse y echar a andar en un abrir y cerrar de ojos, e incluso cuando se desabrochó el *zirin* de plata y se sacudió el pelo no logró librarse del todo del dolor de cabeza.

Cuanto antes terminaran lo que fuera que habían ido a hacer a Gimrael, mejor. Era demasiado estar sentado, cuando lo único que quería, lo único que necesitaba, era estar en movimiento, llevar la batalla al enemigo, no perder el tiempo en cualquier biblioteca. Se masajeó las sienes y lanzó un suspiro.

—Bueno, Alderan, tú dirás —dijo N’ril cuando terminaron de comer—. Puedo conseguirte caballos y provisiones para tu viaje. ¿Necesitas algo más?

—Ropa del desierto y alojamiento temporal en tu casa. —Alderan llenó sus tazas—. Y noticias de la capital, si tienes alguna.

—No hay grandes noticias, y menos aún buenas. Cuando el emisario del Culto habla, cada vez encuentra más gente dispuesta a escucharle. La paz se mantiene, pero si lo hace se debe a la amenaza de la fuerza imperial. Theodegrance ha tenido que reforzar la guarnición de El Maqqam, y tampoco creo que pase mucho tiempo antes de que se vea obligado a enviar tropas a otras ciudades, incluso a este lugar, ahora que el Culto se ha atrevido a asaltar a viajeros en la calle, a plena luz del día. Cuando eso suceda, empeñará a las legiones del desierto, y temo que enviar, perdonadme, *ammanai* fuertemente armados no hará más que empeorar la situación. —N’ril extendió las manos—. Creo que todo esto sólo puede acabar de un modo.

Alderan arrugó el entrecejo, acariciándose la barbilla con el borde de la taza.

—¿Cuál es la postura de Kierim?

—Mi principesco primo tiene un *lyrran* cogido por la cola: no puede seguir aferrándolo, pero tampoco se atreve a soltarlo. Si combate las actividades del Culto ofenderá a las tribus, que ven con ojos favorables al emisario, lo que dificultará aún más su gobierno. Pero no podemos permitir que el emisario y sus seguidores adquieran suficiente poder sobre él para empujarle a separarse del Imperio. Cuando el Culto se reducía a un puñado de asentamientos situados en lo más profundo del desierto, no eran más que un incordio. Ahora que aumentan su presencia en las ciudades, sobre todo en aquellas que han forjado fuertes lazos con el Imperio, en fin... —N’ril se apoyó en un codo y se llevó la taza a los labios—. No me calzaría sus botas ni por todos los caballos de su cuadra.

—¿El emisario? —preguntó Gair—. Creía que los suvaeanos lo ejecutaron al finalizar la guerra.

N’ril esbozó una sonrisa imperceptible.

—Creo que quizá ejecutaron a un fanático que aseguró ser el emisario, aunque

sólo dios y él saben la verdad.

Gair pestañeó, incrédulo.

—¿Quieres decir que decapitaron al hombre equivocado?

—Nadie es inocente, Gair —dijo Alderan, que, ceñudo, tomó un sorbo—. No en tiempos de guerra, y desde luego no en esa guerra.

—Pero...

—¿Qué importa? —El anciano frunció los labios, como si el vino que estaba bebiendo se le hubiera agriado en los labios—. Los caballeros se cobraron venganza, y públicamente se hizo justicia. ¿Qué importa si el hombre que murió hace veintantos años, después de una revuelta fracasada, era o no el emisario?

Sorprendido ante la crueldad de Alderan, Gair tardó un instante en recuperar la voz.

—Pues debería.

—En un mundo perfecto estaría de acuerdo contigo —continuó Alderan—, pero tenemos que vivir en el mundo que tenemos, no en el que deseáramos tener.

—Debes entender, amigo mío, que el Culto cree que dios en persona escoge al portador de la palabra —intervino N'ril antes de que Gair pudiera replicar—. Cualquiera de sus iniciados sacrificaría sin más su propia vida para proteger la suya, porque morir al servicio del emisario supone encontrar el camino que conduce al cielo.

El dolor de cabeza de Gair iba de nuevo en aumento. Se masajeó las sienes con mayor denuedo, deseando apaciguarlo.

—Tal vez si la Iglesia hubiese ejecutado al hombre adecuado, ahora no tendríamos todos estos problemas.

—Si llega a hacerlo, el Culto habría nombrado sin más a otro emisario. No se trata de una serpiente que puedas matar cortándole la cabeza. —El gimraeliano partió un pedazo de pan de pita, que hundió en uno de los platos—. La voz del cielo es eterna, porque dice la palabra de dios —recitó antes de llevarse el pan a la boca.

De modo que en realidad no importaba mucho quién hubiese muerto ese día.

—Pero ¿es probable que se trate del mismo hombre?

N'ril masticó, pensativo.

—Probablemente, pero no puedo estar seguro. Dicen que habla desde detrás de una cortina para mantenerse al margen de los pecados del mundo. Nadie lo ve, exceptuando a los predicadores que ha escogido, quienes traducen a los seguidores las consignas de quien asegura ser la voz del cielo.

—La mayor parte de ellas pueden interpretarse como «¡Muerte al infiel!» —dijo, amargo, Alderan—. Se trata de una situación imposible. Sin embargo, Kierim es un político hábil, si alguien puede salir de ésta es él. —Apuró la taza y se volvió hacia Gair—. Habría que hacer algo con tu hombro.

Gair se miró el corte ensangrentado que tenía en la camisa.

—No es más que un rasguño.

—Con este calor, incluso un corte sin importancia puede encontrarse.

—He dicho que no es nada.

La ira relampagueó de nuevo en los ojos del anciano, repentina como una tormenta de verano, que desapareció tan pronto como hizo acto de presencia.

—Ven a verme cuando te hayas limpiado la herida. Tengo un bálsamo que te ayudará.

Gair se puso de pie, vuelto hacia su anfitrión.

—N'ril, ¿hay un baño que pueda usar?

—Por supuesto.

El gimraeliano le indicó cómo llegar y cómo encontrar su cuarto después. Gair cargó sobre el hombro sus pertenencias y se alejó. Tenía la sensación de saber de qué hablarían a continuación, y no quería escucharlo.

La puerta que daba a la casa se cerró silenciosamente después de entrar Gair, pero Alderan sospechaba que de no haber sido por su condición de invitados, el leahno la habría cerrado dando un portazo. Estaba encerrado en sí mismo como la cuerda de un reloj a la que se ha dado más vueltas de la cuenta, y llevaba así dos semanas, desde que había llegado a la conclusión de que si no le acompañaba a Gimrael tendría que faltar a su palabra de honor.

Si al menos fuese capaz de comprender que ése era el mejor modo de detener a Savin... Pero era joven, y seguía hecho un ovillo en la maraña de su propio dolor. ¿Quién podía culparle por querer, o por necesitar, rebelarse, después de todo por lo que había pasado? Alderan suspiró, observando el poso del vino.

«Querría que confiaras más en mí, muchacho. Te lo contaría todo si pudiera».

Vio con el rabillo del ojo que N'ril echaba mano de la jarra de vino, y tras un breve titubeo dejó la taza en la mesa y la deslizó hacia él para que la llenara. Que la diosa le amparara, pero necesitaba echar un trago.

N'ril llenó ambas tazas hasta el borde. Con los codos sobre la mesa, alcanzó el último pedazo de pan. Fuera, en el patio, media docena de pájaros pardos y negros, que no eran mayores que una golondrina, se posaron en el borde de la pila de la fuente, dispuestos a beber, chapotear y parlotear entre ellos. De vez en cuando se volvían, atentos, hacia los dos hombres sentados a la sombra.

—Posee un auténtico don con la espada —alabó, al cabo, el gimraeliano. Arrojó hacia el sol un poco de pan desmenuzado, y observó a los pájaros pelearse por las migas.

—¿Gair? No me extraña, después de pasar una década en la casa materna. Puede que no tenga buena opinión de los suvaeanos, pero entrenan excelentes espadachines.

—No me refería exactamente a eso. —N’ril partió otro trozo de pan, para comérselo—. Quiero decir que en realidad no necesitaba mi ayuda hoy, Alderan. Podría haberse enfrentado en igualdad de condiciones a esos cultistas, a los tres. Tal como lucha... No se detiene ante nada, pero... Lo llamamos *qalen al jinn*. No sé cómo lo llamáis en vuestra lengua.

La expresión no le resultaba familiar, así que Alderan la tradujo literalmente, palabra por palabra.

—¿«Corazón de dragón»?

—Una traducción muy cercana al original. Significa entregarse a una labor en cuerpo y alma, no dejar nada para después. —El hombre del desierto hizo una pausa—. ¿O tal vez que no tienes nada que perder?

En el patio de prácticas, en el recuerdo de Alderan, las hojas centelleantes se encontraban con ruido metálico, una y otra vez, y las gotas de sudor salpicaban como lágrimas el suelo.

—Tienes buen ojo para las cosas, N’ril.

—Ah. Ahora lo veo claro. —N’ril se sirvió un poco del cordero especiado, *tajani*, ayudándose con un poco de pan de pita—. ¿Alguien próximo a él?

—No me agradecerá que te lo haya contado, pero sí. —Alderan saboreó un trago de vino en la boca, recordando, antes de tragarlo. No era tan fácil tragarse los recuerdos—. Ese día, la casa capitular perdió algunos buenos hombres a causa de las criaturas de Savin.

—Hum. Creo que necesita llorar la pérdida.

—Nosotros no lloramos la pérdida de nuestros seres queridos como vosotros lo hacéis: con sangre —dijo Alderan—. Gair tan sólo necesita tiempo.

A pesar de las veces que había visitado el desierto, sólo en una ocasión había presenciado un ritual de duelo. Había ascendido una colina rocosa, en cuyo extremo opuesto encontró a una mujer postrada, junto a una tumba reciente. Vio cómo se hizo un corte en el brazo, cómo se regó el rostro con la sangre, vio cómo las gotas de sangre le gotearon por la barbilla, arrastrando consigo las lágrimas... Por último tuvo que apartar la vista.

N’ril hizo un gesto desaprobador con la cabeza.

—Si dejas que la herida se encone mucho tiempo, luego habrá que tomar medidas más drásticas para curarla. Es mejor hacerlo ahora, por doloroso que sea, antes de que se infecte.

—Sólo necesita tiempo —insistió Alderan. Esperaba de corazón que fuese cierto, e intentó ignorar la voz de la conciencia, que insistía en que se equivocaba—. Si no se recupera tendrá que aprender a convivir con el dolor, como hacemos los demás.

Una ganga

Gair dirigió el hombro hacia el espejo. El corte era limpio como una incisión quirúrgica, supuraba un poco de sangre y le escoció al contacto con el jabón con que se había lavado la herida. La cubrió con cuidado con un pañuelo. Era tan superficial que sanaría sin necesidad de coserla, al contrario que la camisa, que ya sólo servía para hacer trapos. Miró la ropa ensangrentada que descansaba a sus pies, que apartó de una patada.

Cerró los ojos, apoyado en el aguamanil. Por los santos, qué cansado estaba. Una vez consumida la adrenalina, el calor y la comida habían hecho su parte, y estaba dispuesto a meterse en la cama. No era que eso le sirviera de mucho últimamente. No importaba si dormía poco o mucho, siempre se sentía igual: vacío por dentro, hueco, como un viejo saco de huesos.

«Te echo de menos, *corianh*».

—Has perdido peso. —La voz de Alderan provenía del marco de la puerta.

Gair levantó la vista, que en seguida apartó.

—La comida era demasiado buena en la casa capitular. Estaba engordando.

—Gair —dijo el anciano con suavidad—, si te sacrificara como a un cerdo no sacarías suficiente grasa ni para engrasar una cacerola. Saaron podría utilizarte como ejemplo en sus clases de primer año de anatomía.

—¿Y qué?

—Siéntate, deja que eche un vistazo a tu hombro.

—Estoy bien.

Alderan no dijo nada, se limitó a dejar el zurrón e indicar con un gesto el taburete que había frente al aguamanil.

—He dicho que estoy bien. Déjame en paz, Alderan.

El anciano enganchó el taburete con el pie, y lo arrastró hasta el rincón mejor iluminado. Gair apretó la mandíbula al ver cómo lo señalaba, pero se cubrió la cintura con la toalla y se sentó en él. Quizá si se sometía a los cuidados del anciano éste le

dejaría en paz.

Alderan se tomó su tiempo sacando frascos del zurrón y colocándolos al borde del aguamanil, antes de limpiarse y secarse escrupulosamente las manos. Bastó con dar un leve tirón del canto para invocar un brillo, que reforzó la luz que despedían las lámparas de aceite de la pared mientras examinaba la herida.

—Un par de puntos no le perjudicarían —sugirió.

—Ponle un ungüento, esta noche se cerrará.

—Y en cuanto levantes el brazo para ponerte la camisa se te abrirá de nuevo. — Con ambas cejas enarcadas, el anciano le miró como si lo hiciera por encima de unas lentes—. Llevo mucho tiempo curando heridas, muchacho. Sé lo que me hago.

—De acuerdo, entonces cóselo. —Gair ni siquiera intentó contener la irritación del tono de voz.

Sintió la mirada de Alderan posada en él, pero no se volvió hacia él. En lugar de ello, se quedó mirando las baldosas del suelo, tirándose con suavidad del aro que le colgaba del lóbulo izquierdo. Otra cosa que le incordiaba: el peine se le trababa en ese absurdo objeto, que además acumulaba jabón cuando se aseaba. Aún no se había acostumbrado a ello, y tal como se sentía en ese momento ni siquiera quería hacerlo.

A su espalda oyó moverse a Alderan, el campanilleo de la aguja, el borboteo del líquido vertido.

—Sé que no quieres estar aquí, Gair —dijo el anciano.

Eso era evidente.

—Entonces ¿por qué me has obligado a venir?

—Era necesario.

Gair resopló.

—¿Pero ni siquiera vas a contarme qué se supone que hemos venido a hacer aquí! Lo único que sé es que me ordenaste recoger mis cosas e ir a visitar a Saaron para que me agujereara la oreja, y, por cierto, ya que lo menciono, aún no sé por qué me lo pediste. —Gair torció el gesto cuando la aguja le penetró la piel—. ¡Maldita sea, avísame antes!

—Ese aro constituye la prueba del paso a la edad adulta de un gimraeliano. — Alderan remató la faena y cortó el resto del hilo con las tijeras—. Algunas gentes del desierto tienen la piel y los ojos más claros que la mayoría de los gimraelianos, y los hay que se casan con los *feqqin*, así que te haremos pasar por un primo lejano. N'ril nos proporcionará vestimenta propia de la casa, pero quizá haya que teñirte el pelo.

Eso hizo que Gair se diera la vuelta.

—¿Teñirme el...? ¡Sangre y piedras! —Otra puntada le había sorprendido con la guardia baja—. ¿Teñirme el pelo? ¿A qué vienen tantos esfuerzos para hacernos pasar por hombres del desierto, Alderan? ¿Cuánto tiempo pasaremos aquí?

—No lo sé exactamente —dijo con calma el anciano—. Puede que unas semanas,

tal vez más. Depende de lo que encuentre en El Maqqam, así que hasta que lo averigüe, será mejor que procedamos con toda la discreción posible. Ahora siéntate bien quieto, no quiero que des un respingo y se te abran los puntos.

—¿Por qué no te limitas a sanar la herida?

—Ya te lo he dicho, yo no poseo ese don.

—Pues tampoco posees el don de compartir información —masculló Gair.

Con la aguja curva preparada para la siguiente puntada, Alderan le miró ceñudo.

—Me diste libremente tu palabra, ¿te acuerdas? Ahora no tiene mucho sentido que te quejes por tener que cumplirla.

—¡Eso fue antes de saber lo que me pedirías a cambio! —replicó Gair.

—Es por tu propio bien. —La aguja mordió de nuevo la piel del joven.

—La misma razón por la que Goran se empeñó en quemarme en la hoguera, si mal no recuerdo.

Las tijeras cayeron con ruido metálico en el aguamanil. Alderan dejó la aguja en el hombro de Gair, apoyó las manos en la cadera y miró fijamente al joven, con los ojos azules relucientes bajo el ceño fruncido con ferocidad.

—¿Preferirías que te hubiese dejado ir al norte, cuando eso hubiera acabado contigo casi con total seguridad?

—¡Sí! —Gair se puso en pie y echó a caminar por el cuarto—. Al menos tendría la sensación de hacer algo útil, en lugar de estar arrastrando el trasero por este lugar.

—Sé que no me creerás, pero sé cómo te sientes. —Teniendo en cuenta la expresión de Alderan, pronunció las palabras con una suavidad inesperada—. Lo sé mucho mejor de lo que piensas. Pero es demasiado pronto.

—Nunca es demasiado pronto para hacer justicia.

—¿Es eso lo que crees que haces? ¿Hacer justicia? Por el amor de los santos, muchacho, piensa con la cabeza en lugar de con tu dolor. Si vas en pos de Savin, perderás, y entonces habrás arruinado tu vida tanto como puedan estarlo las vidas de Darin, Donata o cualquiera de las personas que murieron ese día. ¿Es eso lo que pretendes?

—Quiero que pague por lo que hizo. —La ira que anidaba en el interior de Gair hizo que le temblara la voz. Daba saltos y tiraba del yugo como un perro atado a una puerta, como si eso fuese todo lo que la cadena le permitía hacer.

—Yo también lo quiero, créeme, y mi venganza se fragua desde hace mucho más tiempo que la tuya —aseguró Alderan—. Pero apresurándonos no ganaremos nada, y tenemos mucho que perder. Si quieres ser útil, acompáñame a El Maqqam. Ayúdame en el archivo. Si encontramos lo que ando buscando, y nos conduce a la semilla estelar, podremos arrancarle a Savin todos los dientes.

—No descansaré hasta verlo bajo tierra, Alderan. Lo juro.

—Y a mí me gustaría estar presente cuando lo hagas, pero ¿qué es más

importante? ¿Matar a un hombre o salvar a miles de personas que morirían si cae el Velo?

—Pero si Savin muere, ¡el Velo permanecerá intacto y nos habremos ahorrado ese paso!

—Tal vez —admitió el anciano, alcanzando las tijeras—. Pero si te enfrentas a él y fracasas, hará trizas el Velo y abrirá el Reino Oculto. Después de eso habrá mucho más trabajo que hacer, un guardián menos capaz de ayudarme, y Savin seguirá estando ahí. —Extendió las manos—. Recuerda lo que sucedió la última vez que te enfrentaste a él en Cinco Hermanas. ¿De veras quieres pasar de nuevo por eso?

«¡Sí! —rugió la ira en su interior—. ¡Lo haría un centenar de veces, un millar, si eso supone que saldaría su deuda!»

La venganza tocaba a zafarrancho, golpeaba los oídos de Gair al son de su propio ritmo sanguíneo, de tal forma que apenas podía oír en mitad de semejante estruendo. Crispó las manos en puños. Tensó la musculatura de los brazos, los hombros, hasta que el corte de la espada empezó a tirar de la aguja.

Cuando Alderan le tocó el brazo, dio un respingo.

—Vamos, muchacho. Siéntate, anda —dijo el anciano—. Aún tengo un par de puntadas que darte y desde aquí no alcanzo.

Gair le miró con fijeza. «Cuando se me ocurra algo que puedas hacer por mí, te lo diré y así estaremos en paz», le había dicho el anciano en la taberna de Dremen. Y él se había mostrado de acuerdo, le había dado su palabra. Ahora su honor le tenía encadenado como acero forjado.

Alderan inclinó la cabeza con los ojos brillantes.

—¿O debo ir a buscar una escalera?

Aquella muestra de buen humor surtió efecto, permitió que parte de la tensión se difuminara de las extremidades de Gair. Se peinó con las manos, volvió a sentarse en el taburete y guardó silencio mientras Alderan le cosía el hombro. Apenas acusó el dolor con cada puntada, ni la extraña sensación del hilo de seda cuando le recorría la piel. Pero la ira anidaba en su estómago y tuvo que apretar con fuerza los dientes para no darle rienda suelta.

Finalmente, el anciano cortó el hilo tras dar la última puntada y, tras devolver las tijeras al interior del zurrón, hundió la aguja en el acerico. Luego tomó de uno de los frascos un poco de unguento que aplicó sobre la herida.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Gair.

—¿Hum? Los puntos una semana, más o menos. No te pongas la camisa durante una hora o así, si puedes. Deja que la piel absorba el unguento.

Debió de haberse expresado con mayor claridad.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Ah. Cerca de veinte años, año más año menos.

Casi tantos años como los que tenía Gair. Parpadeó varias veces antes de cerrar los ojos. Sólo llevaba seis semanas y se estaba consumiendo por dentro.

—¿Mejora?

—Con el tiempo —dijo Alderan, limpiándose las manos—. Pero que lo haga depende de ti.

Había seis compartimentos repartidos en dos laterales del patio posterior de la vivienda de N'ril. El sonido de las botas de Gair en el empedrado bastó para que cinco cabezas se asomaran por las puertas del establo, con sus respectivos cinco pares de orejas temblorosas. Caminó lentamente de compartimento a compartimento, acariciando los hocicos, tirando suavemente de las orejas mientras los caballos le olfateaban los bolsillos en busca de golosinas.

Siempre le habían gustado los caballos y el fuerte olor dulzón que despedían los establos. Eran compañeros perfectos, leales y dignos de confianza. No les importaba lo que dijera, siempre y cuando lo hiciese con tono amable, y si no decía nada en absoluto no se molestaban ni se indignaban. Únicamente juzgaban a un hombre por sus acciones. Se le ocurrían un sinfín de criaturas con las que sería peor pasar el tiempo.

El sexto compartimento parecía vacío, porque no hubo respuesta cuando chascó la lengua. Se inclinó sobre la puerta para echar un vistazo a la negrura, y una sombra se cernió sobre él. El animal cerró la dentadura marfileña a escasa distancia de su nariz, antes de volver grupas y descargar una fuerte coz sobre la puerta del establo con fuerza suficiente para que temblara sobre los goznes.

El instinto llevó a Gair a hacerse a un lado.

—¡Eh, tú!

La sombra del compartimento del establo le devolvió la mirada y pisó con fuerza a modo de advertencia.

—No pasa nada, no he venido a hacerte daño. —Extendió la mano.

El caballo no se le acercó. Siguió pisando inquieto la paja que cubría el suelo, y movió la cabeza de un lado a otro, pero no se aproximó. Quizá tendría que haber tomado un par de manzanas de la cocina. No sería fácil hacerse con ese animal.

—¿Siempre eres tan madrugador? —preguntó N'ril.

Gair se volvió para ver a su anfitrión cruzando el patio hacia él.

—Es una costumbre de la que no logro librarme —dijo.

—Aquí las primeras horas de la mañana son la mejor parte del día, antes de que se asiente el calor. —N'ril se apoyó en la pared, junto a la puerta, e inclinó la cabeza hacia el ocupante del compartimento—. Ya veo que has conocido a la fierecilla.

—Cuando me he acercado para saludarla casi arranca a coces la puerta de los goznes.

N'ril esbozó una sonrisa burlona.

—Así da *Shahe* los buenos días. ¿Quieres verla?

Cuando Gair asintió, su anfitrión corrió el cerrojo de la puerta y la abrió. La yegua salió dando un brinco a la luz del sol, acompañando el movimiento de un relincho furioso, dando coces y pisotones mientras recorría el patio. Era una esquirla de la medianoche, de patas bailarinas, amplias, y el rostro de una *sulqa* de pura raza. Restos de paja salieron volando de la melena mientras movía la cabeza.

—¿No te parece magnífica? —quiso saber N'ril—. ¡Es como un trueno encarnado!

—Es soberbia.

Gair dio un paso cauteloso hacia el caballo. *Shahe* reculó, atenta, señalándole con una de las orejas, mientras movía la otra haciendo un barrido del lugar, resoplando a modo de advertencia.

—*Shahe* —dijo en un arrullo—. *Shahe*.

Movió las orejas hacia arriba, curvas las puntas. Gair dio otro paso tímido, con la mano extendida, pronunciando el nombre del animal cuando no chascaba la lengua.

La yegua resopló, y ésa fue la única advertencia que le hizo. Acercó la cabeza hacia él, y Gair tuvo que apartar los dedos antes de perderlos debido a la fuerte dentellada que se cerró a escasa distancia de ellos.

—Quizá debí advertirte —dijo N'ril—. Su padre es el caballo de guerra de lord Kierim.

—¿Te pertenece?

—Ahora sí. Era de mi hermano. —Hubo algo en el tono de voz del hombre del desierto que hizo que Gair apartara la mirada—. Mi hermano ha muerto.

«Por la diosa».

—Lamento tu pérdida, *sayyar*.

Aunque N'ril sonrió, inclinando la cabeza, sus ojos conservaron la mirada triste.

—Tú me honras, y honras también el nombre de mi hermano —dijo—. *Shahe* era el orgullo de su establo.

Como si le hubiera escuchado, la yegua levantó la cabeza y replegó los labios para dejar al descubierto la dentadura. Gair dio otro paso hacia ella, extendiendo de nuevo la mano. El animal arqueó el cuello, arañando el empedrado con los cascos.

Un soplo le separaba de acariciar la piel negra. Era un animal asombroso. Inquieta, contrajo la musculatura del hombro y movió de nuevo la cabeza, resoplando.

—Calma, niña —murmuró—. Calma.

La yegua movió las orejas. Levantó la barbilla, mirándole mientras el joven le acercaba los dedos. Un poco más y sería capaz de poner la palma en su cuello.

—Ahí. ¿A que no era para tanto? No está mal. Buena chica.

Le dio unas palmadas suaves, antes de acariciarle el cuello. Ella resopló y fingió

darle un mordisco en el brazo, pero se quedó más quieta mientras la rodeaba lentamente para admirar su hechura, manteniendo siempre una mano en contacto con el animal para que supiera dónde se encontraba.

La yegua era un excelente ejemplar de su raza, de espalda recta, buen pecho, y además se manejaba como si lo supiera. Cuando alcanzó de nuevo su cabeza, clavó en él una mirada llena de inteligencia, como desafiándole a encontrarle un fallo. Y lo cierto fue que Gair no pudo.

Le rascó la mandíbula, totalmente cautivado. Ella intentó morderle de nuevo, pero se lo medio esperaba y apartó la mano a tiempo.

—¿Es posible ensillarla?

—Sí —dijo N’ril—. ¿Crees que podrías montarla?

—Me gustaría intentarlo, con tu permiso.

—Con mi hermano se comportaba con templanza, pero no estoy muy seguro de cómo lo hará con otro jinete.

Gair intentó no mostrar abiertamente su decepción, y siguió acariciando a *Shahe*.

—Por supuesto. Perdóname, no he debido sugerirlo.

—Creo que no me has entendido, amigo mío. ¡Mis palabras eran una advertencia! —exclamó N’ril con tono cómico. Levantó la brida del gancho que colgaba a la salida del compartimento de *Shahe* y se la entregó a Gair con estas palabras—: Procura no lastimarte cuando te arroje al suelo.

Gair también sonrió burlón.

—Procuraré no hacer mella en tu orgullo cuando no lo haga.

Mantuvo la brida en alto con la mano derecha y murmuró algunas palabras suaves a *Shahe*. Ella no le quitaba ojo. Gair acercó lentamente la mano izquierda hacia el hocico de la yegua, y lo mantuvo firme mientras ella resoplaba y se relamía.

—Buena chica —dijo él.

Tendió de nuevo la mano, esa vez con el bocado en ella. *Shahe* lo olfateó y, con un movimiento rápido, Gair lo deslizó entre el dentado y pasó la corona de la brida sobre las orejas del animal, que apartó la cabeza, mordiendo el bocado, dejando sin embargo que él abrochase la cinta de la garganta y la llevase del bocado de vuelta al lugar donde se encontraba N’ril. Éste los esperaba con una silla a cuestas. Su confección era propia del desierto, con borlas de seda e hilo de plata en la perilla y borlén, roja y negra a juego con la brida.

Cuando Gair la cargó sobre el hombro, *Shahe* le dirigió una coz desganada, y sorbió mientras él aseguraba las cinchas. Luego hundió los dedos en sus costillas.

—Basta ya.

La yegua gruñó y bufó, permitiéndole apretar un par de agujeros más. N’ril se reía mientras daba la vuelta para sostener el otro estribo.

—Veo que no es la primera vez que practicas ese truco.

—Mi primer poni hacía lo mismo a menudo. Me arrojaba regularmente al suelo hasta que descubrí porqué las cinchas se aflojaban.

Con las riendas sueltas, se aferró a la perilla y puso un pie en el estribo. Montó lentamente, con cuidado, a pesar de lo cual la yegua no encajó del todo bien su peso. Reculó, quejumbrosa, en cuanto el jinete apoyó el trasero en la silla, y siguió marchando hacia atrás por el patio, tirando de las riendas. Gair no hizo el menor esfuerzo por detenerla. Mantuvo la rienda suelta, y dejó que su cuerpo se moviera al compás del de la yegua, hasta que le permitió llevarla por el patio.

—Veo que conoces a los caballos —dijo N'ril con el tono de quien se siente impresionado.

—Crecí entre ellos, y cuando me uní a los caballeros trabajé a diario en los establos.

Gair acarició el cuello del animal para calmarlo mientras se desplazaba de lado. Los fuertes músculos se hinchaban y relajaban bajo él; era fuerte, y tenía ganas de moverse después de pasar más tiempo de la cuenta en el establo. La dejó a su aire unos minutos más, y luego clavó los talones en los costados para llevarla de vuelta al compartimento.

N'ril sonrió con aire aprobador.

—Una hija de las arenas responde mejor ante la mano suave —alabó—. Claro que eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

El buen humor de Gair se evaporó como el rocío.

—¿Qué quieres decir?

—Tu *zirin* tiene una inscripción en gimraeliano, pero el resto es leahno, ¿no? Di por sentado que significa la unión de dos casas, que tu mujer...

—No era mi mujer. —El dolor se hizo un nudo en torno a su corazón, dificultándole el habla, dificultándole incluso respirar. Clavó la mirada en un fragmento de paja que colgaba de la melena de la yegua, concentrándose para que no se le nublará la mirada—. ¿Qué te ha dicho Alderan?

—Que estabas de luto, nada más. —N'ril acarició el hocico de *Shahe*—. Perdóname, he hablado sin pensar.

Gair pestañeó para librarse del escozor de los ojos. N'ril no tenía la culpa.

—No hay nada que perdonar. Es que aún es muy reciente, eso es todo.

—Entiendo. Mi hermano se reunió con la diosa hace un año, y aún tengo el corazón roto. —N'ril dobló los brazos a la altura del pecho y retrocedió uno o dos pasos, mirando la estampa que formaban Gair y *Shahe*, desde la coronilla hasta los cascos del caballo—. Te sienta bien —aseguró, inclinando la cabeza con firmeza—. Yo no tengo corazón para montarla, y es cruel tenerla en el establo. Ella pertenece al viento.

—Me gustaría probarla —dijo Gair, que añadió, impulsivo—: Y voy a necesitar

una montura.

El hombre del desierto inclinó la cabeza, meditándolo.

—Tú sabes algo sobre el comercio de caballos —dijo—. ¿Qué dirías que vale?

Gair aún conservaba una fuerte suma de plata en la bolsa.

—Veinte marcos.

—¿Veinte? Si no fuéramos amigos me sentiría insultado. Un centenar de talentos y ni un cobre menos.

—Veinticinco —replicó Gair.

—¿Qué vergüenza! —N'ril acompañó las palabras con un gesto—. No aceptaré menos de setenta, en oro.

—Pues tendrás que convencerme.

—¿Es un purasangre! ¡Su estirpe está mejor documentada que la del propio emperador!

—Eso no es muy difícil. Los hombres cuidan mejor de sus purasangres que de sus congéneres. Treinta, de plata.

—¿Bah! Sesenta y cinco.

—Treinta y cinco. —Gair se sacó un marco del bolsillo y se lo arrojó.

—Pero ¿qué es esto? Nadie en la ciudad estará dispuesto a cambiarme esta moneda.

—Los marcos de la Ciudad Sagrada son las monedas menos adulteradas del Imperio. Casi son de plata pura.

—Aquí son muchos los que recuerdan las guerras, amigo mío. —El hombre del desierto escudriñó la efigie del lector de Dremen y el roble estampados en el reverso, antes de exhalar un suspiro—. Cincuenta, aunque a mi madre le romperá el corazón.

—Cuarenta, y puedes añadir los arreos.

Allí se quedó suspendido el precio durante un largo, largo instante. Con las orejas alerta, *Shahe* también parecía a la expectativa.

—¿Has recorrido antes las arenas, Gair? —preguntó entonces N'ril.

—Nunca. ¿Por qué?

—Porque regateas como un vendedor de alfombras isfahano. —Una sonrisa radiante iluminó su rostro, cuando el hombre del desierto le devolvió la moneda—. Cuarenta.

Tendió la mano para cerrar el trato. Cuando Gair la estrechó, una estruendosa explosión sacudió el ambiente. *Shahe* se espantó, separándolos mientras docenas de detonaciones menos intensas y agudas acompañaban el estruendo. Por encima de los tejados se alzó el humo negro que manchó el cielo, surcado por vetas azules y plateadas.

—Pero ¿qué coño es eso? —Gair tuvo que esforzarse para evitar que el caballo lo echara al suelo mientras reculaba y piafaba. Otra andanada dio pie a una nueva lluvia

de chispas—. ¿Son fuegos artificiales?

—Eso creo —respondió N'ril, escudándose los ojos para contemplar el humo que arrastraba el viento—. Viene de los muelles.

Con una suave presión de talones y manos, Gair calmó a *Shahe* y tiró de las riendas para hacerla caminar en círculos por el patio, a pesar de que la forma en que echaba las orejas hacia atrás y el paso inseguro le dieron a entender que el animal no estaba precisamente contento.

Detrás de N'ril los mozos de la casa atestaron el patio para parlotear y señalar al cielo. Alderan, sin camisa, se abrió paso entre ellos con una toalla en torno al cuello. Un silbido agudo le hizo levantar la vista justo a tiempo de ver una flor roja que se abría en el cielo azul.

—¿Fuegos artificiales? —exclamó.

Una cara asomó por el borde del tejado de la casa grande, gritando en gimraeliano. El lenguaje superaba con creces las frases sencillas que conocía Gair, así que se volvió hacia N'ril para que se lo tradujera.

—Se ha incendiado un almacén del muelle oriental.

Alderan se secó el rostro, arrugando el entrecejo.

—El muelle oriental es el enclave septentrional de los mercaderes —dijo—. Y apenas hace un día tres cultistas emboscaron a un solitario *ammanai* en el zoco. Cada vez se muestran más ambiciosos.

Un escalofrío recorrió la columna de Gair.

—¿Corremos peligro?

—No inmediato, pero diría que no estamos tan seguros como lo estábamos ayer. N'ril, ¿cuán rápido podrías tener listos los pertrechos?

—Dentro de unas horas. Mañana a más tardar.

Alderan chascó la lengua, tirando de la toalla que llevaba colgada del cuello.

—Cuanto antes mejor.

—Veré qué puede hacerse. —N'ril hizo una rápida inclinación y salió apresuradamente del patio.

—Tal vez pueda echar una mano. —Gair hizo ademán de desmontar, pero Alderan negó con la cabeza.

—N'ril ya tiene suficientes preocupaciones sin tener que ocuparse de ti.

—Me emboscaron. No fue culpa mía, Alderan.

—No por lo que tú hiciste, no, sino por lo que eres.

—*Ammanai*.

—Y con tu altura llamas la atención como el mayo que se alza en mitad del prado a las afueras del pueblo. Aunque no hubieses matado a esos hombres, atraes todas las miradas. —Alderan hizo un gesto de negación con la cabeza—. Lo siento, Gair, pero así está la cosa. Hasta que podamos darte un aspecto más propio de un hombre del

desierto, será mejor que te mantengas al margen. —Acarició el suave hocico de *Shahe*—. Veo que te has procurado un nuevo caballo. Sugiero que te tomes tu tiempo para conocerla. En cuanto abandonemos la ciudad tu vida podría llegar a depender de esta yegua.

Astolar

Tanith apartó las mamparas y salió al balcón de losas de pizarra que había tras la casa. Apenas había despuntado el día y penachos de bruma se deslizaban sobre el rostro del Mere, mientras más allá las colinas mostraban sus indistintos contornos. En el agua argéntea, las lilas estaban preparadas para afrontar el día como lanzas sobre un escudo de hojas. A lo lejos, en el lago, un zampullín sacaba algo del agua y sacudía la cabeza, salpicando el ambiente de gotas perladas.

Astolar. Había echado de menos ese lugar. Había crecido atenta al suspiro de los abedules, al suave trueno de las cascadas de Belaleithne, y a lo largo de los cinco años que había pasado en las islas había llenado su cuarto cada noche con el recuerdo de su tierra natal. El musgo bajo los pies en lugar de alfombras, los árboles sobre la cabeza en lugar de piedra y travesaños, lo necesario para aliviar el dolor de la separación.

Pero cinco años antes, cuando había abandonado el embarcadero para pisar la tierra de su pueblo, no sintió la conexión. En el largo camino desde el puerto hacia el interior de Carantuil, ella reconoció los lagos profundos, los tejados anchos y las torres dispersas que se alzan sobre los árboles, pero lo hizo distanciada, como quien mira a través de un grueso cristal. Incluso allí, de pie en el balcón de su propia casa en una dulce mañana de primavera, se sintió más una extraña que una de las hijas de la corte blanca, recién llegada de vuelta al hogar.

Un soplo de brisa removi6 la superficie del lago, y empuj6 a Tanith a cubrirse con la t6nica de seda. Había pasado cinco años en compa6a de los humanos, aprendiendo las labores de sanadora. Se había acostumbrado al mundo de los hombres, quiz6 demasiado. Puede que eso justificara por qu6 se le antojaba tan frío, tan distante, el tacto de Astolar en su alma. Tendrían que aprender a enamorarse de nuevo.

A su espalda oy6 los pasos silenciosos del ama de llaves, seguido por el tintineo de la porcelana en la mesa cubierta por un cristal donde se servía el desayuno, pero no se dio la vuelta. No tenía apetito. Al cabo de una semana se presentaría ante los diez

como heredera de la Casa Elindorien. Las mariposas que se le habían multiplicado en el estómago desde que embarcó en las islas no dejaban hueco para la comida.

Sin hacer un solo ruido, una cabeza grácil, más pequeña que la de un niño, asomó por la superficie del lago. La criatura iba cubierta de piel oscura, tenía el hocico respingón y las diminutas orejas vueltas hacia la parte posterior del cráneo, ocultas casi por la piel. La miró con ojos negros, grandes.

«¿Mi señora?», preguntó una voz en su mente.

—Buenos días —saludó.

«¡Mi señora!» La cabeza desapareció para salir de nuevo a la superficie al cabo de unos instantes, más cerca del balcón. «¡Mi señora ha vuelto!» Varias cabezas más asomaron del agua para arracimarse alrededor de la primera.

«¿Cosas bonitas? ¿Nos has traído cosas bonitas, mi señora? ¡Con lo que nos gustan las cosas bonitas! Nos gustas tú. ¡Te hemos echado de menos!»

—Pero si me visteis ayer. Tanto no hace.

«Aun así te hemos extrañado».

Tanith no pudo evitar sonreír. Las selkis tenían el sentido del paso del tiempo propio de un niño pequeño: para ellas una hora era larga como una semana, y un año era breve como un día.

Arrodillada sobre la piedra húmeda de rocío les tendió las manos.

—Entonces yo también os he echado de menos, pequeñas.

Las selkis se pelearon entre sí para ver quién era la primera en ser acariciada, hundiéndose la cabeza con las manos como cachorrillos, canturreando alegres.

—Hoy no tengo cosas bonitas. En otro momento, si os parece, ¿de acuerdo? Pero tengo algo que es mejor incluso que cosas bonitas. ¿Sabéis de qué se trata?

«¡Dulces!», exclamaron todas a una, cabeceando en el agua.

Se puso en pie y se acercó a la mesa que habían puesto con cuidado para que desayunara. En la bandeja había un rollito dulce de canela que desmenuzó, un trocito para cada selki. Después se los fue arrojando al lago, y ellas, con sus cuerpos oscuros y ágiles se sumergieron para atraparlos, ágiles como nutrias.

—No deberías alentarlas.

La voz de Ailric era tan llena y líquida como una copa de ron, y la inundó de calidez de dentro afuera. En los tres años que habían pasado desde la última vez que la escuchó, no había perdido su poder para embriagarla. Hizo un esfuerzo para mantener la cabeza despejada y se volvió para mirarle.

El cuello alto y la cintura entallada del largo abrigo acentuaban la flexibilidad de su cuerpo, y la fría tonalidad verde jade de la Casa Vairene hacía juego con su dorada piel astolana. Llevaba largo el cabello rubio, pero se lo había apartado del rostro y cortado pulcramente. El hermoso joven poeta, cuya visión bastaba para pararte el corazón, había desaparecido. El hombre que se recortaba ante las mamparas era tan

pulido, tan perfectamente esculpido como una de las estatuas de los jardines de palacio.

Tan sólo los ojos no habían cambiado. Con el color del fuego, bailaban, centelleaban y prometían quemarla de nuevo si se le acercaba más de la cuenta.

—Me gustan las selkis —dijo ella, asombrada ante la serenidad de su tono de voz—. Me distraen.

—A mí me parecen un incordio.

Tanith esbozó una sonrisa.

—Si no las regañaras, no te dejarían peces muertos en los zapatos.

—Si no me dejaran peces muertos en los zapatos, no habría necesidad de regañarlas. —Se le acercó, extendiendo las manos para tomar las suyas—. Me complace verte de nuevo entre nosotros. Astolar ha estado vacío sin ti.

—Me alegra haber vuelto a casa. —Tanith le ofreció la mejilla para que la besara—. Tienes buen aspecto.

—Y tú estás más hermosa de lo que recuerdo —dijo él, apretándole las manos—. Por favor, perdóname por no haber estado presente para darte la bienvenida. Tenía asuntos que resolver en nuestras propiedades del norte que no pude posponer. —Se inclinó para besar su otra mejilla, pero lo hizo sin apartar mucho el rostro del de ella—. He esperado largo tiempo tu regreso —susurró. Su aliento le acarició la oreja, provocándole un hormigueo familiar a lo largo de los brazos.

—Me temo que todo ha conspirado para retrasarme. —Tanith retrocedió un paso, aumentando la distancia que los separaba.

Vio con el rabillo del ojo que el ama de llaves reaparecía para poner un servicio adicional en la mesa, antes de perderse en el interior de la casa, cerrando con discreción las mamparas al salir.

—Ah, sí. Tu padre me habló del joven al que le hicieron la exploración. —Ailric le acercó una silla y se ocupó de acomodarla, antes de alcanzar una silla para sí, en cuyo respaldo colocar cuidadosamente el abrigo verde—. Un humano. —Hizo que sonara como si hubiera dicho «campesino».

—Un paciente —le corrigió Tanith—. La labor de una sanadora consiste en tratar a todos los pacientes por igual, sin temor o favoritismos, sin importar a qué raza pertenezcan. ¿Té?

—Por favor.

Se ocupó de las tazas y la tetera, consciente de que él no dejaba de mirarla, ajustándole la túnica al cuerpo como lluvia, o como si le hubiese puesto encima las manos, con sus dedos largos, propios de un intérprete de laúd. «No». Ahora eso formaba parte del pasado. No tenía sentido alentar un rescaldo que era mejor dejar enfriar. Pero el cuerpo de ella recordaba su tacto y se dolía por su pérdida.

Ella se sentó de nuevo, con la taza de té en el regazo.

—Bueno, ¿a qué debo el placer de tu visita a una hora tan temprana?

Él aceptó su taza, pero no bebió.

—He venido a verte en cuanto he vuelto a Carantuil. Espero escoltarte al salón para tu presentación la semana que viene en la corte.

Ella habló con ligereza para disimular su repentina inquietud.

—¿Crees que los diez imponen tanto que necesito escolta? De niña jugaba con muñecas en el gran salón. A los cuatro años, Berec me talló un caballo de madera con sus propias manos. —Dio un sorbo.

—Pero ya no tienes cuatro años, con tu madre a tu lado y la sucesión tan lejana como las lunas. Tu madre ha muerto, y tú eres la única heredera de la Casa Elindorien. —Los ojos ámbar la observaron a través del vapor que se alzaba de la taza—. ¿Acaso no agradecerías contar con la compañía de un amigo?

Si accedía al gran salón yendo de su brazo, daría la impresión de haberlo convertido en su consorte, y los diez esperarían que ella le prometiese su mano, lo cual no estaba dispuesta a permitir.

—Los amigos siempre son bienvenidos, pero debo presentarme sola ante los diez. Como alto trono de la Casa Elindorien no puedo hacer acto de presencia del brazo de nadie.

—¿Ni siquiera de un amigo?

—Ni siquiera de un amigo.

Ailric dejó la taza en el plato, y observó el lago a través de la ventana.

—Tuve ocasión de hablar con tu padre antes de marcharme al norte. Me dio su bendición para pedir tu mano.

De pronto el té de Tanith adquirió un gusto amargo; cuando tomó un sorbo, le dejó la boca seca.

—Es demasiado pronto para pensar en el matrimonio.

—Esperaré. —Dejó la taza en la mesa y se inclinó sobre Tanith, tomándole la mano—. Sólo permíteme que te ame, del modo que te he amado desde que te vi por primera vez nadando en el Mere.

Los recuerdos la inundaron como una tormenta de pétalos de rosa, cada pétalo más brillante y tierno que el anterior. Horas perdidas en la música, perdidas en el otro. Besos que parecían no terminar nunca. Dedos entrelazados como si jamás fueran a separarse.

Encajó otra punzada en el estómago, y dijo con cautela:

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¡No tanto! Mis sentimientos no han cambiado.

«Ay, que los espíritus me guarden».

—Éramos unos niños. Hicimos mal en dejar que las cosas llegasen tan lejos; ambos lo sabíamos.

Sus palabras alcanzaron la diana como flechas que se hunden en la carne, descomponiendo la expresión del rostro de él. Pero es que había sido un error, ella era muy joven, se sintió demasiado embriagada con cada beso para atender las palabras de precaución que quienes eran más sabios que ella le ofrecieron por aquel entonces. Dejarlo atrás para viajar a las islas y perseguir su sueño de convertirse en sanadora casi le había roto el corazón, pero prometió regresar cuando se lo permitieran sus estudios, y él le prometió que esperaría. Sin embargo, a medida que volvía a casa, llena de relatos de las personas que había conocido y de las cosas que había aprendido, más impaciente y egoísta se había mostrado él.

«¿Por qué malgastas tu tiempo y talento con esos humanos? Deberías vivir en Astolar, conmigo».

Al final fue algo más que la distancia lo que los había separado, y ya no había forma de volver atrás.

Se levantó para dirigirse al borde del balcón, y desde allí contempló el Mere hasta las colinas lejanas, perfiladas por el reborde de oro con que las bañaba el amanecer. Oyó pasos a su espalda. Las manos de él se posaron sobre sus hombros, que acarició.

—Te quiero, Tanith. Siempre te he querido.

Ella cerró los ojos y aspiró aire, buscando fuerzas.

—Te dije hace tres años que lo nuestro había terminado. En realidad nunca debió haber empezado.

Abrió de nuevo los ojos para ver los primeros rayos del sol que asomaban a través de la bruma, mientras las selkis saltaban hacia la luz y se perseguían unas a otras en un juego interminable.

—Sabes que eso no es verdad. —Las caricias pasaron de los brazos a la cintura, un abrazo que la abarcaba. Pegó el cuerpo al suyo, los labios en el cabello—. Deja que te ame otra vez y te acordarás.

Le besó el cuello. Su aliento le erizó el vello, su canto la acarició de la misma forma delicada. El deseo se desperezó en lo más bajo del vientre, y Tanith tuvo que enderezar las rodillas para evitar rendirse de nuevo en sus brazos.

—No. Por favor.

—¿Quién más te ha tocado así? —susurró—. ¿Quién más conoce tu cuerpo como yo lo hago?

Los besos pasaron de su cuello al hombro. Su canto envolvió el suyo con una cadencia suave. Tanith dejó caer la taza, que se quebró a sus pies en el empedrado.

—Deja que te ame. Sé mi prometida y juntos gobernaremos Astolar.

Sería tan fácil rendirse al abrazo de Ailric. Dejar que sus caricias superasen su guardia, que la desarmaran, permitirle cumplir con la promesa que hizo a su padre de que la semilla astolana diera fruto en suelo astolano. Excepto que al crecer se habían distanciado, y el muchacho que había amado en tiempos se había convertido en un

hombre a quien era incapaz de reconocer, todo él hecho a los modales de la corte, desdeñoso, frío, mientras que el corazón de ella anhelaba a alguien que no era él.

Contuvo el aliento y se apartó de él. La porcelana rota crujió bajo sus pies descalzos, y el dolor le hizo torcer el gesto.

Ailric se quedó mirándola, con el rostro bañado por la luz dorada del sol naciente, y las manos extendidas hacia ella, solícito.

—Tanith...

—Esto no tiene futuro —dijo ella, avergonzada al ver que le temblaba la voz—. Lo que hubo entre nosotros... se acabó hace años. Ha terminado.

Él bajó las manos sin apartar la vista de ella.

—Tu cuerpo dice algo distinto.

Cada vez que respiraba, y lo hacía con dificultad, Tanith era consciente de la traición de sus pezones bajo la túnica de seda. La apartó de su cuerpo, y se ajustó el fajín para que la prenda le cayera más holgada.

—Creo que deberías irte.

Los ojos del color de las llamas se deslizaron por su cuerpo con la intimidad de una caricia, recorriéndola con la firmeza que sus labios y manos habían mostrado con anterioridad.

—¿De veras es esto lo que quieres? —preguntó en voz baja.

—¡Vete, Ailric! Por favor.

Él sonrió.

—Por supuesto. Discúlpame, te he abrumado. Es un momento importante para la Casa Elindorien, y para ti. No puedo pedirte una respuesta ahora. —Tomó las manos de ella en las suyas, y se las llevó a los labios—. Hasta luego, amor mío.

Se inclinó y la dejó a solas en el balcón.

Tanith se quedó mirando las mamparas hasta que se cerraron tras él. ¿Había escuchado Ailric lo que le había dicho? ¿O simplemente había optado por ignorarla? Nunca podría casarse con él, jamás lo haría, a pesar de lo cual él había ignorado su rechazo, como si supiera mejor que ella lo que pensaba y sentía.

«Pero ¿cómo se atreve?»

En cuanto se dirigió al interior de la casa acusó el fuerte dolor en la planta del pie. La taza rota. Cojeó hasta una silla, donde se sentó para levantar el pie sobre la otra rodilla. Tenía una esquirra de porcelana, curva como una garra, hundida en la piel. Apretó los dientes y la sacó. La sangre manó de la herida y tanteó la mesa en busca de una servilleta para hacer presión.

La sangre tras la despedida era un mal augurio. División. Distanciamiento. Pérdida. Tanith torció el gesto y aplicó mayor presión mientras la tela blanca se volvía roja entre los dedos.

«Que los espíritus no quieran que sea un mal augurio para mi presentación ante la

corte blanca».

Una tirada de tabas

Ytha observó impasible mientras Teia invocaba la llama sobre la palma abierta de su mano. La música era insustancial como un susurro, a pesar de lo cual sentía su calor sobre la piel. Eso siempre la asombraba, sin importar las veces que lo practicara. Dejó crecer la llama hasta que alcanzó la longitud de su dedo, y luego la mantuvo firme. Perfecto.

La portavoz la extinguió con un chasquido de los dedos.

—Otra vez.

Teia recurrió a su magia para invocar otra llama. De nuevo Ytha la apagó. Teia torció el gesto cuando acusó el latigazo del poder.

—Otra vez.

Ésa había sido la pauta de toda la lección. Ytha exigió que completara las tareas más sencillas una y otra vez, sin enseñarle nada nuevo. Nada la satisfacía. O bien Teia se mostraba demasiado lenta, o bien era descuidada; la llama era más pequeña de la cuenta, o demasiado grande, o tenía cualquier otro fallo que únicamente la portavoz era capaz de apreciar. La vez que se atrevió a hablar para preguntar qué había hecho mal, se había granjeado un bofetón en la mejilla que le dolió lo bastante para ver las estrellas. Aún tenía el labio hinchado y dolorido.

Invocó una nueva llama que mantuvo hasta que sintió la invasión de la magia de Ytha, momento en que la dispersó por propia voluntad para ahorrarse la punzada que le provocaba la interrupción de la portavoz.

Ésta enarcó una ceja.

—¡No vuelvas a desafiarme, niña!

Teia inclinó la cabeza, acongojada. Nunca debió intentar disuadir a Ytha del pacto que había sellado con Maegern. No había aprendido nada nuevo de ella en las dos semanas transcurridas desde el incidente. Simplemente la había hecho repetir los mismos ejercicios triviales una y otra vez, como si fuera una cría con problemas de aprendizaje, y sus esfuerzos habían sido castigados de forma arbitraria.

En una ocasión, había intentado quejarse a Drwyn, pero éste apenas le había prestado atención. Con las intensas nevadas que impedían la caza, de hecho parecía que las cosas irían a peor, tan sólo le interesaba la creciente redondez de su barriga, que le gustaba acariciar, y le hablaba como si dentro el bebé pudiera oírle. Siguió convencido de que tendría un hijo, mientras que ella cada vez estaba más segura de que iba a alumbrar a una niña. Veía los colores en la mente dormida del bebé cada vez que pensaba siquiera en ello, y respondían a su llamado igual que lo hacía el poder en su interior siempre que recurría a él. Tendría una niña. Eso supondría su final, un final que tendría lugar para las tres lunas de verano.

—¡Presta atención, Teia! —exclamó Ytha.

Teia cayó en la cuenta de que la llama se había alzado hasta amenazar los tapices del techo. Por las orejas de Macha, ¡tenía que concentrarse! La redujo a un tamaño más modesto. La palma le dolía debido al calor.

—Lo siento, portavoz. Me he distraído. Lo haré mucho mejor la próxima vez.

—Procura que así sea. —Ytha frunció los labios—. He aceptado enseñarte, no perder aquí el tiempo sentada mientras tú te dedicas a soñar despierta.

Invocó otra llama, esta vez más contenida.

—¡Quizá prestase más atención si me enseñaras algo! —Teia hizo la llama a un lado, que se extinguió con un parpadeo. La portavoz se quedó mirándola.

—He pasado aquí sentada una hora a diario las últimas dos semanas desde que quise advertirte de lo del Cuervo, ¡y en este tiempo no me has enseñado nada! Me haces repetir ejercicios que domino desde hace un mes, todo el tiempo me regañas sin ningún motivo, y ya estoy harta.

Apenas tuvo un instante antes de que la magia de Ytha se extendiera hacia ella para aferrarle la garganta. No lo hizo con la fuerza suficiente para ahogarla, pero no podía tragar. Teia tenía la sensación de que iba a despegarse del cojín, a pesar de la barriga hinchada. El temor le provocó un escalofrío.

Ytha abrió los ojos felinos, verdes.

—Creo que olvidas cuál es tu posición, niña —dijo—. Eres mi aprendiz y estudiarás según mis directrices. Si eso quiere decir que estarás aquí sentada invocando llamas hasta que el cielo se resquebraje y las estrellas caigan del cielo, eso es lo que harás. No toleraré más muestras de desobediencia.

—Sí, portavoz —logró decir Teia. La franja de aire enroscada alrededor de su cuello se deshizo, y ella sufrió una sacudida.

—Bueno, y ahora quiero una llama.

Resignada, invocó de nuevo el poder. La nueva llama tembló y dio un brinco, pero no tuvo energía para enderezarla. No tenía sentido. Por perfecta que la hiciera, Ytha haría un corte a través de su magia y la enviaría de vuelta a la negrura.

Uno de los guerreros de Drwyn rascó la cortina de la puerta y metió la cabeza

dentro. Era Harl, que parecía incómodo.

—Disculpa la interrupción, portavoz —dijo, poco seguro de sí mismo.

—¿Qué pasa?

El guerrero tragó saliva ruidosamente y agachó la vista, lejos de la ira de la portavoz, antes de volver a mirarla. Teia cayó en la cuenta de que era la primera vez que lo veía tan cohibido.

—Vienen hacia aquí. —Se apartó sin soltar la cortina.

Ytha se levantó, alisándose la falda. Sus ojos verdes centellearon.

—¿A qué distancia?

—Al otro lado del valle, y a gran velocidad. Están a menos de una hora de distancia.

Una sonrisa fría, helada, curvó las comisuras de los labios de Ytha.

—Entiendo.

Tomó el cayado y se puso el manto sobre los hombros.

—Di al jefe que se reúna conmigo en el puesto de vigilancia para dar la bienvenida a nuestros invitados, y luego reúne al clan en la sala común. Nuestra bienvenida tiene que estar a la altura de las circunstancias.

—Sí, portavoz.

Harl salió, seguido por Ytha. La portavoz hizo una pausa en el umbral, con la mano huesuda en la cortina mientras volvía la cabeza para mirar a Teia, que seguía sentada, con las piernas cruzadas, en el suelo.

—Tú y yo no hemos terminado —dijo—. Me obedecerás o te apagaré.

Y se marchó.

Teia esperó a no oír los pasos en la distancia, entonces se puso en pie tan rápido como se lo permitió la prominencia de su barriga. A esa altura hacía tiempo que había planeado marcharse, pero entre cuidar de su jefe y las lecciones de la portavoz, había tenido poco tiempo para prepararlo todo. Es más, tal vez era demasiado tarde. Prácticamente habían llegado.

En el dormitorio, ocultas bajo las pieles de la cama, había escondido las últimas prendas de abrigo que necesitaba. El jubón de piel de foca. Una túnica de cuero con forro de piel, que serviría a pesar de estar un poco apolillada. Unos viejos pantalones de Drwyn que ella se había ajustado. Un par de buenas botas, que se puso tras quitarse los escares. Después de todo, llevaba una falda tan larga que nadie repararía en ellas. Y algunas otras cosas.

Metió todo apresuradamente en un cesto, y amontonó algunos alimentos en la parte superior. Ahí. Ya había utilizado esa artimaña una docena de veces, y nunca le habían dado el alto. Las mujeres con cestos a la cadera caminaban a diario hacia las despensas tan a menudo que no era algo que llamase la atención, a pesar de lo cual cada vez que tuvo que hacerlo el corazón le había latido en el pecho con tal fuerza que

pensó que el estruendo iba a delatarla a medio camino de la sala común.

Llenó de aire los pulmones, pero no sirvió de nada para calmar el frenético tamborileo que tenía en el pecho. Se le había acabado el tiempo. Ni siquiera podía emplear unos minutos más para despedirse de sus padres. Tenía que llegar lo más lejos posible antes de que Ytha regresara.

La falda de Ytha flameaba a la altura de sus tobillos a merced del viento inclemente. Hacía días que no nevaba con intensidad, y entre los cielos soleados y la dificultad para desplazarse que experimentaban las partidas de caza, el saliente casi estaba despejado de nieve y hielo. Se asomó al borde, protegiéndose los ojos del sol cuando contempló el valle.

Había dos sombras al pie de las colinas. Apenas pudo distinguirlas, pero el sendero que araban en la nieve discurría recto hacia el lugar donde ella se encontraba. Ni las rocas ni los salientes ni el millar de arroyos que cubrían el terreno bastaron para hacerles dar un rodeo. Corrían de un modo que no daba la impresión de que estuvieran dispuestos a demorarse un instante hasta alcanzar su destino.

Sí. Maegern había mantenido su palabra, a pesar de todo lo que había dicho esa condenada moza.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Ytha. Eso le proporcionaría la lealtad de todos los jefes. Cuando presenciaran la demostración de su poder no quedaría un resquicio de duda, ni habría lugar para el escepticismo. Jurarían lealtad a Drwyn en la diáspora, todos ellos sin excepción. Miró al cielo, donde, creciente, la segunda luna colgaba bajo el pálido espectro de la tercera. «Y bajo las tres lunas...», suya sería la primera victoria.

Un ruido de pasos en la piedra la hizo volverse. Drwyn se reunió con ella, los ojos entornados para protegerse de la claridad que reinaba en el exterior.

—De modo que han llegado los mastines —dijo.

—Sí, mi jefe. —Ytha le dirigió una levisima inclinación de cabeza, y no pudo evitar que su sonrisa se volviera más amplia.

—Entonces, Teia erró con la predicción.

—Eso parece. —Por los dioses ancestrales que se lo echaría en cara a la joven y disfrutaría de cada instante.

—Si el tiempo se mantiene estable no tardaremos en emprender el viaje al norte.

—¿No esperaréis a los señores nobles? —La portavoz hacía serios esfuerzos para mantener la compostura, porque le estaba costando mucho suprimir el nerviosismo que anidaba en su pecho.

Drwyn negó con la cabeza.

—No. Mi padre solía decirme que si hay que hacer algo, es mejor hacerlo cuanto antes. Ya he enviado más exploradores. Al principio será un viaje difícil, pero cuanto

antes nos movamos, antes reuniremos a los caudillos de los clanes. Tengo algunas ideas acerca de nuestra estrategia que transmitirles antes de que tenga lugar la diáspora.

«¿De veras? No vas a desviarte de la estrategia que tracé el pasado invierno, mi lobato, o te arriesgas a repetir los errores de Gwlach. Sin embargo, me interesa ver si has topado con algo que pueda haber pasado por alto. Incluso tal vez me sorprendas».

—Sabia decisión —dijo Ytha.

Miró de nuevo a los mastines. Estaban más cerca, de hecho creyó distinguir cómo les colgaba la lengua fuera, los penachos de nieve que levantaban a medida que avanzaban. ¡Cuánto terreno habían cubierto en apenas unos minutos! Cada paso consumía seis u ocho varas de terreno cubierto de nieve. Creyó oír el ruido de sus pasos al romper la fina capa de hielo.

—Serás el mayor jefe que jamás haya gobernado la Tierra Rota, Drwyn —dijo, ajustándose el manto para cubrirse mejor—. Tu nombre figurará en todos los cantos.

—¿Más alto que el de Gwlach? —preguntó él.

—Por supuesto. Gwlach carecía de la astucia necesaria para la batalla, a la altura de su ambición. Con Eirdubh y los demás cuentas con guerreros veteranos. Si atiendes sus consejos y atacas con arrojo, creo que tendrás poco que temer.

Él rió entre dientes, mirándola con una expresión que en él pasaba por astuta.

—Y todo se lo debo a la portavoz de mi clan, Ytha la sabia —dijo.

Con el descaro que le caracterizaba, deslizó el brazo por su cintura y le dio un beso en la mejilla. Pero ni siquiera ese gesto le ensombreció el humor. Los mastines se acercaban y ella triunfaría. Los clanes elegirían un jefe de jefes que los llevaría de vuelta a las tierras de sus antepasados, y ella se sentaría a su derecha. Nada podría impedirlo ya, dijera lo que dijese esa condenada moza. En cuanto diera a luz, sería un placer para ella quemar el poder que anidaba en su interior, y si Teia se quedaba muda o babeando de resultados del proceso, bueno, pues mucho mejor.

Una sonrisa tensa, pequeña, le curvó los labios. Lo importante era que Drwyn sabía a quién debía sus triunfos futuros.

Y ella se aseguraría de que no lo olvidara.

Nadie dirigió la palabra a Teia de camino a la despensa. Tuvo que rodear la sala común para llegar allí, porque vio que ya se llenaba de gente que comentaba con inquietud el motivo de que los hubieran reunido allí.

Respondió a los pocos que la saludaron con una sonrisa y un gesto agobiado para señalar el cesto que llevaba a la cadera. Tenía cosas que hacer, venía a decir, de no ser por eso le habría encantado pararse a charlar. Respondieron al gesto dando a entender que comprendían las circunstancias, después de todo tenía que cuidar del jefe, de modo que Teia podía seguir su camino sin preocuparse de ocultar a ojos de los

demás la inquietud que sentía.

Cuando alcanzó las despensas y se quedó encogida en las sombras que reinaban allí, decidida a recuperar el aliento, el corazón le latía a trompicones como un ciervo de tres patas. La inquietud le atenazaba el pecho de tal forma que apenas era capaz de llenar los pulmones. Bajo la ropa, tenía la piel cubierta de sudor.

«Que todo siga ahí, por favor. —El bebé le dio una patada—. Que Macha cuide de mí, oh, madre de madres».

Había escondido unas alforjas en la cueva más apartada de la despensa, las cuales había llevado allí utilizando la misma treta que ahora. Vació rápidamente las cosas del cesto y las llevó a donde, alabada fuera Macha, seguían estando las alforjas, apartada de la vista de todos tras unos sacos de estiércol. No había dejado de preocuparle la idea de que alguien pudiera tropezar con las alforjas, pero nadie había tenido que adentrarse tanto para obtener estiércol. Teia guardó en su interior las últimas cosas tan bien como pudo. Tuvo que forzar las correas cuando terminó.

Llevaba semanas guardando alimentos que se conservasen bien, como pescado en salazón y frutos secos, cereal y harina, así como prendas de abrigo; las bolsas abultaban tanto que apenas podía cargar con ellas. Entre maldiciones logró aplastar las cosas y cargarlas al hombro. A continuación debía actuar con celeridad. Sacaría el caballo del corral, lo ensillaría y se dirigiría al exterior.

Dicho así parecía coser y cantar, pero había un problema en el que había intentado no pensar, porque hacía que se le disolvieran las entrañas. Sólo había una salida de las cuevas: para alcanzarla tendría que cruzar la sala común bajo la mirada de todos los miembros del clan.

Cuando llegó al lugar que hacía las veces de establo, le dolía la espalda debido al esfuerzo de cargar con las alforjas a causa de su estado. Jadeando, dando pasos cortos de modo que pudiera moverse a buen ritmo, se volvió hacia el lugar donde se encontraba su montura, y ahí la encontró, atada, esperando. No era la bonita yegua que le había dado Drwyn, sino su propio castrado, *Finn*, cuyo lomo estaba cubierto por una manta.

Estuvo a punto de tragarse la lengua cuando reparó en la presencia de su padre, que tenía la silla de *Finn* apoyada en la cadera.

—¿Qué haces aquí, papá?

Su padre frunció los labios y, con ellos, el mostacho de pelo cano.

—Podría hacerte la misma pregunta, hija mía, pero ya conozco la respuesta. —Ensilló el caballo y ajustó las cinchas—. Sé qué es lo que trama Ytha, Teisha. La vi subir al saliente, y fui derecho a advertirte de ello, pero ya te habías marchado de la cueva. Supuse que o bien descubriría que *Finn* ya no estaba, o bien te encontraría aquí con él.

La libró del peso de las alforjas, que colgó sobre la grupa, tras la silla de montar, y

procedió a asegurar. *Finn* mostró el dentado, una protesta que no iría más allá de ese gesto.

—Tengo que irme —dijo ella, abatida. Extendió los brazos hacia él con lágrimas en los ojos.

Él la abrazó con fuerza, como si fuera una niña pequeña.

—Lo sé, *Teisha*. Querría haber hecho más para ayudarte. —Le dio un beso en la frente y le secó las lágrimas con los pulgares callosos—. Vamos, no llores, cariño.

—Ella lo sabe, papá, estoy segura. Me ha tratado con desprecio desde que quise advertirle.

—Cuentan que intentaste utilizar tus poderes en su contra —dijo.

—Sólo para detenerla cuando utilizó los suyos para atacarme. —Abrazó a su padre con fuerza una vez más antes de apartarse—. Tengo que irme, papá. No tendré otra oportunidad. Mientras todo el clan esté pendiente de ella, su propio triunfo la tendrá tan embriagada que ni siquiera pensará en mí.

Su padre no se mostró muy convencido.

—Es muy arriesgado, *Teisha*. Te la estás jugando a una tirada de tabas.

—No tengo otra opción. —*Teia* se encogió de hombros.

Su padre le puso la manos en los hombros, antes de besarle ambas mejillas.

—Entonces ve, rápido, y que *Macha* cuide de ti. —Su voz era incluso más severa de lo habitual. Confió las riendas en manos de su hija.

—Papá, por favor, aléjate cuanto puedas antes de que sea demasiado tarde. Prométemelo.

—Te doy mi palabra. ¡Vete!

Cuando llegó, los miembros del clan atestaban la sala común. Todos y cada uno de ellos, desde el niño más pequeño en brazos de su madre, hasta el anciano más canoso, encaraban la plataforma situada cerca de la entrada donde se encontraba *Ytha* junto a *Drwyn*. La portavoz se mantenía erguida, con las mejillas sonrosadas debido al frío que reinaba en el exterior. Tenía la mano derecha sobre el hombro de uno de los dos enormes mastines que se encontraban a su lado y que le llegaban a la altura de la cintura. El otro yacía a sus pies.

—Que la madre nos proteja —murmuró *Teia*, conteniendo el aliento.

Se sintió desfallecer, precipitarse de cabeza a un precipicio hecho de luz y oscuridad. Ése era su sueño, su visión, exactamente tal como había visto en la imagen.

A ciegas extendió la mano para apoyarse en *Teir*, pero su padre ya no estaba allí. Había vuelto junto a los demás guerreros para que nadie lo echase de menos, de modo que sólo pudo apoyarse en la fría piedra de la cueva. Se aferró a ella, convencida de que de otro modo caería desmayada.

—¡Gentes de los *Crainnh*! —anunció *Ytha*. La acústica de la sala amplificó su voz, de modo que todos pudieron oírla. Cada una de sus palabras rezumaba triunfo—. Tal

como veis, Maegern la ancestral nos ha concedido dos de sus mastines, la ayuda que nos prometió. Aquí los tenéis ante vosotros, prueba de su palabra. Con la Hueste Féérica de nuestro lado, la victoria será nuestra. Tendremos éxito allí donde Gwlach fracasó, y expulsaremos a los invasores de una vez para siempre de nuestras tierras. ¡Restañaremos las heridas con sangre sureña y devolveremos el honor a nuestro pueblo!

Los guerreros rugieron a modo de aprobación. Las lanzas golpearon el suelo al compás de los vítores.

Teia, aturdida aún, se apartó de la pared. Tenía que moverse, aprovechar la distracción mientras durase. Sólo disfrutaría de una oportunidad. Dio un rápido tirón de las riendas de *Finn* y empezó a rodear la sala común, lo más lejos que pudo de la plataforma.

Avanzó lentamente. La sala estaba tan llena que apenas había espacio para que pasara el caballo cargado; tuvo que dar algún que otro codazo, empujar las espaldas para abrir camino al animal. La mayoría de los miembros del clan se movieron sin volver siquiera la vista atrás, tan absortos ante el discurso de Ytha y la visión de los enormes mastines como para prestar atención a la gente que se movía detrás de ellos, pero Teia sintió el peso de una o dos miradas curiosas que repararon en ella al pasar. Tenía el corazón en la garganta. Le sudaban las manos, pero tenía la boca tan seca que ni siquiera tenía saliva que tragar.

Cada vez más cerca, cada vez menos gente delante. Todo el mundo seguía pendiente de la portavoz y sus monstruosos aliados mientras hablaba de la gloria que aguardaba al clan, mientras exhortaba a los presentes a vitorear y vitorear. El estruendo enmudecía los cascos de *Finn*.

Sintió bajo los pies la elevación del terreno. Había alcanzado la rampa; llegaba la parte más peligrosa. Con tal de alcanzar el pasadizo, tendría que subir hasta situarse a la misma altura que la portavoz, donde quedaría a la vista de todo el mundo. Alguien le daría el alto. Alguien la delataría.

Finn asomó la cabeza por encima del gentío; ella se agachó delante de él, interponiendo el caballo de modo que la tapara. Asomó el cuello, seguido por la perilla de la silla. Teia, a quien el miedo le revolvía el estómago, siguió caminando. A medida que ascendía la rampa, empezó a trazar la curva tras Ytha, por tanto ése sería el punto en que estaría más expuesta, tanto que incluso la portavoz se daría la vuelta para ver quién pasaba en ese momento detrás de ella. Ya no quedaba mucho. Unos pasos más y estaría a salvo.

Alguien en la multitud lanzó un grito y Teia sintió un intenso escalofrío en el cuello, como si se le hubieran colado un montón de hormigas rojas por el vestido. La presencia de Ytha irrumpió en sus pensamiento con la fuerza de una ventisca.

«Te estoy viendo, Teia».

Se detuvo, sentía los pies tan pesados que no podía ni levantarlos. Cuando miró por debajo de la barbilla de *Finn* encontró los ojos verdes de Ytha. El mastín situado junto a ella la miraba también con una mueca.

—Ven aquí, donde todos podamos verte, niña.

Lentamente dejó atrás al caballo para encararse a la portavoz. Después de toda la tensión que había soportado, se sintió en calma, resignada. Encaraba el final de la partida. Tenía una idea clara de cómo se desarrollarían los últimos movimientos. Teir le había dicho que se lo estaba jugando todo a una última tirada de las tabas, pero en realidad lo que había hecho era apostar todo contra todo riesgo. Por tanto ya no tenía nada que perder.

Se sumergió en la música del poder y dio forma sobre su cabeza a un orbe de fría luz azulada.

—¿Me ves ahora, Ytha? —preguntó con tono firme.

—¿Adónde vas?

—Abandono el clan.

A la altura del hombro de la portavoz vio que Drwyn arrugaba el entrecejo y hacía ademán de tocar el hombro de Ytha. Ésta inclinó imperceptiblemente la barbilla y el jefe del clan dejó caer la mano al costado.

—Entiendo. ¿Adónde te propones ir?

—Tan lejos de ti y de tu locura como sea posible. Lo único que lamento es que no pueda hacerme acompañar por todos para evitarles lo que se avecina.

—¿Y qué es, según tú, lo que se avecina? Ya están aquí los mastines, Teia. Nos aguarda la victoria.

Teia aspiró aire con fuerza. No podía guardar silencio por más tiempo. Tenía que contar lo que había visto, con la esperanza de que alguien la creyera. Tal vez pudiera persuadir a Drwyn y hacerle entrar en razón. Pero comprendió al reparar en su expresión que la llegada de los mastines había aplastado esa frágil esperanza como pisa la hierba un caballo de guerra. Tal vez se mostrara más tolerante con ella, puede incluso que la respetase un poco, pero tan sólo tenía ojos para la gloria.

—Si cabalgas con la Hueste, Ytha, se volverá en tu contra.

El mastín que yacía a los pies de Ytha se incorporó y se volvió hacia ella, quedándose totalmente inmóvil. De lo más hondo de las gargantas de ambos monstruos surgieron gruñidos que fueron como el bostezo de una montaña.

—Sabes lo que he visto. Tuviste oportunidad de contemplar la verdad cuando me acompañaste durante la adivinación de sangre.

Ytha frunció los labios.

—Lo que vi fue el fruto de la imaginación de una niña asustada, nada más. Me has engañado durante años, ocultándome tu talento y desafiando por tanto la ley del clan. ¿Por qué iba a dar crédito a las palabras pronunciadas por una mentirosa confesa?

Un suspiro recorrió la multitud reunida al pie de la plataforma. Un millar de ojos se volvieron hacia Teia, quien estaba envuelta en magia, de modo que el peso de sus miradas no alcanzó a impregnarla, como agua sobre una tela encerada.

—Fue un presagio. En el fondo de tu corazón sabes que es verdad. El Cuervo no es de confianza. Te ha dado su palabra, pero eso no significa que está dispuesta a cumplirla.

—¡Estos mastines son prueba de ello!

—Estos mastines hacen su voluntad, Ytha, no la tuya.

—¿Qué haces, Teisha?

Teia bajó la mirada. Su madre se abría paso entre el gentío, apartando a la gente a codazo limpio, su rostro era la viva imagen de la preocupación.

—Hago lo que debo, mamá. Alguien tiene que advertir a los demás de su locura cuando aún hay tiempo.

Una risotada burlona reverberó en la sala.

—¡Escuchad a la niña! —se burló Ytha—. ¡Se atreve a acusar de loca a la portavoz de su clan! Te comportas como una insensata, Teia. Haz caso a tu madre y vuelve a tu hogar. Tu jefe espera encontrar a su mujer junto al fuego.

Teia levantó la barbilla.

—No.

Ytha enarcó ambas cejas.

—Ésta será la última vez que me desafíes.

Anticipando el latigazo de la descarga, Teia dio forma de escudo a su magia de modo que la protegiese antes del ataque. Una nota discordante, metálica, resonó en el canto en su interior cuando el poder entrechocó con el poder. Ytha dio un respingo.

—Y ésta será la última vez que intentarás doblegarme, porque ya no te temo.

La portavoz lanzó un gruñido y recurrió de nuevo a su magia, pero gracias a sus propias lecciones Teia se le adelantó. Una mano hecha de aire sólido golpeó en la boca a Ytha y la hizo trastabillar.

—¡Ingrata! —gritó. Una gota de sangre le goteó del labio, negra a la luz perlada. En su mano parpadeó la semilla estelar.

Una serie de martillazos arremetió sobre el escudo de Teia y rebotó sin causar daños, aunque cada uno de los golpes que la componían lo hizo temblar como piel de tambor. Incluso *Finn* pareció percibirla, pues sacudió la cabeza para librar las riendas que ella sostenía.

Ytha la atacó una y otra vez. Cada oleada surgió más desbocada, menos refinada, hasta que finalmente la portavoz crispó las manos en puños y echó atrás la cabeza.

—¡Matadla! ¡Matad a la traidora!

Drwyn la cogió del hombro.

—¡No! ¡Está embarazada de mi hijo, Ytha!

—¡Quítame la mano de encima! —Ytha le aferró la mano, arañándose la cuando comprobó que el jefe no aflojaba la presa.

—Te lo ordeno como tu jefe que soy. —Su mirada oscura tenía un brillo amenazador.

Ella se volvió hacia él y logró quitarse la mano del hombro.

—Y yo tu portavoz —protestó Ytha—. ¡Mastines, matadla! ¡Devoradla hasta quedar saciados!

Cubiertas de pelo amarillo y gris, ambas bestias se miraron fugazmente antes de asentar el trasero en la piedra.

Ytha las miró con los ojos abiertos como platos.

—¡Arriba! ¡Arriba he dicho!

—No puedes darles órdenes, Ytha —explicó Teia—. Ya te lo he dicho. No responden ante nadie que no sea el propio Cuervo. Ahora voy a marcharme y tú no intentarás impedírmelo. Nuestros caminos se separan aquí. Que la madre se apiade de los Crainnh.

Dirigió un silbido a *Finn*, y recorrió los pocos pasos que los separaban de la rampa. Ya no sentía los pies pesados; nada que Ytha pudiera hacer la detendría. Sin embargo, sentía un hormigueo en el espacio que mediaba entre los omóplatos, pues se creía el blanco de una flecha disparada por uno de los hombres de Drwyn.

—Ve, pues —dijo, desdeñosa, la portavoz—. Ve con los Perdidos, a ver qué bienvenida te reservan, ¡si es que el invierno no acaba antes contigo!

—¿Qué hay de mi hijo, Ytha? —protestó Drwyn—. ¡Detenla!

Teia encaminó los pasos hacia el pasadizo que conducía al aire libre, y siguió andando. Había hecho todo lo posible. En ese momento no había nada más que pudiera hacer aparte de marcharse.

Se oyeron los gritos que reverberaron por el hueco del pasadizo, procedentes de la sala común, ahogados en seguida por el hueco golpeteo de los cascos de *Finn*, que caminaba a su lado. Procuró no pensar en la enormidad de la labor que acababa de emprender, la sensación que retumbaba dentro de su cabeza como cuando la tormenta se anuncia en las llanuras. En su lugar, se aferró a la convicción de que estaba haciendo lo que debía como si fuera un clavo ardiendo hundido en mitad de una hoguera que algún día llegaría a proporcionarle calor, siempre y cuando pudiera impedir que esa tormenta que se avecinaba extinguiese las llamas.

Finn resopló y sacudió la cabeza cuando le alcanzó el olor del exterior. Teia dio unas palmadas afectuosas en el lomo del animal.

—Al menos aún conservo un amigo, ¿eh? —murmuró. Se oyeron pasos a su espalda. Alguien tiró de su brazo con fuerza, y cuando se volvió para mirar se encontró cara a cara con Drwyn, que empuñaba un cuchillo de hoja larga.

—No puedo dejarte marchar, Teia —dijo—. Una esposa no me dio más que una

hija. La peste me arrebató a la siguiente esposa y se llevó consigo a nuestro hijo. No estoy dispuesto a perder otro.

—No, Drwyn. —Teia negó con la cabeza—. Tendrás que buscarte otra yegua. No tendrás a mi hijo.

Tiró de ella hacia sí, amenazándole el cuello con el cuchillo.

—Tendré a mi heredero, aunque Ytha se vea obligada a sacarlo a cuchilladas de tu vientre.

La punta del cuchillo le hizo un corte en la piel delicada de la base del cuello. Teia envolvió la mano en el aire y lo apartó. En el rostro de él, la consternación batalló con la ira cuando ella superó la fuerza bruta con la fuerza de su voluntad.

—Voy a tener una niña, mi jefe. No soy de ningún valor para ti.

—¡Mientes!

Con los dientes apretados, intentó presionar de nuevo el cuchillo en su dirección, pero el esfuerzo le hizo resbalar en la roca húmeda. Cayó de rodillas y perdió el arma, que rodó pasadizo abajo.

—No digo más que la verdad —aseguró Teia—. Sé lo que he visto y sé que es verdad.

Con la luz temblorosa sobre su hombro, le dio la espalda y condujo a *Finn* por el pasadizo en dirección a la salida. Drwyn lanzó un aullido a su espalda.

Teia hizo oídos sordos, concentrada en poner un pie delante del otro mientras caminaba lejos de todo lo que había conocido. No había vuelta atrás. Había intentado advertir a Ytha, había procurado que entrase en razón, pero había fracasado. Había tratado de mostrar la verdad a las gentes de su propio clan, pero también había fracasado. Tendría que hallar otra manera de evitar el desastre.

Sólo una fuerza había sido capaz de derrotar a los caudillos antes, y se encontraba al sur. Rezó para que los hombres de hierro del Imperio atendiesen sus palabras, teniendo en cuenta que su propia portavoz no lo había hecho.

Por las pelotas colgantes de Aedon, esa cría le había dado un buen mazazo. ¿Cómo se atrevía?

Ytha se secó los labios con el dorso de la mano, consciente del regusto a sangre. Le escocía el labio como si le hubieran dado un puñetazo de verdad en lugar de golpes de aire. Se pasó la lengua por la herida, tenía la piel separada donde se había hecho el corte, por tanto era verdad que la joven le había dado un golpe.

La ira le hervía en las venas, le enrojecía el rostro, le rugía en los oídos. La tentación de ir en pos de la muchacha y devolverle lo que ella había encajado casi pudo más que ella. Nadie desafiaba de ese modo a la portavoz: ¡Nadie! Y hacerlo con el talento, en presencia de todo el clan...

Sus puños retorcieron el manto, aplastando la piel de zorro.

«¡Soy la portavoz de los Crainnh, insolente *cuinh!*»

Respiró hondo hasta que logró recuperar el control de sí misma. Como portavoz, no podía permitirse el lujo de perder el control de sus emociones, máxime cuando estaba a punto de convertirse en la portavoz del jefe de jefes. Capa tras capa fue reconstruyendo la compostura perdida mientras la tentación de agredirla con los puños, de sacarle los ojos, mariposeaba en torno a los límites de su conciencia. No podía permitirse ceder ante aquellos impulsos, al menos en presencia de su gente, o los perdería para siempre.

Al pie de la terraza en la que se encontraba, la gente del clan rebulló incómoda. Los susurros corrieron por la sala común como roedores, furtivos, inquietos. Las miradas pasaron de ella al pasadizo, desde el cual aún se oía el lejano eco de los cascos del caballo.

La situación era delicada y tenía que actuar rápidamente.

—¡Gentes de los Crainnh! —Su voz se granjeó de nuevo la atención de los presentes—. No dejéis que una niña asustada os confunda. Saldremos victoriosos. Confiad en la diosa ancestral y en vuestro jefe, y no sufriréis ningún percance.

La multitud se quedó mirándola. No parecían muy convencidos. Necesitaban algo más.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —preguntó alguien—. ¿Eso de que la Hueste se volverá en nuestra contra?

—¿En quién confiáis más? —se burló Ytha—. ¿En una niña insensata o en la palabra de Maegern?

De nuevo se alzaron rumores en la concurrencia ante la confianza con la que pronunciaba el nombre del Cuervo. Que murmuraran: no les tenía miedo.

Una mujer regordeta se abrió paso hasta llegar al frente, donde se plantó con los brazos en jarras, ceñuda. Era la madre de Teia. ¿Cómo se llamaba? ¿Ana?

—Mi hija no es ninguna insensata, portavoz. Si dice que lo ha visto, yo la creo.

No podía quedar ni un resquicio de duda. Ytha levantó la barbilla y enfrió el tono de voz.

—Estoy segura de que así es. Eres su madre, me sorprendería que actuaras de otro modo. Pero yo también he visto sus supuestas adivinaciones y sé que se equivoca.

Se hizo el silencio en la caverna.

—Hice un pacto con la diosa ancestral, quien nos ha prometido su ayuda si nosotros le prestamos la nuestra. Ella envió a estos mastines. —Puso las manos en sus enormes cuellos—. Consideradlos prueba de su predisposición. ¿Qué prueba os ha ofrecido Teia? Sólo sus palabras. Sus miedos.

Hizo una pausa para dejar que el discurso calara en sus mentes. Su sentido del ritmo se había convertido en la clave: posiblemente sería más importante incluso que lo que dijera. Con la cadencia adecuada, la inflexión correcta, la gente se convencería de que la de ella era la única conclusión lógica que podía extraerse del asunto. Veía cómo se formaban las dudas gracias al modo en que se miraban unos a otros, el modo en que se encogían de hombros, la inclinación de sus cabezas. Sí. Pronto los recuperaría.

—Me tomé muy en serio los temores de Teia. Vertí unas gotas de su sangre en las aguas, donde pude leer lo que ella había contemplado. Ella vio nuestra victoria. Vio a la Hueste desatada, llevándonos a la victoria, y la restauración de lo que nos había sido arrebatado hace tanto tiempo.

—¿Eso no es verdad! —protestó Ana, airada. Su marido la contuvo cogiéndola del brazo, intentando calmarla, pero ella se apartó de él—. ¡Teia me dijo que te habías negado a dar crédito a sus visiones!

—Ella malinterpretó lo que había visto. —Con un encogimiento de hombros, Ytha añadió—: Teia es una cría. Los niños mienten cuando la verdad los deja en evidencia ante nosotros los mayores.

—¿Una cría? —repitió la madre, incrédula—. ¡Pues tú pensaste que era lo bastante mayor para calentar la cama del jefe! —Pálida de rabia, señaló con el brazo hacia la

salida de la caverna.

Drwyn asomó entonces del pasadizo que llevaba a la salida, limpiándose con la manga la larga hoja de la daga. Por un instante, Ytha pensó que la había usado, hasta que reparó en que la humedad de la daga sólo era agua. Lástima que no hubiera silenciado de una vez por todas a la muy zorra, pero ya no tenía importancia. El invierno acabaría con madre e hija.

Ése era su momento. Percibía perfectamente el instante en que se jugaría el todo por el todo, la victoria o la derrota, y la sensación era como el hormigueo en la piel al contacto con un tejido.

—El jefe concedió un gran honor a tu hija. La llenó de obsequios como prueba de su estima, y la convirtió en su prometida. ¿Y cómo le ha pagado ella? Con la traición. —Los presentes contuvieron el aliento. Una nota de furia tiñó la voz de Ytha—. ¡Sí, traición! Ha faltado a la ley del clan, se ha comportado como una ingrata con su jefe, y ahora se dirige hacia el sur para advertir a los paganos de que se acerca su final.

—Pero se ha marchado en pleno invierno —exclamó uno de los capitanes de Drwyn, un veterano delgado, de pelo canoso, con más cicatrices que piel intacta en el rostro—. Jamás sobrevivirá a las nevadas, o serán los lobos quienes la maten. Recordad lo que pasó con Joren.

Se alzaron algunas voces que dieron muestras de mostrarse de acuerdo. Estaba a punto de tenerlos de nuevo en su bolsillo.

Ytha se apoyó en el cayado, recabando con la mirada la atención de los presentes.

—Si tan poco le importamos, ¿por qué íbamos nosotros a preocuparnos por ella? Yo digo que es una descastada. Si alguno de vosotros quiere llorar su marcha, tenéis hasta que salga el sol. Después, no volverá a pronunciarse su nombre. Teia ya no es hija de los Crainnh.

Drwyn se le acercó para situarse a su lado, hundiendo con un chasquido la daga en la vaina. Con voz baja, modulada de modo que únicamente Ytha pudiera escucharle, dijo:

—¿Portavoz? ¿Podemos hablar en privado?

Después de que la multitud se dispersara para especular por corrillos, ella fue a visitarle en su cueva. Se había remangado y se lavaba los rasguños que tenía en la mano. Ytha corrió con un campanilleo la cortina al entrar.

Drwyn levantó la vista y arrugó el entrecejo.

—Me propongo ir tras ella —dijo—. Me llevaré a diez hombres y la traeremos de vuelta antes del alba.

Por la diosa ancestral que ese hombre apenas daba muestras de tener la cabeza en su sitio.

—¿Y dejarme como una mentirosa delante de todo el clan? Brillante jugada, mi jefe.

—¡Quiero mi hijo! —Arrojó el trapo al agua con tal fuerza que salpicó la alfombra.

—Ni siquiera sabes si tendrá un hijo. Podría ser niña, o, que nosotros sepamos, una cabra bicéfala. No pude distinguir de qué se trataba. Enmascaraba su aura de algún modo. Es más, si no llego a reparar en lo redonda que estaba, no habría adivinado su estado. —Eso aún la dolía. ¿Cómo se las había apañado la niña para hacerlo? Aunque lamentaba tener que admitirlo, incluso a sí misma, Ytha no estaba segura de que ella fuese capaz de ello. ¿Qué otras destrezas había adquirido esa zorra mentirosa?

«¿Qué más podría haber aprendido de ella?»

Con un gruñido, Drwyn tomó una toalla y se secó las manos.

—Me dijo que era niña, pero no la creo. Pienso que lo hizo para evitar que la siguiera.

Sí, era lo más probable. Ytha observó a su jefe con menos desprecio en la mirada.

«Vaya, Drwyn, conque no eres tan tonto como parece, ¿eh?»

—Su vientre parece lleno, pero nunca la he visto desnuda. ¿Qué aspecto tiene?

—Pues el de una mujer preñada —respondió Drwyn tras pestañear.

«¡Hombres!»

—¿Tiene la barriga baja, así? —Se sirvió de las manos para ilustrar a qué se refería —. ¿O delante, más bien situada hacia arriba?

Él meditó la respuesta mientras se ajustaba las mangas.

—Redonda —dijo, al cabo—. Redonda y madura como una fruta. —Ilustró con las manos una tripa llena, pero se contuvo, incómodo—: También tenía el cabello más sedoso.

Ytha se mordió los labios. Los signos eran demasiado confusos para estar segura, y además la primera vez siempre resultaba más difícil predecirlo, cuando los músculos de la mujer eran firmes, fuertes. Exhaló un suspiro.

—No puedo decirlo con certeza, pero creo que es mejor que la dejes marchar, mi jefe.

Drwyn se quedó a medio hacerse los lazos y se le endureció la expresión.

—¿Por qué?

—Para empezar, la diáspora está demasiado cerca para que permitir que te distraigas del objetivo —dijo, molesta por el hecho de tener que explicárselo de nuevo. Después del desafío de Teia, de que se atreviera a atacarla de ese modo, no estaba dispuesta a soportar una ofensa más—. ¡Y, en segundo lugar, no me ridiculizarás ante el clan, si de veras pretendes ser nombrado jefe de jefes la próxima luna llena!

Enarcó ambas cejas, mirándola fijamente.

—Sigo siendo el jefe de los Crainnh.

—¡Gracias a mis esfuerzos! —replicó—. ¡Nunca olvides quién puso el torque en tu

cuello!

—¿Cómo iba a olvidarlo, si me lo recuerdas continuamente? —Alcanzó su abrigo y se lo puso a trompicones—. Yo no soy tu perro faldero, Ytha. No pienso hacer tu voluntad, sin más.

—¡Ingrato! —Bastó un latido de corazón para recurrir al poder, que proyectó en forma de un puño que alcanzó las costillas del jefe. Falto de aire, le flaquearon las rodillas y cayó al suelo. Ella le tomó la barbilla para levantarle la cabeza.

—Sin mí a tu lado, aún estarías esperando a que tu padre muriera —le recordó, con los dedos hundidos en las mejillas—. Sin mí no eres nada. Recuérdalo.

Él borboteó algo ininteligible, escupiéndose en la mano.

—La muchacha se ha ido, nos hemos librado de una buena. No estoy dispuesta a permitir que mis planes queden en nada por su culpa. Si tener un heredero es tan importante para ti, estoy segura de que podrás encontrar otra *cuinh* a quien montar.

Lo soltó. El rostro de Drwyn cayó sobre su brazo entre toses y jadeos.

—Seguiremos adelante. Mañana leeré el firmamento y, si el tiempo aguanta, llevaremos a cabo los preparativos necesarios para partir hacia la diáspora. —Recogió la toalla para secarse las manos con ella—. La ley del clan dice que no puedo liderar a los Crainnh porque soy mujer y las mujeres no pueden ser jefe. Para eso necesito a un hombre. —Dejó caer la toalla delante de él—. Y me da igual de qué hombre se trate.

Prueba de armas

Un viento entablado sacudió los páramos, procedente de la lejana Laraig Anor, haciendo flamear los estandartes que colgaban de las astas tras las lizas, de modo que relucieron como metal pintado a la intensa luz del sol. Las damas se cogieron las cofias mientras se dirigían a sus asientos, y los hombres saludaban a gritos a la gente sentada en los pabellones opuestos. Ansel se preguntó cuántas de esas caras resplandecientes se debían al cielo azul y al buen humor, y cuántas a los sirvientes que recorrían ajetreados el lugar, cargando con sus bandejas.

—Hace un día perfecto —afirmó Danilar.

Una ráfaga de viento sacudió la lona en lo alto.

—Sí, es raro que haga tanto calor a esta altura del año —gruñó Ansel.

El viento del suroeste que había fundido la nieve en la parte sombría de las colinas peladas, y que había descongelado la hierba lo bastante para que pudiera celebrarse el torneo, había aliviado también su tos, y había hecho más llevadero el dolor que sentía en las articulaciones, aunque aún necesitaba de un sinfín de cojines para proteger sus caderas cuando se sentaba en el duro asiento del pabellón. Rebulló, incómodo, y el capellán le miró preocupado.

—¿Estás bien, Ansel?

—Todo lo bien que puedo estar, teniendo en cuenta que tendría que haberme ido a pastar hace años.

Danilar contuvo una sonrisa.

—¿Y cómo se encuentra nuestro estimado Anciano Goran?

—Francamente no podría importarme menos: Ahora es responsabilidad del preboste. Yo sólo quiero disfrutar del día.

En las lizas apareció un heraldo con librea blanca y dorada, y un imponente roble bordado con hilo de oro en el pecho de la túnica. Los últimos espectadores se apresuraron para encontrar sus asientos, y un par de rezagados, con el escarlata de la curia, subieron corriendo la escalera hasta los bancos situados debajo de Ansel, justo

cuando el heraldo retiró la cinta del pergamino y se dispuso a leer.

—Mi señor preceptor, ancianos, damas y caballeros, es un gran placer para mí daros la bienvenida al tercer y último día del gran torneo, durante el cual veremos disputarse las últimas pruebas de armas para aquellos novicios de nuestra orden que ahora aspiran a ser nombrados caballeros por la gloria de nuestra diosa Eador.

Con la misma voz clara, modulada para imponerla a las sacudidas de los estandartes, anunció el programa del día. Ansel apenas prestó atención, ocupado como estaba ajustando los cojines para estar más cómodo. No duraría mucho. Hiciera lo que hiciese, en cuestión de cinco minutos tendría que volver a hacerlo. ¡Maldita fuera su edad! Más años de la cuenta a lomos del caballo, y pocos años por delante ya. La inquietud no mejoraba las cosas, le picaba como piojos en los calzones, y no tenía modo de rascarse hasta que terminara el torneo. Se mordió la lengua para no soltar unas maldiciones que no se atrevía a pronunciar, y rebulló de nuevo.

Danilar rió entre dientes.

—Por los santos, ¿estás más nervioso que Selsen!

—No puedo evitarlo —gruñó Ansel, que esbozó una sonrisa benigna e inclinó la cabeza para responder a la ronda de aplausos que siguió al anuncio del heraldo.

—Estoy seguro de que se desempeñará bien. Lidera su grupo en combate a espada a caballo, y está en segundo puesto en espada a pie. Ni siquiera flaqueó en la batalla.

—Pero la justa es donde reside la gloria. —Ansel ajustó de nuevo los cojines, pero no había nada capaz de aliviarle mucho tiempo el dolor de las articulaciones.

—A pesar de ser la menos útil de las disciplinas caballerescas —comentó Danilar, que extendió una mano para dar palmadas al brazo de Ansel—. Relájate. Esta mañana tuve ocasión de verlo en la tienda de los novicios y estaba muy sereno.

—A ti te resulta muy fácil decir que me relaje —murmuró Ansel—. No he estado tan nervioso en un gran torneo desde que tuve que competir por mis propias espuelas.

En las lizas, los jueces de campo colocaban los blancos. Relucientes aros de latón colgaban de ganchos en carruseles de madera, situados en los extremos de las lizas para que cada pareja de novicios pudiera llevárselos. El primero en reunir cinco aros con la lanza y regresar al punto de partida se convertiría en el ganador de la ronda.

Selsen compitió en la sexta pareja de ocho, ganando con facilidad y llevando los cinco aros al punto de partida, antes de que el otro novicio reuniese el cuarto aro. Los ciudadanos reunidos en la parte baja de Templemount no escatimaron vítores, mientras que los espectadores de buena cuna se limitaron a los aplausos, incluidos entre éstos los Ancianos que prestaban atención al desarrollo del torneo. La mayoría, sin embargo, parecía más inclinada a conversar, aunque los hubo que cabecearon y gesticularon de un modo que hizo que a Ansel le ardieran las orejas.

Era imposible oír nada más allá del estampido de los cascos y los jadeos de los

caballos, mientras pareja tras pareja avanzaron los novicios hacia la siguiente ronda, y dado que los Ancianos le daban la espalda ni siquiera podía intentar leerles los labios. Ceñudo, rebulló de nuevo en el asiento.

Danilar se inclinó sobre él, bajando el tono de voz.

—¿Qué sucede?

—Tenemos mucho de que hablar. —Ansel inclinó la cabeza en dirección a las túnicas escarlata que había debajo de ellos, de quienes provenían los aplausos cuando se decidía el ganador de aquella competición por parejas.

—Aún se habla de lo que pasó el mes pasado —dijo el capellán—. No prestes atención.

El mes pasado. Eso había bastado incluso para avivar las hablillas en la Casa de Eador. Había estado a punto de morir, ahí mismo en el salón del rede, delante de aquellas mismas túnicas escarlata, enfrentado al intento golpista de Goran, que había logrado evitar por los pelos. A pesar de aquel sol impropio para la estación, Ansel sintió un escalofrío.

«Evitarlo a pesar del tacto frío de la muerte en mi hombro».

Quedaba tan poco tiempo y había tanto que hacer. Él o, mejor dicho, el joven bibliotecario, Alquist, aún tenía que localizar el diario de Malthus que faltaba, y averiguar el auténtico motivo de que Gwlach fuese derrotado. Si sus sospechas demostraban ser ciertas, supondría un amargo trago para la orden, pero si no podían afrontar sus propios pecados, ¿qué derecho tenían a castigar al prójimo por los suyos?

Con cierto esfuerzo, apartó sus pensamientos del diario. Vorgis ya se mostraba suspicaz al respecto; Ansel no se atrevía a ponerse en contra al archivero mayor, intensificando la búsqueda o implicando a más miembros del personal. Aquel valioso libro saldría a la luz tarde o temprano. En ese momento tenía que concentrarse en el torneo. Para cuando finalizara el día sabría si toda su cuidadosa planificación había sido o no en vano.

Otra ronda de aplausos procedente de la parte inferior del pabellón le llamó la atención, puntuada por unos pocos vítores cuando los buenos habitantes de Dremen empezaron a acusar los efectos de la bebida. Un novicio sonriente galopaba con cinco aros en la lanza. Al otro lado de la liza, su oponente clavaba el arma en el suelo, dejándose llevar por un arrebató de ira, mientras el clamor de los clarines anunciaba el final de la ronda.

Ansel echó un vistazo por encima de las cabezas de la curia para observar al maestro de espadas, al maestro de caballos y al maestro de armas conferenciar en la mesa de los jueces.

—Vamos, vamos —murmuró. Un paje apareció a su lado para ofrecerle una copa de vino, pero él hizo un gesto para que se retirara. Finalmente, los tres maestros terminaron de decidir los emparejamientos de la siguiente ronda, y tendieron la hoja

al heraldo para que anunciara los nombres—. ¡Por fin!

Hizo caso omiso de la mayoría de los nombres hasta que oyó el que estaba esperando. Habían emparejado a Selsen con el joven que había resultado vencedor en el último emparejamiento, y ambos competirían en último lugar.

Más tensión para sus nervios. La espera. La esperanza. Sabía que Selsen se desempeñaría bien, después de observar los sucesos acontecidos en los dos días anteriores, lo cual no evitó que se preocupara. Preocupado, sobre todo, de que la expresión de su rostro no delatase su preocupación, puesto que era inaceptable que el preceptor de la orden mostrara favoritismos. No podía permitírselo, no sin pagar un precio.

Al final no fue necesario preocuparse. Selsen pasó de ronda y las siguientes dos, y al final se recuperó de un tropiezo terrible cuando el caballo perdió pie en el terreno removido, a pesar de lo cual ganó el evento por un pelo.

Aliviado, Ansel se recostó en el asiento para observar el desfile del vencedor por la liza. Llevaba la base de la lanza apoyada en los dedos de los pies, y los cinco aros campanilleaban al compás del trote del caballo. Selsen inclinó la cabeza para agradecer el aplauso, mientras los demás novicios se amontonaban en el pasamano silbando y alzando los puños al aire.

Ansel no pudo evitar sonreír. La sonrisa desenfadada de Selsen se había granjeado no pocos amigos en la casa materna. Que no tuviera voz no se había erigido en una barrera. De hecho, varios de los novicios se habían interesado por la lengua de signos, para consternación del maestro de novicios, que no daba con la manera de castigarlos por comunicarse en el refectorio a pesar de que no pronunciaban palabra. Como preceptor tenía que tomar medidas para asegurar la contemplación silenciosa del botín que la diosa había puesto sobre la mesa, pero lo cierto era que le había costado no echarse a reír.

—¿Lo ves, Ansel? —Danilar le dio una palmada en la rodilla—. ¿Acaso no te dije que el muchacho se desempeñaría bien? La casa hermana de Caer Amon estará orgullosa de él.

—Sí, y su madre también, estoy seguro. —«Selsen te lo debe todo a ti, Jenara. Tu educación fue espléndida y espléndido fue el resultado de tus desvelos. ¡Cuánto deseo que estuvieses hoy aquí!»

En las lizas, los jueces de campo prepararon el terreno para el evento final. Empujaron pesados rodillos arriba y abajo del terreno pisoteado por los cascos de los caballos, y colocaron en su lugar ingenios con lanzas embotadas giratorias, pero Ansel ni siquiera se molestó en mirar. Lo único que veían sus ojos era el patio empedrado, bañado por la luz del sol, las rosas que se extendían por la muralla, y la niña del vestido amarillo que llevaba en torno al cuello una guirnalda de margaritas.

Jenara. Llevaba tanto tiempo sin permitirse a sí mismo pronunciar su nombre,

pensar siquiera en él... Aún le sonaba musical, incluso sin pronunciarlo en voz alta.

—¿Qué me dices? ¿Crees que vendrá a verle ganarse las espuelas? —El Anciano Festan, en la fila de abajo, se había dado la vuelta en el asiento.

—El superior de Caer Amon me dice que la madre de Selsen tomó los votos sagrados hace unos años —dijo Ansel—. Los Tamasianos, creo, en isla Santuario.

—¿La colonia de leprosos? —Festan se persignó—. Entonces supongo que no vendrá.

—¿La conocías bien, preceptor? —preguntó Ceinan, desde el otro extremo de la fila. Un atisbo de sonrisa asomó a sus magras facciones—. Pareces deseoso de ver vencedor hoy aquí a su hijo.

«¿Que crees saber?»

—Estoy deseoso de que cualquier novicio capacitado se desempeñe bien, Anciano —respondió—. Selsen será un recurso importante para nuestra orden.

—Estoy seguro de que así será. —El tono de Ceinan era suave como la seda. Se miró la manga y retiró una partícula de algo tan minúsculo que no se veía—. Pensé que quizá tenías alguna relación con el joven.

La luz del sol perdió toda su calidez.

—¿Relación? —preguntó Ansel.

—Un pariente, tal vez. —Cuando Ceinan levantó de nuevo la vista, había en sus claros ojos azules una expresión de inocencia—. O un hijo, quizá.

«Ya estamos».

Sorprendidos, algunos de los Ancianos se volvieron para mirar, boquiabiertos y con los ojos cristalinos como peces extendidos en una tabla de cortar.

Danilar se recuperó rápidamente.

—Anciano Ceinan, ¡esa sugerencia es ignominiosa! ¿Cómo te atreves a sugerir...?

Ansel extendió la mano, que puso en el hombro del capellán para silenciarlo.

—No, Anciano. Ese novicio no es mi hijo. —Lo dijo a las claras, con calma, pero no pudo morderse la lengua y añadió—: Aunque su madre me ha visto desnudo.

—¿Pre... preceptor? —balbuceó Festan.

Ansel aguardó mientras más Ancianos se volvían para mirar.

—Sí, y en más de una ocasión. Ella dirigía un hospital de la orden durante las guerras del desierto. Yo me había roto el brazo, que el cirujano no supo colocar de modo que se soldara adecuadamente. Ella me lo rompió de nuevo, para hacerlo en condiciones. Gracias a ella aún pude partir lanzas en Samarak, así que en cierto modo me salvó la vida. Cuando Selsen tuvo edad de convertirse en novicio, lo menos que pude hacer fue procurar un hueco a su hijo.

Miró fijamente a Ceinan, esperando una reacción, pero el control que ejercía el dremeniriano sobre su expresión era absoluto. Ni siquiera enarcó una ceja.

—Parece ser que no estoy bien informado —dijo, inclinando la cabeza. Correcto,

pero sin disculparse.

—Eso parece.

Ansel se volvió para encarar las lizas, sacudiendo la cabeza en respuesta al ceño fruncido de Danilar. No estaba dispuesto a ir más allá, por mucho que el Anciano se acercara peligrosamente a lo que se consideraba mala conducta de la curia. Mejor olvidarlo de momento, y dejar que el torneo siguiera adelante. Había demasiado en juego para permitirse morder el anzuelo de ese modo. Aún había demasiadas cosas que podían torcerse. Pronto, diosa mediante, dejaría de importar.

No obstante, le preocupaba que Ceinan hubiera intentado ponerle la zancadilla públicamente, a la vista de todos. Tal vez fue una distracción, un cebo llamativo que le distrajera mientras el asesino deslizaba su hoja desde el lado contrario. El golpe de gracia... ¿Cuándo llegaría? ¿O había el arresto de Goran privado a Ceinan de su zarpa, empujándolo a actuar a plena luz?

Por la diosa que tenía el cerebro tan exprimido y seco como las manos artríticas. No podía pensar con claridad. Su corazón latía con fuerza para mantenerse a la altura de sus pensamientos, mientras miraba sin ver al heraldo que avanzaba y los dos clarines levantaban sus instrumentos para tocar la fanfarria que señalaría el inicio del evento final.

Ceinan siempre había sido digno de ser vigilado. Ansel nunca debió permitirse el lujo de volcarse tanto en Goran. Por mucha que fuera su ambición o imperdonables sus pecados, ese gordo pervertido nunca había supuesto una amenaza para la preceptoría. Pero Ceinan era arena de otro costal.

«¿Qué sabrá?»

El toque argénteo de los clarines le arrancó de sus reflexiones y tuvo que abandonar el hilo de sus pensamientos. Fuera lo que fuese que hubiera planeado el zorro dremeniriano, ya era demasiado tarde para preocuparse por ello. La justa estaba a punto de empezar.

En un extremo de las lizas, a la izquierda, aguardaba el primer campeón de la orden, con sobrevesta anónima de blanco y dorado sobre la sencilla armadura de placas, el escudo blanco, la visera baja. Tradicionalmente, los novicios nunca sabían a quién se enfrentaban en las lizas. Su oponente era determinado al azar de entre los caballeros presentes en la casa materna. En el pasado, incluso el preceptor podía participar en el sorteo, cuando el poseedor del cargo tenía aún fuerzas suficientes para justar. A algunos los delataba la altura o la complexión, o su forma de montar a caballo, pero la mayoría de los aspirantes a caballero sabían que se enfrentaban a uno de los mejores suvaeanos que podía encontrarse en el campo de batalla, y era con ese estándar con el que tenía que medirse.

Procedente de la derecha llegó el primero de los aspirantes, con el yelmo puesto, tirando de las riendas del caballo hasta situarlo en posición. Alrededor del brazo

derecho llevaba anudada una cinta de colores que lo identificaría ante jueces y espectadores. Los jueces de campo, ataviados con librea, desempeñaron labores de escudero, comprobando que el equipaje y guarniciones de los combatientes y sus monturas estuviesen en su lugar, y tendiendo a los hombres una lanza antes de ganar la seguridad que les proporcionaban unas vallas con el roble pintado.

Aunque el jinete no era Selsen, Ansel no pudo evitar inclinarse en el asiento mientras esperaba a que dieran la señal. La multitud guardaba silencio, sólo los estandartes traicionaban la sensación de que el mundo contenía su aliento.

El maestro de herradores de la orden descargó un fuerte golpe de martillo sobre el yunque, momento en que ambos combatientes picaron espuelas.

Los corceles galoparon tras dar un par de pasos. Ambas lanzas se acomodaron bajo la axila. Dos hombros se tensaron y las puntas embotadas chocaron con los escudos ante el clamor de la multitud. Los dos combatientes se zarandearon un poco, pero se mantuvieron en el asiento, trotando de vuelta a sus posiciones, donde los jueces de campo les tendieron una lanza intacta.

¡Clang! El segundo pase hizo tambalearse al novicio de la silla cuando el joven calculó mal la velocidad, de forma que su lanza acabó deslizándose por la superficie del escudo del caballero, dando pie a una lluvia de chispas. La tercera lanza estuvo a punto de arrancarlo de la silla, y tuvo que soltarla para aferrarse con ambas manos a la perilla.

Así continuó la tarde, con el entrechocar metálico, el atronador estampido de los cascos de los caballos, los vítores, las exclamaciones, los gritos contenidos. Ansel vio cómo desmontaban a cuatro novicios, incluyendo un joven que hubo que llevar a la tienda hospital con un brazo fracturado, antes de que los jóvenes lograsen su primera victoria.

—¿Quién es ése? —preguntó, aplaudiendo con ganas mientras el caballero desmontado recogía las riendas de su montura, y el vencedor disfrutaba del aplauso del público, respondiendo con una reverencia desde la silla.

Danilar reparó con ojos entornados en la cinta verde del joven.

—Berengir —respondió—. De los mejores en espada a pie, y el mayor rival del joven Selsen para las hojas de roble.

El manajo de hojas de roble era el premio que obtenía el caballero joven más prometedor durante el último año de su noviciado. Con el tiempo, muchos de los galardonados acababan por convertirse en primer caballero. Ansel intentó no concebir muchas esperanzas de que Selsen pudiera alcanzar ese honor.

—Es bueno. Acaba de derribar a un caballero veterano.

—Y es plenamente consciente de ello. —Danilar lanzó un bufido—. Un poco más de humildad no le vendría mal.

—Esta noche su vigilia podría enseñarle un poco de humildad. Desde la puesta de

sol al amanecer tendrá tiempo de sobra para verse atrapado entre la diosa y sus propios pensamientos.

La multitud contuvo el aliento colectivo cuando un fuerte impacto que astilló ambas lanzas estuvo a punto de desensillar al siguiente novicio. Pero su alivio duró poco, pues el siguiente intercambio terminó con el caballero victorioso, y al novicio, inconsciente, hubo que llevarlo a los físicos.

—Esta espera me da sed —murmuró Ansel, buscando con la mirada al paje. El joven con librea les sirvió sendas copas de vino, y el preceptor rebulló de nuevo en los cojines, decidido a aliviar el dolor constante de las articulaciones.

Danilar le miró por encima del borde de la copa.

—¿Muy dolorido?

—Ha sido un día muy largo, y hoy soy un día más viejo que ayer.

Ansel hizo una pausa. Un nuevo novicio había accedido a la liza, antes incluso de que los jueces de campo terminasen de retirar las astillas del choque anterior. Fornido, con el yelmo sobre el cabello castaño, llevaba dos cintas alrededor del brazo, una blanca y la otra azul.

«Tendrías que estar aquí, Jenara. Te enorgullecería tanto presenciar esto».

—¿Lo ves? —murmuró Danilar—. Está tranquilo, como si no fuera con él.

Ansel tenía la boca seca. Quería tragar, pero no tenía saliva, y ni siquiera podía mover el brazo para llevarse el vino a los labios. Tan sólo podía mirar.

Selsen tenía todo el aspecto de un caballero, sentado con desenvoltura en la silla, inspeccionando con la mirada la lanza que el juez de campo le había tendido, para comprobar si eran los sólidos cinco pasos de asta de cedro que parecían ser. El novicio no prestó atención al gentío, tan animado por la bebida que a esa altura ya vitoreaban a cualquiera que accediese a la liza, fuera quien fuese. Una vez cruzados los saludos de rigor, Selsen se situó en posición y esperó a que no hubiese nadie más en el campo.

—Que la diosa te guarde —murmuró Ansel, momento en que el herrero golpeó el yunque con el martillo.

El bayo de Selsen arrancó con un brinco, adoptando un buen paso mientras el caballero se le acercaba desde la parte opuesta de liza. La multitud guardaba silencio, y Ansel sólo oyó el estruendo de los cascos, el crujido de los arneses, y calculó mentalmente la carrera como si fuese él quien estuviera a lomos del caballo.

«Espoléalo ahora».

El bayo pasó al galope.

«Cuenta a tres y lanza en ristre».

Selsen bajó la lanza, ajustando el extremo bajo la axila.

«¡Y ahora, prepárate!»

Selsen se inclinó sobre la silla para encajar el golpe del caballero. Las lanzas embotadas chocaron en los escudos y ambas lanzas se rompieron con sendos

restallidos. La multitud rugió como una bestia herida, puestos en pie los espectadores. Los novicios que presenciaban el intercambio lanzaron silbidos, y Ansel exhaló ruidosamente. Ni siquiera había sido consciente de haber contenido el aliento.

Tanto el aspirante como el campeón se deshicieron de las lanzas rotas, y aceptaron las que les tendían los jueces de campo, al tiempo que tiraban de las riendas para volver grupas. El roble de ambos escudos estaba abollado, prueba de la fuerza con que habían golpeado las lanzas embotadas.

—Se desenvuelve bien, ¿verdad, preceptor? —comentó Festan, volviéndose en su asiento—. Ay, quién tuviera su edad.

—¡Treinta años más joven, por no mencionar el peso! —bromeó otro de los Ancianos, dándose palmadas en la prominente barriga. El comentario hizo reír a todos los ocupantes de la fila.

Ansel asió el brazo del asiento con la mano libre, mientras los jueces de campo se apartaban y el herrero levantaba el martillo. Caballero y novicio aguardaron, separados por menos de un estadio de terreno pisoteado. El martillo alcanzó el yunque, las espuelas rozaron la piel y dio comienzo la segunda carga.

De nuevo Ansel observó cómo Selsen calculaba perfectamente el tempo. También lo hizo el caballero, y el impacto sacudió a ambos en sus respectivas sillas. Las lanzas temblaron, pero no se quebraron, mientras los espectadores contenían el aliento antes de prorrumpir de nuevo en vítores. Ambos combatientes reemplazaron sus lanzas y llevaron a sus monturas a la posición de salida para una tercera vuelta.

Danilar aferró a Ansel del brazo.

—Templa los nervios, viejo amigo. Lo hará bien.

—¿Tanto se me nota? —preguntó.

—Un poco.

Ansel tomó un sorbo de vino, decidido a calmarse.

—Estoy orgulloso de él, Danilar. De verdad te lo digo. —Con el rabillo del ojo vio que Ceinan se medio volvía para escuchar, pero no le importó.

«Que piense lo que quiera».

El golpe metálico del martillo se perdió en seguida entre el estampido de los cascos y el resoplido de los caballos. Las lanzas temblaron, ajustadas bajo la axila, los brazos levemente curvados tras la guarda. Siguió el choque. Ambas lanzas se quebraron al impacto. Selsen levantó rápidamente la empuñadura, pero la punta giró en el aire, casi un metro de asta de cedro sin pintar, y alcanzó el yelmo del caballero, que inclinó la cabeza a un lado.

«Ha perdido la línea de visión». Ansel se puso en pie, haciendo caso omiso del dolor de las articulaciones.

—¡Lanza arriba! —gritó—. ¡Lanza arriba!

Demasiado tarde. No hubo forma de que el caballero le oyera y pudiera

recuperarse. Su caballo siguió adelante y el extremo astillado de la lanza que empuñaba se hundió en el escudo de Selsen, se deslizó por él y acabó alcanzando las hombreras antes de que el siguiente paso del caballo la liberase.

Selsen soltó los restos de su propia lanza. Una mancha roja tiñó el tejido blanco de la sobrevesta, y entre la multitud se oyó un grito de mujer. Los jueces de campo acudieron para calmar al caballo cuando el jinete se precipitó, herido, al suelo. Llamaron a voces a los cirujanos. Incluso el caballero que había causado el daño desmontó y echó a correr hacia ellos, dispuesto a ayudar, quitándose el yelmo, que fue a caer en la hierba.

«No». Lentamente, Ansel cayó en su asiento, con el corazón latiéndole con tal fuerza en el pecho que se vio ensordecido. No oyó las palabras con que Danilar pretendía tranquilizarle, ni el parloteo inquieto de los Ancianos de la siguiente fila. Lo único que oyó fue la madera astillada y su propia voz ordenando a gritos que levantase la lanza.

A través del corro de personas que se había formado en el extremo de la liza vio cómo desmontaban a Selsen, cuya armadura desabrocharon rápidamente. Apareció la figura larguirucha de Hengfors, y el físico se inclinó para examinar la herida. Después, con la ayuda de una camilla, se llevaron al joven a la tienda hospital, situada en un lugar apartado, tras el último de los pabellones. Y tras la camilla también fue la atención de Ansel.

Los jueces de campo despejaron el terreno para que prosiguiera el evento, mientras los espectadores se acomodaban de nuevo en sus asientos. Ansel se quedó mirándolos, pero no veía nada. Las heridas no eran algo fuera de lo común en un torneo; de hecho formaban parte de la vida de todo caballero, que si no las encajaba en una liza lo hacía en el campo de batalla. Era un riesgo que aceptaban todos junto a sus espuelas. ¿Cómo iba a ser distinto en el caso de un novicio que busca ganárselas?

—Ansel.

El tono paciente de Danilar daba a entender que llevaba un rato hablando, pero que no le había oído. Cuando Ansel se volvió hacia él, cayó en la cuenta de que estaba estrangulando la copa vacía. Tenía manchas de vino en la manga y la túnica que se había puesto para la ocasión. Rojo sobre blanco, sangre en una sobrevesta.

«Que la diosa te guarde, Selsen».

—Discúlpame, Danilar —dijo, dejando la copa—. Me temo que no te he oído bien.

—Decía que está en buenas manos. Hengfors es un buen físico.

—Ah, lo sé. Lo sé. Es que ha sido una sorpresa. —Sangre en la sobrevesta. «Por lo santos, ¿cómo voy a contárselo a ella?»—. Estoy seguro de que Selsen se pondrá bien.

«¿Bien? En el nombre del infierno, ¿qué significa eso?»

Jenara le había escrito que lo único que Selsen había deseado en la vida era

convertirse en caballero y desempeñar el oficio de las armas. Ése había sido su sueño desde que tuvo tres años y jugaba con tallas de madera en el patio polvoriento. Si el impacto no le había destrozado el hombro, seguro que le quedarían secuelas. Selsen jamás sería capaz de protegerse adecuadamente con el escudo, ni podría blandir una espada de dos manos.

«¿Cómo voy a dar la noticia que acabará para siempre con ese sueño?»

Los últimos cuatro novicios que compitieron lo hicieron sin que Ansel prestara la menor atención. Apenas oyó el martillazo del herrero, los aplausos que siguieron a las victorias obtenidas. Ni siquiera la fanfarria que dio por terminado el evento le hizo enarcar una ceja.

—Los jueces leerán el nombre de Selsen —murmuró—. Seguro que lo hacen.

—Pienso que le concederán las hojas de roble —intervino Festan—. ¡Por la diosa que yo diría que se las ha ganado con creces!

«Únicamente espero que no haya pagado un precio muy alto».

Transcurrieron los minutos. Los jueces discutieron durante un buen rato, suficiente para poner nervioso a cualquiera, antes de alcanzar la lista al heraldo.

Desde el centro de las lizas, donde todo el mundo pudiera verle, el heraldo se dispuso a leer.

—Mi señor preceptor, Ancianos, señoras y caballeros. En este día, en presencia de la sagrada Eador y ante diversos testigos, los siguientes individuos han efectuado los hechos de armas necesarios para ganarse el honor de ser elevados a la condición de caballeros. Si son capaces de ello, pedimos y ordenamos a estos caballeros que se personen ante nuestros ojos para asumir el rango y los privilegios pertinentes. —Hubo una ronda de aplausos—. Berengir de Dun Riordan, adelante.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el joven que había llevado el lazo verde ocupó su lugar ante la mesa de los jueces. Se había quitado la armadura de placas y la camisola de malla, las cuales había sustituido por una sencilla túnica blanca y la sobreveste que velaría. Uno tras otro, los jóvenes fueron nombrados en orden alfabético, y algunos de ellos avanzaron con el brazo en cabestrillo o con alguna que otra venda. Ansel reparó en que se aferraba a los brazos de la silla con fuerza a medida que proseguía el listado.

«Tienen que nombrar a Selsen. Tienen que hacerlo».

—Selsen de Caer Amon, adelante.

«¡Alabada sea la diosa!»

Pero Selsen no apareció. No asomó del lugar donde se reunían los novicios, ni del pabellón opuesto, donde estaba ubicada la tienda de los físicos.

—Selsen de Caer Amon, avanza.

Si llamaban a un novicio por tercera vez y no se presentaba, o enviaba a un representante que explicase el motivo de su ausencia, perdería hasta el siguiente año el honor de ser caballero. El heraldo hizo una pausa, luego pronunció por tercera vez

el nombre del joven, conminándole a hacer acto de presencia.

Se registró cierta conmoción en la entrada de la tienda hospital. Había gente empujando y otros que retrocedían. Luego alguien vestido de blanco avanzó hacia la liza, con una manga de la túnica vacía. A medida que se acercaba, Ansel reparó en que llevaba el brazo inmovilizado debajo de la prenda, supuso que pegado al cuerpo, colgando de una correa para inmovilizarle la articulación del hombro. El borde de un vendaje asomaba por el cuello de la túnica.

Pálido, con el cabello castaño rojizo pegado a la frente empapada en sudor, Selsen avanzaba a buen paso, dejando atrás al físico que le seguía. Al final, todos los novicios nombrados se situaron en línea frente a los jueces, momento en que se daría inicio a la ceremonia final.

Más aliviado de lo que habría creído posible, Ansel se puso en pie. Descendió la escalera del pabellón y salió por la puerta que daba a la mesa de los jueces, donde la espada de Endirion yacía ante ellos sobre un cojín de terciopelo blanco.

Roma y manchada por una herrumbre que no había forma de quitar, seguía siendo, no obstante, un arma capaz de infundir miedo en cualquier corazón. Era más larga que el mismísimo espadón de Ansel. Se mordió el labio para no dar voz a los dolores que acompañaban cada paso que daba, tomó la espada extendida sobre la palma de sus manos, y se volvió para encarar a los jóvenes caballeros. Éstos hincaron una rodilla en tierra.

—Por espacio de tres días habéis demostrado ser dignos en cuerpo de desempeñar con honra la condición de caballero —dijo—. De aquí iréis a bañaros y purificaros, de ahí a la sacristía, lugar donde pasaréis las horas que os separen del alba entregados a la contemplación, de tal modo que también vuestro espíritu sea digno a los ojos de Eador. —Cerró ambas manos en torno al puño de la espada, que levantó a modo de saludo—. Por el roble y la diosa, hasta vuestro último aliento.

Ya estaba hecho.

—¡Alto! —Pero el grito de Hengfors extravió el camino entre el coro de veintitrés voces que repetían el juramento, aunque nadie pudo ignorar al físico que, entre jadeos, se acercaba corriendo a la mesa.

—¿Hengfors? —preguntó Ansel, que bajó la espada para hundir la punta en el suelo. El arma pesaba demasiado para sostenerla en alto mucho rato.

—El novicio Selsen está descalificado —dijo el físico.

Selsen dirigió una mirada inquieta a los jueces.

—¿Por qué motivo? Selsen ya ha pronunciado el juramento. —Ansel mantuvo un tono de voz sereno, algo de lo que él mismo se sorprendió. Por dentro volvió a sentirse como un niño, convencido de que si lo deseaba con todas sus fuerzas lograría evitar lo que más temía que pasara.

El físico señaló el brazo hirsuto, delgado, remangado aún hasta los codos,

salpicado por el agua.

—Esta persona no reúne los requisitos necesarios para aspirar a la condición de caballero.

Ansel se volvió hacia los jueces.

—¿Jueces de torneo? ¿Ha hecho algo este novicio que atente contra los preceptos de nuestra orden?

Los tres hombres sentados a la mesa negaron con la cabeza. Selenas, maestro de espadas, estaba recostado con las manos cruzadas a la altura del estómago.

—Todo lo contrario —aseguró—. Selsen es uno de los novicios más capacitados que he conocido en años. A menos que la diosa acabe con él esta noche en la capilla, no vemos motivos por los que no merezca obtener sus espuelas.

Al físico los ojos se le salían de las órbitas, aunque Ansel no pudo decidir si se debía a la ira o al ultraje.

—¿Y bien, Hengfors? —preguntó—. ¿Por qué no es digno? ¿Por ser mudo?

—¡Porque Selsen es mujer!

Huida nocturna

—Así que al final te encuentro en el jardín de las mujeres —dijo N’ril.

Gair levantó la espada y miró a su alrededor. El hombre del desierto se encontraba sentado en un banco de piedra que había junto al parapeto, vestido con pantalón holgado y botas blandas, y el *qatan* hundido en el fajín esmeralda. Reparó en la cicatriz púrpura que tenía en el antebrazo izquierdo. A su lado, en el banco, había una caja alargada.

—¿No puedo estar aquí? —preguntó Gair, jadeando. En lo alto, los toldos de lona flameaban movidos por el terral, tirando de los soportes de hierro como velas mal orientadas—. Perdóname. No encontré otro lugar en todo el barco donde entrenar con la espada, y ahora necesito practicar.

—Por favor, en esta casa eres mi invitado. Úsala como te plazca.

N’ril sirvió un vaso de agua de la jarra que Gair había tomado en la cocina, y se lo ofreció. El joven apoyó el arma contra la pared para beber. A pesar del viento y la sombra que proporcionaban los toldos, el calor del día y el ejercicio continuado no le habían perdonado y tenía el cuerpo cubierto por una película de sudor.

—¿Esto es un jardín? —preguntó, haciendo un gesto para señalar el tejado. Estaba vacío, a excepción de algunos bancos y unas macetas que parecían destinadas a flores o arbustos.

—Hoy no lo parece, pero algún día, dios mediante, mi mujer se sentará aquí con su madre y sus hermanas para ver jugar a nuestros hijos. Después verás cómo florece. —Sonrió al ver la expresión de Gair—. En Gimrael, los hombres y las mujeres no se sientan juntos.

—Comprendo —dijo, a pesar de no hacerlo.

—La cara te delata, amigo mío. Pero siempre ha sido así, desde hace miles de años. Cuando los hombres conversan, hablan de carreras de caballos y de dinero, fuman *chaba* y se hurgan los dientes de manera poco apropiada, así que las mujeres disponen de su jardín, donde pueden ahorrarse todas esas cosas. —Sonrió, burlón—. No sé de

qué hablan las mujeres, pero sospecho que tendrá algo que ver con las indecorosas costumbres de los hombres.

Gair apuró la copa y la llenó.

—Entonces entiendo que no estás casado.

—Lo habría estado —dijo N’ril—, pero se considera de mal agüero instalar a una recién casada en una casa que está de luto. Fui paciente, pero, ay, la madre de ella no lo fue tanto.

—Lamento escuchar eso.

—Mi madre se llevó un disgusto mayor que el mío, eso puedo asegurártelo. Soy descendiente de la Casa Feqqin, uno de los hijos menores, así que no soy un buen partido. —N’ril se encogió de hombros, decidido a cambiar de tema—: Alderan me contó que te criaron los caballeros suvaeanos. ¿Es ahí donde aprendiste a manejar la espada?

Abrió la caja que había a su lado en el banco. En una tela de terciopelo había un *qatan*. La vaina negra tenía algún que otro rasguño, pero habían cambiado recientemente la empuñadura, cuyo puño negro y rojo era nuevo.

—¿Alguna vez has esgrimido una de éstas?

—Nunca.

La sostuvo sobre las palmas de las manos.

—Prueba a hacerlo.

Gair tomó la espada, que desenvainó. Pesaba más o menos la mitad que su espada de hoja larga. La hoja brillaba como un espejo y estaba impoluta, excepto por la inscripción gimraeliana situada cerca del puño. Probó a empuñarla de varios modos, lanzó un tajo en el aire, luego otro para hacerse con su peso.

—Posee un equilibrio perfecto —dijo, girando las muñecas. El acero silbó en el aire como cuando se afila una navaja en la correa.

—La espada del alma es el arma tradicional de Gimrael. Si vas a hacerte pasar por gimraeliano, en concreto por miembro de la casa regente, tendrás que llevar una. —N’ril se puso en pie y desnudó su propia espada—. Y dar la impresión de que sabes usarla.

Caminó hacia el centro del tejado y separó las piernas para distribuir bien el peso del cuerpo, con la espada parpadeando en su mano como la lengua traicionera de una serpiente.

Gair le siguió e imitó su postura. No era tan distinta de las posturas iniciales que había aprendido en la casa materna. Levantó el arma para imitar a N’ril, con las puntas separadas por un palmo.

—Bien, vamos a empezar —dijo el hombre del desierto.

N’ril era un tutor excelente, capaz de dar ánimos y de mostrarse concienzudo cuando era necesario hacerlo. Al cabo de una hora, Gair apenas tenía fuerza en los

brazos. Para cuando el sol se hundió lo bastante para prender los toldos con una luz anaranjada estaba empapado en sudor y jadeaba falto de aire, mientras el torso del hombre del desierto apenas parecía húmedo.

—¿Todo este extenuante ejercicio se suma a la deuda de sangre que he contraído contigo? —preguntó entre jadeos, apoyado en las rodillas. El corte del hombro le escocía.

—Me honra que valores tanto mis humildes enseñanzas, pero no. —El hombre del desierto se inclinó y devolvió el arma a la vaina con un movimiento elaborado—. Cualquier hoja canta en tus manos. Si lo que se exige es tener destreza con las armas, no entiendo por qué no te nombraron caballero.

Gair flexionó las manos, apartándolas de la empuñadura del *qatan*. Tenía las palmas cubiertas de sudor, y la cicatriz le dolía debido al tiempo que llevaba haciendo ejercicio con una empuñadura distinta a la acostumbrada.

—Va mucho más allá de eso. Tengo otros dones —dijo—. De los que no interesan a la Iglesia.

—Ah.

—¿Eso te incomoda?

—Conozco a Alderan desde hace mucho tiempo. Mi alma está en paz. —N'ril inclinó la cabeza—. ¿Puedo preguntar si eres un hombre de fe?

Gair meditó la respuesta mientras se servía un poco más de agua. En el pasado no habría tenido que pensarlo tanto.

—Me eduqué entre gentes temerosas de la diosa, si es eso a lo que te refieres.

El hombre del desierto esbozó una sonrisa fugaz.

—Se acerca bastante.

—¿Y tú? ¿En qué crees?

—Creo que mi padre dejó embarazada a mi madre, quien me dio a luz. Creo que mi tierra me sustenta. El sol sale y la lluvia cae, crea yo en ello o no. Con eso me basta. —Gair le ofreció el *qatan* prestado, pero lo rechazó con un gesto—. Quédatelo de momento. No tiene dueño, igual que *Shahe*.

Por supuesto. Rojo y negro, como el arnés de *Shahe*. Comprendió el significado de la cicatriz que N'ril tenía en el brazo.

—Era de tu hermano.

—Hubo un tiempo en que sí. Ya no va a usarla. —N'ril se inclinó ante él—. Que duermas bien y despiertes feliz, amigo mío —se despidió, alejándose hasta perderse en la luz tardía.

Una mano en el hombro de Gair le arrancó de los sueños. Se frotó los ojos y se incorporó en la cama, mirando la negrura para ver quién le había despertado.

Un brillo perlado cobró vida, obligándole a protegerse los ojos con la mano.

—Ha llegado el momento de marcharnos —anunció Alderan.

—¿Qué hora es?

—Más tarde de lo que me habría gustado. Tan cerca de Tercera que apenas importa. —El anciano agrandó el bril hasta que en el interior de la habitación hubo tanta luz como en pleno día. Vestía pantalón holgado, una túnica larga con faldones divididos a la altura de la cintura, y un voluminoso *barouk* del desierto profundo—. En la silla encontrarás ropa del desierto. Vístete y réunete conmigo en el patio del establo con todo tu equipaje.

Un grito lejano, interrumpido de forma abrupta, sacó de la cama a Gair, quien se puso en pie.

—¿Qué ha sido eso?

Alderan le miró, cariacontecido.

—Ha habido problemas —fue todo lo que respondió—. Será mejor que te des prisa.

Gair se aseó y vistió tan rápido como pudo. Un fulgor rojizo en los huecos de las contraventanas resultó ser, cuando tuvo ocasión de mirar fuera, un incendio declarado en algún punto de la ciudad. O el almacén seguía ardiendo, u otro edificio del mismo distrito se había prendido fuego. Colgaba del fresco ambiente nocturno olor a quemado.

Casi cuando había terminado de vestirse, llegó N'ril con una taza de té negro y algunos dulces. Enseñó rápidamente a Gair cómo debía asegurar el *qatan* al fajín, así como las complejas cintas y nudos de los adornos de la cabeza llamados *kaif*, que aseguró con un alfiler circular con los colores propios de la Casa Feqqin, verde y dorado. Luego, con dos tazas de té quemándole el estómago y la bolsa al hombro, Gair se apresuró en dirección al establo.

Alderan ya había ensillado los caballos, una elegante montura de pelo gris para él y *Shahe* para Gair. Tan sólo distinguían al animal en la oscuridad por los adornos de plata que caracterizaban los arreos.

—¿Sabes que tu caballo muerde? —preguntó el anciano, frotándose el brazo—. Monta. Quiero estar bien lejos de la ciudad antes del amanecer. Este lugar ya no es seguro para los que venimos del norte.

Gair montó en la silla.

—¿Qué ha pasado?

—Según parece, el culto no ha tenido bastante con quemar los almacenes. Dos casas propiedad de mercaderes imperiales se han incendiado hoy, y dicen que ha habido muertes que lamentar —informó N'ril, asegurando a conciencia la bolsa de Gair y una manta tras la silla. Envolvió el tahalí alrededor de la vaina de la espada larga—. Tendrías que dejarla aquí. Te delata incluso más que tu altura.

—¿Me la guardarías hasta que pueda volver a por ella? —Gair apoyó la mano en la

empuñadura del *qatan* prestado—. ¿Hacemos un intercambio de espadas?

—Será un placer.

El hombre del desierto recorrió el patio en dirección a las puertas, que abrió de par en par. Fuera encontraron el callejón vacío, a excepción de un perro callejero que husmeaba entre unos desperdicios, pero la brisa arrastró hasta ellos el rumor de gritos lejanos.

Alderan hizo una pausa en la puerta y se inclinó en la silla para apoyar la mano en el hombro de N'ril.

—Gracias —dijo—. Cuídate mucho. Tu madre ha enterrado ya suficientes hijos.

La dentadura blanca del hombre del desierto se perfiló en la oscuridad.

—Tendré cuidado.

—Ojalá quiera dios que no tengas necesidad de todo lo que te enseñé ayer —dijo N'ril a Gair—. Pero si lo haces, procura que marque la diferencia y honra el recuerdo de mi hermano.

—Lo intentaré. —Gair estrechó su mano—. Espero que volvamos a vernos.

—Lo haremos, estoy seguro de ello. Tenemos que cambiar las espadas. ¡Y ahora marchad!

Las calles de Zhiman-dar iluminadas por la luna estaban tranquilas, pero había una peculiar expectación en el ambiente, como si la gente que habitaba en las casas aguardara con los ojos muy abiertos, intranquila, a que la turba se fuera a otra parte de la ciudad. Alderan los llevó por el callejón, y luego hizo una pausa cuando fue a parar a la calle mayor, momento en que miró atento a su alrededor antes de espolear al caballo a cruzarla. Un estruendo amortiguado, propio de un panal sacudido, provenía de unas pocas calles más allá.

—Tenemos que darnos prisa —murmuró Alderan—. Creo que la cosa empeorará antes de que mejore.

—N'ril me explicó que aquí el culto no cuenta con muchos partidarios.

—A veces, incluso un hombre del desierto puede equivocarse a la hora de juzgar a sus propios paisanos.

Otra encrucijada, otro callejón negro como la brea, con la luna oculta por los edificios. A Gair se le aceleró el pulso mientras cabalgaba. No podía hacer gran cosa para impedir que *Shahe* apretara el paso, la yegua estaba ansiosa por abandonar el lugar y emprender el trote ante el menor roce de los tacones. En los callejones polvorientos apenas hacía ruido, pero los cascos reverberaban en el empedrado que cubría las calles más amplias.

Una torre se alzaba sobre los edificios situados al frente. La edificación de planta cuadrada le resultó familiar.

—¿Es una iglesia? —susurró Gair.

Alderan asintió, pero lanzó un juramento con el tañido de la campana. Se oyeron

víttores procedentes de la calle contigua, y Gair olió a papel quemado. Con la rapidez propia de un hombre con la mitad de su edad, Alderan volvió grupas y cabalgó hacia la siguiente encrucijada para asomar por la esquina. La luz del fuego le bañó el rostro con una luz dorada, haciéndole buscar de nuevo refugio en las sombras. Gair empuñó las riendas del caballo gris y llevó a *Shahe* hasta él.

—¿Qué sucede?

Alderan arrugaba el entrecejo.

—Creía que los hombres habían superado eso de quemar libros —dijo—. Míralo tú mismo.

Después de desmontar, Gair asomó la cabeza por la esquina del edificio. La iglesia se alzaba al otro lado de una plaza, y tenía las puertas astilladas abiertas de par en par, como la dentadura rota de un hombre a quien hubieran golpeado. Gente con túnica blanca entraba y salía apresuradamente, transportando montones de libros hasta una hoguera que ardía al pie de la escalera. A la caprichosa luz que despedía la hoguera había otra persona, muy alta y barbuda, que exhortaba a un gentío compuesto por doscientos ciudadanos o más, reunidos alrededor del fuego.

El hombre extendía los brazos, la cabeza vuelta hacia arriba mientras lanzaba un torrente en gimraeliano con voz retumbante. Gair apenas reconocía una palabra, pero la ira y el odio no necesitan traducción. Observó, horrorizado, mientras dos figuras salían de la iglesia llevando entre ambas un solo libro. El fanático cultista se dio la vuelta, señalando, y ambos levantaron el libro sobre sus cabezas, abriéndolo por una página que contenía una hermosa iluminación para que todos los vieran.

—¡Es el Libro de Eador! —exclamó Gair.

Con la multitud rugiendo su aprobación, el fanático anduvo para acercarse a sus dos ayudantes y procedió a arrancar páginas del libro y arrojarlas a las llamas. Después, los tres hombres arrojaron el libro a la hoguera, que lo recibió con una explosión de chispas y humo. El fanático religioso elevó el tono de voz y hundió el dedo en las páginas arrugadas, escupiendo saliva.

Gair sintió náuseas.

—¡Están quemando los libros sagrados, Alderan! ¿Cómo se atreven? ¡Cómo...!

Alderan lo arrastró lejos de la plaza y le puso las riendas de *Shahe* en la mano.

—Tenemos que marcharnos ya. Rápido, antes de que caigan en la cuenta de que no pertenecemos a este lugar, o nos exponemos a sufrir el mismo destino que esos libros.

Gair montó, aturdido aún por lo que acababa de presenciar.

—¿Por dónde vamos?

—Cruzamos la plaza, luego giramos a la izquierda y después al sur tan rápido como podamos.

El anciano picó espuelas, y la yegua dio un brinco hacia delante. *Shahe* no necesitó

que la espolearan para imitar su ejemplo. Se oyeron algunos gritos de sorpresa procedentes de la escalera de la iglesia. Por encima del estruendo de los cascos, Gair alcanzó a oír el repiqueteo de los pies de la turba e imaginó a la gente persiguiéndolos. Pegó el cuerpo al cuello del animal, al que espoleó para emprender el galope.

Pasaron por varias calles donde no vieron ni rastro de presencia humana. De vez en cuando se abría alguna que otra contraventana, o se cerraba una puerta al pasar los jinetes por su lado, y el repiqueteo de los cascos de los caballos reverberó en las vacías avenidas a medio iluminar por la luna. Pronto quedaron atrás los ruidos de la persecución, aunque Gair aún podía oír la voz del cultista fanático, cuyo odio era penetrante como el ácido. Veía aún las páginas escritas a mano del libro devoradas por la acción del fuego.

La plaza situada ante la puerta sur se alzaba argétea a la luz de la luna. Las antorchas ardían en la caseta de los guardas, cuya puerta estaba cerrada. Al oír a los caballos, cuatro hombres salieron de la caseta portando más antorchas. Eran guardias de la ciudad, con peto de cuero hervido y cimitarra a la cintura. Gair se cubrió el rostro con el velo del desierto.

—¿Quién va? —El capitán de los guardias levantó la antorcha que llevaba, mirándolos con ojos entornados.

Alderan atravesó la plaza al galope corto.

—¡Abrid las puertas! —aulló. Utilizó la lengua común, a la que dotó de un fuerte acento gimraeliano—. ¡Dejad paso a un correo!

—¡Alto! —El capitán de la guardia se le acercó con la antorcha en alto—. He dicho que alto, maldito seas.

Alderan tuvo que tirar de las riendas para evitar arrollarle. A su espalda, Gair contuvo con cierta dificultad a *Shahe*, aunque la yegua se quedó dando pasitos. Bajo la túnica asió la empuñadura del *qatan*.

—¡Apartaos! Somos mensajeros de su alteza —advirtió Alderan.

—¿Quién da la orden? —preguntó el capitán—. Sus hombres miraron con cautela a ambos jinetes a través de la luz de las antorchas, acariciando sus armas.

—¡Imbécil! ¿Es que no ves sus colores? ¡Responderás ante lord Kierim por el retraso de este correo privado!

—La ciudad está bajo toque de queda. Nadie entra o sale de ella, y no me importa quién...

Gair apretó los muslos y dio un leve tirón a las riendas, lo cual bastó para que *Shahe* avanzara. Con el baile de las borlas, y la melena flotando en la noche, arañó el aire a escasas distancia del rostro del capitán, a quien forzó a retroceder. En cuanto posó de nuevo las patas en el suelo, Gair dirigió el *qatan* al cuello del capitán, oro bruñido a la luz de las antorchas.

El hombre tragó saliva ruidosamente.

—Mis disculpas, *sayyar*. No vi los colores en la oscuridad. —Dirigió con un gesto a los hombres de vuelta a la caseta—. ¡Vamos, rápido! ¡Abrid las puertas!

Se oyó el gruñido del torno, acompañado por el ruido metálico de las cadenas a medida que las puertas se abrieron, dejando al descubierto la clara cinta a la que se había reducido el camino a esa hora tardía. Gair envainó la espada y siguió a Alderan, que azuzó al caballo de pelaje gris para adentrarse en la noche.

El anciano impuso un buen ritmo, alternando el trote con el paso largo para mantener frescas las monturas. Fuera de la ciudad los envolvió el frío que impera de noche en el desierto. Las estrellas se recortaban con claridad diáfana en el firmamento. Lumiel se hallaba a medio camino de su trayectoria, y proyectaba una luz argéntea en el camino que se extendía ante ellos, mientras que Simiel se desplazaba tras ella.

Las palmeras susurraban a merced del viento incansable.

Los rediles y los terrenos polvorientos surcados de canales de riego dieron paso a matojos y barrancos secos, aunque de vez en cuando la luz de la luna se reflejaba en las aguas de un río. Poco después no quedó ni rastro de presencia humana, la única compañía que tuvieron la puso el camino y los pequeños remolinos de arena que levantaba el viento.

Finalmente Alderan tiró de las riendas junto a unos árboles. A oriente clareaba el horizonte, y la luz de las estrellas empezaba a desaparecer. Gair desmontó y tomó un sorbo de la cantimplora para librarse de la sensación de sequedad que tenía en la garganta. Luego llenó un cubo de cuero del pellejo de agua para los caballos, aunque *Shahe* estaba más interesada en mirar a su alrededor que en beber, con las orejas tiesas ante el menor sonido: el canto de los grillos, o una lagartija que se escurría.

—No había tiempo que perder —se excusó Alderan, refiriéndose a la huida de la ciudad. Tomó un sorbo de su cantimplora y se secó los labios con el dorso de la mano—. Tendríamos que seguir cabalgando mientras haga fresco. Nos esperan unos tres días a caballo hasta El Maqqam.

—¿Cómo encontraremos allí la situación? ¿También estarán quemando libros, la turba habrá tomado las calles?

—Probablemente. —El anciano suspiró mientras ajustaba el tapón en la cantimplora—. Quizá sea aún peor. La capital se encuentra en el extremo del desierto profundo, y el Culto mantiene una fuerte presencia entre las tribus más dispersas. Habrá que andarse con ojo.

—¿Qué esperas encontrar?

—Tenemos que averiguar dónde cogieron la semilla estelar cuando Corlainn la entregó después de la batalla. Las purgas que siguieron a su arresto sumieron a los suvaeanos en el caos. Nuestros escritos de esa época son incompletos, eso siendo generoso, pero sabemos que un buen número de caballeros había huido al sur, hasta

la casa hermana de El Maqqam. Espero encontrar algo ahí, ya sea en los libros o documentos que se llevaron consigo, o quizá en los documentos que escribieron durante su estancia en ese lugar.

—¿Quieres decir que en realidad no sabes si encontrarás algo que te sea de utilidad? —preguntó Gair, mirándole con los ojos muy abiertos.

—No tengo la certeza, no, pero siempre ha habido rumores. Es un lugar más apropiado para emprender la búsqueda que ningún otro.

—O sea, ¿me has arrastrado aquí por meros rumores, y ahora quieres meterme en una casa hermana suvaeana? ¡Sangre y piedras, Alderan! —Una ira renovada se extendió por el pecho de Gair.

«¡Todo este tiempo malgastado por una simple corazonada!», pensó el joven.

—¿Y cómo ves la posibilidad de introducirte en los archivos de Dremen? —soltó Alderan—. Ése es el siguiente lugar al que tendremos que ir si salimos de aquí con las manos vacías. El destino del Velo podría depender de esa piedra, Gair. Tenemos que dar con su paradero antes que nadie.

—Te refieres a antes de que lo haga Savin. —Incluso pronunciar su nombre en voz alta le resultaba doloroso. Se aferraba a la garganta de Gair como una tos seca.

—Sí. El daño que podría causar es incalculable. Podría abrir un agujero en el Velo tan grande como para dejar al descubierto el Reino Oculto, y podría mantenerlo abierto, destruyendo para siempre el equilibrio que existe entre ambos mundos. Y no podemos permitirlo.

«No permitiré que viva».

Shahe acarició la mano de Gair con el hocico. Cuando el joven bajó la vista, reparó en que tenía los puños blancos crispados alrededor del asa del cubo de cuero. Tuvo que esforzarse para aflojarlas y levantar el cubo de modo que el animal se puso a beber ruidosamente.

—Entonces pongamos manos a la obra —dijo, ofreciendo el agua que quedaba al caballo de Alderan.

Sintió el peso de la mirada del anciano mientras doblaba y guardaba el cubo, y se encaramaba a lomos de *Shahe*, pero no hubo más palabras. Ni falta que hacían. No se creía capacitado para responder con educación a Alderan con el regusto amargo que tenía en la boca.

Nieve adentro

El frío se había instalado en los huesos de Teia. Se había puesto toda la ropa de abrigo posible, pero el invierno se burló de las capas de piel de foca, hizo que le dolieran los pechos hasta que lloró y luego le congeló las lágrimas pegándole las pestañas. Le dolían los pies y las manos como si el tuétano se le hubiese congelado, y tenía los músculos tan tiesos debido al frío que ni siquiera podía levantar la cabeza para mirar más allá de las orejas de *Finn* al manto blanco e interminable que se extendía ante ella.

Allí no encontraría descanso. No tenía dónde refugiarse, ningún lugar donde ponerse a salvo del invierno. Llevaba tres días marchando, consciente, antes incluso de abandonar la caverna, de que había llegado demasiado lejos para cambiar de opinión. El destino de su familia, el destino de todo su pueblo, estaba ahora en manos de Ytha. O en las de Maegern. Había echado las tabas y había perdido. No quedaba nada más que seguir adelante, hacia el viento, seguir las estrellas mortecinas al este, hasta el paso que la llevaría al Imperio.

Si se hubiese mantenido callada, si hubiera hecho oídos sordos a sus miedos para comportarse como una hija obediente, ahora estaría a salvo, pasaría la noche a cubierto bajo las pieles, en lugar de hacerlo en una nieve en la que su caballo hundía los cascos y cuya superficie estaba cubierta por una capa sólida que cortaba como cristal. Dispondría de un fuego con el que prepararse una sopa, quizá incluso una boda que preparar, un enlace que aseguraría su posición y la de su familia mientras el jefe siguiera con vida. En lugar de todo eso tenía aquel mundo hecho de nieve y cielo y viento, donde tan sólo podía disfrutar de la compañía de una inmensa negrura.

Finn detuvo el paso. Teia no vio nada al frente, excepto más nieve y las cumbres de las montañas al fondo, más negras incluso que la noche que se extendía tras ellas. Apretó los muslos para que el caballo arrancara, pero el animal protestó y mantuvo la posición. Teia volvió a intentarlo.

—Vamos, *Finn* —dijo con tono apremiante. Apenas pudo pronunciar las palabras, tenía las mejillas insensibles—. Vamos.

Finn movió la cabeza de un lado a otro, mordiendo el bocado. Echó las orejas hacia atrás, y luego hacia delante, y pisoteó la nieve. ¿Por qué se mostraba tan tozudo? Unas leguas más y los exploradores de Drwyn no se molestarían en seguirla, y ahora no había forma de mover el caballo. ¿Quería que la atraparan? La llevarían de vuelta a la caverna, eso seguro, bajo los puños de Drwyn y el desprecio de Ytha, y no podía permitirlo.

Hizo un esfuerzo para que sus entumecidos músculos respondieran, hundió los talones en los costados de *Finn*. El caballo reculó con brusquedad, y estuvo a punto de no aferrarse a tiempo a la perilla. Volvió a hundir los talones.

—¡Vamos, no me seas tozudo!

Finn saltó hacia delante y hundió el pecho en aguas negras. Pedazos de hielo llovieron a su alrededor mientras siguió bregando con paso inseguro y la corriente helada que fluía bajo el hielo amenazaba con arrastrarlo. Teia lanzó un grito, sintiendo cómo el agua le empapaba las botas y el terror crispaba el puño en torno a su corazón. ¡El río! Con el frío que hacía causaría la muerte del animal, y también la mataría a ella. Con la mano en la perilla, tiró de la cabeza del caballo para llevarlo atrás. De algún modo logró reunir fuerzas y subir la orilla, hundiendo la rodillas en la nieve antes de ponerse de nuevo en pie, temblando y con los ojos en blanco.

Teia distinguió entonces el sinuoso trazado del río, que serpenteaba bajo la nieve, un surco imperceptible en una llanura que carecía de rasgos destacables. Por las orejas de Macha, tenía que hacer algo por él, y rápido. Lo más rápido sería recurrir al don para crear calor, pero no estaba segura de cómo hacer tal cosa, y no quería perder tiempo experimentando, o arriesgarse a quemar la piel del caballo si resultaba dársele mejor de la cuenta.

Con el corazón latiéndole con fuerza, desmontó para destrabar la manta que llevaba tras la silla. Manipuló con torpeza los nudos, se quitó los mitones con los dientes e intentó deshacerlos con las manos al descubierto con la esperanza de aflojarlos antes de que el frío le entumeciera los dedos y no pudiera hacer nada con ellos. Al final deshizo las tiras de cuero y desdobló la manta, con la que frotó las patas de *Finn* como buenamente pudo.

—Lo siento mucho —dijo al caballo una y otra vez—. Lo siento mucho, *Finn*. ¡Sabías que el río estaba allí y yo no te hice ni caso! —Primero las patas posteriores, luego las anteriores y vuelta a empezar.

Pronto tuvo las manos entumecidas, pero siguió haciéndolo porque si el caballo se enfriaba ya no importaría que pudiera empuñar las riendas o no. Los dientes le castañeteaban. El viento helado introdujo los dedos en las costuras de su ropa, y su tacto la hizo temblar. Maldijo su estupidez, volvió a postrarse ante las patas anteriores de *Finn*, y frotó y frotó, rezando a lord Aedon que se apiadara de él y que la maldijera por comportarse como una insensata.

Al cabo de un rato perdió la manta. Jadeaba debido al cansancio, quiso recogerla pero no podía cerrar las manos, a pesar del calor del ejercicio, traducido en sudor bajo los senos y en la espalda. Se sentó en cuclillas para recuperar el aliento. *Finn* siguió a su lado, con el lomo al viento, la cabeza gacha pero los ojos alerta. No parecía temblar mucho, pero no podían tardar en encontrar un lugar donde refugiarse.

Por Macha, ¡qué frías tenía las manos! Hundió una de ellas en la axila, y tanteó el terreno con la otra, en busca de los mitones. El viento los había arrastrado un poco más allá; tendría que caminar o gatear para alcanzarlos. Intentó ponerse de rodillas, pero tenía las piernas tan entumecidas como una tira de carne seca.

Giró sobre sí y aferró el estribo de *Finn*. Tal vez pudiera levantarse de ese modo. Rascó el cuero, pero los dedos tiesos se deslizaron por la cincha, incapaces de aferrarse. Lo intentó de nuevo y pudo introducir el puño entumecido por el estribo para ganar impulso con la muñeca. Bastó con eso, por los pelos, pero por las orejas de Macha, cómo le dolió. Entre sollozos, hincó una rodilla en tierra, luego ganó impulso para ajustar la postura de la otra pierna. El movimiento le devolvió algo de vigor al riego sanguíneo de los músculos, que le dolieron. El viento helado le abofeteó el rostro, y cayó en la cuenta de que estaba llorando. Se apoyó de nuevo en el estribo y se puso en pie. Más lágrimas, no podía hacer nada para evitar derramarlas, puede que debido al dolor, o al alivio, o a una mezcla de ambas cosas. Había logrado levantarse, era capaz de moverse y por los dioses ancestrales que pensaba seguir adelante.

Tuvo que insistir dos veces para recuperar la manta. Lo mismo colgarla sobre el lomo de *Finn*, luego anduvo hacia sus mitones, tirando del caballo, al que cogía de la manta que le protegía el cuello.

—Buen chico —dijo, jadeando mientras arrastraba los pies por la nieve—. Buen chico.

Pisoteó los mitones para hacerse con ellos, puesto que el viento parecía empeñado en alejarlos más. Sacudió la nieve y se los puso. Hizo que *Finn* encarase las colinas y siguió andando, un paso inseguro tras otro. Mantenerse en movimiento, ésa era la clave. Con el tiempo encontraría un lugar donde poder refugiarse.

Frío. Hacía tanto frío. La nieve parecía extenderse infinita, demasiado honda para que pudieran desplazarse por ella con soltura. Caminar era costoso. Al frente las blancas siluetas de las colinas parecían ir más allá, en la perpetua lejanía, dándole la espalda con la cabeza encogida en los hombros. Teia se zarandeaba, apoyada en el costado de *Finn* para seguir en pie. No parecían acercarse a nada. Moriría allí. Moriría por culpa de su orgullo y la locura de Ytha, y con eso no habría logrado cambiar un ápice el destino que aguardaba a su clan.

«Por los dioses, dejadme dormir».

Finn dio un tropiezo y cayó sobre las rodillas, arrastrando a Teia con él. Tanteó las riendas con las manos, o un puñado de melena, cualquier cosa que la impidiera caer,

pero lo hizo demasiado tarde. Algo le golpeó la cabeza y las estrellas giraron en espiral en la negrura.

Dolor. Le martilleaba en la cabeza, la sangre circulaba por sus oídos con fuerza. Si era capaz de sentir tanto dolor, no podía haber muerto, ¿o sí? Por las orejas de Macha, qué dolor.

Alguien le levantó un párpado. La fugaz luz de un fuego le perforó la mirada, y Teia apartó la cabeza. El movimiento intensificó el dolor, y lanzó un gruñido.

—Está despierta.

—¡Alabada sea Macha! Temía por ella.

—¿Qué hay del pequeño? ¿Estará bien el bebé?

Demasiadas voces que hablaban en tono elevado. Teia quiso levantar las manos para taparse los oídos, pero fue incapaz de despegarlas de los costados. Algo cálido y pesado las mantuvo clavadas en su lugar, y se sentía demasiado débil para forcejear.

—Descansa tranquila —dijo la primera voz que había escuchado—. Iré a por algo de beber.

Pasos. Movimiento. El crepitar del fuego y un sonido grave, animal. ¿Caballos? ¡Finn! Hizo el esfuerzo de abrir los ojos, pero no pudo ver más que sombras a la temblorosa luz anaranjada. El rostro de una mujer se dibujó ante ella, la piel bronceada, arrugada como una pasa, enmarcada por un cabello grasiento, canoso.

—¿Y Finn? —logró preguntar—. ¿Está herido?

—No, moza. El bebé está bien, al menos que yo pueda ver. —La mujer, a quien correspondía la primera voz, esbozó una sonrisa a la que le faltaba un diente.

«Será estúpida».

—No hablo del bebé, ¡sino de mi caballo!

—No había ningún caballo donde Baer te encontró. Estabas ahí sola.

¿No habían encontrado a Finn?

La mujer apartó un poco las mantas con las que habían cubierto por completo a Teia, y la ayudó a incorporarse.

—Ten, bebe esto y te sentirás mucho mejor.

Ayudó a la joven a inclinar la cabeza, hasta que sus labios rozaron el borde de una taza. Le bastó con probarlo para saber de qué hierbas se trataba, y lo escupió sin más.

—No.

—Vamos, moza, no te perjudicará. Es para el dolor. —La mujer le acercó de nuevo la taza. Cuanto más se esforzaba Teia para apartar la cabeza, con mayor firmeza le apretaba ella el cuello.

—¡No!

Alzó el brazo y logró apartar la taza, volcando parte del contenido.

—Eso es pata de cuervo. Me hará dormir.

Sintió un fuerte dolor en el cráneo. Cuando se llevó la mano a la cabeza, palpó un vendaje reciente.

—Sí, sí, duerme —dijo la mujer con el tono propio de quien habla con un niño—. Duerme lo que sea necesario, descansa mucho, recupera fuerzas y...

Volvió a acercarle la taza, que Teia apartó de sí con torpeza, sin apartar la otra mano de la herida en la cabeza. Si tomaba pata de cuervo con una herida en el cráneo probablemente no volvería a despertar. Para el caso, la mujer podría haberle ofrecido aconita azul.

«Que Macha se apiade de mí, ¡cómo duele!»

—Y te sentirás mejor —concluyó la mujer.

—¡No!

Apartó a la mujer con un empujón, e intentó mover las piernas de modo que pudiera apoyarse en ellas. Cada punzada de dolor le provocó un fuerte mareo, pero con un poco más de esfuerzo logró quitarse las mantas de encima y enfocar la mirada, aunque con la sensación de conservar apenas el control de sus extremidades. Aquel esfuerzo obtuvo por recompensa un aumento del dolor de cabeza, acompañado por una fuerte sensación de náusea. Por las orejas de Macha, tal vez tendría que volver a tumbarse, tal como le decía esa mujer. No. No podía dormir. Tenía que encontrar a *Finn*.

Teia miró las sombras con los ojos entrecerrados. Estaba en una cueva de techo bajo, pero lo bastante amplia para acomodar las cerca de veinte personas que había, reunidas en grupos pequeños junto a cestos y hatillos. Silenciosas siluetas inescrutables que se recortaban contra el fuego que ardía en la entrada de la cueva, todas mantenían la cabeza gacha, no miraban ni a izquierda ni a derecha, como si estuvieran demasiado cansados para malgastar siquiera la energía necesaria para alimentar la curiosidad. Las únicas caras que podía ver correspondían a la mujer arrodillada a su lado y otras dos que se hallaban cerca.

—¿Dónde está mi caballo? —les preguntó.

—Debió de alejarse. No había ningún caballo donde Baer te encontró...

—¡Déjala, Gerna! —dijo una de las otras mujeres, abriéndose paso—. Está cansada de caminar, no quiere compartir su caballo con nadie. Nosotras sólo tenemos dos, ¿comprendes? Tenemos que turnarnos.

Miró a Gerna con los ojos muy abiertos. La mujer se tiró del pelo grasiento y se retiró a las sombras, llevándose consigo la taza de pata de cuervo.

—Vieja cascarrabias —murmuró la mujer. La que la acompañaba ahogó una risilla con la mano, y Teia vio que era mucho más joven, aunque la penumbra dificultaba calcular su edad.

—En fin —dijo la otra. Era toda huesos, tenía la piel castigada por la intemperie, facciones angulosas y el cabello negro muy corto. Sin esfuerzo aparente, acercó las

pesadas alforjas de Teia—. Todas tus magras pertenencias están aquí. Baer dijo que entregáramos las provisiones al grupo. Lo siento.

Ambas mujeres parecían ansiosas por disculparse. Ahora que a Teia se le aclaraba la visión, vio la mala cara que hacían. Tal vez eso explicaba la indiferencia de las demás: estaban demasiado castigadas para preocuparse, por poco que fuera, por alguien que no fueran ellas mismas.

—No pasa nada, lo entiendo. Cuando no tienes mucho, hay que compartirlo. Pero ¿dónde está *Finn*, mi caballo? Por favor.

—Ahí. —La mujer señaló. Teia entrevió en la penumbra el amplio lomo pardo, medio oculto tras un par de ponis flacuchos.

Un inmenso alivio inundó a Teia. Nunca se habría perdonado que el caballo sufriera perjuicio alguno, sobre todo desde que había hecho lo posible para salvarla.

—¿Podéis decirme qué ha pasado? ¿Y cómo os llamáis?

La más joven de las dos mujeres sonrió con timidez.

—Yo soy Lenna. Ésta es Neve. —Cuando volvió la cabeza hacia la mayor de ambas, la luz del fuego iluminó la cicatriz mal curada, reciente, que tenía en la mejilla—. Baer conducía a los cazadores de vuelta al campamento cuando reparó en las pisadas que había en la nieve. Siguió avanzando y vio un caballo de pie sobre alguien tendido en el suelo. Tú. Te habías dado un golpe en la cabeza con una roca. Dijo que media hora más y ambos habríais muerto.

La otra mujer, Gerna, había mencionado al tal Baer.

—¿Es vuestro líder? ¿Vuestro jefe?

—No tenemos jefe —dijo Neve—. No tenemos clan. —La dureza de su expresión se ablandó un poco, las arrugas no se le marcaron tanto en la piel—. Pero sí, mi hombre es lo más parecido a un líder que tenemos.

—Los Perdidos. —Teia volvió a sentirse mareada.

—Eso mismo. —Neve lo dijo con tal orgullo que parecía desafiar a Teia a burlarse de ella—. ¿Qué haces ahí fuera, con el frío que hace, estando como estás a punto de parir?

Teia se tocó de nuevo el vendaje.

—Cuestioné a la portavoz en público. En presencia de todo el clan.

—Y ella te exilió. —Neve asintió, como si eso fuera todo lo que tuvieran que saber acerca del motivo de que Teia hubiera terminado en ese lugar—. Te buscaré algo caliente que puedas comer.

Se puso en pie y se abrió paso entre los demás en dirección al fuego, dirigiendo en el camino una mirada de desprecio a alguien, probablemente a la desdichada Gerna.

Cuando Lenna se le acercó, Teia reparó en que también estaba embarazada, pues ni las abultadas capas de ropa podían disimularlo. También pudo calcular mejor su edad. Debía de tener más o menos la misma de Teia.

—¿No tienes un hombre que cuide de ti? —preguntó Lenna en voz baja—. ¿Ni familia?

—No. Deshonré a mi familia al marcharme. Ya no soy bienvenida entre los Crainnh.

Lenna agachó la vista.

—Aquí no mencionamos los nombres de nuestros clanes. Baer dice que es mejor dejar todo eso atrás, construirnos vidas nuevas en lugar de lamentarnos por las que hemos perdido.

—Baer habla con sabiduría —admitió Teia—. ¿Está aquí?

—Fuera, asegurándose de que nadie te haya seguido. Tenemos poco y no podemos permitir que nos lo quiten.

Se acarició con aire ausente el borde de la cicatriz de la mejilla, y Teia supuso que se la había hecho alguien que intentó arrebatarse cualesquiera que fueran las posesiones que tenía. Otros Perdidos, probablemente.

—¿Te duele? —preguntó.

Lenna, avergonzada, dejó caer la mano sobre el regazo y agachó la cabeza, de modo que el cabello oscuro le ocultase la cicatriz.

—Un poco, a veces.

Sin pensarlo, Teia invocó una luz y alzó la mano para volver la barbilla de Lenna hacia ella, pero la joven parpadeó asustada y reculó con los ojos abiertos como un ratón asustado.

—¡No nos dijiste que fueras una portavoz!

—No soy más que una aprendiz. —Teia le tendió la mano—. No voy a hacerte daño, Lenna. No es más que una luz.

La muchacha no estaba convencida y reculó un poco más, con las manos sobre el vientre como si protegiera al nonato.

—Sólo quiero ayudar. Mira, tengo un ungüento... —Abrió las alforjas y empezó a rebuscar, pero Lenna negó con la cabeza, dirigiendo miradas temerosas a la esfera de luz. Teia la apagó y cerró las alforjas. La poca confianza que había forjado con la joven había desaparecido: a juzgar por su mirada, la muchacha estaba esperando a que Teia la convirtiera en un monstruo en el momento menos pensado.

Al cabo de un largo y tenso minuto de silencio, Neve regresó con un poco de sopa, no muy buena y sin chicha, pero al menos estaba caliente. Teia se sintió mejor después de comer. Reforzada, cubrió con paso inseguro el espacio que la separaba del lugar donde estaba *Finn*.

Lo encontró bastante satisfecho. Lo habían almohazado convenientemente después de mojarse en el río, y la manta de la silla estaba extendida sobre una roca, cerca del fuego, para que se secase. Teia le acarició el hocico, y volvió a disculparse por no haber confiado en él. Echó la vista atrás, al lugar donde había dejado las

alforjas, y vio que Lenna susurraba algo a Neve, y supuso que estarían hablando de ella y de la luz que había invocado de la nada. Intentó ignorar las miradas que le dirigía la joven, hirientes como cuchillos.

Entre las monturas la luz del fuego jugaba a su favor, y pudo ver a los Perdidos con mayor claridad: hombres y mujeres, avejentados, con los rostros duros. Reparó en que estaban asustados, todos sin excepción, que tenían miedo a morir de hambre, a la soledad, o que les robasen otros como ellos que tal vez tuvieran menos que perder. Lenna y ella parecían las más jóvenes. No había niños, el exilio era un duro destino para educar a un hijo. Se acarició brevemente el vientre hinchado. Pronto habría dos bebés.

Alguien lanzó un agudo silbido y, en respuesta, se oyó otro procedente del exterior. Tres personas entraron llegadas del frío, sacudiéndose la nieve de las pieles, y librándose del peso de los arcos y las aljabas. Uno era un muchacho desgarrado que tal vez tendría catorce primaveras y disimulaba su juventud con una barba desigual. Detrás de él iba un muchacho que no tendría cinco o seis años más, de cara ancha, dura, y el cuerpo de un ariete, coronado por rizos de cabello castaño que necesitaban de un buen corte. Recorrió la cueva hasta el lugar donde se encontraba Lenna, que se abrazó a él.

El tercero no era precisamente joven, pero su cuerpo se conservaba en perfectas condiciones. Tenía la dureza nervuda de la carne puesta a secar al sol. Recorrió la cueva con la vista y localizó a Teia de pie junto a las monturas. Se le acercó, sacudiéndose la nieve de las coletas de cabello cano.

—Tú debes de ser Baer —dijo ella.

—El mismo. —Apoyó el arco en el hombro, y la calibró con la mirada, con la que recorrió desde la cabeza vendada hasta el vientre hinchado, demorándose en su mejilla y en la ausencia del tatuaje propio de las mujeres casadas—. Sugiero que vuelvas a casa, niña. Ésta no es vida, da igual lo que te hayas propuesto dejar atrás.

—No huyo. —Teia, enfadada, vio cómo él resoplaba—. Viajo. Al sur, a través de las montañas.

—¿En pleno invierno? ¿Te has planteado cómo vas a sobrevivir cuando te quedes sin provisiones?

—Mi orgullo es todo lo que conservo. Devolvedme las provisiones. Me espera un largo camino por delante.

—Tú no vas a ir a ninguna parte. Estamos en pleno invierno.

Arrojó el jubón de cuero al suelo y se le acercó para encarársele.

—¿Acaso crees que no lo sé?! —Gritaba, y no parecía capaz de bajar el tono de su voz, ni siquiera cuando reparó en la hostilidad latente con la que el resto de los Perdidos acogieron sus palabras—. Debo hacerlo, Baer. Tengo frío y estoy cansada y no tengo ni idea de hasta dónde debo llegar, pero tengo que hacerlo, y pongo a Macha

por testigo de que no me lo impedirás. ¿Me devolvéis las provisiones o tendré que robarlas cuando me vaya?

Él se quedó mirándola, con el rostro esculpido en granito, antes de levantarle la mano para descargar una bofetada con el dorso. En un abrir y cerrar de ojos, Teia había recurrido a la magia incansable que anidaba en su interior, y la palma de Baer rebotó en algo invisible pero muy sólido. Por mucho que quiso disimularlo, Teia vio cómo torcía el gesto.

—De modo que es cierto —dijo, frotándose las manos.

—¿El qué? —Deshizo el tejido y se arrodilló de nuevo para seguir recogiendo sus pertenencias.

—Que tienes poderes. Acabo de oír cómo Lenna susurraba a Isaak que habías creado una luz de la nada, justo delante de ella.

—Quería verle la cara con mayor claridad. Pensé que podía hacer algo para curarle la herida.

—¿Sabes de curación?

—Un poco. Hierbas que perjudican, hierbas que curan.

Él gruñó.

—Ninguna de las otras bandas cuenta con portavoz.

—No soy más que una aprendiz. Además, no voy a quedarme.

—Tus dones nos serían muy valiosos.

—Y qué haríais con ellos, ¿eh? ¿Hacer la guerra a los demás? No. —Negó con la cabeza, pero se arrepintió en seguida cuando se sintió mareada de nuevo. Se llevó la mano al vientre: la sopa de Neve no le había sentado bien.

Baer se acuclilló cerca.

—Podrías mantenernos a salvo.

Teia ató la última correa y se sentó como él. Baer tenía el rostro parcialmente oculto por las sombras, la parte visible era una talla de arrugas que iluminaba la luz del fuego.

—Debo hacer una cosa —dijo—. El destino de mi clan depende de ello. Tal vez el destino de todos los clanes lo haga. Poseo el don de la adivinación, Baer. Lo he visto.

—¿Qué has visto?

—La matanza. La sangre. La Hueste Féerica cabalgando a sus anchas por las llanuras. —Apartó de sí las alforjas, tan cansada que ni siquiera podía desconfiar de él. Incluso los Perdidos merecían escuchar sus advertencias.

—Que los clanes se encarguen de eso. Si han sido los responsables de que eso suceda, no es nuestro problema. Lo dejaron bien claro cuando nos enviaron al exilio.

—No, Baer, escúchame. Será un desastre. Ningún clan estará a salvo, nadie, ni siquiera los exiliados. Si te importan estas personas, llévalas al sur por las montañas. Tan lejos como sea posible.

Él frunció los labios.

—Al interior del Imperio.

—Sus hombres de hierro se encararon en una ocasión a la Hueste Féérica y podrán hacerlo de nuevo.

—¿Estás segura de lo que has visto? La Hueste... —Baer sacudió la cabeza, incrédulo—. La Hueste es un cuento para niños. Si te quedas un tiempo con los Perdidos verás que hay cosas peores que los duendes y los trasgos. Como el prójimo. —Se dio la vuelta y escupió—. Diez años —dijo, amargo—. Diez largos inviernos escondido entre estas colinas como un chacal, incapaz de recorrer las llanuras de mis antepasados. ¿Y ahora sugieres que huya al Imperio porque se acerca la Hueste? Mucho pides tú, niña. —Se puso en pie.

Ytha la había menospreciado, la había llamado niña tantas veces que no estaba dispuesta a tolerárselo a un hombre que no sabía nada de ella. Le dolía la cabeza y estaba a punto de perder la paciencia. Teia se levantó también para acercarse a Baer, tan cerca que éste dio un paso atrás, sorprendido.

—Me llamo Teia —dijo—. Y sí, estoy segura de lo que he visto. Presencié la invocación. Vi a Maegern aparecer en el fuego y la oí hablar. Ytha, portavoz de los Crainnh, se ha propuesto invocar a la Hueste y usarla para reclamar las tierras perdidas por Gwlach, pero jamás podrá doblegar la voluntad del Cuervo. Una vez se sepa libre, Maegern no inclinará la cerviz ante nadie. Esto es lo que vi.

Con ambas manos apartó las capas de ropa que le cubrían el cuello. Las marcas que le habían dejado las garras apenas se habían borrado, azules como tatuajes sobre la parte superior de los senos. Baer abrió los ojos negros como azabache.

—Su cancerbero me marcó, Baer. Digo la verdad. Haz con ella lo que quieras.

Luego pasó por su lado caminando con decisión hacia la salida de la cueva. Le dolía la cabeza con tal fuerza que apenas distinguía el terreno que pisaba. La luz del fuego era demasiado intensa, y las sombras demasiado aterciopeladas para distinguir ya las caras que se volvieron hacia ella cuando pasó a través del mar de susurros que fluía a su alrededor.

La bilis ascendió por su garganta. Tragó con fuerza, pero no bastó. Cayó de rodillas sobre la nieve pisoteada que cubría la entrada de la cueva, donde vomitó la sopa que había tomado. El bebé se revolvió.

«Ay, Macha, hazme de piedra —rezó—. Hazme de piedra para que no pueda sentir, para que no tenga que llorar».

Cerró los ojos, pero las escenas de su adivinación acecharon su visión, tan ominosas y sangrientas como de costumbre. El viento nocturno le alcanzó el rostro con sus dedos de hielo, y luego se retiró en la negrura. La saliva amarga le inundó la boca. Sentía unos fuertes calambres en el estómago, se inclinó de nuevo para vomitar y sintió una mano en la espalda, y otra que le retiraba el pelo.

—Tranquila, moza. —Era la voz de Neve, que intentaba calmarla—. Calma.

Le ofrecieron una taza de agua y Teia la aceptó para enjuagarse la boca. Neve le cubrió los hombros con una manta; dejó que la mujer la llevara de vuelta al campamento, donde volvió a tumbarse. Le limpiaron la cara con un paño húmedo mientras se cubría con la manta hasta la barbilla y temblaba como aquejada de fiebres. Estaba helada, fría. Mucho. Acercó las rodillas tan cerca del pecho como pudo, y cerró los ojos para combatir el fuerte mareo.

¿Por qué había intentado convencer a Baer? Podría haber recuperado sus provisiones y haberse marchado al alba. No había tiempo que perder. Ytha no permanecería cruzada de brazos, de eso estaba segura, no con esos dos mastines sentados a su vera y el olor de la victoria en las fosas nasales.

Teia inclinó la cabeza hacia delante, enterrando el rostro en la manta. Por las orejas de Macha, ¿por qué razón se le pasaría por la cabeza que eso iba a resultar?

—Niña. Teia.

La voz desconocida la despertó y pestañeó adormilada para enfocar a la figura que se acuclillaba entre ella y el fuego lejano. Al cabo, distinguió las duras facciones de Baer. Por alguna razón sintió que hacía más calor en la cueva, así que retiró parte de la manta con cierta dificultad.

—Baer. —Teia se frotó los ojos y ahogó un bostezo. Tenía mal sabor de boca.

—Lo que nos has contado antes... ¿Era cierto?

—Sí.

Se incorporó. Había personas durmiendo en el suelo de la caverna, como hileras de frutos puestos a secar, exceptuando al hombre que vigilaba, visible apenas en la negrura que reinaba en la noche.

—Es tarde, Baer.

No pareció haberla oído, o no creyó que hubiese que respetar su recato. Juguetaba con algo que tenía en las manos a la altura del pecho y que ella no podía ver.

—¿Cabalgará la Hueste Féérica?

—Si Ytha encuentra la llave que abre la prisión de Maegern, la misma llave que la encerró allí, entonces lo hará. Y está decidida a hacerlo. —Ahogó con la mano otro bostezo. El bebé le dio una patada como de advertencia, y ella torció el gesto—. El Cuervo envió a dos de sus mastines como prueba de su intención de cumplir con la palabra dada. Cuando llegaron, supe que la portavoz nunca me prestaría atención, sin importar lo que pudiera decirle.

«Tuve que irme. Lo siento, mamá. Tuve que marcharme por el bien de todos. Que Macha os guarde cuando caiga la oscuridad».

Baer no levantó la vista de sus dedos, que no dejaba de mover.

—Cuentan los relatos que los hombres de hierro tomaron la semilla estelar del campo de batalla. No dicen dónde.

La voz de Maegern rascó de nuevo las paredes interiores.

—Está en la ciudad de las siete torres —dijo; las palabras poco familiares le hicieron mover los labios con torpeza—. No sé dónde está eso.

—Oí hablar una vez de una ciudad —dijo Baer—, en las tierras que perdimos. Moradas de madera y piedra, y gente que vivía muy junta en un mismo lugar. Todo el tiempo, en un único lugar. La llamaban Flota.

Un punto de destino. Un lugar donde encontrar hombres del Imperio. Le infundió cierta esperanza.

—Entonces iré a Flota. Quizá alguien allí sabrá de esa ciudad que está buscando Ytha.

Baer negó con la cabeza.

—Ya no son nuestros amigos, niña. No te prestarán ayuda.

—No tengo otra opción.

Él soltó lo que había estado manoseando. Teia reparó que se trataba del extremo de su melena. El hombre cerró los dedos en torno a su brazo.

—Doce clanes se rindieron. Sus jefes quebraron lanzas y confiaron su honor al Imperio. ¿Qué posibilidades crees que tienes de poder dirigirte a ellos en igualdad de condiciones?

—Debo intentarlo. —Ella se soltó—. Sé que el Imperio no tiene motivos para preocuparse por nosotros, pero tampoco ellos estarán a salvo si la Hueste cabalga a sus anchas.

Baer se sentó de cuclillas. Recortado contra la luz del fuego, su rostro se le antojó inescrutable.

—Palabras valientes para una muchacha que está sola y con un bebé en camino.

—¡Yo diría más bien que son las palabras de una auténtica chiflada! —intervino Neve, tumbada en algún lugar tras Teia—. Fue el Imperio quien nos arrinconó en este lugar, y nada bueno saldrá de tratar con ellos ahora.

—Neve. —En el tono de Baer hubo una nota de advertencia.

Ella hizo un ruido grosero y, una vez dicho lo que tenía que decir, se cubrió de nuevo con las mantas.

Baer sacudió la cabeza y miró los cuerpos tendidos de su gente.

—Todos nosotros haríamos cualquier cosa por tener la oportunidad de volver a nuestras tierras —aseguró—. Un auténtico guerrero moriría por la oportunidad de recuperarlas. Después de todo el tiempo que ha pasado, si tu portavoz promete que podemos volver a casa, ¿por qué íbamos a detenerla?

—No tiene ni idea de lo que ha desencadenado. Cree que puede invocar a la Hueste y hacer que haga su voluntad como quien pretende conducir un rebaño, pero

no puede.

Baer se volvió hacia ella.

—¿Tienes la certeza de ello?

Teia pensó en Ytha, pensó en las veces que había sostenido la mirada de la portavoz, e intentó que ese recuerdo no la estremeciera.

—Cuando la desafié, ella dio orden a los mastines de Maegern de que me mataran. Ellos se negaron. No obedecen más que al Cuervo. En mis sueños, vi la tierra desgarrada, cubierta de sangre y llamas, y a Ytha incapaz de impedirlo. —Se llevó la mano a la cabeza, que aún le dolía—. Digo la verdad, Baer. No tienes que creerme, ni tienes que seguirme. No te pido más que las provisiones que necesito para llegar al sur.

Hubo otra larga pausa.

—¿Cuándo?

—Con la luna llena de la primavera. Drwyn reunirá a las huestes en la diáspora y cabalgará a su cabeza, acompañado por Ytha y la Hueste.

Baer echó la cabeza atrás al escuchar eso.

—¿El viejo Drw ha cruzado?

—En otoño, antes de celebrarse la reunión. Drwyn ha sido el títere de Ytha durante años, y ella se ha propuesto que haga lo que Gwlach no pudo lograr. Será nombrado jefe de jefes en la diáspora, si no antes.

Baer se acarició la barbilla.

—Queda menos de una luna. —Se puso en pie, con las manos crispadas en puños a los costados—. Ahora duerme, Teia. Mañana seguiremos hablando.

Dudas

Desde el promontorio pudo ver la práctica totalidad del Mere, desde la espumosa columna de las Cascadas Belaleithne, cubiertas por un velo vaporoso, hasta la isla situada en el extremo opuesto donde se alzaba Carantuil, cuyas murallas y losas índigo resplandecían al sol matutino. Las aguas reflejaban perfectamente el azul del cielo y el verde de las colinas que la rodeaban, y Tanith experimentó de pronto la sensación de haber dado un paso para adentrarse en la esfera de cristal que envolvía las esculturas de vidrio de complejos colores que tanta fama daban, y con buen motivo, a los artesanos de las islas Occidentales.

Según los relatos que le había contado su padre cuando ella era más joven, y llena de curiosidad por su madre, a quien apenas recordaba, aquélla había sido su vista favorita. Se había sentado durante horas en el musgo, a la sombra de los abedules, recordó su padre, capturando el cambiante humor del agua en su libro de esbozos y pinturas. Siempre que las presiones del alto trono la superaban, le bastaba con pasar allí una hora para recuperarse más aún que sirviéndose de la meditación, incluso más que tras unas horas de sueño. En cierto modo, aún seguía allí. Tanith siempre percibía algo del espíritu de su madre que seguía allí presente, sin importar los años que hubiesen pasado desde su muerte, algo que no percibía en el mausoleo de mármol de los jardines de palacio, que era el lugar donde reposaban sus restos.

«Hola, mamá», dijo al aire antes de sentarse en una roca. Le dolía el pie vendado. Había cabalgado casi a media legua de la casa, pero había dejado al caballo al pie del sendero empinado, para cubrir caminando los últimos centenares de pasos a través del bosque de abedules, lo cual pagaba en ese momento. Con un corte tan profundo debió de avisar a una sanadora, pero había limpiado y vendado ella misma la herida, decidida a dejar que se curase con el tiempo. El dolor constituía un recordatorio de que tenía que caminar con cuidado, en más de un sentido.

«Siento haber pasado lejos tanto tiempo. Intenté hablar contigo casi a diario mientras estuve en las islas. Espero que me oyeras».

A su alrededor los abedules silbaron mecidos por el viento. Contempló el manojito de flores blancas que tenía en la mano y tocó los pétalos cerúleos. Eran tan claras a la sombra de los árboles que casi emitían un fulgor.

«Te he traído luceros del alba. Sé cuánto te gustaban. —Las flores asintieron, y ella continuó—: Tengo tantas cosas que contarte que no sé ni por dónde empezar. Quiero hablarte de mi adiestramiento, de lo orgullosa que me sentí cuando me dieron el manto de maestra y me pidieron que me uniera a la facultad cuando apenas llevaba cuatro años estudiando allí. ¿Puedes creerlo? ¡He estado dando clases!»

Pero no era eso de lo que quería hablarle, y no pudo mantener la charla inane cuando había tantas cosas que le atenazaban la mente. Se mordió el labio, intentó encaminar el curso de sus pensamientos, pero éstos dieron brincos, se deslizaron como selkis en busca de dulces y se negaron a que nada ni nadie los condujera con nada que semejase un orden.

«Pero ya estoy de nuevo en casa. Tenía que volver. Había llegado la hora, de hecho hacía tiempo que había llegado. Yo... Mamá, no sé qué hacer aquí. La política, el juego de las influencias y los intereses... He intentado comprenderlo, de veras que lo he hecho, pero no es algo que me resulte fácil y llevo tanto tiempo alejada de la corte que creo que he olvidado todo lo que papá intentó enseñarme. No es que le prestase mucha atención», admitió algo avergonzada por haber hundido la cabeza en el suelo aunque no hubiera nadie a su alrededor que pudiese verla. Dio vueltas al anillo preferido de su madre en el dedo corazón, lugar donde lo llevaba desde que la mano le había crecido lo bastante para que encajara. «Te he echado tanto de menos mientras crecía, pero en cierto modo me alegro de que no hayas podido verlo. No creo que haya hecho gran cosa para que papá y tú os sintáis orgullosos de mí».

No había hecho más que desesperar a su padre. Se había enamorado a los dieciséis años, y se escapaba de casa a altas horas de la noche para estar con él, cuando tenía que haber estado durmiendo. Devoró textos sobre medicina y tratados sobre cirugía cuando debió haber estudiado todo lo relacionado con las labores de gobierno. Y luego dejó atrás una vida que le parecía asfixiante, para encontrarse de nuevo con ella cara a cara cinco años después, con la misma preparación escasa que tenía antes de marcharse.

Jugueteó con los luceros del alba.

«Vaya desastre».

Los árboles sacudieron las copas en un gesto de desaprobación. La luz del sol le rozó la cara a través de las hojas, y por un instante imaginó que aquella calidez era una mano que le rozaba la mejilla mientras su madre le decía que no se preocupara, que todo iría bien.

Ojalá pudiera creerlo.

«Mamá, no creo que los diez sepan muy bien qué hacer conmigo. Llevo viviendo

en el mundo de los humanos desde antes de cumplir los diecisiete, y aquí me tienes ahora, ascendiendo al alto trono de nuestra casa. No me conocen como te conocían, y no estoy segura de que confíen en mí. Les asusta el desorden que reina en el mundo, y poco falta para que se retiren tras el Velo. No tengo ni idea de cómo voy a convencerles de que huir del problema no es la respuesta».

La ironía de sus palabras le hizo un nudo en la garganta. En lo alto, las hojas doradas de los abedules se sacudieron lanzando un suspiro cómplice.

«Eso no es todo. Ailric. ¿Te acuerdas de cuando te hablé de él, antes de irme a las islas? Ha pedido a papá que bendiga su petición de mi mano, pero no puedo casarme con él, mamá. Cada vez se parece más a su padre, es demasiado arrogante, demasiado egoísta. Para él los humanos no son más que animales, creo que sería feliz si todo más allá de Astolar dejase de existir».

Guardó silencio, atenta al lejano murmullo de las cascadas y el chillido espectral del martín pescador al precipitarse en picado sobre el agua.

«Te habrían gustado las islas Occidentales, mamá. Es un lugar muy hermoso, y la gente es... gente. Los humanos se nos parecen más de lo que vemos. Sí, pueden ser tozudos y cascarrabias, pero en eso no se diferencian de nosotros, y he visto tanta nobleza y sabiduría en ellos como las veo en los mejores de nosotros. Sufren los mismos males que nosotros, dan luz a sus hijos de la misma forma, y créeme que lo sé ¡porque he asistido en más de una docena de partos! Cuando las cosas son graciosas ríen, y lloran cuando están tristes. A veces ríen cuando tendrían que llorar. Anteponen a los demás antes que a sí mismos, padecen el dolor para que otros no tengan que hacerlo, y de algún modo encuentran el coraje necesario para seguir adelante cuando la vida les parte el corazón».

Tanith comprendió que ya no hablaba acerca de la humanidad en general, sino de una persona concreta. Se mordió el labio. Había visto cómo a Gair se le partía el corazón, y había sido incapaz de hacer nada al respecto. A pesar de sus conocimientos de medicina, no pudo salvar la parte de él que había muerto junto a la mujer que lo hizo en sus brazos. Tanith cerró los ojos, le dolió la cicatriz del antebrazo. ¡Ay, espíritus!

«Siento no poder quedarme más rato, mamá. Debo personarme hoy en la corte y necesito prepararme. Volveré más tarde y te lo contaré todo, te lo prometo».

Cojeó poco a poco hasta el borde del promontorio, levantó los luceros del alba a la altura de su rostro y aspiró por última vez el aroma delicado que desprendían. Le recordaba tanto al perfume de su madre que le temblaron las manos.

—Te echo de menos, mamá —susurró al tiempo que arrojaba las flores al Mere.

Lord Elindorien exhaló un suspiro.

—Me gustaría que tu madre estuviera aquí. Tendría que ser ella quien tuviese esta

conversación, no yo —murmuró, pellizcándose las cejas—. Eres la hija única de una casa noble, Tanith. Eres heredera del reino más antiguo que hay en estas tierras. A veces no podemos permitirnos el lujo de escoger.

Ella se le quedó mirando.

—¿Me estás diciendo que tengo que casarme con él?

Su padre le dirigió una mirada burlona.

—Jamás se me ocurriría decirte lo que tienes o no tienes que hacer, hija mía. Pero el tiempo pasa y tú ya superas la edad a la que es costumbre casarse. La oferta de Ailric es muy sólida. La Casa Vairene es una buena familia y él siente mucho aprecio por ti.

Ella volvió a caminar de un lado a otro, incapaz de estarse quieta. Ni siquiera el dolor del pie vendado le hizo alterar el paso.

—No lo haré.

—Pero ¿por qué no? —preguntó su padre, cuyo tono se tiñó de cierta exasperación—. Estoy seguro de que podrías reavivar vuestra relación.

—No hacemos buena pareja. —«Ya no».

Él dobló los brazos a la altura del pecho.

—Es por el leahno, ¿verdad?

—No.

—Él no es para ti, Tanith.

—Nunca lo ha sido. —Iba de un lado a otro por la alfombra de color claro, entre el vaivén de su falda—. Gair no tiene nada que ver con mi decisión.

—Entonces ¿por qué no considerar a Ailric para que sea tu futuro marido? El afecto que siente por ti me dice que será un consorte leal y constante, cuya edad, además, es muy próxima a la tuya.

—Y no es probable que haya otro joven que esté dispuesto a pedirme la mano, ¿es eso?

—Yo no he dicho eso —respondió su padre con un tono de voz que le dio a entender que eso era exactamente lo que había estado pensando—. Cada vez somos menos, hija, y cada año que pasa damos menos frutos. Ha llegado la hora de cosechar.

—¿Cosechar? —Estuvo a punto de escapársele la risa—. No seas tan timorato, papá. Somos animales, no muy distintos de los caballos y el ganado de los campos. Tú quieres que yo me aparee.

Lord Elindorien arrugó la nariz al escuchar la forma que había tenido su hija de expresarlo.

—¿Es necesario que seas tan bruta?

—Eso es lo que pretendes decir.

Un nuevo suspiro.

—No podemos permitir que nuestra estirpe se quede sin descendencia, Tanith.

Siempre tiene que haber diez casas. —Su padre, que rara vez se dejaba dominar por las emociones, sonó enfadado, cansado, incluso un poco inquieto—. Si entras en la sala con Ailric a tu lado, los diez se decantarán. Puede que incluso te garantice el voto de Morwenna, porque siempre ha sido su nieto favorito. Pero si te pones en contra a la Casa Vairene, eso podría dificultarte las cosas cuando llegue la hora de gobernar. Vas a necesitar aliados entre los diez, no enemigos. Sobre todo ahora, estando la corte tan dividida como está.

—Lo sé. Me regalaste los *Ensayos sobre gobierno* de Barthalus cuando cumplí los diez años. —Incluso entonces se esperaba de ella que supiera lo que era ser hija de la corte blanca.

Él pasó junto a la mesa para ponerle las manos sobre los hombros y darle la vuelta para que le encarara.

—Eres la última de los Elindorien, hija mía. Si tu madre hubiese vivido y yo hubiera podido darle más hijos, este peso no habría recaído sobre tus hombros, pero ya no sirve de nada pensar en ello. Únicamente tenemos lo que se extiende ante nuestros ojos. Tienes que comprender claramente cuál es el deber que te corresponde.

—Mi deber —dijo ella—. Para mi Casa y mi pueblo. —La ira, desatada, imparable, se aferró con garras afiladas en su estómago—. ¿Qué me dices del deber que tengo conmigo misma?

—Hija...

—Ailric personifica las peores cualidades de la nobleza —dijo, furiosa. Su padre parpadeó, asustado por su vehemencia, pero no pudo contenerse—. Es un petimetre arrogante, orgulloso. ¿O quieres que me comprometa con un hombre a quien desprecio, sólo para verme casada?

—Pues claro que no, pero...

—¿Y qué me dices de ti y de tu deber? ¿Por qué no volviste a casarte, papá?

—¡No podía! —replicó él con el rostro cubierto de desesperación—. Tu madre ha sido mi único amor. Cuando ella murió, no pude unirme a nadie más.

—Igual que yo no puedo unirme a Ailric. —Con gran esfuerzo, Tanith suavizó el tono y tomó las manos de su padre. Para su sorpresa, vio que estaba temblando—. Lo siento, papá, pero debo escoger a mi marido, y no será él.

Lord Elindorien la miró, los ojos pardos cubiertos por más emociones de las que ella podía catalogar.

—Hubo un tiempo en que le amaste —dijo con tono suave.

—Amé a un joven que tocaba tan bien el laúd que los pájaros guardaban silencio para escucharle. Pero ese muchacho ya no existe.

—Es el mismo, sólo que ahora se ha convertido en un hombre.

La ira que anidaba en su interior se extinguió tan de prisa como había surgido. Tanith sacudió la cabeza y sonrió por todo lo que había sido.

—Ailric el intérprete de laúd murió hace mucho tiempo, papá. Soy una buena sanadora, pero no puedo resucitar una relación que no merece la vida.

Lord Elindorien se miró las manos.

—No, supongo que no. —Suspiró, acariciándose los nudillos con el pulgar de la otra mano—. ¿Aún conservas el libro de Barthalus?

—Sí.

Una sonrisa le frunció la comisura del labio.

—Recuerdo que lloraste cuando te lo regalé, porque en realidad querías un libro con las aventuras de un príncipe humano.

—*El príncipe Corum y los Cuarenta Caballeros*. —La decepción se hizo lágrimas como puños que le rodaron por las mejillas. En todos aquellos años tras la muerte de su madre, su padre no había sabido cómo consolarla. Pero pocos días después le había regalado un ejemplar, y ella le había abrazado y llorado incluso más, mientras él le daba palmaditas en la espalda—. Me acuerdo.

A lo largo del Mere el heraldo de la reina sopló el cuerno de plata llamando a la reunión. La solemne nota doble tembló en el ambiente como un trueno. En el silencio que siguió, incluso el Mere se quedó inmóvil.

—Ha llegado la hora —dijo su padre, al cabo, soltándole las manos.

—Sí, ha llegado la hora. —Tanith cabeceó en sentido afirmativo.

Se alisó el vestido. Después de los más sencillos que había llevado en las islas, el pesado raso blanco era como un lastre, las mangas colgantes y las faldas que arrastraba eran como anclas. Las mangas internas, con los botones de perla desde la muñeca hasta el codo, se le pegaban a la piel como el deber que llevaba a cuestas.

Exhaló un largo, largo, suspiro.

—Estoy lista.

Le ofreció el brazo. Se levantó la falda con la mano, mientras apoyaba la otra en el puño de encaje de su padre, y dejó que la llevara afuera, donde anduvieron por el jardín en dirección a las múltiples torres de palacio.

Servir a la diosa

Ansel oyó discutir a los Ancianos sin necesidad de abrir la puerta lateral del salón del rede. No habían dejado de hacerlo desde la conclusión del torneo el día anterior, ni siquiera habían descansado un instante, reunidos en grupos en los corredores, o caminando por los claustros. Sólo en el silencio del refectorio hallaba alivio al incesante parloteo. Allí y durante la ceremonia que tuvo lugar aquella mañana en la sacristía, en la cual se nombró caballero a veintidós de los treinta y dos novicios que habían competido en las lizas, ceremonia que se llevó a cabo en un silencio furibundo más expresivo que las palabras.

Miró al centinela con librea situado junto a la puerta.

«¿Qué opináis? ¿Acaso importa, a ojos de la diosa, qué hay tras la camisola de malla y la sobreveste, siempre y cuando se trate de un corazón honesto?»

El centinela mantuvo una expresión impasible, la mirada clavada en algún detalle del tapiz que colgaba de la pared opuesta, a una altura suficiente para evitar la mirada del preceptor. Por un instante, Ansel pensó en la posibilidad de preguntarle, pero luego cambió de opinión. Cualquier respuesta que obtuviera no iría más allá de lo que aquel hombre pensaba que su superior quería oír.

«Una lástima».

Oyó a su espalda pasos apresurados, y se dio la vuelta, apoyado en el cayado. Danilar caminaba hacia él, vestido con la túnica negra de las ocasiones formales y la estola roja en torno al cuello. En su expresión bullían las preguntas no formuladas.

—Capellán —saludó Ansel, que echó a caminar hacia él por el corredor empedrado—. ¿Me acompañas un rato?

Danilar acompasó el paso, reduciéndolo. Cuando habían cubierto un trecho por el corredor hasta la esquina y ya no había posibilidad de que el centinela los oyera, Ansel se volvió hacia él.

—Muy bien —dijo—. Escúpelo.

—¿Sabías que Selsen era una chica?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Había mucho en juego. No podía contárselo a nadie.

«Hay cosas que sigo sin poder confesarte. Rezo para que, con el tiempo, puedas perdonarme».

El capellán apartó la vista para que no viera lo dolido que estaba.

—Hace más de cuarenta años que somos amigos, Ansel. ¿No podías confiar en mí?

—No podía confiar en nadie. Ni siquiera en el más viejo de mis amigos. —Tocó el brazo de Danilar—. Lo siento. Pensé que era mejor que no lo supiera nadie, aparte de mí y del superior de Caer Amon. De ese modo, si todo se torcía, nadie resultaría perjudicado. No quería exponerte al riesgo de un escándalo.

Un gruñido fue toda la respuesta que obtuvo. Danilar se negó a mirarle a los ojos. Juguetó con la estola, estirándola repetidas veces, incluso cuando ya no fue necesario.

—De modo que éste era tu plan, traer mujeres a la orden.

—Mi plan, tal como recordarás, es abrir la admisión a la orden a todo aquel que quiera unirse a ella. Desde las guerras del desierto nuestros números ya no son lo que eran. Necesitamos todos los caballeros que podamos entrenar, ahora más que nunca, teniendo en cuenta las noticias que hemos recibido de Gimrael.

—¡Pero mujeres!

—Todo el mundo, Danilar —le recordó Ansel—. ¿Por qué no? El deseo de Selsen de ser caballero me dio la idea, y ha demostrado con creces que una mujer puede enfrentarse cara a cara a lo mejor de nuestra caballería.

Antes incluso de haber terminado de hablar, el capitán negaba con la cabeza.

—Tal vez en el campo de batalla, pero las mujeres y los hombres conviviendo juntos en la casa de la diosa constituyen una tremenda tentación. Un caballero no puede servir a Eador de todo corazón cuando está preocupado por... —Danilar titubeó, sonrojado—. Deseos mundanos.

Apoyado en el cayado, Ansel rompió a reír.

—Mi querido capellán, diría que te estás sonrojando.

—¡Ansel, por favor! Que esto es serio. —Su viejo amigo le miró con ojos de ruego. Señaló hacia la puerta, más allá del centinela que hacía guardia—. Ellos no te apoyarán. Lo que les pides que hagan atenta contra todo lo que les han enseñado, todo lo que han creído desde el noviciado.

—Si todo marcha como está planeado, no tendrán otra opción. La ley y los Artículos están de mi lado. Tendrán que apoyarme.

—Cuando atraveses esa puerta tendrás una riña entre manos que hará que lo de Samarak parezca una escaramuza fronteriza. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—Creo que aún conservo fuerzas para una última pelea.

—¡Que podría ser la última!

Ansel se encogió de hombros.

—Si es así, que así sea. Prefiero morir peleando por algo en lo que creo, que terminar mis días hecho un vegetal en la enfermería, incapaz de limpiar mi propio trasero.

Danilar le miró.

—Vulgar, pero apropiado. —Lanzó un fuerte suspiro, y se pasó los dedos por el cabello—. De acuerdo. Se hará a tu modo, pero no cuentes con que diga una bendición sobre tu ensangrentado cadáver cuando el rede haya acabado contigo.

Ansel aspiró aire, enderezó la postura y comprobó con gesto automático que llevaba el botellín de jarabe en el bolsillo. Había muchas probabilidades de que necesitase hasta la última gota antes de que concluyera el día.

—Sabías que no sería fácil, Danilar. Ya te lo dije.

—Lo hiciste, y he estado contigo desde el principio. No puedo negar que tenga reservas relativas a los aspectos prácticos de lo que defiendes, pero ya habrá tiempo más tarde de pelearnos por ellas. Soy tu amigo, Ansel. Puedes contar conmigo.

Ansel miró con aprecio al capellán, incapaz de ver la barba cana del hombre que tenía delante, sino al joven con las rodillas peladas que era demasiado bajo para llevar la túnica de novicio, robando manzanas a su lado en el huerto de árboles frutales de un lejano pasado. Había confiado en poder evitar aquella tormenta de palabras en concreto hasta después de que Selsen fuera ordenada, pero la esperanza es una cosa y la realidad otra. Había llegado la hora de librar la batalla, y lo mejor que podía hacer era pelear con las armas de que disponía.

—¿Una última carga, amigo mío? —preguntó en voz baja—. ¿Por el roble y la diosa, hasta nuestro último aliento?

Con los labios bien prietos, lo cual daba pie a una expresión decidida, Danilar cuadró los hombros de herrero y hundió un pulgar en el cinto.

«Si ciñera espada a la cadera, en este preciso instante la destrabaría de la vaina», pensó Ansel.

—Una última carga. —Inclinó la cabeza con decisión—. ¡Y sálvese quien pueda!

—¡Imposible! —aulló el Anciano Festan con voz atronadora.

—Pues ya está hecho —dijo Ansel.

—¡Anúlalo! Siendo preceptor tienes poder para hacerlo. Una mujer no puede ser caballero, y no hay más que hablar.

Se oyeron expresiones de apoyo procedentes de los estrados.

—¿Por qué no?

—¡No está permitido!

Otro Anciano se puso en pie sin esperar a que Festan cediera su turno.

—No hay lugar para las mujeres en el campo de batalla, preceptor. Tú deberías saberlo, después de las guerras del desierto.

—¿Y por qué lo dices, Jago?

—Son físicamente... inadecuadas para los rigores del combate.

—¿Qué? —Ansel utilizó el recurso cómico de acopar una mano detrás de la oreja—. Levanta la voz, hombre. ¿Físicamente inferiores? —Alguien resopló—. ¿Así que cuando vi a Selsen encajar tres golpes en las lizas a manos de un caballero veterano, me lo estuve imaginando?

Desconcertado, el Anciano Jago abrió una nueva línea de discusión.

—Los otros novicios fueron víctimas de un engaño. Lleva casi dos meses viviendo con ellos, haciéndose pasar por lo que no es, ganándose su confianza con engaños, metiéndose en sus vidas. Si ellos no cayeron en la cuenta, ¿cómo vamos a saber, siquiera, que Hengfors está en lo cierto?

El flacucho físico se puso en pie y carraspeó, dirigiendo la mirada al Anciano que acababa de transmitir sus objeciones.

—Aunque soy miembro de una orden de clausura, Anciano, soy ante todo y sobre todo cirujano, y bien versado en cuestiones de anatomía. La paciente que tuve ayer por la tarde sobre la mesa era, sin lugar a dudas, una mujer.

—¿Cómo se hizo pasar por un joven, si era visiblemente mujer? Me refiero a los baños, a los vestuarios.

—No cuesta tanto encontrar cierta intimidad en estas circunstancias —dijo Hengfors—. Tiene un físico desarrollado, musculoso, y sus atributos femeninos... —Jago se sonrojó— son más bien modestos. Caminando con cuidado, y con una prenda en torno al pecho, todos vimos lo que esperábamos ver.

Hengfors ajustó la túnica alrededor de su cuerpo de garza, como si estuviera alisando su plumaje, y volvió al fondo del banco de los testigos, situado al pie de la última hilera de bancos destinados a los Ancianos, junto a los marciales maestros. Jago se dejó caer con fuerza en su propio asiento, con cara de pocos amigos, enmarcada por el pelo gris.

Festan abrió de nuevo la boca, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra otro Anciano se había puesto en pie, dispuesto a dirigirse al rede.

—Pero el argumento original del Anciano Jago era correcto —dijo Ceinan—. Las cualidades que más atesoramos de la condición de mujer, las cuales juramos defender, son las que las hacen inadecuadas para servir como soldados de la diosa. Son cuidadoras, no guerreras. Sus cuerpos alumbran nuevas vidas. No deberíamos pedirles que las quitaran.

Estas palabras fueron recibidas con murmullos y asentimientos generalizados. De pie e incómoda en el estrado de los testigos, con el brazo izquierdo inmovilizado a la

altura del pecho, Selsen rebulló, el rostro tenso de angustia. Intentó comunicar algo mediante signos, pero le resultó imposible hacerlo con una sola mano. Dirigió a Ansel una mirada de súplica. Él movió dedos con discreción.

«Comprendo».

—Disculpadme por hablar en nombre de Selsen —dijo—, pero no estamos pidiéndole que haga nada. Es ella quien nos lo pide a nosotros.

Selsen asintió con fuerza.

—Con todos los respetos hacia ella —dijo Ceinan, que se inclinó ante Selsen lo necesario para dar la impresión de que se mostraba correcto—, al menos este Anciano debe negarse. Votemos, preceptor. Que cada uno de los hombres aquí presentes siga el dictado de su conciencia en este asunto. —Así las cosas, ocupó de nuevo su asiento.

Festan recordó que tenía la palabra y se estremeció como un perro enorme que sale del mar.

—No tiene sentido pedir el voto —protestó—. Aunque queramos que la nombren caballero, no puede serlo. Honestamente, preceptor, no entiendo por qué insistes en esta insensatez cuando es patentemente imposible.

—Selsen completó las pruebas de armas con gran honor, demostrando ser uno de los mejores novicios que ha salido de nuestra orden. ¿Qué más tiene que hacer para demostrar su valía? —Ansel se inclinó un poco hacia delante, como para reforzar sus palabras—. Tú lo presenciaste, Festan, sentado justo delante de mí en el pabellón. Observaste lo sucedido, escuchaste las decisiones de los jueces, igual que yo lo hice.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? —Ansel intentó contener su temperamento, pero se le estaba agotando la paciencia—. Todo eso ha sucedido desde que has descubierto que el novicio en cuestión pertenece al bello sexo. Eso, sin embargo, no altera sus logros, así que ¿por qué objetas a que obtenga lo que merece por ellos?

Festan levantó ambas manos, como apelando al cielo a intervenir.

—¡Los Artículos lo prohíben! ¡Una mujer no puede ser caballero!

—¿Exactamente qué artículo es el que lo prohíbe, Anciano? —preguntó Danilar.

«¡Gracias sean dadas a la diosa!» A pesar de sus propias reservas respecto al asunto, Danilar no había dejado de ser un hombre de palabra.

La interrupción bastó para descolocar a Festan.

—¿Capellán?

—Pregunto qué artículo de la caballería excluye a las mujeres del servicio. Discúlpame, me hago viejo y está claro que mi memoria ya no es lo que era. —Se oyó de nuevo el resoplido anterior, que esta vez se convirtió en una carcajada ahogada. Ansel tenía la sospecha de quién se trataba, pero no se atrevía a mirar las hileras de bancos que ocupaban los Ancianos para asegurarse de ello. Además, por sí sola la expresión enfurecida de Festan ya era puro entretenimiento.

—Bueno, no lo recuerdo exactamente, pero...

—Aquí mismo tenemos al Anciano Morten con un ejemplar de los Artículos —anunció Danilar, señalando al Anciano y al hermano Tercel, sentados a uno de los escritorios destinados a los secretarios, que tenían un libro encuadernado en cuero abierto ante ellos—. Tal vez podríamos pedirle que lo compruebe.

La voz rasposa de Morten no alcanzó a imponerse a las afirmaciones y negaciones que se alzaron entre la concurrencia. Ansel golpeó el cayado en el estrado para pedir silencio, momento en que el anciano de cabello blanco volvió a hablar.

—No es necesario que lo compruebe, caballeros... y señora. —Se volvió para medio inclinarse ante Selsen—. No hay ningún artículo que haga referencia al sexo, excepto por el hecho de que a lo largo del texto se emplea el pronombre «él», el cual, como cualquier entendido en leyes sabrá, puede hacer referencia indistintamente a cualquiera de ambos sexos y no es necesario desambiguar.

Ceinan se inclinó en el asiento.

—¿Estás diciendo, Morten, que la ordenación de esta mujer debería permitirse debido a una añagaza legal?

El Anciano Morten extendió sus frágiles manos.

—Sólo digo que no hay nada en los Artículos que lo prohíba de forma explícita.

—Pero tampoco hay nada que lo permita.

—En efecto.

—Pero...

Tercel levantó un dedo nudoso, y Ceinan, sorprendentemente, guardó silencio.

—En derecho, se entiende que aquello que no está prohibido está permitido. Es uno de los pilares de la jurisprudencia.

Ansel se mordió el carrillo para contener la alegría.

«Gracias a los cielos por Morten y Tercel, ¡y por su insuperable querencia hacia el derecho consistorial! Ya eran expertos en él antes de que yo saliera del noviciado. ¿Quién va a estar dispuesto a discutir con ellos al respecto?»

El murmullo de los Ancianos recordaba a una olla de grillos, pero nadie expuso una objeción lo bastante enérgica para forzar el debate. Muy pronto, demasiado para albergar esperanzas, pero Ansel ya se vio imponiendo las hojas de roble en el hombro de Selsen.

—Vamos a ser perfectamente claros en esto, caballeros —anunció—. Anciano Morten, haz el favor de repasar en voz alta, para que todos podamos oírlos, los requisitos de la caballería.

—Bajo el artículo uno, el candidato debe disfrutar de la salud necesaria y tener al menos veinte años de edad. El artículo cuarto exige un mínimo de seis años de servicio como noviciado, mientras que el artículo ocho dice que el candidato debe demostrar la habilidad marcial necesaria en presencia de testigos que puedan dar fe

de ella.

Morten no tuvo que consultar siquiera las gastadas páginas del libro que descansaba ante él. Se volvió hacia Selsen, con una mirada amable que arrugó aún más sus facciones apergaminadas.

—Novicio Selsen, ¿estás cualificada según los requisitos de estos artículos?

Selsen asintió.

—¿No puedes hablar, mi señora, para que el hermano cronista pueda dejar constancia de tu respuesta?

En el escritorio opuesto, el escribiente terminó de escribir y esperó, pluma en alto. Selsen negó con la cabeza.

—La joven es muda de nacimiento —intervino Ansel—. Tengo una carta que así lo atestigua y que puede admitirse como prueba.

«Por favor, no la pidas, Morten. Ya he arriesgado bastante para llevarla tan lejos. ¡Tiene que bastar!»

—No creo que sea necesario, preceptor. Tu palabra basta para el propósito de esta vista. —Morten entrelazó los dedos ante él—. Y creo que Selsen ha demostrado tener la necesaria destreza con las armas, ¿no, maestros?

En el banco de los testigos, el maestro de espadas, el de equitación y el de armas asintieron sin dudarlo, aunque únicamente Selenas parecía mostrarse cómodo al respecto. Una sonrisa jugueteaba en sus facciones.

«Fuiste tú quien se rió antes, ¿verdad? Si no es ése el caso, pareces estar deseando hacerlo ahora».

—¿Pudisteis discernir que el novicio era mujer? —preguntó Ansel. Todos negaron con la cabeza—. ¿Visteis tan sólo un aspirante a caballero, a quien sólo juzgasteis en base a ello, sin prejuicio alguno? —De nuevo todos cabecearon en sentido afirmativo—. De modo que lo único que resta es que lleve a término la vigilia. Según los Artículos está cualificada. No veo qué más objeciones pueden plantearse.

Levantó el cayado, dispuesto a golpearlo para poner fin al debate, pero Festan no había terminado.

—Lo encuentro moralmente cuestionable —declaró—. Las mujeres afrontan peligros propios de mujeres que las excluyen de situaciones donde tienen que enfrentarse directamente al enemigo.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Ansel.

«Me lo estaba esperando —pensó—, pero nunca pensé que Festan fuera quien lo sugiriese».

—Por ejemplo en lo tocante a su trato en el caso de ser objeto de captura.

La palabra quedó colgando en el aire, sin eco pero resonando como un trueno. Todos los presentes la oyeron. No pudo ser de otra manera: formaba parte del deber de caballero proteger a las mujeres de tales asaltos con la fuerza de las armas, con su

cuerpo o, cuando todo lo demás fracasaba, con la vida. No importaba lo elevada o modesta que fuera su posición, una mujer personificaba físicamente el poder de creación de la diosa, y profanar esa forma mediante la violencia suponía incurrir en un pecado grave. Pero el principal puntal de la caballería, del que dependían los demás, era actuar en defensa de lo que era justo sin importar el precio.

«Alguien tiene que decirlo, así que más vale que sea yo».

—Violación.

Festan se mostró incómodo, jugueteando con las mangas, incapaz de mirar a los ojos a Selsen. El resto de los miembros de la curia no se manejaron mucho mejor, exceptuando a los que estaban acostumbrados a ocultar sus emociones tras la máscara de lo inescrutable. Más de uno se sonrojó con tal intensidad que el color de su piel rivalizó con el de la túnica que llevaba.

—Por expresarlo con una palabra, sí —afirmó Festan—. No se trata de un peligro que afrontemos los hombres.

«Te sorprenderías, Festan. La masacre del día de San Benet en la casa hermana de El Maqqam nos demostró que la violación no es el abismo más hondo al que se asomó el Culto».

Un chasquido desvió su atención sobre Selsen, que chascaba los dedos. Cuando vio que la miraba hizo como que escribía en el aire con la mano sana.

—¿Quieres añadir algo?

Ella asintió con ojos implorantes.

—Si el rede no pone objeción...

Nadie puso objeción. Selsen bajó del estrado de los testigos y se dirigió a buen paso hacia el escritorio del hermano cronista, donde se procuró una de las plumas y una hoja de papel y escribió varias líneas, antes de tender la hoja al escribiente, que paseó una mirada vacilante de la joven vestida con túnica de novicio a su preceptor, antes de mirarla de nuevo.

—Lee, por favor, la declaración del testigo, hermano —pidió Ansel.

—«Tan sólo solicito el derecho de defender mi fe hasta donde alcanzan mis habilidades. Si temiera las consecuencias, no pediría ejercer tal derecho. Toda la vida he deseado ser caballero; si fuera el deseo de la diosa que sufriera perjuicio o muriera a su servicio, entonces que se cumpla su voluntad».

El escriba dejó la hoja sobre el escritorio, mirándola como si fuera un cuervo que aún pudiera picotearle.

—Cuando una mujer desea servir a la diosa, puede hacerlo ordenándose —intervino el Anciano Eadwyn. Otras voces corearon su conformidad con estas palabras—. No hay necesidad de que la dama lleve armadura e intercambie golpes de espada.

—¿Por qué no, si es eso lo que quiere? —Todas las miradas se volvieron hacia el

nuevo interlocutor, Selenas, el nervudo maestro de espadas, que se había puesto en pie—. Si desea cargar con la responsabilidad de la caballería, ésta es su elección. ¿O no tenemos otra opción que tomar decisiones en nombre de las mujeres, decirles qué pueden o no hacer por su propio bien? Prefiero pensar que nuestra diosa no vería con buenos ojos que nos mostrásemos tan presuntuosos, tan... paternalistas.

Uno o dos gritos ahogados resonaron entre la curia, después de que Selenas interviniera por propia voluntad para hablar en su favor.

—Es el deber del hombre proteger a una mujer, tanto más si se trata de un caballero —señaló Eadwyn ante la aprobación generalizada de los presentes. Seguidamente se sentó.

Selenas inclinó la cabeza a un lado.

—¿Y si no quiere que la protejamos? ¿Y si se siente capaz de protegerse a sí misma y a cualquier otra persona que necesite de su protección? He cruzado espada con Selsen, caballeros, y puedo aseguraros que la persona que ese día necesitaba protección no era precisamente la dama.

Saludó a la joven con elegancia, inclinando el cuerpo por la cintura y con la mano derecha sobre el corazón. Tras unos instantes de sorpresa, Selsen respondió al cumplido.

Eadwyn volvió a ponerse en pie.

—Sin duda entiendes que las mujeres carecen de la necesaria agresividad para superar a un enemigo en combate cerrado. Tal vez Selsen posea la destreza necesaria en el manejo de las armas, pero ¿tendrá el temple necesario para perseverar en el ataque cuando eso pueda poner en riesgo su propia vida? ¿Se arrugará cuando la sangre le salpique la cara?

—Está claro que nunca has entrado en un establo donde una yegua acaba de parir un potrillo —dijo, áspero, el maestro de equitación.

—Por supuesto —dijo Ansel—. Las mujeres tienen el corazón de un león, Anciano Eadwyn, de eso no cabe la menor duda. Lo único que pide Selsen es que se le dé la oportunidad de demostrarlo.

Ceinan aprovechó la pausa incómoda que siguió para levantarse de nuevo.

—¿No estamos pasando algo por alto, hermanos míos? Existe otra cuestión moral que debemos tratar. Me refiero a la perspectiva de que las mujeres sirvan junto a los hombres, lo cual comporta una convivencia estrecha, lo cual, a su vez, abre la puerta a la tentación carnal. ¿Cómo van las mujeres a conservar la virtud en tales circunstancias? ¿Y los hombres?

«Eso, ¿cómo lo harán? Si un caballero puede flaquear y faltar a sus votos cuando todos sus compañeros son hombres, ¿qué esperanza tiene si combate hombro con hombro con mujeres?»

—Creo que ésta es una cuestión que no podemos dirimir en un debate —declaró

Ansel—. Tan sólo podemos responderla en virtud de lo que suceda en la práctica, y confiar que nuestra fe nos haga lo bastante fuertes para superarlo.

De nuevo Selsen chascó los dedos con apremio. Levantó la hoja de papel para que todos los Ancianos pudieran verla. En letras mayúsculas, grandes, tan grueso el trazo que la pluma se había roto y despuntado, había escrito: «NO FRACASARÉ». Cuando Ceinan enarcó ambas cejas, ella arrugó el entrecejo y blandió el papel ante ella como si del escudo se tratara.

—Parece ser que me veo superado con creces, mi señora, y debo ceder la posición —dijo el dremeniriano, que extendió las manos e inclinó la cabeza, pero no antes de que Ansel reparase en la sonrisa que ocultaba con una mueca—. No obstante mantengo mis objeciones. No creo que sea necesario insistir en ellas.

Se sentó. Ansel inclinó la cabeza.

—Tomamos nota de tus objeciones, Anciano. ¿Algún otro comentario que hacer antes de que sometamos este asunto a votación? ¿Eadwyn? ¿Festan?

Con los brazos carnosos doblados a la altura del pecho, Festan negó con la cabeza. Selsen regresó al banco de los testigos, se hizo el signo de la bendición sobre el pecho y cerró los ojos.

—Pues que así sea.

Golpeó con el cayado el estrado de piedra, llamando a los presentes a votar.

Signos

Oscuridad. Blanda, silenciosa, sofocante. Envolver a Teia como la negrura del útero, y en una pesadilla que esperaba el momento de nacer. Oyó su latido de corazón, percibió la forma de sus sueños. Sintió cómo se estiraba, cómo crecía, y supo el nombre de su madre. Gritó.

Forcejeaba con las mantas cuando la sacudieron de los hombros.

—Tranquila, cálmate, Teia —dijo Neve—. No pasa nada. Todo está bien.

—Viene. Ella —susurró Teia, que jadeó temblorosa—. Lo he sentido. ¡Viene!

Neve arrugó el entrecejo. La luz que se filtraba en la cueva no la favorecía, le endurecía los rasgos, ahondando las arrugas que los años de exilio le habían esculpido. Eran como arroyos tallados en la piedra.

—¿Quién viene? Has tenido una pesadilla, eso es todo. Ha terminado. Todo va a ir bien, ya lo verás.

La presciencia de las manos heladas siguió aferrando el corazón de Teia, que tembló. Frío. Tenía frío, era como tener una sanguijuela en el interior que la privara de toda calidez ante la inminencia de lo que iba a suceder.

—No, no lo hará. Nada volverá a ir bien.

—¿Teia?

—Casi está aquí, Neve.

—¿Quién?

—El Cuervo.

«Ay, Macha, mantenme a salvo de la tormenta».

—Nunca he visto una mujer que tenga tanto miedo, Baer.

Neve se hallaba a su lado en el puesto de vigilancia, con los brazos alrededor de su propio cuerpo para retener el calor, mientras las colinas cubiertas de blanco se dibujaban poco a poco bajo un cielo que clareaba. Su hombre no dijo nada, pero no

dejaba de mover los ojos, buscando pisadas en la nieve, indicios de que la hubieran seguido.

—No dejó de repetirlo. Dice que ella viene, que nada volverá a ser lo mismo.

Uno de los dioses ancestrales. Eso era lo que aquella joven aseguraba haber visto. ¿Sería verdad que la portavoz de los Crainnh había invocado al Cuervo? La joven no tenía motivos para mentir. Lo que Teia se había propuesto era tan arriesgado que sólo la verdad podía animarla a ello, aunque estaba claro que ella creía en la verdad de sus propias palabras. Baer aún tenía que tomar una decisión al respecto de si era o no cierto, pero cuando lo hiciera, aún tendría que decidir qué hacer. Ya tenía a su cuidado dos docenas de almas, y el invierno se les echaba encima; la misma tozudez que lo había empujado al exilio le decía que tenía que esconderse en las tierras que conocía y esperar a ver qué acontecía, pero en un rincón de su corazón anidaba una inquietud que no podía ignorar.

—Maegern —dijo en voz baja. Con el rabillo del ojo vio a Neve hacerse un signo de protección—. ¿Eres supersticiosa, Neve? ¿Tú?

—Tenía una mirada... distante, pero con la que al mismo tiempo era capaz de ver en mí. Me heló la sangre en las venas, de verdad te lo digo.

—¿Una premonición?

—No lo sé. Tal vez. No quiere hablar de nuevo de ello, tan sólo recoger sus cosas.

—¿No fue simplemente una pesadilla?

—En ese caso fue una pesadilla oscura y terrible. —Neve negó con la cabeza—. Tendrías que haberla visto, Baer. Entonces lo entenderías.

Él gruñó.

—Si tuviera alguna prueba.

—Posee el talento, como bien has visto, y por el modo en que me miró no me cabe duda de que también posee la visión.

Eso, siempre y cuando fuera verdad, era algo a tener en cuenta. Con los ojos entornados, preguntó:

—¿Banfaít? ¿Estás segura?

—Segura. —Se ajustó el manto sobre los hombros. Neve le dirigió una mirada que conocía bien: la que decía que eso era un asunto de mujeres y que más le valía no discutirse—. A veces las mujeres lo intuimos —continuó—. No se trata de algo que puedan enseñarte. Ni que pueda guardarse en una caja para que luego te lo enseñen. Lo sabemos. Lo sentimos en los huesos. —Se encogió de hombros, con los brazos doblados a la altura del pecho—. Por eso las portavoces son mujeres.

Miró de nuevo hacia el horizonte, por enésima vez desde que había iniciado la guardia. Los Perdidos nunca se muestran demasiado cuidadosos.

Banfaít. Las portavoces ya eran bastante molestas, tanto para los hombres como para las mujeres. Útiles, sin duda, y poderosas, pero siempre eran una fuente de

problemas. Pero las Banfaít eran... otra cosa. Escuchaban al viento, que compartía con ellas sus secretos. Poseían el conocimiento de cosas que estaban ocultas a otros. Cómo leer los sueños. Cómo leer el corazón de un hombre.

Cerró y abrió los dedos que tenía en torno al arco.

«No es más que una cría. Como las que dejé atrás cuando tuve que exiliarme».

—Iré a verla cuando termine mi guardia. Te prometo que volveré a hablar con ella.

Su mujer le dio un beso fugaz, cariñoso, en la mejilla.

—Pues date prisa. Creo que ya se ha puesto en marcha.

Finn aguardaba tranquilo, con la manta extendida sobre su amplia espalda. No le había costado ponerle la brida, pero la silla le estaba dando más guerra. Entorpecida por el vientre hinchado, Teia no podía acercarse lo bastante para levantarla.

Después de intentarlo por tercera vez, la dejó en el suelo y masajeó la parte baja de la espalda con ambas manos. Menuda estupidez. Si tuviera una roca a la que subirse, incluso una bala de estiércol, podría apañárselas, pero no era así y, ay, su espalda le dolía después de intentarlo. Se acercaba el momento de dar a luz. Puso con cuidado la mano en el abdomen. Quince semanas, más o menos, si lo había calculado correctamente, aunque de un tiempo a esa parte su volumen le había hecho dudar de si habría cometido un error. Llegaría el momento en que, no sin esfuerzo y dolor, se libraría de ello de una vez por todas.

Sintió una punzada de culpabilidad. El bebé no era responsable del embarazo, la concepción, de sus padres. ¿Cómo iba Teia a culparlo? Si había alguien a quien culpar ése era el padre del nonato.

Cuando pensó en Drwyn sintió tal ira que levantó la silla hasta la altura del hombro y la puso sobre *Finn*. El caballo gruñó, pero se estuvo quieto. Casi lo había logrado. Un empujón más y podría... Por las orejas de Macha, la manta resbalaba. De puntillas, Teia se estiró para sostener la silla con la parte superior del pecho, mientras intentaba devolver la manta a su lugar, pero el peso combinado fue demasiado para ella.

La silla cayó al suelo con el campanileo de las hebillas. Ella hizo bien en apartarse, porque evitó que le cayera en los pies. *Finn* dio un paso lateral, y la manta se deslizó hasta caer sobre la silla.

—*Du bagh na freann!*

Lágrimas de frustración asomaron a sus ojos. Había llegado muy lejos, había sobrevivido a su enfrentamiento con Ytha y Drwyn, y ahora ni siquiera era capaz de ensillar su propio caballo. Quiso gritar.

—Vamos, vamos —dijo alguien a su espalda—. Una joven tan bonita no tendría que decir cosas tan soeces.

Teia se dio la vuelta, sonrojada. Sentía ira y vergüenza al mismo tiempo. Pero Baer le guiñó un ojo cuando se miraron una a otro, y eso hizo que se sonrojara aún más, tanto que tuvo que agacharse para recoger la silla y la manta, y tomarse el tiempo necesario para disimular su confusión.

Cuando tomó la silla, Baer la levantó y la puso en el lomo de *Finn* con la soltura que nace de la práctica. El caballo quiso darle un mordisco, y Teia le dio un golpecito en el hocico.

—Eh, no hagas tonterías —le regañó. El animal movió las orejas.

—¿Es de los que tienen mal genio? —preguntó Baer, aferrando las cinchas.

—Un poco, siempre y cuando se le meta en la cabeza que no le gustas.

—Y por lo visto no congenia con mucha gente... —La miró de reojo y Teia no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No, no congenia con mucha gente. Gracias, Baer.

El veterano se incorporó para apoyar un brazo sobre la silla y observarla con curiosidad.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte con nosotros?

—Segura. Mi camino me lleva hacia otro lugar.

Inclinó la cabeza hacia el sur, en dirección a las montañas que se alzaban más allá del pie de las colinas que rodeaban la cueva, e intentó no pensar en el largo trayecto que tenía que afrontar. Iba a abandonar la tierra de su gente para adentrarse en lo desconocido.

La luna plateada se ponía mientras asomaba el sol, la luna del alba alta en el firmamento meridional. Mientras la observaba, los primeros rayos de sol alcanzaron los altos picos y la cima ahorquillada de Tir Malroth, que acuchillaba el vientre de la luna del alba. Un escalofrío premonitorio le recorrió la columna vertebral.

«Por ahí, que Macha me guarde. La Montaña Embrujada. —Se mordió el labio—. El único lugar adonde no van los clanes».

Baer le estaba hablando.

—Entonces será mejor que te traiga las provisiones —dijo. Hubo algo en su tono de voz que dio a entender a Teia que el veterano había tenido que repetírselo antes de que ella prestara atención.

—Lo siento, estaba fuera con el viento.

—Te espera un largo viaje. Te deseo suerte.

Ella le sonrió e inclinó la cabeza para mostrar su agradecimiento. Teia se quedó a solas, observando las lunas en su paciente viaje a través del cielo. Próximas a la trinidad. Eso coincidiría más o menos con el nacimiento de su hija, quizá un poco más tarde. Se acarició el vientre, pensativa. ¿Y si daba a luz bajo la trinidad? ¿Qué supondría eso para su hija estando entre extraños, lejos de los suyos?

Kael tiró de las riendas cerca de los alisos que bordeaban el río.

—Alto —dijo, tenso.

Duncan y los cuatro exploradores que cabalgaban tras él detuvieron el paso de sus monturas. Miró los árboles cercanos en busca de algo que le llamase la atención, pero no vio huellas que alterasen la superficie de la nieve, y la vegetación se volvía tan densa que no vio más, aparte de la llanura y el serpenteante contorno del río que la cruzaba.

—¿Qué has visto?

Kael no respondió, sino que se volvió a un lado y a otro, como un perro que olfatea la presa. La cicatriz que le cruzaba el rostro desde la sien hasta el mentón destacaba en la piel cetrina, porque la barba que se estaba dejando no alcanzaba a disimularla.

—Muertos.

—¿Aquí?

Sin mirar, el hombre del clan levantó el brazo para señalar la llanura.

—Allí.

—¿Estás seguro? —preguntó Duncan. Kael le miró, enfadado. Por supuesto que estaba seguro, siempre lo estaba.

A pesar del tiempo que llevaban juntos, Duncan no tenía la menor idea de cómo su teniente hacía lo que hacía, cómo sabía lo que sabía. Pensándolo con detenimiento, ni siquiera estaba seguro de querer saberlo. A veces, quien busca alcanza rincones tan oscuros del corazón de un hombre que lo que encuentra resulta perturbador.

Señaló a los cuatro exploradores.

—Id vosotros. A ver qué podéis averiguar, y volved dentro de una hora. —No necesitaban más instrucciones, así que se dividieron por parejas y se alejaron, una pareja corriente arriba, la otra corriente abajo.

Miró de reojo a Kael. Siempre lo había visto desenvolverse con soltura en el mundo que le rodeaba, pero desde que habían seguido la pista del mastín de Maegern por las montañas, había en él una inquietud que iba a peor con el paso del tiempo. No parecía librarse del recuerdo del hedor de la bestia, y el asco le había fruncido los labios, además de agriarle el carácter. Ni siquiera miraba hacia la llanura y lo que fuera que hubiese percibido que había en ella.

Duncan ató la rienda a una rama y se abrió paso entre los últimos alisos, en dirección al lugar señalado por Kael. A medida que se quedaba sin cobertura, tuvo que agacharse para inspeccionar la nieve ondulante. Incluso a esa distancia pudo ver dónde estaba pisoteada, un rastro evidente cuyo origen se remontaba a antes de las últimas nevadas. Las huellas discurrían en ambas direcciones, disimuladas por la nieve, pero visibles. En mitad de la zona pisoteada, entre los alisos y el curso lento del río, donde había dos bultos irregulares cuyo tamaño equivalía más o menos al de un

hombre, cubiertos casi por completo por la nieve.

—Los veo —dijo. No tuvo que levantar la voz, puesto que sus palabras se desplazarían hasta su interlocutor en el ambiente frío. Miró de nuevo a derecha e izquierda, para asegurarse de que nadie estuviera mirando: al frente la llanura estaba tan pelada como una cama recién hecha, hasta donde alcanzaba la mirada. Seguidamente se acercó a los cadáveres.

Nadie había hecho el menor esfuerzo por levantar una piedra fúnebre u honrarlos de algún modo una vez muertos; a juzgar por su postura, simplemente los habían dejado en el lugar donde cayeron. Se agachó para quitar con la manga la nieve de sus rostros. Uno de los cadáveres yacía tumbado de espaldas, y los animales carroñeros le habían destrozado la cara: tenía las cuencas vacías, y la sonrisa macabra que le había dejado la ausencia de los labios. Duncan intentó sobreponerse. Había visto muchos cadáveres, pero ninguno que tuviera ese aspecto.

El otro había caído sobre el brazo izquierdo. Por la parte derecha de la cara asomaba el hueso, pero la izquierda, cuando Duncan pudo moverlo, aún tenía la suficiente piel cenicienta para dejar al descubierto la cicatriz del clan en la parte alta de la mejilla. Tres líneas, una larga y ondulante que simbolizaba la cabeza, el cuello y el lomo de un caballo al galope, las otras sendos trazos cortos para las patas delanteras. Apretó los labios. Era el clan Morennadh. Su clan.

Rápidamente apartó más nieve de los cadáveres para dejar al descubierto los petos que llevaban. Había desaparecido la ropa de abrigo, además de las botas y las armas. Les faltaban la mayoría de los dedos. Cosa de los animales, pensó al principio, al menos hasta que reparó en los cortes que tenían los huesos de una mano, visibles aún a pesar de la acción de los roedores. Se los habían cortado, supuso que para hacerse con los anillos cuando se les resistieron.

Con ese frío no había forma de saber cuánto llevaban muertos, pero lo suficiente para haberse congelado. No lo bastante para que los animales salvajes los despedazaran. Los registró tan bien como pudo, en busca de cualquier cosa que pudiera identificarles, pero no encontró nada de valor o utilidad. Lo único fue un pequeño amuleto de cuentas y hueso, cosido al cinto del tipo a quien le faltaban los dedos.

Con cuidado, Duncan cortó las costuras con el cuchillo. Le dio la vuelta al amuleto y, grabado en el hueso, reconoció el símbolo destinado a desear un viaje sin percances. No había servido de gran cosa al pobre diablo.

Se puso en pie, enfundó el cuchillo y se volvió hacia los árboles, guardándose el amuleto. Quizá alguien de la cuadrilla de Sor lo reconociera e identificara al muerto, de modo que pudieran dedicarle un canto fúnebre y, tal vez, con el tiempo, cobrarse la venganza de rigor.

Cuando alcanzó a Kael, el explorador aún daba la espalda a la llanura y la pesada

carga que había en ella. Duncan no pudo culparle. A juzgar por lo que acababa de ver, ambos Morennadh habían sufrido una muerte horrible.

—Dos Morennadh —informó—. No llevaban encima nada de valor, ni siquiera las botas. ¿Cómo supiste que estaban ahí?

Kael escupió, ceñudo.

—Olí lo que les habían hecho. —Se frotó la nariz con la palma de la mano, como si el hedor fétido que le molestaba fuese algo físico de lo que poder librarse—. Huele mal.

El frío había impedido que sus cuerpos hedieran. Sólo el fuerte olor de la putrefacción había delatado que se hallaban de regreso, de vuelta al fondo de la tierra, pero Kael no se refería a eso.

—¿Sabes quién lo hizo? —Duncan no tenía ni que preguntarlo, a ese lado de las Montañas Archen, en la parte norte, sólo podía ser cosa de los nimrothianos.

Kael negó con la cabeza.

—No, pero puedo decirte adónde fueron, hacia el paso en Saardost. —Volvió a frotarse la nariz—. Este lugar apesta.

Saardost. Tenía sentido: era el más bajo de los tres pasos que atravesaban an-Archen, y el más fácil de transitar, incluso era posible hacerlo con cuidado a esa altura del año, antes de que empezase el deshielo. Pero el rastro que había visto apuntaba a un grupo modesto, no lo bastante numeroso para considerarlo una hueste. Exploradores, tal vez. Y ellos se habían topado con dos de los Morennadh.

Poco tiempo después, el resto de la patrulla regresó para presentar su informe. En el tiempo del que habían dispuesto para seguir el rastro, habían visto pisadas correspondientes a media docena de caballos a lo sumo, lo que confirmaba la teoría de Duncan de una partida de exploradores, que se mantenían pegados al pie de las colinas y se dirigían hacia el paso. De la hueste nimrothiana no había ni rastro. Quizá se habían adentrado en la llanura, o no estaban en un radio de cien leguas, era imposible decirlo.

—Pero ahora saben que estamos buscándolos —murmuró, con los brazos en jarras.

—También que se encuentran entre nosotros y el paso. —Kael se rascó la barba, evitando tocar el extremo inferior de su cicatriz—. Al menos los exploradores lo saben. Podríamos tomar el camino largo, y volver por Puerta del Rey. Sólo está a dos días de aquí.

Duncan negaba con la cabeza antes de que su teniente hubiese terminado de hablar.

—Sigue siendo muy temprano para asegurarse de que la puerta es pasable, porque podríamos acabar con la nieve hasta la nariz. No, los seguiremos hacia el este, por donde hemos venido, nos reuniremos con el resto y luego atravesaremos Saardost con

fuerza. Los nimrothianos saben que contamos con exploradores aquí, lo que ignoran es que hemos descubierto a los suyos. Mientras piensen que no los hemos detectado no se arriesgarán a enfrentarse con un grupo más numeroso. —Era lo que él haría si estuviera en su lugar: mantenerse fuera de la vista, observar, informar de lo que averiguara. No se arriesgaría a una batalla si existía la posibilidad de que sus hombres pudieran perderla.

Aunque la proporción numérica se decantaba a su favor, seguía siendo una jugada arriesgada. También era la única opción de que disponía. Sor se encontraba en la fortaleza de Saardost, y tenía que saber qué había sido de sus hombres.

—De acuerdo. —Tomó las riendas del caballo de manos de Kael, y se subió a la silla—. Vamos, aprovechemos la poca luz que queda.

Dos de los otros jinetes se miraron entre sí.

—¿No vamos a honrarles? —preguntó uno de ellos, refiriéndose a los hombres del clan muertos.

—Si lo hacemos y otros exploradores nimrothianos recorren ese mismo camino, sabrán que los hemos descubierto. —Duncan se despreció por decirlo, pero no había otra alternativa.

—¿De qué iba a servir? —preguntó Kael, tirando de las riendas para que el caballo volviese grupas—. Si queréis malgastad la *uisca* con ellos, adelante, pero lo que les hizo hombres ya ha desaparecido. Lo que queda regresará de todos modos a la tierra.

Hundió los talones y el caballo salió al galope, más rápido de la cuenta considerando las condiciones del terreno. Los demás exploradores no estaban muy convencidos con sus argumentos, a juzgar por las miradas que se dirigieron unos a otros, pero lo siguieron a un paso más sereno. Duncan cerraba la marcha, molesto por tener que dejar a los suyos sin enterrar, pensando en cómo daría la noticia a Sor. A pesar de ser jefe, su hermano no se tomaba a la ligera sus responsabilidades como capitán. Si acaso prefería ejercer simplemente de capitán, aunque su mujer se lamentaba a menudo de que sus hijos acabarían creciendo sin padre, y si eso sucedía, Duncan encontraría el torque del clan Morennadh alrededor de su propio cuello. Se estremeció al pensarlo. Si no estaba preparado para tener esposa, menos aún para afrontar semejante responsabilidad.

Mientras el caballo recorría la nieve con dificultad, el amuleto que llevaba en el bolsillo le presionó el muslo. Echó la vista atrás, en dirección a los compañeros caídos, lejos de su vista tras la densa pantalla que formaban los alisos y la pelada vegetación baja. Qué mala suerte habían tenido para verse arrastrados al conflicto con los nimrothianos. Ninguno de los bandos habría querido traicionar su presencia al otro, pero los resultados habían sido mortales.

A Sor no le complacería la noticia, pero al menos sabían qué dirección habían tomado los exploradores nimrothianos, y, por tanto, la de la hueste que los seguía: al

este, hacia la fortaleza de Saadost. Esperaba que las defensas restauradas de la antigua fortaleza estuviesen listas a tiempo.

Teia se despidió de los Maenardh en el último vado que había en el río. Discurría amplio sobre un lecho de grava, el agua fría capaz de calar los huesos, pero también poco profunda, de modo que *Finn* podía cruzarla sin acabar congelado. Las despedidas fueron breves. Neve permaneció junto a Baer, mordiéndose el labio inferior. El propio Baer se limitó a decirle que tuviera cuidado con los lobos que merodeaban por las colinas, y luego se volvieron al este por el río, seguidos por los demás. Lenna y su hombre también se contaron entre los pocos que pudieron o quisieron mirarla a los ojos, y ambos lo hicieron con un miedo y una hostilidad que ni siquiera cedió cuando Teia, a punto de perderlos de vista, levantó la mano para despedirlos.

«Otra vez sola. Como siempre parezco estar».

Dirigió a *Finn* hacia el sur. Primero a lo alto de las colinas, luego, desde allí, escogería el camino. Decían que existía un buen paso bajo la Montaña Embrujada, pero estaba muy alto, quizá demasiado para que se hubiera deshelado para cuando lo alcanzara. Levantó la vista, protegiéndose los ojos de la brillantez de los picos que se alzaban en un cielo gris. En el centro, Tir Malroth lucía sus colmillos. Inalcanzable, implacable, imponente.

Llevaba toda la vida a la sombra de las Montañas Archen. A veces más cerca, cuando hacían la invernada al pie de las colinas, a veces más lejos, cuando el clan seguía por las llanuras al alce. Cubrían el horizonte desde la puesta hasta la salida del sol, frontera meridional de su mundo. El resto, el Imperio y sus territorios, no eran más que relatos para ella, voces peligrosas que arrastraba el viento.

Sintió en el pecho, como una losa, la enormidad de la empresa que se había impuesto.

«Que Macha cuide de mí. Que lord me proteja. No sé qué más puedo hacer».

Incluso el viaje más largo tenía que empezar por un paso, y cada paso que diera acortaba su viaje. No podía dar la vuelta, y tampoco seguir donde estaba. Chascó la lengua y tiró de las riendas de *Finn* colina arriba.

Hija de la corte blanca

Los diez no habían prestado atención, tal como sabía que sucedería.

Claro que habían atendido sus palabras, pero cuando Berec y Denellin hablaron, la corte les escuchó en lugar de hacer caso al nuevo alto trono de Casa Elindorien, quien había pasado tanto tiempo entre humanos que había llegado a pensar como ellos, a compartir sus temores. No lo habían expresado con tantas palabras, pero la acusación había quedado clara. Los diez pensaban que a ella le importaban más los humanos que su propia gente.

Tanith se aferró a los brazos de la silla, consciente del tacto frío de la madera en las manos sudorosas. ¿Por qué eran incapaces de ver que el peligro era real? ¿No comprendían que si el Velo caía, Astolar no estaría a salvo, que ningún lugar lo estaría?

En la sala de suelo teselado y techo alto, rematado en una cúpula, Denellin seguía arguyendo en favor del aislacionismo, y la cantidad de cabezas que veía asentir la estremecieron. Cuatro votarían para que el reino se aislara, le había dicho su padre. Pero más bien daba la impresión de que podían ser seis.

—Para concluir diré que lo único prudente es que cerremos nuestras fronteras y nos aislemos de los desórdenes civiles que cada vez son más frecuentes en el Imperio humano. El año pasado hubo una revuelta en Yelda, y de nuevo estallaron las peleas religiosas en el desierto. Corren malos tiempos, majestad, y haríamos bien distanciándonos de ellos.

Murmullos de conformidad lo siguieron de vuelta a su asiento en el círculo de portavoces en mitad de la sala. Era de esperar que Berec fuese uno de los que se mostrasen de acuerdo. El tiempo le había impreso arrugas en el rostro, y el pelo que le caía sobre los hombros de la túnica granate eran traslúcido como tela de araña. Pero ¿también Taren Odessil? ¿Y la Casa Vairene?

Ésa era su oportunidad de animarlos a la unidad, en lugar de a la división. Una defensa acérrima, en lugar de bregar por los intereses propios. Con el corazón en un

puño, Tanith se puso en pie.

El canciller, que ocupaba el decimosegundo asiento, justo enfrente de la reina, inclinó la cabeza ante ella.

—La corte reconoce el asiento de la Casa Elindorien.

Se dirigió hacia el círculo, manteniendo las manos ocupadas en la falda para que nadie viera que estaba temblando. Como hija de la corte blanca era su deber pronunciarse en el mejor interés del reino, tal como había hecho esa mañana, pero no la habían escuchado. Si no decía algo ahora, luego sería demasiado tarde: votarían a favor del aislacionismo y se esconderían en sus salas de mármol mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. Luego, cuando sus murallas temblaran, mirarían a un lado y a otro, pero no encontrarían a nadie capaz de ayudarles.

—Majestad, si se me permite el atrevimiento, lord Denellin ha pasado por alto un hecho crucial. El Imperio humano al que se refiere también es nuestro Imperio. Formamos parte de él, por un tratado solemne y una tradición milenaria. Comerciamos en sus mercados, impartimos clases en sus universidades. Sus problemas son nuestros problemas. No podemos aislarnos, tal como sugiere, sin cortar totalmente nuestros vínculos con el Imperio.

Tanith miró alrededor de la sala, a los hombres y las mujeres de los diez, vestidos con los colores propios de sus casas bajo los estandartes de terciopelo. Hilo dorado y plateado que reflejaba la luz del sol filtrada a través de la cúpula acristalada.

—Como a mi padre le gusta recordarme, no somos un pueblo guerrero. Lo nuestro es la diplomacia, las alianzas, la paz negociada, la clase de paz que juramos para los nuestros en esta misma sala hace siglos. ¿Permitiréis que Astolar se separe del Imperio y falte a todos esos juramentos?

Las cabezas de pelo cano negaron con seriedad y se inclinaron hacia sus vecinos, tan suave el susurro de las palabras que fue incapaz de oírlo. Era la más joven de la sala por treinta años, si no más; muchos de los diez ya eran ancianos cuando su madre ascendió al alto trono: ¡Berec había hecho juguetes para ella cuando era una niña! ¿Cuántos miembros de la corte seguían considerándola la niña que jugaba a ser reina en la sala vacía, deslizando el caballito de madera por el círculo del parlamento? Tal vez su padre tenía razón, y la presencia de Ailric a su lado le habría conferido cierto peso. Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por ello.

—Y lo que es más importante: Tenemos que afrontar el hecho de que el Velo que protege nuestro mundo se viene abajo. Es más, corre suelta una persona capaz de efectuar la exploración y que posee el poder necesario para abrir una brecha en el Velo. Si no logramos detenerle, fracturará todo el Velo. Si no lo hacemos, nada nos defenderá de los reinos oscuros. El Reino Oculto quedará expuesto y sus habitantes tendrán rienda suelta para invadir el mundo diurno. Tenemos que enfrentarnos a esta persona, o nos veremos enfrentados a algo peor que una revuelta popular.

Susurros de desaprobación. La reina volvió la cabeza a un lado, los labios prietos, dibujando una delgada línea.

—¿Estás segura de esto? ¿Has visto a esa persona que es capaz de rasgar el Velo? —preguntó Taren, que era el siguiente más joven después de la propia Tanith. Era tan esbelto que no aparentaba su edad, excepto cuando se reparaba en las patas de gallo y las sienes plateadas.

—He visto de lo que es capaz y me ha bastado con eso. —A pesar de todo su esfuerzo, el temblor de Tanith se había extendido hasta teñirle la voz, y cuanto más intentaba contenerlo, más le agudizaba el tono—. Un joven fue objeto de una exploración por su parte, estaba tan malherido que casi se desangró mientras me esforzaba por curarlo. Su mente, sus recuerdos, habían sido objeto de una concienzuda violación. —Una solitaria lágrima resbaló por sus pestañas y descendió por su mejilla a causa del dolor que despertó ese recuerdo—. Tuve que aislarle del canto para darle la paz.

—¿Sigue vivo el joven? —preguntó Denellin.

—Sigue vivo. Más por suerte que por mi habilidad, pero vive. —Tanith acarició los diminutos botones de perla de la manga izquierda, uno a uno.

—¿Quién es? ¿Es posible traerlo ante nuestra presencia para que podamos interrogarle?

—No es nadie importante, no se trata del heredero de una familia noble. Sólo es un humano. —Se remangó, arrancando dos o tres perlas que cayeron al suelo de mármol—. Las criaturas del hombre que llevó a cabo la exploración me hicieron esto. —Mostró la quemadura que tenía en el antebrazo ante la concurrencia, asombrada—. ¿Hace esto que sea real para vosotros? ¿Es prueba suficiente de que la amenaza para el Velo, y, por tanto, para nosotros, es real?

Incómodo, Denellin rebulló en el asiento.

—Por favor, lady Elindorien, modérate.

—¡No! —Le rodó por la mejilla otra ardiente lágrima—. ¡No pienso moderarme! No voy a calmarme y a comportarme como si no pasara nada mientras corre suelto alguien capaz de efectuar una exploración, alguien capaz de invocar criaturas capaces de hacer esto. —Sacudió en alto el brazo—. Y esto. —Creó una ilusión en el aire, consistente en una procesión de veinticuatro cadáveres cubiertos con loneta, llevados a las piras, una ilusión salpicada por otras imágenes: los escudos debilitados de la casa capitular, la expresión horrorizada de Donata que la muerte había congelado en sus facciones, la horda de demonios que atacaba a hombres desarmados—. Y vosotros no haríais nada para enfrentaros a él. ¿Es que no lo entendéis? Esto nos afecta a todos, hasta al último de nosotros. Si el Velo cae no habrá nada que podamos hacer. Estaremos tan indefensos como ellos, y si ahora nos aislamos, ¿a quién acudiremos en busca de ayuda cuando los demonios vayan a por nosotros?

—Hija.

La reina habló con voz incisiva, acerada como la hoja de una espada. Tanith se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y se volvió hacia el asiento más elevado de todos.

—¿Majestad?

La reina Emelia era el miembro más veterano de toda la corte, una mujer delgada como un junco con un vestido gris perla que envolvía su cuerpo como una polvorienta telaraña. Llevaba el cabello blanco recogido sobre la cabeza con largos alfileres en los que centelleaban con cada movimiento los adornos de cristal. Pero no había nada frágil o efímero en su rostro. Era atractivo, aquilino, incluso, no hermoso, a excepción hecha de los ojos. Grandes y luminosos como el verde jade del tigre, clavaron a Tanith en su lugar como si se tratara de una polilla atravesada por un alfiler.

—Hablas con gran convicción, hija. Tu pasión dice mucho en tu favor, aunque sea a costa de la dignidad de este concilio. —Las mejillas de Tanith se sonrojaron, pero mantuvo la cabeza bien alta, mientras la ira y la frustración bullían con más intensidad en su interior—. Estás en lo cierto cuando dices que formamos parte del Imperio, una relación de la que hemos sacado provecho a lo largo de los años. Pero los problemas que afronta no son los nuestros. Son obra de los humanos, por tanto los humanos deben dar con una solución. No podemos proporcionarles esa solución, ni pondré en peligro a nuestro pueblo involucrándolo en los problemas de los hombres.

El asombro hizo que las palabras asomaran a los labios de Tanith.

—Pero el Velo...

—El Velo, hija, es tan fuerte como siempre lo ha sido. Yo misma lo he examinado.

Cualquier esperanza que Tanith pudo albergar de que la reina le prestara atención desapareció. Contuvo la decepción antes de que su rostro la delatara y preguntó:

—¿Y qué hay de quien efectuó la exploración?

—¿Has dicho que era humano? Hace mil años que los humanos no poseen el poder de rasgar el Velo, no desde que los clanes del norte fueron dispersados y perdieron su talismán. El daño que pueda hacer no es importante, comparado con el futuro que afronta nuestro pueblo. Tu pueblo —añadió Emelia, cuyo tono se volvió, si cabía, más acerado—. Dejemos que los humanos solucionen los problemas que ellos mismos han causado.

Recostó la espalda en el trono, y los reflejos de los cristales que le adornaban el pelo enjoyaron el suelo.

Tanith miró de nuevo a su alrededor. Berek y Denellin, que no tenían hijas propias, y cuyas nietas apenas eran unas niñas, la miraron impasibles. Taren, cuyos hijos aún tenían que procrear, rehuyeron su mirada. El alto trono de Casa Nevessin lo

ocupaba una viuda cuyo árbol familiar era tan complejo que el canciller podía tardar una generación en dar con una heredera. El representante de la Casa Ione no hizo ni el esfuerzo de mirarla a los ojos, tampoco ninguno de los demás exceptuando a Morwenna, alto trono de la Casa de Ailric, en el último de los tronos. La única mujer entre los diez, que era casi tan mayor como Emelia, dirigió a Tanith una sonrisa triste y negó con la cabeza.

Tanith aspiró aire con fuerza, sorprendida al comprobar que sus temblores habían cesado. Todo había terminado, pero al menos había luchado por ellos.

—Majestad. —Hizo una profunda reverencia—. Altos tronos de la corte. Os doy las gracias por la paciencia que habéis mostrado a la hora de escucharme. Tan sólo lamento que vuestro egoísmo e insularidad os ciegue de los peligros que tenéis ante vuestros ojos. Antes de que sea tarde para todos nosotros, quizá haya tiempo de atender mis palabras.

Tanith dio la espalda a las exclamaciones de indignación, y se alejó del círculo del parlamento con la cabeza alta, la espalda recta, sin dirigirse hacia su trono, sino hacia la altas puertas situadas tras el canciller. No tenía sentido seguir allí: nadie la escucharía con imparcialidad, sin importar lo que dijese. Salió por las puertas, tomó el corredor de mármol inundado por la luz del sol que ese día se le antojó gélida, pasó junto a los funcionarios de la corte y una docena de sorprendidos heraldos. Descendió la escalera de palacio, con los pasos cada vez más rápidos hasta que se levantó la falda y corrió por los patios cubiertos de césped. Corrió hasta encontrar la serenidad de su hogar, cerró la puerta al entrar, cayó postrada y rompió a llorar.

El sol se ponía cuando su padre fue a visitarla. Tanith le oyó cerrar la puerta, escuchó sus pasos deteniéndose en el pasillo, cuando reparó en las alforjas llenas, la capa de invierno doblada sobre los pantalones de montar, el arco y la aljaba apoyados contra la pared.

Dobló los brazos a la altura del pecho mientras contemplaba el Mere, atezado al atardecer. No volvería a llorar, ya no tenía sentido derramar más lágrimas.

—¿Tanith?

Cuando no dijo nada, su padre se acercó más. El sonido de sus pasos cambió cuando accedió al balcón, pero no fue más allá.

—¿Hija?

En el lago, una selki asomó la cabeza del agua antes de sumergirse de nuevo sin remover apenas la superficie. Una punzada de pérdida atravesó el corazón de Tanith. Si el Velo caía, las selkis tampoco estarían a salvo.

—No me han escuchado, papá. Me han oído, pero no me han escuchado.

—Eso me han dicho —dijo él, irónico—. Has causado cierto revuelo. Cuando dije que sacudirías la corte hasta los cimientos, no pensé que empezarías por tu discurso

de presentación.

—¿Qué mejor momento? Empieza como te has propuesto continuar, ésa es la mejor forma de cosechar el éxito. —La amargura le frunció los labios cuando cerró la boca, pestañeando para combatir la humedad sospechosa de sus ojos. ¡No estaba dispuesta a llorar!

—Sabías que sería difícil. Berek y Denellin, Morwenna, todos ellos hace muchos años que toman parte en la corte.

—Llevan tanto tiempo ahí sentados que se han osificado —acusó.

—Tal vez si les das un tiempo, si intentas hablar con ellos individualmente cuando las cosas se hayan calmado...

Tanith negó con la cabeza.

—Llevaría demasiado tiempo. Además, me niego a arrastrarme por el suelo en presencia de toda la corte y disculparme por su incapacidad para ver lo que tienen delante de las narices.

—Tanith...

El tono reprobatorio de su padre bastó para hacerla girar sobre los talones. Las coletas con que se había recogido el pelo rebotaron sobre sus hombros.

—¡No, papá! No me digas que me he comportado con brusquedad, ni me regañes por la cantidad de normas de la corte que he roto. Tenía que hablar como lo he hecho, de corazón, porque no conozco otro modo. Tenía que intentar que comprendieran la amenaza que supone Savin, no sólo para Astolar, ni para el Imperio, sino para todo ser que camine por la tierra y respire. —Las lágrimas superaron la barrera que ella les había impuesto para temblar en sus pestañas antes de caer—. Pone en peligro a todos, papá.

Lord Elindorien permaneció en silencio, inexpresivo. Contempló el Mere con la mirada perdida. En las aguas se alargaban las sombras, y los árboles susurraban a la brisa nocturna.

—¿Podría verla? —preguntó finalmente—. Me refiero a tu herida.

Tanith se remangó de nuevo y extendió el brazo hacia él. Con los colores del atardecer disimulando la cicatriz roja, no tenía tan mal aspecto, pero sólo ella sabía hasta dónde alcanzaba la profundidad de la herida.

Lord Elindorien trazó su extensión desde el codo hasta la muñeca con el tacto frío de sus dedos.

—No fue sanada.

—Hubo demasiados heridos necesitados de ayuda para perder el tiempo conmigo.

«Aquí estoy, mintiendo a mi padre. Ay, espíritus, ¿es esto en lo que me he convertido?»

—¿Cómo?

En un abrir y cerrar de ojos se hallaba de vuelta en el parapeto con la espada larga

en la mano, mientras Gair extendía los brazos para sostener el escudo que dos docenas de maestros no podían aguantar. ¿Acaso era él consciente de lo que había conseguido? ¿O a cuántas vidas había salvado, a costa del alto precio que había acabado pagando?

—Los demonios atacaron la casa capitular —dijo—. Burlaron nuestro escudo. Tuvimos que enfrentarnos a ellos, cara a cara, hasta que logramos restaurarlo. —Tembló, debido al frío a pesar de la calidez de la tarde—. Defendí a personas que no podían valerse por sí mismas.

—No me lo habías dicho.

—No quería hablar de ello. —Se cubrió la herida, ocultando la cicatriz, aunque nunca sería capaz de esconder lo que representaba. Al menos no podía ocultárselo a sí misma—. Sigo sin quererlo.

—Te comportaste con valentía.

—Ni siquiera pude medirme con quienes se manejaron con mayor valentía ese día. Vi a niños defenderse entre ellos armados con hoces y rastrillos de jardín. Vi a una mujer despedazada... —Calló y apartó la vista, decidida a posarla en algo, cualquier cosa excepto la imagen que invocaba su memoria y que hacía que le escocieran los ojos.

«Ay, Gair, lo siento».

Siguió una larga pausa. El sol se había hundido tras las colinas sobre las Cascadas Belaleithne, tiñendo el Mere de un tono acerado, mientras la bruma cubría la distancia y se extendía sobre el agua como un velo.

—¿Debo perderte de nuevo? —preguntó su padre en voz baja—. ¿Tan pronto?

—Aquí no hay nada más que yo pueda hacer —respondió su hija—. He expuesto a la corte el peligro al que nos enfrentamos, pero no quieren verlo. Los guardianes hacen lo que pueden, seguirán cosiendo los pequeños desgarros que surjan en el Velo, pero la única manera segura de salvarlo es que encontremos a Savin, o la semilla estelar, antes de que él lo haga.

—¿Adónde vas a ir?

—A Mesarilda, para avisar al emperador.

—Eso está a trescientas leguas de distancia. —Como lo calculaban los humanos, a más de seiscientas millas. Unos quince días a caballo, con una sola montura y yendo con cuidado. Su padre chascó la lengua—. Tanith, ¿estás segura?

—Iré por Bregorin. Si encuentro un guía, llegaré allí en menos de una semana.

—¿Atravesar el bosque? Y luego ¿qué? ¿Se mostrará Theodegrance más dispuesto a la hora de comprender lo que supone una amenaza para el Velo? Los humanos no confían en el canto como nosotros lo hacemos, hija. Lo consideran algo maligno.

—No todos, papá. Tendré que hallar el modo de hacer que lo entiendan. —Valientes palabras, teniendo en cuenta que había fracasado totalmente con su propia

gente, pero había que intentarlo.

Su padre arrugó el entrecejo.

—¿El Emperador te recibirá?

—Creo que he visto suficientes títulos en mi pedigrí para garantizarme una audiencia. Si no... —Se encogió de hombros—. Buscaré al caudillo. Un hombre del clan arennoriano se preocupará por el Velo aunque Theodegrance no lo haga.

Una sonrisa alivió parte de la seriedad del rostro de su padre, devolviéndole parte de la luz a sus ojos.

—Ay, hija mía, ojalá tu madre estuviese aquí para ver en quién se ha convertido el fruto de nuestro amor.

—¿Papá?

—Cuando falleció eras una niña —dijo—. Si pudiera verte con los pantalones de montar, la daga a la cintura y el arco al hombro... —Se volvió para tomar una de sus manos y sacar algo del bolsillo—. Creo que se sentiría muy orgullosa de ti.

Vertió en la palma de la mano de su hija algunos botones de perla que conservaban fragmentos de hilo blanco. Le cerró los dedos y añadió:

—Ella tampoco era muy amiga de los vestidos de la corte.

Tanith le rodeó los hombros con los brazos, abrazándole con fuerza.

—Te echaré de menos —susurró a su cuello.

Sorprendido, lord Elindorien tardó un poco en responder al gesto. Lo hizo con cierta torpeza, como si le incomodara mostrar tan abiertamente sus emociones, pero cuando se separaron Tanith detectó una gravedad peculiar en la voz de su padre.

—¿No llevarás escolta?

—¿Qué tengo que temer de los bosques de Bregorin? Además, sola me moveré más de prisa, sin tiendas ni clarines.

Él enarcó ambas cejas.

—¿Ni siquiera una doncella? Después de todo eres una dama de la corte.

—Papá, he sobrevivido cinco años enteros en la casa capitular sin una doncella —dijo ella, riendo—. Creo que podré apañármelas el tiempo que tarde atravesando el bosque.

Lord Elindorien levantó ambas manos para darle la razón.

—Muy bien. Preferiría que no fueras sola, pero ya no eres una niña. ¿Cuándo te propones partir?

—Mañana. Al alba.

—Entonces que los espíritus benevolentes cuiden de ti hasta tu vuelta. —Lord Elindorien la besó muy serio en ambas mejillas—. Ocuparé de nuevo, como tu regente, el trono que ocupas en la corte.

—Gracias. Probablemente les alivie verte después de todo lo que he dicho esta tarde. —Se mordió el labio, sin saber muy bien cómo justificar que no fuera la hija

que él había esperado que fuera—. Sé que esto no es lo que querías, papá. Sé que esperabas que me casara bien y ocupara mi lugar en la corte como hizo mi madre, pero esto es importante. Debo hacerlo.

Él sonrió.

—Creo que te entiendo mejor de lo que crees, hija mía. Después de todo me casé con tu madre, y debo añadir que lo hice en contra de los deseos de su padre.

—No lo sabía —dijo ella, sorprendida.

—Sí, él tenía en mente a uno de los Amerlaine, creo, no precisamente el vástago de cualquier casa menor. —Le tomó las manos, y esa vez ella pudo verle el corazón en la mirada—. Pero no pudo negarle el deseo de su corazón más de lo que yo puedo negarle a mi hija el suyo.

—Ay, papá. —Volvió a besarle, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Esa vez eran lágrimas de amor, y no el fruto amargo de la frustración.

—Pero promete que volverás a nuestro lado, Tanith. Si tenemos que sobrevivir a esta época oscura, Astolar necesita hijas como tú.

—Lo prometo.

—Ve, pues, ve con mi bendición —dijo él, estrechándole las manos.

Tormenta

La tormenta de arena había empezado poco después del amanecer. Primero se emborronó el horizonte, luego, al cabo de una hora, las nubes de arena se habían convertido en una muralla imponente que se desplazaba por el desierto a la velocidad de un caballo al galope, susurrando, rugiendo, devorando el sol y cubriendo de negrura todo a su paso.

Gair se inclinó sobre el cuello de *Shahe*, cuyas crines le sacudieron el rostro, y la llevó junto al caballo gris de Alderan. La tormenta casi los había alcanzado, ardiente como el aliento de un horno.

—¡Tenemos que encontrar un lugar donde ponernos a cubierto! —gritó. El velo le amortiguaba la voz, pero no se atrevió a quitárselo: la arenilla le mordía la piel que llevaba al desnudo con más fuerza que un puñado de hormigas.

Alderan señaló al frente, a la muralla que rodeaba la ciudad.

—¡Mira, casi hemos llegado!

La puerta del león de El Maqqam se alzaba tras los torbellinos de polvo. Mandíbulas abiertas enmarcaban las puertas, y las ventanas de la atalaya tras las ceñudas cejas de piedra roja estaban cerradas con postigos de madera. Una de las pesadas puertas con remaches también estaba cerrada, y dos figuras fantasmagóricas empujaban la otra.

—¡A cuánto estamos de la casa hermana?! —gritó Gair.

—Una vez entremos está cerca. ¡Vamos, antes de que cierren esas puertas!

La tormenta que se les echaba encima gruñía y chirriaba alrededor de las murallas. En la puerta, una de las figuras borrosas hizo un gesto, dándoles prisas. Gair espoleó a *Shahe*, que superó al gris de Alderan por seis pasos, antes de dirigirse hacia la puerta, que franqueó dando a una plaza bordeada por recios edificios apenas visibles. Tiró de las riendas, y volvió la vista atrás, a tiempo de ver entrar al anciano al galope envuelto en la tormenta. Los guardias, cubiertos hasta los ojos, cerraron la segunda de las puertas tan pronto a su paso que casi trabaron la cola del caballo. Descendieron una

barra enorme que colgaba de unas cadenas para mantenerla bien cerrada, y acto seguido, sin decir palabra, desaparecieron en su caseta, cuya puerta cerraron con fuerza.

Al abrigo de las murallas soplaba mucho menos viento, pero había rachas que recorrían incesantes toda la plaza, levantando la tierra y el polvo, rizando el terreno como cuando el viento riza el agua en la orilla en la bajamar. Gair se arriesgó a apartar el velo.

—Qué gente tan amistosa —dijo, jadeando, sin aliento después de la carrera que ambos habían librado con la tormenta de arena.

—Quieren ponerse a cubierto de la tormenta, como nosotros —los disculpó Alderan—. Si llega a alcanzarnos nos arranca la piel a tiras. De hecho, aún está a tiempo de hacerlo, así que será mejor que nos demos prisa en llegar a la casa hermana. Tienen un ala de invitados donde podremos descansar.

Encabezó la marcha, primero por la plaza y luego por una calle amplia. Vieron algunos habitantes, pero todos se dirigían con prisas hacia sus casas, con la cabeza gacha y el velo o *barouk* cubriéndoles el rostro. Los demonios hechos de arena danzaban entre los edificios de piedra, todos con las puertas y las contraventanas cerradas, se alzaban y morían como animados por dedos caprichosos. Las palmeras plantadas en mitad de la calle sacudían las copas a merced del viento.

El aire era cada vez más denso, y oscurecía el cielo de color de té. La arena que arrastraba el viento les lastimaba la piel de las manos, y cuando apretaban los dientes mordían los granos. Al cabo de unos minutos de entrar en la ciudad se vieron obligados a desmontar y llevar los caballos a pie, después de taparles los ojos, mientras la tormenta rugía sobre los tejados, con un estruendo que recordaba al de una amoladera.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gair.

Con la cabeza vuelta al viento, Alderan señaló la sucia neblina que se había formado. Los velos de arena amortajaban la calle, donde los edificios apenas eran visibles. Gair, a pesar de protegerse la vista con la mano, tuvo que mantener los ojos entrecerrados, y tropezó con el caballo de Alderan cuando el anciano detuvo de pronto el paso.

—Es ésta. —Señaló un par de enormes puertas remachadas en una alta pared rosácea. Llamó, pero los golpes se perdieron en el rugido del viento. Tuvo que golpear la puerta con el puño del cuchillo para hacerse oír.

Al cabo de uno o dos minutos se abrió una portezuela tras la rejilla metálica que cubría la puerta.

—¿Sí?

Para sorpresa de Gair, la voz pertenecía a una mujer. Entornó los ojos, pero no vio más que un hábito marrón. ¿Qué hacía una hermana tamasiana en una casa hermana

suvaeana?

—¡Bendita seas, hermana! —respondió Alderan—. Somos viajeros y buscamos un lugar donde refugiarnos. ¡Escogimos un mal día para estar a la intemperie!

—Tendrás que buscar cobijo en otra parte, *sayyar*. No puedo dejarte entrar.

La portezuela empezó a cerrarse.

Alderan se inclinó para ganar el escaso abrigo que ofrecía la pared, y se retiró el velo.

—La tormenta se nos ha echado encima, hermana. No tenemos adónde ir.

Una mirada inquieta basculó entre Alderan y Gair, antes de que su dueña la apartara.

—Lo siento, el ala de invitados está cerrada. Puedes probar con la taberna de los mercaderes, que encontrarás junto al río.

—¡Tenemos que atravesar media ciudad para llegar al río! —protestó el anciano—. ¡No llegaremos a tiempo!

Gair se acercó a la puerta, e introdujo los dedos por la rejilla metálica para impedir que la portezuela se cerrara.

—La casa de la diosa nunca permanece cerrada para los fieles.

La monja le miró a través de la angosta abertura.

—Santo Tamas y los leprosos —dijo—. *Libro de las lecciones*, capítulo quince. Sois eadorianos.

—En efecto. —Con la otra mano, Gair se retiró el *kaif* para mostrarle el rostro—. Por favor, hermana, ¡nadie más va a abrirnos su puerta!

Ella cerró los ojos como si rezara una plegaria, y se oyó el chasquido metálico de los cerrojos.

—Entrad, rápido, antes de que la superiora os descubra.

—Gracias, hermana.

—¡No me des las gracias hasta que sepas qué clase de obsequio has recibido!

La monja sostuvo la puerta contra el viento, hasta que ellos y sus caballos hubieron entrado. Después, Alderan la ayudó a cerrarla y correr los cerrojos. Inclineda, con la mano sobre la capucha para protegerse el rostro, los llevó junto a una portería cerrada y, pegándose a las paredes, por un patio de tierra en dirección a un conjunto de edificios de piedra rosácea que se alzaba tras las nubes de polvo. Una capilla con torre cuadrada dominaba un extremo, visible apenas a través de la tormenta; en el extremo opuesto, un anexo de dos plantas discurría hasta el claustro central, rematado por una hilera de establos y almacenes. Alderan llevó los caballos hacia allí, mientras Gair seguía a la hermana de hábito marrón hacia el anexo. En cuanto la mujer abrió la puerta, el viento se la arrancó de las manos. Gair hizo un gesto a la monja para que entrase, y luego, con el hombro por delante, cerró de nuevo la puerta.

Dentro había una estancia alargada con una chimenea en el extremo y una escalera de madera en el rincón. Las paredes estaban encaladas, con ventanas cerradas en un lado y clavos de hierro de los que colgaban las lámparas en el otro, clavos vacíos, por cierto, y el suelo de baldosas estaba cubierto por restos de arena que nadie había barrido desde hacía un tiempo. Aparte de un armario tosco que descansaba contra una pared, el único mobiliario era una recia mesa con bancos a ambos lados que reposaba delante del hogar de la chimenea, aunque había sitio en la estancia al menos para otras tres mesas de su tamaño.

—Tenéis que disculparme por el recibimiento —dijo la monja, que retiró la capucha y se sacudió el polvo de la falda. Era pequeña y sólida, como un foxterrier, con pelo corto y negro. Su rostro, aunque bronceado y arrugado por el sol y el viento, no parecía originario del desierto—. El ala de invitados lleva cerrada desde la primera luna.

No era normal cerrar las puertas a los viajeros, pero eso explicaba la falta de leña junto al hogar y la película de polvo que cubría la mesa y el armario.

—¿Ha habido problemas en la ciudad? —preguntó.

Ella cabeceó en sentido afirmativo.

—Nuestra superiora teme por nuestra seguridad. Por favor, descansad aquí. Os traeré un poco de té.

Cuando la monja se hubo marchado, Gair se quitó los guantes y se libró del polvo que había encontrado la manera de introducirse en ellos, y luego sacó arena a raudales de los pliegues del *barouk*. Se guardó los guantes en el fajín, dispuesto a explorar el ala de invitados. La puerta situada a la derecha de la chimenea llevaba a una cocina modesta, cuyos fogones estaban fríos y cuya despensa encontró vacía, a excepción de algunas sacas de legumbres y frascos de condimentos. Arriba estaban los dormitorios, pero cuando echó un vistazo al interior del primero que encontró, vio la cama sin sábanas y el colchón contra una pared. Encontró igual la siguiente que abrió. Incluso olía a cerrado.

Dejó abiertas las puertas de dos cuartos para ventilarlos, antes de regresar a la sala común. Cuando llegó, la monja, que debía de ser la encargada de recibir a las visitas, había regresado con una pila de mantas y sábanas.

—Permíteme ayudarte con eso. —Gair se le acercó, con las manos extendidas.

Ella abrió los ojos como platos, momento en que él comprendió, demasiado tarde, que no tendría que haberse quitado los guantes debido a la marca de brujería que llevaba en la palma izquierda.

—¡Eres una aberración! —dijo ella, cuya voz apenas se impuso al gemido de la tormenta. Le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, y la pila de ropa de cama temblando en sus manos.

—Lo siento, no quería asustarte. —Con suavidad, Gair se hizo cargo de la ropa de

cama, que dejó sobre la mesa.

Sin pestañear, como un ratón en presencia de un gato, la monja retrocedió un paso.

—Nunca debí abrir la puerta —susurró, palideciendo a pesar de la piel bronceada. Con una mano cerrada en torno al sencillo roble de madera que le colgaba de un cordel del cuello y lo sostuvo ante ella, como interponiéndolo a modo de protección—. Que la santa madre me perdone, ¡he admitido a un agente del Innombrable en tierra santa!

Por los santos, ¿cómo podría explicárselo? Los suvaeanos creían que así era.

—No soy lo que crees que soy, ¿hermana...?

—¡Los nombres dan el poder oculto! —La monja siguió retrocediendo—. La superiora tenía razón: ¡Cosas impuras recorren las calles de El Maqqam!

Empezó a rezar entre dientes, sin dejar de retirarse, dispuesta a echar a correr en un abrir y cerrar de ojos. Aunque no alcanzó a oír las palabras, pudo leerle los labios: recitaba la confesión. «Éstos son mis pecados que presento ante ti, oh, madre; acudo a ti con de todo corazón, alma penitente...» La recia monja estaba muerta de miedo y se preparaba para reunirse con la diosa.

Por todos los santos.

—Por favor, hermana, no debes temer nada de mí. —Para hacer que su altura fuese menos intimidadora, Gair se sentó en el banco más próximo y se retiró el *kaif* de la cabeza para dejarlo en torno al cuello—. Me llamo Gair. Te juro que no quiero hacerte daño.

Detrás de la monja, la puerta se abrió de par en par, y Alderan, con las alforjas al hombro, entró acompañado por una ráfaga de viento y arena. Mientras cerraba la puerta con el pie, la monja se dio la vuelta con el símbolo del roble en alto.

—¿Y tú? ¿También tú llevas la marca de un brujo?

Alderan miró a Gair, que extendió los brazos en un gesto de indefensión.

—No —respondió el anciano, dejando las alforjas llenas en el suelo—. No tienes nada que temer por parte de ninguno de nosotros, hermana. Los caballeros suvaeanos criaron a Gair en la fe.

La monja miró cautelosa por encima de su hombro.

—¿Eso es cierto?

—Fui a la ciudad santa a los once años —dijo Gair—. Hermana, sólo queremos cobijarnos de esta tormenta, y consultar los libros que los caballeros dejaron aquí. Después nos marcharemos.

Bajó un poco la mano con que sostenía el símbolo del roble.

—¿Y la marca que tienes en la palma?

Antes de que a Gair se le ocurriera una respuesta sin tener que recurrir a una mentira, Alderan le sacó del brete.

—Fue falsamente acusado —dijo, medio arrastrando las alforjas por la baldosas hasta la mesa—. Para cuando la verdad salió a la luz, su sentencia había sido ejecutada. —Si a él le incomodó mentir a una monja, no hizo nada que lo demostrara.

Ella se mordió el labio, mirando inquieta primero a Alderan, y después a Gair.

—¿Cómo puedo tener la certeza de que es cierto eso que dices? Sólo tengo tu palabra, y el Padre de las Mentiras... —La hermana calló, mirando con ojos entornados a Gair—. Muéstrame el medallón de San Agostin.

—No puedo. Ya no lo tengo. —Hacía tiempo que había perdido el medallón de plata, que le arrancaron del cuello antes de sentenciarle.

—Todas las personas que se han entrenado con los caballeros deberían tener uno. —La suspicacia tiñó las palabras de la monja.

—Los alguaciles me lo quitaron cuando fui arrestado. Nunca llegué a recuperarlo.

La conversación no iba a ninguna parte. Él suponía una ofensa contra todo aquello en lo que creía la hermana, y no tenía estómago para permitir que una mujer inocente siguiera sufriendo por su culpa.

Se levantó, cargando las alforjas al hombro.

—Venir ha sido un error, Alderan. Creo que ya hemos hecho perder más tiempo del debido a la hermana.

Gair se inclinó ante la monja y se dirigió a la puerta. Dormiría en el establo con *Shahe* hasta que terminara la tormenta, luego tomaría la decisión de si ayudar a Alderan u obedecer su instinto y volver al norte.

—Espera —dijo la monja, para su sorpresa.

Se dio la vuelta a medias, lo bastante para ver que había devuelto el símbolo del roble al pecho, bajo el hábito.

—No puedo permitir que os alojéis aquí, en suelo consagrado, pero mi conciencia de hospitalaria me impide dejaros en manos de la tormenta. No errasteis al decir que la puerta de la casa de la diosa nunca está cerrada. —Luego, con un suspiro, se alisó el hábito polvoriento—. Así que no digamos una palabra más al respecto y recemos a la diosa para que esto no llegue a oídos de la superiora, o me pasaré el resto de la vida haciendo penitencia.

—¿Es tu superiora...? —Alderan buscó la palabra adecuada.

—Ella se preocupa —dijo la monja, entrelazando las manos—. Teme por nuestra seguridad en esta ciudad, teme la presencia de extraños. Si no fuera por la carencia de una escolta adecuada, recogeríamos todo y regresaríamos al claustro en Syfria.

—Hubo un tiempo en que ninguna mujer con hábito necesitaba escolta para ir a donde quisiera, dentro o fuera del Imperio —comentó Gair.

Se volvió hacia él con una sonrisa triste.

—Hubo un tiempo, señor caballero, en que nuestros hábitos suponían protección suficiente. Ahora necesitamos del acero.

—¿Y la guarnición imperial?

—Hace dos semanas enviaron a poniente a los soldados, alegando problemas en la frontera sardauki. No queda ninguno que pueda protegernos. —Hizo una pausa en la puerta, la mano en el tirador—. Ah, y soy la hermana Sofi.

Banfáit

Teia despertó con un sobresalto. Contuvo el aliento, aguzando el oído, deseosa de localizar el sonido que la había despertado. Nada. Sólo los resoplidos de *Finn*, el suave silbido del viento sobre el refugio que había improvisado con mantas y ramas de pino, y el martilleo de su propio corazón. Exhaló lentamente. Plateado, su aliento formó una nube en espiral ante su rostro.

¿Qué la había despertado? Se cubrió los hombros con la manta y se arrastró hacia la entrada del refugio para echar un vistazo al valle nevado. No vio más huellas que las suyas, y las pisadas de *Finn* entre los huecos que había entre las hileras de árboles, con los bordes reluciendo por la escarcha. Bosque adentro no vio nada más que sombras, que su imaginación atribuía constantemente al lobo que acechaba.

Tragó saliva, repasando los árboles con la mirada. Se había mostrado cuidadosa cuando decidió acampar allí y comprobar si había otros rastros. No encontró huellas de nada mayor que una liebre, lo cual no significaba que una manada de lobos no hubiese acudido a comprobar quién había ido a parar a su territorio. Tal vez acabaría como Joren, muerto antes de caer en la cuenta de que estaba herido. Con el pulso acelerado, tanteó sobre la manta en busca del arco.

Fue entonces cuando volvió a oírlo: el zumbido de una cuerda del arco, seguido en esa ocasión por un grito ahogado procedente de un punto más alejado del sendero. El sonido llegaba lejos en una noche despejada, pero ¿quién atacaba a quién? ¿Seguirían las huellas en la nieve hasta localizar su actual paradero? Con el arco y la aljaba en la mano, salió con cuidado.

En cuanto abandonó el acogedor refugio sintió el intenso frío que hacía. *Finn* resopló, pero ella le puso la mano en el cuello para tranquilizarlo, luego ajustó las cinchas y montó con todo el silencio posible. Después de los infructuosos esfuerzos que hizo para ensillarlo cuatro días atrás, había tenido que dejarlo ensillado, y prometió, en silencio, compensarlo más adelante mientras lo llevaba por el sendero.

Pronto el sonido de los pasos de su caballo aplastando la nieve se perdió en el

ruido. Oyó gritos y sollozos de mujer, y el zumbido de las flechas que disparaban. Cerca del recodo del sendero encontró un grupo de hombres y mujeres que subían con dificultades la ladera en dirección a los árboles, mientras que otros cinco o seis armados con arcos contenían otro grupo, más numeroso y bien pertrechado con lanzas cortas. Varias jabalinas asomaban por los montículos de nieve, y a veces reparaba en las manchas rojas que salpicaban las pisadas. Los arqueros se retiraban en buen orden, primero un paso y luego otro. Uno de ellos miró hacia atrás, y Teia reparó en la larga melena gris que le colgaba por el hombro.

Su magia respondió a su llamada. Extendió el brazo e invocó un globo de luz del tamaño de su cabeza, que proyectó en lo alto del sendero. Gritos ahogados respondieron a la presencia de la esfera luminosa.

—¡Aguantad! —gritó. El aire de la montaña y la magia prestaron cierta resonancia a su voz que detuvo en seco a los atacantes.

—¡El talento! —gritó uno—. ¡Es una portavoz!

Un hombre tatuado que iba a la cabeza del grupo de los atacantes lanzó un bufido.

—No es una portavoz, no es más que una cría. —Blandía un hacha de guerra—. ¡Manos a la obra, muchachos!

Sus guerreros lanzaron un rugido. Desesperados, o simplemente ansiosos por matar, emprendieron una carga sobre la densa capa de nieve. A la derecha, uno de ellos sopesó una jabalina. Antes de que hubiera echado el brazo hacia atrás, Teia le arrebató el arma de la mano con un puñetazo de aire. Desequilibrado, el tipo cayó de espaldas. Dos de sus compañeros, con los ojos desorbitados y el pelo revuelto, aprestaron sus armas, y con otro puñetazo desarmó a ambos.

La carga flaqueó, los hombres miraron a su alrededor con inquietud, pero siguieron avanzando. Con el rabillo del ojo, Teia alcanzó a ver que Baer aprovechaba la confusión para reagrupar a su propia gente en el sendero y reunirse con ella.

Se irguió en la silla.

—Estas personas están bajo mi protección. Os sugiero que no la desafiéis.

—Somos más que vosotros —dijo, burlón, el hombre tatuado, blandiendo el hacha—. ¡No tememos a tu magia!

Teia asió las riendas de *Finn*, dispuesta a huir si tenía que hacerlo. A su espalda, una mujer lanzó un grito de advertencia, y entonces vio una jabalina que trazaba un arco en el aire procedente de la retaguardia del grupo atacante. La punta de metal refulgió en la noche como una estrella fugaz.

El tiempo se detuvo. Envuelta en la corriente circular de su magia, Teia no tuvo nada de miedo. No en ese lugar, que ella dominaba, y el poder actuaba a su voluntad. Levantó la mano y la magia recorrió su musculatura como el hormigueo del flujo sanguíneo por el brazo dormido. La jabalina alcanzó el punto álgido de su trayectoria y, con un zumbido, se precipitó sobre ella.

Fácil. Como detener el puño de Ytha. Extendió el brazo hacia la jabalina mientras caía, y cerró la mano en torno al asta de madera. El súbito frenazo del movimiento de la lanza le supuso un tirón en el hombro, pero la mantuvo bien aferrada. Alguien ahogó un grito. Al frente, los guerreros que avanzaban se detuvieron. Su líder blandió de nuevo el hacha, animándolos a seguir adelante a fuerza de gritos y maldiciones.

Teia sopesó la lanza, echando el brazo hacia atrás.

—¡Rendíos! —gritó—. ¡Conste que os he avisado!

El hombre tatuado no dejó de gritar obscenidades cuando echó a correr. Teia recordó las palabras que le había dicho su padre cuando la enseñó a defenderse con un cuchillo: «Cuando tienes un arma en la mano tienes que usarla o no hacerlo, pero no titubees. La duda te matará». Apretó con fuerza los dientes y arrojó la lanza con toda la fuerza de la que fue capaz.

El arma se hundió en el muslo del hombre, que cayó con un grito, salpicando la nieve de sangre. Los hombres que le seguían detuvieron el paso sin saber qué hacer. Uno o dos siguieron adelante, pero los demás se hicieron signos de protección y se quedaron donde estaban.

—Recoged a vuestro hombre y marchaos. —Teia se sintió algo mareada, pero logró que no le temblase la voz. *Finn* corcoveó mientras la gente de Baer se agrupaba a su alrededor—. Dejadlos en paz o sufriréis las consecuencias.

Los guerreros bajaron las armas pero no se movieron. El tipo tatuado se lamentó entre gritos y gestos de frustración, hasta que dos de sus hombres se le acercaron para cogerlo del abrigo y arrastrarlo hasta donde estaban los demás.

—¡Fuera de aquí! —Baer sumó su voz, tensado el arco—. ¡Largo!

Entre murmullos, dirigiendo miradas furibundas hacia ellos, el otro grupo se retiró por el sendero. La gente asustada, cansada, se situó cerca del caballo de Teia sin soltar sus pertenencias, sin separarse los unos de los otros. Dos ponis, uno o dos hombres con heridas en la ropa de los que cuidaban mujeres inquietas, y Neve, con la risa pronta a asomar por encima del temor que la embargaba cuando apretó la mano de Teia.

Baer se abrió paso entre ellos y se detuvo a la altura del hombro de *Finn*, inclinado sobre el arco. Su rostro de facciones duras no reveló la menor emoción.

—Teia —dijo.

—Baer —lo saludó ella, muy seria.

—¿Hay algún lugar donde podamos refugiarnos? Tenemos que atender a los heridos.

—Hay una pineda al doblar el recodo. Podéis refugiaros allí, y buscar leña para hacer fuegos.

Baer inclinó la cabeza.

—Gracias.

Se colgó el arco del hombro y se alejó sendero arriba, dando órdenes. Pronto todo el mundo tuvo asignada una tarea, y el miedo fue reemplazado por la voluntad del trabajo común.

Teia permaneció sentada en el caballo, viendo cómo se alejaban. Neve tenía razón. Baer era lo más parecido a un jefe que tenían.

«¿Y ahora yo soy su portavoz?», pensó.

Observó a la otra banda descender por la ladera. Más de uno dirigió una mirada inquieta a la esfera de luz que había invocado y que seguía suspendida sobre ellos como una luna llena. Eso parecía haberlos impresionado más que la lanza con la que había atravesado la pierna de su jefe. Sin duda debían de estar acostumbrados a las heridas que eran consecuencia del combate, pero una demostración agresiva del talento era otra cosa totalmente distinta. Llevaban demasiado tiempo alejados de sus portavoces. Con una sonrisa en los labios, esperó a perder de vista a todos los atacantes para apagar la luz.

Sendero arriba, descubrió que el pinar bullía de actividad. El ambiente olía a resina. La gente de Baer cortaba leña, improvisaba tiendas con pieles entre los árboles, y cavaba un hoyo para hacer una hoguera. El círculo de piedras frente a su refugio estaba limpio de ceniza y habían apilado leña para cuando regresara. Lo único que tenía que hacer era encenderlo. Teia buscó a Baer con la mirada, pero debía de estar dando órdenes en la oscuridad. Neve, sin embargo, reparó en ella y la saludó con un gesto.

Teia desmontó con cuidado, lamentándose de la espalda. Cuatro días a caballo, casi todo el trayecto colina arriba desde que había dejado atrás el río, había hecho mella en ella. Al cabo de un par de horas se le endurecía el vientre, tenso como piel de tambor bajo la ropa, y tenía que ajustar la postura en la silla o desmontar y caminar hasta relajarse. En ese momento era como si llevara el vientre lleno de rocas, en lugar de tener un bebé.

Alguien apareció salido de la negrura y, después de saludarla con una inclinación de cabeza, tomó las riendas de *Finn*. Estaba demasiado cansada para protestar. Mientras dirigía el caballo lejos, hacia el punto abrigado donde estaban los ponis, reconoció en él al hombre de Lenna, Isaak. Qué extraño. Miró a su alrededor, en busca de otras caras conocidas, pero el pequeño claro era todo actividad y a la sombra de los árboles había tan poca luz que era imposible apreciar los detalles.

Demasiados cambios inesperados. Se metió en su refugio, de vuelta a la calidez de las mantas. Allí cerró los ojos. Pronto sería de día y tendría tiempo de sobra para preocuparse por ello.

Teia echó un vistazo a su reflejo en la palangana que había a la entrada de su refugio y deshizo la venda que le cubría la cabeza, conteniendo el aliento cuando la retiró.

Tenía una costra negra que le discurría desde la ceja derecha hasta el nacimiento del cabello, larga como la anchura de su mano. En los bordes, la piel era de un rojo intenso, cubierta con sangre seca. El aire frío hizo que le escociera la piel nueva, pero después de casi seis días había llegado la hora de que la herida respirase, pues mantenerla cubierta tanto tiempo no haría más que retrasar la curación.

Tocó con cuidado la costra. Era dura como cuero, como la escama de una serpiente monstruosa. Debajo debía de haber una cicatriz, una cicatriz de las feas, pero podía considerarse afortunada si ése era el único precio que pagaba. Un poco más a la derecha y la roca le habría desparramado el cerebro.

Utilizó la venda para retirar la sangre seca tan bien como pudo. La mayor parte seguía en el cuero cabelludo, pegándole el cabello, pero allí la herida era profunda y aún estaba demasiado tierna para tocarla. Además, el cuero cabelludo, todo el cuerpo, a decir verdad, anhelaba darse un buen baño, y tocarla no haría más que empeorar las cosas.

Perdió la paciencia, se deshizo de la venda y se inclinó sobre la palangana para lavarse la cara. Mientras tanteaba en busca de un trapo con el que secarse, reparó en su reflejo, tembloroso en el agua. El cielo gris le enmarcaba el rostro, reflejo del exterior. No era la primera vez que veía esa imagen. Incluso las bolsas de cansancio que tenía bajo los ojos le resultaron familiares. Lo único que faltaba era el mechón de cabello mojado para que se ajustase con fidelidad a la visión que la había perseguido durante dos años.

Se secó la cara, atenta a cómo la imagen quedaba inmóvil. No, no era exactamente la misma, pero se parecía lo bastante para darle que pensar. No había tenido ocasión de contemplar el agua desde que Ytha la había llevado a la adivinación de sangre a principios de invierno. Su futuro podía haber cambiado desde entonces. Sólo había una manera de asegurarse.

Apoyó las manos en los bordes de la palangana, y miró alrededor del campamento. Todas las personas a las que veía parecían compensar con un torbellino de actividad el hecho de haberse acostado tarde: deshacían los refugios, recogían las cosas. Jirones de humo blanco se alzaban entre los pinos cubiertos de nieve, cualquier sonido era un estruendo en la calma que reinaba en lo alto de la montaña. Nadie miraba en su dirección. Estando lejos de Ytha ya no importaba, pero había costumbres que costaba olvidar.

Con las piernas cruzadas, se acercó la palangana para ponerla entre las rodillas. Aún le dolía la espalda tras la cabalgata. Esperó a que el agua se quedase inmóvil. El poder acudió ansioso a su llamada, como un cachorrillo que oía pronunciar su nombre. Algunos destellos azules le recorrieron los dedos.

«Muéstrame».

Su reflejo cambió, la costra desapareció y reparó en el mechón de cabello blanco

sobre la misma cara inexpresiva que había visto en tantas ocasiones. Entonces había acertado. Sintió un atisbo de fría emoción en la boca del estómago. ¿Habría acertado también con el resto?

«Muéstrame a Drwyn».

El blanco llenó la superficie de la palangana, un blanco con ondulaciones. Al principio no pudo ver nada, luego su visión sobrevoló a vista de pájaro las capas de nieve hasta alcanzar un campamento situado en la ondulante llanura. Caballos amontonados en un corral, dando la espalda al viento; tiendas arracimadas, cubiertas de blanco. Aquí y allí diminutos puntos de fuego que iluminaban la oscuridad.

El clan estaba en movimiento, acampado en algún lugar al norte de las cavernas donde hacía la invernada, supuso, incapaz de distinguir detalles suficientes en la ventisca para estar segura de su ubicación. Era temprano para dirigirse a la diáspora. Drwyn, o, más bien, Ytha, se impacientaba.

El descenso sobre el campamento casi le causó un mareo. Hacia el campamento, hacia la tienda imponente levantada a cierta distancia de las demás, con la luz de la lámpara resplandeciendo a través de la lona. Entró entonces en la dorada cueva donde Drwyn caminaba de un lado a otro, cubierto por un manto. Reparó en la ausencia de pertrechos de guerra, y en el hecho de que el interior estaba decorado con un toque femenino, y no le sorprendió comprobar que ya la había sustituido por otra. Estaba ceñudo, bebía con frecuencia, ausente, de la copa que tenía en la mano. Saltaba a la vista que esperaba algo.

Se levantó una racha de viento helado cuando alguien entró.

—¿Qué dice la portavoz? —preguntó dentro de su mente.

La otra persona se le acercó, y Teia reconoció el bigote y las coletas de cabello rubio.

—La tormenta seguirá soplando hacia poniente al mediodía —informó Harl, sacudiendo sobre la alfombra del jefe la nieve que cubría sus pieles.

Drwyn masculló un juramento.

—¡Perderíamos un día de viaje!

—El avance resultará más fácil en cuanto deje de nevar. Mañana encontraremos tiempo.

—Eso mismo dijo la portavoz, ¿verdad? —Apuró el resto de la copa, acariciando una copa que habría aplastado si no fuese de cuerno.

—Pues... Sí, mi jefe. —Harl titubeó—. Bueno. Respecto a la muchacha.

Teia contuvo el aliento. ¿Se refería a ella? Incluso en el pequeño círculo inscrito en la palangana vio cómo Drwyn apretaba los labios.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No vamos a seguirla? Creí haberte oído decir que...

—Eso no te concierne —se limitó a replicar—. Vamos a darla por perdida, si es

que el invierno no se ha ocupado de ella.

Jugeteó con el borde de la capa, tirando de él de un modo que hizo recordar a Teia a un felino que tiene a la presa lejos de su alcance. No iría a por ella, al menos de momento, pero tampoco la había olvidado. Sintió un escalofrío, y la imagen del agua tembló con ella.

—Lástima —se lamentó Harl—. Tenía un buen par de... —No llegó a pronunciar la última palabra, porque su jefe le aferró del cuello con la mano.

—¡Olvídate de la chica! —espetó Drwyn—. Ahora la diáspora es lo único que me preocupa. Cuando la luna vagabunda vuelva a llenarse seré jefe de jefes, y conduciré a nuestro pueblo al sur para recuperar las tierras de nuestros antepasados de manos de los usurpadores. ¿Lo entiendes?

Harl hizo ademán de apartar la mano que le asfixiaba la garganta, pero no pudo y tuvo que limitarse a ver cómo su jefe acercaba su rostro al suyo.

—Pero si por alguna casualidad damos con su paradero —añadió Drwyn, cuya voz alcanzó un tono peligrosamente grave—. Ella. Es. Mía.

Harl farfulló algo incoherente, mientras su piel manchada adquiría un tono insalubre.

—¿A que no volveré a oír nada al respecto?

—¡No!

—Bien. —Drwyn le soltó como un perro que deja caer a un conejo. Harl se tambaleó momentáneamente—. ¿Alguna otra cosa?

—Sólo que la portavoz solicita que vayas a verla para hablar de la diáspora. —Frotándose la garganta, Harl añadió—: Sin demora, mi jefe.

—Entonces será mejor que no la haga esperar.

Drwyn arrojó la copa vacía a la alfombra y se dirigió a la puerta.

Teia echó la espalda hacia atrás y soltó el poder, borrando la imagen que veía en el agua con un gesto de la mano. Por mucho que le hubiese gustado espiar a Ytha, no se atrevió a acercarse demasiado a su poder, ya que ignoraba si podría detectarla. Mejor dejar que la portavoz continuase dándola por muerta, y contentarse con observar a Drwyn.

Fue extraño, pero el hecho de averiguar que no iba a perseguirla no supuso un alivio para ella. Quería decir que la portavoz estaba sacando adelante sus planes para que lo nombraran jefe de jefes, lo cual dio a Teia más incentivos para seguir adelante.

Neve introdujo la cabeza en el refugio que había improvisado.

—Te traigo un poco de té —dijo, dejando en el suelo un cazo y un par de tazas. Teia apartó la palangana y se le acercó.

—Puedo preparármelo yo sola, ¿sabes? —dijo, a pesar de que aceptó la taza que le tendía—. Gracias.

—De nada. —La mujer mayor se dio la vuelta, y salió para revolver la tetera en el

trípode que había sobre el fuego.

Teia salió del refugio para mirarla tras el aromático vapor que se formaba ante su rostro mientras sorbía de la taza. Al despertar, había encontrado el fuego encendido y la tetera puesta a hervir. Estaba casi segura de que Neve también había tenido algo que ver en eso.

—Arriba, Gerna. ¡No hay un minuto que perder, mujer!

La voz familiar dando órdenes hizo que Teia levantara la vista. Baer caminaba por el campamento, con la larga coleta columpiándose mientras metía prisas a la pequeña banda de exiliados. El mando era algo natural en él, debió de ser capitán en tiempos, o habría servido a las órdenes de uno. Le recordaba un poco a su padre.

—Baer —lo llamó. El hombre cambió de camino para acercarse a ella—. ¿Quieres tomar un té conmigo?

—Será un placer, gracias. —Se acuclilló junto al fuego y se frotó las manos para entrar en calor, mientras ella le servía otra taza.

—¿Cómo están tus heridos de anoche? Tengo medicinas que podrían ayudar.

—No son más que algunos rasguños y cortes. Se curarán. —Le dio las gracias por el té y se llevó la taza a los labios.

—¿Quiénes eran esos hombres que os atacaron? ¿Otros Perdidos?

—Creo que sí. —Dio un sorbo—. Nos persiguieron a poniente durante un día y una noche, probablemente deseosos de robarnos todo lo que teníamos. Nos desviamos hacia el sur, en dirección a las colinas, para refugiarnos allí, y entonces nos encontramos siguiendo tu rastro. Menuda suerte la nuestra, ¿verdad? —añadió con los dientes al desnudo.

Teia se llenó de nuevo la taza, meditándolo. Tenía un buen caballo, comida, y estaba tan preparada como pudiera estarlo para afrontar lo que fuera que le esperara en las montañas, pero había contado con que los depredadores caminarían sobre cuatro patas, en lugar de hacerlo sobre dos.

—¿Crees que volverán?

—No, siempre y cuando tengan la cabeza sobre los hombros —dijo, riendo—. Sobre todo después de que les metieras el miedo en el cuerpo. Ya te dije que es muy útil contar con una portavoz. —Entrecerró los ojos, astuto, y la miró sobre el borde de la taza—. ¿Les tienes miedo?

—Un poco —admitió ella—. Contra uno creo que puedo apañármelas, pero no contra tantos.

Baer dio otro sorbo.

—¿Sigues empeñada en cruzar las montañas?

No tenía otra opción.

—Tengo que hacerlo.

—Entonces te acompañaremos uno o dos días, hasta que se despeje el camino —

dijo, decidido—. Esos merodeadores se lo pensarán dos veces antes de atacarnos después de haberles demostrado de lo que somos capaces.

Sorprendida tanto por su generosidad como por la firmeza de su voz, Teia le miró con fijeza.

—No querría alejaros de vuestro camino. Me las apañaré sola.

—¿Y quién iba a protegernos a los demás? —rió él, que tomó un sorbo rápido—. No, será mejor que viajemos juntos. Confieso, sin embargo, que no lo conozco bien. ¿Puedes adivinar qué nos depara el camino?

Teia se mordió el labio, mirando a Neve, pero la mujer mayor le daba la espalda mientras revolvía algo en una olla que había puesto al fuego.

—No lo sé —susurró—. Era aprendiz cuando... —Calló. Adivinar qué les deparaba el paso por las montañas no podía ser muy distinto a lo que había estado haciendo hasta ese momento. Tal vez hubiese llegado la hora de investigar el alcance de su poder.

Asintió, decidida.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Tenía a mano la palangana que había utilizado para espiar a Drwyn. Se la acercó, antes de observar la parte superior del valle para grabar la imagen en su mente. Luego buscó en el agua.

No le resultó fácil mantener la concentración. Si alguien en el campamento llamaba a otro por su nombre o si reconocía la voz, su atención se centraba en esa persona, así que al principio la imagen del agua osciló de manera confusa sobre el campamento. Mientras Teia profundizaba en la música que había en su interior y se aislaba del parloteo de los demás, del ruido de Neve cocinando, la visión se estabilizó. Vio el fuego donde cocinaban, las tiendas, los árboles que cubrían las laderas del valle, y se imaginó a sí misma caminando hacia ellos.

En el agua, la imagen cambió, siguiendo el curso de sus pensamientos. A través de los árboles, donde la nieve no era tan profunda, a lo largo de la ladera de la montaña, ascendiendo por ella lentamente. Se atrevió a apretar el paso. Era un ave que se deslizaba sobre las copas de los árboles y contemplaba el bosque, que raleaba, y el terreno cada vez más elevado, y las nubes cada vez más cerca de él.

Empezaron a dolerle las sienes. Cayó en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Exhalar hizo que la imagen temblara, y seguidamente se volvió gris. Teia hizo un esfuerzo para respirar lenta y profundamente; con el vuelo mental estabilizado, descendió de nuevo desde las nubes. Mucho mejor.

El valle se angostaba a medida que ambos flancos se unían, y asomó a una cresta azotada por el viento que discurría hacia los picos ocultos. La nieve caía con fuerza allí, dificultándole la visión como empujada por una tormenta. Veía borroso, y tuvo que abandonar la visión.

—Lo siento —dijo, sin aliento, con la palangana temblando sobre sus manos—. Creo que eso es todo lo que puedo hacer.

Baer no dijo nada. Levantó la vista. Media docena de los Perdidos estaban de pie en torno al fuego, mirando las imágenes que se desdibujaban en el agua. Isaak, con Lenna del brazo. Neve, con una cuchara en la mano que goteaba sobre la nieve. Otros dos hombres a quienes apenas conocía.

Uno tras otro levantaron la mirada hacia su rostro. Tragó saliva, incómoda por toda esa atención. Una sensación fría, húmeda, se extendió por su columna vertebral, y entonces empezaron a sudarle las palmas de las manos.

—Bafaít —susurró alguien. No vio de quién se trataba. Todos estaban boquiabiertos, como si acabaran de atravesarles el estómago con una flecha, así que pudo ser cualquiera. Teia se sintió algo mareada, y se secó las palmas de las manos en el pantalón.

—No era más que una visión, quería ver el camino que tenía por delante —dijo, pero pudo ver en sus rostros, en sus miradas desorbitadas, que no la escuchaban. Nada de lo que dijese cambiaría las cosas.

—Ella ve... —Uno de los hombres, un tipo nervudo con un corte manchado de sangre en la manga del abrigo, apartó los ojos de Teia para mirar a Isaak y a Lenna, quien se acercó al hombre y miró inquieta a su alrededor como una musaraña que asoma del agujero—. De modo que es verdad —dijo, sin aliento—. Banfaít.

Nadie más dijo una palabra. Nadie movió un dedo. En la otra punta del campamento, el resto de los Perdidos siguieron trabajando, ajenos a lo que sucedía, pero incluso los ruidos que hacían se antojaron enmudecidos, devorados por el silencio expectante que se extendía desde Teia, arrodillada en el centro.

Estaba avergonzada. Por las orejas de Macha, pero ¿qué era lo que había hecho?

Banfaít era un antiguo título, puede que fuera más viejo incluso que el de portavoz. Significaba la que es capaz de ver, la que tiene poder de ver lo que pasará. La visión, como la llamaban antiguamente.

—¿No te lo había dicho, Baer? —preguntó Neve, rompiendo el silencio de tal modo que Teia medio esperaba oír el ruido de cristales rotos. Los presentes dieron un respingo, sin apartar la vista de ella—. Las mujeres lo sabemos. —Se llevó el cucharón a la boca para lamer los restos del guiso. Después, tras asentir satisfecha, devolvió su atención a la olla.

Baer dejó la taza de té y se levantó.

—Sí. Eso dijiste. —Dio una fuerte palmada, tanto que Lenna ahogó un grito—. Bueno, ya está bien de mirar boquiabiertos —anunció, alzando la voz más de lo necesario—. Tenemos un buen ascenso por delante y ahí arriba hay nieve, así que será mejor ponerse en marcha. —Los demás se movieron con parsimonia, arrastrando los pies como congelados y pegados a la tierra, y él hizo un gesto iracundo—. ¡Moveos!

Ya. Hay que recoger las tiendas y guardar las cosas, y yo no pienso hacerlo por vosotros.

Los demás se dispersaron, volviendo de vez en cuando la vista atrás. Teia no podía soportar verlo, tenía la mirada clavada en la palangana. Siguió frotándose las palmas de las manos en las perneras del pantalón, a pesar de que hacía rato que no le sudaban. No parecía capaz de parar.

—Nunca se lo habías mostrado a nadie, ¿verdad? —preguntó Baer.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo a la portavoz. —Se miró las manos, que tenía frías y enrojecidas, antes de añadir—: No me lo esperaba.

—Bueno, probablemente es culpa mía —admitió él, lo cual la llevó a levantar la mirada. Baer se rascó la raíz de la coleta con una mueca que parecía destinada a ocultarle la expresión—. Varn, ese de ahí, se me acercó para pedirme algo y vio lo que habías conjurado en el agua. Antes de que pudiera impedirselo, echó a correr para avisar a los demás. A esa altura ya era demasiado tarde. —Extendió las manos—. Si vamos a viajar juntos, probablemente sea mejor que lo sepan. De otro modo habrían empezado a murmurar cosas.

—Entiendo. —Tenía sentido.

Baer se agachó para ayudarla a levantarse.

—Arriba, muchacha. Ahí sentada te quedarás fría. —Con la otra mano le sacudió la nieve de la parte baja del pantalón, aunque la tela ya estaba húmeda. Renovada, la circulación sanguínea le causó un hormigueo hasta los dedos de los pies.

—Yo nunca he dudado de ti —dijo Baer—. No después de lo que hiciste anoche. Con lo que me dijo Neve creí saberlo, pero ahora lo he visto con mis propios ojos. —Irguió la postura y le sostuvo la mirada, antes de inclinar la cabeza—. Banfaít.

Ella titubeó antes de responder al saludo.

—Baer.

Y eso fue todo.

Antes de que pudiera darse la vuelta, ahí estaba Neve con un cuenco de gachas para ella, protestando por el estado en que habían quedado sus pantalones como si fuera una gallina que cuidara de uno de sus polluelos. Para cuando terminó de comer, le habían desmontado el refugio, enrollado las mantas, así como las pieles que hacían las veces de paredes de su tienda, e Isaak llevaba del bocado a *Finn*, que ya estaba ensillado y preparado.

—Banfaít —murmuró él, entrelazando las manos para ayudarla a montar.

Ya montada, disfrutaba de una perspectiva mejor. Vio los grupos que se habían formado y los que se habían dispersado cuando los Perdidos fueron a terminar sus labores, y comprendió que corría la noticia. En lugar de la hostilidad y la desconfianza que esperaba ver, hubo curiosidad, incluso asombro, en las miradas que le dirigieron.

La premonición no era un don muy común. Ytha había asegurado poseerlo, aunque Teia nunca la vio demostrarlo de un modo que le permitiese contrastarlo con sus propias experiencias. Claro que si a Ytha le atormentaban sueños tan tenebrosos y salvajes como los que sufría ella, no era muy probable que los revelase al resto del clan, puesto que su sufrimiento habría demostrado a ojos de los demás que debajo del manto de piel de zorro había una mujer hecha de carne y hueso.

Pero eso fue antes de que la portavoz se pusiera hecha una furia delante de todo el clan... El recuerdo hizo que Teia cerrase los ojos. Por la piedad de Macha, había dado un golpe a la portavoz. Qué extraño que la sola idea no la horrorizara ni la mitad de lo que lo había hecho en tiempos. Los Crainnh necesitaban ver que la portavoz era tan humana como ellos. Tenían que saber que podía equivocarse, que, de hecho, estaba equivocada.

Teia abrió de nuevo los ojos y levantó la vista hacia el valle, en dirección a la siguiente cresta. Ojalá no fuese demasiado tarde.

Cicatrices

Siempre pasaba lo mismo en los sueños de Gair. El aspecto de ella ese día. Los ojos color de mar que relucían aún con lo que acababan de compartir, un destello de dientes blancos sobre su hombro, luego abría la puerta y desaparecía. El chasquido metálico del cerrojo cuando se cerraba la puerta siempre le despertaba, y en el instante que separaba el sueño de la vigilia, entre el recuerdo y la verdad, siempre tenía su sabor en los labios.

Aysha.

El crujido de un pergamino le devolvió al presente. Se había caído de la pila que había sobre la mesa, para rodar y detenerse delante de él. Al otro lado de la pila, Alderan estaba enfrascado en la lectura de un libro. Con cuidado, Gair devolvió el pergamino al montón.

Alderan volvió la página.

—¿Has encontrado algo?

Gair miró el libro que tenía entre las manos, abierto aún por la misma página, el mismo nombre conocido. Ishamar al-Dinn. Uno de los escasos fragmentos de gimraeliano que podía leer, que ella le había enseñado a leer.

«¿Cuánto tiempo llevo aquí sentado?», pensó.

—No. Aún no. —Cerró el libro y lo dejó a un lado, aparte de los demás, dejando la mano sobre la quebrada superficie de cuero—. No es más que poesía.

Ishamar al-Dinn, que por amor se había arriesgado a sufrir la ira de un príncipe. Encontrar ese libro entre los mapas y breviarios le había puesto tanto freno como una mano en torno a su muñeca. No había leído más que el nombre que figuraba en la primera página: no tenía que hacerlo, no con la voz de ella inundándole la mente.

«Ai qur'ash-ashann; el majar e binh ey fahl majani, al-ashann iyya el habbir a baranjor». Se le hizo un nudo en la garganta. *Canta el pájaro espino; mis lágrimas se precipitan en el polvo mientras su canto me endulza el corazón.*

Recordaba cuando se lo leyó tumbados en la cama, poco después de hacer el amor

y con el sueño en los párpados. Su voz caía sobre él como una caricia. Aysha.

Alderan le miraba. Por temor a haber pronunciado su nombre en voz alta, Gair se levantó de la silla. El movimiento repentino hizo que le sudaran pecho y espalda, porque, a pesar de estar junto a la ventana, no corría una pizca de aire. Ni siquiera mirando fuera disfrutaría de la ilusión de la frescura, porque las paredes eran tan altas que no se veía más que el cielo azul plata más allá. Separó de la piel la tela de la camisa. Una vez pasada la tormenta, El Maqqam volvía a someterse a la abrasadora mirada del sol.

—Tendríamos que haber encontrado algo a estas alturas —murmuró. Cubrió la estancia, pasando la mano sobre la pila de manuscritos y libros que esperaban aún su turno en las atestadas estanterías—. ¿Los caballeros trajeron consigo todos estos libros? —preguntó cuando sus pasos lo llevaron detrás de Alderan, en el extremo opuesto de la sala.

—Eso me ha dicho la hermana Sofi. —El anciano cerró el libro y pasó al siguiente, que descartó rápidamente—. Son cuentos de niños. —Alcanzó otro volumen—. Las hermanas encontraron esta sala cuando se trasladaron aquí procedentes de Syfria.

—Pensaba que ésta era una casa hermana suvaeana.

—Y lo fue hasta que la orden la abandonó. El edificio llevaba casi trece años vacío y cerrado cuando lo ocuparon las hermanas de San Tamas.

Gair miró a su alrededor. Había rollos de cuero junto a tubos con mapas y volúmenes de todas las formas y tamaños, algunos sin lomo, manchados de humedad, otros con manchas de agua salada o algo peor, apilados sin orden ni concierto. Prueba de la marcha apresurada a un destino incierto.

—¿Por qué se marcharon? —preguntó antes de recordar los detalles. Por supuesto. La masacre del día de San Benet, que llevó al lector de Dremen a declarar la crisis de fe, lo que desembocó a su vez en las guerras del desierto y en que cierto soldado, de camino al sur a Samarak, aliviase la lujuria con una joven Leahna.

«Lo que desembocó en mí».

—No te preocupes. No importa.

—No pensé que precisamente tú lo olvidarás.

Pero lo había hecho. Molesto consigo mismo, Gair apretó los dientes.

—No... importa.

Mil ochocientos diecinueve muertes la primera noche de la matanza. Mercaderes eadorianos, todas sus familias, incluso los empleados, todos asesinados. Las iglesias incendiadas con sus congregaciones dentro, las puertas cerradas y atrancadas. El resto del Imperio se enteró por primera vez cuando unos pescadores zhiman-dari empezaron a capturar en sus redes más cosas aparte de jureles.

La noticia tardó mucho en llegar a Dremen. Cuando los caballeros partieron era demasiado tarde, pues no quedaba vivo un solo hombre del norte en El Maqqam.

Quienes habían evitado las espadas de hoja curva de los cultistas, habían perecido víctimas del inflexible calor del desierto. Los caballeros que intentaron defenderlos murieron clavados a espinos en una parodia grotesca de la diosa a quien veneraban. Y de nuevo corrían vientos de guerra.

«No tendría que estar aquí».

Crispó las manos en puños. Fue necesario un esfuerzo de voluntad para abrirlas, más para dejarlas a los costados y no tirar al suelo la montaña más próxima de legajos inútiles que había...

Gair cerró los ojos y aspiró aire lentamente, exhalándolo incluso con mayor lentitud. Luego otro. El trueno del pulso en su oído empezó a ceder.

En el extremo opuesto de la sala, junto a la puerta, las estanterías estaban vacías, listas para ser rellenas. Pasó las yemas de los dedos por una. A pesar del polvo, conservaba las marcas que los volúmenes habían impreso en ellas.

«No debí haber venido».

—No encontraremos nada, Alderan. Llevamos dos días aquí, ya tendríamos que haber encontrado algo.

El anciano levantó la vista de los libros que distribuía en pilas.

—Puede —admitió—. Puede que no. Imposible saberlo sin buscar. —Tomó un libro de la pila más abultada—. Éstos son textos religiosos. ¿Por qué no empiezas a devolverlos a su lugar en la estantería superior?

—¡Estamos perdiendo el tiempo!

Alderan se mantuvo impassible, con los libros que tenía delante extendidos como un regalo. Gair tomó el volumen que coronaba la pila con tan pocas ganas que fue a parar al suelo. Después de devolver los demás a la estantería, se agachó para recogerlo.

Era un salterio, abierto por la cubierta. Tenía escritos un nombre y una fecha en tinta desvaída. Tal vez la fecha en que su propietario recibió sus espuelas, o el regalo de un pariente. Gair leyó de nuevo la fecha. Tres años antes de que Corlainn se sacrificara por su amada orden. Cerró el libro y lo puso en la estantería entre los demás. La mancha oscura que tenía en el lomo de cuero no parecía augurar nada bueno para el destino del caballero.

«Puede que tuviera uno o dos años más que yo. ¿Se preguntaría su madre qué había sido de su hijo? —Sintió una fugaz punzada de dolor—. ¿Lo hace la mía?»

Llamaron a la puerta. Seguidamente, una hermana tamasiana entró en la sala. Llevaba el rostro cubierto con la capucha y una bandeja en las manos con un servicio de té y un par de tazas que se dispuso a acercar a la mesa.

—Muy amable por tu parte, hermana. Gracias —dijo Alderan desde el extremo opuesto de la sala.

Dejó la bandeja y se dio la vuelta para marcharse. Mientras lo hacía, la escasa luz que se filtraba por las ventanas altas le iluminó el rostro. Gair reparó en la fea cicatriz

que tenía en la mejilla.

—¿Hermana? —Gair se acercó a ella—. ¿Estás herida? ¿Qué ha pasado?

La monja retrocedió, negando con la cabeza y sin pronunciar una palabra. Él levantó la mano hacia el borde de la capucha, pero ella se apartó, golpeándose la espalda con el marco de la puerta debido a las prisas. Una vez se hubo marchado, oyeron los pasos apresurados de unas sandalias. Se iba corriendo.

—¡Su cara! —Gair se volvió hacia Alderan, que permaneció inmóvil con otra pila de libros en las manos—. ¿Le has visto la cara?

—La he visto. —Le tendió los libros—. Obras de medicina.

—¿No te importa lo que le ha pasado? ¿Quién se lo ha hecho?

—Me importa, pero lo hecho hecho está. No puedo hacer nada por ella. Esto... — Señaló los libros—. Con eso sí puedo hacer algo, puede que cambiar innumerables vidas.

—¡Pero la han mutilado! ¡A una mujer que viste el hábito!

—Sucederán cosas mucho peores si cae el Velo, créeme. —Alderan devolvió los libros a la mesa, levantando una nube de polvo, y luego se volvió hacia él con los brazos en jarras, los ojos azules duros como el cristal—. ¿A qué debería dedicar mis esfuerzos, Gair? ¿Al caso individual o al conjunto? La arena se desliza por el reloj. ¿Por qué no me dices cómo tendría que usar el tiempo que queda?

Gair no tenía una respuesta que darle. Alderan estaba en lo cierto. Como una sanadora en el campo de batalla, tenía que trabajar allí donde pudiera hacer mejor servicio, dedicándose a aquellos casos cuya supervivencia fuese más probable. Cualquiera otra opción suponía malgastar esfuerzos. Aturdido, tomó una pila de libros y la llevó a las estanterías, con una sensación de sorpresa y desesperación en la boca del estómago. Sus manos trabajaron metódicamente para repartir los volúmenes por el estante, pero lo único que podía ver era la cara de la monja, cuyas cicatrices se le habían antojado más terribles por quedar ocultas bajo la capucha.

Cortes de cuchillo. Los bordes de las heridas eran demasiado limpios para que se tratara de otra cosa. Y eran recientes, a juzgar por la inflamación y los puntos donde tuvo las costuras. ¿Lo que le había sucedido a esa monja era el motivo de que la hermana Sofi dijera que necesitaban una escolta armada para salir de la ciudad?

Una mano le aferró el brazo para darle la vuelta. Estuvo a punto de que los últimos libros se le escaparan de las manos.

—¿Qué le has dicho? —La ira había hecho palidecer a Sofi—. ¿Qué has hecho?

—Nada, hermana. ¡Lo juro!

Se agachó para recoger los textos caídos, pero ella se los quitó de las manos. Empujada por la ira se situó sobre él, encorvada, con las manos crispadas en puños a los costados de las amplias caderas.

—Resa está agitada por algo que has dicho o hecho, así que dime de qué se trata o

por San Tamas que yo... —Se mordió el labio para no pronunciar el resto de la amenaza.

Gair se puso en pie, con las manos extendidas a los lados.

—Le vi la cara y pregunté si estaba malherida, eso es todo. Pensé que tal vez podía ayudarla.

—¿Ayudarla? —Sofi frunció los labios—. No puedes ayudarla. Nadie puede. La diosa se habría mostrado piadosa si llega a llevársela consigo ese día.

—Hermana, ¿qué le sucedió? —preguntó Gair en voz baja.

Sofi cerró los ojos y procuró calmarse aspirando lentamente y exhalando de la misma manera. Luego apartó la mirada.

—Hay tantos pobres en esta ciudad, tantas personas que no tienen medios para criar a sus hijos. Ayudamos a los que podemos. Resa cantaba para entretener a los pequeños, mientras que la hermana Avis repartía alimentos de un carro. Versos y rimas, juegos con aplausos. Disfrutaba haciéndoles reír.

Se hundió de hombros, el rostro contrito, y no pudo resistirlo cuando Gair la llevó hacia una silla. Se miró las manos, entrelazadas sobre el regazo.

—Ella nació en el desierto, fue la primera novicia gimraeliana que nuestra hermandad ha tenido en dos generaciones. Una joven encantadora con una sonrisa perenne en los labios. Estábamos tan orgullosas de ella. Entonces llegaron los cultistas.

Encogió los labios, la boca abierta, esperando unas palabras que no acudieron. Gair sirvió té, añadió una buena cucharada de miel y ofreció la taza a Sofi, que la aceptó.

—Dijeron que estaba predicándoles. Corrompiéndoles. La hermana Avis quiso intervenir y la apartaron a empujones. Se dio un golpe en la cabeza con un carro, en la rueda. Y después le quitaron a Resa la voz. —Las lágrimas humedecieron el rostro de Sofi, brillantes a la luz del atardecer—. ¡Le quitaron la voz!

Ahora comprendía qué significaban las cicatrices.

—Le cortaron la lengua.

—Se enfrentó a ellos. Peleó como un tigre.

Resultó fácil imaginarlo. La joven forcejeando, el cuchillo. Lo extraño era que no se hubiese ahogado en su propia sangre.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Gair.

—En la capilla. —Sofi levantó la cabeza. El dolor le había cubierto los ojos de lágrimas—. Reza por los hombres que se lo hicieron. Por que la madre los perdone, pero no sé cómo nuestra santa madre podría hacer algo así.

Gair se volvió hacia Alderan, que asintió y dijo:

—Ve. Yo sigo aquí.

Gair no vio a nadie mientras recorría los pasillos y claustros de la casa hermana en dirección a la capilla. Sofi le había dicho que el resto de las hermanas estarían trabajando en los jardines, reparando los desperfectos causados por la tormenta, así que era poco probable que encontrase a alguien que pudiera informar de su presencia a la superiora. De todos modos anduvo con buen paso, para asegurarse.

Las tamasianas habían ocupado el edificio suvaeano, que habían hecho suyo, convirtiendo el patio en un huerto de árboles frutales, y la armería y forja en un taller para efectuar arreglos menores relacionados con el metal. Sin embargo, aún había indicaciones que apuntaban al propósito original de los edificios: los marcos de piedra rozados, el suelo del umbral desgastado por el constante tráfico de personal, y el refectorio y los dormitorios que habrían acomodado diez veces el número de monjas que había actualmente. En tiempos sirvió de cuartel.

Flanqueaban la entrada de la iglesia bajorrelieves de caballeros. Las ramas de los árboles tallados tras ellos se alzaban para abarcarlos con un arco. La puerta estaba entreabierta y se abrió en silencio cuando Gair la empujó. Franjas de luz coloreada caían sobre la capilla de la casa hermana, como si los santos de las vidrieras que había en el techo refulgieran por obra de la gracia de la diosa, en lugar de hacerlo por el sol que brillaba en el exterior. Las hileras de bancos estaban vacías, el grueso libro que reposaba en el facistol estaba cerrado, esperando al servicio de vísperas. En el altar elevado temblaba la luz de algunas velas, cuyas llamas se reflejaban en las hojas del roble que lo presidía, dando la ilusión de que las sacudía la suave brisa.

En la escalera que conducía al altar había una delgada figura ataviada con el hábito de las tamasianas. Resa se había bajado la capucha, e inclinaba la cabeza entregada a una plegaria como la de los santos de las vidrieras. Un mechón de cabello negro que escapaba de la capucha relucía a la luz de las velas.

Gair titubeó en el umbral. Le dolió el modo en que aquel adusto silencio que reinaba en la iglesia le resultaba familiar. Olió la cera, la madera vieja, el papel y la piedra. Estaba excomulgado y no podía entrar en ese lugar, en suelo sagrado. Tal como había dicho la hermana Sofi, ni siquiera tendría que estar dentro del recinto de la casa hermana. La marca que tenía en la palma de la mano empezó a dolerle. Se la frotó con la otra mano e intentó convencerse de que el dolor sólo era fruto de su imaginación. Lo hecho hecho está.

Entonces, por primera vez en casi año y medio, hincó la rodilla en tierra y se inclinó ante el roble, con la mano derecha en el corazón, la palma de la mano izquierda en alto, extendida.

«Perdóname, madre».

La quemazón no cesó.

Gair se puso de nuevo en pie y anduvo en dirección al altar. Se encontraba a medio camino de allí cuando vio a Resa moverse. La cicatriz relució en su mejilla,

pero se ajustó la capucha y se apartó de la luz que entraba por las ventanas.

Hizo un alto, sin atreverse a interrumpir.

—He venido a disculparme, hermana.

A juzgar por su postura, seguía estando tensa, incómoda, como un animal salvaje que se dispone a emprender la huida.

—No estuvo bien por mi parte mirarte de ese modo. Perdóname.

Con una mano delgada le señaló la escalera que había a su lado, seguidamente se cogió de manos e inclinó de nuevo la cabeza. Gair supuso que le había invitado a rezar con ella. Con cuidado de no mirar más que al frente, cubrió el trecho que le separaba de la escalera del altar.

Delante del imponente roble de bronce que decoraba la pared, había un árbol sin hojas, más pequeño, en mitad de la prístina tela blanca que cubría el altar. Estaba hecho de clavos largos como su mano, y tan gruesos como el dedo índice, apagados y negros como quejigos. Alrededor de las ramas de hierro del árbol había una cadena de hierro, de la que colgaba un medallón cuyo tamaño no era mayor que una uña.

Se le hizo un nudo en la garganta, grande como un puño, cuando comprendió, aturdido pero seguro de ello, que en el árbol había dos uñas por cada hombre y muchacho que en el pasado había hecho de la casa hermana su hogar.

«Que la diosa esté con vosotros, hermanos».

Después de diez años en la casa materna, no pudo evitar sentirse conmovido por lo que el herrero anónimo había hecho, tomando el frío hierro de una muerte horrible para transformarlo en símbolo de vida. Inclinó la cabeza y rezó por ellos, pero las palabras sonaron a hueco en su interior, como dichas en una habitación vacía. Después de pronunciar el «que así sea» final, esperó, pero lo único que oyó imponerse al lejano murmullo del canto fueron los latidos de su propio corazón.

Se santiguó y levantó la vista hacia el roble. ¿Por qué iba a esperar otra cosa? La diosa llevaba callada muchos años. Demasiados, quizá.

Alzó el brazo para aferrar el pasamano y ponerse en pie. Rápida como una víbora, la mano de piel morena de Resa le asió la muñeca izquierda. Se volvió para mirarla.

—¿Hermana?

Ella mantuvo la cabeza gacha, ocultando las cicatrices, mientras le daba la vuelta a su mano hasta dejar la palma al descubierto.

Ver la marca ya no causaba el mismo efecto en él que al principio. Se había acostumbrado a su fealdad, y la tirantez de los músculos que tenía debajo le hizo pensar que, pasado año y medio desde el incidente, nunca recuperaría en esa mano la flexibilidad original. Para una creyente como Resa, la marca simbolizaba todo aquello que despreciaba debido a su educación. «No sufrirás la vida de un brujo».

Pero al contrario que Sofi, ella no retrocedió al ver la marca. En cambio, tiró de su mano hacia la luz y, lentamente, recorrió el contorno de la marca del brujo con la

yema del dedo, como si con ese gesto lo grabara en su memoria.

Entonces levantó el rostro y le miró a los ojos.

El cuchillo del cultista había recorrido desde la comisura izquierda del labio casi hasta el ángulo que forma la mandíbula bajo la oreja. A la derecha el corte se desplazaba arriba hacia el pómulo, y la piel había cicatrizado mal, deformándole el labio superior de modo que su expresión era una mueca desdeñosa.

Los ojos castaño oscuros permanecieron atentos a su reacción. No desafiantes, como los de Aysha, sino recatados. Tan sólo el rastro colorado en el blanco de los ojos le dio a entender que había estado llorando.

Gair no podía poner palabras a lo que sentía. No estaba seguro de que tuviera nombre. Era oscuro, ardiente, y ascendía desde la boca del estómago como una oleada, provocándole un cosquilleo en las palmas de las manos, ansiosas de echar mano de la espada.

—Lo siento, hermana.

Ella movió un dedo, amonestándolo levemente. No tenía por qué disculparse, parecía decir. Luego señaló el roble, cuyas hojas de bronce relucían a la luz de las velas. Lo sucedido había sido por voluntad de la diosa, o tal vez se refería a que la sagrada Eador juzgaría a los culpables cuando acudieran en su presencia. Fuera como fuese, no había nada que él pudiera hacer.

¿O sí lo había?

Cuando el pensamiento se instaló en su mente, se alzó el canto, dando pie a una miríada de posibilidades. Su potencial murmuró en todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, esperando a que su voluntad le diese forma.

Una voz del subconsciente le advirtió ante la posible presencia de un cazabrujos en las inmediaciones de El Maqqam, pero la voz era leve como el mero zumbido de un insecto atrapado, y fue fácil hacer caso omiso. Lo que le habían hecho a esa joven era una barbarie. Algo inhumano. Tal era la maldad que atentaba contra todo aquello en lo que él creía. Tenía que hacer algo. Tenía que hallar el modo de hacer justicia.

Con el poder canturreando en su interior, extendió la otra mano hacia la mejilla de Resa, que se apartó de ella, ceñuda, temerosa.

—No voy a hacerte daño —dijo—, pero tendrás una sensación extraña.

«¿Qué te propones hacer? Vamos a...» Hizo a un lado la voz de Alderan, sepultándola. El tejido exigía de toda su atención.

El canto le causó un hormigueo en las yemas de los dedos cuando apoyó la mano sobre la mejilla de Resa. Ésta abrió los ojos desmesuradamente. Irguió la espalda, luego abrió la boca cuando la conmoción se fundió en un asombro sin igual. Tenía el aspecto que Gair imaginaba que debía de tener alguien agraciado por la diosa.

Su propio canto era algo frágil, deslavazado y débil como una planta que llevase más tiempo de la cuenta a oscuras. Sólo disponía del instinto y del recuerdo de los

esfuerzos sanadores de Tanith, pero envolvió el canto en torno a ambas cosas y lo encaró hacia la luz.

El murmullo cobró intensidad. Había pasado de un gemido que apenas era audible al zumbido ronco del vuelo del moscardón. Gair, ceñudo, renovó su concentración en el canto y recuperó la intensa alegría que le recorrió los nervios. Nunca se cansaba de esa sensación. Era capaz de resucitar a un muerto. Se sentía tan vivo...

El dolor le laceró la mente, un dolor sordo como el que causa un golpe en la cabeza. Los nervios protestaron, la música del canto se transformó en una cacofonía chillona. Retrocedió para apartarse de ella, y el tejido se hizo añicos en ardientes pedazos que se hundieron en su cerebro como las garras de un depredador.

Cómo dolía, por lo santos. Cada latido de corazón le suponía una oleada de dolor que reverberaba en su mente. Logró por los pelos evitar que la hermana Resa cayera al suelo desmayada. La apretó contra su pecho, cerró con fuerza los ojos y esperó a que el dolor cediera terreno.

Cuando hubo disminuido lo bastante para arriesgarse a moverse, comprobó el pulso y la respiración de la monja, para asegurarse de que no fuera más que un simple desmayo, y la tumbó con cuidado en el suelo, con la capucha cubriéndole la cabeza. Después tomó asiento en los peldaños que llevaban al altar, el rostro hundido en las manos.

Debía de haber cometido un error, habría hecho algo mal. Apenas le sorprendía, porque intentar algo tan complejo como la sanación sin contar con instrucción alguna... Si Tanith se enteraba, le haría pedazos. Además, las heridas de Resa eran antiguas, ya se habían cerrado. Dudaba que nadie fuese capaz de ayudarla, ni siquiera Tanith o Saaron. ¿Por qué se le había pasado por la cabeza que él sería capaz de hacerlo?

Apoyó la barbilla en una mano, mirando a la monja inconsciente. Conservaba la fea cicatriz que le deformaba la expresión, así que al menos no había empeorado las cosas. Tenía la sensación de haber metido la cabeza bajo la campana de una capilla que acabase de llamar a la oración. Su única esperanza consistía en no haberla lastimado.

Se pasó los dedos por el cabello y dejó caer las manos a los costados. Había llegado el momento de afrontar las consecuencias.

«Pide a la hermana Sofi que baje a la capilla —comunicó mentalmente a Alderan—. Resa necesita un lugar tranquilo para descansar».

«Ya va de camino. —Hubo una pausa—. Tú y yo tenemos que hablar. Ahora».

«Iré dentro de un momento».

«No te entretengas».

Cuando llegó Sofi, Gair le contó que Resa se había desmayado al levantarse

después de rezar. Era una verdad a medias que la monja aceptó, a pesar de la mirada suspicaz que le dedicó. No mucho después de que Resa se levantara, Sofi se ocupó de ella y ya no tuvo tiempo que dedicarle. Se quedó el tiempo necesario para asegurarse de que la joven no hubiera sufrido daños, luego aprovechó la distracción de Sofi para retirarse en silencio.

Subió la escalera y anduvo hasta el cuarto donde guardaban los libros de los caballeros. De camino intentó dar con lo que podía haber causado aquel repentino sonido discordante del canto. La explicación más probable era que sencillamente se debía a una distracción suya: tan volcado estaba en sus emociones que había perdido la concentración. No era la primera vez que el temperamento le traicionaba.

Al entrar, encontró a Alderan ocupado devolviendo los libros a las estanterías, aunque la cantidad de volúmenes que quedaban sobre la mesa y apilados en diversos puntos de la estancia no parecía moco de pavo. El anciano se volvió para mirarle, pero volcó de nuevo la atención en la pila de libros que tenía en la mano.

—Espero que te sientas orgulloso de ti mismo —dijo mientras los colocaba.

A Gair aún le dolía la cabeza de resultas de su fracaso a la hora de sanar a la joven monja.

—No especialmente.

—Se supone que debemos ocultar nuestra presencia aquí. ¿Te acuerdas de eso? —Cada palabra de Alderan reverberó en su mente—. Si hay un cazabrujos a cien leguas de El Maqqam, o, que la diosa nos guarde, si Savin anda cerca, acabas de prender una hoguera para que nos localicen. Eres fuerte, muchacho, pero por los santos que eres tan sutil como un deslizamiento de tierras. No puedes volcar todo lo que tienes en el tejido y confiar en que suceda lo mejor.

—Bueno, perdóname —replicó Gair—. No cuento con el beneficio de todos tus años de experiencia.

El anciano lanzó un bufido.

—Eso salta a la vista.

Frustrado, enfadado consigo mismo, Gair cerró la puerta dando un portazo.

—Maldita sea, Alderan, ¿qué querías que hiciera? ¿Dejarla desfigurada? ¿Dolorida? ¡Tenía que intentar ayudarla!

—¿Y lo lograste?

—No. —La ira le abandonó, dejándole vacío. Se recostó en la silla, cabizbajo—. He fracasado.

—No puedes sanar una herida cuando ha cicatrizado, Gair —le recordó Alderan.

—Lo sé.

Pero de todos modos lo había intentado, conmovido al ver las cicatrices de Resa, incapaz de quedarse de brazos cruzados. Había corrido un gran riesgo, traicionado quizá por la ubicación de la cicatriz, y no había obtenido ningún beneficio del

esfuerzo. Alderan no dijo nada, pero era obvio que reprobaba la decisión de Gair. El anciano tomó la siguiente pila de libros que descansaba sobre la mesa y los distribuyó en la estantería.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, al cabo, sin darse la vuelta.

—Eso parece. La hermana Sofi cuida de ella. —Gair irguió la espalda y se restregó la cara con las manos—. Sé que hay un punto más allá del cual sanar no sirve de nada. No sé qué pensé que podía conseguir. Tenía que intentarlo.

Alderán se volvió hacia la luz para estudiar el último libro. Era grueso, pesado, del tamaño del *Libro de Eador*, y su encuadernación estaba tan agujereada que era imposible leer el título que tuvo en su momento. Acarició con las yemas de los dedos las letras supervivientes, antes de dejarlo con cuidado en el estante, junto a los demás.

—Tal vez pensaste que si podías sanar las cicatrices de Resa, las tuyas tendrían alguna posibilidad.

Gair abrió la mano izquierda. El sudor perlaba las arrugas de la palma de la mano, casi como si la marca de la brujería, con forma de ojo, estuviese llorando.

—Eso no se me había ocurrido —admitió. Se limpió la mano en el pantalón—. Ella la vio. Me refiero a la hermana Resa. Después me mostró el rostro.

Alderán sopesó otra pila de libros y se dispuso a llenar el siguiente estante.

—Es una joven muy valiente. Muchos no habrían soportado seguir vivos después de sufrir un ataque así.

De nuevo en su interior acusó Gair el atisbo de aquel fuego oscuro.

—Creo que rezar la consuela.

—Eso suele pasarles a los fieles. —Libro a libro, fue colocándolos todos en la librería—. ¿Lo echas de menos? Me refiero a rezar. Las distintas misas.

De niño, el servicio matinal formaba parte de su vida. Era demasiado joven para cuestionárselo, y cuando todos allí acudían a rezar, él imitaba su ejemplo. Se sentaba en un banco detrás de una familia, junto a otros huérfanos, para escuchar al padre Drumheller pronunciar la misa tras el facistol. Más tarde, en la casa materna, donde se observaba toda la liturgia y la asistencia era obligatoria, ya no tuvo más remedio que ir a misa, por mucho que ya no oyera hablar a la diosa.

—Al principio echaba de menos la rutina. Aún no he superado la costumbre de madrugar. Pero ¿rezar? —Gair levantó una montaña de libros de la mesa, dispuesto a ayudar a Alderan—. No, no lo echo de menos. Ya no hay nada en la Iglesia que sienta mío.

Antes de ese día tan sólo había entrado en una capilla en una ocasión desde que abandonara la casa materna. Después de la campanada baja, cuando todos en la casa capitular dormían, se arrodilló al fulgor leve de la lámpara con la pena sonrojándole las mejillas, intentando abrir el corazón a la diosa, pero mantuvo las manos crispadas en puños a los costados. Entonces supo que la fe que había tenido siempre había

desaparecido.

Devolvió los libros al estante, uno tras otro, antes de regresar al asiento y repasar la siguiente pila pendiente. El poemario, idéntico al que descansaba debajo de su almohada en el ala de invitados, seguía donde él lo había dejado. Tocó la cubierta ajada, los cortes desiguales de las hojas que se habían soltado de la encuadernación, y luego lo sumó a la pila apropiada para devolverlo a la librería, antes de abrir el siguiente volumen.

Quizá leería un poco más esa noche, cuando no pudiera pegar ojo. Intentaría desentrañar unas palabras más a la luz clara de Lumiel, o se limitaría a tener el libro en las manos y recordar la voz de Aysha. No le curaba el dolor, pero suponía mayor consuelo para él del que había obtenido jamás rezando.

Hora de bailar

La túnica de obrero que llevaba Gair era áspera y picaba, además de sentarle algo justa a la altura de los hombros. También albergaba la sospecha de que no era la única criatura que la habitaba. Pero era necesario disfrazarse para salir a la ciudad, y el *barouk* del desierto no le permitiría hacerse pasar por un humilde carretero. Con un sencillo *kaif* que le ocultaba el cabello rubio y un velo que le cubría el rostro, se encogió en el asiento del carro para disimular la impresión que daba su altura, y condujo las dos mulas por las calles bajo la dirección de la nudosa hermana Avis, sentada a su lado.

Resa había ido a verle aquella mañana al archivo. No le pareció que hubiese sufrido ningún daño por el torpe intento que hizo de sanarle. Mediante gestos le explicó que se había propuesto ir a dar de comer a los pobres, sin dejarse intimidar por el ataque que había sufrido la última vez que lo hizo. Le pidió ayuda, aunque él ya había decidido ofrecerle su espada. Alderan se había ausentado por asuntos propios, de modo que no había nadie presente para impedirselo. Además, llevaba tres días dentro y necesitaba salir de esa estancia, respirar aire fresco en lugar del polvo de aquellos libros cuyos dueños habían muerto.

Encontraron abarrotadas las calles de El Maqqam, a pesar de la hora temprana. Los mercaderes habían levantado los puestos, y los tenderos abrían las contraventanas de las tiendas y barrían la entrada. Los niños correteaban entre la multitud, persiguiéndose unos a otros, además de a los perros flacuchos que recorrían los bazares en busca de cualquier resto de comida al que hincar el diente.

En las jambas de las puertas y en los dinteles, Gair reparó en la imagen del sol de los muchos rayos. La acción del tiempo atmosférico los había desgastado, pero había muchos que parecían recién pintados.

—¿Hermana Avis? —susurró—. Las imágenes del sol sobre las puertas... ¿Significan lo que yo creo que significan?

—Significan que el dueño es leal a Silnor. Un cultista. Ahora hay más que nunca.

—La monja flacucha compuso una expresión desaprobadora—. Esta ciudad no es lo que era.

Gair observó cómo la corriente se abría y cerraba en torno al carro. Tan cerca de la puerta meridional, la plaza estaba atestada de mercaderes y ciudadanos, con carros llenos y conductores de ganado procedente de las granjas que se repartían a lo largo del valle fluvial. Podía haber sido día de mercado en cualquier ciudad, en cualquier lugar del Imperio, pero las pieles oscuras y la ropa la identificaban como una ciudad del desierto, por no mencionar la casi total ausencia de gente del norte.

Nadie le miró o se mostró amenazador con él, aunque tampoco nadie se entretuvo en prestarle la menor atención. El miedo había arraigado. Incluso los habitantes del lugar lo acusaban. No hables, no llates la atención. Gair tocó con la punta del pie el *qatan* oculto bajo el asiento del carro, cerca, a mano. Bastaba con una chispa para prender el miedo como un incendio que devora la hierba seca a finales de verano.

«Resa, espero que sepas lo que haces».

Siguiendo la dirección que le señalaba la hermana Avis, condujo el carro por la plaza hasta el punto donde los mendigos se habían puesto a cubierto de la muralla, lejos del sol. Cuando se detuvo, el grupo se dispersó, convertido en individuos, la mayoría mujeres y niños andrajosos. Cuando Resa saltó del carro, los gestos y las expresiones de rechazo se convirtieron en murmullos de deleite y los niños se agruparon alrededor de sus faldas. Ellos, al menos, parecían impermeables al miedo. Las manos le tocaron las cicatrices, pero ella sonrió y besó sus caras de extrañeza, antes de acercarse a Avis para revelar los sacos de provisiones.

Mientras una fila desigual se formaba tras el carro, Gair paseó la vista por la plaza, cuidando de no fijarse demasiado en nada concreto. La mayoría de los lugareños mantenían la vista al frente y no prestaban atención a las dos monjas, sin embargo los hubo que cruzaron al otro lado de la polvorienta plaza, con expresiones desaprobadoras y miradas furibundas.

Si Resa reparó en aquellos gestos, no dio muestras de ello. Se había retirado un poco la capucha, de modo que no le cubría por completo el rostro, y sonreía mientras tendía la fruta y el pan. Con la mano libre hacía el gesto de la bendición, y si no lo devolvían no arrugaba el entrecejo ni los regañaba. La comida era entregada a cambio de nada, distribuida de forma equitativa, sin importar la respuesta de quien la recibiera.

Tal vez se debiera al hecho de verla sonreír, pero las cicatrices no se antojaban tan terribles, aunque era difícil estar seguro a esa distancia. Como si ella hubiera percibido la mirada de él, levantó la vista. Esa vez le dirigió una sonrisa que era sólo para él, y seguidamente inclinó la cabeza. Él hizo lo propio.

No había hecho mención a lo sucedido en la capilla. Él no sabía si ella era consciente de lo que había hecho o si no se acordaba, porque cuando quiso

disculparse ella hizo un gesto para restar importancia a sus palabras.

De pronto la multitud compuesta por mujeres se dispersó, todas tropezando, perdiendo las cosas que les había entregado. Hombres calzados con botas las apartaron a patadas del camino y empujaron con rudeza a los niños. Los más pequeños se pusieron a llorar.

Gair se volvió en el asiento del carro. Cinco hombres se abrían paso en dirección a ambas monjas, con los velos del desierto colgándoles holgados en el pecho. Tenían la ropa polvorienta, a excepción de los fajines amarillos, bajo los cuales ceñían los gastados *qatan*. A pesar de la sencillez de su indumentaria se manejaban como si vistieran como príncipes.

Fajines amarillos. Amarillos como el sol. Cultistas. No mostraban a las claras su fidelidad bajo la camisa, como los de Zhiman-dar, pero colgaban un pulgar del fajín, con chulería, para llamar la atención. Incluso el modo que tenían de mirar a su alrededor tenía por objeto convertirlos en el centro de todas las miradas.

Gair se agachó un poco para acercarse la espada.

El mayor, el más ancho de espaldas de los cinco, se bamboleaba al frente del grupo, atusándose el imponente bigotón con los dedos índice y pulgar. Resa se había arrodillado para calmar a un niño que lloraba, y Avis se situó delante de ellos, intentando escudarlos a ambos, cosa que la joven monja no estaba dispuesta a tolerar. Se levantó y se puso junto a Avis para encarar al cultista con la cabeza bien alta y las manos entrelazadas a la cintura. El niño que lloriqueaba miró por detrás de su falda, el rostro húmedo aún, cubierto de lágrimas.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó el hombre, burlón, en lengua común, con intención supuestamente de intimidar a Avis, que provenía del norte. Lanzó un escupitajo al suelo, a los pies de Resa—. Pensé que habrías aprendido la lección.

Gair sintió en el pecho cómo ardía lentamente un foco de ira. El muy cabrón vanidoso había tenido algo que ver con la agresión de las hermanas.

—Llevamos a cabo una buena obra —dijo Avis, cuya voz experimentó un leve temblor—. ¿Qué tiene de malo dar de comer a los pobres?

—Aquí sabemos cuidar de nuestra gente —espetó otro de los hombres—. No necesitamos que nos corrompas.

El líder recogió un pan, que rompió en dos pedazos y olisqueó.

—¿Envenenado? —preguntó antes de arrojarlo a un lado—. ¿O sólo envenenáis a nuestros niños con vuestras mentiras?

Cogió al niño del hombro y lo apartó a rastras de Resa, ignorando los sollozos y las manos que extendía hacia ella. El pequeño forcejeó para librarse del hombre, hasta que logró echar a correr hasta la monja, a cuyas piernas se aferró. Ella le rodeó el hombro con el brazo con gesto protector.

Los demás cultistas arrugaron el entrecejo, apoyando la mano en el puño de la

espada. Con la esperanza de que siguieran pendientes de las monjas, Gair se agachó para empuñar su espada.

La hermana Avis sacudió la cabeza con desaprobación.

—La palabra de la diosa no es ninguna mentira. Sólo dice la verdad.

—¡La falsa verdad! —espetó el hombre—. ¡Porque la diosa no existe!

Al hablar escupió saliva en el rostro de la monja, que dio un respingo. El cultista tomó el roble de madera del hábito, y dio un fuerte tirón de la correa de cuero para arrancárselo del cuello.

—Dónde está ahora su poder, ¿eh? —Dejó caer el roble al suelo y lo aplastó con un pisotón, haciéndolo pedazos. Avis palideció, pero sin perder la compostura—. Ella no tiene poder aquí.

—Su poder reside en el corazón de todos los hombres de buena voluntad —dijo la monja—. Ella está en todos nosotros. Si al menos quisieras escucharla.

—¡Mentiras!

El cultista descargó una bofetada con el dorso de la mano sobre Avis, que trastabilló en brazos de Resa con el labio partido.

Gair empuñó la espada y saltó del carro.

—¡Basta!

Media docena de pasos lo situaron entre los cinco hombres y las monjas.

—Estas mujeres no buscan pelea con vosotros.

—La fe de los *ammunai* no es bienvenida aquí —advirtió el líder de los cultistas—. ¡La gente del desierto no responde más que ante el nacido del sol!

Resa se puso delante de Gair. El cultista frunció los labios. Hizo ademán de hablar, pero ella levantó una mano para silenciarlo. Señaló al cielo, luego a la tierra, extendió las manos para abarcar con un gesto toda la plaza, después se llevó las manos al corazón. Gair comprendió el gesto. Todas las cosas. Toda la gente, era una bajo el amparo de la diosa. Era la manifestación de fe más simple, más elocuente, que había presenciado, a pesar de no haberse dicho una sola palabra.

—Bruja idólatra —gruñó el cultista, cuyo acero silbó al ser desenvainado—. Te has apartado de la senda verdadera, ¡y por eso morirás!

La hoja se lanzó hacia la monja. Gair desnudó el *qatan* y se lanzó a fondo para que ambas armas se cruzaran a la altura de la cintura.

—He dicho que basta.

Se interpuso entre Resa y él, levantando y apartando el arma del cultista, que se vio obligado a retroceder.

El hombre del bigote esbozó una sonrisa desagradable y se cambió el *qatan* de mano.

—Así que han encontrado un caballero que las proteja. Vigila que el destino que tuvieron los últimos caballeros que caminaron por estas arenas no recaiga también

sobre ti.

—Yo no soy caballero —dijo Gair—, pero me interpondré entre estas mujeres y vosotros hasta que uno de nosotros caiga.

Una melodía familiar había empezado a recorrerle la sangre. Saludó con el *qatan* como si fuera una espada larga. El sol lacerante parpadeó junto a la hoja, a pesar de que él se sentía frío como una piedra.

—Puede que el velo te oculte el rostro, pero la voz te delata, *ammanai*. —El cultista crispó los dedos, y el resto de los hombres desenvainaron los aceros—. Apártate de nuestro camino.

—Volved al carro, hermanas. Nos vamos. —Gair tendió la vaina vacía a Resa.

—¿Para que podáis extender la corrupción en otra parte de la ciudad? —El cultista, ceñudo, no apartó la vista de él—. El Maqqam está al amparo de la luz de Silnor. ¡Aquí no sois bienvenidos!

Levantó de nuevo la espada, y sus cuatro compañeros hicieron lo propio.

Había llegado la hora del baile.

Los cultistas cerraron sobre ellos, lanzando un grito en gimraeliano. Se oyó el entrecocar del acero cuando Gair detuvo los primeros golpes, girando sobre los talones para toparse con un hombre que se le acercó por retaguardia. No hubo tiempo para andarse con contemplaciones: se limitó a ensartarlo con el arma y asegurarse de acabar con él.

La sangre salpicó la falda de la hermana Avis.

—¡Ten piedad, madre! —exclamó, santiguándose cuando el tipo cayó entre sollozos, aferrado a la herida.

Gair se olvidó de él mientras proseguía el baile. Ya giraba de nuevo sobre sí, inquieto el *qatan* en la mano, mientras apartaba espada a espada y mantenía a raya a los cultistas. Con cada arco que trazaba, gotas de sangre salpicaban el polvo, obligándole a parar de forma poco elegante. Cuando desvió una de las armas de su trayectoria, la otra le hizo un corte en el costado izquierdo, a la altura de las costillas.

Gair pronunció una maldición y reculó un paso. Le dolía horrores el costado. En algún lugar de la atestada plaza, una mujer ahogó un grito y los hombres se volvieron para seguir con atención el intercambio. Creyó ver un destello amarillo entre ellos. Dos cultistas cargaron. Gair apenas tuvo tiempo de reconocer que la sangre de una de las espadas era suya, antes de que el dolor y la ira le nublasen la mente y perdiese toda capacidad de contención.

No comprendió el significado de las palabras que voceó mientras esgrimía el arma. No acusó la vibración de la hoja en la muñeca cuando alcanzó el hueso, ni oyó el sonido sedoso del acero que desgarró la carne. Se dio la vuelta una y otra vez entre golpes y estocadas, hasta que no quedó nadie en pie capaz de responder ante ellos.

Alguien le tocó el brazo, y Gair se dio la vuelta con el arma en alto.

Avis, inclinada desde el asiento del carro, apartó la mano rápidamente.

—Vamos —dijo, lívida, mirando con inquietud a los espectadores—. No hay tiempo.

Gair contempló el gentío, reparando en las miradas de hostilidad. Había tres hombres que yacían inmóviles a sus pies, y un cuarto estaba tirado sobre un charco de sangre a unos pasos de distancia. El quinto, el del mostacho, sangraba de un corte en el muslo, pero seguía de pie, con las manos en torno a la empuñadura de la espada ensangrentada que mantenía en alto, en posición de guardia. A su espalda empezó a agruparse el gentío.

Avis tenía razón. Había llegado la hora de marcharse.

Arrojó el *qatan* al interior del carro, junto a Resa, e intentó impulsarse para subir a él, pero sintió tal dolor que acabó cayendo con torpeza sobre el lado opuesto, con medio cuerpo fuera. La multitud avanzó entre murmullos. Gair apretó con fuerza los dientes, se asió con la mano derecha, y Resa tiró de él por las axilas, lo justo para que él mismo pudiera afianzarse.

—¡Vamos! —gritó. Algunos de los hombres que marchaban a la cabeza del gentío iban armados—. ¡Rápido!

—¡Arre! —Avis azuzó a las mulas. El carro arrancó, traqueteando sobre el empedrado, lejos de la plaza.

Tendido entre los sacos y los cestos de la parte posterior del carro, cada bache suponía para Gair ver renovado el intenso dolor de la herida. Resa se inclinó sobre él y separó la tela que la cubría.

—Estoy bien —dijo él, sin aliento—. Creo que no es muy profunda. —Estaba mintiendo porque el dolor decía lo contrario.

Ella le ordenó callar con un gesto y utilizó un retal para secar la sangre. Rebuscando entre las provisiones, encontró una botella de agua cuyo contenido vertió sobre la herida. Él contuvo un grito cuando la hermana Resa palpó la herida para asegurarse de que no fuera profunda. Asintió, satisfecha. Le tocó suavemente una costilla y, con la otra mano, hizo un gesto para darle a entender que se trataba de un corte de espada.

—¿Ha alcanzado la costilla?

Resa asintió de nuevo. No muy seria. Con las manos hizo el gesto de enhebrar una aguja: había que coserla.

El carro dio un nuevo bote en una encrucijada, y Gair maldijo de nuevo en voz alta.

—Lo siento —se disculpó entre jadeos cuando cedió el dolor—. Es que escuece un poco.

Arrebujado entre las sacas y los cestos, Gair cerró los ojos e intentó aislar la conciencia que tenía de la herida. Más puntos. Aún conservaba los que le habían dado

en el hombro. Sin duda Alderan tendría algo que decir cuando regresara a la casa hermana.

Portento

La nieve caía de nuevo cuando Teia salió del refugio. Copos densos, blancos, que cubrían como un manto las tiendas y se apilaban sobre los árboles, encorvados bajo el peso de la nieve en las ramas como ancianos cansados por el peso del invierno.

Apenas había amanecido, pero el fuego ardía con ganas y el contenido de la olla hervía sobre las piedras. Lenna se encontraba junto al fuego, cubierta por un manto níveo, revolviendo el guiso con un cucharón.

«Para la banfaít. Para mí».

Cuatro días ya. Teia había insistido en que podía apañárselas, cuidar de sí misma, pero en cuanto le dio la espalda, allí estaba una de las mujeres para servirle comida o té. Incluso Gerna lo hacía cuando le tocaba, aunque se mostraba tan obsequiosa que Teia se alegraba cuando dejaba de atenderla. Cada tarde, uno de los hombres le levantaba el refugio o atendía a *Finn* con la diligencia que habría dedicado a su propio caballo. Nadie revelaba quién daba las órdenes.

—Buenos días, banfaít —saludó Lenna, sirviéndole la taza—. Aquí tienes tu té.

—Gracias, Lenna.

Con las manos alrededor de la taza para entrar en calor, Teia sorbió el té y bostezó mientras veía cómo aumentaba la actividad en el campamento. A la escasa luz, la gente se movía por la nieve como en sueños; parecían lejanos, como si no fueran del todo reales. Incluso sus huellas se llenaban en seguida, casi como si la nieve, impaciente, estuviera empeñada en borrar su presencia de la faz de la montaña.

«Como si nunca hubiéramos estado aquí. Como si las personas de carne y hueso no perteneciesen a este lugar».

Se estremeció al levantar la vista hacia Tir Malroth, pero la nube estaba demasiado baja para ver el pico bífido de la montaña. No era de extrañar que sus sueños fuesen tan oscuros de un tiempo a esa parte, cuando cada paso que daba la llevaba más cerca de la Montaña Embrujada.

La pasada noche no había constituido una excepción. Estaba de vuelta en las

cuevas, y la piel de lobo de Drwyn se había arrancado a sí misma del marco del que pendía para perseguirla a través de túneles infinitos, diciendo con voz amenazadora que no había lugar entre los Crainnh para ella. Cuando finalmente encontraba el modo de salir al exterior, lo hacía a una ladera desierta sobre una llanura cubierta de ceniza, humo y muerte hasta donde alcanzaba su mirada.

Se había despertado sin aliento, con la garganta seca y los pulmones como si llevara leguas corriendo. La persecución bajo tierra no había sido más que una pesadilla fruto de los sucesos recientes, pero la llanura arrasada... eso tenía la aureola de una adivinación, había puesto en jaque su sueño, de tal modo que cada vez que se oía un ruido procedente del exterior de su refugio se había despertado con el corazón en un puño.

El contacto de una mano en su hombro casi bastó para que diera un respingo.

—¡Ay!

Lenna retiró la mano.

—¿Va todo bien, banfaít? —Parecía medio aterrorizada, con los ojos de musaraña abiertos como platos, la cicatriz de la mejilla lívida debido al frío.

—Lo siento. Sí, todo bien. —Teia esbozó una sonrisa—. Me has asustado, nada más.

—Quería saber si has terminado. —Lenna señaló el refugio—. ¿Puedo recoger las mantas?

Por un instante, Teia pensó en responder que no y encargarse de ello personalmente, pero se había asustado tanto al ver la primera luz que conjuró, por no mencionar que poseía el don de la adivinación, que Lenna casi había tardado dos días enteros en dirigirle la palabra sin encogerse. Sería más fácil dejarle hacer, por poco acostumbrada que estuviese Teia a que la sirviesen.

—He terminado —dijo. La joven desapareció en el interior.

Alguien se acercó al fuego. Iba encorvado y sus pasos hicieron crujir la nieve. Baer la saludó con una inclinación de cabeza.

—Banfaít.

—Baer. ¿Te apetece un poco de té?

—Sí, gracias.

Teia le sirvió una taza del cazo que se mantenía caliente sobre las piedras, al borde del fuego. Tomar el té con Baer se había convertido en una rutina diaria. Él la ponía al corriente del avance del día anterior y de los planes que había trazado para esa jornada, igual que lo habría hecho un jefe que conversara con su portavoz.

¿Ése era el puesto que ocupaba? Sorbiendo el té, le miró con el rabillo del ojo. Si esperaba contar con sus consejos, lo cierto era que no tenía muchos que darle. Haciendo a un lado sus supuestos dones, una joven como ella no tenía mucho en lo que aconsejar a un veterano como él. A pesar del tiempo que había pasado con

Drwyn, no había aprendido gran cosa acerca del papel de portavoz. Ytha siempre se había mostrado muy discreta a la hora de aconsejar al jefe.

—Esta mañana el vigía vio algo que podríamos cazar —dijo, al cabo—. Como alces, pero más pequeños, o eso me ha dicho, y también vio unos cervatos. He enviado a dos hombres para que cacen uno, a ver si tienen buena carne.

Eran las primeras piezas mayores que un ave que habían encontrado en su recorrido por las montañas. Nadie del grupo parecía tener un gramo de grasa más de la cuenta, así que Teia sabía que estaban acostumbrados al pan duro y las raciones magras. Lejos de las llanuras conocidas y los lugares donde sabían que encontrarían buenas piezas, incluso en invierno, eran conscientes de que tendrían que afrontar tiempos duros.

—Buena idea —dijo—. Necesitamos carne fresca, sobre todo los hombres, si quieren mantener su fuerza.

Dejó de hablar. De pronto se sentía estúpida. Baer llevaba diez años exiliado; sabía de sobra cómo alimentar a los suyos para sobrevivir al invierno. ¿Qué podía decirle que no supiera ya? Agachó la cabeza para disimular el hecho de que se había sonrojado, y se concentró en el té. Lo mejor que podía hacer era representar el papel que le habían asignado los Perdidos, y confiar en no acabar haciendo el ridículo.

Cuando terminó el té, Baer apuró su taza como si aquello fuera una señal de que la conversación había terminado. Pero entonces se quedó mirando el fondo de la taza, y se pasó la lengua por los labios mientras esperaba a dar con las palabras adecuadas.

—Habla, Baer —dijo en voz baja—. Prefiero saber qué piensas, antes de pasarme la vida intentando adivinarlo.

—Quizá los demás aún no se hayan dado cuenta, pero parece que nos dirigimos hacia Tir Malroth —dijo finalmente, sin apartar la vista del fondo de la taza.

—Y eso te preocupa.

La miró brevemente antes de responder.

—Pues sí.

—Es la única ruta segura a través de las montañas. Drwyn envió exploradores al paso, eso lo sé seguro. Nunca nos habrían dejado pasar.

«¿Y si resulta que también envió exploradores al paso inferior de Tir Malroth? ¿Y si nos capturan y me devuelven a Drwyn, o a Ytha?»

Pero dejó de pensar en ello antes de seguir hablando.

—Nadie toma este camino.

—¡No por falta de motivos! —replicó él—. Es Tir Malroth, muchacha. ¡La llamamos la Montaña Embrujada! —Se mordió la lengua para evitar seguir hablando. Movi6 la mandíbula—. Discúlpame, banfaít. He hablado más de la cuenta.

—Baer, soy lo bastante joven para ser tu hija, así que no tienes por qué disculparte conmigo. —Con cautela, puso la mano en su brazo. Echaría de menos su compañía si

los dejaba ahí, pero después de todo aquélla era su empresa, no la de ellos—. Agradezco toda la ayuda que me habéis prestado hasta este momento. No teníais que acompañarme y os lo agradezco mucho. Entenderé que no queráis seguir adelante.

—¿Y dejarte ir sola? —Resopló—. Neve me mataría. Además, aquí en las montañas hay mejores refugios que en las llanuras. Y ahora quizá también tengamos caza. —Entrecerró los ojos para protegerlos de la nieve que caía cuando miró las nubes y dejó la taza—. Será mejor que nos pongamos en marcha en seguida. Nos espera un ascenso muy pronunciado, y esas nubes siguen cargadas de nieve. Puedo olerla.

Cuatro horas después, un agudo silbido procedente del frente detuvo en seco a la columna que avanzaba con dificultad por un extenso valle boscoso. Teia, que charlaba con Neve, miró a su alrededor y vio que Isaak y Varn la saludaban a través de los árboles, el primero con un ciervo sobre los anchos hombros, el otro con ambos arcos a cuestas.

Baer adelantó al grupo desde la retaguardia y saludó a Teia.

—¿Vienes conmigo, banfaít, a ver qué ha encontrado Isaak?

Ella apartó a *Finn* de la columna y le siguió al lugar donde los dos hombres caminaban hacia ellos a través de la honda capa de nieve. Ambos iban cubiertos de blanco, y a juzgar por sus expresiones estaban a punto de reír. Teia desmontó con cuidado y echó atrás la espalda dolorida mientras esperaba a que los cazadores la alcanzasen.

Isaak descargó el ciervo y lo tendió a los pies de Teia. Lo había alcanzado limpiamente, una flecha en el corazón. Tan sólo un poco de sangre manchaba el pecho del animal, que conservaba en los ojos muertos un poco de la luz que habían tenido estando vivo.

—¿Servirá? —preguntó él.

Teia se arrodilló en la nieve y se quitó los guantes, antes de poner la mano en el flanco del animal. Los demás se agruparon a su alrededor, susurrando y mirando por encima de los demás. Su atención la puso tan nerviosa que cerró los ojos, y los susurros cesaron.

Ytha apenas había llegado a mostrarle el truco que le permitiría utilizar su magia así, más allá de su cuerpo. Se concentró en la textura de la piel bajo la palma de la mano, la leve calidez que transmitían los órganos que había debajo, y recurrió a su poder. Al principio no fue más que un hilo, que ella dejó que le fluyera por el brazo, hasta la mano y el ciervo.

Ninguna otra melodía le dio la bienvenida, puesto que el animal estaba muerto, pero había algo... Casi un eco, o un espacio donde hubo algo que ahora había desaparecido. Se esforzó en palpar su forma, inundado el sentido. No se trataba de la

vista, ni del tacto, pero le llenó la conciencia con tal plenitud que la boca se le hizo agua.

Abrió los ojos y sonrió a Isaak.

—Sí, servirá. Es una pieza excelente. Y esta piel —añadió, acariciándola— hará buen cuero, lo bastante suave para hacer prendas de abrigo.

El joven esbozó media sonrisa y desenvainó el cuchillo.

Teia se puso en pie y le dejó hacer, incapaz de soportar los olores y ruidos que resultaban de aquella labor, por necesaria que fuera. Le dolía de nuevo la espalda, y andar pareció aliviarle un poco el dolor, aunque su paso se volvía más y más parecido al de un pato a medida que se le hinchaba el vientre. Antes de abandonar las cuevas ya había forzado los viejos pantalones de Drwyn, pero ahora le resultaba incómodo llevarlos. También tenía los pechos muy sensibles: los pezones, antes rosados, estaban oscuros e hinchados.

Quizá debían quedarse un tiempo en ese valle. Estaba abrigado del viento, con los flancos cubiertos por vegetación y terreno boscoso, y un arroyo cuyas aguas fluían demasiado rápidas para congelarse del todo. Podían cazar más, construir un ahumadero para curar la carne, e incluso hacer salchichas. Dejar descansar a los animales, y descansar ellos también. Al cabo de cuatro días en esas condiciones... Se llevó la mano a la espalda dolorida. Lanzó un suspiro. Descansar no parecía un mal plan.

Pero el tiempo corría en su contra, era un enemigo más peligroso que la Hueste Féerica y la hueste de Drwyn juntas. Si transmitía su advertencia al Imperio con tiempo suficiente para prepararse aún habría esperanzas. Si lo hacía demasiado tarde, sería como si nunca hubiese emprendido ese viaje.

Al frente los árboles se estrechaban hasta desaparecer de la vista entre las rocas que bordeaban el río que recorría el valle. La nieve caía más de prisa, compensando los copos pequeños con un volumen que doblaba al anterior. Apenas podía ver la orilla opuesta. Se detuvo junto a los árboles; cerca del agua, las piedras descansaban sobre un lecho de hielo, coronado por copos de nieve. Allí tendría que pisar con cuidado.

Sacudió la nieve de un árbol caído que se alzaba al borde de las rocas, donde sus vecinos proporcionaban cierto cobijo, y se dispuso a sentarse a su sombra. En cuanto dejó de dolerle la espalda, empezaron a hacerlo los pies. Siempre le dolía algo, era como si el dolor nunca cesara, sino que se alojaba en otra parte de su cuerpo. Alabada fuera Macha, todo habría terminado en tres meses, más o menos.

Las montañas rodeaban el valle, los picos extraviados en la capa de nubes bajas y la nieve que se precipitaba desde ellas. Sin ver el cielo no podía orientarse en relación de la corona bífida de Tir Malroth. Ni siquiera tenía la certeza de que hubiesen tomado el sendero correcto; escoger el camino era como perseguir a un ratón entre

los pliegues de una manta arrugada: al cabo de un rato, todos los valles laberínticos tenían el mismo aspecto. Nieve y árboles y rocas, todo gris y blanco, con apenas un retal de color a la vista.

¿Cuánto quedaba hasta alcanzar el paso? ¿Cinco días más? ¿Seis? Baer era incapaz de aventurar una cifra. Ninguno de ellos conocía el sendero, pues el conocimiento del mismo se había perdido junto a las vidas de quienes pusieron nombre al pico bífido. Tendría que volver a contemplar las aguas para trazar la ruta.

Excepto que no podía olvidar el sueño que había tenido. Le había imbuido un gran temor, un miedo tan informe y oscuro como la sensación que transmitía la Montaña Embrujada, que se alzaba cerca, un miedo tan denso que casi podía saborearlo. Sacó de la bolsa que llevaba atada al cinto el platito de bronce que se había acostumbrado a llevar desde que inició su viaje. Recogió un poco de nieve y recurrió al poder para derretirla en agua. El platito mantuvo el equilibrio sobre su vientre, entre ambas manos, cuando Teia se abrió a lo que fuera que le mostrasen las aguas.

Incendios en las llanuras. Huida. Muerte. Maegern al acecho. Rojo y negro, ceniza y sangre. Nada nuevo. La imagen volvió a formarse en el ojo siempre vigilante del escudo del Cuervo, horrible, vivo, consciente de la existencia de ella, sabedor de sus temores más profundos, de sus deseos más íntimos. Entonces pestañeó, abierto de nuevo como un ojo humano, tan azul que se antojaba violeta sobre la piel clara de un rostro manchado de tierra.

Tardó un instante en comprender que era su propio rostro, tan ojeroso y endurecido que parecía el de un extraño. Un mechón de cabello blanco le colgaba sobre el recuerdo de la herida de la cabeza. El instinto la llevó a tocarla, y en el agua la mujer, ella, levantó también una mano para tocarse la cicatriz.

Se iba haciendo realidad. Había descubierto las primeras canas cuando esa mañana se cepilló el cabello utilizando el espejo que Drwyn le había regalado. Eran cuatro pelos recién salidos, pero constituían la prueba de lo que estaba por llegar.

«Muéstrame».

Oscuridad.

«Muéstrame».

Una negrura tan absoluta que el platito de las manos se convirtió en un agujero en el mundo. La luz del día era incapaz de penetrarlo, ni el viento agitaba la superficie. Cerró los ojos y se concentró, entregándose tanto como pudo a la visión, tal como sabía hacer. Su futuro tenía que reservarle algo más que eso.

«Muéstrame».

Pero la oscuridad permaneció, indescriptible e inabarcable. Frustrada, Teia vertió el agua del platillo, que fue a caer a sus pies, centelleando sobre las rocas. Si hubiese tenido ocasión de aprender de Ytha más cosas acerca de la adivinación... Los dos últimos intentos habían arrojado el mismo resultado: sólo aquellas imágenes con las

que estaba familiarizada, y luego la oscuridad. ¿Suponía la muerte? ¿La pérdida de su talento? ¿O simplemente quería decir que Maegern y la Hueste triunfaban?

El platillo vacío resbaló de sus manos para caer sobre la roca con un sonido metálico. Teia se llevó a los labios los dedos temblorosos. Por Macha, ¿estaría llevándolos a todos a una muerte segura en la Montaña Embrujada?

—¿Banfaít? —Oyó la voz de Baer procedente de los árboles que había tras ella. La nieve crujió a su paso.

Se puso en pie rápidamente, recogiendo el platillo y vaciando las últimas gotas de agua a la vista de todos como si hubiera terminado. El jefe no podía ver extraviada a la banfaít, o, aún peor, llorando. No después de que hubiera depositado su confianza, y por consiguiente la de toda la banda, en ella.

—¿Estás bien? —preguntó cuando llegó junto a ella. ¿Tenía los ojos llorosos?

—Estoy bien, Baer. —Sonó más calmada de lo que se sentía—. ¿Ha terminado Isaak con la pieza?

—Sí. Creo que esta noche cenaremos bien. —Levantó la vista al cielo—. No quedan más que una o dos horas de luz. Tendríamos que preparar temprano el campamento, aquí mismo, y luego descansar mientras podamos.

—Estoy de acuerdo. Seguro que los ponis lo apreciarán. Las últimas leguas han sido muy duras para todos. —Más tiempo perdido, pero el descanso y la comida caliente les reforzaría frente a las exigencias de los días que tenían que afrontar.

Teia hizo un esfuerzo por mostrarse segura de sí, y devolvió el platillo a la bolsa.

—Por la mañana seguiremos adelante.

Los ojos oscuros de Baer estudiaron su rostro.

—¿Sigue siendo nuestro camino el correcto?

—Por supuesto. —Teia asintió con firmeza.

Era todo cuanto podía hacer.

Una cena caliente beneficiaba el sentido del humor de todo el mundo. La carne fresca, tierna, sabrosa, aún lo beneficiaba más, y el ambiente en torno al fuego se relajó, casi se volvió jovial. Una o dos personas levantaron, incómodas, la vista, hacia la montaña bífida, pero no había mucho que ver en una noche tan nublada, así que en seguida encontraron más interesante el contenido de sus cuencos. Incluso Gerna dejó de quejarse, y se hinchó a venado hasta acabar con la barbilla brillante de grasa.

Después de la cena, Baer dobló los vigías. Teia le miraba de vez en cuando mientras Lenna preparaba el té, y reparó en que los hombres iban bien armados. La banda había recuperado las jabalinas de los otros Maenardh cuando cayó su líder, y los que iban armados con arco habían aprovechado esa tarde el rato que tenían de descanso para rellenar con flechas las aljabas. Cuando Lenna se dedicó a su propia cena, Teia esperó a que Baer pasara por su lado.

—¿Te apetece tomar un té conmigo, Baer? —preguntó. El veterano titubeó un instante, pero se le acercó. Cuando se agachó para tomar el cuenco, ella le preguntó en voz baja—: ¿Pasa algo?

—No, banfaít. No falta nadie —dijo, pero le conocía lo bastante bien para reconocer el tono forzado.

—Has doblado la guardia y los has enviado muy atrás en el camino, lejos del fuego. Mi padre es guerrero, Baer. Sé todo lo que hay que saber sobre la visión nocturna y que la luz de las antorchas o las hogueras entorpece la vigilancia. —El hombre se mostró incómodo, como un niño al que han sorprendido haraganeando—. ¿Por qué vigilan?

—Puede que sea algo, puede que no sea nada —admitió finalmente, rascándose la raíz de la coleta—. En el último valle por el que pasamos, el vigía creyó divisar una hoguera. Lejos, a más de un día de nosotros. Se lo contó a Varn cuando le relevó, y Varn me lo ha contado a mí.

—¿Tú también lo has visto?

—Sí. —Sopló la superficie del té mientras Teia pensaba.

—¿De cuánta gente crees que estamos hablando?

Él se encogió de hombros.

—No puedo estar seguro. Ni siquiera puedo estar seguro de lo lejos que están. Aquí cuesta calcular la distancia cuando se te acostumbran los ojos a las llanuras.

Conque los estaban persiguiendo, ¿eh? Hacía tiempo que habían dejado atrás las tierras de los clanes, y aunque Drwyn siguiera convencido de que ella iba a dar a luz a su heredero, habría volcado todos sus esfuerzos en la diáspora y en su nombramiento como jefe de jefes. A partir de ese momento podría escoger la mujer que quisiera. Más bonita, más obediente. Cada clan querría proporcionar esposa al jefe de jefes. Incluso su apetito prodigioso se vería saciado.

Se mordió el labio, con la taza olvidada entre las manos. Si no eran los guerreros de Drwyn, ¿quién iba a seguirlos a través de las montañas? Entonces cayó en la cuenta.

—Los Perdidos.

Baer parpadeó.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —Y así era, lo sentía en los huesos, aunque no podía decirle por qué—. Son como nosotros, Baer. Lo sé.

Baer negó con la cabeza

—Aedon me guarde. ¿Podrías hacer algo para ver quiénes son?

—No. Para verlos necesito un gancho al que poder aferrarme para arrancar, alguien que conozca, o un lugar conocido que me sirva de guía. —Agachó la cabeza y tomó un sorbo—. No domino tanto el talento como parece creer.

—Entonces tendré que enviar a un hombre allí para ver qué pretenden. —Baer terminó el té dando dos rápidos y profundos tragos—. Tal vez quieran unirse a nosotros —dijo con amargura.

—Tal vez. —Teia reparó en lo poco que le gustaba la idea—. Es posible que eso no nos suponga un problema, Baer.

—Pero es más probable que sí lo haga —gruñó—. Esa última banda nos superaba en número en una proporción de dos a uno. Si no llegas a ahuyentarlos, no habríamos sobrevivido. —Sacudió de nuevo la cabeza, la coleta se balanceaba de un lado a otro—. Si son ellos y cierran sobre nosotros, lo perderemos todo.

—Si se unen a nosotros, tendríamos más lanzas con que defendernos —replicó Teia. Cuanto más lo pensaba, más adecuado le parecía.

—Más bocas que alimentar —concluyó él—. Tal como están las cosas, apenas tenemos para los nuestros.

—Más cazadores equivale a más caza. Dentro de un día o dos habremos dejado atrás los árboles. Hasta que crucemos la siguiente cresta podríamos tener dificultades para encontrar caza.

Él sacó mandíbula, componiendo una expresión beligerante.

—Nos las apañaremos.

—Podríamos apañárnoslas mejor con un grupo más numeroso.

Clavó en ella una mirada inexpresiva, los ojos como piedras pulidas a la luz del fuego.

—No me gusta nada.

—No dejaré gente atrás, Baer, ni siquiera a los Maenardh. No para que sirvan de presa a la Hueste Féérica. —Tragó saliva, recordando la última vez que había contemplado las aguas—. A diario siento cómo se acerca.

El jefe-que-no-era-un-jefe siguió mirándola, hasta que al cabo inclinó la cabeza, fruncidos los labios para darle a entender que seguía descontento, pero que no estaba dispuesto a seguir discutiendo.

—Como deseas, banfaít. —Suspiró. Su aliento formó una nube de vaho—. Enviaré a un explorador a lomos de uno de los ponis. Podrá alcanzarnos al otro lado de la cresta.

Dejó la taza, echó a andar y se perdió en la noche.

Por la mañana, cuando Isaak se presentó junto a su fuego en lugar del hombre que era jefe en todo menos en el nombre, concluyó que el explorador a quien Baer había enviado a investigar era él mismo, y que a partir de ese momento ella, y sólo ella, tendría que liderar a su gente.

El bosque salvaje

Tanith se sentó con la espalda recostada en el tocón de un roble alcanzado por un rayo, echando un ojo a la olla que había puesto al fuego, esperando a que llegase un guía. Había encendido con cuidado el fuego, en la tierra, bien rodeado por piedras, y había utilizado madera caída. En los bosques de Bregorin, no era buena idea mostrarse descuidado con una llama si esperaba que los del bosque le prestasen su ayuda.

Árboles ancianos la rodeaban. Hayas de amplios troncos como los pilares de un puente, castaños cuyas enormes ramas se inclinaban tanto bajo su propio peso que casi tocaban el suelo, todo ello cubierto por una densa capa de musgo, como una andrajosa tela de terciopelo. Incluso el ambiente bajo esa densa cúpula estaba lastrado por el peso del tiempo.

Con la corona de tréboles, salpicado por brillantes hojas nuevas, el roble señalaba el punto más lejano al que Tanith había llegado a través del bosque. No era que el avance fuese difícil. De hecho, todo lo contrario: los árboles estaban muy espaciados y eran tan altos que podía cabalgar sin problemas debajo, pero cualquiera que fuese la dirección que tomara, no importaba lo cuidadosa que fuera a la hora de avanzar en línea recta, siempre, al cabo de unos minutos, se encontraba de vuelta junto al roble. Simplemente el bosque no la quería allí. Tenía que esperar a que llegase el guía.

Llevaba todo el día esperando. Hizo pan, leyó el libro. Se sentó recostando la espalda en el roble y observó el paso de los ciervos a través de los árboles, atenta a la respiración del bosque a su alrededor, esperando a que se presentara su guía. Sospechaba que él ya sabía de su presencia allí.

Ella revolvió el guiso de conejo, y luego cubrió de nuevo la olla, antes de dejar la cuchara encima del plato. Incluso el sonido metálico se vio enmudecido, ahogado por el ambiente denso. En la distancia tamborileó un pájaro carpintero, una serie de golpes agudos seguida por el silencio.

Percibió una presencia en él en cuanto llegó a la linde del bosque, después de

cinco días a caballo desde su casa a orillas del Mere. Al principio no estuvo segura de si sencillamente se trataba de la paciente quietud que se daba bajo árboles tan venerables, pero un día atrás había sentido que alguien la observaba. Los colores de una conciencia le habían rozado el rostro con la suavidad de un hilo de telaraña, tan sutil el roce que apenas lo registró su conciencia. Cuando se extendió hacia él no halló nada, no con los ojos, ni con el canto. Lo único que había percibido a su alrededor era otra vida. Lenta y dormida entre los árboles, ácida en los helechos, desplegándose entre las rocas cubiertas de musgo, latente, escabulléndose de las aves invisibles. El bosque estaba repleto de vida: escarabajos, ciempiés, musarañas, polillas. Un millar de ojos, ninguno de los cuales pertenecía a quien la vigilaba.

Tanith se acomodó en el tronco del roble y cerró los ojos. Tenía que ser paciente porque cuando escogiera el momento, se revelaría. Si intentaba buscarlo o apresurar su encuentro, lo más probable era que no apareciera, y entonces tendría que cubrir a caballo las leguas que la separaban de Mesarilda. Los bregorinos eran lentos a la hora de compartir sus secretos con los extranjeros, incluso con los astolanos cuya raza era tan antigua como la suya.

En el cielo se oyó el canto del chochín, que penetró las copas de los árboles antes de volar hasta el lado opuesto del claro y empezar de nuevo. Entre el final de una frase y el inicio de la siguiente, algo cambió en el bosque. Abrió los ojos.

El guardabosque se encontraba en el extremo opuesto del claro, oculto a medias tras un árbol. La ropa holgada, liviana, en tonos pardos y verdes, confundía su silueta, haciendo que prácticamente fuese imposible distinguirlo de la hoja y la corteza y la roca. Se quitó la capucha, dejando al descubierto el cabello de color caoba y los ojos oscuros en un rostro de piel marrón como madera de tremedal.

—Bien hallado —saludó ella, que se puso en pie para inclinarse levemente, tal como era apropiado hacer. Menos mal, porque se habría sentido ridícula intentando hacer una reverencia vestida con ropa de montar.

—Mi señora. —Él inclinó la cabeza también. Su voz era profunda, sonora. Una cinta de cuero en la frente le recogía la indomable melena—. ¿Qué trae a este bosque a una hija de Astolar?

—Tengo que hacer un largo viaje y debo hacerlo de prisa. Espero acortarlo, con tu ayuda.

—Deseas atravesar el bosque salvaje —dijo con tono neutro.

—Si tú me guías.

Él se apoyó en lo que en un principio a ella le había parecido un cayado, pero que en realidad era un arco largo, recio y casi tan alto como el hombre que lo empuñaba. Las flechas asomaban por la aljaba colgada del hombro.

—Últimamente pocos piden. Y son menos los que obtienen lo que buscan.

—Por favor. —Extendió las manos—. No te lo pediría si la necesidad no fuese

acuciante. Tengo que llegar a Mesarilda en el menor tiempo posible. El Velo que separa ambos mundos podría depender de ello.

Los ojos oscuros repasaron su rostro, calibrándola.

—¿Corre peligro?

—Un gran peligro. El Velo se debilita y existe una persona que tiene la voluntad y, me temo, los medios, para acabar con él. Alguien capaz de efectuar exploraciones mentales. Debo avisar al Imperio para que se prepare para la guerra.

—La guerra lleva a los hombres a talar madera. Eso perjudica los bosques.

—Mal augurio para todos si el explorador se sale con la suya. —Describió brevemente el debilitamiento del Velo observado por Masen, y los demonios que Savin había enviado sobre la casa capitular en persecución de los medios que le permitirían fracturar del todo su tejido.

—Si lo que dices es cierto... —El guardabosque parecía inquieto—. Hay que avisar al rey.

—Llévame ante él y yo se lo explicaré como te lo he explicado a ti.

El guardabosque negó con la cabeza.

—Imposible. El rey no recibe a nadie ajeno a la arboleda.

—¡Pero esto es importante!

—Perdóname, pero tal es la voluntad del rey. Yo no puedo cambiarla.

—¿Hay alguien con quien pueda hablar?

El guardabosque endureció la mirada, los ojos negros como la pez.

—No se te permitirá acceder a la arboleda, mi señora, de modo que no insistas. Yo te guiaré a través del bosque salvaje hasta los bosques que se extienden al norte de Mesarilda, pero no más allá de ese punto.

Contuvo la frustración y volvió a inclinarse ante él.

—Te lo agradezco. Por favor, acompáñame durante la cena. Tengo más que de sobra y también dispongo de pan recién hecho.

E inclinó la cabeza para señalar el pan que había hecho aquella mañana, envuelto en una tela.

—Un obsequio del horno —dijo él, adentrándose en el claro.

—Y un obsequio de la colina —concluyó ella la frase—, para que recuerden los corazones y las mentes.

La expresión pétrea de él cedió un poco, y la miró con cierta curiosidad.

—No hay mucha gente que conozca las antiguas costumbres, ni siquiera entre los tuyos.

—Leo mucho —dijo ella, encogiéndose de hombros—. No quería ofenderte.

—No lo has hecho. —Se encorvó para tomar un brote de una planta de flores azules que había entre las rocas, a sus pies, y se la ofreció.

—¿Qué es?

—Vervana del bosque. Le da buen sabor al guiso de conejo.

Tanith se llevó las hojas a la nariz.

—Huele bien. Picante. —Sonrió—. Gracias. Estoy familiarizada con muchas hierbas, pero no conocía ésta.

—Sólo crece aquí, en el bosque. —Se acuclilló, el arco sobre el regazo.

Arrojó las hojas a la olla, y preguntó:

—¿Tiene propiedades medicinales? Siempre ando en busca de nuevos remedios.

—Un té preparado con estas flores es el mejor remedio para el dolor de cabeza. Además... —Calló—. Creía que habías venido sola.

Tanith tapó la olla, la inquietud transformada en un escalofrío.

—Y así es.

—Pues entonces te han seguido.

Se puso en pie en un latido de corazón, la flecha en culatín, la cuerda tensa a la altura del oído, apuntando algo situado tras ella.

—Muéstrate, extranjero —ordenó.

Tanith llevó la mano al puño de la daga. No debía temer nada en ese lugar, en la linde del bosque salvaje, pero la cautela del guardabosque la puso en guardia. Observó los árboles y distinguió a un hombre que conducía un caballo del bocado. Al acercarse, reconoció su cabello rubio platino y las atractivas facciones angulosas.

—No pasa nada —dijo con un suspiro. ¿Ailric la había seguido?—. Le conozco.

El guardabosque bajó el arco, pero mantuvo la flecha en posición.

—¿Estás segura?

—Sí. No pretende hacer ningún daño.

Ailric se detuvo en un extremo del claro, las manos a los lados, separadas del cuerpo, para mostrar que no llevaba armas. Iba vestido para montar a caballo, con un par de alforjas llenas en la silla de la montura de pelo negro.

A Tanith se le cayó el alma a los pies. Iba preparado para efectuar un viaje largo.

—¿Qué haces aquí, Ailric? —preguntó.

—Protegerte. —Ató el caballo al árbol contiguo a donde estaba atada la yegua de ella—. Cuando acudí a tu casa y la encontré vacía, me preocupé por ti.

—¿Fuiste a ver a mi padre?

—Tanith...

—¿Te envió él en mi busca?

—Me contó adónde te dirigías. —Se le acercó, tendiendo las manos para alcanzar las suyas—. Por favor, Tanith, no le culpes por mi decisión. Las tierras humanas no son lugar para una hija de la corte blanca que viaja sin escolta.

Ella dobló los brazos a la altura del pecho, encajando las manos bajo las axilas, lejos del alcance de Ailric.

—No estoy hecha de porcelana. No me pasará nada.

Él dejó caer las manos a los lados.

—A diario nos llegan noticias del Imperio. Bandidos, ladrones... Ni siquiera los caminos mayores están a salvo, y ahora todo eso que nos contaste acerca del explorador... No puedo permitir que viajes sola.

¡Pero bueno!

—¿Que no puedes permitírmelo? —repitió ella—. No eres mi padre, Ailric, ni mi marido, para permitirme o no hacer nada. Además, no voy a viajar sola. El guardabosque me escoltará al borde del Gran Bosque, al norte de Mesarilda. Desde allí me queda menos de medio día a caballo hasta llegar a la ciudad. Estaré bien.

—Perdóname, me he expresado mal. —De algún modo se le había acercado con la mirada llena de ternura, teñida quizá por cierta inquietud—. Tu bienestar es mi única preocupación. No podría soportar que te sucediese algo malo, amor mío —dijo en voz baja.

—Vete a casa, Ailric.

El dolor le ensombreció las facciones.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

Tanith hundió las manos en los bolsillos y apartó la vista. El guardabosque, que esperaba al otro lado del fuego, estaba lo bastante cerca para haber escuchado la conversación. Que los espíritus lo impidieran.

—No insistas —dijo ella, bajando el tono de voz—. No hay nada entre nosotros.

Una caricia de dedos largos en la mejilla, momento en que ella le dio la espalda.

—¿De veras?

Él se situó de manera que pudiera acariciarle el rostro con la mirada. Sus atractivos ojos, del color del fuego, la habían calentado y fundido como mantequilla, la habían privado de su fuerza hasta el punto de ser incapaz de resistirse cuando él se le acercó, inclinó la cabeza y la besó.

«Amor mío —susurró en sus pensamientos—. Mi único amor, mi Tanith, mi prometida, soy tuyo y siempre lo seré, sé mía otra vez».

El beso, el sabor a baya y cedro, le resultaba familiar. El tacto de sus colores conjuró un aluvión de recuerdos. Manos fuertes en su cintura, llevándola a la musgosa orilla del lago. Cuerpos húmedos que se deslizaban sobre y contra el otro, y dedos que acariciaban, que la pellizcaban, que la rascaban como se rascan las cuerdas de un laúd, hasta lograr que entonase el canto del deseo.

En el pasado fue un error, y también lo sería en el presente. Tanith se separó de sus labios y dio un paso atrás.

—No. Ya no.

Le tembló la voz: con ira, con deseo, con demasiadas emociones encontradas, una maraña imposible de desentrañar. Despreciaba aquello en lo que él se había convertido, y también la parte de ella que, a pesar de todo, respondía a su tacto.

—No vuelvas a hacerlo.

Él extendió las manos, dando medio paso hacia atrás.

—Déjame acompañarte. Si no lo haces por mí, hazlo por tu padre.

—He aceptado guiar a una persona, mi señora, sólo a una —intervino el bregorino.

Ailric esbozó una sonrisa desenfadada.

—¿Tanto cambian las cosas entre escoltar a uno y escoltar a dos?

—No lo preguntaría si supieras lo que pides. —El guardabosque exhaló un suspiro, dispuesto a ceder—. Muy bien, os guiaré a ambos. Pero prestad atención a lo que voy a deciros: El bosque salvaje no es un lugar al que enviar a los niños de paseo. Tenéis que obedecer cualquier orden que os dé en el mismo instante en que lo haga, y sin rechistar. De otro modo no respondo por vuestra seguridad.

—Entendido —murmuró Ailric, que inclinó la cabeza de un modo que casi pudo interpretarse el gesto como un saludo cortés. Después añadió, dirigiéndose a Tanith —: ¿Por favor? Si estás decidida a continuar tu viaje, al menos déjame que te escolte a salvo hasta tu lugar de destino. Eso es todo lo que pido.

Sonaba sincero. Ella ignoraba lo que había dicho a su padre, pero lord Elindorien se preocuparía menos si sabía que Ailric la acompañaba. Ya tenía bastantes problemas que afrontar, problemas causados por ella, cuando regresase a la corte para ocupar el lugar que correspondía a su hija. Si así lograba ahorrarse preocupaciones, soportaría a Ailric un poco más, y tampoco podía permitirse el lujo de alienarlo por completo, no cuando algún día podía llegar a necesitar el voto de la Casa Vairene en la sala del consejo: por mucho que hubiese ofendido a los diez, seguía siendo la heredera de la Casa Elindorien, y segunda en la línea de sucesión al trono detrás de Morwenna. Con el tiempo, tendría que reconstruir los puentes que hubiera quemado ese día. Se preguntó, de nuevo, si permitir que Ailric la escoltara a la sala del consejo habría llevado a los demás miembros a tratarla de forma distinta cuando se dirigió a ellos, pero apartó ese pensamiento de la mente. No serviría de nada preguntarse por lo que podía haber pasado de haber tomado otro camino.

—Muy bien —dijo—, pero que conste que es sólo en calidad de escolta. Nada más.

—Por supuesto. —Se llevó la palma de la mano al corazón—. Mi señora.

Cruzó el claro para atender al caballo, y Tanith lo vio alejarse. Los pantalones de montar le favorecían el físico de caderas estrechas de un modo que le hizo morderse el labio cuando sintió un fuego inesperado en su interior. Sin importar aquello en lo que se había convertido, Ailric seguía siendo un hombre extraordinariamente atractivo.

Resopló y se cepilló el cabello con las manos, consciente del calor que le ruborizaba las mejillas. ¡Que los espíritus la guardaran! ¡Qué beso! Había estado a punto de caer de nuevo en su embrujo. Casi había olvidado todo lo que los había separado durante el tiempo que pasó en las islas, entre los humanos que él

despreciaba tanto; las egoístas exigencias de que regresara a Astolar, a su lado, y que abandonase su sueño de convertirse en sanadora. No podía permitir que su propio cuerpo desautorizase a la mente por segunda vez.

Para distraerse se encargó de preparar la cena, puso los platos y las tazas, cortó el pan. Cuando el guardabosque apareció silencioso a su lado con un cubo de cuero lleno de agua, Tanith dio un respingo.

—Perdóname. No pretendía asustarte.

—Es culpa mía. Estoy un poco distraída.

Al guardabosque no se le escapó la mirada que dirigió a los caballos, y se maldijo a sí misma.

—No te he preguntado el nombre. Yo soy Tanith, y él Ailric.

—Los nombres verdaderos tienen poder —dijo él, serio—. No tendrían que pronunciarse a la ligera, menos aún dejar que se utilicen en tu contra.

El poder del nombre. Era la magia más antigua, más aún que las herraduras, las ramas de avellano y brindar con vino por el recién nacido. Tan antiguo como el canto.

—Confío en ti —dijo Tanith con una sonrisa. Cuando el guardabosque permaneció en silencio, añadió—: ¿Cómo debo llamarte?

Por un largo instante él apartó la mirada en dirección al bosque, inexpresivo.

—Owyn —dijo antes de darse la vuelta para alejarse—. Después de la cena nos adentraremos en el bosque salvaje. Preparadlo todo para partir.

Cuando el sol se puso a poniente bajo las colinas astolanas y extendió sus largos dedos dorados hacia el bosque, Tanith y Ailric levantaron el campamento, cuidando de borrar todo rastro de su presencia allí. Dispersaron las piedras que habían utilizado para acotar el fuego, enterraron las cenizas, incluso diseminaron el lecho de hojas en el que Tanith se había sentado y dormido. A juzgar por su expresión, Ailric no lo entendía, pero obedeció sus órdenes y, cuando hubieron terminado, el guardabosque asintió satisfecho.

—Veo que has leído los textos adecuados —dijo.

Cuando montaron a caballo, Ailric se inclinó en la silla para preguntarle:

—¿A qué se refiere con que has leído los textos adecuados?

—Me documenté un poco acerca de las costumbres bregorinas antes de emprender el viaje. Consideran que su deber consiste en cuidar del bosque. Constituye una muestra de respeto comportarse adecuadamente en estos bosques.

Owyn tendió una imponente bellota a cada uno.

—No las perdáis —dijo. La nuez le pesaba más de lo que esperaba, y sintió un hormigueo en la palma de la mano—. Os protegerá de todo mal y os ayudará a evitar que podáis perderos. Yo conduciré tu caballo, mi señora, y tú conducirás el caballo de tu acompañante. No os apartéis del camino, no importa lo que podáis ver u oír.

Del interior de la bota sacó una flauta de madera y se puso a tocar. Era una tonada ligera, etérea, que danzaba como hojas movidas por la brisa, girando sobre sí, y reluciendo, sin repetirse nunca. En ella, Tanith reconoció fragmentos del canto de los pájaros, agua que fluía, incluso una risa. Frases musicales que flotaban a su alrededor en el ambiente, parpadeando, lejos de la vista, como hilo de telaraña.

«Como ver el canto en un complejo tejido, excepto que no hay urdimbre y trama. Sigue nuestro camino, o nosotros seguimos el suyo».

Se guardó la bellota en el bolsillo, y levantó la mano para tocar la música. Brillantes hilos enredados entre los dedos que se soltaban para caer flotando en la madera oscura. Se frotó los dedos. Sintió algo, algo fugaz. Seda de telaraña, quizá, insustancial como el aliento, a pesar de lo cual le había erizado el vello de los brazos.

—Es maravilloso —murmuró.

Owyn volvió la vista hacia ella, inclinó un poco la cabeza para mostrarse de acuerdo y siguió tocando.

Avanzaron por la espesura del bosque mientras el día menguaba y las sombras se amontonaban al pie de los árboles; a través de salas de las altas columnas que formaban las imponentes hayas, bañadas por la luz del atardecer; a través de claros brumosos, junto a los estanques donde moraba el silencio, hasta que finalmente alcanzaron un claro donde dos pilares de piedra desgastada se alzaban como huesos rotos entre la oscura hojarasca. Allí Owyn hizo un alto y dejó de tocar la flauta.

—Espera —dijo, caminando lentamente, la cabeza inclinada como si buscara escuchar un sonido que sólo él podía oír. Al cabo de un minuto de reloj, Ailric espoleó el caballo para pasar de largo junto a Tanith. Estaba a punto de dar voz a una pregunta, cuando Owyn levantó la mano sin darse la vuelta—: Esperad, por favor.

Tanith extendió el brazo para tocar el brazo de Ailric.

—Conoce el camino. Déjalo.

El astolano no se esforzó en disimular su irritación, pero se guardó sus pensamientos para sí.

Poco después, Owyn regresó junto a ellos y devolvió la flauta al lugar donde la guardaba en la bota.

—Por hoy no podemos seguir avanzando —dijo—. Tendríais que descansar.

Aunque lo dijo con tono suave, Tanith reparó en que su voz sonaba alta en ausencia de música, en ausencia de cualquier otro sonido. Desmontó para echar un vistazo a su alrededor, a los árboles que bordeaban el claro. No se movía una sola hoja entre las ramas. Reinaba el mismo silencio en el claro que en una capilla a medianoche.

—¿Cuán lejos hemos viajado? —preguntó Ailric cuando el guardabosque se disponía a llevarse los caballos.

—No tengo ni idea, el tiempo fluye de forma distinta en el bosque salvaje. Tendrás

que preguntar a Owyn.

—No creo que se moleste en responderme —dijo, bajando el tono de voz—. ¿Estás segura de que es de fiar?

—Compórtate —le regañó—. Ha aceptado guiarnos, y no nos ha dado motivo para pensar que se trate de alguien que no sea honorable. No desconfíes así de los extraños, Ailric.

Una marca en la superficie de la piedra más cercana le llamó la atención y se inclinó para examinarla. Siglos de la acción del tiempo y una capa de líquen gris y dorado habían oscurecido la práctica totalidad de su superficie, pero cuanto más cerca la miraba, más detalles creía apreciar en ella. La columna tenía toda la superficie cubierta por símbolos grabados, espirales e intrincados dibujos borrosos por el paso del tiempo. Apenas era posible distinguirlos del desgaste de la roca.

—¿Has visto esos signos? —preguntó.

Ailric echó un vistazo por encima de su hombro.

—¿Se trata de una forma de escritura?

Ella repasó los símbolos con la yema de los dedos.

—No sabría decirte. No reconozco la escritura, pero algo me dice que no se trata de un elemento decorativo.

Los símbolos encerraban algún significado, de eso estaba segura. Quienquiera que los hubiera grabado quiso que perdurasen, así que su mensaje debía de ser importante. ¿Tal vez una advertencia? ¿Una marca, como los mojones que se repartían a lo largo de los caminos mayores imperiales y que indicaban la distancia que separaba al viajero de la siguiente población?

Al otro lado del claro, Owyn había terminado de atar los caballos. Se levantó.

—Tenéis que descansar, por favor —dijo—. No hagáis fuegos en este lugar, y no abandonéis el claro. No tardaré en volver con agua para los caballos.

Antes de que Tanith pudiera preguntar por las piedras, el guardabosque se adentró en la espesura, y el silencio volvió a envolverlos como un pesado manto.

Rara vez el bosque estaba tan silencioso. Siempre había algo que crujía o temblaba, pero en ese extraño claro Ailric y ella eran las únicas criaturas que se movían. Ni siquiera un insecto. Para apartar de su mente aquel inquietante silencio, tendió la manta de viaje, dio de comer a los caballos y sacó algunas provisiones de las alforjas. A su regreso, Ailric había extendido cerca su propia manta, pero no tanto como para que se viera obligada a mover la suya. Después de una cena fría, regada con agua de la cantimplora, se fueron a dormir.

El ambiente siguió cargado, silencioso, a pesar de que el centro del claro quedaba abierto al cielo. Ailric se apartó la manta, irritado.

—Demasiado calor para estar en primavera —gruñó, antes de quedarse quieto, para poco después quitarse también la chaqueta—. ¡Y también para llevar cuero!

Tanith disimuló la sonrisa. Tenía su propia manta doblada bajo la cabeza, a modo de almohada. Yacía tumbada de espaldas, atenta a las primeras estrellas que aparecieron en el cielo cada vez más oscuro. Calculó que Lumiel no tardaría en salir, aunque sospechaba que los árboles que se alzaban a su alrededor eran demasiado densos para ver la segunda luna hasta que alcanzara una trayectoria más elevada en el firmamento. Por lo visto, las copas también escondían la constelación de Luzconstante. Miriel aparecería por ahí, a poniente, bajo Dragón. Excepto que la constelación de Dragón no estaba allí.

Se incorporó, alarmada.

—Ailric, mira las estrellas.

Él exhaló un suspiro y se dio la vuelta, la camisa se veía clara como plata en la oscuridad.

—Sí. Son muy bonitas.

Tanith le golpeó el hombro.

—¡Pasa algo raro! —Señaló—. El Dragón no está. Ni el Cazador. Ésa podría ser Amarada, pero parece como estirada, desproporcionada. ¿Dónde estamos?

Ailric se levantó y anduvo hasta el centro del claro, cerca de las piedras. Con las manos en las caderas, levantó la vista al cielo, girando sobre sí lentamente.

—Una pregunta más adecuada podría ser cuándo estamos —dijo, mirándola—. Aquí el tiempo fluye de manera distinta, ¿verdad? Quizá hasta ahora no habíamos tenido ocasión de comprobar hasta qué punto lo hace de forma distinta.

Eso tenía sentido. Los libros de cuentos están repletos de relatos de los guías bregorinos, y de cómo encontraron atajos a través del bosque salvaje. ¿Por qué había acudido ella a ese lugar, si no era para acelerar su viaje a Mesarilda? Debió de habérselo esperado, eso o algo parecido.

—Por supuesto —dijo, tumbándose de nuevo—. No lo había pensado.

Ailric regresó a su cama, donde se tumbó, apoyando el peso del cuerpo en un brazo. Su cabello claro relució argénteo como la camisa.

—No tienes nada que temer, amor mío. Cuentas con un guía y yo te mantendré a salvo. —Levantó una mano, como para tocarla, pero lo pensó mejor—. Que duermas bien.

—Y tú. —Tanith echó un último vistazo a aquellas estrellas desconocidas, antes de tumbarse vuelta hacia el otro lado y cerrar los ojos.

Reproches

¡Idiota!

Gair torció el gesto. A excepción de una toalla, yacía desnudo sobre la mesa de la enfermería de la casa hermana, mientras Alderan resoplaba y revolvía entre los botellines de los estantes. Las motas de polvo brillaban a la luz vespertina, iluminadas por la claridad que se filtraba por los postigos.

—¿En qué estarías pensando? Te dije que te mantuvieses al margen, y ¿qué es lo que haces? Pues vas y ensartas a cuatro guerreros del Culto en mitad de la plaza. ¡Es que eres un idiota!

—Ya te he oído la primera vez —murmuró Gair, que volvió la cabeza hacia un lado.

Alderan golpeó la mesa con el culo del botellín, y se inclinó para mirarle, tan pegado el rostro que apenas lo separaban dos dedos de su cara.

—Idiota —repitió, pronunciando las palabras con lentitud y precisión deliberadas.

—Las monjas habían tomado la decisión de ir. No podía permitir que fueran solas.

—¡Pues también ellas son idiotas!

Alderan descorchó la botella y vertió el contenido directamente sobre la herida de Gair. Cuando el líquido se extendió por la piel en carne viva, contrajo el cuerpo debido al dolor.

—Por los santos, pero ¿qué es eso?

—Tintura de yodo.

—¡Uau!

—No creas que vas a darme pena, no después de lo que has hecho hoy. Tal como estaban las cosas disponíamos de muy poco tiempo en este lugar, y aún tenemos que repasar la mitad de los libros. Ahora has llamado la atención del Culto sobre nosotros y las hermanas. Eres un...

—Un idiota, sí. No es la primera vez que lo mencionas.

Alderan arrugó el entrecejo y puso el corcho a la botella.

Sirviéndose de una aguja curva, cerró la herida con violentas y furibundas puntadas. Gair se esforzó por seguir quieto mientras le cosía la herida, pero tuvo que morderse el carrillo cada vez que su amigo le hundió la aguja en la piel. La tintura de yodo le había dejado muy sensible el costado, incluso un soplo de aire en la herida era como si acabara de clavarse unas ortigas, y Alderan no se estaba mostrando muy delicado.

Una vez hubo terminado, el anciano aprovechó para quitar los puntos de la herida del hombro, luego levantó el pulgar en el aire para señalar que debía sentarse. Lo hizo, con cuidado, y mantuvo las manos entrelazadas tras la cabeza y los brazos en alto mientras le vendaban la herida reciente.

—No sé en qué estabas pensando —murmuró Alderan mientras ataba el vendaje—. De hecho, lo más probable es que no estuvieras pensando en nada. Te juro que la diosa creó a los leahnos para enseñarnos al resto el auténtico significado de la palabra «tozudo».

Gair se bajó de la mesa.

—Ya has oído lo que ha dicho la hermana Sofi: no podía dejar que las monjas circularan por la ciudad sin protección, no después de lo sucedido a Resa.

Recogió su ropa del taburete que había junto a la pared y empezó a vestirse. El anciano mientras tanto se lavó las manos, que secó en el paño.

—Quizá no hayas pronunciado tus votos —dijo sin apartar la mirada de sus manos—, pero eres un caballero de corazón, leal como cualquiera que hiciese la vigilia para ganarse las espuelas.

—Un caballero tiene que tener fe en la diosa. —Gair se puso una camisa limpia por la cabeza y la metió bajo el pantalón—. Sólo hice lo que habría hecho cualquier hombre en las mismas circunstancias.

Por primera vez, Alderan suavizó un poco la expresión, a pesar de que aún estaba lejos de sonreír.

—Lo que habría hecho cualquier idiota, querrás decir.

Gair torció el gesto, burlón, pero no replicó. Se abotonó los calzones, se puso el cinto alrededor de la cintura y se sentó en el taburete para calzarse las botas. Doblar el cuerpo y forcejear no le hizo ningún favor a la herida, y apretó los dientes para contener el dolor.

—Primero tres hombres, ahora cinco —dijo el anciano en voz baja—. ¿Cuántos más serán necesarios, Gair?

—No sabía a cuántos me encontraría. Sólo me preocupaba proteger a las monjas. Alderan no respondió. Cuando Gair se levantó, estaba solo.

El guardia de cabello grasiento que había a la salida de la tienda del jefe tragó saliva,

nervioso, paseando la mirada entre el rostro de Ytha y la media lanza de madera de abeto que tenía en los brazos.

—Hum.

—¿Algún problema, Harl? —preguntó ella, enarcando una ceja.

—El jefe no está solo —balbuceó—. Nos pidió que nadie le molestara.

Ella le miró fijamente. Harl frunció los labios en la cara marcada.

—Hum.

—¡Por las orejas de Macha! —Ytha puso los ojos en blanco, apartó al guerrero de su camino y entró en la tienda.

Las copas y las jarras de *uisca* cubrían las alfombras. La ropa impregnaba el ambiente de cierto olor mundano, cargado ya con el del sudor y la bebida. Dos sombras se movían tras la lona que separaba el lugar donde dormía el jefe. Se oyeron gruñidos, y de pronto el grito de una joven:

—¡No, por favor!

Se alzó la silueta de un brazo, que acto seguido descargó un golpe. Una palma abierta golpeó la piel.

—Vuelve aquí, puta.

Sollozos. Un gemido de placer, seguido por el rítmico golpeteo de la carne sobre la carne. La joven gimoteó, un sonido que se vio interrumpido de forma abrupta, ya fuera por un cojín o la palma de la mano.

A Ytha le hervía la sangre. ¿Era ése su jefe de jefes? ¿Perdiendo el tiempo con una muchacha cuando los jefes de otros dieciséis clanes le esperaban? Ahora gruñía, cerca del final, que llegó con un rugido similar al del ciervo.

—Aquí ya has terminado —dijo, jadeando y apartando de sí a la joven—. Vete.

Ytha aguardó, inexpresiva. Una sombra pasó fugaz de largo junto a la lámpara y se agachó cuando le arrojaron algo.

—¡He dicho que te largues!

Una joven flacucha apartó con torpeza la lona con la ropa en los brazos. Era posible apreciar los moretones en los hombros, las marcas de los dientes en las pechos pequeños. Ytha reparó en la hinchazón del rostro y el labio partido antes de que la joven se perdiera en la noche con un gemido.

Arrugó el entrecejo. Era la cuarta en cuatro días. Todas ellas jóvenes, todas con el trasero encarnado, la virginidad reducida a una mancha en los cojines de Drwyn. En la feria de las bodas de la diáspora no habría mucho negocio que hacer.

—Vístete, Drwyn —dijo—. Los jefes te esperan.

Al cabo de unos instantes, él apartó la lona. Tan sólo iba vestido con los pantalones, que se había abotonado para que le colgasen de la cadera. Una capa de sudor le perlaba los brazos y el pecho peludo. Alrededor del cuello centelleaban a la luz de la lámpara las cabezas de lobo del torque.

—Ytha.

La miró con expresión divertida en los ojos oscuros, como esperando a comprobar su reacción. Ytha apretó los dientes. ¡Por los dioses ancestrales que en ocasiones esa mujer era capaz de poner a prueba su paciencia!

—Nadie, exceptuando a tus guardias, te ha visto en lo que va de semana. Ahora los demás jefes están aquí, y esperan que les des la bienvenida.

Drwyn recogió una jarra de *uisca* que aún seguía en pie, y la vació dando un largo trago, antes de pasarse el dorso de la mano por los labios.

—He estado ocupado.

—¿Divirtiéndote con esas chicas? —Al reparar en su olor, arrugó la nariz—. ¡Qué asco! Necesitas un baño.

—Eso de conseguir un heredero te hace sudar. —Se rascó el pelo que le crecía en el ombligo, y sonrió—. ¿No te gusta el olor a hombre, Ytha?

Su insolencia no conocía límites.

—¡No me gusta la idea de que tu olor haga que se les revuelva el estómago al resto de las portavoces! —exclamó—. Hace un día que la diáspora ha empezado, no es un buen modo de obtener el apoyo de los demás clanes.

Drwyn señaló con la cabeza la lanza que llevaba.

—¿Es ésa? ¿La lanza del caudillo?

«¡Imbécil!»

—No. La lanza de Gwlach se perdió con él hace siglos. Ésta la mandé hacer para ti este invierno, de la misma madera que se utiliza para el cayado de portavoz.

La tomó de sus manos, y la examinó desde el asta hasta la punta de bronce con el complejo grabado. Repasó con la yema del dedo la punta, y echó atrás la cabeza cuando se cortó.

—Está afilada.

Ytha contuvo la sonrisa.

«Le está bien empleado al muy necio».

—Pues claro. ¿De qué iba a servir una lanza de punta roma? —Se cogió de manos a la altura de la cintura—. La madera de abeto conserva un encantamiento mejor que cualquier otra madera. Esas runas protegen a quien la empuña. Mientras lleves esa lanza no sufrirás daño alguno.

Él acarició de nuevo el trazado de los símbolos grabados.

—¿Magia?

—Es una especie de magia, sí. Capaz de convertir un golpe mortal en uno que únicamente hiera, y de reducir una herida a un rasguño. Lo bastante para preservar tu vida en la batalla, aunque no baste para evitar del todo un golpe.

Era una obra imponente. Ella misma había grabado las runas, utilizando su cuchillo de hierro celestial a la luz diáfana de la luna plateada. Había atado las cuerdas

blancas, sagradas, y tejido su poder en cada una de ellas. Ahora lo único que esperaba era que sus esfuerzos no fuesen en vano.

—No puedes convertirte en jefe de jefes hasta que seas aclamado por los demás clanes —dijo con suavidad, lentamente.

Drwyn dio la vuelta a la lanza, sopesándola. El reflejo de la punta centelleó en su mirada. No parecía estar escuchándole, la cabeza llena, sin duda, de vapores de *uisca* y sueños de gloria.

Ella asió el asta y mantuvo el arma quieta.

—Presta atención, Drwyn.

Él levantó los ojos.

—Te he escuchado, Ytha. Una hora.

—Eirdubh y los demás se impacientan.

—Una hora —repitió, y dio un tiró para recuperar la lanza.

En un abrir y cerrar de ojos había invocado su magia y reforzado su dominio del aire, de modo que por fuerte que diera el tirón no podría arrebatárle la lanza. Arrugó el entrecejo, como un niño a quien le quitan su juguete favorito.

—Esto aún no te pertenece. —Ella le sostuvo la mirada hasta que él abrió las manos y soltó la lanza—. Cuando los demás te declaren su lealtad, entonces te pertenecerá por derecho, pero aún no.

Frunció los labios, irritado, pero asintió. Bien. El orgullo siempre había sido un trago amargo, pero cuando obtuviese su victoria sería lo bastante dulce para quitarle el mal sabor de boca. Lo bastante dulce para que ambos pudieran compartirlo.

—Me reuniré con los jefes dentro de una hora —dijo.

Ytha sonrió.

—Entonces te dejo para que te des un baño.

Inclinó la cabeza y se dirigió a la lona que hacía las veces de puerta, con la lanza acunada en el brazo como si de un bebé se tratara.

En el umbral, su voz la detuvo.

—La muchacha. Teia.

Ella se medio volvió.

—¿Qué pasa con ella?

—Me prometiste que me daría un heredero.

Ytha observó su rostro. El cabello negro y la barba le recordaban mucho a su padre, pero la forma cruel que le dibujaba la mandíbula era propia. ¿Era sólo el deseo de tener un hijo lo que le preocupaba? No, desde que ella se había marchado había diseminado a menudo su semilla. Entonces ¿era la joven? A juzgar por el modo en que había ignorado a su propia hija, nunca lo había creído capaz de mantener una relación duradera.

—Tienes que olvidarla, Drwyn.

El fuego ardía en sus ojos oscuros.

—¿Y desprenderme también de lo que lleva?

—Ella nunca formó parte de nuestros planes, y tampoco su hijo. No nos preocupa ahora. Deja que la reclame el invierno.

Drwyn masticó algo invisible, tal vez el resentimiento.

—¿Y si es mi hijo lo que lleva en su vientre? Mi hijo.

—Si da a luz un niño. Si sobrevive en la nieve. Demasiadas incógnitas.

Drwyn apartó la vista.

—De todos modos...

—Cuando te nombren jefe de jefes, ¿qué podría hacer ella que deba preocuparnos? —Ytha imprimió firmeza a su tono, al tiempo que alargaba el brazo para alcanzar la lona exterior—. Ella no tiene importancia, Drwyn. Aunque siga viva, no importa. No lo olvides.

Gair cerró la puerta al entrar, y miró alrededor del cuarto atestado. Las estanterías que cubrían las paredes se extendían ordenadamente desde la puerta e incluso bajo las ventanas, cubiertos los libros por la capa de polvo que había dejado el paso de los años. Más libros se apilaban en la mesa cuadrada situada en mitad del cuarto, o en el suelo a su alrededor, dejando apenas espacio para caminar por los lados.

Tantos textos por ordenar, pero después de todas las horas que habían pasado volviendo las hojas cuarteadas, hojeando las láminas, menos probable parecía que incluyeran alguna pista relativa a la ubicación de la semilla estelar. Era la colección de libros más rara que había visto: cuentos para niños mezclados con libros de medicina y tratados filosóficos, mapas que llevaban siglos desfasados, listas de solicitudes y de pertrechos destinadas a los intendentes que hacía tiempo se habían convertido en polvo. Alderan y él habían encontrado historias relevantes o diarios personales, pero ninguno de los documentos llevaba el sello suvaeano.

Qué peculiar, frustrante, dolorosa y polvorienta pérdida de tiempo.

A pesar de todo le debía a Alderan intentarlo, al menos, aunque el peso de la palabra dada colgaba de su cuello como un arnés. Miró de nuevo los atestados estantes. Si es que había algo de interés en ese montón de... naufragios.

Con un suspiro, volcó de nuevo la atención en la pila de libros que había estado repasando cuando Resa fue a buscarlo esa misma mañana. Solía decirse que lo importante es el camino. Entonces cayó en la cuenta de dónde provenía el dicho. Proverbios, capítulo dieciocho, versículo veintiuno. Tenía las escrituras grabadas en la cabeza, pero no conservaba una pizca de fe en su corazón que le permitiese ver en el proverbio algo que trascendiera un antiguo dicho.

Para cuando el cielo en lo alto de las ventanas había adquirido la tonalidad púrpura del atardecer, y la campana llamó a vísperas, a Gair le dolía el costado.

Rebulló en el asiento, palpando el vendaje a través de la camisa. Alderan no había regresado de hacer lo que fuese que hubiera ido a hacer tras salir de la enfermería, así que había trabajado solo, y sin resultados positivos, durante toda la tarde. Había inspeccionado los documentos de otros dos estantes, lo que pudo determinar gracias a que recordaba dónde había empezado.

Le gruñó el estómago, lo cual le recordó que no había comido nada desde el pastel de frutas que desayunó. Además estaba sediento, tenía la lengua pegada al paladar. Torció el gesto al mirarse las manos manchadas de polvo, así que antes que nada tenía que empezar por lavárselas.

Después se asearse en su cuarto, bajó la escalera hasta el salón del ala de invitados. Lo habían barrido y fregado desde que Alderan y él llegaron; el hogar de la chimenea estaba repleto de leña, así como el cubo del carbón. En la mesa estaban puestos los servicios para la cena, los platos cubiertos que resultaron contener pollo asado con verduras salteadas mezclados con una especie de cereal frío. En otro plato había dátiles.

Gair llenó un plato y se sentó a comer. No más de cinco minutos después de las campanadas que señalaban el final de la misa, la puerta se abrió con fuerza suficiente para rebotar en la pared. Levantó la vista, esperando ver a Alderan, pero la imponente figura que entró no era él. Eso desde luego.

La madre superiora no era alta, sobre todo si se la comparaba con Gair, pero tenía una presencia imponente. Poseía el atractivo redondo de una moza de campo, más propio quizá de la cocina de una granja, con las mangas remangadas. Vestida con un hábito negro y la toca blanca reluciente como nieve sobre una montaña de ira, le dirigió a través del salón la mirada de un ángel vengador.

—Teníamos el ala de invitados cerrada por una razón —aulló, los ojos azul claro centelleantes—. La ciudad es demasiado peligrosa para que podamos permitirnos el lujo de albergar extraños entre estas paredes.

Gair se puso en pie y se inclinó ante ella a modo de saludo.

—Buenas noches, madre superiora. Hermanas —añadió, inclinándose también ante las monjas que la seguían. Allí estaban Sofi, cabizbaja, junto a Resa y Avis, vestida con un hábito limpio, pero con el labio púrpura donde había encajado la bofetada.

—¿Qué asunto os ha traído aquí? —exigió saber la superiora—. La hermana Sofi me ha contado lo que sabe, pero a veces me pregunto si tiene la cabeza llena de serrín en lugar de cerebro, así que prefiero que tú me lo cuentes. ¿Y bien? Habla, muchacho, que no tengo todo el día.

Antes siquiera de que pudiera justificarse, ella se le acercó para tomarle la mano izquierda y echar un vistazo a la marca que tenía en la palma; los labios prietos le dibujaban una delgada línea.

—La marca de la brujería. Así que esto al menos es cierto. —Varias de las hermanas se santiguaron cuando la superiora le miró de arriba abajo—. ¿Eres también caballero de la orden suvaeana?

—No pasé de novicio —respondió Gair—. Y estoy excomulgado, como puedes ver.

Ella entornó los ojos.

—¿Y te has atrevido a pedir refugio entre estas paredes? ¿Sabiendo que acceder a los recintos de la iglesia te está vedado?

—Sólo pedí refugiarme de la tormenta.

—Hace tres días que ha terminado la tormenta, a pesar de ello sigues aquí. —Irguió la espalda hasta alcanzar toda su altura y se cogió de manos bajo el escapulario, con el roble dorado brillando en su pecho—. Tienes que marcharte de inmediato.

—Pero, madre superiora —intervino Sofi—, le ha sido concedido el asilo. No podemos retirarlo sin tener una causa de peso.

—Que una hermana de nuestra orden haya vuelto lastimada supone causa suficiente para mí —replicó la superiora—. De acuerdo. Una noche más, puesto que la hermana Avis me ha contado que te hirieron cuando las defendiste, pero luego no quiero volver a verte. Llevamos muchos años procurando no llamar la atención del Culto, y hasta primeros de este año nos fue bien. Después de lo que le pasó a la hermana Resa, lo último que queremos es provocarlos, y es lo que tú, jovencito, has hecho. Con lo peligroso que es permanecer aquí en El Maqqam, fuera del enclave como estamos, sin meternos en líos. Buenos días tengas.

Con un brusco saludo, giró sobre los talones y abandonó la sala, seguida de cerca por las otras hermanas. Resa se demoró y, al pasar por su lado Sofi, le tiró de la manga para detenerla. Cuando las demás se hubieron marchado, ambas se acercaron a la mesa.

—Me siento como si acabara de arrollarme un caballo en plena estampida —dijo Gair al sentarse.

Resa ocultó una sonrisa con la mano.

Sofi le dirigió un gesto de disculpa, a medio camino de la inclinación de cabeza y el encogimiento de hombros.

—Nuestra superiora es... muy enérgica. Pero es buena gente, y cuida mucho de nuestra seguridad. Por eso le preocupa tanto que permitamos la entrada de extraños a la casa hermana. —Titubeó—. Lo siento. Has dado la cara para salvar a Resa y a Avis, y tendríamos que mostrarte más gratitud por ello.

—No te preocupes por eso, hermana.

Revolvió un poco la comida del plato, pero el pollo con salsa de miel le recordaba demasiado a cierto picnic en la playa que no había llegado a hacer, y que jamás podría hacer. Las ganas que pudiera tener de comer se le pasaron con ese recuerdo, y dejó el

tenedor.

—¿A qué se refería con esa mención al enclave?

—Últimamente ha habido problemas en la ciudad. Se ha derramado sangre, se han destruido propiedades. —Sofi se mostró incómoda mientras se tocaba la manga deshilachada—. Los mercaderes del norte aseguraron que la culpa la tienen fanáticos del Culto, y presionaron al gobernador para que tomase medidas, pero lo único que hizo fue ordenar que levantasen un muro alrededor de su enclave y someterlos a toque de queda. Para su protección, según decía el decreto.

¿Para su protección? El gobernador había rodeado de una cerca a la gente del norte como ganado destinado al matadero.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Gair.

—A principios del año pasado. Los incendios de las propiedades cesaron, así como las demás demostraciones de violencia, pero muchos tenderos habían perdido el negocio: me refiero a las gentes del norte que tenían negocios en propiedad, así como los mercaderes con quienes comerciaban. Incluso los que lo hacían con nosotras. —Se encogió de hombros—. Estoy segura de que ya sabes cómo va. La gente tiene miedo.

—¿No podéis ir al enclave? —Era una cárcel en todo menos en el nombre, pero como mínimo estarían a salvo. Al menos durante un tiempo.

La monja negó con la cabeza.

—Aquí no podemos adquirir propiedades, aunque tuviésemos los medios necesarios para ello. Nadie nos las vendería por temor a sufrir represalias. Además, el gobernador de la ciudad nos ha prohibido consagrar tierras.

—Entonces tendréis que marcharos antes de que la situación empeore. —Antes de que la soga se cerrase por completo alrededor de sus cuellos—. ¿Cuántas sois?

—Treinta y cuatro.

No podía defender a tantas sin recurrir al canto, lo que sin duda llamaría más la atención sobre las tamasianas, y probablemente acabaría por aterrorizarlas. Ya les daba miedo tener tratos con alguien excomulgado. ¿Cómo reaccionarían ante un brujo?

Gair miró a Resa, cuyo rostro no le reveló nada. Ella debió de reparar en lo que se propuso hacer en la capilla para sanarla, pero por lo visto no se lo había contado a nadie. Tenía capacidad para comunicarse por medio de gestos, y estaba seguro de que al menos se lo habría contado a Sofi, con quien tenía una relación especial.

—¿No podría prescindir el gobernador de algunos de sus hombres de la guardia? Sofi extendió las manos.

—Se lo pedimos. Tiene tanto miedo de que estalle una revuelta en la ciudad que no puede prestarnos un solo hombre.

Perfecto. El gobernador hacía lo justo para que diera la impresión de que tomaba

cartas en el asunto, pero no lo suficiente para evitar que cualquiera de las facciones empujase a la población a la violencia, tal como sucedería. Y pronto.

—Ya sabes que ofrezco mi espada, si es necesaria.

—Lo sé —dijo Sofi, algo fría y sin mirarle a los ojos. Aún no confiaba del todo en él—. Si tuviéramos soldados para ayudarnos, podríamos marcharnos mañana y navegar de vuelta a Syfria, pero no es así y no hay que darle más vueltas. Tenemos que empeñar nuestra fe en que la diosa nos guíe en estos tiempos turbulentos.

La fe era algo poderoso, pero por sí sola la fe no detendría a una turba furiosa. Ese mismo día no le había servido de gran cosa a Avis, y era obvio que tampoco había protegido a Resa. Tal vez a su alma, pero no a su cuerpo.

Por los santos que necesitaban ayuda. ¿Tal vez Alderan y él...? Gair dejó a medias esa reflexión. El anciano no abandonaría su búsqueda de la semilla estelar; eso se lo había dejado muy claro.

«Así que todo depende de mí».

Sofi le tocó el brazo, como si hubiera intuido sus pensamientos.

—Esto no es responsabilidad tuya, Gair. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—No estoy seguro de que baste con tu fe para garantizarlo, hermana.

Apartó el plato de enfrente y se llevó la mano a la herida que le escocía en el costado. Ese día se había enfrentado a cinco. El día siguiente podían ser cincuenta, o quinientos, lo que convertiría de nuevo a El Maqqam en un matadero. Pensó en el pequeño roble del altar de la capilla, hecho de gruesos clavos negros, y un escalofrío le estremeció el alma.

Atrapado

Gair estaba sentado en la sala de invitados, limpiando a la luz de un bril el *qatan* que le habían prestado. Había restregado a conciencia la guardia y la acanaladura, puesto que la sal de las manchas de sangre oxidaría la hoja si la descuidaba más de la cuenta, y luego atendió el filo con una piedra de amolar, aunque apenas lo necesitara. A pesar del uso extenso, el acero gimraeliano se conservaba afilado.

Dio la vuelta a la hoja en la palma de la mano. Qué arma más elegante, si la comparaba con las espadas a las que estaba acostumbrado. Ligera, distinguida, destinada a un manejo más liviano, más rápido si la empuñaba la mano de alguien que supiera lo que se hacía. Si hubiese tenido tiempo le habría gustado llegar a dominar su manejo.

La inscripción parpadeó a la luz de los brils flotantes. Inclino la hoja para leer la fluida escritura, pero su gimraeliano se limitaba a los saludos y las frases sencillas de rigor, así que estaba lejos de poder traducir lo que decía. Qué lástima que no se le hubiera ocurrido preguntar a N'ril. Tal vez la espada tenía un nombre, como los aceros de los relatos: *Rencor*, o *Matarreyes*, o la hoja del príncipe Corum: *Espina*.

Eso le llevó a pensar en su propia espada, que había dejado en la casa de N'ril en Zhiman-dar. Era el arma sencilla de un soldado, con su vaina gastada, que su padre adoptivo le había dado en un momento de amarga recriminación. Era la única posesión que se había llevado de Leah. Todo lo demás, excepto la ropa que vestía, lo había dejado atrás. Con el tiempo llegó a crecer lo bastante para acostumbrarse al peso y la longitud del arma, que se colgaba de la espalda a pesar de ser lo bastante alto para ceñirla a la cintura desde que tenía trece años, momento a partir del cual se había hecho con su manejo.

No necesitaba ponerle nombre, pero si tenía que hacerlo sabía cómo llamarla.

Venganza.

Los nudillos adquirieron una tonalidad blanca, cerrados con fuerza en torno a la larga empuñadura del *qatan*. Sintió una fuerte punzada en el pecho, una sensación

que le recriminaba lo lejos que estaba del lugar donde tendría que estar. La mayoría de los días no le suponía más que un leve incordio, como si hubiera comido algo que no le hubiese sentado bien. En otros momentos le hacía un nudo en la garganta tan denso y ardiente que pensaba que iba a asfixiarle.

«No puedo seguir aquí».

Pero había dado su palabra y, maldita fuera, no era de los que faltan a la palabra dada.

Nada había salido a derechas desde que puso un pie en los muelles de Zhimandar: Una emboscada en el zoco, una tormenta de arena, más cultistas de los que Alderan había esperado encontrar, a cambio de lo cual no habían obtenido nada. Debajo de la camisa, el dolor del corte en la costilla. Nada aparte de más cicatrices.

«No debí venir».

Gruñó frustrado. A veces, intentar hacer lo correcto se vuelve en tu contra y te da un buen mordisco en el trasero.

Con cuidado, miró a lo largo de la hoja por última vez para asegurarse de no haberse saltado ninguna mella, luego le pasó el trapo encerado un par de veces antes de introducirla en la vaina. A nadie le perjudicaba ser cauteloso, incluso en un clima seco. No podía imaginar nada peor que verse en la necesidad de desenvainar con prisas la espada y que la hoja se atascara.

Oyó el maullido de un gato, seguido por otro, y después la breve riña que resultó. Cayó en la cuenta de lo avanzado de la hora, y eso le hizo arrugar el entrecejo: de hecho, había pasado más de una hora desde la campanada baja, y Alderan aún no había regresado.

Se levantó para abrir la contraventana más próxima y echar un vistazo afuera. A través del patio bañado por la luz de la luna, el recinto principal estaba cerrado a cal y canto, y las hermanas hacía rato que descansaban. No había ni rastro de presencia humana, y aparte de la contraventana que alguien cerraba en la distancia, no oyó actividad procedente de las calles cercanas.

—Maldita sea, Alderan. ¿Dónde coño te has metido? —murmuró.

Estaba demasiado cansado y dolorido para seguir mucho rato en pie, así que regresó a la mesa, pero estaba tan inquieto que no pudo sentarse. La sola idea de trabajar en el archivo le echaba para atrás: no había sido capaz de concentrarse más de una hora desde la cena, antes de verse caminando de un lado a otro de la estancia igual que un animal enjaulado que tantea los límites de su encierro.

Tocó la tetera que descansaba junto a la taza. Fría. Al menos, preparar otra le daría algo que hacer. Llenó el cazo de la cisterna que había en la cocina, lo puso al fuego y apiló carbón debajo. Luego se dirigió de nuevo a la ventana para preocuparse y ver si aparecía Alderan mientras hervía el agua.

Fuera, el cielo estaba despejado, oscuro y aterciopelado. Miriel, la primera luna,

estaba a punto de ponerse; una gibosa Lumiel se alzaba sobre las torres lejanas del palacio del gobernador, relucientes como diamantes engarzados en una corona negra. La tercera luna, Simiel, no se alzaría hasta cerca del alba, después de ponerse la primera, pero el intervalo se reducía paulatinamente en unos pocos minutos a diario, debido a que se acercaba la trinidad. En menos de tres meses, Lumiel alcanzaría de nuevo a sus hermanas, más grandes y lentas. Las tres lunas permanecerían suspendidas juntas en el firmamento, y por doquier los barcos se harían a la mar para surcar aguas profundas, ya que ni siquiera los elfos marinos se arriesgarían a hacer la recalada bajo la luna de la trinidad, no cuando las olas, embravecidas, fluían desbocadas.

En los relatos que había devorado de niño, las tres lunas siempre constituía un portento, el anuncio de un suceso terrible: el ascenso al poder de un tirano, o una inundación catastrófica como la que había sepultado a Al-Amar. No era muy dado a supersticiones, pero con el Velo debilitado y la cercanía de las tres lunas... En fin. La coincidencia daba que pensar.

El cazo empezó a murmurar mientras inspeccionaba de nuevo el patio.

—Vamos, viejo. Tenemos que salir de aquí.

Pero no había ni rastro de él. Se disponía a volverse, cuando un movimiento le llamó la atención. Una sombra cruzó por la parte superior del muro, junto a la puerta. Tal vez era otro gato que lo recorría, enfrascado en su patrulla nocturna. Entonces la sombra saltó al patio, y cayó en la cuenta de que no se trataba de un felino, a menos que tuviese el tamaño de un hombre pequeño.

Apagó los brils mediante el pensamiento. Alguien que se introducía en el recinto a través del muro sólo podía traer problemas.

Empuñó el *qatan*, que descansaba sobre la mesa, y se dirigió a la puerta que daba al ala de invitados, caminando casi en completo silencio gracias a las botas blandas de factura gimraeliana. Ya en la puerta, pegó la espalda a la pared, aguzando el oído para escuchar cualquier ruido que pudiese provenir del exterior. Ahí. Un leve chirrido, como cuando se corre un cerrojo, seguido por el creciente borbotillo del agua que hervía en el cazo y que acabó por ocultar todo lo demás. Maldición. Se le aceleró el pulso y destrabó la espada en la vaina.

Oyó una respiración agitada al otro lado de la puerta, seguida por un extraño resoplido. Al menos dos personas, o un hombre y un animal. Con sumo cuidado, Gair dejó la vaina en el suelo para liberar la zurda, y se dispuso a esperar.

Se movió el picaporte, y lentamente se abrió la puerta hacia afuera. La luna proyectó una sombra en el suelo con la forma de un hombre ataviado con *barouk*. En la mano que Gair pudo ver no llevaba ninguna arma. ¿Dónde estaba el segundo hombre?

El intruso avanzó un par de pasos al interior del salón del ala de invitados,

volviendo la cabeza mientras inspeccionaba la sala. Vestido de negro desde el *kaif* hasta las botas, tenía la altura media de un hombre del desierto, lo que proporcionaba a Gair una cabeza entera de ventaja.

Dejó dar al tipo un paso más, antes de cerrar la distancia. Pasó el brazo izquierdo alrededor de su cuello y aprovechó su altura para obligarle a encarar la puerta y al otro intruso. Cuando forcejeó, Gair tiró hacia atrás de su cabeza y le amenazó con la hoja del *qatan* a la altura de la barbilla cubierta por el velo.

—Estate quieto o te corto la garganta —le amenazó.

Cesó el forcejeo. Deslizó una mano en la cara interior del muslo y le asió con fuerza los testículos.

—No si te emasculo antes, imperial.

La mujer hablaba la lengua común con un acento sensual que en otras circunstancias le habría distraído, sobre todo teniendo en cuenta dónde había puesto la mano. Otras dos personas se recortaron bajo el dintel, una apoyada en la otra, que caminaba cabizbaja y parecía a punto de desplomarse.

—Este hombre está herido —dijo entre dientes la persona que lo llevaba—. Y te aseguro que nuestras intenciones son honestas.

—Las intenciones honestas suelen llamar a la puerta antes de entrar. Traedlo dentro. —Gair apartó la espada y soltó a la mujer del desierto. Ella aflojó la mano con que le apretaba los testículos, pero no los soltó, así que el joven se la quedó mirando—. ¿Te importa?

Los ojos de ella, negros como la pez, le miraron sobre el borde del velo, una mirada acompañada por una sonrisa invisible. Se apartó del pecho de él, acarició deliberadamente las partes íntimas del joven y murmuró:

—No me importa en absoluto.

Sólo cuando se alejó caminando pudo reparar Gair en la daga que empuñaba en la otra mano. Jugueteeó con ella antes de guardarla dentro del *barouk*. Tragó saliva. De pronto tenía la boca seca.

«Uau».

El tipo de la puerta exhaló un suspiro.

—*Sayyar*, ¿me permites recordarte que este hombre está herido? Además pesa.

El herido echó la cabeza hacia atrás cuando el tipo basculó mejor el peso que cargaba. Gair vio que se trataba de Alderan. Tenía los ojos cerrados y el rostro manchado de sangre, que parecía pintura negra a la luz de la luna.

Por los santos.

Gair introdujo el arma en la vaina, luego se apresuró a ayudar al hombre del desierto. Entre ambos se las apañaron para llevar al anciano a la mesa, donde lo tumbaron. Apenas estaba consciente y, a juzgar por los ruidos que hacía, tenía algunas dificultades a la hora de respirar.

Ante todo necesitaban luz. Gair invocó media docena de brils, grandes como puños, que dejó suspendidos sobre la mesa, momento en que oyó cómo la mujer contenía el aliento a su espalda. Su compañero dio medio paso hacia atrás, observando con cautela las esferas de luz azulada.

—¿Hechicería? —preguntó.

—Puedes llamarlo así. —Gair se dispuso a despojar a Alderan del *barouk*—. No hay tiempo para explicaciones.

El gimraeliano, que vestía todo de negro como su compañera, negó con la cabeza.

—¿Y pensaste que suponíamos una amenaza para ti?

—¿Gente que viste de negro merodeando en plena noche? Sinceramente, no supe qué pensar.

Doblaron la prenda bajo la cabeza del anciano a modo de almohada. Tenía la cara hecha una pena: magullada, hinchada, el labio partido y la nariz rota. La mayoría de la sangre parecía provenir de un corte profundo que tenía en la frente y le alcanzaba el nacimiento del cabello.

—Necesito un poco de agua caliente. El cazo está hirviendo, y a través de esa puerta encontraréis la cocina. —Sirviéndose del cuchillo que llevaba al cinto, Gair procedió a cortar la maltrecha camisa de Alderan. Empezaban a salirle moretones en el pecho y los hombros, manchas púrpura oscuro en la piel curtida. Hacía poco que le habían dado una buena paliza, puñetazos y patadas. Un hombre de su edad que no gozara de tan buena salud podría no haber sobrevivido.

Cuando ninguno de los gimraelianos dio un paso, Gair se los quedó mirando.

—¿Bueno? ¿Vais a ayudarme o no?

El tipo dobló los brazos a la altura del pecho y apartó la vista. Su amiga, sentada con las piernas cruzadas en el banco opuesto, tomó un dátil del cuenco que había a los pies de Alderan, y se retiró el velo para introducirselo en la boca.

—¡Sangre y piedras! —Gair clavó el cuchillo en la mesa y anduvo a paso vivo hacia la cocina.

Rebuscó en las alacenas y encontró algunos trapos y una palangana que medio llenó de agua, en la cual vertió un puñado de sal. De vuelta al salón, vertió el agua hirviendo, y procedió a limpiar las heridas de Alderan con todo el cuidado que pudo. Su paciente se agitó un poco antes de recuperar la inconsciencia. Cada vez que respiraba le burbujeaba la sangre que tenía en la nariz.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras trabajaba, esforzándose por mantener un tono neutro. Le dolía el costado malherido, lo bastante para pensar que tal vez al levantar al anciano para tumbarlo en la mesa se le había saltado un punto, lo cual no hizo nada por mejorarle el temperamento.

—Lo hemos encontrado así —respondió el hombre ataviado de negro. Se dirigió a la ventana y ajustó las contraventanas de modo que sólo quedase una rendija por la

que pudieran vigilar el exterior—. En la calle.

«Eso es tan útil como un morillo de papel».

—¿Cómo supisteis que teníais que traerlo aquí?

No hubo respuesta. Gair levantó la vista y sorprendió a la mujer mirándole. Escupió el hueso del dátil al hogar de la chimenea y esbozó una sonrisa descarada, antes de escoger otro dátil, de mayor tamaño, e introducirse lentamente en la boca, sacando los labios llenos como si estuviera haciendo otra cosa totalmente distinta.

Eso estuvo a punto de agotarle la paciencia. Molesto por el acoso de la mujer, perseguido por los recuerdos, enderezó la espalda y arrojó a la palangana el trapo cubierto de sangre. Tras el chapoteo el agua goteó en el suelo.

—Venga, hablad. ¿Quiénes coño sois?

El hombre, aún junto a la ventana, se volvió hacia él.

—¿Qué importancia tiene, si tu amigo está a salvo? Nuestra labor aquí ha terminado —dijo, caminando en dirección a la puerta.

Cuando el hombre del desierto se disponía a abrir la puerta, el canto inundó la voluntad de Gair. Un golpe de aire sólido la cerró con fuerza, y la mantuvo cerrada.

—Ya he tenido bastante —gruñó—. Responded, o por la diosa que ninguno de vosotros abandonará el salón.

La mujer se puso en pie e introdujo la mano en el *barouk* en busca del cuchillo. Gair desnudó la espada y la desarmó de un golpe. Cuando el arma se deslizó por el suelo, la aferró del hombro y descargó una patada a la altura de sus pies para sentarla de nuevo en el banco, con la punta del *qatan* a la altura de la barbilla.

—Hablaba en serio cuando decía lo de cortaros la garganta.

Ella apretó los labios y le dirigió una mirada furiosa, pero extendió las manos. Un ruido a su espalda hizo que Gair volviera la cabeza, espada en alto para detener los pasos del hombre del desierto que se le acercaba.

—Después del día que he tenido, dame un buen motivo para no hacerlo.

El tipo miró el *qatan*, y en sus ojos negros se adivinó una sonrisa.

—Los días como éstos no me resultan desconocidos. —Se llevó la mano al velo—. ¿Puedo?

Gair inclinó la cabeza con cautela. El rostro bajo el velo era más joven de lo que esperaba encontrar: veintitantos, puede que veintimuchos, facciones bien esculpidas, con una barba corta que le enmarcaba la boca. Le pareció que la nariz y la forma de las cejas guardaban cierto parecido con la joven, lo suficiente para sugerir que eran miembros de la misma familia: hermanos.

—¿Conoces a N’ril? —preguntó.

—¿N’ril al-Feqqin? —El hombre cabeceó en sentido afirmativo. Gair no apartó la espada, a pesar de que no se le había escapado el hecho de que daba la espalda a una mujer que podía muy bien guardar más de una daga en el cinto—. Le conozco.

—Somos... amigos suyos.

Reparó en el titubeo.

—Quítate la camisa.

El hombre del desierto enarcó una ceja, movido por la curiosidad o quizá porque le hacía gracia lo que Gair acababa de pedirle. Sin embargo obedeció. No llevaba un sol tatuado en el pecho, pero sí una cicatriz debajo de la tetilla derecha, a juzgar por la forma correspondía a una herida de flecha. Fuera quien fuese ese hombre, había depositado su fe en algo que podía costarle la vida.

—Gracias —dijo Gair, que se desprendió del canto del aire—. Quizá podríamos empezar de nuevo.

Envainó el *qatan* y se apartó de la mujer. Ella le miró haciendo pucheros, sacando pecho lo bastante para que él no pudiera evitar reparar en sus curvas perfectas.

—¿Yo también me quito la blusa?

Que la madre se apiadara de él. Era implacable. Esgrimía su sensualidad como si de un arma se tratara.

Justo entonces Alderan lanzó un gruñido. Gair se le acercó en seguida.

—Calma, calma —dijo—. Estás algo magullado.

El anciano abrió con dificultad los párpados. Uno de los iris azules estaba bordeado por un anillo rojo, y también tenía hinchado el otro ojo, tanto que no pudo abrirlo.

—¿Gair? —logró decir.

—Aquí estoy. ¿Puedes contarme lo que ha pasado?

—Alguien me ha dado un golpe. Con una casa, creo. Por los santos, qué dolor. Ay. —Alderan levantó la mano para tocarse la cara, pero Gair logró impedirlo.

—Mejor no. Tienes la nariz rota. Es posible que tengas otros huesos fracturados también.

—Eso explica por qué no respiro bien. —La mano del anciano se cerró en torno de la de Gair, recuperada parte de su fuerza—. Ayúdame a incorporarme.

Gair le pasó el brazo por los hombros y le ayudó a incorporarse en la mesa. Unos coágulos de sangre le gotearon de la nariz, que limpió con el paño húmedo.

Alderan miró con su único ojo bueno a las figuras ataviadas con ropa del desierto.

—¿Y estos dos quiénes son?

—Ellos te han traído aquí. Aún tengo que averiguar qué pretenden.

Los del desierto se miraron entre sí. La mujer había sacado la daga, que utilizaba para limpiarse las uñas, sentada con las piernas cruzadas de nuevo en el banco. Su compañero se abotonaba de nuevo la camisa.

—En fin, después de todo no me han acuchillado en plena calle, así que supongo que son amigos. —A juzgar por su tono de voz, Alderan no confiaba mucho en ellos, lo cual era comprensible, teniendo en cuenta cómo tenía la cara.

—Él dice conocer a N'ril —señaló Gair, señalando con un gesto al hombre, que inclinó la cabeza.

—A tu servicio, *sayyar*.

Alderan se llevó la mano a las costillas.

—Eso está por verse. —Escupió al fuego una flema sanguinolenta—. Gair, ve a por mi zurrón, ¿quieres? Y vosotros dos, ¿qué tal si preparáis un poco de té antes de que me ponga aún más gruñón?

Con inesperada celeridad, la pareja de hermanos desapareció en la cocina del ala de invitados. Gair permaneció junto a Alderan.

—No volverás a ver bien hasta que pasen unos días —dijo—. Puedo sanarte.

—¿Como hiciste con Resa? —Alderan negó con la cabeza—. Por la diosa, no. Necesitas mucha más práctica.

—¡Puedo hacerlo!

—No, Gair. Un par de días de descanso y un poco de unguento que reduzca la hinchazón y estaré como nuevo.

—Puede. Pero la madre superiora quiere que nos marchemos mañana.

Alderan clavó en él el ensangrentado ojo azul.

—¿Sabe que estamos aquí?

—Creo que la hermana Avis se lo contó.

Alderan lanzó un juramento. Los otros dos salieron de la cocina con una tetera recién hecha y una bandeja con tazas. Cuando sirvieron el té, dirigió a sus presuntos salvadores una mirada que era tanto más intimidatoria cuanto provenía de un único ojo.

—Ha llegado el momento presentarse, ¿no creéis?

—Lamento que no podamos daros nuestros nombres verdaderos —dijo el hombre, que extendió las manos a modo de disculpa—. Preferiríamos no vernos involucrados de ningún modo con lo sucedido esta noche, por nuestra propia seguridad, así como por la vuestra. Pero no he mentido cuando he dicho conocer a N'ril, a pesar de que él no me conoce.

—Claro como el fango —gruñó Alderan—. Entonces ¿cómo debemos llamaros?

—A mí podéis llamarme Canon. Y a mi hermana, Tercia.

Gair se quedó sin habla al oír aquellos nombres.

—Teniendo en cuenta el lugar donde estamos, no podríamos haber escogido motes más adecuados. —Canon dobló los brazos a la altura del pecho, exudando tranquilidad a la par que cautela, como un gato tumbado que mantiene los ojos entrecerrados. Su hermana le dirigió una mirada de enfado, antes de seguir limpiándose las uñas.

—Sois yihadistas. —Alderan tomó un sorbo de té, cuidando el labio partido.

Canon enarcó ambas cejas.

—¿Qué te hace decir eso?

—¿Los motes? ¿El secretismo? Por favor. Podríais atribuirme cierta inteligencia.

—El anciano torció el gesto y dejó la taza—. Arg. Sabe a sangre.

—Me temo que te equivocas, *sayyar* —dijo Canon con tono neutral.

—¿De veras? —La pregunta destilaba sarcasmo.

—Te aseguro...

—Hoy he ido a la ciudad para visitar una casa de té que me recomendaron. Pedí una tetera de ishafano negro, sin miel, y luego pregunté al sirviente si sabía a qué hora abriría sus puertas mañana el mercado de las flores porque quería comprar orquídeas a mi mujer.

Tercia se quedó quieta. El modo en que empuñaba el cuchillo sufrió una leve alteración, algo imperceptible, como si estuviera sopesándolo antes de arrojarlo. Gair apoyó la mano en el puño de la espada. Esa mujer sentía demasiado aprecio por sus cuchillos.

Pero Canon se limitó a encogerse de hombros.

—Me temo que tu esposa sufrirá una decepción. No es temporada de orquídeas. Tendrás que insistir a últimos de año.

—Eso fue lo que me respondió él —dijo Alderan—. Así que pedí que me indicara cómo llegar al barrio de los joyeros, y me recomendó una tienda llamada El elefante de jade, la cual dijo que pertenecía a un amigo suyo.

—No puedo decir que la conozca. —El gimraeliano conservó la expresión insulsa, suave. Alderan desnudó los dientes.

—Estoy sorprendido. Hablamos de una casa segura que los yihadistas mantienen desde las guerras del desierto, aunque supongo que últimamente no es tan segura.

Gair parpadeó, antes de regañarse mentalmente. A esa altura tendría que haberse acostumbrado a que Alderan supiera más de lo que decía. Nada relacionado con él tendría que sorprenderle.

—Cuando salí de la casa de té, el sirviente debió de salir corriendo detrás de mí para decirme que me había devuelto mal el cambio y me dio una nota con instrucciones para que me reuniera con mi contacto. Pero un par de matones cultistas me emboscaron unas calles más allá. Vuestra seguridad está comprometida, Canon —dijo Alderan, cuyo tono se revistió de seguridad—. La yihad Dragón corre peligro.

Canon guardó silencio durante un minuto de reloj entero, luego la tensión acumulada hizo mella en él y se desplomó en el banco de enfrente.

—Ya lo sabemos. —Se quitó el *kaif* de la cabeza y se restregó el rostro con las manos. De pronto parecía exhausto, y muy joven—. Pero en su lugar tendría que decir que habíamos empezado a sospechar después de lo que le pasó a Uril el año pasado. Nos dirigíamos a la casa de té para investigar. Por pura casualidad atajamos por el callejón que hay tras la tienda del mercader de vinos, lugar que esos cultistas

habían escogido para efectuar la emboscada, y allí fue donde te encontramos.

—Pues os doy las gracias por ello. —Alderan inclinó la cabeza.

—Agradéceselo a Tercia. Fue idea suya. A veces creo que le gusta acechar en los callejones por el solo placer de hacerlo.

Tercia sacó la lengua a su hermano. También ella se quitó el *kaif* y se revolvió la mata de cabello negro, cuyos rizos le cayeron sobre los hombros. Con un elaborado movimiento final, la hoja de plata relampagueó entre sus ágiles dedos y hundió la daga de vuelta a la vaina que tenía en el cinto. Gair reparó en que tenía dos. Ella vio que él se había dado cuenta de ello, y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, intentando disimular hasta qué punto le incomodaba—. Tenemos asuntos propios de los que ocuparnos aquí, Alderan.

El anciano miró pensativo a Canon, que apoyó ambos codos en la mesa y puso el mentón entre las manos.

—Fui a entrevistarme con la yihad para averiguar hasta qué punto ha empeorado la situación aquí. Esa duda parece haberse despejado por sí misma, así que tal vez podamos ayudarnos mutuamente.

—No sentimos ningún aprecio por el Imperio, anciano. —Tercia descruzó las piernas y puso los pies en el suelo, a ambos lados del banco, preparada para ponerse en pie si la situación lo requería—. Tampoco necesitamos tu ayuda.

—Tenemos un dicho en el norte —dijo Alderan—. Cualquier martillo sirve para clavar un clavo.

—Aquí tenemos un montón de martillos —intervino Tercia, que masculló algo seguidamente en gimraeliano. Se volvió hacia Canon—: Esta noche las calles están llenas de cultistas. Deberíamos marcharnos.

Su hermano apoyó la barbilla en una mano.

—Dime cómo sabías las contraseñas.

—Y tú dime cómo supiste que debíais traer aquí a Alderan —interrumpió Gair, cuya paciencia se había evaporado.

Canon levantó una mano.

—Por favor, *sayyar*. Creo que mi pregunta tiene mayor importancia. Muchas vidas dependen de ella.

Alderan se limpió más restos de sangre de la nariz, sirviéndose del paño húmedo.

—Conocí a Uril. Él me dijo lo que debía pedir en la casa de té si alguna vez necesitaba ponerme en contacto con los yihadistas.

—Entonces también sabrás que Uril ha muerto.

—Lo sé. —EL anciano cabeceó en sentido afirmativo—. Me lo dijo N’ril.

«¿N’ril está involucrado con la yihad?» Gair arrugó el entrecejo.

—Lo siento, pero ¿quién es Uril?

Fue Tercia quien respondió, y lo hizo con una mueca.

—Tendrías que saberlo, imperial, puesto que empuñas su espada.

Se trataba del hermano de N’ril. Por supuesto. El parecido de ambos nombres debió de darle una pista.

—Me complacería mucho saber cómo diste con ella —añadió Tercia con tono gélido.

—Conozco a N’ril. Fue él quien sugirió que llevase esta espada durante mi estancia aquí.

La joven frunció los labios.

—Entonces asegúrate de no deshonrarla.

—Tercia —dijo Canon con la paciencia cansina de un padre que tiene que repetir sus órdenes a un niño desobediente. Seguidamente reanudó su relato—: Desde que él cayó hemos perdido seis células. Diecinueve personas, incluido Uril, muertas como animales.

—Peor aún —gruñó Tercia—. Al menos a los animales los degollan antes de destriparlos. —Relució en sus ojos, oscuros, duros, el ansia de violencia.

—Discúlpame la pregunta, pero ¿es posible que Uril os traicionara cuando lo sometieron a tortura? —preguntó Alderan.

Canon negó con la cabeza.

—No. Estoy seguro de ello. Lo conocía bien y era el más fuerte de todos nosotros. Tengo que pensar que se trata de otro enemigo, un enemigo interno, ¿verdad? Un agente de los cultistas, o alguien que valora el oro más que la confianza que depositamos en esa persona.

—Quizá le hayan obligado de algún modo —sugirió el anciano.

Canon inclinó la cabeza, concediendo.

—Cabe esa posibilidad.

A su lado, Tercia abrió los ojos como platos.

—Traidores. —Escupió en el suelo, ganándose una mirada desaprobadora por parte de su hermano.

—Ésta es la casa de la diosa, hermana.

—No la mía.

—Da lo mismo. —Violentó el tono—. Muestra respeto o no seremos mucho mejores que aquellos a quienes hemos jurado combatir.

Ella hizo un gesto de desprecio con la cabeza.

—Y a mí qué me importa.

—Tal vez tendría que empezar a importarte —replicó él—. Cuando no éramos más que unos críos, los soldados de la diosa dieron la vida para salvar esta ciudad de los cultistas. ¡Tendrías que agradecer y honrar su sacrificio!

—¿El enemigo de mi enemigo es mi amigo? —preguntó ella, burlona—. ¡Quienes se acuestan con perros se levantan con pulgas, hermano!

Se marchó en un torbellino de ropa negra, cerrando la puerta al salir.

Canon lanzó un suspiro y se tomó unos instantes para recuperarse.

—Por favor, perdonad a mi hermana —dijo—. A veces es su pena quien se encarga de hablar por ella. Vio a Uril después de que hubieran terminado con él. Tardó... mucho en morir.

—¿Tenían una relación estrecha? —preguntó Alderan con tacto.

Gair sabía la respuesta. Se quedó mirando el fuego, los brazos doblados sobre el pecho, combatiendo el pesar que se había adueñado de su corazón. Conocía esa pena. Su nombre. Su aliento sobre él. El dolor que rebullía en sus venas cuando volvió a verla, abierta como un pez, perdiendo la vida en un patio cubierto de charcos de agua de lluvia.

«Aysha».

El banco rascó el suelo cuando Canon se levantó.

—Creo que quizá debería marcharme. No es seguro salir a oscuras, ni siquiera para nosotros lo es.

Gair hizo un esfuerzo para controlarse y se encaró a él.

—No nos has contado cómo supisteis que debías traer aquí a Alderan.

—No lo sabíamos. Cuando le vimos la cara y supimos que no era del desierto, no hubo ningún otro lugar al que llevarle. El barrio imperial está sometido al toque de queda, y las puertas vigiladas por guardias, y no todos ellos son... comprensivos con nuestra causa. Aunque nos hubiesen permitido la entrada, nos habríamos convertido en blancos. Aquí las hermanas son conocidas por su caridad. —Se inclinó, formal, a la manera del desierto—. Que tengáis mejor suerte en los días venideros.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, la puerta que daba al ala de invitados se abrió de nuevo, de par en par, para revelar a Tercia, que iba cubierta otra vez con el velo, y tenía una intensa luz en los ojos.

—Vienen —anunció—. Los cultistas. Y son legión.

Lo justo y lo necesario

Un nudo frío se formó en el estómago de Gair.

Que la diosa le ayudara. Había provocado al Culto al defender a las monjas en la plaza. Ahora acudían en gran número para vengarse de las monjas.

—¿Es posible que os hayan seguido? —preguntó a Canon para asegurarse.

El gimraeliano no parecía muy convencido.

—No lo creo probable. No vimos a nadie cuando abandonamos el callejón.

—Eso no significa que no os vieran. —Alderan se puso en pie—. Gair, ve a por mi zurrón.

—¡No tenemos tiempo! —replicó Gair. Si había sido el causante de provocar al Culto, tenía la responsabilidad de velar por la seguridad de las monjas, y actuar con rapidez. Ya podía oír el creciente rumor que procedía de la calle—. Canon, vigílalos.

—Después de ponerse el *kaif* y el velo, el hombre del desierto echó a correr hacia la puerta—. Tercia, ¿has echado el cerrojo de la puerta de la calle después de entrar?

—¿Me tomas por idiota?

—Entonces ve a despertar a las hermanas, rápido —dijo él, mordiéndose la lengua para evitar regañarla—. Diles que cojan sólo aquello que no puedan dejar atrás.

Tercia frunció los labios.

—Acompañaré a mi hermano. Que sus soldados las defiendan.

Exasperado, Canon lanzó un juramento.

—¡Es que no tienen soldados que las defiendan, Tercia! Son vírgenes consagradas, religiosas. ¿Qué crees que les harán los cultistas si no las escoltamos fuera de este lugar para ponerlas a salvo?

—Entonces ¿quién mató esta mañana a cuatro cultistas junto a la puerta sur? ¿Fueron esas mujeres religiosas de las que hablas? —Tercia esbozó una sonrisa burlona—. Tres caballeros, he oído, disfrazados de carreteros.

—Sólo había uno —puntualizó Alderan, que giraba el cuello de manera rara para ver con el ojo bueno a través de una rendija de la contraventana. La luz anaranjada

que procedía de las antorchas cubrió su rostro de una luz espectral—. Se trata de un solo idiota capaz de causar tales problemas que parecen tres personas.

Por primera vez, Tercia puso freno a su arrogancia.

—¿Tú? —dijo, mirando a Gair.

—Eso parece. Ve a despertar a las hermanas. Son treinta y cuatro, incluida la madre superiora. Asegúrate de que nadie se rezague.

Tercia se marchó corriendo. Gair se volvió hacia Alderan.

—Todo esto es culpa mía. Si no las hubiese acompañado esta mañana...

—Lo más probable es que hubiéramos acabado exactamente afrontando la misma situación, sólo que con dos monjas muertas en tu conciencia —terminó de decir el anciano, que seguía mirando por la rendija de la contraventana—. No creo que tú empezases nada que no hubiese sucedido de todos modos, en cuanto Resa les demostrara que no les tenía miedo, aunque me habría gustado disponer de más tiempo para repasar estos libros, después del viaje que hemos hecho.

Se irguió cuan largo era, limpiándose la nariz, que aún le sangraba, con el dorso de la mano.

—Maldita sea. Creía que me traerías el zurrón.

—Te he dicho que no hay tiempo.

Antes de que Alderan pudiese protestar, Gair tomó su cabeza con ambas manos y se abrió al canto. Un color intenso, brillante, le inundó la mente, fluyendo a través de él y alcanzando al otro hombre, a quien envolvió en una oleada de música hermosa. Era demasiado tarde para andarse con sutilezas.

Cuando le soltó, Alderan reculó hasta la pared, jadeando. El sudor le perlaba la frente.

—¡Santa diosa madre! Está claro que necesitas práctica. Eso ha sido brutal.

—Pero ya puedes ver con ambos ojos, ¿no? —replicó Gair, que se dirigió hacia la escalera.

Recogió en su cuarto cuatro cosas que guardó en las alforjas, acosado por un mal presentimiento. Hasta el momento, nada, absolutamente nada, había salido bien. Miró a su alrededor para asegurarse de no haber olvidado nada, luego repitió la operación con las pertenencias del anciano y llevó el equipaje abajo, al salón.

Alderan seguía vigilando por la ventana. Fuera la luz de las antorchas parecía haber ganado en intensidad, y alguien golpeaba la puerta de la calle al compás de un cántico furibundo.

—Tarde o temprano, uno de ellos comprenderá con qué parte del hacha tiene que golpear esa puerta —murmuró. Se palpó la nariz, que aún tenía hinchada—. Al menos podrías habérmela enderezado.

Gair hizo caso omiso del comentario.

—¿Dónde está Canon?

—Lo he enviado a preparar los caballos.

—¿Y Tercia?

—Aún no ha regresado.

Sangre y piedras. Probablemente la muy condenada había seguido a su hermano, sin preocuparse un ápice por la piel del prójimo. Gair abrió la puerta.

—Voy a buscarla. Nos reuniremos en el patio.

Fuera, el número de antorchas que iba en aumento en la calle, detrás del muro, había apagado la luz azulada de la luna hasta revestirla de una tonalidad fangosa que daba al patio un aspecto poco familiar. Las sombras acechaban y daban saltos al capricho del movimiento de las antorchas, creando un centenar de rincones entre los edificios y almacenes donde los cultistas podían acechar ocultos, si a alguno de ellos se le había cruzado por la mente trepar el muro en lugar de amontonarse a la entrada. Cada golpe seco había temblar la gruesa puerta en el marco.

Al otro lado del patio se abrió la puerta del establo, proyectando un amplio haz de luz que empujó a la retirada a las sombras. Una figura vestida de negro siguió a la luz. Era Canon, que llevaba de las riendas el caballo gris de Alderan. No había ni rastro de Tercia. Después de todo debía de haber ido al recinto principal.

En lo alto de la escalera, la puerta con remaches de hierro permanecía cerrada y no ardía ninguna luz en el interior de la casa hermana, al menos que Gair pudiera ver. En lugar de ello, la luz de las antorchas se reflejaba en las ventanas, de modo que el interior del edificio parecía envuelto en llamas. En Zhiman-dar, los cultistas quemaban libros. Si el tono sobrecogedor de los cánticos y el eco de los golpes que daban en la puerta de la calle servían de indicación, los cultistas de el Maqqam apuntaban más alto.

La puerta no estaba cerrada y se abrió con facilidad. Sólo un poco de luz de luna se filtraba a través de las ventanas altas, proyectando sombras en el suelo empedrado. Invocó un bril a la altura de su hombro y se apresuró escaleras arriba. Tenía una vaga idea de dónde podían encontrarse los dormitorios, pues era razonable asumir que sería en una de las plantas superiores.

Oyó voces ahogadas y siguió el ruido hasta un pasillo lateral donde un grupo de monjas mariposeaba a oscuras como palomas asustadas. Tercia iba de un lado a otro, susurrando que se callaran, gruñendo que se apresuraran, pero su impaciencia no hacía más que empeorarles los nervios.

—Por el amor de la diosa —murmuró Gair, que proyectó media docena de brils en el aire. La gente siempre se sentía más segura cuando podía ver.

Varias hermanas lanzaron gritos de alarma ante la repentina iluminación, pero dejaron de revolotear. Se quedaron petrificadas, mirándole fijamente.

Una monja recia de pelo gris fue la primera en recuperarse.

—¡Por los santos! —exclamó, engallada—. ¿Quién eres tú, que traes a los

demonios a la casa de la diosa?

Gair extendió las manos con ánimo de poner paz, las palmas hacia abajo para ocultar la marca de brujería. Ya había suficientes motivos para empujarlas al pánico.

—He venido a ayudar, hermanas, eso es todo. Este lugar ya no es seguro. Tenéis que marcharos.

La monja levantó la barbilla, desafiante.

—De ninguna manera. Aquí hacemos la obra de la diosa. No permitiremos que la ignorancia y el odio nos obliguen a marcharnos.

Así se habían comportado Avis y Resa esa misma mañana en la plaza, sin éxito.

—No tenemos tiempo para discutirlo, hermana —dijo Gair—. Los cultistas se agolpan en la puerta, en gran número, y probablemente estén armados. Tenemos que irnos.

Hizo un repaso de cuántas mujeres se habían agrupado en torno a la monja. Faltaban algunas, de hecho no vio ninguna cara conocida.

—¿No está aquí la superiora? —preguntó a Tercia, quien se encogió de hombros.

—¿Cómo iba yo a saberlo? A mí todas me parecen iguales.

Gair se dirigió a las monjas, levantando un poco el tono de voz.

—¿Dónde está la superiora? ¿Y Resa? ¿Y Sofi?

La monja recia arrugó el entrecejo.

—La hermana Sofi ha ido a llenar la custodia —dijo—. Creo que la hermana Avis se ha acercado a las habitaciones de la superiora.

«Será mejor que te des prisa. ¡No tardarán en atravesar la puerta!», le transmitió mentalmente Alderan.

Gair estuvo a punto de jurar en voz alta, ante la perspectiva de peinar los corredores de la casa hermana para reunir a las hermanas que faltaban. Sin embargo, recordó algo justo a tiempo.

—¿Hay otra puerta que dé a la calle? ¿El acceso para leprosos, algún otro modo de salir de aquí?

—Tras la capilla está el acceso para leprosos —dijo la monja—. ¿Qué está pasando fuera? ¿Tú quién eres?

—Un pecador, hermana Martha —dijo la superiora con voz chillona, asomando por el extremo opuesto del corredor. Sofi, con un pequeño cofre en las manos, la seguía de cerca.

La monja vestía el hábito, pero no se había molestado en ponerse la toca, y a falta del marco severo que le proporcionaba su rostro parecía más joven, las facciones más suaves, rodeadas por rizos de pelo corto y castaño en los que apenas había trazas de gris.

—Un pecador armado con una espada, nada menos. Hermanas, cubríos los hábitos con *barouk*, y después reuníos con la hermana Avis y las demás en el acceso

de los leprosos. —La superiora dio unas palmadas—. Vamos, rápido. No hay tiempo que perder.

Una voz conocida dando órdenes fue todo lo que necesitaron las monjas para ponerse en movimiento. La superiora observó los brils que flotaban sobre el corredor abovedado, luego clavó la mirada astuta en Gair.

—Además de otros dones, según parece —murmuró—. ¿Quién eres, hijo mío? ¿Quién eres en realidad?

—Acompáñalas, por favor —la apremió—. Están asustadas. Nos reuniremos con vosotras en cuanto podamos.

—No has respondido a mis preguntas.

¡No era momento para preguntas!

—No soy más que lo que ves, madre superiora: un pecador armado con una espada. Ahora, te lo ruego, ¡date prisa!

—Me has sorprendido —dijo ella—, y hace mucho tiempo que nada ni nadie me sorprende. —Inclinó la cabeza, recogió la falda negra y siguió a las demás monjas.

Tercia siguió a Gair hasta el patio, donde encontraron ambos caballos ensillados y preparados, atados a una argolla que había en la pared junto a la puerta que daba al ala de invitados. Alderan cojeaba cubierto por el ensangrentado *barouk*, con un montón de ropa en las manos. Tenía ambos ojos abiertos, aunque seguía muy magullado, con los cortes y rasguños cubiertos por costras. La sangre seca le había marcado las arrugas de la piel, y tenía el pelo arremolinado; en lugar de un viejo león furioso parecía más bien un chamán tatuado de los bosques de Belisthan.

Arrojó la túnica a Gair.

—Esto es tuyo. ¿Han salido las monjas?

—La superiora las reúne tras la capilla.

—Estupendo. —Otro fuerte golpe sacudió la puerta, y la muchedumbre reunida en la calle lanzó un rugido de aprobación—. No tenemos mucho tiempo. Sube a ayudar a Canon con los libros.

Con el *barouk* a medio poner, Gair se le quedó mirando.

—¿Y las hermanas?

Alderan sacudió la cabeza.

—Tendrán que apañárselas solas. No hay tiempo de conducir un rebaño, si queremos sacar de aquí los libros.

Gair no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Lo dices en serio? ¿Te propones abandonarlas a su suerte?

—No lo haría si tuviera otra opción, pero hay mucho en juego. —El anciano hizo un ruido exasperado, impaciente—. Mira, las hermanas llevan años viviendo aquí. Conocen esta ciudad y se las apañarán. Esos libros no, a menos que podamos llevarlos a un lugar seguro.

—¿Vas a dejarlas en manos del Culto? ¿Vas a dejar que esos cabrones les corten la lengua o hagan algo peor? ¡Por la diosa, Alderan! —Gair estiró del *barouk* por los hombros, y luego se puso el *kaif* alrededor del cuello—. No, no mientras conserve un aliento de vida.

Un fuego lento ardía en su interior. Sabía a qué se refería Alderan, que dependiendo de lo que encontraran en los libros podrían salvar las vidas de millares de personas, pero era una esperanza tan vaga, una racionalización tan impersonal, que carecía de la inmediatez de lo palpable, del peligro que afrontaban las monjas. No podía soportar la idea de abandonarlas a su suerte, en buena parte porque se sentía responsable de haberlas puesto en peligro. Era un acto de cobardía sin igual.

Ceñudo, Alderan puso los brazos en jarras.

—Gair, creía que lo entendías. Esos libros podrían contener el saber que necesitamos para preservar el Velo. Si fueran destruidos...

—¿Y eso los convierte en algo más importante que las vidas de las hermanas? —Por los santos y los ángeles, ese hombre no tenía sangre en las venas—. Vine aquí contigo, como me pediste, y te he ayudado en todo lo que me ha sido posible, pero no puedo seguir haciéndolo. No lo haré. Yo he causado este problema, y depende de mí sacar de apuros a las monjas.

Gair destrabó las riendas de *Shahe* de la argolla de la pared y las pasó por la cabeza del animal. Había malgastado más tiempo de la cuenta con esos libros, y no estaba dispuesto a malgastar un minuto más.

Canon salió de la casa hermana con una pila de libros en los brazos que afianzaba con la barbilla. Su hermana se dirigió hacia él, y ambos conversaron con apremio en gimraeliano. Los ojos de ella relucían febriles sobre el velo, tomó las riendas del caballo gris y lo condujo a buen paso.

—Me has decepcionado, Gair —dijo el anciano con ojos de cristal, casi argénteos a la extraña luz que reinaba en el patio—. Esto supone la mayor esperanza de detener a Savin con el menor derramamiento de sangre posible. Eso ya lo sabes. Pensé que era lo que querías, hacerle pagar por lo que te había hecho.

Gair hizo una pausa, la mano en la perilla de la silla, dispuesto a montar.

—Sí, claro que quiero que pague por lo que ha hecho. —Le temblaba la voz por el esfuerzo de mantener el control de sus emociones—. Lo quiero tanto que puedo saborearlo, pero no abandonaré a esas monjas a los lobos para lograrlo.

Montó en la silla, y *Shahe* empezó a moverse de inmediato, inquieta la montura a causa del humo, los cánticos y la furiosa pasión que destilaba el ambiente.

El anciano levantó ambas manos.

—¡No lo entiendes! Esto es lo único que podemos hacer si queremos disfrutar de una oportunidad de detenerlo...

—¡No, no lo es! ¡Te equivocas! —Por la diosa, ¿acaso era incapaz de oírse a sí

mismo?

—¡Es necesario! —replicó Alderan, enfadado—. Baja un instante del caballo al que te has subido y también serás capaz de verlo.

—Lo justo y lo necesario no siempre coinciden. —Gair tiró de las riendas de *Shahe* para encararlo. El corazón le latía con fuerza en el pecho—. Ahora las monjas son responsabilidad mía, me encargaré de ponerlas a salvo en Syfria de camino al norte. Tú y tus jodidos libros podéis ir al infierno.

Arrojaron una antorcha que superó el muro y fue a caer entre una lluvia de chispas, lo bastante cerca de *Shahe* para que corcoveara, sacudiendo la cabeza con inquietud. Después se oyeron voces, las palabras indistintas, pero la intención clara. Tenía que sacar de ahí a las monjas.

A su espalda prosiguieron los cánticos y los golpes que sacudían con regularidad la puerta. Algunos aceros atravesaron la madera blanqueada por la acción del sol. Fuera el gentío vitoreó las embestidas y arrojó más antorchas que superaron el muro.

—Ve, pues, con la diosa —dijo Alderan cuando Gair recuperó el control de la montura. En su voz sólo había lugar para la resignación—. Si puedes, localiza a Masen. Lo encontrarás por ahí, muy al norte. Es muy probable que podáis ayudaros mutuamente.

No había tiempo y no tenían más que decirse. Gair hundió los talones en los costados de *Shahe*, espoleándola en dirección a la capilla.

Tanith despertó de un sueño intranquilo con el corazón martilleándole los oídos y una mano en torno a su garganta, esperando sentir en cualquier momento el beso de una hoja afilada. El alba, clara, perlada, se filtraba por las copas de los árboles, y el ambiente estaba cargado con el aroma húmedo de la naturaleza, y había algo más, un hedor a algo podrido.

Se incorporó para mirar alrededor del claro. Los caballos seguían atados en el mismo lugar, las colas cubiertas por una capa de rocío, pero aparte de un cubo de agua para que pudieran beber no había ni rastro del guardabosque. A su lado, las mantas de Ailric no cubrían a nadie. El alto astolano se encontraba cerca de los pilares de piedra, apoyado en ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó, poniéndose en pie. Se sintió incómoda con los pantalones de montar húmedos puestos, que se ajustaban tanto a su piel que parecían cubrirla de arrugas. Se frotó un punto particularmente molesto en la cadera y encontró un bulto en el bolsillo, algo que se le había clavado. La bellota. La volvió en la palma de la mano, antes de guardarla de nuevo.

—Había oído algo. Gritos. El entrechocar del acero.

—Tal vez era un sueño. Yo me he despertado convencida de que alguien estaba a punto de degollarme. —Se desperezó—. ¿Dónde está Owyn?

Ailric se encogió de hombros.

—No ha regresado. —Se inclinó un poco entre las piedras—. Ahí está otra vez ese ruido. Hay una batalla cerca de aquí.

—¿En Bregorin? No tienen enemigos. La mitad del mundo ni siquiera cree en su existencia.

—Te digo que se oye una lucha.

Tanith anduvo hacia él y cuando llegó a su altura aguzó el oído. El claro seguía envuelto en una quietud sobrenatural, sin que siquiera el batir de las alas de un pájaro rompiera el silencio. Incluso su propio pulso se le antojaba ensordecedor. Oyó gritos de hombres, un rumor lejano. Los relinchos de los caballos. Espadas sobre escudos.

—¿Tú también lo oyes? —preguntó él.

Tanith asintió, esforzándose por oír más. Hubo un sonido similar al que hace una gota al caer en un charco, procedente de una piedra cercana a su rostro, y sintió una punzada en la mejilla. Se llevó la mano para tocarla y la retiró manchada de sangre.

—Me he cortado —exclamó.

Ailric acercó su mano a la mejilla de Tanith. Una sencilla curación fluyó a través de ella, y le puso la piel de gallina. En el espacio de pocos segundos, el corte se cerró, cubierto por una costra, e incluso desapareció el dolor que sentía en la cadera.

—Gracias —dijo, antes de dar un respingo cuando él extendió la mano hacia el cuello de su blusa—. ¿Qué haces?

—Estate quieta un momento.

Introdujo la mano por el cuello de la blusa, un tacto que hizo aflorar recuerdos de antaño. Quiso apartarse, pero otra parte de ella la traicionó ante aquella muestra de intimidad.

—Ya la tengo. —Sacó la mano. Tenía una piedra en la palma de la mano, no mayor que una uña, pero afilada como una cuchilla.

—Lo he oído, pero no la he visto. —Tanith pasó la yema del dedo por la nueva costra—. ¿De dónde ha salido?

Ailric se preparó para invocar en busca de astillas. Se oyeron otros gritos, más cercanos, más audibles que los demás ruidos de la batalla. No tuvo otra opción que volverse.

Un hombre accedió a trompicones a través de la vegetación al otro lado del claro, y echó a correr en dirección a los pilares de piedra. En la mano empuñaba una espada, con la otra se presionaba las costillas, donde la sangre se filtraba a través de los dedos para manchar la camisa. La respiración agitada y la mirada de desesperación venían a decir que estaba cerca del límite. Se oyó el ruido de los arcos. Tropezó. Dejó caer la espada al suelo. Seguidamente cayó al suelo de bruces, con una flecha de penacho blanco clavada en la espalda.

—Ha debido de ser una flecha. —Ailric señaló algo en el suelo, se introdujo entre

las piedras y desapareció de su vista.

—¡Ailric! —Tanith se arrojó sobre las piedras, pero una mano la retuvo.

—No lo atraveses —le advirtió Owyn.

—¡Pero ha desaparecido!

—Lo sé. Lo he visto. Pero tú no puedes atravesar las piedras o también te extraviarás.

Tanith dio un tirón del brazo para liberarse, conteniendo las lágrimas de ira.

—¡Dijiste que las bellotas nos impedirían perdernos!

El guardabosque suspiró.

—Tendrían que haberlo hecho. ¿Conserva Ailric la suya?

—No lo sé. Creo que sí. —Se pasó las manos por el rostro, dispuesta a hacer memoria. La noche anterior, Ailric se había quitado la chaqueta. Aquella mañana estaba de pie entre las piedras, con la camisa arrugada y manchada de tierra—. No.

Owyn torció el gesto.

—¿Crees que podrías encontrarla?

Tanith echó a correr hacia la chaqueta y rebuscó en los bolsillos, hasta que cerró la mano en torno a la bellota.

—¿Conservas la tuya? —Se palpó el bolsillo y asintió—. Estupendo. Trae la suya... y un arma. Si la tienes.

Tanith aferró el cinto con el cuchillo largo y se lo puso alrededor de la cintura. Entonces, con el canto alzándose a su voluntad, se apresuró en dirección a las piedras, donde Owyn hacía sendas sogas a ambos extremos de un tramo de cuerda que había sacado de la bolsa. Introdujo la mano zurda a través de una de las sogas, y ató la otra alrededor de la mano de Tanith. Tal vez había tres pasos de cuerda entre ambos, lo bastante para tener libertad de movimientos y defenderse, si era necesario.

—Hagas lo que hagas, no te sueltes de la cuerda. Puedo dar contigo si nos separamos, pero no será fácil. ¿Estás preparada?

—¿Adónde ha ido, Owyn?

—Las explicaciones tendrán que esperar. O vamos ahora o no vamos a ninguna parte.

Así las cosas, dio un paso a través de las piedras.

Fuego

Las hermanas aguardaban cuando Gair alcanzó el acceso de los leprosos, una abertura con forma de arco en la gruesa pared exterior de la parte posterior de la capilla, cuya altura apenas superaba los hombros de *Shahe*. Una monja mantenía el portón de madera abierto, y vigilaba el callejón al que daba. Las demás se agrupaban alrededor de la madre superiora, mirando de vez en cuando con inquietud hacia la portería, más allá de los contrafuertes de la capilla, pero al alcance del oído.

—¿Estáis listas? —preguntó, desmontando. La madre superiora asintió—. Entonces vámonos.

A *Shahe* no le entusiasmó la idea de introducirse por el angosto acceso, estaba incómoda por el hecho de que unas monjas se amontonaran tras ella, pues la inmovilizaban ante la entrada con forma de arco. Al final, Gair tuvo que cubrirla con el *barouk*, cegarla con objeto de atravesarlo y salir al callejón. Las monjas los siguieron, llevando los escasos objetos personales reunidos en diversos hatillos. Con la ropa del desierto y los velos cubriéndoles el rostro, a simple vista era imposible distinguirlas de las demás mujeres.

—Tenemos que mantenernos alejados de las calles principales —advirtió Gair, colocándose de nuevo el *barouk* sobre la cabeza—. Si esa turba repara en nosotros, no habrá gran cosa que yo pueda hacer.

La madre superiora asintió, comprensiva.

—Podemos limitarnos a las calles secundarias y los callejones.

—Entonces ve tú delante, puesto que conoces mejor la ciudad que yo. Ten el caballo —dijo, tendiéndole las riendas de *Shahe*.

—Gracias, hijo mío, pero no. Mucho me temo que tendrás mayor necesidad de la montura que yo. —Señaló el callejón—. Por aquí hasta alcanzar la segunda calle, luego tenemos que girar a la derecha.

Girar a la derecha los alejaría de la ruta que Alderan y él habían tomado desde la Puerta del León cuando llegaron a la ciudad, pero supuso que la madre superiora

escogía esa ruta porque había mayores posibilidades de que pasaran desapercibidos. El joven montó de nuevo y encabezó la comitiva a través del callejón. La tierra seca bajo los pies amortiguó las pisadas de *Shahe*. No obstante, aguzó el oído para captar cualquier ruido que pudieran hacer y llamase demasiado la atención.

Cuando dejaron atrás los edificios pertenecientes al recinto del monasterio, el cántico de la casa hermana se hizo más audible, acompañado por el sonido del acero en la madera. Las llamas se alzaban sobre el muro. Uno de los edificios se había prendido fuego.

A la altura del hombro de *Shahe*, la superiora se santiguó.

—Vándalos —masculló.

—¿Qué es lo que cantan? —quiso saber Gair.

—No quiero ensuciar mi boca con esas palabras —respondió ella, tensa—. Hablan de toda clase de vilezas.

Gair se arriesgó a dar un vistazo por una callejuela lateral. Parte del gentío estaba compuesto por mujeres. Mientras observaba, una echó atrás la cabeza y lanzó un alarido espectral que al instante fue imitado por otras personas. Los hombres aullaron con aprobación y el fuego se alzó hacia el cielo.

Si no hubiera viajado al sur, tal vez todo aquello no habría sucedido nunca.

Se obligó a mirar de nuevo al frente. Mortificarse por ello no cambiaría nada, lo único que podía hacer era aprovechar la culpa como acicate para seguir adelante. Presionó los muslos para que *Shahe* arrancase a andar y dejaron atrás la casa hermana.

A menudo los callejones de El Maqqam apenas eran lo bastante anchos para que las monjas pasaran en fila de a dos, y a veces *Shahe* experimentaba serios problemas para hacerlo, eso cuando no estaban llenas de ropa tendida de pared a pared, hasta el punto de que Gair se veía obligado a desmontar para llevar la montura a través de montañas de desperdicios y basura, bajo la atenta mirada de los gatos escualidos que entorpecían el paso de la yegua. El olor le dio a entender que era mejor no saber lo que estaba pisando cuando, a veces, se veía obligado a arrimarse más de la cuenta.

Al cabo de un rato de doblar calles y más calles se habían alejado de la ruta que mal recordaba. Sin tener la luna a la vista, no tardó en perder el rumbo, pero la superiora no dudó en ningún instante, dirigiéndole mediante gestos o palabras dichas en voz baja, tan familiarizada con la ciudad a oscuras como si el sol hubiera estado en lo alto. También se mostró incansable en el cuidado de su inquieto rebaño, repartiendo sonrisas con generosidad, cuando no tocándoles un brazo, sin traicionar jamás su propia inquietud, ni siquiera cuando una rata se apartaba de una montaña de desperdicios para corretear casi a sus pies.

Paró al llegar a la esquina que daba a una plaza abierta, con la mano en el hombro de *Shahe*. Los edificios que se alzaban al frente se recortaban contra un cielo que

clareaba, y los pájaros canturreaban entre las copas secas de las palmeras que circundaban un pozo público situado en mitad de la plaza. Había gente alrededor de la plaza: tres mujeres con jarras de agua murmuraban en el pozo, los tenderos abrían los negocios y largaban los toldos mientras preparaban la mercancía para la jornada de trabajo que se avecinaba. En el extremo opuesto, un tipo bostezaba en un portal, atento a las mujeres de las jarras de agua. Alguien le gritó algo que le hizo reír mientras se rascaba la barriga ancha, antes de responder.

—Tenemos que cruzar la plaza —susurró la madre superiora.

Gair vigiló al tipo que miraba a las mujeres, luego paseó la vista por el lugar, en busca de un punto por el que pudieran pasar sin cruzar por el campo de visión del hombre. No encontró ninguno.

—Nos verán —dijo—. ¿Cuánto queda hasta la puerta desde aquí?

—No está lejos, pero no abrirá hasta el alba.

Cruzar la plaza habría sido fácil si hubiesen tenido uno o dos carros: las hermanas podrían haberse escondido en la parte posterior, a cubierto. Gair se mordió el labio, pero dejó de pensar en ello porque no tenía sentido mortificarse por las carencias. Había que ingeniárselas con lo que tenían.

—¿Hay otro callejón que lleve a esta plaza? ¿Uno que podamos alcanzar desde aquí sin ser vistos?

—Claro. —La superiora miró a sus monjas—. ¿Hermanas?

Varias asintieron.

—Separaos —ordenó Gair. Era su mejor opción—. Grupos pequeños, no más de tres o cuatro juntas, y no vayáis demasiado pegadas. Si podéis procuraros jarras de agua o algo que os permita pasar más desapercibidas, mucho mejor.

La superiora señaló un pasaje oscuro que mediaba entre dos tiendas.

—Esa callejuela de ahí, junto a la tienda del mercader de aceites, está en penumbra casi hasta mediodía. Nos reuniremos allí, y después nos dirigiremos hacia la Puerta del León.

—Pero por el amor de los santos, no caminéis con prisas —añadió Gair—. no lograríais más que llamar la atención.

A regañadientes, con muchos abrazos y bendiciones, las monjas se separaron formando pequeños grupos, la mayoría de los cuales recularon por el callejón donde se habían detenido, para después repartirse por diversas callejuelas y vías entre patios. Gair las vio marcharse, y gruñó para sus adentros al ver los hombros tensos y cómo anadeaban, arrastrando los pies.

La madre superiora siguió su mirada e intuyó lo que estaba pensando.

—Estarán bien —dijo, dándole suaves palmadas en el brazo. Después se volvió hacia las tres monjas que habían permanecido con ella, una de las cuales, la hermana Martha, asía un saco con fuerza—. Adelante, hijas mías.

Las monjas accedieron a la plaza. Casi de inmediato, el corpulento mercader volvió la cabeza hacia ellas. Gair buscó con la vista el signo del sol sobre la puerta del negocio, pero el toldo de la tienda colgaba tan bajo que no pudo distinguirlo. Lanzó un juramento que, aun ahogado, la madre superiora, de pie a su lado, alcanzó a oír.

—Discúlpame. Había olvidado que tengo compañía.

Para su sorpresa, los ojos de ella revelaron una sonrisa.

—Mi padre sirvió como intendente de la décima legión. Créeme, he oído cosas mucho peores, aunque debo añadir que, tratándose de un joven educado por la Iglesia, posees un vocabulario muy particular. —Señaló con un gesto de la cabeza a las monjas—. Mira.

La hermana Martha había abierto la parte superior del saco, y las tres mujeres miraban el interior al caminar, como si llevase algo extraordinario. El mercader apartó la vista, volcada de nuevo la atención en las mujeres que se le acercaban procedentes del pozo y se contoneaban con los jarros de agua sobre la cabeza. Sus ojos las siguieron todo el tiempo que tardaron en cruzar la plaza, y lo hizo con una sonrisa torcida. Un mirón que disfrutaba del paisaje matutino.

Aliviado, Gair exhaló un largo suspiro.

—Ha llegado nuestro turno —dijo. Ofreció el brazo y sacó el pie del estribo, para que la superiora pudiera aprovecharlo para montar.

—No cabalgo a horcajadas desde que era pequeña y montaba detrás de mi padre —dijo. Se recogió el hábito con el fajín, luego hizo una pausa—. Te agradecería que no mirases.

Gair mantuvo la vista puesta en las orejas de *Shehe* hasta que, con una plegaria murmurada sin aliento, la madre superiora se encaramó al caballo detrás de él. Una vez sentada, se arregló el *barouk* para que le cubriese las piernas.

—Lista —anunció.

—Será mejor que te abrases a mí, por si acaso tenemos que movernos con prisa. —El caballo salió andando del callejón.

El grupo de la hermana Martha había cruzado la plaza y desaparecía en el sombrío callejón lateral, aparentemente enfrascadas en comentar el contenido del saco. Otro grupo asomó a la plaza, después de atajar por diversos callejones. Estaba compuesto por cinco monjas. Era más numeroso de la cuenta y se movía con un paso que llamaba la atención.

—Tendrían que haber esperado un poco —murmuró Gair. El instinto le llevó a destrabar el *qatan* en la vaina—. ¡Tendrían que haber esperado!

—Diosa en el cielo. —La superiora crispó las manos en los pliegues del hábito—. A nuestra espalda.

Gair apartó la vista de las asustadas monjas y miró a su alrededor. Una columna de humo negro se alzaba en el cielo en otro punto de la ciudad, alimentada por las

llamas que alcanzaban cierta altura. Buscó en la parte este del firmamento la presencia de Simiel, reparando en el contorno del amarillento disco de la luna que asomaba sobre los tejados. El humo se alzaba al sur de la luna, por tanto sólo podía provenir de un lugar. El corazón le dio un vuelco.

—La casa hermana —dijo, esperando que al final Alderan hubiese mostrado cierto sentido común. El viento arrastraba el olor del pesar y el papel quemado.

Al cabo de unos instantes, el resto de la ciudad había reparado en que algo estaba ardiendo. Los mercaderes y sus familias salieron de las casas que rodeaban la plaza para señalar y mirar con los ojos muy abiertos. Los niños corretearon excitados, las llamas les iluminaron los ojos y las caras de alegría. A pesar de que no eran más que unos críos y no reconocían la gravedad de lo sucedido, Gair sintió náuseas.

Más por la esperanza que por la seguridad de obtener una respuesta, proyectó un saludo afinado a los colores de Alderan. Después de una pausa sobrecogedora, obtuvo la respuesta: «Sal de la ciudad».

Consciente de la inquietud de su jinete, *Shahe* emprendió el galope y la superiora se aferró a la cintura de Gair.

«Alderan...»

«No hay tiempo. ¡Vete, maldito seas!»

Las tonalidades familiares de jaspe y brandy se oscurecieron hasta volverse borrosas. El instinto movía a Gair a darse la vuelta, a pesar de que las llamas y la densa columna de humo decían que ya no había quien salvara la casa hermana.

«¿Estás bien?» Pero tan sólo el silencio respondió a aquel pensamiento.

Por los santos, no.

«¡Alderan!»

Lo único que oyó fueron los vítores lejanos, distorsionados por los edificios que se interponían en la trayectoria del sonido, un zumbido desapacible, violento, como el de un insecto venenoso. Proyectó un último saludo, antes de soltar a regañadientes los enmudecidos colores de Alderan.

Se sintió invadido por la culpa.

—Tendría que volver. Tal vez pueda hacer algo...

Hizo ademán de tirar de las riendas, pero la madre superiora le pellizcó el brazo.

—Ya has visto la muchedumbre que se ha agolpado en la puerta —dijo—. No podrás burlarla.

—¡Pero no puedo abandonarlos así!

Malditos libros. *Shahe* se mostró inquieta mientras Gair contemplaba el humo que manchaba el cielo. Si alguien había quedado atrapado dentro de la casa hermana, a esa altura habría muerto.

Ella hundió los dedos en sus bíceps.

—Mi padre decía que debes terminar la labor que tienes entre manos. Además, el

acceso de los leprosos que utilizamos para salir está en el extremo opuesto del recinto. Es posible que hayan logrado huir.

Tenía razón. Tenía que tenerla, pero no logró convencerse de ello, y se hundió de hombros.

—Es posible.

Su voz surgió tensa, y por mucho que tragó saliva no pudo desenredar el nudo que tenía en la garganta.

«Nunca debí venir a Gimrael».

—Será mejor que nos movamos —dijo cuando fue capaz de hablar de nuevo—. Cuanto antes salgamos de la ciudad, mejor.

Chascó la lengua a *Shahe*, que se dispuso a cruzar la plaza. Las monjas accedieron al lugar, procedentes de calles laterales, en grupos de dos y de tres, muy juntas y echando miradas hacia atrás a pesar de haberles advertido que no debían llamar la atención. Pero eso ya no importaba. Con la destrucción que tenía lugar en ese momento, nadie les prestaba atención, y por tanto se reunieron sin percances en el callejón situado junto a la tienda del mercader de aceites.

Los vítores cobraron intensidad, como si la muchedumbre hubiera doblado una esquina para salir de la calle mayor y dar a la plaza. Eran cánticos más que vítores. Gair distinguió frases y palabras repetidas una y otra vez, aunque la única que entendía era *ammanai*. El cántico era un gruñido y un gañido, la multitud una bestia con un millar de voces.

Se arriesgó a mirar hacia atrás. La turba inundó la plaza procedente de la esquina sureste, llevando en volandas a un hombre grueso y desnudo de cintura para arriba, que blandía un hacha sobre la cabeza. Tenía un fajín amarillo en torno a la cintura. Las mujeres que chillaban bailaban a su alrededor, las faldas al viento, sin velo, y su cabello largo, negro, ondeaba como un estandarte.

Era un gentío victorioso. Espoleó a *Shahe* y no tardó en alcanzar a las demás en la relativa seguridad que ofrecía la penumbra del callejón. Allí ayudó a desmontar a la superiora, y se volvió en la silla para ver a los cultistas empujar algo hasta el frente de la muchedumbre. Hojas de bronce resplandecieron a la luz temprana: el roble de la capilla de la casa hermana, supuso. Resonó con ruido metálico en el empedrado, un ruido que se perdió ahogado por los cánticos, los pisotones, la riña. Volvió la vista, satisfecho de que las monjas no pudiesen verlo.

Otras tres figuras asomaron inquietas por la embocadura opuesta del callejón. Cuando Gair cabeceó, la superiora les hizo un gesto para que se acercaran. Los ciudadanos estaban demasiado pendientes de la turba de cultistas, se levantaron las faldas y echaron a correr para echarse en brazos de sus hermanas. Contó. Había quince a ese lado de la plaza, menos de la mitad del total de monjas que se habían dispersado. De pie en los estribos, miró en las demás calles que alcanzaba a ver desde

ahí y que daban a la plaza, y localizó a otras cuatro monjas, tal vez cinco; las sombras previas al amanecer que mediaban entre los edificios le impidieron hacer una cuenta exacta.

Se volvió hacia la hermana superiora.

—Lleva este grupo a la puerta. Yo traeré al resto.

Ella negó con la cabeza.

—La hermana Martha puede llevarlas. Yo me quedaré aquí hasta que sepa que todas están a salvo.

—No quiero tener que escoger entre protegerte a ti y proteger a tu rebaño, si las cosas se ponen feas. —En cuanto las palabras abandonaron sus labios, Gair comprendió que discutir era inútil. Ella se cogió de manos, serena e inmóvil como la estatua de una santa—. Como quieras.

Volvió grupas y llevó a la yegua de vuelta a la plaza. Al oír el sonido de los cascos en el empedrado, algunos espectadores se volvieron hacia él. Cuando todos vieron que se trataba de un solitario hombre del desierto recorriendo a caballo la plaza, volcaron de nuevo la atención en el espectáculo que tenía lugar ante sus ojos. Para cuando llegó al otro lado, las monjas habían visto su número aumentado hasta siete, y se agruparon en torno al caballo.

—Hemos visto el humo. ¿Qué ha pasado? —quiso saber una. A veces su velo revelaba la palidez del rostro.

—Se ha producido un incendio al otro lado de la ciudad —respondió sin saber si debía decirles la verdad. Pero no tendría que haberse molestado en mentir.

—La casa hermana —se lamentó la monja, aferrando las riendas de *Shahe*—. ¡Han quemado la casa hermana!

La yegua de pelaje negro sacudió la cabeza hasta que Gair logró que la monja soltara las riendas.

—Calma, hermana. Os pondré a salvo fuera de la ciudad, no te preocupes.

Ella le cogió del brazo, el miedo le había enfriado los dedos.

—Madre misericordiosa, ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos a ir? ¡Han incendiado la casa hermana!

Cayó postrada de rodillas, entre sollozos. Resa se situó a su lado, rodeándole los hombros con el brazo. La monja, que era mayor que ella, hundió el rostro en la túnica de la joven.

Gair buscó en el grupo otras caras conocidas, pero no vio ninguna.

—¿Dónde están las demás?

—Sofi las ha llevado hacia la Puerta del León —respondió una monja que llevaba un saco abultado, lleno de cosas—. Nos dijo que visitaba a los pobres junto a la muralla norte y que conoce otro modo de franquearla.

Maldita fuera. En lugar de un solo grupo ahora eran tres. Al menos cuando las

hermanas estaban en un mismo lugar, podía protegerlas si era necesario, pero ya no era así. El canto se agitó incansable en respuesta a su inquietud.

—Muy bien —dijo—. Cruzaremos juntos la plaza mientras los demás están distraídos observando a esos cultistas. Yo me interpondré entre vosotras y la multitud, así que no os separéis mucho hasta que llegemos al otro lado. La madre superiora nos espera allí. ¿Preparadas?

Las seis asintieron con diversos grados de seguridad en sí mismas. La monja seguía desconsolada junto a Resa.

—Vamos.

Todas a una accedieron a la plaza. Gair echó el ojo a los cultistas cuando cabalgó por su lado. El hombre del hacha celebraba una especie de juicio, con el roble de bronce hecho pedazos a sus pies. Gritando en gimraeliano, tomó un puñado de los restos de metal y los levantó en alto antes de arrojarlos de nuevo al suelo. Hablaba demasiado rápido y con mucha pasión para que Gair intuyera siquiera lo que decía, pero los gestos con el puño y el hacha, los gruñidos y vítores de la multitud que celebraba sus palabras, hicieron que el significado de su discurso fuese claro como el agua.

«Igual que en Zhiman-dar. Nada más que desprecio hacia todo aquel que no comparta su fe». A Gair se le revolvió el estómago. La madre superiora tampoco había errado a ese respecto: no eran más que vándalos, y si estaban dispuestos a atentar contra la propiedad de la Iglesia, sólo era cuestión de tiempo que descargasen su ira con los mercaderes del Imperio, eso si no lo habían hecho ya.

El tipo alzó uno de sus brazos, señalándole. No, señalando un punto situado detrás de él. Gair miró hacia la calle mayor, con la mano en torno del puño del *qatan*. Varios hombres con fajines amarillos llegaron a la plaza, caminando con aire fanfarrón, sonrientes y con los brazos extendidos como para abrazar a la multitud. Los seguidores del culto empezaron a vitorearlos, pero Gair tan sólo se fijó en la cojera de uno de los hombres de fajín amarillo.

El del mostacho. El chulo que se pavoneaba. Apretó el puño de la espada. El corte del costado le dolió al recordarlo.

—No os separéis de mí, hermanas —susurró—. Seguid caminando. ¡No levantéis la vista!

Eso fue precisamente lo que hizo la monja del saco lleno. Lanzó un gritito y paró en seco. Otra chocó con ella, y el golpe bastó para volcar parte del contenido del saco, del que cayó un pesado libro que fue a abrirse por una página con una hermosa ilustración a todo color de la diosa en el roble.

Otra monja recogió el libro, pero el cojo había visto lo suficiente.

—¡*Ammanai!* —gritó, señalándolas.

Las monjas se quedaron paralizadas.

—Vosotros los paganos no sois bienvenidos aquí. —Desnudó la espada. Un latido de corazón después, el resto de los guerreros de fajín amarillo imitaron su ejemplo.

Gair juró entre dientes mientras tiraba de las riendas para que *Shahe* volviese grupas con objeto de proteger a las monjas. El alma se le había caído a los pies. No más de un centenar de pasos los separaba de la tienda del mercader de aceites, y las monjas que estaban a cubierto en las sombras que había en la embocadura del callejón, pero habría dado lo mismo que fuese una legua.

Desenvainó la espada y la dejó colgando a la altura de la pierna, lista, cierto, pero sin esgrimirla con gesto amenazador. No tenía sentido provocar a los cultistas: siete u ocho espadas eran más de lo que un hombre a caballo podía encarar. La montura perdería la movilidad en cuestión de segundos, y apenas podría entretenerlos lo bastante para que las mujeres tuviesen tiempo de escapar, eso por no mencionar lo que sucedería cuando el resto de la multitud reunida alrededor del pozo comprendiera lo que estaba pasando. Un escalofrío le recorrió la columna, anticipando la mordedura de esa hacha.

Por los santos.

Contuvo un temor repentino y se dirigió al del bigote, que claramente era el líder del grupo.

—No tiene por qué haber problemas, *sayyar* —dijo—. Dejemos pasar a las mujeres.

—Su presencia es un insulto para lord Silnor, y ellas deben responder por ello —replicó él, justo antes de entrecerrar los ojos al reconocerle—. ¡Tú! Creí que había acabado contigo ayer.

Fanfarrón. El tipo protegía su honor en presencia de sus hombres. Era tentador pronunciar una réplica ingeniosa, pero Gair se mordió la lengua. Si le atacaba no haría más que provocarle, y aún podía lograr que la situación no fuese a más, aunque no le perjudicaría estar preparado por si acaso. Llenó de aire los pulmones, y a continuación exhaló lentamente, listo como si se dispusiera a efectuar una tras otra las figuras de espada en el patio de prácticas.

—Dejad que las monjas se vayan.

—No acepto órdenes de bárbaros del norte —dijo el gimraeliano con tono burlón—. ¡Yo sólo respondo ante mi dios!

Gair se abrió al canto. El poder le recorrió los nervios y sintió un hormigueo. Sostenerlo le agudizó los sentidos hasta dotarle de una claridad que bordeaba el dolor y le volvió consciente del tacto de la ropa en la piel, el olor a pan recién horneado en el ambiente y el calor que desprendía el caballo que montaba. A su espalda, una de las monjas se puso a rezar a la diosa, a quien pidió protección mediante un ferviente susurro, y oyó hasta la última palabra que pronunció como si estuviera arrodillado a su lado.

—Dejad que las monjas se vayan —repitió—, y todos nos retiraremos sanos y salvos.

—¿Y qué pasa si no lo hacemos?

Una sonrisa le frunció los labios, fiera e inesperada.

—Pues no nos retiraremos sanos y salvos.

El del mostacho gruñó algo en su propia lengua y los guerreros situados tras él se abrieron en abanico.

—¡Hazte a un lado, pagano, o morirás aquí!

Cuando los del fajín amarillo se extendieron, Gair no pudo seguir controlándolos con la mirada sin girar el cuello. Si uno o más se situaban a su espalda estaría acabado, aunque eso había dejado de importarle. Junto al poder del canto, algo de locura le corría por las venas.

Se llevó el *qatan* a los labios y besó la hoja, igual que hacían los caballeros de los cuentos que había leído de pequeño antes de la batalla. Su sangre también entonaba un canto.

—Pues que así sea.

El del bigote hizo un gesto con la espada al tiempo que aullaba otra orden, que hizo que la pareja más alejada de sus hombres cargasen sobre él. Gair alzó un escudo sobre las monjas, e hincó los talones en *Shahe* para cargar sobre los dos fanáticos más próximos a su posición, puesto que era incapaz de trabarse en combate con todos a la vez. Había llegado la hora del baile.

La *sulqa* hizo perder pie al primero de ellos con un fuerte golpe del hombro. Gair lanzó un tajo al otro, y la espada se hundió en el cuello del adversario con un desconcertante sonido de madera. El tipo cayó sin soltar un grito.

Gair liberó la espada, e hizo girar a la yegua para encarar de nuevo al primer cultista mientras se recuperaba. Siguió el entrechocar del acero. Detuvo un golpe, otro, veloz como un bailarín. La hoja serpenteó bajo la guardia de Gair, y sólo el adiestramiento de *Shahe* logró salvarla de la mordedura. La *sulqa* esquivó dando un bandazo y se arrojó sobre él a dentelladas, y cuando el gimraeliano dio un paso a un lado para esquivarla, Gair cambió el bloqueo que se había propuesto hacer por un barrido de acero que abrió el pecho del otro hombre hasta alcanzar el hueso.

Los gritos del gimraeliano llamaron la atención de algunos miembros de la multitud situados al otro lado del pozo. Varios de ellos se miraron entre sí y se dispusieron a cruzar la plaza, pero Gair no podía perder el tiempo con ellos. Otros dos fajines amarillos de los cuatro que el líder había enviado a por él seguían fuera de su campo de visión. Volvió grupas de nuevo, la espada preparada.

Se habían separado en su empeño por flanquearle, demasiado distanciados para interponerse en sus respectivos caminos, pero demasiado cerca de él para que pudiera volcarse en uno sin exponerse a sí mismo, o a su caballo, al otro. Lanzó un juramento,

dirigiendo a *Shahe* un par de pasos a la izquierda, y luego a la derecha, mientras intentaba mantener a ambos espadachines en su campo de visión. A su espalda las monjas rezaban con fervor, y esperaba que sus plegarias fuesen escuchadas. Un poco de intercesión divina no le haría ningún daño. No tenían mucho tiempo.

Había más gente mirando, se había formado un corrillo alrededor de la batalla. En la multitud hubo más rostros que se volvieron hacia él, brazos que lo señalaron. En la periferia de su visión varios movimientos pugnaron por su atención. Pero no se atrevió a desviar la atención de los fajines amarillos que se le acercaban para mirar, de modo que a falta de ello su imaginación le proporcionó imágenes de *barouks* apartados de las empuñaduras de los cuchillos y de manos que barrían el suelo en busca de piedras que arrojar.

«*Khajal*».

Si iba a hacer algo tenía que actuar rápidamente. Cuando los ciudadanos se fueron acercando, Gair se vio aislado del extremo lejano de la plaza y la tienda del mercader de aceites. Los cuatro guerreros que quedaban en pie liderados por el del mostacho también cerraban sobre él, las espadas relucientes, pero los dos más próximos constituían en ese momento la mayor amenaza. No podía permitirse dejar que lo que sucediera a continuación pudiera distraerle.

Con una flexión de la muñeca sacudió la sangre que cubría la espada, antes de que resbalara hasta su mano y pudiera afectarle el agarre del arma. Las gotas rojas salpicaron el suelo como pintura, y tras él una de las monjas exclamó con voz ahogada:

—¡Madre bendita! —Lo hizo con un tono de voz que parecía la antesala de la náusea.

—Preparaos para echar a correr, hermanas —les advirtió Gair, que seguía sin quitar los ojos de encima de los dos hombres que se acercaban.

Flexionó los dedos alrededor de la larga empuñadura del *qatan*, e intentó recordar todo lo que N'ril le había enseñado. Aunque había pasado la última década con una espada en la mano, se había acostumbrado a un arma más pesada y una escuela de combate que guardaba mayor parecido con la tala de madera que con el estilo del desierto, caracterizado por el juego de muñeca y el tajo visto y no visto. Le habría llevado más del par de horas que dedicó en el jardín de N'ril alcanzar la misma fluidez que los hombres a quienes se enfrentaba.

Algo le golpeó con fuerza en el extremo del hombro izquierdo. Se resintió del golpe, y tardó un instante en caer en la cuenta de que alguien le había lanzado una pedrada. En la distracción que siguió a ese momento, los dos guerreros del fajín amarillo se arrojaron sobre él.

Gair hundió los talones en *Shahe*. La yegua saltó hacia delante mientras él alzaba el brazo izquierdo para trazar un escudo del canto sobre su cuerpo con un gesto que

fue como envolverse con una capa, antes de proyectarlo al frente. Uno de los gimraelianos topó con un muro de aire sólido y cayó de espaldas justo a los cascos de la *sulqa* que cargaba sobre él. El otro se apartó para protegerse del impacto, pero no tardó en recuperarse y alzar el arma para detener el golpe de Gair. Siguió el entrechocar del acero. *Shahe* terminó.

Tiró de las riendas para volver grupas, pivotando casi, con los cascos resbalando en el polvoriento empedrado. El tipo tendido en el suelo no suponía una amenaza, hecho un ovillo y con las manos en el estómago, pero el otro se movió para seguir los movimientos de *Shahe*, con la espada en guardia. Gair flexionó la mano y mantuvo a la yegua en movimiento. Si se quedaba quieto, las monjas y él morirían.

Volaron más piedras que golpearon en su escudo. *Shahe* relincho, moviéndose de lado cuando una superó la guardia y le alcanzó el flanco descubierto. Otra dio en la espalda de Gair, a un lado de la columna, lo que le hizo retorcerse de dolor y lanzar un juramento. Como el oleaje que muere en la playa, el gentío cerró sobre él.

Golpe tras golpe en el escudo. Piedras, garrotes, no tuvo tiempo de ver qué eran. Tenía centrada la atención en el espadachín del fajín amarillo que se esforzaba en destriparle. El dolor lacerante y una humedad sospechosa en el costado le dieron a entender que se le había abierto otro punto, pero siguió bregando al tajo y la estocada contra cualquiera que se le acercara.

Shahe empezó a ayudarle, a cocear y lanzar dentelladas entre quejidos cuando los golpes la herían. Las herraduras de sus cascos causaron daños, pero lo impredecible de sus movimientos suponía un estorbo tanto como una ayuda mientras Gair luchaba. Su oponente gimraeliano esbozó una sonrisa torcida, lanzándose a fondo una y otra vez. Era consciente de dónde residía la ventaja en esa lucha.

La desesperación empezó a arañar los límites de la concentración de Gair. Había perdido de vista a las monjas en el gentío, y por mucho que redoblara sus ataques, por rápida que se mostrase *Shahe*, había demasiadas amenazas que afrontar para tenerlas todas bajo control. El cuerpo le dolía por los repetidos impactos de piedras y garrotes, por no mencionar los cortes, consecuencia de su defensa, en ocasiones torpe y tardía.

Una mano alzada apareció cerca de él, empuñando un cuchillo de hoja larga. Él lanzó un tajo vertical. Cuando el tipo se apartó, aferrándose el muñón, Gair urgió a *Shahe* a cubrir el espacio que había quedado vacante. Los hombres se agacharon para apartarse de su camino, y logró ganar dos o tres pasos hacia las monjas. Otro proyectil golpeó el escudo de Gair a la altura del cuello: una piedra, grande como una hogaza de pan. El tejido tembló, y el canto zumbó furioso en su cabeza.

Todo aquello era muy peligroso. Si una piedra de ese tamaño alcanzaba a *Shahe*, podía romperle la pata y la turba los devoraría a ambos. No podía protegerla por todos lados al tiempo que luchaba. Abandonó el escudo, tejió el aire en otra cosa y apartó las manos de los costados.

La música fluyó en su interior, desbocada como un torrente de aguas blancas. El viento golpeó a los gimraelianos que le rodeaban con la fuerza de una tormenta de arena, y los tumbó en el suelo entre torbellinos de polvo. A unos pasos de distancia vio a las monjas, cubriéndose la cabeza con los brazos para protegerse. Los palos y las piedras alfombraban el suelo alrededor de ellas, junto a media docena de jóvenes aturridos.

—¡Hechicería! —exclamó alguien—. ¡Es la obra del demonio!

Se alzaron otras voces que recogieron el testigo de esos gritos. Más allá del pozo, otros rostros asomaron en la multitud cuando se dieron la vuelta para ver lo que estaba pasando, y luego echaron a andar hacia los gimraelianos que tosían en el suelo. Por los santos. Había logrado ganar menos tiempo para las monjas del que había planeado.

El canto respondió a la inquietud de Gair, presionando contra su voluntad. Algunas notas disonantes distorsionaron la melodía, pero las aplastó, haciendo que *Shahe* trazara un círculo al tiempo que retiraba el escudo de las monjas. No tuvo tiempo de preocuparse de qué podía significar esa disonancia. Tan sólo disfrutaría de unos segundos antes de que la multitud estrechase aún más el cerco sobre ellos.

—¡Corred! —gritó—. ¡Rápido, cruzad la plaza!

Y mientras un tejido se disolvía, Gair reunió el canto para formar otros. Un látigo hecho de llamas que restalló en el rostro informe del gentío y detuvo su avance. Con un muro de aire renovado apartó de su camino a los cultistas que quedaban, abriendo una vía para que pudieran pasar las monjas. Se pusieron lentamente en pie, tambaleándose, apoyadas unas en las otras, mirando con ojos entornados a través de la polvareda.

—¡Por aquí! —rugió—. ¡Aprisa!

Impulsadas por su voz, las monjas se recogieron los bordes de las faldas y echaron a correr. Iban con la cabeza gacha, sin mirar a izquierda o derecha, pasaron por su lado en dirección al agujero que se había abierto en el gentío hacia los brazos abiertos de sus hermanas. Varias personas se dispusieron a seguirlas, pero Gair volvió a manejar el látigo de fuego, arrancando chispas de las piedras a sus pies.

—¡Atrás!

Cada vez que descargaba un latigazo, el canto aullaba en su interior. Sentía descargas en el brazo, temblores que torcían sus músculos como si tuviera serpientes bajo la piel.

Los gimraelianos que había derribado empezaron a levantarse del suelo, dirigiéndole miradas furibundas mientras se sacudían el polvo. Otros menos aturridos, o que se habían recuperado más pronto, caminaban de un lado a otro como perros salvajes contenidos por una antorcha. De vez en cuando, uno se le acercaba para comprobar cuán rápido podía restallar el látigo, y hasta dónde

alcanzaban las llamas.

Tenía que moverse. Ya.

Apretó las pantorrillas, y *Shahe* arrancó al paso rápido. Los jóvenes recularon, los labios fruncidos, la mirada torva. Las monjas se encontraban a unos veinticinco pasos de distancia al frente, atravesando el gentío. En cuestión de segundos se habrían puesto a salvo. Poco después, con un poco de suerte, también él lo estaría.

Alguien gruñó a su espalda. Acusó un fuerte dolor, como un puñetazo en los riñones: otra piedra, arrojada a quemarropa. Con una maldición, volvió grupas para encarar la amenaza. Los jóvenes se le habían acercado por la espalda. Iban todos armados.

Blandió la espada, cuya hoja ensangrentada humeaba con el poder que fluía por sus venas.

—¡Atrás! —advirtió.

El más próximo de los jóvenes hizo una mueca y sopesó la piedra que llevaba en la mano, antes de cargar el brazo para arrojársela. Gair recurrió de nuevo al canto para escudarse contra ella, y el zumbido de la disonancia serró en dos sus pensamientos en dos mitades, haciendo trizas el tejido antes de que se formara. El tejido de fuego que tenía preparado se retorció aplastado por su voluntad, vivo, de pronto más ardiente que nunca.

Ahogó un grito y descargó un latigazo. Las llamas restallaron sobre el empedrado, dispersando de nuevo a la multitud y recorriendo el espacio que las separaba del pozo. Los gorriones posados en las copas alzaron el vuelo, canturreando asustados. En cuestión de segundos el árbol se vio cubierto por las llamas.

Pero la sensación de que se quemaba el brazo no cedió, de hecho no tardó en extenderse al resto del cuerpo, más ardiente que unas fiebres. Sus músculos sufrieron espasmos, doblándole la espalda como un arco. En el interior de su cráneo se produjo una explosión de luz blanca, que obedeció al dolor en estado puro.

No oyó a la multitud cerrar sobre él. Apenas sintió las manos que asieron el arnés de la *sulqa* y que tiraron de su *barouk*, intentando desmontarlo. Era como si unas garras se hubiesen aferrado a su mente, y lo único que sentía era dolor. Un dolor peor que el que había experimentado en la capilla cuando había intentado sanar a Resa, peor que cualquier cosa que hubiera sentido anteriormente, excepto cuando sufrió la exploración.

Gair lanzó un grito.

«Ten piedad, diosa. ¡Cómo duele!»

El relincho de *Shahe* le taladró los oídos. Cuando el animal reculó presa del pánico, arrojó a su jinete al suelo. El golpe le dejó sin aliento, convirtió en grito en gruñido. Otros gritos le alcanzaron la conciencia, mezclados con el crepitar del fuego. Dentro de él, el canto rugía presa de un intenso y terrible calor.

Las llamas le quemaron la columna vertebral, le recorrieron las piernas. Las manos se convirtieron en llamas y el *qatan* cayó en el polvo. Los cascos de la yegua dieron pisotones a su alrededor, explosiones de dolor en el cráneo mientras ardía y ardía y ardía.

«Espérame, Aysha. Voy contigo».

Epílogo

Eirdubh fue el primero, tal como había prometido. El jefe de los Amhain se arrodilló en la nieve fundida y rodeó con la mano derecha el asta de la lanza. Con la zurda tendía la lanza de su propio clan, gesto con el que ofrecía su lealtad. Drwyn sonrió e inclinó la cabeza. Extendió la mano y asió la lanza del Cuervo Pétreo para cerrar el círculo. Todo había empezado.

De pie junto a Drwyn, Ytha observó a los demás jefes acercarse uno tras otro para ofrecer su lealtad. A cada voto pronunciado con voz grave y la cabeza inclinada aumentaba la alegría que la inundaba. Cuervo Pétreo. Espinargénteo. Lagoblanco. Clan tras clan, seis, siete... Sí. Formarían una poderosa hueste, quizá más poderosa que la que Gwlach había reunido y desaprovechado. Pero esta vez no fracasarían. Esta vez amenazarían la garganta de los hombres de hierro a punta de espada. ¡Destronarían al emperador del trono que había usurpado, y expulsarían a su gente de sus tierras!

«Paciencia —se recordó—. Paciencia». Era demasiado pronto para pensar en la gloria. Ése fue el motivo del fracaso de Gwlach: miró tan a lo lejos que no alcanzó a ver que sus planes habían fracasado a sus pies. A ella no le pasaría eso. Había trazado mejor sus planes, planes sólidos, y había creado un jefe más fuerte. Un jefe de jefes.

Con la espalda ancha y la postura erguida, como correspondía a un guerrero, Drwyn llevaba camisa y pantalones nuevos, y la melena a los hombros, recogida en lo alto con un alfiler enjogado. Con el cabello y la barba cuidadosamente arreglados, su porte era tan autoritario como el de Drw. Más regio, incluso, algo que no escapaba a la atención del resto de los jefes, tal como se reflejaba en sus ojos.

«Ven lo que en el fondo siempre han querido ser. Rey, padre, protector. Alguien capaz de devolverlos a su hogar. Y yo se lo he dado».

Consciente de ello, forcejeó para contener la sonrisa y permanecer tan impassible como debía serlo una portavoz. Le dolían las mejillas debido al esfuerzo.

Ocho clanes ya. Nueve. El décimo se acercó, el rostro aguileño, el pelo rubio claro, de Conor Dos Osos, que no se arrodilló. Miró a Drwyn de frente, sin un atisbo de debilidad en la mirada.

—Si te entrego mi hueste, Drwyn, ¿la usarás con sabiduría? —preguntó—. No quiero que mi clan siga el camino que siguió Agua Negra.

Para sorpresa de Ytha, Drwyn no titubeó.

—La insensatez de Gwlach nos hizo perder demasiados hombres. —Ofreció su lanza, las cuerdas blancas sacudidas por el viento incesante—. Yo no soy Gwlach.

—Eso espero. —Conor hincó una rodilla en la nieve, aferró la lanza de Drwyn al tiempo que levantaba la suya—. No me decepciones o juraré venganza contra los Crainnh hasta que caiga la última águila.

«Conque sí, ¿eh?» Ytha arrugó el entrecejo. Aunque había visto a los mastines, Conor seguía tan poco convencido como lo había estado durante la reunión. El clan Águila tenía tierras junto a las de los Feathain cerca de la costa. A lo largo del tiempo habían visto su sangre mezclada con los balleneros y pastores de focas del Mar Blanco, y heredado algunas de sus peculiaridades, además del cabello claro. Vivir en casas con camas blandas y fuegos, cerca de olvidar su pasado de señores de los caballos. Los nudillos con que sostenía la lanza palidecieron. Tal vez habría que hacer algo para recordárselo.

Pero antes de que pudiese hablar, Drwyn crispó el puño alrededor del asta adornada con plumas del clan Águila y repitió:

—Yo no soy Gwlach.

Conor asintió, enseñando los dientes.

—Me alegra oír eso, mi jefe.

Diez clanes, pues, aunque tendría que vigilar a Dos Osos para asegurarse de que respetase la alianza. Tener cerca a su portavoz, junto a las demás, ayudaría, a pesar de lo cual... Sólo haría falta que un clan se separara para que los demás lo siguieran.

Pero los diez clanes se convirtieron en doce, trece, y a continuación el hermano de sangre de Conor, Aarik de los Feathain, dio un paso al frente para jurar lealtad, e Ytha contuvo el aliento. Ella no soltó el aire hasta que terminó, regañándose por dudar. Aquél era su plan, y no fracasaría.

Cuando todo hubo terminado, el total ascendió a dieciséis juramentos ofrecidos al jefe de jefes. Una hueste que superaba los cuarenta y cinco mil hombres, si los números que habían aportado las demás portavoces eran acertados. Drwyn tenía sus guerreros, y ella tendría su guerra.

Drwyn se levantó, con la lanza acunada entre los brazos, y contempló a sus jefes.

—Hermanos míos —declaró. Como su padre, su voz era fuerte y resonante, y no necesitaba que ella manipulase el aire para proyectarla—. Asistimos a un acontecimiento sin precedentes. Por primera vez en la historia de la Tierra Rota, nos hemos unido con un propósito común. Hablamos con una voz, y por todos los dioses ancestrales que nos hemos propuesto hacerla oír. ¡Esta noche lo celebraremos con un festín!

Los guerreros presentes aplaudieron aquel anuncio con un estruendo de aprobación.

—Por la mañana, mi portavoz pedirá a los mastines de Maegern que nos muestren el camino a la victoria. Caeremos sobre nuestros enemigos como cae el lobo sobre el cordero. —Levantó la lanza hacia el cielo despejado, primaveral—. ¡Y recuperaremos lo que en tiempos fue nuestro!